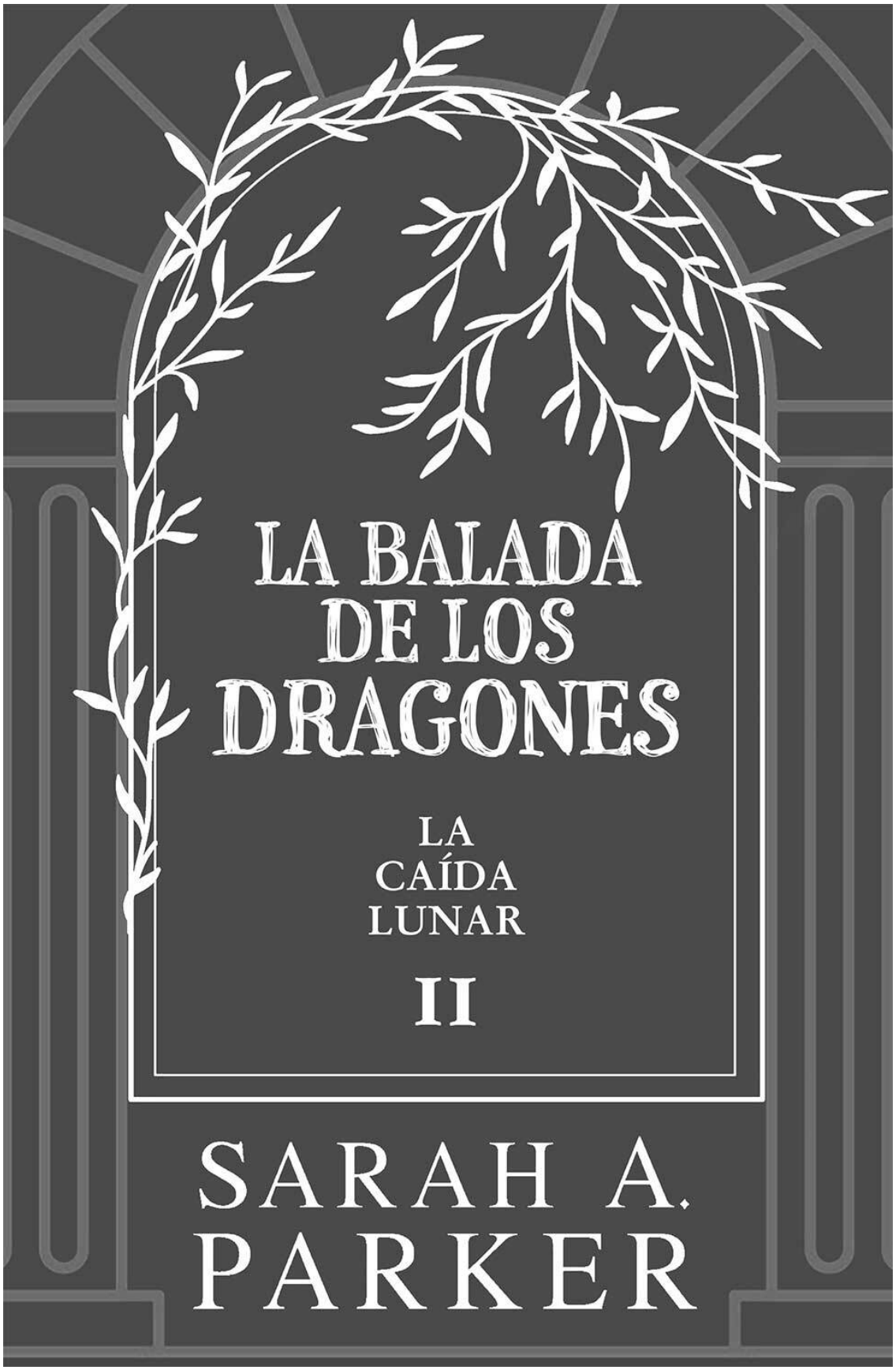

LA
BALADA
DE LOS
DRAGONES
SARAH A.
PARKER

SARAH A. PARKER

# LA BALADA DE LOS DRAGONES

Traducción de
Clara González-Bruzos

PLAZA JANÉS


LA BALADA DE LOS DRAGONES
LA CAÍDA LUNAR
II
SARAH A. PARKER



*Para mi querida abuela.*

*Siempre te necesitaré*

## ACERCA DE ESTE LIBRO

Esta novela contiene lenguaje explícito
y temas delicados que pueden resultar
controvertidos para algunas personas.
Para ver la lista completa de advertencias,
ve al final del libro.



# GLOSARIO

## EXPLICACIONES TEMPORALES

A. P. / ANTES DE LA PIEDRA
En la línea temporal, antes de que a los Neván les entregaran la Piedra Éter.

D. P. / DESPUÉS DE LA PIEDRA
En la línea temporal, después de que a los Neván les entregaran la Piedra Éter.

CINTAS AURORALES
Unas cintas plateadas luminosas que están atadas a los dos polos del mundo, el norte y el sur, y lo orbitan alrededor de este eje. Las cintas aurorales son lo que la gente utiliza para marcar la hora de despertarse o de acostarse.

CICLO AURORAL

Un ciclo auroral completo es la cantidad de tiempo que tardan las cintas aurorales en orbitar el planeta. Un ciclo auroral es el equivalente a nuestro día de veinticuatro horas.

SALIDA AURORAL
El momento del ciclo auroral en el que las cintas aurorales asoman por el horizonte oriental.

PUESTA AURORAL
El momento del ciclo auroral en el que las cintas aurorales se ponen en el horizonte occidental.

DAE
El momento del ciclo auroral en el que las cintas aurorales recorren el cielo. Es el tiempo en el que los habitantes del mundo suelen estar despiertos.

DUERMEVELA
El momento del ciclo auroral en el que no hay cintas aurorales pintando el cielo. Es el tiempo en el que los habitantes del mundo suelen dormir.

FASE
Mil ciclos aurorales, parecido a un año. Las cintas aurorales se vuelven más gruesas durante el transcurso de la fase y, luego, se reducen en el milésimo ciclo. Este ritmo menguante y creciente marca la fase de principio a fin.

EÓN
Cien fases, es decir, cien mil ciclos aurorales.

EXPLICACIÓN DE LAS ÉPOCAS
Una fase de vida: mil ciclos aurorales.
Veinticuatro fases de vida: veinticuatro mil ciclos aurorales.

## TERMINOLOGÍA

ABALORIO ELEMENTAL
Estos abalorios se llevan para mostrar si un individuo es capaz de oír alguna de las canciones elementales. Adoptan una forma distinta en cada reino: en La Bruma, se llevan como pendientes; en La Llama o La Sombra, sirven como adornos en el pelo, la barba o la vestimenta.

- ABALORIO ROJO: Ignos (fuego)
- ABALORIO AZUL: Rayne (agua)
- ABALORIO TRANSPARENTE: Clode (aire)
- ABALORIO MARRÓN: Bulder (tierra)

ABUH
Abuela o abuelo.

ALONDRA DE PAPEL
Cuadrados de pergamino runados con líneas de activación. Una vez doblados en forma de alondra, esos mensajes vuelan hasta el destinatario. Es una forma fiable de comunicación en este mundo.

ALONDRA FANTASMA
Alondras incapaces de dar con su destinatario, normalmente porque este ha fallecido. Estas alondras pasan el resto de su existencia revoloteando sin rumbo.

ARITHIA
La capital de La Sombra.

BELUHN
El pueblo o puesto avanzado más meridional de La Llama. Dado que se encuentra tan próximo a La Bruma, es aquí donde muchos crían a sus fundefauces si son lo bastante valientes como para arriesgarse a conseguir un huevo.

BHOGGITH
La zona donde anidan los fundefauces. Se encuentra en La Bruma y es una amplia extensión de páramos pantanosos. En ella, hay montículos en los que los fundefauces forman sus nidos

construyendo grandes esferas circulares con árboles y ramas, en cuyo interior depositan los huevos. En cuanto los huevos empiezan a moverse, el fundefauces macho escupe llamas sobre la estructura, una parte vital del proceso de eclosión.

BOSQUE DE HARTHOR
Bosque ancestral que rodea las zonas de anidación de los fundefauces.

BOTHAIM
Ciudad neutral. La residencia del Triconsejo.

CLAN JOHKULL
Uno de los numerosos clanes de guerreros que habitan en las llanuras Boltánicas. Esos clanes son famosos por sus fuertes y talentosos miembros. Kaan creció en el clan Johkull.

CUMBRES DE VIHN
Forman parte de Gondragh y es donde anida la gran siegasable plateada.

DAGA-MÓRRK
Un ser con un vínculo tan estrecho con su dragón que puede emplear su fuerza y su fuego. Esta conexión es más mítica que real.

DHOMM
La capital de La Llama.

DRELGAD
Una parte de la muralla que está reservada al ejército de La Bruma y en la cual se alojan los nuevos reclutas.

EL FOSO
La vía principal de la ciudad de Gore.

EL LOFF
La enorme masa de agua que rodea la zona donde anidan los siegasables como si fuera un iris turquesa. Es famoso por ser donde

habitan bestias antiguas y por tener un clima impredecible.

ESCRIPE
Un juego de azar y estrategia que se juega en todo el mundo. Los fragmentos de pergamino que se usan (vitelas) se asemejan a naipes, pero contienen imágenes de diferentes criaturas.

ESCUDERO DE ELDING
Se encarga de transmitir las órdenes del Elding a otros miembros de los Fíur du Ath.

ESPADA DE ELDING
Asesino de los Fíur du Ath.

ESPINAS
Soldados de Arithia.

FÍUR DU ATH
El grupo rebelde que pretende contrarrestar la tiranía que se extiende por los territorios (especialmente en La Bruma). Abarcan todo el mundo.

GEMAS DE ROCADRAGÓN
Se forman en la tierra en zonas donde se ha derramado sangre de dragón. Son el medio de pago principal de La Bruma y de La Sombra. Si se muelen y se consumen, tienen propiedades medicinales.

GONDRAGH
Una tierra donde el sol cae con fuerza, en la que hace muchísimo calor y que resulta inhabitable para la mayoría de las criaturas. Es un área muy rocosa, con un montón de volcanes y ríos de lava. Los siegasables anidan en recovecos y grietas de esos volcanes. En cuanto los huevos empiezan a moverse, recogen lava de los volcanes y la escupen sobre los nidos o los cubren de llama de dragón, una parte vital del proceso de eclosión.

GORE
La capital de La Bruma.

GRAN TESORO
Se encuentra en la Ciudadela de Bothaim y comprende objetos únicos custodiados por el Triconsejo, incluido el *Libro de Voyd*.

GUARDIANES
Discípulos del Triconsejo dotados de dos abalorios.

HILVACARNE
Alguien entrenado en el arte de usar runas para sanar heridas en la carne, los músculos y los órganos.

LA BRUMA
El tercio central del mundo, la franja más ancha de las tres. Allí las nubes siempre son coloridas, pues en todo momento reciben la luz de una hora dorada. Hace frío, a menudo nieva y no llueve nunca, aunque a veces cae aguanieve. Una muralla de piedra gigantesca circunda esta ancha parte del mundo a modo de cinturón, en cuyo interior ha construido su hogar la mayoría de la civilización de La Bruma. En zonas muy pobladas, se ha abierto una brecha en la muralla y creado un foso protegido por puentes celestes que van de un lado a otro.

LA FLORESTA
El refugio subterráneo gobernado por el Elding, situado en una ubicación no revelada hacia el sur.

LA LLAMA
El tercio norte del mundo. Allí siempre hace sol, por lo que el calor es intenso, y en algunas zonas llueve a menudo. Hay un montón de junglas y extensas llanuras de arena, así como grandes masas de agua.

LA SOMBRA
El tercio sur del mundo. Allí no llega el sol y, por lo tanto, está

siempre sumido en la oscuridad; la única luz la proporcionan las cintas aurorales y las lunas de los plumalunas. Hace muchísimo frío y está cubierto de nieve, y la zona más fría es el polo sur, conocido como Netheryn.

LIBRO DE VOYD
Escrito por el dios del Éter. Cada una de las runas oficiales deriva de este libro. Se conserva en el Gran Tesoro de la Ciudadela bajo la custodia del Triconsejo.

MAH/MAHMI
Madre/mamá.

MAL DE SOL
Una enfermedad que aqueja a los feéricos que pasan demasiado tiempo sin ver el sol. Afecta sobre todo a los que proceden de La Llama y La Bruma.

MÁLMR
Un colgante tallado a mano que los miembros de los clanes guerreros de las llanuras Boltánicas le ofrecen a alguien a quien están cortejando. A menudo, están hechos con escamas de dragón, huesos, cobre o piedra.

MENTALISTA
Alguien que tiene la habilidad única de adentrarse en la mente de otro. Hay poquísimos en el mundo.

MIEL ET MUÍEM
Las Nieblas Errantes. Estas nieblas se mueven por todo el mundo, aunque rara vez se acercan al norte.

MINERAL BOTHAIMIANO/DE BOTHAIM
Se extrae en los túneles abiertos en las profundidades de Bothaim. Contiene un alto porcentaje de hierro y a Bulder le resulta prácticamente imposible de mover.

MUESCA
Un tajo curvado en la punta de la oreja de un feérico, como si una criatura diminuta le hubiera pegado un mordisco. Si alguien tiene una, significa que es nulo y, por lo tanto, incapaz de oír ninguna de las canciones elementales. No es algo común en todas partes; solamente se da en unos reinos específicos.

NETHERYN
La zona donde anidan los plumalunas. Se encuentra en La Sombra, en el polo más al sur del mundo. Allí, el entorno, helado e inhóspito, resulta inhabitable para la mayor parte de las criaturas. Los plumalunas anidan en gigantescas columnas de hielo hexagonales.

En cuanto los huevos empiezan a moverse, el plumaluna macho escupe llamas gélidas sobre ellos o los cubre de hielo y nieve, una parte vital del proceso de eclosión.

NULO
Alguien que no oye ninguna de las canciones elementales. En algunos reinos, les hacen una muesca en las orejas para señalarlo.

OJOS DE DRAGÓN
La habilidad de ver el rastro de viejas runas, algo que de otra forma solo puede hacerse a través de la luz de la llama de dragón.

PAH/PAHPI
Padre/papá.

PAREJA
El equivalente a marido o mujer. Decir que dos criaturas son pareja es una forma de decir que están casadas.

PIEDRA ÉTER
Una piedrecita negra, del tamaño de la yema del pulgar de un adulto, que está incrustada en una diadema de plata. La diadema se funde con la cabeza del huésped y está custodiada por la estirpe de la familia Neván. Caelis, el dios del Éter, se encuentra dentro de la piedra.

REFUGIO DE CRÍA
Un refugio que, por lo general, se encuentra en las afueras de las zonas donde anidan los dragones. Suele ser el lugar donde se instala alguien que ha robado un huevo para que los dragones nazcan en su hábitat natural y la eclosión sea segura y saludable.

RÉIDI
El tatuaje de puntos situado en la espalda de un guerrero de las llanuras Boltánicas. Cada punto representa una victoria, por lo que una espalda muy tatuada indica una gran fuerza y honor.

RUNI
Alguien que ha aprendido a utilizar los símbolos encontrados en la vieja tumba que algunos creen que Caelis, el dios del Éter, escribió en su desesperación por que lo oyeran. Los runis llevan un abalorio blanco o una capa blanca con botones en la costura central que la ciñen. Los botones están estampados con símbolos que anuncian los talentos del runi. Para indicar diferentes niveles de destreza, los botones están hechos de materiales distintos: la madera marca el nivel elemental, mientras que el diamante es el más avanzado.

SANGUIRIO
Alguien que tiene un poder único sobre la sangre. Puede trazar el origen de la familia, usar la sangre de alguien para provocarle dolor o placer, etcétera.

SUBURBIA
Una enorme hendidura escarpada justo debajo de la muralla de La Bruma, concretamente debajo de Gore, la capital de La Bruma. Está abarrotada de pozos abandonados de gemas de rocadragón y es una zona frecuentada por criaturas sin hogar. Cuando alguno de los pozos se desploma, las criaturas que hay a ambos lados de la muralla se escabullen en el interior para buscar refugio, por lo que es un lugar muy peligroso donde vivir.

TRICONSEJO
Es un consejo de elementales con tres abalorios y runis de gran

sabiduría. Ejercen cierta influencia sobre los reinos porque ostentan un gran poder y, a veces, intervienen en asuntos políticos. Viven en Bothaim, un territorio neutral que no está sometido a las normas de ningún rey o reina.

UHLOO
El modo que tienen los miembros del clan Johkull de corresponder al regalo de un málmr. Consiste en una fina trenza ofrecida por propia voluntad que el destinatario se prende en el cabello. La tensión de la trenza dice mucho sobre las intenciones de quien la obsequia.

VERACISTA
Alguien que tiene la habilidad única de saber si otro está mintiendo. Los veracistas no son tan fuertes como los mentalistas, pero son más comunes y valiosos para la Corona, ya que son capaces de saber si alguien oye las canciones elementales; sobre todo, jóvenes que han empezado a oír las canciones e intentan huir del reclutamiento.

VIAL ELEMENTAL
Dispositivo pequeño portátil que es capaz de contener elementos en sus formas más puras, como el fuego, el aire, el agua, la tierra e incluso la llama de dragón. Sin embargo, hay poquísimos viales elementales, puesto que se requiere la sangre de un Daga-Mórrk para construirlos.

## SERES Y CRIATURAS

ANTHE
Una criatura acuática que se alimenta de carne y traga almas, aniquilándolas. Una tiene su guarida bajo Bothaim.

AVE ELDING
Una criatura mítica parecida a un pájaro formada a partir de cenizas y llamas.

CAMBIASINOS
Una criatura felina enorme de color plateado que es más leyenda que realidad. A quienes dicen verlo se los considera locos, ya que cuentan que la bestia les hizo cambiar la decisión que iban a tomar por otra.

CORVOS
Criaturas que viven en manadas y cazan en las llanuras nevadas que hay al sur del muro de La Bruma. Comen carne.

ESPECTROS
Criaturas poco comunes, larguiruchas y vaporosas que se aparecen en los velos de niebla, donde mordisquean almas a cambio de mensajes procedentes de los muertos. Hablan.

FÁUNIDOS
Bestias aladas con piel, cuello grueso y enormes ojos oscuros. Miden menos de la mitad de un fundefauces medio y son capaces de fundirse con la piedra de color óxido de La Llama. Pueden aferrarse a acantilados y a techos y sus alas son parecidas a las de los murciélagos. Se pueden montar.

FEÉRICOS
Forman el pueblo más común del mundo. No son inmortales, pero su esperanza de vida es excepcionalmente larga. Los feéricos tienen orejas puntiagudas y caninos afilados y son de naturaleza primaria.

FUNDEFAUCES
Los dragones que viven en La Bruma. Están cubiertos de plumas, sus caras son afiladas y picudas. Su plumaje presenta una vibrante mezcla de colores y no hay dos que luzcan la misma gama cromática. Pueden viajar sin problemas a cualquier parte del mundo y son los dragones a quienes resulta más fácil domar o robar un huevo.

MALDIESPINES
Depredadores espinosos que castañetean, aúllan y asaltan

madrigueras excavadas en la nieve, cuya presa principal son las crías recién nacidas de criaturas más vulnerables.

MISKUNN
Criaturas pequeñas de pelo y cuerpo blancos, rasgos diminutos y dientes afilados. Son tan gráciles que se doblan como un marsupial y tienen una larga cola con copete. Ven el futuro, aunque sus visiones son esporádicas y susceptibles a cambios. Hablan.

PLUMALUNAS
Los dragones que viven en La Sombra. Tienen una piel luminosa que irradia tonos grises, perlados, iridiscentes y blancos, ojos negros enormes y brillantes, cara redonda, cuello largo y cuerpo elegante.

Su cola es larga, como un pincel plateado. Les encanta el frío y no soportan el sol ni las quemaduras; tampoco pueden ver bien en una claridad intensa. Son muy astutos y, por tanto, los dragones a los que resulta más difícil domar o robar un huevo.

RAZAH
Criaturas nacidas de la lava que se dice que son los espíritus enfurecidos de los feéricos perecidos, con la mente obcecada por su sed de sangre.

SIEGASABLES
Los dragones que viven en La Llama. Son unas criaturas enormes y cuadradas con escamas, púas y fauces con numerosos colmillos.

Lucen muchos colores distintos, como el óxido, el bronce, el rojo, el marrón, el negro y el dorado. Les encanta el calor y no pueden sobrevivir mucho tiempo en el desapacible frío de La Sombra. A veces, son muy ruidosos y agresivos y resulta tan difícil domarlos o robarles un huevo como a los plumalunas.

TROGGS PELUDOS
Criaturas grandes y larguiruchas a quienes les gusta acumular y comer basura. Tienen cuatro brazos, cabellera negra larga y piel azul aterciopelada. Consumen los recuerdos de los desechos que comen y los purgan dándoles forma de hilos luminosos y pegajosos que

extraen de los agujeros que tienen en las manos: los usan para decorar su guarida. Hablan.

## PERSONAJES

AHDRIK NEVÁN
Antiguo rey de La Sombra. Pareja de Eudora Neván y padre de Elluin y Haedeon Neván.

AHRA
La gran siegasable plateada.

AHVI
El niño protegido que Tyroth entregó al Triconsejo a cambio de contar con su favor.

ALLUME
La plumaluna de Haedeon Neván.

ARKYN VAEGOR
También conocido como Rey Carroñero. Hijo de Ostern Vaegor.

BHARON
El siegasable de Tyroth Vaegor.

BORG
El espectro que tiene Kaan como mascota.

BULDER
Uno de los cinco Creadores: el dios de la Tierra.

CADOK VAEGOR
El rey actual de La Bruma. Pareja de Dothea Vaegor, padre de Turun Vaegor, hijo de Ostern y Kovina Vaegor, hermano de Kaan y Veya y gemelo de Tyroth Vaegor. Medio hermano de Arkyn Vaegor.

CAELIS

Uno de los cinco Creadores: el dios del Éter.

CLODE
Una de los cinco Creadores: la diosa del Aire.

DOTHEA VAEGOR
La reina actual de La Bruma. Pareja de Cadok Vaegor y madre de Turun Vaegor.

EL ELDING
El líder de los Fíur du Ath.

ELLUIN NEVÁN
Antigua princesa de La Sombra. Hija de Ahdrik y Eudora Neván y hermana de Haedeon Neván. Descendiente de la estirpe familiar a la que le confiaron la Piedra Éter.

ESSI
La joven amiga de Raeve a quien esta rescató de Suburbia. Essi vivía con Raeve en Gore y era muy inteligente.

EUDORA NEVÁN
Antigua reina de La Sombra. Pareja de Ahdrik Neván y madre de Haedeon y Elluin Neván. Descendiente de la estirpe familiar a la que le confiaron la Piedra Éter.

FALLON
Amiga de Raeve a quien esta perdió hace mucho tiempo.

GRIHM
La mano derecha del rey Kaan.

GRUFFIN
El fundefauces de Ahvi.

HAEDEON NEVÁN
Antiguo príncipe de La Sombra. Hijo de Ahdrik y Eudora Neván y hermano de Elluin Neván. Descendiente de la estirpe familiar a la

que le confiaron la Piedra Éter.

IGNOS
Uno de los cinco Creadores: el dios del Fuego.

KAAN VAEGOR
El rey actual de La Llama. Hijo mayor de Ostern y Kovina Vaegor y hermano de Cadok, Tyroth y Veya Vaegor. Medio hermano de Arkyin Vaegor.

KORIE FARJÓR
Hija de Siharna Farjór. Prima hermana de Kaan, Cadok, Tyroth y Veya Vaegor.

KYZARI VAEGOR
Princesa de La Sombra. Hija de Kaan Vaegor y de Raeve/Elluin Neván. Nieta de Ostern y Kovina Vaegor. Descendiente de la estirpe familiar a la que le confiaron la Piedra Éter.

MAELL
La fundefauces de Pyrok.

MIOR
Una mentalista distinguida de La Llama. Hija de Vhrun.

NOEVE
Conductora de un carro que suele transitar por el sendero de los Daes.

OSTERN VAEGOR
Antiguo rey de La Llama. Pareja de Kovina Vaegor y padre de Arkyn, Kaan, Cadok, Tyroth y Veya Vaegor.

PYROK
Un miembro no demasiado habilidoso de la corte imperial del rey Kaan. Hermano de Roan.

RAYNE

Una de los cinco Creadores: la diosa del Agua.

REKK ZHAROS
Un famoso cazarrecompensas.

ROAN
Un miembro de la corte imperial de Kaan. Hermano de Pyrok.

RUSE
La propietaria de La Pluma Rizada de Gore.

RYGUN
El siegasable de Kaan.

SEREME
Miembro de alto rango de los Fíur du Ath.

SIHARNA FARJÓR
Líder de Beluhn. Hermana de Kovina Vaegor, madre de Korie Farjór y tía de Kaan, Cadok, Tyroth y Veya Vaegor.

SLÁTRA
La plumaluna de Elluin Neván.

TYROTH VAEGOR
El rey actual de La Sombra. Hijo de Ostern y Kovina Vaegor, hermano de Kaan y Veya y gemelo de Cadok Vaegor. Medio hermano de Arkyn Vaegor.

UNO
La miskunn que tiene Ruse por mascota.

UTRIS
Un guerrero de La Llama.

VEYA VAEGOR
Princesa de La Llama. Hija menor de Ostern y Kovina Vaegor y hermana de Kaan, Cadok y Tyroth Vaegor. Medio hermana de Arkyn

Vaegor.

VRUHN
El propietario de La Pluma Rizada de Dhomm.



# GUÍA DE PRONUNCIACIÓN

Ahvi
*Ávi*

Allume
*Alúm*

Anthe
*Anz*

Bahron
*Báron*

Beluhn
*Bélun*

Cadok Vaegor
*Cádok Véigor*

Elluin Neván
*Eliuín Neván*

Essi
*Ési*

Fíur du Ath
*Fíer du Az*

Haedeon Neván
*Jéidion Neván*

Kaan Vaegor
*Kan Véigor*

Kyzari Vaegor
*Kaizári Véigor*

Miel et Muíem
*Mil et Muím*

Mior
*Míor*

Ostern Vaegor
*Ostérn Véigor*

Raeve
*Reif*

Réidi
*Rédi*

Rygun
*Ráigan*

Sereme
*Serím*

Siharna
*Sihárna*

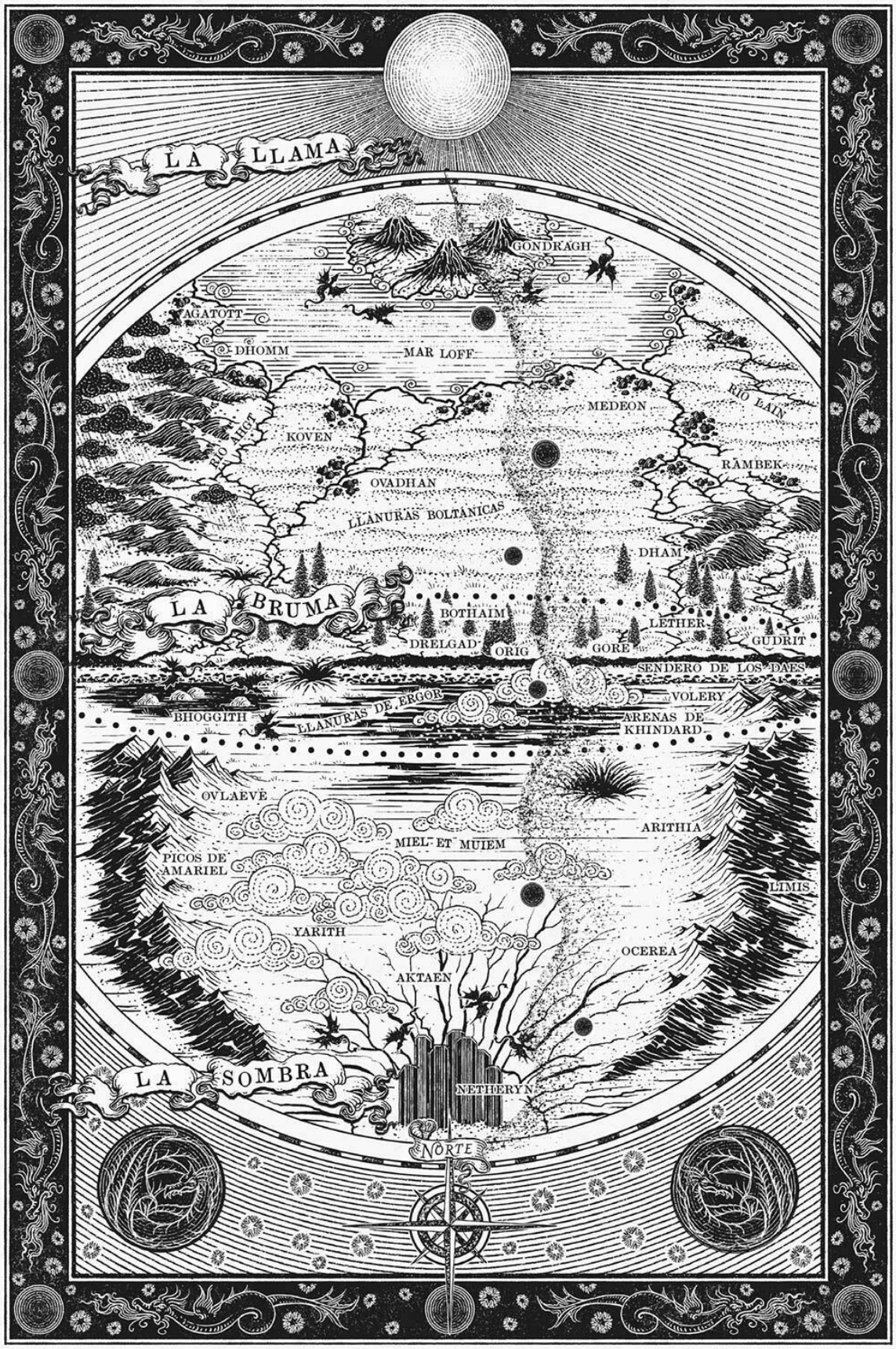
Slátra
*Slátra*

Tyroth Vaegor
*Táiroz Véigor*

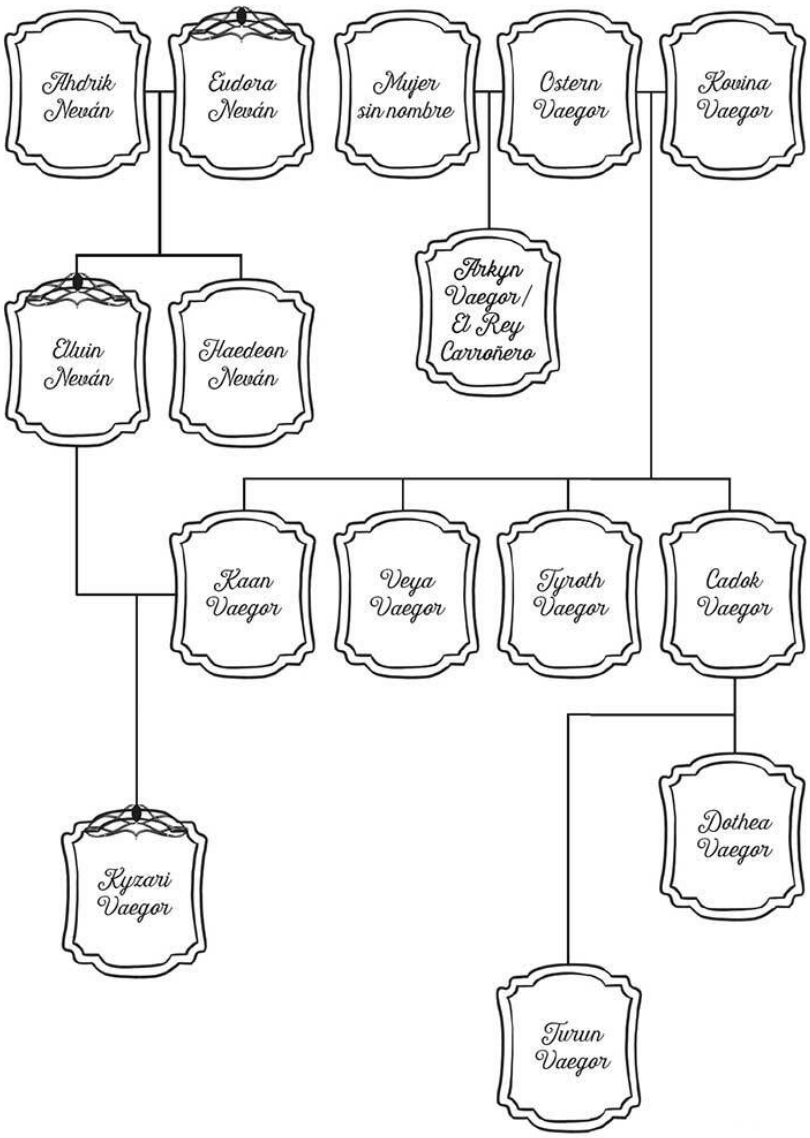
Uhloo
*Úlu*

Utris
*Útris*

Veya Vaegor
*Véya Véigor*


LA LLAMA
GONDRAGH
AGATOTT
DHOMM
MAR LOFF
RÍO LAIN
MEDEON
RÍO AHOT
KOVEN
RÁMBEK
OVADHAN
LLANURAS BOLTÁNICAS
DHAM
LA BRUMA
BOTHAIM
LETHER
DRELGAD
ORIG
GORE
GUDRIT
SENDERO DE LOS DAES
VOLERY
BHOGGITH
LLANURAS DE ERGOR
ARENAS DE KHINDARD
OVLAEVE
ARITHIA
MIEL ET MUIEM
PICOS DE AMARIEL
LIMIS
YARITH
OCEREA
AKTAEN
LA SOMBRA
NETHERYN
NORTE

# Árbol Familiar





Aquel dae, reinaba un silencio poco común. El Loff era como una hoja de vidrio que solo ofrecía un reflejo nítido. Ni una sola brisa agitaba la hierba o silbaba al pasar por las aristas afiladas. Los volcanes que cubrían Gondragh acallaron su retumbante rugido por primera vez en muchas fases. Ni una sola roca se movía de su sitio a menos que se le ordenara, y en tal caso lo hacía con rapidez y precisión. Incluso las nubes se resistían a llorar, como cuando un rostro desencajado contiene la respiración justo antes de proferir un sollozo de angustia.

Era como si Ignos, Bulder, Clode y Rayne tuvieran su conciencia… en otra parte. Como si hubiesen estado observando.

*Escuchando.*

La gente reflexionó sobre el extraño suceso y quienes eran capaces de oír las canciones de los Creadores hablarían más tarde de ello como un mal augurio, teniendo en cuenta cómo se desarrollarían las cosas ese dae: la gran luna plateada de plumaluna que había enclavada en el cielo de La Sombra estaba a punto de caer.

Primero, se oyó un grito de alguien doblegado por el sufrimiento y la soledad. Fue como si se rompiese una costura por estar las puntadas demasiado apretadas. Después, vinieron las palabras, brotadas de un corazón sediento, sin más intención que aliviar el dolor que sentía la mujer en el pecho.

Lo que sucedió a continuación hizo gritar a los Creadores con la misma fuerza, con la voz crispada por lo que estaba por venir.

Entonces…

Slátra cayó del cielo como un huevo luminoso: se desplomó a tal velocidad que salía fuego de la estela de piedras que dejaba tras de sí. Quienes presenciaron el suceso y vivieron para contarlo dirían más tarde que el suelo pareció suspirar resignado justo antes de que la luna impactara con tal fuerza sobre él que el mundo entero se sacudió, como si se estremeciese. Lógico, dado que aquel acontecimiento desencadenaría un ajuste de cuentas que ya se había retrasado demasiado.

Los Creadores vieron cómo una mujer salía de esa luna y se liberaba de los bellos escombros brillantes con los ojos rebosantes de fulgor y oscuridad mientras la sangre le manaba de un profundo tajo en la cabeza. La vieron poner rumbo hacia Arithia con malas intenciones y… justo entonces fue capturada, sometida, lanzada a una celda bajo una montaña en la que residía un hombre consumido por su sed de sangre.

Vieron cómo la torturaban, curtiéndola.

Afilándola.

Sabían que aquello era el principio del fin, en medio del eco de algo que había tenido lugar tantas fases atrás. Que el hombre al que esta feérica procedente de la luna caída había amado vagaba por las llanuras con el corazón rebosante de dolor y la boca cargada de

palabras capaces de reducir el mundo a cenizas. Que él podía acabar con todo más deprisa y con más ferocidad que cualquier caída lunar.

Que el destino se había confabulado contra ellos para enderezar las cosas, acorralándolos de un modo que resultaba asfixiante.

No se opusieron, sabedores de que eran ellos los equivocados, de que saldrían perdiendo en caso de hacerlo. Y es que, el dae en que le tendieron una trampa a Caelis y lo hicieron jirones, metiéndolo en una jaula que lo aplastó hasta convertirlo en un amasijo de gritos, solo había una cosa con la que no habían contado, algo que poseía tal fuerza que nunca tendría rival.

**El amor.**



Kaan

# CAPÍTULO 1

Al palpar las frías aristas calcificadas de un orificio que tiene Slátra en el costado, me corto la punta del dedo con un borde muy afilado. Apenas siento dolor, la sensación es similar al canto de un amigo perdido, casi como un tesoro, pues muchas de las cicatrices de mis manos se deben a esta hermosa luna plateada.

A *ella*.

A paso lento, rodeo el ovillo que forma la plumaluna en dirección a otro orificio, este liso, pero tan profundo que puedo meter el brazo entero y ni siquiera rozo el fondo. Es algo que compruebo por milésima vez, asegurándome de que tengo clara la forma antes de pasar al siguiente. Imagino que llevo las piezas faltantes en las manos, que vuelvo a colocarlas en su sitio.

No es un capricho.

No es un simple deseo de terminar el trabajo, como completar un rompecabezas complicado.

Lo que me mueve es un *anhelo* que brota de mi alma desde que ella se precipitó del cielo, invadiendo mis sueños y cada aliento cuando estoy despierto, incluso *después* de encontrar a Raeve magullada y cubierta de sangre en aquella celda.

Coloco la palma de mi mano entre los párpados cerrados de Slátra.

—Volverás a estar completa —digo con voz tan ronca que tengo que aclararme la garganta. Apoyo la cabeza contra la suya, a pesar del intenso frío que me abrasa la piel—. Juro por mi existencia que no descansaré hasta encontrar todas las piezas y traértelas.

Ella no se mueve, tampoco abre los ojos ni revela sus secretos. En absoluto cierra el agujero que yo también tengo en el pecho, como si faltase algo. Una sensación que ya me resulta demasiado familiar, considerando todas las fases que han transcurrido desde que Elluin se marchó.

Bajo la vista al delicado hoyo que la acogió antes de que naciera como Raeve y, al hacerlo, estalla un dolor diferente en mi blando corazón…, uno imposible de ignorar.

Pienso en su paradero, en los incesantes aullidos de Líri cuando pareció darse cuenta de que Raeve se había ido, de que la había dejado aquí, en La Llama, de que había elegido vengarse por su cuenta.

Alejarse del amor.

Sentí cada uno de los agudos aullidos que dirigía al cielo en todas las fibras de mi ser. Todavía los siento cada vez que pongo el pie en esa cueva o dejo que los pensamientos de Rygun se filtren a través de mi cuerpo desde donde ha anidado a la entrada… De todas formas, la pequeña plumaluna parece aullar cada vez menos, como si se estuviera rindiendo.

En cierto modo, eso es peor.

Le planto un beso entre los ojos a Slátra y me dirijo a las escaleras. Me sacudo el hielo de la barba mientras salgo de la gélida corriente de su luz plateada y vuelvo a la realidad. Abriéndome paso entre las frondosas enredaderas, salgo al aire templado, ahora cargado por la tormenta que ruge a lo lejos, y paso junto a flores empapadas que gotean formando charcos.

Al llegar a la puerta de mi dormitorio, un aleteo atrae mi atención hacia el cielo.

Extiendo la mano para que la alondra que se aproxima se pose en ella y se me encoge el corazón al pensar que podría ser de Raeve. Quizá sea una nota diciéndome que le importo, pero que no va a volver, algo que no se atrevió a decirme a la cara.

Ni siquiera respiro hasta que despliego el pergamino y leo el mensaje, escrito en la lengua nativa de los clanes, de principio a fin.

«No es de Raeve».

El alivio recorre mi cuerpo como un trago de agua helada.

Releo el mensaje de Terros, agradeciendo la puesta al corriente sobre su viaje a Bothaim con Rekk a cuestas, al que conduce hacia una muerte inminente.

Feliz de recibir noticias sobre su avance, vuelvo a doblar la alondra y me la guardo en el bolsillo. Si el tiempo lo permite, aterrizarán en Bothaim dentro de dos o tres ciclos.

Sin duda, Raeve estará esperando, lista para despellejar vivo a Rekk. Con suerte, hará que este suplique por su muerte.

«Con suerte, ella se librará de la sed de sangre que le corre por las venas».

Ahuyentando ese pensamiento, abro la puerta de par en par y cruzo las cortinas, me aseguro de dejarlas bien cerradas y me adentro en el dormitorio. Acaricio mi laúd y, frunciendo el ceño, me detengo para cogerlo del soporte, me lo llevo a la cadera y lo rasgueo con el pulgar…

El timbre que emite me sacude el pecho: disonante y algo estridente. El eco del dolor que se ha apoderado de mí desde que Elluin se marchó hace tantas fases.

La melodía de mi aflicción. De mi amor y mi pesar.

Debería haber cambiado las cuerdas hace mucho tiempo, pero eso habría modificado el sonido, algo que no me parecía bien, y menos teniendo en cuenta que ella es la única para quien lo he tocado desde que Slátra se la llevó al cielo. Una melodía reservada a su espíritu con la esperanza de que volviese a confiarme su corazón.

«Tal vez debí haber tocado con más ahínco».

Aclarándome la garganta, dejo el instrumento en su soporte.

Descorcho mi brandy y me sirvo una copa. Al tomar un sorbo, el licor me escuece por dentro mientras abro el cajoncito del escritorio y saco el frasco de cristal que guardé ahí hace casi treinta ciclos.

Siento una punzada de culpa al ver la niebla arremolinada en su interior, como si encerrase un pequeño tornado.

«Vaya».

Me recuesto en la silla de piel, doy otro sorbo y aparto el vaso. Luego, dejo el frasco sobre la mesa y le quito el corcho. Borg sale a borbotones en forma de niebla malhumorada, revolviéndose al tiempo que va creciendo. Se dobla sobre sí mismo, se estira hasta alcanzar un tamaño mayor que una cama, casi transparente, y luego se contrae de nuevo hasta convertirse en una masa densa y vaporosa, un poco más grande que yo, con unos ojos negros que brillan por la…

*¿Rabia?* No, decepción.

Eso es peor.

—El rey ausente regresa —murmura contrariado el espectro hinchándose ante mí como una pálida nube de tormenta amarrado a su frasco.

—Borg. Yo también te echaba de menos.

—Vuestros actos dicen lo contrario. —Extiende la boca longitudinalmente: un desagradable agujero deforme—. La próxima vez que se os ocurra guardarme en un cajón, no lo hagáis.

Bajo la barbilla y me llevo el puño al pecho.

—Tienes razón, amigo mío. Eso fue muy desconsiderado por mi parte. Por favor, acepta mis humildes disculpas.

—Depende. —Extiende la boca de nuevo, esta vez en sentido opuesto—. ¿Me habéis encontrado un frasco más bonito?

«Mierda».

—Sigo en ello…

—Mentiras. —Se abalanza hacia mí a tal velocidad que se me eriza el vello de los brazos—. Más de cien fases y sigo en este tan feo tapado con un *corcho*.

Alzo una ceja.

—Tiene una ventana grande.

—No sirve de nada si me tiráis en un cajón como si careciese de

importancia.

Se me escapa una leve sonrisa.

—Eso es cierto.

Borg inspira larga y profundamente, aproximándose mucho a mi boca, como si estuviera a punto de introducirse en ella e invadir mis órganos. Esa cercanía siempre me provoca un escalofrío por la espalda.

—Percibo el alcohol en vuestro aliento.

—Así es.

—¿Habéis venido a darme de comer?

Cojo el vaso y me lo llevo a los labios, obligándolo a retroceder lo suficiente como para dar otro abrasador sorbo.

—Depende —mascullo, siguiéndole el juego.

Me dedica una amplia sonrisa y luego se aleja, simulando quitarse la niebla de debajo de sus brumosas uñas.

—Sigo sin saber nada de vuestra Elluin y tampoco saben nada los demás. Aunque un hermano bien alimentado de Gore se encontró hace poco con una feérica que tenía espíritus *deseosos* de hablar con ella. Curiosamente, algunos eran miembros de la desaparecida familia Neván.

Casi se me sale el corazón de la puta caja torácica.

—Por un generoso bocado… —continúa Borg con la mirada puesta en sus uñas mientras a mí me hierve la sangre—, podría pedirle a mi hermano que averigüe qué mensajes querían transmitir a…

—Lo que les vas a decir a tus hermanos es que dejen de buscar el espíritu de Elluin de inmediato —gruño con tal vehemencia que la habitación tiembla, y con los puños tan apretados que se abre una grieta en el vaso—. O el de *cualquiera* relacionado con ella.

La mano extendida de Borg flota hacia lo que imagino que es su pecho, como si lo hubiera herido.

—Pero jurasteis alimentarme durante un eón si lograba comunicarme con el espíritu de Elluin…

—De lo contrario, te devolveré a las Nieblas.

Encogiéndose hasta volverse del tamaño de un malpié, me mira con unos ojos enormes sin parar de temblar.

No quiere regresar allí.

Está *mucho* mejor alimentado conmigo.

—¿Y una vez que localicemos los demás fragmentos lunares que tanto apreciáis? —pregunta con sarcasmo volviendo a su tamaño normal e irguiéndose sobre mí—. ¿Qué será de mí entonces? ¿Me devolveréis a las Nieblas? ¿O me dejaréis en un cajón hasta que os hagáis tan viejo y senil que olvidéis que existo siquiera?

Sus palabras me duelen, así que suavizo el gesto. Sé lo que se siente al estar tapado con un corcho y guardado en un cajón olvidado.

—Todavía me resultas útil, Borg. Y tengo muchos recuerdos dolorosos para mantenerte tan saciado como lo has estado durante las últimas cien fases. Aunque, si fuera listo… —murmuro dando otro trago—, te cambiaría por alguno de tus hermanos con un apetito más dulce.

Esta vez, se lleva sus dos nebulosas manos al pecho.

—No os atreveríais. He sido vuestro *humilde* servidor.

«Más bien un servidor sádico y hambriento».

No obstante, por morboso que sea, este espectro me conoce casi tan bien como Rygun.

Ha saboreado la mayor parte de mi agonía, de mi pena por lo que he perdido. Cada vez que él saca a relucir algo doloroso, me recuerda que he de vivir cada momento con un propósito, honrar la vida y amar con todo mi corazón, y así evitar que el arrepentimiento se encone.

«Lo bastante».

—No me atrevería —corroboro, y lo digo en serio—. Eres un aliado leal y un amigo muy preciado.

Borg se desinfla —todo menos su pecho— y vuelve a quitarse la niebla de debajo de sus vaporosas uñas.

—Por mucho que me apreciéis, tengo malas noticias para ambos, dado mi estado actual de inanición.

Levanto una ceja. Decido no recordarle que es imposible que se muera de hambre *de verdad*.

—Por desgracia, no hay novedades sobre el paradero de vuestros adorados fragmentos lunares, aunque las Nieblas Errantes están

migrando más al norte de lo que lo han hecho en más de cien fases. —Extiende los dedos para examinar su obra—. Espero que alguno de mis hermanos del interior vea algo pronto.

Asiento, sofocando la punzada de decepción.

—Está bien saberlo.

Se centra en su otra mano y, con timidez, dice:

—¿Alguna *otra* cosa que os gustaría saber?

Difícil ignorar la avidez que destila su voz, endureciéndola.

—En realidad, sí. Busco información sobre el paradero de tres personas.

Se acerca tan deprisa que contengo el aliento y casi tengo que ponerme bizco para no perder el contacto visual.

—Continuad.

Doy otro trago para conseguir algo de espacio personal y susurro las siguientes palabras:

—Veya, mi hermana; Kyzari, mi sobrina, y Roan, mi alquimista. Les he enviado a todos alondras —digo meneando el contenido del vaso—. Estoy impaciente por que respondan.

«Eso se queda corto».

El abismo que ha dejado Raeve con su ausencia me llena de una inquietud cada vez mayor que se asemeja a rayos penetrando mis músculos y tendones. Le dejaría a Grihm darme una paliza solo para distraerme, pero no está por aquí.

No hay *nadie* por aquí.

—Aah. Dejad que lo consulte.

Borg se aleja a una distancia considerable, convertido en una neblina que cubre el suelo.

—Tómate tu tiempo —murmuro, y doy otro trago al ardiente líquido, haciendo todo lo posible por aturdirme.

Casi me he acabado la copa cuando Borg recupera su forma habitual.

—Tengo información sobre vuestro alquimista —anuncia con la voz cargada de una alegría voraz, como una bestia leal dejando caer sobre mi almohada al roedor al que acaba de atrapar.

—¿Nada sobre los demás?

—No en este punto, pero mis hermanos están atentos.

Asiento y me sirvo otra copa que me bebo de tres largos tragos, quemándome la garganta.

—¿Y qué te apetece a cambio, en este dae?

—Joven Kaan… —dice emocionadísimo agitando los dedos en el aire como si fuesen patas de garrapata—, algo que me haga la boca agua, dado que me habéis tenido encerrado en un cajón tanto tiempo.

—De acuerdo —murmuro dejando el vaso vacío sobre el escritorio con un golpe. A decir verdad, podría haber sido peor.

Dado el actual estado de las cosas, revivir *cualquier* recuerdo posterior a la marcha de Elluin hacia Arithia podría haberme llevado directo al límite.

Apoyo la cabeza contra el respaldo y cierro los ojos mientras siento a Borg envolviéndome como una nube espesa, recorriendo mis hombros, mi cuello y mi mandíbula, cubriéndome las mejillas.

Por fin se asienta.

Oigo a lo lejos el sonido ciclónico que emite su boca al abrirse, jadeando con tal intensidad que eclipsa los latidos de mi corazón. Luego, siento que se zambulle dentro de mí, como si una lengua fría se deslizara por mi garganta, atravesando las capas de mi cuerpo.

Y las fibras de mi alma. Sigue avanzando… hasta que al final se abre en forma de garfio, de uno con la suficiente fuerza para desollarme por dentro.

Me aferro a un recuerdo particularmente doloroso que albergo entre las brasas de mi volcánico interior, lo levanto y lo empujo hacia el garfio. Borg murmura de alegría y va tirando de él poco a poco…



*—¡No es más que un críO! —La voz de mahmi es tan fuerte y triste que me duele en el alma—. ¡Por favor, Ostern! ¡Por favor, ten piedad!*

*—¡Lleváosla de vuelta a la Fortaleza! —gruñe pahpi por encima del hombro, agarrándome del brazo con su enorme mano con tanta fuerza que creo que me va a romper los huesos mientras cruza el patio a toda velocidad tirando de mí. Doy cuatro pasos apresurados por cada dos suyos.*

*Los guardias se apresuran a agarrar a mahmi, a pesar de su vientre abultado, y se la llevan por donde hemos venido.*

*Ella grita mi nombre tan fuerte que se le quiebra la voz y solo deja de oírse cuando las puertas se cierran de golpe entre nosotros.*

*El dragón de pahpi vuela en círculos sobre nuestra cabeza, tan cerca que levanta arena, lanzándomela a los ojos.*

*Arrugo la cara y parpadeo muy deprisa, tratando de aguantarme las lágrimas. Si consigo dejar de llorar, quizá se me permita volver con mahmi para asegurarme de que está bien.*

*Pero las lágrimas no paran. Por mucho que intente controlarlas, siguen saliendo.*

*Cruzamos el patio, bajo sinuosos árboles retorcidos, y bajamos unos escalones escarpados. Me esfuerzo por seguirle el ritmo.*

*Al final, se me doblan las piernas.*

*Me desgarro la piel de las rodillas y las caderas por el suelo*

*caliente, dejando un rastro de sangre; como una de mis pinturas de arcilla al pasarla por un pergamino.*

*Tengo la piel en carne viva y me duele todo el cuerpo cuando pahpi me suelta y se pone frente a mí como si fuese una torre. Retrocedo a trompicones y, de repente, toco el borde de algo, lo que hace que me dé un vuelco el corazón.*

*Al mirar por encima del hombro, veo el vacío que hay a mi espalda, como una garganta oscura esperando para tragarme…*

*Un líquido caliente me moja los pantalones.*

*—Mírame, Kaan.*

*Me limpio las lágrimas para ver mejor a pahpi. Tiene el sol a su espalda, lo que lo hace parecer una sombra enfadada.*

*Lleva su cabello oscuro sujeto por una corona de bronce que le queda justo encima de las profundas arrugas que tiene entre sus feroces ojos. Miro los tres abalorios que cuelgan de su oreja…*

*Rojo.*

*Marrón.*

*Transparente.*

*Me tiembla la barbilla mientras observo la taza naranja que sostiene, moldeada con mis propias manos, y sin la ayuda de Bulder.*

*Pahpi siempre me pide que dé forma a esto o a aquello, ¡moldea, moldea, moldea! Sin embargo, las cosas que le entrego nunca son lo bastante buenas porque las palabras me salen entrecortadas. Aunque soy hábil con las manos. Pensé que quizá se pusiese contento si le hacía algo perfecto.*

*Lo único que quería era una sonrisa…*

*—¿Por qué lloras?*

*Porque me duele el corazón.*

*Porque me pasé daes y daes trabajando en esa taza, y todo para que él la mirase como me está mirando a mí ahora, con decepción.*

*Me seco más lágrimas de los ojos.*

*—No…, no lo sé.*

*—¿Acaso he herido tus sentimientos?*

*Observo la taza en su mano y, luego, bajo la vista a sus enormes botas marrones. Es mejor que mirarlo a la cara.*

*—Eres demasiado blando, Kaan. Como tu mah. Como esta taza.*

*Aprieta el puño.*

*CRAC.*

*La cerámica se hace añicos y los trozos se esparcen por el suelo, como si fueran los pedazos rotos de mi corazón.*

*Me trago un sollozo; pero me quema al hacerlo, como si me estuviese tragando el sol.*

*—Sé que crees que soy duro contigo… Tu abuelo también lo fue conmigo, pero olvidas que eres hijo de un rey, nacido con defectos que podrían empañar el legado de los Vaegor.*

*Sus palabras suenan como el rugido de un dragón, poderosas e hirientes.*

*Pahpi se agacha y la chaqueta roja de montar que lleva se tensa en sus anchos hombros al señalar los pedazos.*

*—El tiempo que has dedicado a perfeccionar ese don deberías haberlo dedicado a tu tartamudez, a convertirte en alguien digno de la corona que llevan los Vaegor desde que nuestro ancestro montó por primera vez un siegasable.*

*Observo la corona que lleva en la cabeza, con picos afilados que apuntan al cielo.*

*¿Cómo le digo que no quiero ser digno de ella? Que solo quiero ser digno de un abrazo o una sonrisa.*

*De él.*

*Suaviza el gesto. Pero, entonces, se fija en los dos abalorios con que mahmi me ha decorado el cabello por haber oído por primera vez a Ignos y a Bulder…, aunque no a Clode ni a Rayne, como él esperaba.*

*Retrae el labio superior.*

*—Muéstrame algo de lo que pueda estar orgulloso o será mejor que te quedes como sirviente.*

*Me empuja.*

*Aunque me lo esperaba, eso no impide que se me revuelva el estómago y estoy a punto de vomitar mientras caigo de espaldas a la oscuridad.*

*Aterrizo con tanta fuerza sobre el suelo que me quedo sin respiración. Me pitan los oídos y la cabeza me da vueltas. Al tomar*

*una bocanada de aire, siento dolor en el pecho, como si algo se hubiese roto en mi interior y se estuviese clavando en partes vitales.*

*Jadeando en busca de aire, miro hacia la luz que hay arriba, redonda y pálida como la luna de un plumaluna…*

*Pahpi se asoma a la cornisa. Se le tensan los músculos del cuello mientras dice una frase que nunca he sido capaz de pronunciar correctamente, por muchas veces que me haya tirado a este agujero.*

*Bulder se sacude a mi alrededor y, luego, me atrapa en sus fauces, encerrándome en una oscuridad tan densa y abrasadora que se me cierra la garganta. Sin embargo, logro hablar y farfullo una orden, aunque solo consigo que Bulder se rompa en pedazos, los cuales me golpean en la cabeza y están a punto de aplastarme. Lo intento de nuevo, pero hay tanta tierra y piedras rotas a mi alrededor que apenas puedo moverme.*

*El miedo que me atenaza el pecho se apodera de mí.*

*Grito, lloro, araño la oscuridad. Le suplico a Bulder que escuche mis palabras entrecortadas. Pero nada de eso ayuda. Nunca lo hace.*

*Porque mis palabras no funcionan como es debido.*

*Porque no cuento con tres abalorios, como pahpi.*

*Porque soy débil, blando, inútil…*

Borg deja de beber y me suelta. Es como tener a un pez enganchado por las agallas y liberarlo en El Loff a pesar de que se le están saliendo las entrañas.

Jadeo y abro los ojos de golpe mientras el recuerdo regresa por donde ha venido y se enrosca en mi interior. Miro frenéticamente a mi alrededor para asegurarme de que no estoy atrapado bajo tierra tratando de liberarme, de que estoy en mi dormitorio, a salvo y solo…, sin contar a mi voraz espectro.

Borg se retira como una ráfaga de viento soltando un gemido.

—Pobrecito, mi dulce niño —dice hundiéndose en la bruma a modo de cojín, rebosante de alegría por haberse saciado—. Ha sido deliciooooooooso.

Con mano temblorosa, me sirvo otra copa. Me la bebo de un trago y la dejo sobre el escritorio.

—Me alegra que haya bastado —mascullo, y me inclino hacia delante para masajearme los ojos—. ¿Roan?

—Mis hermanos que moran en las mazmorras de Bothaim han hablado con él.

Enderezo la columna.

—¿Qué coño quieres decir con eso de «mazmorras»?

—No matéis al mensajero —dice con tono apático mucho más despacio de lo que me gustaría—. Roan lamenta informaros de que él, y cito textualmente, lo ha «echado todo a perder y habrá un juicio ante el Triconsejo por el presunto robo del *Libro de Voyd*».

Se me cae el alma a los pies y empieza a darme vueltas la cabeza.

—¿Cuándo?

—Tres daes —dice Borg arrastrando las palabras. Bosteza al tiempo que va encogiéndose hasta convertirse en un hilillo de niebla y se mete en su frasco sin añadir nada más, dejándome solo en silencio.

Me lo quedo mirando, dándole vueltas a la cabeza, incapaz de deshacerme del tufo a guerra inminente.

—Maldita sea —murmuro.

Tapo el frasco y me levanto, metiéndome a Borg en el bolsillo.

Me dirijo con paso airado hacia la puerta y la abro de golpe, encontrándome en el umbral cara a cara con Pyrok, que lleva el pelo rojo revuelto y tiene el puño levantado como si estuviera a punto de llamar. Parece que acabe de levantarse del jergón y haya venido directo aquí.

Lo miro a los ojos, dispuesto a darle la noticia de que su hermano pequeño está esperando juicio en Bothaim, cuando advierto su palidez. Eso y un extraño pánico en sus enormes ojos verdes.

Se me encoge el estómago.

—¿Qué sucede?

Veo una mano peluda de miskunn posarse en su hombro, agarrándolo con suavidad.

—¿Lumo? —Frunzo el ceño.

Ella se asoma, con sus enormes ojos rosados en esa carita tan

pequeña.

—Yo aquí.

Se impulsa hasta quedar en cuclillas sobre el hombro de Pyrok. Le tiembla el cuerpo, que lleva cubierto con una túnica colorida, y extiende las manos hacia mí.

Arrugando el entrecejo, la cojo en brazos y la estrecho contra mi pecho. Ella me envuelve con sus largas extremidades y se acurruca.

Le acaricio el pelaje pálido de la cara y miro a Pyrok.

—¿Ha visto algo?

—Vaya que sí. —Se echa hacia atrás y se rasca la cabeza—. Va a…, eh…, va a haber una caída lunar.

El aire escapa de mis pulmones.

—Una mala —murmura Lumo con la cara oculta por los pliegues de mi camisa, aunque apenas la oigo porque mi pulso me está atronando—. Lumo asustada.

Se me encoge el corazón y la estrecho más entre mis brazos protectoramente.

No es la primera vez que deseo que sus visiones hubieran comenzado siendo un poco mayor, y no recién salida de la fría bolsa de su mah asesinada. Ver esas cosas es duro para cualquiera, y mucho más para una criatura tan joven.

—¿Sabes dónde aterrizará, Lumo?

—No *una* luna. —Se acurruca más contra mi pecho, como buscando consuelo—. *Muchas* lunas.

«Por todos los Creadores…».

Echo un vistazo a Pyrok, que sigue rascándose la nuca, con la tez casi verde, como si también estuviera a punto de doblarse sobre sí mismo y vomitar; una conversación silenciosa tiene lugar entre nosotros.

—¿Cuántas, Lumo? —Le acaricio la mejilla y le froto detrás de la oreja con la esperanza de reconfortarla—. ¿Has visto cuántas van a caer?

Levanta la vista hacia mí.

Con los ojos rebosantes de lágrimas, se enrosca su gruesa cola alrededor de la cabeza y atrapa mi mano junto a su mejilla.

—Demasiadas.



# CAPÍTULO 2

## Kyzari

Acurrucada en mi jergón relleno de paja, contemplo el suelo mugriento que hay al otro lado de mi pequeña y agobiante celda a través de los barrotes apenas visibles bajo la mortecina luz del candil. Observo un charco enmohecido atacado por el lento ploc…, ploc…, ploc… que cae de una estalactita mientras repaso mentalmente mi encuentro con el Rey Carroñero.

«¿Qué he hecho?».

Debería haberlo mandado a la mierda en lugar de apresurarme a ocultar una llamada a las armas en los trazos de mi firma. Si la alondra va adonde creo que va, he implicado a alguien a quien quiero. ¿Y para qué?

«¿Por mí?».

Me regodeo en mi error, asfixiada por el inmenso peso de la montaña que hay sobre mí, dándome cuenta de lo que soy.

Un cebo.

Una presa jugosa que acaba de caer en una trampa. No puede haber otra respuesta.

«Quizá la alondra no llegue a Kaan. Quizá le llegue a pah y así mi tío no se vea arrastrado a esto».

Esa idea me proporciona cierto alivio. De todos modos, no el suficiente como para que me levante y vuelva a sentir el ansia de escapar de este horrible lugar.

Pongo un pie sobre la fría piedra, haciendo repiquetear mis cadenas, para tratar de despertar mi mente. Busco un solo resquicio de esperanza o energía para hacer algo, para resolver este problema y encontrar una salida.

Para luchar.

Sin embargo, el silencio nunca ha sido tan ensordecedor.

Las paredes están muy cerca.

Mis grilletes están muy apretados.

Quizá la miskunn de pah haya descubierto dónde estoy. Quizá un ejército venga a liberarme y llevarme de vuelta a Arithia.

«Una celda más grande y bonita en la que asfixiarme».

Gimo y, luego, miro furiosa la cacerola oxidada llena de bazofia que hay junto a los barrotes con la última comida que me han servido: vísceras y pan duro aderezados con gusanos glotones.

«Quizá enferme y muera antes de que acuda nadie».

Aprieto los ojos con fuerza, sumida en ese escenario. Me imagino muerta en esta celda y la diadema soltándose como una garrapata ávida de otro huésped lo bastante fuerte como para llevar la Piedra Éter.

Solo que no hay ninguno.

Sin un huésped que alimente las voraces runas, Caelis quedará libre. Volverá a estar íntegro, sí, pero se enfurecerá al verme muerta en esta celda. En el fondo, sé que me arrancará cada…

Se oye un leve aleteo y algo aterriza en mi palma.

Abro los ojos…

*ne*

Arrugo tanto el entrecejo que se me tensa la piel que rodea la diadema mientras analizo esas dos letras en el abdomen de la pequeña alondra impecablemente unidas. La caligrafía es suave y delicada.

Perfecta.

Como debe ser, dado que me golpeaban los nudillos con un bastón cada vez que desviaba la pluma lo más mínimo de la línea. Un título real no sirve de nada cuando tu pah permite que te traten como una moneda que nunca está lo bastante pulida.

Al mirar esas letras, me cuesta ignorar la opresión que siento en el pecho. Como si ella se estuviera enterando de que está muerta una y otra vez. Que se desangró al darme a luz, que nunca sabré cómo olía, cuál era el tono de su voz, su cadencia al decirme que me quería.

«Quizá haya enloquecido y solo me esté imaginando la presencia de la alondra».

Me aferro a esa idea como un parásito sediento de sangre hasta hartarme, apretando los ojos con tanta fuerza que me duelen, con la firme convicción de que la alondra que le mandé a mah hace unas fases no está ahora panza arriba en mi mano.

Abro los ojos…

*ne*

Mierda.

«Tal vez esté soñando. Tal vez también haya soñado la firma».

Cierro los ojos de nuevo mientras le murmuro a Caelis, una melodía vacua que me hiela los labios hasta que caigo dormida, volando a un lugar frío entre las estrellas, un lugar en el que podemos oírnos, cantarnos sintiéndonos seguros.

Amarnos.

Un lugar en el que Caelis está *íntegro*, y no destrozado en el interior de la piedra que llevo incrustada en la frente.

Surí está allí, en lugar de encerrada en las guaridas reales de los plumalunas, ocultas bajo Arithia. Algo que siempre nos ha impedido explorar los cielos juntas y forjar un vínculo sólido.

Por primera vez, la siento en mi pecho, siento su intensa alegría por la forma en que bate sus alas, su nacarada piel tan fría como el aire que besa mis mejillas. Sin molestos vigilantes encajonándola

como cada vez que volamos juntas.

Vagamos por el infinito horizonte bajo un brillante manto de estrellas, como siempre debió haber sido.

Libres.

Mah también está…, eso creo.

Quizá solo desee que esté, que me envuelva entre sus brazos y me diga que todo va a salir bien…

Algo me roza el cuello, devolviéndome a mi aciaga, húmeda y hedionda realidad. Una pestilencia agria que nunca pierde el matiz pútrido.

Se me encoge el corazón al recordar la alondra.

Al abrir los ojos, veo que mi palma está vacía…

«Un sueño».

Todo mi cuerpo se relaja, y suelto un suspiro de alivio.

Aunque me parece estupendo que a algunas personas les guste recoger alondras fantasma y doblen el pliegue de retorno —una forma discreta de informar al remitente de que su mensaje no fue entregado—, eso no es lo que quiero creer.

Que mi mensaje no fue recibido.

Lo que quiero creer es que esa pequeña alondra llegó a mah. Que ella recibió mi mensaje, pero aún no ha podido responder.

Que ella me ha *oído*.

Me duele el cuerpo entero de pensarlo, así que me abrazo a mí misma con fuerza a la vez que le susurro a Caelis:

—*Hov ahka nuieljuak. Hov-at haquil.*

«Te quiero. Estoy aquí».

No hay respuesta.

Al volver a hablar, se me quiebra la voz.

—*Nuieljuakui taf maruli…*

«No estás solo».

Pero yo sí lo estoy.

De tener algo afilado, me cortaría el pie para quitarme el grillete de hierro y volver a oír su voz. Es algo que no había considerado hasta este mismo instante.

Supongo que estoy rompiendo la promesa que me hice a mí misma, viniéndome abajo y actuando sin sentido.

Gimoteando, agarro el grillete y lo estampo contra el suelo una y otra vez. Un tambor metálico que resuena en este estrecho espacio.

BANG.

BANG.

BANG.

Qué decepcionado estaría pah por mi súbita falta de compostura. Ay, cómo me miraría con el ceño fruncido, una de esas miradas que hacían que mojara los pantalones hasta que me volví lo bastante inteligente como para mantener la boca cerrada y comportarme.

«Casi siempre».

BANG.

BANG.

BANG.

Me ruge el estómago.

De nuevo, miro con ira la comida sin tocar, tratando de encontrar el valor para arrastrarme hasta allí y comerme esa porquería.

No soy estúpida. Si quiero encontrar una forma de escapar de este lugar, me van a hacer falta fuerzas, sin importar de dónde vengan. Sin embargo, después de lo de mi firma y el mensaje oculto en ella, me cuesta mirar esa cacerola oxidada y la comida retorciéndose en su interior sin que me den ganas de vomitar sobre las piedras.

Así, lo que hago es mirar al otro lado de los barrotes, hacia el oscuro túnel que hay más allá, preguntándome cuántos días han pasado desde que caí en esta trampa con tanta facilidad.

«Demasiados».

BANG.

BANG.

BANG.

Me tumbo de lado, acurrucada como un dragón petrificado, y me rodeo con los brazos a modo de alas. Imagino que el abrazo no es mío, sino de otra persona, tan fuerte que me deja sin aliento.

—*Nuieljuakui taf maruli*.

Algo revolotea junto a mi cuello de nuevo.

Suspiro.

Supongo que otra criatura se ha colado aquí en busca de algo caliente contra lo que acurrucarse. Si tengo que matar otra vuililla para que no ponga sus huevos en mi pelo, gritaré.

Atrapo lo que revolotea y lo alejo para ver qué…

*ne*

Me da un vuelco el corazón. Noto un dolor punzante que intento ignorar.

«No era un sueño».

Como la alondra menea la cola, la suelto y me apresuro a incorporarme hasta quedar sentada.

«No suelen hacer eso».

Me la quedo mirando fijamente: yace de lado sobre el suelo de piedra…, manchada, ensangrentada, un poco deformada. La última vez que la vi fue cuando soplé un nombre sobre sus alas, con la absurda esperanza de alguien que se aferra a la creencia de que la magia existe.

Esa que obra *milagros*.

Esa que me permitiría traer a mah de vuelta a la existencia, a mis brazos, si lo intentase con suficiente fuerza. Ahora, aquí está, con el pliegue de retorno usado, tan abatida y falta de esperanza como yo. Parece un espejo al que no quiero mirar, decepcionada por el reflejo.

Suspiro, aparto la alondra y la cubro con una pequeña montaña de paja.

«Ya está».

Una brisa helada se cuela en la celda, provocándome un escalofrío por todo el cuerpo. Es como si Clode se burlara de mí trayéndome un soplo de aire del mundo exterior.

Reprimiendo las ganas de maldecirla, me recojo el roto y sucio vestido que llevo alrededor de las piernas y tiro de mi diadema. Siento las mismas náuseas de siempre y un dolor agudo en la cabeza, como si estuviese intentando arrancar unas raíces gruesas de mi cráneo.

Tragándome la saliva acumulada bajo la lengua, intento clavar las uñas a los lados de la diadema, segura de que debe haber un resquicio por el que pueda meterlas…, a pesar de no haberlo encontrado en las innumerables ocasiones que lo he intentado antes, y con herramientas mucho más duras que mis uñas.

Me chorrea sangre caliente por un lado de la nariz, que gotea sobre los pliegues de mi vestido, mientras araño, rasco y hurgo al tiempo que voy pasando la mirada de una letra garabateada a otra en la pared gris oscuro, letras que parecen haber sido dibujadas por un niño aprendiendo a escribir.

En este lugar.

Cambio el rumbo de mis pensamientos y miro el techo, cubierto de lunas grabadas en carbón, lunas que me recuerdan a…

Cierro los ojos con fuerza y me cojo el estómago, que ruge.

Se oye un aleteo y frunzo el ceño al ver a la pequeña alondra elevándose hacia el cielo, dejando atrás hebras del montón de paja, de donde se las ha arreglado para escapar.

«Es tenaz: eso se lo reconozco».

Rebota entre las lunas cubiertas de hollín hasta que queda justo encima de mí, se inclina hacia delante y desciende en picado: me golpea justo entre los ojos y cae en mi regazo.

—Au —murmuro frotándome la cabeza mientras miro a la alondra, inmóvil y con el pico arrugado, algo que me molesta demasiado.

Cojo su carita entre mis dedos y la presiono hasta devolverle la forma. Al hacerlo, me fijo en un pequeño desgarro que tiene en el ala, como si hubiera necesitado pelear para llegar hasta aquí.

Ojalá no lo hubiera hecho. Ojalá siguiera ahí fuera, revoloteando sin rumbo fijo, libre, y no aquí abajo conmigo, en este agujero solitario y sin esperanza.

La coloco sobre mi rodilla y apoyo la cabeza contra la pared, observándola. Cuando se da la vuelta, mostrando de nuevo su vientre, suspiro.

Me llama la atención su cola, donde veo el pliegue de retorno doblado con tanta fuerza que se aprecia un rastro de huella dactilar ensangrentada. Le doy la vuelta al pergamino para que quede mirando hacia el otro lado y contengo el aliento al ver un garabato negro que se pierde bajo los pliegues, como si alguien hubiera respondido, y luego lo hubiese vuelto a doblar.

Lo miro fijamente tragando saliva.

¿Qué podría querer decir un desconocido que no quedase ya claro con el propio pliegue? Algo como: «Hola, lo siento. Esta alondra lleva un rato volando sin rumbo fijo. Supongo que el receptor ha fallecido. Lamento su pérdida».

¿Quiero leer eso?

«Por supuesto que no».

Dejo la alondra en el suelo y cierro los ojos, intentando dormir, pero me da tres picotazos en la cara, justo entre los ojos. Después del cuarto, me acurruco de lado y aprieto los dientes al oírla elevarse aleteando. Me pregunto si debería darle un manotazo con la suficiente fuerza como para que dejara de moverse para siempre.

«¿Por qué se burla de mí? Ojalá dejara de hacerlo».

«¡BASTA!».

Oigo un golpecito a mi espalda.

Echando un vistazo por encima del hombro, la veo inmóvil de lado, con el pico tan aplastado que parece que le falta.

Me invade una oleada de culpa.

«Solo quiere que la leas, Kyzari. Lee la maldita carta y se quedará tranquila».

—¡Por todos los Creadores, maldita sea!

Lentamente, me estiro…, me doy la vuelta…, me incorporo y me retiro el pelo enmarañado por detrás de las orejas. Cojo la alondra y le aliso el pico hasta que vuelve a su sitio; luego, la despliego poco a poco hasta que queda abierta en mi mano.




«Guau».

Vuelvo a doblar la alondra hasta que tengo de frente su cara con su pico.

—¿Es esto lo que consideras un discurso motivacional?

Se menea y se da la vuelta sobre su espalda, como si quisiera que la leyera de nuevo.

Sonrío por primera vez en… mucho tiempo y sacudo la cabeza.

—¿Cómo es que tienes tanta personalidad, eh?

Otro meneo.

—Vale —murmuro abriendo la alondra, y releo su mensaje.

Algo que me resulta familiar me sacude como una bofetada en la cara.

Desplazo la mirada más allá del pergamino, hacia la tosca pared de la celda, como si estuviera contemplando desde el cielo unas dunas oscuras. En las pequeñas hendiduras que hay entre los surcos de la piedra, busco las letras que hay ahí grabadas, pasando la vista de la alondra a la pared, y encuentro similitudes innegables en la *m*…, la *n*…, la *t*…

Se me hiela la sangre.

«¿Ha escrito un niño esta respuesta? ¿El mismo que estaba encerrado en esta celda?».

«¿Consiguió salir de aquí?».

Me arden los ojos y, al leer el mensaje de nuevo, vuelve a despertar la esperanza en mi interior.

NO, NO ME NECESITAS

Esta vez, lo que siento en el pecho es distinto. No es tanto una punzada como un soplo de aire fresco.

«Tiene razón, no necesito a nadie».

Llevo viviendo en una jaula toda mi vida. Cada vez que he tocado fondo, siempre he logrado volver a salir a la superficie y respirar. La desesperación convierte en oportunidades las cosas menos pensadas.

Sí, metí la pata al firmar ese pergamino que probablemente ya esté volando hacia mi tío Kaan, pero no pasará nada malo si consigo liberarme y me hago cargo de mis errores.

Y según esto… es posible.

Vuelvo a doblar la alondra, la tomo con ambas manos y me la acerco a la cara.

—Siento haberte gritado —le susurro, y me la acurruco en el cuello. Me balanceo, mirando de reojo mi comida retorciéndose, y me veo enardecida por una oleada de determinación—. Voy a encontrar una forma de salir de aquí. Lo prometo.

«Aunque eso signifique que tengo que empezar a comerme esa mierda».



# CAPÍTULO 3

## Veya

Bajo corriendo por la sinuosa escalera mientras mis pasos retumban al compás de los latidos acelerados de mi corazón, con la mente aún puesta en las páginas del diario de Elluin que tengo pegadas al pecho. Las llevo bien sujetas bajo el corpiño que he robado con un trozo de tela que he arrancado de la capa inferior de mi falda, también robada.

> *Ha llegado una sanguiria a lomos de un dragón. Si ha venido a poner a prueba la sangre de mi bebé cuando haya nacido, la línea paternal no apuntará en dirección a Tyroth.*
>
> *Apuntará hacia el norte…, hacia Kaan.*

Sofoco un gemido, ignorando mi fuerte deseo de arrojarme por la ornamentada barandilla de obsidiana y esparcir mis entrañas siete pisos más abajo por el reluciente suelo.

Nunca había sentido el peso de una responsabilidad tan abrumadora, sabiendo que mis próximos actos podrían desencadenar una guerra capaz de destruir el mundo. Sin embargo, no puedo guardarme este diario para mí. No.

Kaan merece saber la verdad, y Ellu… *Raeve* también.

«Kyzari es quien más se lo merece».

La determinación me tensa la mandíbula.

«Ve al ropero y cámbiate. Sal del palacio por la puerta secreta de la pared, rodea el bosque de los Salces Llorones, sube por el sendero de la montaña y entra en la guarida abandonada donde se esconde mi peregrina con Furn, la fundefauces a la que acompaña. Vuelve a casa, vuelve con Kaan.

«Rómpele el maldito corazón».

—Por todos los Creadores —murmuro, tratando de calmar mi pulso.

Echo los hombros hacia atrás y aminoro el paso mientras bajo las escaleras que dan al atrio, cuyos amplios ventanales dejan ver la furiosa tormenta que azota la ciudad. Unos jardineros con faldones están encorvados sobre parterres con flores luminosas, cortando tallos o plantando bulbos en silencio.

Aprieto los puños tratando de no acelerarme —de no montar una escena ni llamar la atención— y respiro hondo el aire impregnado del vivaz aroma de las flores originarias de La Sombra. Un aroma exquisito que no consigue que este lugar me parezca más que una mazmorra bonita y etérea en la que espero no morir.

Continúo descendiendo por una angosta escalera hasta salir al pabellón de los sirvientes, muy por debajo del primer piso. Mi carrera por el interminable laberinto de fríos pasillos de obsidiana se ve constantemente interrumpida por Espinas y los impasibles trabajadores del palacio, lo que me obliga a ir a paso lento. Unas mujeres impecablemente vestidas y acicaladas se deslizan por el suelo como majestuosas escobas, todas ellas con una muesca en la oreja, lo que las identifica como nulas, una costumbre que introdujo Tyroth cuando clavó sus garras en La Sombra, como un dragón orinando en su territorio.

Haciéndolo apestar.

Cuando por fin llego a la puerta de un ropero, flanqueada por unos candelabros encendidos, miro a ambos lados y me saco un frasquito del bolsillo. Al quitarle el tapón, me llega el olor almizclado de lo que sea que utilice Roan para preparar esta potente poción.

Por su aroma acre, parece un excremento. Intento no pensar en ello mientras me lo echo en la palma de la mano y lo esparzo por la puerta.

La runa de candado que he dibujado antes chisporrotea, emitiendo un furioso silbido, y se convierte en humo.

La manija hace un ruido y se mueve, abriendo la puerta.

Me guardo el frasquito en el bolsillo y entro a toda prisa, cerrando la puerta detrás de mí. Me apoyo contra ella y suelto un suspiro tembloroso.

—Joder —murmuro arrancándome el brazalete, tentada de lanzarlo contra la pared. En lugar de eso, lo que hago es sacar un frasco de luz de luna de mi bolsillo e iluminar el reducido espacio de almacenamiento. Mi hechizo de apariencia comienza a picarme y acaba desprendiéndose como si fuese papel desmenuzado, pero se desintegra antes de tocar el suelo.

Miro con fijeza mis dedos lívidos, el brazalete que agarro temblorosamente con ellos…

«Debería haber dejado que se lo comiera la trogg».

Me guardo en el bolsillo el estúpido objeto.

Desvío la mirada hacia Ayda, que sigue inconsciente en el suelo, con mi capa blanca enrollada debajo de la cabeza, las facciones relajadas y una mordaza.

Observo su modesta ropa interior gris de lana, que parece mucho más cómoda que esta asfixiante aberración con la que estoy a punto de volver a vestirla, sobre todo teniendo en cuenta su… estado, del que Tyroth me ha informado.

Suspirando, observo el ligero abultamiento de su abdomen, apenas perceptible. Aun así, me enfado conmigo misma por no haberlo advertido y sacudo la cabeza mientras me agacho a su lado.

Conozco bien a mi hermano; sé de lo que es capaz. Aquí, Ayda y su pequeño no tendrían futuro.

Este es el lugar donde las sierpes asfixian la felicidad mientras se duerme, donde las jóvenes princesas son sacadas de su lecho en mitad de la duermevela y obligadas a subir a lomos de bestias extranjeras para ser conducidas a una ciudad lejana, tratadas como una gema de rocadragón.

Como *moneda de cambio*.

Este es el lugar donde las mahs mueren entre sábanas ensangrentadas durante el parto, donde los secretos se enconan hasta envenenar el mundo.

Apretando los dientes, me inclino hacia delante y dejo el frasco de luz de luna en un estante entre montones de trapos de limpieza. Luego, me afano por aflojar mi corpiño, tirando de él con un suspiro profundo y llenando mis pulmones como es debido por primera vez desde que me abroché esta maldición de los Creadores.

Me pongo mi atuendo de cuero y, después, desato a Ayda, le quito la mordaza y la vuelvo a vestir con delicadeza. Cuando le retiro mi capa de debajo de la cabeza, se me eriza el vello de los brazos.

Poso la vista en su rostro, en sus audaces ojos azules, que me miran fijamente.

Se me acelera tanto el corazón que me olvido de respirar, pues tengo miedo de que abra la boca y se ponga a chillar, que haga derrumbarse todo mi jodido mundo con un simple sonido.

Sin embargo, no lo hace.

No hay miedo en sus ojos, ni pánico o ira. Tampoco confusión. Solo hay dos esferas inquisitivas tras un velo de lágrimas, lo que me hace cuestionarme si compartíamos algo más que un simple parecido mientras yo llevaba su piel.

Si parte de su alma también hizo conmigo aquel angustioso viaje.

Posa la mirada en el diario de Elluin, sujeto contra mis costillas, haciendo que se me hiele la sangre.

«Supongo que eso responde a la pregunta».

Cierra los ojos y se le cae una lágrima al tiempo que se lleva una mano al abdomen a modo de escudo.

—No tienes que matarme —susurra levantando los párpados—. No diré nada.

Sé que no lo hará.

Nadie que esté en su sano juicio podría leer las palabras de este diario y no elegir el lado correcto. Aunque el pah de su hijo no nacido sea Tyroth, Elluin era la reina de La Sombra por derecho hereditario. La tradición dice que una hemorragia posparto fue la

razón por la que nunca llegó a ver crecer a Kyzari, pero yo no lo creo así.

Y dudo que Ayda lo haga.

Todo este puto desastre es una nube negra sobre el hombre que ocupa el trono de obsidiana en la actualidad.

—Jamás haría tal cosa. —Meto la mano en el bolsillo de mi capa y saco una pesada bolsa de gemas de rocadragón, suficiente para comprar una pequeña taberna en esta parte del mundo—. Pero he de insistir en que te marches —le suplico tomando su fría mano para que acepte la bolsa—. Sal de Arithia y busca un lugar seguro lejos de Tyroth Vae…

—No puedo. —Desentrelaza su mano de la mía, de la bolsa.

Frunzo el ceño.

—¿No puedes o… no quieres?

Se produce un largo silencio mientras se le escapan más lágrimas.

—Deberías irte —acaba susurrando, provocándome un escalofrío en la espalda.

«Cierto».

Me pongo de pie y me echo la capa sobre los hombros, con la capucha puesta, abrochando los botones para asegurarme de que mi ropa de cuero quede bien oculta.

—Entonces probablemente acabarás muerta, igual que Elluin —murmuro lanzándole la bolsa de gemas de rocadragón.

Esta cae al suelo con un fuerte golpe que hace que Ayda se estremezca. O tal vez sean mis palabras las causantes.

«Bien».

—Este mundo no es amable con las mujeres, los bastardos ni quienes no llevan abalorios —continúo dirigiendo una mirada significativa a la muesca de su oreja. Cojo el frasco de luz de luna de la estantería y me lo guardo en el bolsillo; quedamos sumidas en la oscuridad—. Recuérdalo.

Abro la puerta y me marcho.



# CAPÍTULO 4

## Raeve

Echo el brazo hacia atrás y lo lanzo hacia arriba, golpeando con el puño el hielo, que *simplemente no cede*.

Otro puñetazo. Y otro más. El dolor recorre los delicados huesos y tendones de mi mano hasta llegar a mi codo, avivando la sed de sangre que bulle con rabia en mi pecho.

Lo he intentado todo. He aguzado mi conciencia hasta convertirla en una cuchilla que solo se dobla contra el hielo. La he embrutecido hasta transformarla en un martillo con el que he intentado abrirme paso a golpes, buscando en la superficie helada un área más débil, más fina.

Nada funciona.

Incluso he fingido *ahogarme* con la esperanza de que el instinto protector de la Otra la hiciese regresar bajo el hielo y, con suerte, abriera un agujero por el que yo pudiera salir.

Me equivocaba.

O no le importa o sabe muy bien que mi conciencia no necesita oxígeno para existir en esta tumba acuática.

Otro golpe me destroza los nudillos y la compostura que me queda.

—¡JODEEEEEER!

Mi plan era meticuloso: saciar mi voraz sed de venganza con un auténtico festival de torturas cuidadosamente planeado que terminaba conmigo taponándole a Rekk la boca con sus propios intestinos y apretándole la nariz para observar cómo se iba ahogando hasta morir mientras le recordaba por qué merecía *exactamente* una ejecución tan brutal.

«Por haber asesinado a mi bella y prodigiosa Essi».

«Por haber torturado a Líri casi hasta la muerte».

Hasta que mi Otra me metió aquí abajo como si fuera una de mis piedras, como si esperara que me enroscara y me hundiera hasta el fondo mientras ella hacía quién sabe qué con ese pedazo de mierda al que atraje a mi trampa…

Un momento.

¿Es esa la respuesta? ¿Hundirme?

Me doy la vuelta de golpe y miro hacia la negrura que hay debajo. Está todo oscuro, salvo por unas lucecitas difuminadas que se ven muy al fondo, como si se tratase de una estrella aplastada cuyas resplandecientes vísceras han quedado esparcidas por todas partes.

Entorno los ojos y paso la vista de un punto luminoso a otro.

Quizá haya algo ahí abajo que pueda usar para liberarme. Es una opción que por lo general no consideraría, pero ella no está aquí abajo, ella está arriba, llevando a cabo una carnicería; probablemente dándose un banquete con los restos de Rekk Zharos.

Frunzo el ceño, pensando en todas las mierdas que he lanzado bajo el hielo, cosas que no quiero volver a ver. Nunca. De todos modos, siempre y cuando no descienda demasiado, estaré a salvo. En teoría.

«A la mierda».

Pateando el hielo para impulsarme, buceo por la cristalina agua con brazadas decididas hasta que se me enreda entre los dedos algo largo y luminoso, haciendo que me detenga. Me acerco la mano y le doy la vuelta. Al ver un hilo plateado más largo que yo, entorno los ojos.

Un escalofrío me recorre la piel.

He visto este mismo tono en la tumba bajo la habitación de Kaan. Lo he visto en el cielo al sur de la muralla, entre las cintas aurorales que a veces se mezclan con esa luna torcida a la que tanto quiero. Lo he visto en mis sueños y en dolorosos fogonazos de recuerdos: ese tono luminoso junto con unos ojos lechosos enmarcados por pestañas pálidas…

«No».

Desecho el pensamiento, suelto el hilo y me sumerjo más en lo desconocido.

«Buscar un objeto con el que reventar el hielo. Liberarme. Recuperar el control de mi cuerpo. Convertir los últimos momentos de Rekk en una puta pesadilla».

Los lejanos destellos de luz se agrandan, adoptando la forma de un grupo de columnas de hielo hexagonales que se alzan en las tinieblas. Es como si estuviera recorriendo Netheryn en la oscuridad, el lugar de anidación de los plumalunas. Otra cosa sobre la que me niego a reflexionar.

Me niego a pensar demasiado en ello.

Me aproximo, atraída por una columna ancha que hay en el centro, más corta que las demás, rodeada por otras cercanas más altas.

Me concentro en la concavidad propia de un nido muy utilizado. Dentro de ella, hay un gran montón de tesoros; principalmente, piedras plateadas con forma de huevo que me cortan la respiración. Me dan ganas de dar media vuelta, subir a la superficie y esperar pacientemente a que me liberen. Y no volver aquí *jamás*.

Y haría justo eso si no me picasen los dedos por las ganas que tengo de sacarle los ojos a Rekk y atravesarle el maldito corazón.

Gruñendo, me dirijo hacia una de las columnas más altas y me acerco al borde. Miro hacia los oscuros abismos que se extienden entre las columnas con la esperanza de encontrar algo útil. Al entornar los ojos, distingo a lo lejos unas…

Piedras.

*Miles* de piedras apiñadas entre las grietas, como si fuesen basura. Mis piedras. Cada montículo cubierto de musgo corresponde

a un recuerdo o momento que arrojé aquí con la intención de no volver a verlo nunca más.

Distingo una muy afilada que lancé mientras tenía a Essi inerte entre mis brazos.

Sin vida.

Me estremezco y aparto la mirada.

«Ni de coña. No pienso bajar ahí».

«Eso solo me deja otra opción».

Con los puños cerrados, examino la gran cantidad de piedras que hay con forma de huevo cubiertas de un musgo brillante que se mece con el movimiento del agua y, al ver un largo diente nacarado incrustado entre ellas, frunzo el ceño. Por lo que se aprecia, es más largo que mi pie y probablemente lo bastante fuerte como para romper el hielo, aunque me resulta extraño no recordar haberlo tirado aquí…

Ignoro la parte de mí que sabe que no fui yo. La parte que está juntando las piezas de este extraño rompecabezas, dándole forma a algo demasiado grande, redondo y pesado para soportarlo.

Salto al precipicio y aterrizo en la ladera cubierta de hielo, desde donde me deslizo hasta el fondo del enorme nido. Es tan grande que Rygun podría acurrucarse en él, aunque la mayor parte de su cuerpo se saldría por los bordes.

Cuando la pendiente se atenúa, me acerco al montón de tesoros, casi más alto que yo, y me detengo ante ellos para sopesar la situación. A diferencia de mis piedras, tiradas como si fueran basura, estas parecen haber sido talladas con mimo, acunadas.

«Cuidadas».

Un pensamiento con el que acabo como si de un insecto se tratase.

Tengo que mover al menos *una* para poder sacar el diente. Es una pena, ya que manipular el tesoro de alguien es una forma segura de cabrearlo.

Me desplazo alrededor del montón, buscando el mejor ángulo, y me doy cuenta de que mis opciones son más escasas que las posibilidades de soltar mi discurso tan bien planeado ante un Rekk *mínimamente* consciente.

¿Muevo la piedra de aspecto aterciopelado que me recuerda a un trozo de carbón o el cristal azul en forma de lágrima que parece algo más fácil de alcanzar?

«A la mierda. No hay tiempo que perder».

Aparto las hebras de musgo plateado, meto la mano en la grieta, agarro la lágrima y tiro. Esta se desprende profiriendo un dulce sollozo a través del agua, palabras cantadas con una voz que reconozco, imbuidas de una aflicción tan profunda que me empapa la piel e inunda mi torrente sanguíneo.

Embiste mi corazón.

Chillando, lanzo el cristal con tal ímpetu que traza un arco en el agua y se hunde en la grieta mientras yo tomo grandes bocanadas de agua helada. La triste y lenta melodía invade mi ser y acaba incrustada en mi mente como una semilla de tristeza que, desde luego, no quería.

Hay un motivo por el que no escucho a Rayne y es que no pretendo entender su lengua. Ahora, parte de ella está incrustada en mí como una sórdida astilla que probablemente acabe infectándose.

«Cómo odio este puto sitio».

Me trago el nudo de la garganta, hago crujir mi cuello moviéndolo a un lado y a otro, y miro la pila que tengo delante.

Definitivamente, es mejor no tocar los demás. Quién sabe lo que sacarán a la luz.

Con más cuidado esta vez, introduzco el brazo por el hueco, agarro el delicado colmillo de marfil y tiro de él.

No cede.

Tiro de nuevo con los dientes apretados mientras hago fuerza, aplicando toda mi rabia y sed de venganza en un movimiento de palanca…

El colmillo se desprende tan repentinamente que salgo despedida hacia atrás y algunas de las piedras con forma de huevo se desplazan con la sacudida. Una de ellas me raspa el brazo al sacarlo y el musgo me acaricia como la cola de un plumaluna, lanzándome a…

otra parte.

Otra parte donde no soy yo misma, sino más grande.

Más poderosa.

Algo *furioso*, cargado de una fuerza incontenible que se abre paso desde mis omóplatos, hincha mi pecho con un torbellino de fuego gélido y amenaza con quemarme la garganta al salir…



# La Otra

*Pasado*

La Otra se zambulle en un banco de niebla soltando un chillido gutural que se convierte en un grito tan agudo que podría cortar la piel, anunciando así sus rabiosas intenciones de matar al joven feérico que se coló en la columna donde anida y se llevó su huevo más preciado.

Tal vez lo incubó durante demasiado tiempo, desde mucho después de que su pareja cayera y acabara desangrándose en el suelo, pero por fin percibía vida en su interior. Desde que le había otorgado un hilo plateado de la fibra mística que tenía dentro de su ser, la vida *por fin* había comenzado a revolotear.

Y ahora ya no está.

Sale disparada de la niebla mientras la rabia brota de su

garganta y escapa por su boca abierta. Una llama azul celeste estalla contra un nido alto construido por otro plumaluna fallecido hace mucho tiempo, haciéndolo añicos y rompiendo el silencio.

No habrá descanso hasta que la Otra tenga al ladrón entre los dientes y haya apagado los latidos de su corazón. Entonces, se dará un festín con su carne, arrancándola de sus huesos tira a tira. Cubierta con su sangre, esperará a que sus restos se solidifiquen con el frío y, luego, lo hará pedazos.

Si es que lo *encuentra*.

La Otra oye un grito a lo lejos, un traqueteo, una serie de berridos animalescos que le provocan un escalofrío por la espalda.

Vira, buscando el sonido, atravesando otro banco de niebla que oculta gran parte de la zona de cría.

—¡Fuera, bestias horribles! —A la Otra se le encoge el corazón al oír esa voz chillona reverberando entre el alboroto—. ¡Dejadnos en paz!

La niebla se disipa lo suficiente como para que alcance a ver una cornisa helada, donde divisa a una pequeña feérica demasiado joven para esta parte del mundo.

Debería estar en un nido de piedra con quienes le dieron la vida, envuelta en el pelaje que los feéricos acostumbran a llevar para proteger su frágil piel. No *aquí*, cuidando de un pequeño nido de nieve, rodeada de maldiespines, depredadores espinosos dolorosos de masticar, que castañetean, aúllan y asaltan madrigueras excavadas en la nieve, cuya presa principal son las crías recién nacidas de criaturas más vulnerables.

Esa es la razón por la que la Otra suele acabar con sus púas clavadas en las encías.

Observa su postura: piececitos bien separados, listos para la batalla, ojos airados pero temerosos, tan azules que podrían haber sido forjados con la llama que se gesta en su propio pecho.

—¡Vete! —grita la feérica con voz temblorosa y muestra una daga, como si intentara compensar su falta de dientes afilados o garras—. ¡Pienso usarla!

La Otra se fija en cómo le tiembla la mano, como si tuviera miedo a pesar de mostrar los dientes y proferir amenazas.

Plegando las alas, la Otra se deja caer en picado, moviéndose al unísono con las corrientes de aire para que no le corten la piel. Atraviesa más niebla y, cuando emerge, ve al mayor de los depredadores con púas abalanzándose con un aullido y a la feérica clavarle su arma en el vientre, la única parte blanda.

Una sangre oscura salpica a la cría en la cara.

La criatura ladea la cabeza y aúlla, lo que hace que algo se quiebre en los ojos de la joven feérica, la cual solloza mientras su presa cae al suelo.

Muerta.

Los demás patean en la nieve soltando gemidos y moviendo su larga lengua. Su intención es obvia.

«Acercarse como uno solo, incapacitar, matar».

Los instintos de la Otra se desatan, instándola a aproximarse, rugiendo para que la proteja.

«PROTEGERLA».

Pliega las alas, dejándolas pegadas al cuerpo, y se lanza en picado. Luego, abriéndolas de par en par, se impulsa hacia delante y cae sobre el suelo, levantando con el movimiento una explosión de nieve que salpica su piel plateada y desorienta a los depredadores, que se dispersan entre chillidos tras haber olvidado por un momento que no están en la cima de la cadena alimentaria.

La Otra sí lo está.

La feérica no grita, no se estremece ni intenta huir. Se arrodilla y bloquea la entrada, con sus tristes ojos aún fijos en la bestia que ha abatido y el charco que se está formando debajo de ella.

La Otra alza el cuello y gira, dejando que le broten del pecho toda la ira y el pesar en forma de ráfaga de furia azul que arrasa con todo lo que encuentra a su paso.

«Un final apropiado para unos rivales tan poco respetables».

Mientras mutila cuerpos llenos de púas gracias a su llama y a sus violentos zarpazos, a la Otra se le ocurre que quizá la pequeña feérica deteste matar. Eso explicaría su mirada y el triste gemido que ha soltado al clavarle el arma a la criatura.

Resulta extraño, ya que muchos feéricos no se sienten así

cuando quitan una vida, sino que disfrutan derribando dragones para derramar su sangre en el suelo, impidiéndoles así encontrar la paz entre la gran oscuridad, como sucedió con la querida pareja de la Otra.

Sin embargo, esa mirada de la joven feérica… no se le va de la cabeza a la Otra mientras sigue lanzando llamas mucho después de que la última bestia haya caído. Le recuerda tiempos pasados, cuando los dragones *anhelaban* formar un vínculo con alguien lo bastante valiente y honorable como para merecerlo.

No *temían* tal vínculo.

Ahuyentando ese pensamiento, la Otra contiene el fuego y gira, gruñendo al observar el caos que la rodea: cuerpos tan afectados por las llamas que han explotado en fragmentos helados y han quedado esparcidos por la nieve.

Satisfecha consigo misma, la Otra vuelve al nido de nieve, pero la pequeña feérica ya no protege la entrada.

La Otra se detiene.

Una luz plateada irradia desde la entrada, extendiéndose al otro lado y fundiéndose con la suya propia, y se oye un suave chirrido procedente de los restos resquebrajados de un huevo que la Otra incubó durante demasiadas salidas y puestas. Luego, le llega el gorjeo de la cría respirando, haciendo funcionar sus diminutos pulmones.

Se desprende otro trozo de cáscara, que cae sobre la nieve, revelando a su hermosa cría plateada, aún cubierta de restos transparentes, ahí acurrucada, como si estuviera anidando en el cielo. Comienza igual que terminará…, como es costumbre.

Se agita. Levanta un poco la cabeza. Intenta estirar las alas, lo que hace que se desprenda más cáscara, mientras una brisa lleva su dulce aroma a cuero a las dilatadas fosas nasales de la Otra.

«Hembra».

«Una hija».

La cría cae al suelo con su pesado cuerpo, con las alas extendidas.

Una agradable y desconocida sensación de calor invade el pecho de la Otra. Mientras observa el cuello delgado de su cría y la forma

en que se le balancea la cabeza, demasiado pesada para sus músculos en desarrollo, se va familiarizando con ese sentimiento, una forma de amor que nunca había experimentado.

Que nunca había creído *posible*.

La cría levanta los párpados perezosamente, haciendo que a la Otra se le encoja el corazón al ver por primera vez sus ojos, oscuros y jaspeados con las numerosas luces de sus antepasados.

«Preciosos».

Cruzan la mirada a través de la nieve y la cría grazna.

La sensación que siente la Otra en el pecho aumenta hasta tal punto que teme que se le rompan las costillas y le sale un gemido.

«Yo también te quiero, mi Dulce Niña».

Desplaza la mirada al feérico que está acurrucado junto a su cría en el nido de nieve, con el pelo blanquecino revuelto. Se trata del mismo que asaltó su nido, aunque ella ya no alberga deseos de devorarlo, no al ver su actitud protectora: tiene el brazo alrededor de los restos del huevo de su cría y se afana por quitarle los trozos de cáscara para que esta pueda liberarse. Le suelta su pequeña ala deformada de la pegajosa membrana, la cual debió de haberse calentado demasiado y encogido, cortando parte del suministro de sangre.

—Lo siento —solloza él con sus pálidos labios, unas palabras cargadas de tristeza.

La Otra ladea la cabeza.

Si pudiera dar forma a las palabras con su boca, mucho más grande y temible, le diría que no lo entiende. Su cría ha nacido, no hay lugar para la tristeza, solo para celebrar la vida.

Está a punto de acercarse y asomar la cabeza al nido para oler bien a su cría cuando se da cuenta de algo…

«¿Dónde está la Pequeña? ¿La feérica que ha acabado con una vida para proteger este frágil nido y a quienes se encuentran en él?».

«Espero que no esté aplastada».

Elevándose, la Otra baja la vista hacia su vientre y echa un vistazo a sus garras y a su cola, que se mueve entre la carnicería que la rodea. Entonces, siente un extraño tirón en los largos

mechones que le brotan de la columna.

La Otra se queda quieta.

«¿Es eso…?».

Algo le da unos toquecitos en la pata, más arriba. Y nota otro tirón, seguido de más golpecitos en la piel.

Con curiosidad, la Otra gira la cabeza y observa a la pequeña feérica que está posada entre sus omóplatos: respira con dificultad y aún está cubierta con la sangre de su presa. Sus pálidas manos ya no tiemblan, sino que le está aferrando los mechones, con tanta fuerza que nota su pulso acelerado a través de sus sensibles filamentos.

Mira a los ojos de la joven, encendidos con tanta determinación que parecen brillar.

—*¡Shuile!*

«Vuela».

La Otra resopla.

¿Este diminuto y delicado ser, con los dedos demasiado pequeños y débiles como para soportar la fuerza del vuelo, quiere montarse en ella para surcar el gélido e inclemente cielo?

La Otra no vuela con jinete. Nunca. No se somete a nadie, y menos aún a alguien tan frágil.

Gruñendo, la Otra se sacude, tratando de desprenderse de la joven y devolverla a la suave nieve. Confundida, descubre que esta sigue aferrada al mismo mechón, con las mejillas sonrojadas por los rápidos latidos de su corazoncito.

Una ferocidad desconocida crispa el rostro de la feérica cuando muestra los dientes y grita:

—*¡Shuile!*

Para ser tan pequeña, la palabra es muy grande, incluso hace que el silencio se sacuda, como si la diosa del Aire estuviese escuchando.

—*¡Shuile! ¡Shuile! ¡Shuile!*

«Quizá sea la única forma de sacarla de aquí y que deje de gritar».

La Otra mira a su cría, bien protegida entre los brazos del joven de ojos enormes, y emite un sonido áspero.

Levanta las alas y las bate con fuerza, impulsándose hacia el cielo con tal ímpetu que rivalizaría con un dragón cayendo en picado, con la esperanza de que la Pequeña se suelte y vaya a parar sobre la nieve. Al ver que no lo hace, se inquieta y echa la vista atrás cada pocos segundos para comprobar si sigue ahí agarrada.

La fascinación va en aumento.

Las Nieblas las engullen, golpeando las alas de la Otra mientras esta se adentra en el aire helado y se eleva cada vez más con un fuerte aleteo.

La Otra no quiere que la joven feérica se precipite hacia una muerte segura. Si se suelta, la cogerá y la devolverá al suelo, donde debería estar, en reconocimiento a la sangre que ha derramado para proteger su preciado huevo.

No obstante, no importa lo fuerte que bata las alas la Otra o lo velozmente que vire o descienda, la Pequeña no se suelta.

Ni cuando las cintas se elevan y descienden de nuevo.

Ni cuando una tormenta las azota desde todos los ángulos, cubriendo la melena oscura de la joven de escarcha y copos de nieve.

Ni cuando la Otra se acerca tanto a las lunas que siente que la atracción del mundo debilita su control sobre ella y la luz de sus antepasados le baña las alas, invitándola a acurrucarse junto a ellos.

Una vez más, las cintas se elevan, arqueándose tan cerca que la Otra se pregunta si van a alcanzarla como hicieron hace tanto tiempo, tiñéndola de plata.

Pero no lo hacen.

Danzan fuera de su alcance cuando la Pequeña comienza a cantar; una suave melodía que va acompasada con el vaivén de las cintas, como si estuviera traduciendo su danza en algo tan bello que, por un momento, la Otra se deja llevar.

No se agita.

Solo *escucha*.

La canción le llega al alma. La atrae como su anhelo de continuar enroscándose alrededor de su huevo mucho después de que debiera haber eclosionado, de acabar ofreciéndole algo de la esencia plateada que la llenó con la canción cósmica que por fin está

empezando a comprender; un último soplo de esperanza.

La atrae como su anhelo de encontrar un nido eterno entre las estrellas… algún dae.

Pero no hoy.

No con su nuevo propósito posado entre sus alas, aferrándose a ella con los puños, cantando incluso con los labios agrietados por el frío.

Está ahí, tan cerca de aquellos que han ascendido a su lugar de descanso final que la Otra se rinde por primera vez en su larguísima existencia, y ante una joven mucho más pequeña que su garra. Se entrega a su creciente deseo de proteger a la feérica con la fiereza de alguien que de repente tiene absolutamente todo que perder.

La Otra calma los latidos de su corazón hasta que se sincronizan con los de su Pequeña y la oye jadear cuando su vínculo brota con la ferocidad de una estrella estallando.

No le ofrece su llama, pues sabe que su Pequeña no está preparada, que eso la destrozaría por dentro.

Pero le ofrece casi todo lo demás.

A través de los lazos que las unen, la Otra siente la fría oleada de la conmoción de su Pequeña, su cálido y floreciente asombro. Siente la fiera fuerza de su espíritu y el amor desmedido que le despiertan quienes llevan su sangre.

Siente el gran corazón que tiene, enorme y decididamente osado. Siente la profunda tristeza por la deformidad de su cría recién nacida, la certeza de que el hecho de que su alita esté torcida a ella no la afecta de la misma manera que a su Pequeña.

El destino obra de maneras mágicas, e incluso ahora está tejiendo sus hilos, atando nudos que tal vez no se entiendan ni se desaten hasta que pasen muchas auroras. Pero la Otra sabe una cosa.

Ella y su preciosa Pequeña… siempre estuvieron destinadas a estar juntas.



# CAPÍTULO 6

Raeve

El recuerdo se desvanece hecho añicos, como si una mano me hubiera atravesado el alma, hubiera agarrado todo lo que podía con sus garras y hubiera *tirado* de ello.

El corazón me late con fuerza y mi mente se desgarra con los trozos afilados de todo lo que he consumido.

«Eso estaba…».

«Yo estaba…».

Con el colmillo bien agarrado en la mano, me impulso en la columna de hielo y me dirijo hacia la superficie por entre una maraña de hilos plateados que se me enredan en los dedos y brazos, con la garganta cerrada, *desesperada* por respirar. Me apresuro a llegar a la superficie, pero me ahogo bajo ese montón de piedras con forma de huevo.

Al llegar a la barrera, la golpeo con el colmillo con tal fuerza que la punta se clava profundamente en el hielo. Comienzan a abrirse unas pequeñas grietas desde la fisura mientras lo clavo una vez, y otra, y otra, tratando de quitarme de encima todo lo que acabo de experimentar con cada golpe salvaje.

Arriba, se mueve algo grande y luminoso; veo su imagen borrosa

a través del hielo agrietado.

Me quedo inmóvil, con el corazón en un puño y el tiempo detenido. Se me eriza el vello de los brazos y las piernas.

La forma se agranda, parece aproximarse…

Cada vez está más cerca.

«Joder».

El hielo implosiona con tal fuerza que me quedo atrapada en un remolino de esquirlas, hilos plateados y agua revuelta, con mi pulso convertido en un rugido ensordecedor.

Luchando por salir a la superficie, advierto instintivamente el movimiento rítmico del agua: un tam-pam, tam-pam constante. Es como si mi Otra se moviese por el lago debajo de mí al ritmo que tan bien conozco del batir de unas a…

Doy patadas más fuertes. Nado más rápido. No me atrevo a mirar hacia abajo al pasar por encima de trozos de hielo afilados en dirección a la orilla de piedras, tropezando con rocas escarpadas. Me aúpo tan rápido que me da vueltas la cabeza.

No celebro mi libertad, pues en parte sigo atrapada en ese otro lugar frío y silente. Sigo volando a través de la infinita oscuridad con mi pulso ligado a otra:

«Una niña pequeña con un corazón enorme y lleno de *calidez*».

Una revelación me trepa por las costillas y se posa entre mis omóplatos, perforándome la piel y la columna con sus garras.

Esa plumaluna plateada eligió a la niña de ojos azules y melena negra porque percibió la bondad que había en ella, porque protegía ferozmente a sus seres queridos en lugar de huir.

De esconderse.

Una niña con tanta fuerza, coraje y valentía… que se sentiría muy decepcionada si se enterase de que se ha convertido en una cobarde.



Veya

# CAPÍTULO 7

Con el corazón latiendo al compás de mi castañetear de dientes, me apresuro a recorrer las empinadas calles de Arithia azotada por el implacable viento y la nevada, preguntándome si Clode y Rayne están en guerra.

Y maldiciéndolas por ello.

Apenas podría ver más allá de mi propia mano si no fuera por los brillantes orbes que se encuentran sobre mi cabeza a modo de pequeñas lunas, probablemente suspendidos por runas sofisticadas que nunca había visto antes.

Recuerdo vagamente haber oído el rumor de que Tyroth había entregado a un joven protegido al Triconsejo a cambio de su favor eterno, pues era muy apreciado por su habilidad para combinar runas como nadie.

«Supongo que es cierto».

Miro por encima del hombro para asegurarme de que no me siguen y doblo una esquina, donde me golpea una ráfaga de viento helado tan fuerte que siento que se me está pelando la cara.

— Por todos los Cre-creadores —farfullo arrebujándome más en mi capucha. Aún no he visto a nadie por las calles, desafiando la

tormenta. Aún no he visto ni un solo signo de *vida* más allá de las extrañas ventanas iluminadas que parpadean como llamas hambrientas.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo, calándome hasta los huesos.

Este lugar es precioso, hábilmente cantado, pero parece una tumba.

Acelero el paso y bajo corriendo por una escalera encajonada entre unos edificios altos y puntiagudos, maldiciendo cada ráfaga de aire helado que se cuela en mis resecos pulmones. Maldiciendo el tamaño de este puto sitio; un laberinto ornamental que parece estar a punto de plegarse sobre sí mismo y masticarme, con todas sus estructuras aguzadas convertidas en los dientes afilados de una fiera rabiosa.

No quiero estar aquí, atrapada en medio de ráfagas de nieve. Quiero estar en casa, en el cálido y húmedo norte, *al margen* de las conversaciones que voy a verme obligada a mantener próximamente, bebiendo licor fuerte hasta emborracharme en algún tugurio de apuestas, fingiendo que el mundo no está más jodido de lo que pensaba.

Al doblar una esquina, me encuentro con el imponente muro negro que rodea Arithia. Casi me desplomo, con una mezcla de extenuación y alivio.

Estoy a punto de cagarme encima al oír unas plumas erizadas, y la sensación no mejora cuando veo a un enorme fundefauces posado en la pared, con las garras delanteras escondidas.

Me quedo quieta.

Se sacude una capa de nieve acumulada, revelando su pecho, donde lleva abrochadas las correas de una silla de montar, lo cual me proporciona cierto alivio.

«No es salvaje».

Aunque tiene la cabeza agachada en posición de descanso, me mira fijamente con sus ojos rojos, analizándome con una molesta curiosidad.

Observo la pared de piedra situada bajo él, en la que hay clavado un salce llorón muerto, cuyos restos largos y delgados son un pálido

centinela de la única salida desprotegida…, dado que dicha salida es un secreto que solo se revela al activar unas runas hambrientas con predilección por la sangre caliente.

Mirando a la bestia que se alza sobre mí, rebusco en mi bolsillo hasta dar con el frasco de sangre de colk que llevo guardado y, a pesar de que tengo las yemas entumecidas, siento unos pinchazos.

—Maldita sea —murmuro recogiendo los fragmentos de cristal ensangrentados que caen sobre la nieve, restos del frasco roto.

«Qué mala suerte».

Desenvaino mi daga y me la paso por la palma de la mano. Noto calor acumulándose en ella al doblar los dedos sobre la herida.

Sin apartar la mirada del curioso dragón, me acerco a la pared, tratando de ignorar el gruñido que retumba en el ancho pecho del fundefauces, un feroz recordatorio de que acercarse a un dragón vinculado sin su jinete cerca suele considerarse una amenaza.

Hasta donde puedo ver, estoy sangrando, y cuando alguien sangra es menos amenazador. Al menos, eso es lo que me digo mientras froto la mano que me he cortado contra la piedra.

Mi sangre se coagula, revelando las runas, que comienzan a chisporrotear y desprender humo.

Aprieto los dientes y me apoyo contra la pared, esperando que las runas grabadas no estén tan sedientas como para tirarme de culo y hacerme parecer apetecible.

Los restos de sangre se disuelven a la vez que voy perdiendo el equilibrio…

«Tres».

«Dos».

«Uno…».

Parte de la pared se desvanece, dejando un arco para salir de esta hermosa tumba sin alma. Un marco perfecto que da al extenso abismo y al bosque de los Salces Llorones que hay al otro lado, enclavado en la empinada ladera de la montaña, con unos árboles enjutos que se ven sacudidos por la tormenta como algas atrapadas en una corriente.

Atravieso la abertura a trompicones.

La piedra vuelve a encajar en su sitio tan rápido que me hace

salir disparada, como si intentase tirarme por la escarpada cumbre que engendró Arithia.

—*¡Hugth aht, Bulder!*

Echo el brazo hacia atrás y agarro la rígida mano de piedra que sobresale de la pared, deteniéndome bruscamente, aunque siento que el corazón se me va a salir del pecho y va a caer en picado a través del cegador vórtice de viento y nieve hasta acabar clavado en una roca en algún lugar muy por debajo.

La suave mano se solidifica alrededor de mis dedos mientras resuello, tratando de que el corazón retome su lugar dentro de mi maldito pecho.

«Por poco».

Aún medio colgando del precipicio, miro hacia arriba y no me sorprende ver al fundefauces examinándome por encima de su ala cubierta de nieve, todavía gruñendo. Probablemente está esperando que Bulder me deje caer al abismo para atraparme al vuelo.

Aunque no sea su más fiel servidora, al dios de la Tierra le caigo lo bastante bien como para no convertirme en el aperitivo de un dragón.

—*Gurn huk atúin, Bulder…*

Lentamente, tira de mí hacia atrás hasta que quedo pegada a la pared, todavía con la sensación de que el mundo se mueve bajo mis pies.

«Malditas runas parásitas».

Corto un trozo de tela de mi capa para vendarme la mano, lo cual me resulta difícil debido a que veo doble y a que no siento las yemas de los dedos por el frío.

—Llé-llévame de vuelta a…, a las abrasadoras llanuras de mi hogar —mascullo, y luego envaino la daga y me dirijo hacia la sombría escalera que serpentea por la cumbre, atraviesa la escarpada ladera de la montaña y rodea el bosque. Todo se difumina tras una batalla de nieve y viento.

El mundo se divide, se junta, se divide…

Suspiro.

«Será un milagro que no me caiga y me rompa el cuello».

Con cautela, comienzo la arriesgada travesía por la ladera del

acantilado cuando el fundefauces suelta tal alarido que rivaliza con el aullido del viento.

Me vuelvo, entrecerrando los ojos.

A través del remolino de nieve, veo a la bestia extendiendo sus enormes alas emplumadas. Con unas cuantas sacudidas bruscas, se eleva de la pared y se propulsa hacia la enorme silueta puntiaguda que corona la ciudad, donde unas ventanas iluminadas contrastan con la tenebrosa penumbra.

El palacio.

Me da un vuelco el corazón.

El suelo se sacude, haciéndome tambalear, como si me hubieran golpeado desde abajo. Un movimiento rápido, aislado. El tipo de sacudida que solo siento cuando Bulder intenta decirme algo.

Frunciendo el ceño, me abro a…

Su canción irrumpe en mis tímpanos. Una nana grave, una melodía melancólica que me recuerda a…

«La que le cantaba a Slátra cuando ella estaba en la guarida de Dhomm».

«Quemada».

«Destrozada».

Me doy la vuelta y miro a través de la intensa tormenta hacia las cimas de las montañas, donde se encuentra un grupo de guaridas abandonadas. En una de ellas se halla mi encantadora peregrina, esperando con su fundefauces.

Esperando para llevarme de regreso a La Bruma.

Noto una sensación incómoda en el pecho, como si me hubiera atravesado una flecha.

Un pavor frío y feroz.

Me pongo en pie y echo a correr.



Me fallan las piernas, ya doloridas.

Tropiezo, aunque me sostengo en un saliente afilado y me derrumbo en el pobre refugio que me proporciona.

Mientras intento calmar mi respiración, me tapo la boca con las manos para calentarlas con mi aliento.

Finalmente, segura de que no voy a desmayarme, miro hacia la enorme cueva que hay más adelante, apenas visible si no fuera por el extraño rayo de luna que atraviesa las nubes.

Ahueco las manos alrededor de la boca y emito el zumbido de un ave de matorral. El sonido se ve amplificado unos instantes gracias a la pared rocosa y, después, se desvanece.

Entonces, cuento.

«Uno…, dos…, tres…, cuatro…, cinco…».

El mundo sigue fragmentándose y oscilando mientras escudriño la oscuridad, expectante. Con cada segundo que pasa, el nudo de mi estómago se vuelve más grande.

Acordamos contar hasta sesenta. Si no hay respuesta, algo va mal.

«Cincuenta y cuatro…, cincuenta y cinco…».

«Venga, venga, venga…».

*Fiiiii Fiiiiiiiiiiiiuuuuuuuu*

Casi lloro de alivio.

Elevando una plegaria silenciosa a los Creadores, levanto la tapa del vial de cobre de Kaan y utilizo su llamita para iluminar mi camino por la guarida, que no para de temblar, esquivando por los pelos las piedras que caen.

«Tenemos que salir de aquí. Rápido».

Doblo una esquina que da a la gran caverna donde se encuentran los nidos.

—¿Rasha? —susurro pasando por encima de ramas pálidas y trozos de obsidiana mientras la cueva vuelve a retumbar.

Se sacude, casi como si estuviera enfadada.

Se oye un fuerte crujido. Es la única advertencia que me llega

antes de que caiga una roca ante mí, tan cerca que casi me aplasta los dedos de los pies.

Al retroceder, me tropiezo con un tronco y caigo de espaldas. Siento un dolor agudo en la columna y el vial de Kaan se desliza por el suelo, aunque la llama sigue ardiendo.

«¿Qué le pasa a Bulder?».

Me abro a…

Su canto me atiza con tal saña que suspiro entre dientes. Su tono es profundo y gutural, una mezcla demoledora de ira y tristeza, para nada propia del recio dios.

La melodía se quiebra en mi cráneo, pues muchas de sus palabras me resultan desconocidas y son bruscas y afiladas.

Me llevo las manos a la cabeza, preparándome para el zumbido, pero me detengo al oler la sangre, al notar la humedad de mi palma izquierda.

Agarro el vial de Kaan y lo desplazo sobre el charco rojo brillante que hay en el suelo, levantándome para ver mejor su tamaño.

Es demasiado grande.

—¿Rasha? —Se me quiebra la voz.

Pisando la sangre, me adentro en la guarida. Ahogo un grito cuando veo una enorme silueta ante mis ojos, una visión horrenda y devastadora.

Furn, la fundefauces amarilla y naranja de Rasha, está suspendida en el aire, clavada con fragmentos de obsidiana que la atraviesan por todos lados. Es como si hubiera intentado huir al percibir el peligro, pero le hubiesen atravesado enseguida el pecho.

Las alas.

El abdomen.

El cuello.

Se me desgarra el corazón: las venas, las arterias, la carne se desprenden hasta que siento que no queda nada.

Me da un vahído al contemplar su cabeza, que cuelga en un ángulo antinatural, con los ojos como platos y sus pupilas rojas apagadas. Tiene el pico abierto y, de su lengua bífida, gotea sangre, que cae —plop, plop, plop— al suelo.

La imagen se divide, se vuelve a juntar. Me pregunto si tengo

visiones, si la pérdida de sangre me ha afectado demasiado, pero entonces alguien pronuncia una serie de palabras mordaces que me enervan hasta el alma.

—*Jisthh et aagh. ¡Et zist fiyah ke!*

La llama del vial de Kaan estalla, quemándome la mano.

Lo suelto y retrocedo ante el infierno que comienza a elevarse al cielo, arremetiendo contra el techo como una columna de fuego de dragón. Prende la galería con tal ferocidad que me veo obligada a entrecerrar los ojos y a utilizar mi mano como escudo para proteger mi rostro del intenso calor.

La cegadora luz… lo ilumina absolutamente todo.

Hay numerosos Espinas alineados en las paredes, con su larga espada apuntando al suelo entre sus pies y el rostro protegido por un casco plateado, con unos ojos que brillan como gemas a la luz del fuego. Del lóbulo, les cuelga un solo abalorio, que centellea cual amenaza silenciosa.

Se oye otra orden silbando a través de la galería, esta pronunciada por un hombre corpulento con más condecoraciones que los demás.

Su mirada asesina me desuella mientras el fuego alcanza a la hermosa Furn, que está destrozada. Arde con tal ferocidad que la galería se convierte en un horno y el aire se impregna del olor acre de las plumas carbonizadas y la carne de dragón.

Incapaz de presenciarlo, aparto la vista. Es entonces cuando veo a Rasha atada y amordazada, sujeta por dos corpulentos guerreros que doblan su tamaño, con sus grandes ojos verdes tan abiertos por el dolor y el miedo que un gruñido áspero me araña la garganta.

—Puta traidora —le espeta furioso uno de los Espinas empujándola.

Apenas alcanza a ahogar un grito cuando una espada le atraviesa la garganta por detrás.

—RASHA…

Se ahoga; la sangre tiñe de rojo su mordaza.

Crispo el rostro y retraigo los labios, con los músculos del cuello tensos, mientras concentro toda mi ira en una sola orden.

—*Gurn ed akin, ah…*

Noto un golpe en el tobillo izquierdo.

Bulder acata mi orden y derrumba parte del techo, aplastando a tres Espinas. Al mismo tiempo, me desplomo y el canto se desvanece, barrido por la flecha de hierro que por poco me alcanza el talón de Aquiles. Un dolor que palidece en comparación con el profundo pesar que siento al ver a Rasha tirada en el suelo como una muñeca. Flácida.

Muerta.

Todo a mi alrededor se convierte en un borrón en llamas.

Los Espinas se unen como si fueran uno solo. Una soga plateada que se ciñe sobre mi destino y el del preciado diario que llevo amarrado al abdomen, una reliquia que tiene el poder de cambiarlo… *todo.*

Aferro la empuñadura de mi daga mientras observo a los soldados, preguntándome cuál de ellos vendrá a por mí primero, quién acabará con mi filo clavado en un ojo.

Prefiero morir antes que encontrarme cara a cara con Tyroth. Prefiero arder con Furn y Rasha para que mi alma pueda enviarle mensajes a Kaan a través del espectro que tiene como mascota.

Se me corta la respiración al vislumbrar una pequeña brecha en la pared que se desvía hacia la derecha, la cual *sin duda* no estaba ahí hace unos instantes. Probablemente conduzca a las profundidades de la montaña, pero…

«Es mejor que la muerte».

Dándole las gracias en silencio a Bulder, levanto la pierna para pasarla por el agujero y apoyo el pie sano al otro lado mientras rebusco en el bolsillo de mi capa. Escudriño a mis perseguidores, que se están acercando. Echo un último vistazo a la pobre Rasha, tirada en el suelo a sus espaldas, con los ojos muy abiertos y desoladoramente vacíos, y al esqueleto de Furn mientras Ignos se alimenta de lo que queda de sus plumas y carne.

—Sois todos unos monstruos —gruño con un nudo en la garganta.

A excepción del impasible comandante, todos ellos estallan en risas arrogantes, una voz burlona que amenaza con tirarme sobre

una roca por pensar que podía colarme en el reino de mi hermano sin que me descubrieran.

Agarro el frasco de luz de luna y miro fijamente los penetrantes ojos azules del comandante.

—No puedo esperar al dae en que os veáis obligados a postraros ante la legítima reina y enfrentaros a vuestros atroces crímenes.

Se le forma una arruga entre sus pálidas cejas.

Lanzo el frasco, que se hace añicos, y estalla una luz helada, mientras agarro el vial de Kaan. A continuación me impulso hacia arriba.

Y avanzo a ciegas entre el clamor.



# CAPÍTULO 8

## Raeve

Me alejo con pasos airados entre charcos rojos salpicados de trozos de carne y huesos mientras hago girar entre mis dedos ensangrentados una de las dagas de escamas de dragón de Kaan. Me giro de repente, la lanzo y, zas, la observo clavarse en los restos del pecho desollado de Rekk Zharos.

Está ahí colgado inmóvil, con los brazos extendidos atados a las barras del dosel de la cama y la cabeza caída hacia delante. Muerto.

*Muy* muerto.

Es difícil no estarlo cuando ya no tienes el corazón en el pecho. Tampoco es que haya sido capaz de dar con dicho corazón, algo en lo que he decidido no volver a pensar nunca más. A menos que mi Otra lo haya arrojado al fuego, o tirado por la ventana que da al laberinto de calles inmundas que hay debajo —lo dudo—, en cuyo caso no quiero saberlo.

Tampoco quiero pensar en.... *ella*.

Mi Otra.

No al recordar todo lo que acabo de ver enterrado bajo el hielo, donde debe quedarse y *nunca* volver a salir a la luz.

Suspiro, ladeando la cabeza. Admiro el estropicio que ha hecho

mi Otra con Rekk, al que ha dejado prácticamente irreconocible. Una vez más, busco las partes visibles de su piel, tratando de encontrar una zona que no esté quemada.

Fracaso.

Lo que daría por haberla visto embutirlo en la chimenea. Al menos eso es lo que imagino que hizo para causar tal daño: obligarlo a sentir cómo se le derretía la carne para que viviera la misma tortura que sufrió Líri cuando la hizo volar demasiado cerca del sol.

Paso la vista de una profunda herida abierta a otra, cada una de ellas probablemente causada por las malditas botas de Rekk, que se encuentran en un rincón llenas de sangre, con las espuelas cubiertas de carroña. Un alarde de creatividad que, a decir verdad, ha superado incluso mis propios planes, por sádicos que fuesen.

«Eso hay que reconocérselo».

Nunca había visto semejante masacre. Ella ha vengado a Líri y Essi tan a conciencia que no queda nada con lo que trabajar. Solo queda mi cólera por las cicatrices que Líri siempre llevará consigo y el dolor constante de la ausencia de Essi.

Por culpa de *él*.

Me aclaro la garganta y me acerco dando zancadas. Con impaciencia, clavo la punta del dedo bajo la barbilla de Rekk y le echo la cabeza hacia atrás, observando sus cuencas oculares vacías.

Tampoco tengo ni idea de dónde están sus ojos; otra cosa en la que no quiero pensar.

—Al menos ella te hizo sufrir —digo tragándome el nudo de la garganta, bajando la mano.

Se le cae la cabeza hacia delante.

Suspiro y, sacando la daga, doy media vuelta y regreso junto a la puerta, desde donde la lanzo de nuevo.

Zas, justo entre los ojos inexistentes.

Hago crujir mi cuello y vuelvo a acercarme justo cuando alguien llama a la puerta.

—Contraseña —murmuro tratando de recuperar la hoja.

Hay una larga pausa, seguida de un carraspeo y un leve resoplido.

—Rekk Zharos puede comerse un tarro de mierda de guara.

Sonrío y, por fin, logro soltar la daga, que me guardo en la funda que llevo sujeta al muslo. Estoy a punto de abrir la puerta cuando me doy cuenta de que he estado tan absorta en descargar mis frustraciones sobre el cadáver de Rekk que sigo… cubierta de él. Y no llevo mucho más.

—Un momento.

Me dirijo al aseo, donde me descalzo, me desabrocho las fundas y me despojo de las pocas prendas que llevo. Después, me paso un paño húmedo para limpiarme la mayor parte de la sangre de Rekk. Me pongo unos pantalones de cuero y una delicada túnica negra ceñida a la cintura, me calzo las botas, enfundo las dagas y me las vuelvo a sujetar al cuerpo.

Después de ponerme la capa, me echo el trapo al hombro y cojo la manija de la puerta que he dejado en el lavabo, pero frunzo el ceño al advertir un brillo plateado alrededor de mi muñeca. Casi… incorpóreo.

«Qué raro».

Sigo examinándolo mientras me dirijo a la puerta, vuelvo a poner la manija en su sitio y la abro.

—Bienvenido —murmuro, y luego saco una daga de su funda y la lanzo hacia atrás. Se oye otro zas sobre la carne.

Se hace un silencio absoluto y mi peregrino se aclara la garganta de nuevo.

—Puedo volver más tarde si quieres.

Aparto la mirada del extraño brillo y miro a Utris, que tiene los brazos cruzados sobre su enorme pecho.

Se frota su espesa barba negra, que combina a la perfección con su vestimenta de cuero oscuro y el tono de su piel, en contraste con sus brillantes ojos azules y las plumas rojizas de fundefauces que lleva sujetas al final de sus numerosas trenzas adornadas con abalorios: rojo y marrón, Ignos y Bulder.

Se me encoge el corazón.

«Igual que Kaan».

—¿Eh? —Parpadeo.

—El hombre… —dice con su marcado acento del norte

levantando una ceja—. ¿Has terminado con él o…?

Saco otra daga de la pared, donde mi Otra debió de clavarla, y la lanzo al aire. Se incrusta en el pecho hueco de Rekk, justo donde debería estar su corazón.

—Por desgracia.

Lo único que quería era pasar un ciclo entero descuartizando a Rekk, arrancándole las costillas y destripándolo hasta que me gritara que acabase con él. Al parecer, era pedir demasiado.

—Bien. —Utris inclina la cabeza y entra en la habitación.

Le doy una patada a la puerta, pero una alondra de papel consigue colarse revoloteando por la rendija justo a tiempo. Se sacude, tratando de recuperar el equilibrio, y se dirige hacia mí.

La atrapo al vuelo y me la guardo en el bolsillo de la capa, junto al málmr de Kaan.

—¿Tengo que recordarte que, si le cuentas algo de esto a alguien, te quedas sin la bolsa extra de oro que escondí en Dhomm?

Su paradero se halla escrito en una alondra que llevo ya doblada en mi bolsillo trasero, lista para ser liberada en cuanto nos separemos. Aunque no es algo que él sepa.

—Probablemente te mate a ti también. —Me encojo de hombros —. Para atar cabos sueltos y esas cosas.

—Tu secreto está a salvo conmigo. —Utris echa una mirada de aprobación a la habitación y se saca una daga. Se acerca a la cama y comienza a cortar una de las cuerdas que mantienen a Rekk suspendido, rebanando la espiral de fibras—. Fui testigo de cómo este cabrón espoleaba a esa pobre plumaluna por las llanuras —dice con rabia cortando la cuerda. El lado derecho del cuerpo de Rekk se desploma y queda colgado de su muñeca izquierda—. Si hubiera sabido lo mucho que se lo ibas a hacer pagar, te habría ofrecido mis servicios gratis.

«Bien».

Utris corta la última cuerda, soltando a Rekk. Su cuerpo mutilado cae al suelo con un golpe seco.

—Lo tendré en cuenta.

Una por una, Utris va extrayendo mis dagas clavadas en el cuerpo de Rekk y las va lanzando al suelo. Las recojo, las limpio y

las guardo a ciegas en mis fundas, centrando de nuevo mi atención en el oscuro hilo brillante que me envuelve la muñeca y se me enreda entre los dedos. Intento limpiarlo, pero lo único que consigo es mancharme más el brazo de sangre.

—¿Aún quieres echárselo de comer a la anthe?

Levanto la vista y veo que Utris ya ha envuelto a Rekk en una sábana negra y que lo está atando con una cuerda.

—No —digo, permitiendo que mi sed de sangre impregne mi tono—. La verdad es que quiero dejarlo atado en la calle para que todo el mundo lo vea y, luego, recorrer la ciudad con su corazón en mi puño.

Utris abre la boca.

—Pero… —lo interrumpo al tiempo que cojo el trapo que llevo al hombro para limpiarme la sangre de las manos— su corazón no aparece por ninguna parte. —Con un poco de suerte, estará triturado en el suelo, y no hecho una bola en mis tripas—. Y, por desgracia, tengo un instinto de supervivencia muy marcado como para hacer algo tan estúpido. Así pues, vamos a terminar con esto. ¿Has encontrado mortaja?

—Sí. —Utris se limpia las manos ensangrentadas con la sábana. Mete la mano en su bolsa y saca algo que no parece nada especial; al menos hasta que lo sacude, dejando entrever el envés plateado de la mortaja.

Envuelve a Rekk en el material cubierto de runas, haciéndolo invisible, y lo ajusta para que no se suelte.

—Maravilloso. ¿Cuánto te debo?

—El comerciante no estaba interesado en las gemas de rocadragón. —Levanta la vista, con una mirada nostálgica—. Ni en el oro. De hecho, es muy posible que este dae haya conocido al amor de mi vida. O eso o solo quería un polvo rápido contra una estantería.

«Oh».

—Me alegro por ti —respondo con énfasis, sin querer pensar en los «amores de la vida». Ni en los labios de Kaan rozando mi sien en la guarida de Dhomm, ni en las últimas palabras que me dijo.

«Vuelve a mí, Raeve. A nosotros».

Arrugo el trapo y lo lanzo contra la pared, observándolo caer en un charco de sangre.

«Un hombre tan apuesto y magnífico, con un gusto tan cuestionable en cuanto a parejas románticas. Si me viese ahora, estoy segura de que estaría de acuerdo».

La alondra que llevo en el bolsillo se escapa y se lanza a picarme la nariz. Lleva las alas y el cuerpo cubiertos de sangre de cuando la he cogido antes.

Pongo una mueca y la atrapo.

—Lo siento. —Abro el pobre animalito y, al ver la delicada letra, el corazón me da un vuelco. Me resulta familiar.

Es preciosa.

«Es de Kaan».

*Rayo de Luna:*

Trago saliva y cierro los ojos. Cuando vuelvo a abrirlos, se me corta la respiración al percibir un leve rastro de su untuoso y fuerte aroma impregnando el pergamino.

Sigo leyendo, con los ojos cada vez más abiertos por lo incisivas que resultan sus palabras.

*Se avecina una caída lunar.*

*Nuestra miskunn ha presagiado una catástrofe. Caerán muchas y todas a la vez.*
*Aunque no sabe con certeza cuándo ocurrirá, cree que aún faltan varios ciclos; quizá entre diecisiete y veinte, según lo que ha visto de las cintas aurorales.*
*He abierto las puertas de la Fortaleza Imperial para que mi pueblo se refugie en las guaridas que se hallan en las profundidades de la montaña y he enviado un mensaje a los líderes de mi aldea para que hagan los preparativos necesarios.*
*Voy a pedir que acompañen a Líri a nuestro puesto avanzado más meridional (al oeste de Bothaim) tres de*

*nuestros hombres con abalorios azules más competentes.*
*Si quieres reunirte con ella allí, no encontrarás la aldea en el mapa, pero Utris sabe dónde se halla.*
*Raeve, lo más prudente es que te refugies bajo tierra cuando caigan las lunas, al menos hasta que las cosas se calmen, lo que llevará un tiempo. La cabaña que tenía mah en las montañas cuenta con un refugio subterráneo y está repleto de provisiones. La entrada se encuentra bajo la gran alfombra del salón.*
*No seas terca. Por favor, ve allí.*
*Otros no tardarán en presagiar las caídas lunares. Una vez que se corra la voz, la gente entrará en pánico y las cosas se complicarán. No se lo cuentes a nadie y, por favor, ten cuidado.*

~~*Estoy aquí en B*~~
*Devuélveme la alondra si me necesitas.*
*Soy tuyo.*

Durante unos segundos, lo único que soy capaz de hacer es mirarla, conteniendo la respiración, con la sangre helada mientras leo una y otra vez la misma línea.

*Caerán muchas y todas a la vez.*

«Por todos los Creadores».

—¿Va todo bien?

Alzo la mirada de súbito y cierro la mano como la concha de un molusco, ocultando el inquietante mensaje de la alondra.

«No se lo cuentes a nadie».

Respiro lenta y profundamente para calmar los latidos acelerados de mi corazón y olvidarme de todo lo relacionado con el mensaje hasta que se convierta en una bruma sobre un lago helado.

Levanto la barbilla y enderezo los hombros.

—Perfectamente —miento volviendo a doblar el pergamino manchado de sangre, excepto el último pliegue, el que le permite

volar, para que no se me escape del bolsillo otra vez—. Es la cuenta por alquilar todas las habitaciones en El Beso Casto. Es más de lo que pensaba. —Me subo la capucha y me dirijo a la puerta, que abro de un tirón—. ¿Nos vamos?

Utris gruñe al cargar con Rekk, echándoselo sobre los hombros de tal modo que apenas soy capaz de distinguir que lleva un cadáver invisible.

—Después de ti.

Me estoy limpiando los tacones de las botas en el felpudo, a mitad del solitario pasillo empedrado, cuando oigo el clic de un vial abriéndose.

Acelero el paso para ir al ritmo de mi corazón, que ahora late con fuerza.

Utris pronuncia una serie de palabras que conozco bien, las cuales me abrasan el alma y me dan ganas de vomitar, convirtiendo su llamita en un furioso infierno destinado a devorar hasta la última prueba de la habitación, tal y como habíamos acordado antes de esta carnicería cuyo mérito me gustaría poder atribuirme.

A pesar de que el calor se nota en el pasillo, un escalofrío me recorre la espalda.

Aprieto el paso y doblo la esquina.

Alejándome.

Aunque resulta tentador dejar que Ignos se dé un festín con Rekk para poder terminar esto de forma rápida y oportuna, un fuego corriente no lo consume… todo. Devora la carne, pero escupe los huesos y el alma, que chilla y se retuerce; unos restos incomibles para casi cualquier ser que no sea una trogg desesperada.

Lo que me encanta de Bothaim es que se asienta sobre muchos secretos, incluida una serie de túneles subterráneos horadados hace mucho tiempo, los cuales ahora son el hogar de una anthe adulta, una criatura que se pone hasta arriba de carne, sí, pero que también se traga las almas, haciéndolas desaparecer.

Rekk Zharos no se merece más que eso.

En cuanto se lo haya tragado…, bueno, entonces me centraré en la dichosa alondra que llevo en el bolsillo.



Veya

# CAPÍTULO 9

Creo que la he cagado».

Resollando, echo un vistazo por encima del hombro, hacia la dentada brecha por la que me he colado para llegar *aquí*, preguntándome…

El sonido lejano de unas botas sobre la piedra me confirma que volver atrás *no* es una opción.

«Debería haberme desviado antes, por otra de las rendijas de la pared».

Me seco el sudor y aparto los mechones de pelo pegados a mi frente y contemplo la gruta que se abre ante mí, escudriñando las furiosas piscinas de magma que despiden columnas de humo. Recorro con la mirada las gigantescas columnas de piedra que sostienen el techo, como si el propio Bulder estuviera utilizando sus brazos como pilares.

Es una trampa mortal. No voy vestida para soportar tanto calor. Además, ¿y si llego allí y la única salida es morir en un charco de lava?

Una ráfaga de aire levanta los vapores sulfúricos en una danza violenta. Pareciera que Clode acabase de entrar en la gruta, separándolos como cortinas etéreas.

Me fijo en un rayo de luz auroral que atraviesa las nubes jaspeadas que hay a lo lejos: una *salida*.

Me relajo y mis músculos se distienden.

«Gracias a los Creadores…».

Examino el laberinto de senderos que se cruzan a lo largo de esta carnicería cáustica. Por desgracia, parecen tan estables como mi precario equilibrio ahora mismo.

«Supongo que es hora de sacarme este perno de hierro».

Miro el trozo de metal que sobresale de mi pie, pongo una mueca de dolor y vuelvo a levantar la vista.

—Maldita sea —murmuro dejándome caer de culo, con una pierna colgando sobre el escarpado saliente.

«Maldita sea».

«Maldita sea».

«Maldita sea».

Lleno mis pulmones y, aguantando el aire, tiro del maldito perno, tapándome la boca con el puño para no gritar. Lo lanzo al suelo mientras mana sangre de la herida y la canción de Bulder me machaca como un profundo lamento, igual que hace siempre que hay lava alrededor.

No le gusta estar derritiéndose.

Eso lo tenemos en común.

Rasgo un trozo de tela del bajo de mi capa y me vendo el pie con ella. Estoy a punto de rogarle a Bulder que me construya un puente para salvarme en medio de este paisaje apocalíptico cuando me llama la atención algo escondido entre los trozos de obsidiana; es negro y brillante, pero sospechosamente redondo y bien formado.

Se me detiene el corazón.

Parece una de las escamas de Bharon, el enorme, majestuoso y escandaloso siegasables de Tyroth.

Seguro que no es eso. Seguro que él está refugiado en uno de los puestos avanzados más cercanos a La Bruma, donde al menos el aire es cálido. Nadie en su sano juicio refugiaría a un siegasables *aquí*.

En la condenada Arithia.

Miro más de cerca la gruta. Hay montoncitos de obsidiana

agrupados en algunas zonas, algunos meras esquirlas, como si hubiesen usado la piedra para afilarse las garras. Un comportamiento que solo he visto en dragones que llevan demasiado tiempo en espacios cerrados.

Hay pequeñas runas plateadas grabadas en las numerosas grietas de las paredes…, alrededor de charcos de lava…, en islotes de piedra…

«Por todos los Creadores…».

Este lugar no es fruto del azar creado por alguna anomalía volcánica. Es una *jaula* de azufre.

De nuevo, echo un vistazo a la salida que se ve a lo lejos, a los frágiles salientes que se unen entre las piscinas volcánicas.

No puedo pedirle a Bulder que me construya un puente y arriesgarme a despertar a Bharon, pero la posibilidad de que mi carne se derrita para liberarme de este lugar es un riesgo que estoy dispuesta a correr.

Tras trazar mentalmente el mejor camino, que espero que sea el más *sólido*, arranco otra tira del dobladillo de mi capa y me cubro la mitad inferior de la cara para no asfixiarme con los gases. Me doy la vuelta y, cuando estoy empezando a bajar por el escarpado acantilado, retumba un grave rugido desde lo más profundo de la guarida…

«Joder».

No me detengo. Ni siquiera aminoro el paso.

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que vi a Bharon, pero recuerdo su envergadura y su fiero carácter territorial. No puedo olvidar su cola llena de púas, con la que zurraba a cualquiera que invadiese su espacio personal, ni cómo acababan sus cuidadores cuando estaba recluido en Dhomm: como si fueran muslos de colk asados.

Si sale de dondequiera que esté escondido, estoy muerta.

Salto los últimos metros y aterrizo en cuclillas, lo que me provoca un dolor agudo en la pierna, haciéndome soltar un grito salvaje que resuena en el cavernoso espacio.

El pánico me impulsa a echar a correr cojeando, aunque la suela de mis botas amenaza con quedarse pegada a la piedra caliente

mientras serpenteo por senderos que se derrumban a mi paso y esquivo las salpicaduras de los charcos de lava. No importa que el espeso humo me nuble la vista, yo sigo adelante, con Clode como un faro ventoso que trato de alcanzar.

«Puedes hacerlo».

«Puedes hacerlo».

«Puedes hacerlo».

Subo por un montón de pedazos sueltos de obsidiana, pero caigo de culo y ruedo por el otro lado, raspándome las manos y los brazos con los afilados bordes. Me levanto y sigo avanzando, tosiendo a pesar de la tela, con los ojos irritados por los gases y el hedor a azufre.

Solo tengo que llegar al pie de la colina, echar a correr a toda velocidad hacia la boca de la guarida y salir. Puedo esconderme en ese abrupto bosque. A los espectros se los conoce por anidar entre grupos de salces llorones, pero el riesgo de que me sorban el alma es mejor que la alternativa.

«Morir».

«Perder el diario».

Salto a un terreno más firme y corro hacia la salida cuando otra ráfaga de viento entra en la guarida y barre los gases, revelando a Tyroth cerrándome el paso como una estatua con armadura de peltre.

Se ve un brillo cruel en esos ojos disparejos que tiene. Lleva el pelo suelto y está de brazos cruzados, envueltos en la piel de alguna bestia blanca cuya cabeza sin vida le cuelga sobre el hombro izquierdo.

Se me encoge el corazón.

Mueve la boca.

El suelo tiembla.

Una flecha de obsidiana emerge disparada oblicuamente del suelo, tan rápido que no me doy cuenta hasta que me atraviesa el hombro. Desgarra piel, músculos y tendones.

Rompe huesos.

La siento salir por mi espalda, lo que me hace detenerme en seco y gritar: un alarido que hiela la sangre. El dolor me atraviesa en

oleadas pulsantes, como si me hubieran arrancado el brazo.

Bajo la barbilla, con los pulmones ansiosos por respirar, pero solo puedo tomar pequeñas bocanadas de aire por miedo a sufrir aún más mientras veo la sangre rezumar por la piedra negra hasta acumularse en su base.

Oigo los pesados pasos de mi hermano acercándose y tengo un único pensamiento…

«No puedo fallar».

«No puedo fallar».

«No puedo fallar».

Reprimo el temblor de mis labios y obligo a mis pulmones a llenarse de aire, que convierto en palabras. Le suplico a Bulder que levante la flecha y le haga a Tyroth lo que él acaba de hacerme a mí.

—*Gurdeth aath ahn…*

—*¡Gurdeth aath uh nah!* —ruge Tyroth antes de que termine, sofocando mi orden. Algo que casi me arranca la lengua de la garganta, a la vez que destroza la flecha de piedra que había salido disparada hacia su pecho.

Me dan arcadas y escupo sangre, con los pulmones ardiendo.

Él pisotea los vestigios de mi intento fallido de asesinarlo, pasando por encima de una cadena destrozada de runas de contención plateadas, lo que indica que tiene retenido a Bharon contra su voluntad.

—¿Vas a marcharte sin saludar? —dice como si nada mientras su larga melena ondea al cálido y húmedo viento.

Mi propia esencia cruje en mi interior.

Al igual que con pah, siempre me siento pequeña en presencia de Tyroth. La más débil de la camada, que no tuvo la decencia de morir con mah al quitarle yo misma la vida.

—¿Por qué…, por qué iba a des-desperdiciar… mi a-aliento? —pregunto en lugar de decirle lo mucho que me duele solo mirarlo, ese rostro que rara vez sonríe y esos ojos acusadores que me culpan con cada parpadeo.

Para eso están los espejos.

Chasquea la lengua.

—Es curioso que siempre te veas a ti misma como la víctima,

Veya, cuando eres tú quien nos lo ha quitado *todo*. —Acercándose lo suficiente como para que pueda ver las motas de color verde en su ojo izquierdo, me arranca la tela que cubre mi cara y me mira con el ceño fruncido, observando mi rostro como si fuese una pintura—. Odio lo mucho que te pareces a ella.

Ojalá tuviera aliento para mandarlo a la mierda. Al menos él la conoció, la vio, la olió. Yo en cambio no tuve nada de ella y pah quemó todos sus retratos.

Lo que hago en su lugar es meter la mano entre los pliegues de mi capa, en busca de la daga que llevo en el muslo izquierdo.

—Y creo que él también. —Frunce el ceño aún más—. Probablemente sea la razón por la que no te liberó de tu sufrimiento cuando se lo suplicaste.

Ignoro sus enigmáticas palabras y echo hacia atrás mi brazo bueno, pero, cuando me dispongo a rebanarle la garganta, la mano se me congela en el aire.

Tardo en darme cuenta de lo que Tyroth ha gruñido y de la fina flecha de obsidiana que atraviesa mi mano levantada.

Mi daga cae al suelo con estrépito a la vez que me invade un violento dolor y comienza a resbalarme sangre caliente por el brazo hasta el codo, desde donde gotea, gotea y gotea.

Tyroth chasquea la lengua de nuevo.

—Dime, hermana, ¿qué haces en mi reino?

—Tu-turismo.

Con un suspiro, mete la mano en el bolsillo de mi capa.

—Había olvidado lo sarcástica que eres. —Saca mi brazalete y lo sacude delante de mi cara—. ¿Ya has recordado la última vez que lo usaste?

No respondo. Apenas puedo concentrarme en nada más aparte del traqueteo de mis pulmones.

—Interpretaré tu silencio como un no. —Se guarda el brazalete en el bolsillo y saca una daga de bronce con forma de escama de dragón.

El corazón se me acelera al verla, pues su color me resulta familiar. Es el mismo que el de un siegasables que vi elevarse al cielo y convertirse en una esfera cuando yo solo tenía cinco fases.

Tyroth me agarra del pelo y tira de él, haciendo que se me clave más la flecha de piedra. Grito al ver el destello de su hoja cuando me la acerca al cuero cabelludo y *corta*.

Siento soltarse mis mechones y veo cómo caen rizos en su mano.

—Algo que enviar como prueba cuando informe a Kaan de tu muerte.

Me quedo tan helada que un solo golpe me rompería en pedazos.

Tyroth da un silbido largo y profundo que reverbera en las paredes de la caverna, al cual sigue un rugido grave, como si a Bulder le sonaran las tripas. O al menos eso es lo que me digo a mí misma, que el dragón de Tyroth no acaba de despertar de un profundo sueño.

De todos modos, tiemblo, segura de que prefiero morir por mi propia espada antes de que me devoren o me quemen viva.

—Puedes conservar la cabeza —dice Tyroth arrastrando las palabras mientras mira la bolsita negra en la que está metiendo mi pelo y tira del cordón para cerrarla. Cuando dirige de nuevo la vista a mí, lo hace con una mirada gélida de odio—. Pasa tu existencia eterna atormentándome desde el más allá, hermanita. Observa cómo mato a tu hermano preferido y, luego, destruyo La Llama hasta que no quede más que escombros y huesos. Es el pago por haberse apropiado de lo que era *mío*.

La última palabra la pronuncia con tal vehemencia que me doy cuenta de algo espantoso y aterrador…

«Lo sabe».

«Se ha enterado de lo de Kaan y Elluin».

«¿Sabe lo de Kyzari? ¿Que no es hija suya?».

La tierra se sacude cada vez con más estrépito.

—Pero, antes, un regalo de despedida. —Se guarda la bolsa en el bolsillo y se inclina hacia mí, frunciendo el ceño mientras me observa —. Voy a ayudarte a llenar tus lagunas con este truco que he perfeccionado…

Me tapa los oídos con las manos.

A pesar de estar ensartada, me retuerzo, tratando de girar la

cabeza para evitar el contacto visual.

—No te muevas —gruñe obligándome a mantenerme recta y levantándome los párpados con los dedos—. Esto no se me da muy bien. Si hago un movimiento en falso, podría golpear algo importante, y eso arruinaría toda la revelación.

Grito. No por el dolor de estar atravesada, sino por la agonizante manera que tiene de adentrarse en mi mente, como una flecha roma.

Sus pupilas se dilatan y mi cuerpo se relaja. Todo el color parece disiparse del mundo, dejando solo dos llamativos discos negros, en los que me sumerjo, vagamente consciente de que mis muros mentales se derrumban, los que siempre han protegido lo más importante que hay en mí.

Mis entrañas amenazan con ponerse del revés mientras continúa atravesando cual flecha mis pensamientos sobre el diario, sobre Kaan, Kyzari.

«Elluin».

Sin embargo, se dirige a un rincón oscuro en el que ni siquiera había reparado hasta que lo apuñala. Y lo hace brutalmente, como si intentara matar algo cuya forma no ve.

Siento un doloroso estallido, como si acabara de perforar una membrana.

Ahogo un grito y empiezo a sacudirme mientras brota dentro de mí un torrente furioso que me quema como una marea cáustica de veneno, rellenando los rincones y recovecos que llevo ignorando más de cien fases.

Lanzándome… al *pasado*.

—¿Te acuerdas ahora? —pregunta Tyroth, cuya voz no es más que un eco mientras yo…, yo…

*Estoy de rodillas en el suelo del despacho de pah. Su joven miskunn está agazapada sobre su escritorio con un grillete alrededor de su delicado cuello. El remordimiento brilla en los grandes ojos plateados de la criatura cuando pah estampa mi brazalete sobre el tablero, haciendo que Hulo se estremezca.*

*Pero es a mí a quien está mirando. Es a mí a quien se dirige.*

*—El emparejamiento de Tyroth ha sido rechazado, así que esta es la única manera. Va a suceder, de una forma u otra, pero la miskunn predijo el fin del mundo si los Neván mueren a manos de alguien que no seas tú.*

*Tardo en darme cuenta de que está diciendo la verdad. En que sus palabras me calen.*

*En que empiece el temblor.*

*—No —digo en voz baja bajo la opresiva aura de pah. Se me endurece la lengua al mismo tiempo que la espina dorsal—. No, eres un puto monstruo. ¡Prefiero morir!*

*Me levanto y me doy la vuelta para salir de la habitación, pero me veo retenida por un hermano al que detesto, uno que me odia tanto como yo a él.*

*Golpeo, pataleo, grito. Veo entrar a una runi y el corazón me late con fuerza al reconocer el pelo corto blanco de Mior, sus amplios ojos, su rostro amable, tanto como el de su pah, pero…*

*«Compungido».*

*«Eso solo puede significar una cosa».*

*Gimoteo, negando con la cabeza. Intento retroceder, pero Tyroth me agarra con tanta fuerza que siento que me van a salir moretones en los brazos y los hombros.*

*Mi amiga de la infancia se arrodilla ante mí. Su piel morena contrasta con la túnica blanca que cubre su pequeña figura y un botón de oro de mentalista ocupa un lugar destacado en la base de su garganta.*

*A pesar de la empatía en los ojos de Mior, soy muy consciente de la tensión en su rostro, de que le tiembla tanto como a mí el mío.*

*Me resisto al firme agarre de Tyroth, pero recibo una patada en las costillas que apenas siento y mis siguientes palabras quedan reducidas a un quejido ahogado.*

*—Por favor, no lo hagas, Mior. Por favor…*

*—No tengo otra opción. —Una lágrima le resbala por la*

*mejilla, igual que a mí—. Voy a ser delicada, te lo prometo. —Con media sonrisa añade—: Nunca te haría daño.*

*Se me desencaja la cara y toda mi fuerza se desvanece cuando Mior posa sus manos en mis mejillas. Le tiembla la barbilla y, en sus hermosos ojos, veo que se le rompe el corazón.*

*—Perdóname, Veya…*

*Me precipito en esos pozos azules ribeteados de oro y algunas partes de mí se sueltan, como plumas desprendidas por el viento.*

*La compasión se esfuma, desaparece.*

*La empatía es la siguiente…*

*La tristeza…, la virtud. Me derrumbo hasta convertirme en un mero esqueleto de sumisión ecuánime y apenas un hilo de pensamiento me mantiene unida.*

*Mior se marcha, con lágrimas en las mejillas que no puedo comprender. Pah se arrodilla en su lugar y me agarra la cara, mirándome con una severidad que antes me hería.*

*—Y, bien, hija, ¿qué es lo que tienes que hacer?*

*Mi respuesta es inmediata:*

*—Ir a Arithia y envenenar a la familia Neván.*

*—¿Excepto a quién? —gruñe Tyroth, mirándome con una intensidad abrasadora.*

*Parpadeo. Pienso.*

*—Elluin Raeve Neván, huésped de la Piedra Éter. Elluin ha de vivir.*

Me oigo gemir mientras…
Mientras…

*… viajo por las llanuras hacia la oscuridad a través de una entrada secreta en la muralla que rodea Arithia.*

*Vestida con otra piel, me muevo por el oscuro palacio como un espectro y unto la sangre de un escarabajo zatha en los cepillos dentales de Ahdrik Neván.*

*De Eudora Neván.*
*De Haedeon Neván.*

—No…

Se oye una piedra quebrándose.

Caigo de rodillas. No siento dolor, a pesar de la opresión en la mano y el pecho.

*Estoy a punto de llegar a Dhomm cuando mis emociones brotan como plumas cortantes, desgarrándome por dentro.*
*No hay nada más que dolor y pena crónicos. Se me revuelve el estómago al pensar en… Le grito al peregrino que se detenga.*
*No lo hace.*
*Salto… Caigo.*
*Despierto en el despacho de pah y le suplico que me degüelle.*
*Él se queda ahí de pie, con los brazos cruzados, mirándome mientras me desplomo.*
*Intento alcanzar su espada…, pero me da una patada tan fuerte en el estómago que vomito y ordena a dos guardias que traigan a Mior.*
*Veo un par de ojos azules ribeteados de oro. Vuelvo a caer…, esta vez mucho más deprisa.*
*«Más lejos».*
*A mi alrededor, todo se ve tan borroso que, cuando por fin me detengo, nada parece estar bien. Faltan piezas, no tengo la menor duda.*
*—¿Me encuentro bien, Mior?*
*La sonrisa no le llega a los ojos y una lágrima le resbala por la mejilla; me recuerda a… algo.*
*—Ahora sí, amiga mía.*
*Me coge la mano y la sostiene con más delicadeza que nunca.*
*—Lo he escondido en un lugar seguro y tranquilo. Nunca*

*volverá a lastimarte.*
*Veo el destello de algo surcando el aire. Es la única advertencia que recibo antes de que la sangre salpique mi cara, antes de que la cabeza de Mior se desprenda de sus hombros y ruede por el suelo…*

Cuando vuelvo a enfocar la vista, advierto que estoy temblando en el suelo, acurrucada entre un montón de esquirlas ensangrentadas, trozos de piedra aún clavados en mí que apenas siento.

«Fui yo».

«Todo este tiempo pensé que había sido pah…».

«Pero fui YO».

Tyroth se aleja y el hecho de que se me erice la piel de la nuca me indica que su dragón está a punto de alcanzarme. Sin embargo, me cuesta sentir miedo, ya que los recuerdos recién recuperados me están desgarrando por dentro, con un corte preciso tras otro.

«Yo los maté».

«Le arrebaté su familia a Elluin».

«Hice que la sacaran de La Sombra».

«Hice que Slátra la persiguiera hasta La Llama y permití que Tyroth se infiltrara en su reino».

«La convertí en huérfana…».

Me brota un gemido de la garganta, como si alguien me hubiera agarrado las entrañas y me las hubiera arrancado. Otro.

«Otro».

Gimo hasta que no queda nada, solo un dolor profundo que parece mortal.

Tyroth escupe a mi lado y murmura una orden cruel:

—*Zugthen, Bharon.*

«Come».

Oigo sus pasos alejándose y me obligo a mirar por encima del hombro.

A los ojos de la muerte que merezco.

Me quedo sin aire en los pulmones.

La criatura, otrora majestuosa, avanza hacia mí, sus ajadas alas

lacias en sus costados arrastrándose por el magma con cada paso renqueante. Ya no resplandece en la luz derretida como antes, sus escamas se han vuelto mates, tiene las garras tan largas que casi se curvan sobre sí mismas y ralentizan sus movimientos.

Volviéndolos dolorosos.

Vuelvo a mirar los ojos oscuros de Bharon, esforzándome por encontrar una sola chispa.

Lo que me queda de corazón se rompe en mil pedazos…

«También a ti te ha destruido».

Agacho la cabeza, con la respiración agitada mientras espero a que todo se detenga, a que termine el dolor que me parte el alma.

«Por favor, que acabe…».

Entonces, una brisa fría se abre paso entre las runas rotas y me planta un beso helado en la mejilla que sin duda no merezco.

Se me va todo el aire de los pulmones cuando me veo envuelta por una cálida garra que raspa la piedra con sus uñas al separarme del suelo, sacudiéndome con un dolor abrasador que no tiene nada que ver con el ardor que erosiona lo que queda de mi corazón.

Espero que Bharon me lance a su boca, que me mastique.

Espero que me inflija el brutal castigo que me he ganado.

En cambio, toma profundas bocanadas de aire.

Tras un momento de quietud, todo se sacude a gran velocidad justo antes de lanzarnos.

«De caer en picado».

Ya no estamos en el agobiante aire sulfúrico, sino que nos azota la nieve y un viento tan gélido que estoy convencida de que me están desplazando por el cielo como si fuera un trozo de carbón para dibujar. Y tal vez lo creería de no ser por el sonido del batir de alas.

Me cuesta un buen rato darme cuenta de que vamos rumbo al norte, hacia el sol.

Y aún más aceptar que Bharon no me va a dar la muerte que ansío.



Kaan

# CAPÍTULO 10

Gran canciller, lo juro por mis méritos —suplica Roan desde el escenario circular blanco que se encuentra debajo de nosotros, su superficie pulida brillando como una luna de plumaluna. Extiende sus manos encadenadas hacia los numerosos botones dorados que abrochan su túnica de runi, sucia y manchada de sangre—. El libro *se evaporó*.

Frunzo el ceño y aparto la mirada del espectáculo para observar a la multitud de testigos que murmuran. Quizá haya un centenar de hombres runis apiñados en el graderío más elevado, ansiosos por ver el castigo de uno de los suyos.

—¿Se evaporó? —repite el gran canciller haciendo repicar sus afiladas uñas sobre el reposabrazos curvo de su trono de piedra blanca, semejante a una garra de dragón—. Seguramente he oído mal. —Señala con un gesto a los otros catorce miembros del consejo que se encuentran alrededor del escenario, sentados en tronos

similares, aunque uno de ellos está vacío—. Habla *más claro* para que mis hermanos dotados de tres abalorios puedan oírte.

Muchos de los miembros se inclinan hacia delante, todos enfundados en una túnica blanca con capucha. La mayoría de ellos son tan viejos que solo la gema de rocadragón que toman cada dae evita que su piel parezca un pergamino arrugado.

Sin embargo, la edad se aprecia en sus ojos, que se han vuelto lechosos con el tiempo, y en su lentitud al moverse, como si estuvieran hechos de un material más pesado que los demás.

Roan se aclara la garganta y alza la voz.

—No ha oído mal, gran canciller. Y le juro que no es una locura. —Hace una reverencia temblorosa que deja ver sus costillas marcadas en la espalda; está esquelético en comparación con la última vez que lo vi, cuando llamó a la puerta de mi habitación y me preguntó si tenía tiempo para hablar.

«Después de comer», le dije. Pero entonces recibí una pista sobre un fragmento lunar, la primera en más de una fase, y me fui antes de que se pusiera la aurora sin despedirme de nadie.

Y ahora *esto*.

A Roan lo están juzgando los aliados más poderosos de mi difunto pah, hombres con tres abalorios, con el mismo don que los runis.

Me hierve la sangre al pensar en la influencia positiva que todos ellos podrían ejercer en la esfera política si se lo propusieran. En cambio, creen que el mundo les pertenece por derecho divino y que pueden manipularlo a su antojo, que los demás somos ganado marcado según su valor.

Si mugimos demasiado fuerte, nos sacrifican.

He trabajado duro para mantener La Llama en calma y evitar enredos políticos desde que asumí la corona de pah. Quería dar a mi pueblo la oportunidad de sanar, crecer y prosperar después de todo lo que pasó bajo el régimen de Ostern y la sangrienta usurpación que hubo después. No obstante, parece que la paz está a punto de agotarse, porque no hay nada que no haría por Roan.

Le hice una promesa a su hermana y, por mi honor, no pienso romperla.

—Lo único que quedó fue una nube de partículas plateadas que parecieron…, bueno… —Roan pone una mueca con aire avergonzado —, que parecieron salir por la puerta.

—¿Esperas que creamos que el *Libro de Voyd*, un manuscrito antiguo que pensamos que no hay duda de que escribió el propio Caelis, salió de la cámara por su propio pie? —insiste el gran canciller con su grave voz, la cual semeja un martillo golpeando las paredes del anfiteatro—. Una cámara que —añade con tono incisivo — está tan runada contra intrusos que todos han perecido nada más cruzar el umbral. Hasta ahora.

A Roan se le ponen rojas las mejillas, mientras que Pyrok refunfuña tan alto que otro runi lo mira con desaprobación.

Le doy un codazo tan fuerte que se queja.

—Sé cómo suena. —Roan se ajusta las gafas de montura de cobre, que combinan a la perfección con el pelo apelmazado y lleno de roña que lleva—. Yo tampoco lo creería si no lo hubiera visto con mis propios ojos, pero allí estaba yo, de pie junto al atril, a punto de levantar la tapa tras quitar la correa cuando… —agita las manos, haciendo tintinear las cadenas—, puf, adiós.

Los miembros del consejo giran la cabeza y consultan entre sí mientras los espectadores prorrumpen en murmullos furiosos.

Roan cambia de postura y me fijo en que va descalzo. Lleva grilletes en los tobillos y le mana sangre de las marcas que le han hecho.

Aprieto los puños.

—Ese idiota no les está besando el culo lo suficiente —murmura Pyrok metiendo la mano en el bolsillo de su túnica falsa de runi. Saca un petaca de cobre y le da un trago—. Debería estar de *rodillas* suplicando por su vida.

El olor a alcohol flota entre nosotros.

—No tienen pruebas de que robara el libro. Además, el Triconsejo valora el conocimiento y el poder por encima de cualquier otra cosa, y Roan ha logrado algo extraordinario. Quieren saber *cómo*. —Miro al mentalista que se halla sentado en un escritorio junto al escriba con los ojos fijos en Roan, las pupilas dilatadas y gotas de sudor perlándole la frente—. Están utilizando este juicio

como táctica intimidatoria.

«Eso espero».

Me fijo en que a Roan también le cae sudor por su magullada frente y tiene sus rizos rojos pegados a las sienes, una señal de que está agotado de tratar de mantener su mente vacía.

—Siempre y cuando Roan no los desafíe —murmuro—, no habrá ningún problema.

Puedo sacarlo de una celda. Lo que no puedo hacer es traerlo de vuelta de entre los muertos. No hay fuerza ni poder en nuestro mundo capaz de revivir un alma del tipo de muerte que el Triconsejo da a aquellos que mancillan sus impolutas túnicas.

Pyrok gruñe y da otro trago mientras una gran sombra pasa sobre el anfiteatro.

Lanzo la mirada hacia el techo de cristal, casi esperando ver una luna cayendo en picado hacia nosotros. Sin embargo, se trata de un fundefauces ya mayor atravesando las nubes desperdigadas, lo bastante cerca como para llevarse por delante uno de los arcos de piedra blanca fuertemente runados que se extienden por toda la Ciudadela. Estos silencian a los Creadores para todos los que están debajo, excepto para los miembros del Triconsejo, los cuales llevan la frente adornada por una diadema inquietantemente similar a la de Kyzari.

La que llevaba Elluin…, antes de que el parto acabase con su vida cruelmente, privando así a Kyzari de conocerla, de quererla.

Pensar en ello hace que se me encoja el corazón, tanto que me duele.

—Silencio. —La atronadora voz del gran canciller hace callar a la multitud.

Roan se endereza y mira con el ceño fruncido a los miembros del consejo con un destello de esperanza en sus brillantes ojos verdes.

—Alquimista, dado que tus sólidos muros mentales hacen que nuestros veracistas sean inútiles para distinguir la realidad de la ficción, nos pones en una situación complicada. Quieres que creamos tu absurda historia, pero lo cierto es que te encontraron en la cámara después de romper la cadena de runas que llevaba siglos grabada en ese lugar, creada para proteger el *Libro de Voyd*. —El

gran canciller hace ademanes hacia los demás miembros del consejo, meneando sus amplias mangas—. Creemos por unanimidad que has utilizado una de tus maliciosas técnicas de runi para ocultar el libro y que todavía lo tienes en tu poder.

—Eso es una barbaridad —dice Pyrok entre dientes.

Roan echa la cabeza hacia atrás, ofendido, y frunce el ceño, lo que me hace sentir pavor. Si bien es insuperable en el vaciado mental, su rostro refleja todas las emociones que lo embargan. Y ya he visto esa mirada antes.

Cuando está verdaderamente perplejo por la enorme estupidez de alguien.

—Con todos mis respetos… —extiende las manos para mostrar sus grilletes, de hierro con una franja de runas plateadas grabadas —, dadas las numerosas palizas que he soportado desde que me encerraron en las mazmorras de la Ciudadela, habría utilizado el libro para encontrar una forma de librarme de esto.

Suspiro. Todos los demás se quedan boquiabiertos y, de pronto, la sala estalla en gritos y rechinar de dientes.

¿Librarse?

¿… ir en contra del Consejo?

¿Esperaba que le mimaran después de haber sido pillado robando nuestro objeto más sagrado?

El gran canciller manda callar a la multitud con un gesto de la mano.

—Para que conste, ¿cuál fue el motivo por el que irrumpiste en la cámara?

Roan frunce el ceño.

—Estoy seguro de que el motivo es bastante obvio, dadas mis numerosas solicitudes por escrito para ver las páginas no traducidas del *Libro de Voyd*.

—Ah…, sí. —El gran canciller levanta una alondra aplastada del atril que tiene a su lado—. Recibimos las solicitudes, redactadas en términos muy claros, pero nuestra falta de respuesta se debió, sencillamente, a que todas las páginas sin traducir estaban dañadas desde antes de que se descubriera el libro y se guardara en un lugar seguro. Y, por lo tanto, eran indescifrables.

Roan frunce los labios y cambia el peso de pie. Ese leve movimiento me da a entender que está tratando de distraerse para no lanzarse a una de sus salidas conspirativas, pasando la mirada de un canciller a otro.

«No lo hagas».

«No lo hagas».

«No…».

—En ese caso, seguro que no había ningún problema en que lo viera, tal y como solicité —responde, y estoy a punto de suspirar de alivio—. A no ser, claro está, que el Triconsejo oculte información.

«Joder».

—¡Blasfemia! —exclama el gran canciller apretando los puños—. *Nunca* haríamos tal cosa.

—Entonces ¿qué es eso? —pregunta Roan alzando la vista con el ceño fruncido, dirigiendo una mirada muy significativa a los arcos de piedra que coronan la Ciudadela. Se encoge de hombros—. No tengo por costumbre creerme todo lo que sale de la boca de un espectro, pero al parecer hay nuevas runas invisibles en esos arcos que protegen este lugar de caídas lunares.

Se oyen más gritos ahogados y frunzo el ceño.

«Esa es nueva…».

El gran canciller palidece y yo levanto las cejas mientras la multitud prorrumpe en un torrente de susurros.

«Joder…, es cierto».

Pyrok se inclina hacia mí.

—Esto no pinta bien.

«No, para nada».

Muchos de los presentes tienen familiares al otro lado de las puertas. Difundirán este rumor y, en cuanto se corra la voz sobre las inminentes caídas, la gente acudirá en masa a la Ciudadela con la esperanza de encontrar refugio dentro de sus gruesos muros reforzados con hierro. Habrá disturbios, muertes. A Roan lo culparán de todo.

Lo perseguirán durante el resto de su existencia…, si es que sobrevive al juicio.

Algo que se vuelve más improbable con cada palabra que

pronuncia esa lengua tan larga que tiene.

Otro ademán del canciller silencia a la multitud. Le tiembla el labio superior mientras mira al mentalista, que tiene el rostro enrojecido y llora lágrimas de sangre.

—¿Estás más cerca de descifrar su vacío mental?

—No —murmura el mentalista y, luego, se desploma de la silla y queda tendido en el suelo.

El gran canciller suspira.

—Entonces, hemos de iniciar una investigación con el rey Kaan Vaegor para asegurarnos de que no ha participado en este perverso acto —afirma, unas palabras que me golpean con fuerza en el pecho.

Pyrok maldice mientras yo me esfuerzo por asegurar que el muro que he construido dentro del vínculo emocional que comparto con Rygun sea sólido, que mi dragón no pueda colarse ni de coña. Lo último que necesito es que perciba el peligro y se presente en Bothaim.

—La citación se enviará de inmediato. El incumplimiento se considerará una declaración de culpa. Se revocarán las licencias comerciales y se retirará el favor del Triconsejo.

Roan pierde el poco color que le quedaba en su ya pálido rostro. Abre la boca para hablar, pero, con unas pocas palabras susurradas por el gran canciller, se desata un viento en la sala.

Roan cae de rodillas llevándose las manos al cuello, con los tendones a punto de romperse.

Pyrok gruñe y se levanta, pero lo retengo poniéndole una mano en el brazo.

—No lo hagas —mascullo—. No seremos de ayuda si nos delatamos.

El gran canciller se pone de pie y mira a Roan con desdén.

—Por el cargo de traición, dada tu intención de poner en tela de juicio la imparcialidad del Consejo y usurpar nuestros tronos, nosotros, el Triconsejo, te declaramos…

—¡Culpable! —Todos los miembros levantan la mano.

—Por el cargo de allanamiento de morada con intención de robar el *Libro de Voyd*, nosotros, el Triconsejo, te declaramos…

—¡Culpable!

—Por el cargo de obstrucción a la justicia al ocultar información esencial en tu mente, nosotros, el Triconsejo, te declaramos…

—¡Culpable!

«Por todos los Creadores».

—¡Roan du Alac' de La Llama! —grita el gran canciller, repitiendo el nombre falso que este lleva utilizando la mayor parte de su vida—, ahora quedarás despojado de tus honores. ¡Guardianes!

En grupo, diez guardianes con dos abalorios se acercan desde la pared, con sus ojos blancos fijos en Roan, que está al borde de la asfixia. Se agrupan a su alrededor y le arrancan los botones.

—Dos de tus tres cargos están penados con la muerte —continúa el gran canciller, clavándome una espada de hielo directamente en el corazón—. El otro será expiado con azotes de fuego.

A Pyrok le da un vahído. No se cae porque lo tengo sujeto del brazo.

El gran canciller abre la tapa de su vial y ordena que una cinta de llamas se le enrede entre los dedos.

Rasgan con fuerza la túnica de Roan, y el sonido de tela rasgada resuena en el repentino silencio.

—No mires —gruño cuando la huesuda espalda de Roan queda al descubierto. El gran canciller lanza su cinta de fuego hacia su pálida piel. Pero Pyrok no me hace caso y lo noto temblar.

El fuego se encuentra con la carne… de nuevo.

«De nuevo».

Roan se retuerce cada vez más con cada chisporroteante chasquido.

El olor a piel quemada me invade la nariz y se me cierra la garganta al recordar que pah me daba el mismo trato, gritándome que dejara de llorar y controlase las malditas llamas mientras me destrozaba.

Me obligo a mirar, aunque el niño que llevo dentro quiere acurrucarse y chillar, aunque todas las demás partes de mi ser quieren saltar desde esta grada y aplastarle el cráneo al gran canciller. Algo que causaría más daño que bien, dado que me superan en número.

«Impotente».

Para cuando el último latigazo se desvanece, Roan tiene la espalda entera roja, negra y llena de ampollas, y tiembla mientras busca el frío consuelo del suelo.

—Qué *decepción* has resultado ser —dice el gran canciller con rabia colocándose las mangas en su sitio con los dedos, cuyas puntas humean—. Los guardianes te purificarán y, después, te darán de comer a la anthe. Que los Creadores tengan piedad de tu alma.

Lucho por mantener a Pyrok en pie mientras los miembros del Triconsejo se agolpan en la salida, aunque la mayoría de los aldeanos se quedan para ver a los guardianes desenganchar las cadenas de Roan del lugar donde está atado al escenario. Le dan una patada para derribarlo y, luego, lo arrastran mientras él lucha por respirar, dejando atrás sus gafas. Tiradas en medio de un charco de sangre.

—¿Me da tiempo a llegar a la guarida que hay a la salida de la ciudad? —pregunta Pyrok con voz ronca, cargada de un miedo crónico y una ira brutal.

—No sé cuánto durará este ritual de purificación. —La multitud comienza a dispersarse, dirigiéndose a las numerosas salidas en arco mientras nosotros miramos el escenario vacío—. Nuestra única opción es quedarnos dentro de la Ciudadela y seguirlos.

Pyrok gira la cabeza bruscamente.

—Pero te ha jodido políticamente, a ti y a La Llama. Y, probablemente, también haya desencadenado una guerra.

—No era su objetivo.

Vino aquí con la mejor de las intenciones: proteger a mi pueblo de caídas lunares, y lo han condenado a muerte. Si le hubiera prestado la atención que merecía aquel dae, es muy posible que no lo hubieran quemado y golpeado, ni lanzado a la muerte. La culpa es mía.

Pyrok me mira fijamente sin pestañear, con la mandíbula tensa.

Dejo que parte del fuego de Rygun se eleve dentro de mí. Siento su calor cosquilleando bajo mi piel, calentando el aire. Noto las brasas prendiendo en mis ojos.

Pyrok toma aire entre dientes, se zafa de mí y apura su petaca

de tres largos tragos, con la mano temblorosa por una rabia que apenas puede contener.

—Bien —sisea tapando la petaca con el corcho—. Supongo que todos moriremos este dae.



# CAPÍTULO 11

## Raeve

La aguanieve me azota la capucha mientras recorremos las afueras de Bothaim, siguiendo un camino bastante solitario por el que ya he transitado los daes previos a la llegada de Rekk.

Esta ciudad no se parece a ninguna otra que haya visitado antes. No es lineal, sino un laberinto horadado en la piedra de color tostado, como si Bulder hubiera cogido un puñado de troncos de diferentes tamaños y los hubiera arrastrado por el suelo antes de que este se asentara.

Algunos caminos son anchos, como El Foso en Gore, mientras que otros son más parecidos a este: callejones ciegos que unen dos vías principales, tan angostos que Utris se ve obligado a pasar de lado para que no se le queden encajonados los hombros.

Me detengo para echar un vistazo por la estrecha rendija, quitándome la capucha para sentir la aguanieve en mi piel.

—¿Todo bien?

—¿Sabes? —masculla Utris acercándose—, no parecía tan grande, pero estoy agradecido de que gran parte de él se quedara en el suelo de El Beso Casto.

Haría una reverencia, pero no puedo atribuirme el mérito.

Una alondra pasa volando a mi lado a una velocidad tan extraña que sigo su trayectoria con la mirada. Va seguida de cerca por otra.

Otra más.

«Y otra».

Frunzo el ceño al oír el rugido de un fundefauces a lo lejos y la fría pesadez que siento me sube por el cuerpo.

—Quédate cerca —murmuro volviendo a ponerme la capucha.

Utris gruñe cuando me desvío cerca de la salida del callejón y me detengo para mirar la calle principal que hay al otro lado: altos muros repletos de orificios a modo de ventanas, cadenas oxidadas que van de un lado al otro cargadas con frutas y verduras.

La calle *rebosa* de alondras de papel revoloteando y hay una avalancha de nulos que van a toda prisa en la misma dirección: hacia la Ciudadela.

Algunos llevan en la mano alondras desplegadas, otros mantienen a sus retoños cerca, cogidos en brazos, a la espalda o apretados contra el pecho. La mayoría de la gente lleva fardos cargados con sus pertenencias. Si bien es una carrera silenciosa con muchas miradas furtivas entre la multitud, que se afana por que sus seres queridos no se dispersen, el miedo se refleja en los ojos muy abiertos y las caras desencajadas.

—Está empeorando —murmura Utris a mi espalda.

—¿Qué quieres decir?

—Al regresar a El Beso Casto, me fijé en que había mucha gente corriendo de un lado para otro y muchas más alondras de lo habitual. Sean cuales sean las noticias, están circulando muy deprisa.

Un frío pavor me clava las garras.

Atrapo una alondra en el aire. La pobre se resiste y me hace cortes con el pergamino hasta que la aplasto en la palma de mi mano.

—Lo siento, pequeña —murmuro hojeando el texto—. Son tiempos difíciles…

*Hermana, noticias terribles:*

*Se han presagiado múltiples caídas lunares, incluso justo sobre Bothaim. Es posible que algunas partes de la ciudad queden en ruinas.*

*El hermano de Rhikoth (que estaba haciendo de escribano en un juicio este dae) cree que hay unas runas nuevas en los arcos que protegen la Ciudadela de las caídas lunares. Si este rumor es cierto, estoy segura de que el Triconsejo abrirá las puertas a algunos habitantes de la ciudad y querremos ser de los primeros en la cola.*

*Dado que el abuelo portaba un abalorio azul, espero que nos dejen entrar a nosotros y a las niñas, ya que aún no tienen muesca ni abalorios, y lo mismo ocurre con tu hijo nonato.*

*Me han dicho que no divulgue esta información, pero no soporto la idea de perderos a todos.*

*Por favor, venid.*

*Besos, G*

Se me cae el alma a los pies y levanto la mirada hacia las numerosas lunas.

La mayoría son de fundefauces, pero también hay de plumalunas y siegasables, una oda a una gran batalla que tuvo lugar aquí hace muchas fases.

Suspiro volviendo a darle forma a la alondra, pues no veo razón para mantener el secreto, ya que nadie más parece hacerlo.

—Se avecina una caída lunar. Varias, en realidad.

—¿Qué?

—El rey me lo ha comunicado antes. Faltan más de quince ciclos, pero no todo el mundo está al tanto.

«No hay duda».

—Por todos los Creadores…

Suelto la alondra, que vuelve a su rumbo.

—Al parecer, hay nuevas runas en los arcos que protegen contra ellas.

Difícil de creer. Si el Triconsejo hubiera sacado esa información del *Libro de Voyd*, seguramente la habría compartido. A menos que sean más retorcidos que una rama de salce llorón.

Dirijo la mirada hacia dichos arcos. Sobresalen de la alta muralla blanca que rodea el centro de la ciudad, con cientos de torres enormes que semejan dientes de dragón apuntando al cielo. Por encima, se agitan coloridos fundefauces, cuyo fragor retumba por el aire. Cada uno de ellos lleva un guardia de armadura blanca entre sus alas, con la atención fija en las calles que rodean la Ciudadela.

—Probablemente por eso tanta gente va en esa dirección.

—Pero no hay suficiente espacio debajo de ellos para albergar a toda la población de la ciudad. Ni por asomo.

—No, y no solo van a ser los residentes de Bothaim los que corran a las puertas si esta noticia se difunde fuera de la ciudad.

«Y así será».

La idea de verme prisionera en ese gigantesco grillete paliducho que es la muralla hasta que las cosas se calmen de nuevo me pone los pelos de punta, dado que solo los miembros del Triconsejo tienen el *don* de oír a los Creadores de puertas para adentro. Precauciones desde la guerra que sembró el cielo de lunas.

Miedo y esas cosas.

—Vamos a ponernos en marcha. Cuanto antes nos deshagamos del trozo de carne que llevas a la espalda, antes podrás buscar un lugar seguro donde refugiarte.

—Y tú, ¿qué vas a hacer?

Aprieto los labios. El aliento de un beso no dado todavía me hace cosquillas en la sien. Todo mientras el recuerdo de mi Otra me atormenta. Es como si hubiera subido a la superficie y se hubiera plantado en la orilla de mi lago helado, lista para rajarme las plantas de los pies cada vez que me sumerjo allí abajo con el objetivo de deshacerme de algo.

—Todavía no lo he decidido —murmuro, y cruzo la calle, esquivando a la frenética muchedumbre y las alondras que surcan el aire, consciente de lo que *no* estoy haciendo.

Esconderme en una bonita y acogedora cabaña inestable mientras Kaan Vaegor se preocupa por cualquiera en este maldito mundo menos por sí mismo.

Me dijo que doblara el pliegue de retorno si lo necesitaba. Bien, porque lo que necesito es que no muera.



# CAPÍTULO 12

## Raeve

Sigo a Utris pasando junto a un arbusto kutak lleno de espinas y atravesamos el boquete recién abierto en la pared en dirección a la escalera toscamente tallada que hay del otro lado. Inhalo el fétido y denso aire, tan perturbadoramente quieto que parece sólido.

—*Gurdeth aahgth… du ien dah* —murmura Utris, haciendo temblar el suelo, y la piedra se vuelve a unir como si fuera de arcilla, sumiéndonos en una oscuridad absoluta.

Saco un tarrito con luz de luna que le compré a un mercader ambulante por el extraño precio de una hebra de pelo y lo uso para examinar su trabajo.

Pared lisa, como si nunca hubiese habido un agujero.

—Impresionante. —Me quito la capucha, dándome cuenta de que tener un cómplice es muy útil; ojalá dure—. Supongo que oyes bastante bien a Bulder, ¿no?

—La verdad es que no —gruñe recolocándose a Rekk—, pero escucho con atención y practico mucho.

Bien que hace. Yo practico cero y, luego, suelto unas pocas palabras básicas y espero lo mejor cuando no me queda más remedio que recurrir a él. Me he acostumbrado a que me ignore. A

veces me ofrece algo tan deforme como mis palabras, que a menudo da patadas con más fuerza que sus largos y críticos silencios.

—Yo voy delante. —Empieza a bajar por la sinuosa escalera—. Por si acaso se me resbala este cabrón.

No hemos llegado muy lejos cuando el aire se vuelve tenso de un modo que conozco bien, erizándome el vello. Es la prueba de que hemos pasado por debajo de los arcos que encierran la Ciudadela y silencian a los Creadores.

Noto tal presión en los tímpanos que parecen a punto de reventar, suscitándome visiones de batallas incendiarias y regueros de sangre hirviendo…

Escondo los recuerdos bajo mi lago helado y muevo el cuello de lado a lado para que cruja, preguntándome si las runas funcionan igual que las que anulan a quienes luchan en las arenas de Khindard…

La curiosidad me lleva a usar mi capa como guante para quitarme el anillo de hierro del dedo y, de inmediato, me acosan chillidos, rugidos, lamentos y…

—Que los Creadores me despellejen —siseo, y vuelvo a ponerme el anillo tan rápido que por poco me parto el hueso. Tengo que limpiarme la sangre que empieza a brotarme de los oídos.

«Mierda».

—¿Todo bien?

«No, estoy bastante segura de que Clode me acaba de perforar los tímpanos».

Utris se detiene y entrecierra los ojos mientras le gotean perlas de sudor desde la frente hasta las cejas, que tiene levantadas. Aunque enseguida cambia de expresión y frunce el ceño.

—Parece que me vayas a vomitar tu última comida encima. ¿Estás bien?

¿Cómo voy a decir que «al parecer soy inmune a los poderosos arcos de piedra destinados a anular a todos los que están debajo, excepto a los miembros del Triconsejo», sin que parezca que estoy… loca?

Imposible.

—No me gusta el cambio de presión del aire. —Sonrío, a pesar de que me sale otra gota de sangre de la oreja derecha, cortesía de los alaridos de Clode. Nunca la había oído gritar tan fuerte—. Pareces agotado. ¿Quieres que lo cortemos en dos y repartamos la carga?

Utris me dirige una mirada bastante reprobatoria. Murmura algo y sigue bajando las escaleras, tal vez pensando que no hablaba en serio.

Él se lo pierde.

Me deja reflexionando sobre mi extraña habilidad en un silencio atronador…

El Triconsejo no suele cagarla de esta manera. Hay una razón por la que ejerce más poder político que cualquier monarca, a pesar de gobernar solo un pequeño pedazo de tierra. No quieren más territorio porque eso equivale a más gente de la que cuidar. Sus miembros saben muy bien que, si untas una pizca de manteca en un trozo de pan grande, no da para mucho.

No.

Son ricos en recursos y quisquillosos a la hora de aceptar a alguien en su pequeño círculo, donde cada miembro tiene un don y un poder enorme. Y saben bien cómo *ejercer* ese poder: impecablemente.

Eso significa que el problema *soy yo*.

Algo que es mejor que me guarde para mí, no sea que decidan fijar otra recompensa por mi cabeza.



El aire se vuelve tan quieto y silencioso que cada respiración parece un rugido y, a medida que nos aproximamos a la ribera de un lago subterráneo, el hedor se va tornando más denso y potente. Se trata de una gruta lo bastante grande como para albergar a Rygun, a pesar de su impresionante envergadura. Me acerco a la pequeña bahía de guijarros y escudriño la superficie del agua, tan oscura que

ciertamente *parece* capaz de tragarse un alma, incluso sin la ayuda de la anthe.

—¿Es aquí?

—Claro que sí —refunfuña Utris abriéndose camino con cuidado por entre las piedras.

Lo adelanto con la mirada fija en el techo: un mural de estalactitas cubiertas de insectos luminiscentes que se reflejan en la superficie del agua, haciéndola parecer el cielo de La Sombra, algo que me perturba de una manera que no logro comprender. Al mirar a la derecha, advierto que la cavidad se va estrechando hasta convertirse en un túnel angosto que desaparece en la oscuridad, en el que hay numerosas cuerdas con campanas colgando del techo, las cuales se sumergen bajo la superficie del agua hasta donde alcanza la vista, sin duda para avisar cuando hay movimiento en el agua: un tintineo para advertir de que hay que *salir pitando*.

Al mirar a la izquierda, más allá de un saliente de piedra irregular, siento un escalofrío por la espalda al ver la ornamentada entrada que da a un embarcadero de piedra blanca, labrado en forma de boca de dragón con la lengua colgando sobre el lago. Y, ahí amarrados…, unos *barcos*; numerosos barcos largos de color blanco, con la quilla elevada tanto en la proa como en la popa, algunos con grietas en ambos lados del casco, como si algo descomunal los hubiera rajado para devorar su contenido.

Supongo que así es como el Triconsejo dicta las sentencias de ejecución. No sé qué es peor: que te devore un dragón o *esto*.

—¿Alguna vez has alimentado a una anthe? —pregunta Utris soltando a Rekk en la orilla.

El sonido de su cabeza al golpear las piedras me produce una morbosa satisfacción que me recorre la piel.

Guardo mi luz de luna en el bolsillo y me agacho para ayudarlo a quitarle el sudario y desatar el cuerpo.

—Nunca he tenido el placer.

—Hay algunas cosas que has de saber. —Utris retira las últimas cuerdas y una capa de tela empapada de sangre; sus ojos brillan como gemas azules a la tenue luz —. No tienen oídos, pero el movimiento del agua les agita las membranas, avisando de que les

espera un festín. En cuanto lancemos el cuerpo al agua, la anthe saldrá de su guarida —dice señalando con la barbilla el túnel de la derecha—. Se mueven por el agua, pero si tienen mucha fuerza a veces salen parcialmente, y esta…, bueno, digamos que es grande. En cuanto suenen esas campanas, tenemos que irnos, y rápido.

Quito el último trozo de tela y lo tiro a un lado.

—¿Algo más?

—Sí. Si por casualidad te encuentras cara a cara con ella, bajo ninguna circunstancia la mires a los ojos.

—¿Por qué no?

—Es un reto territorial. O bien te ganas su respeto, o bien pierdes todos tus sentidos. Entonces acabas *suplicándole* que te devore.

—Ah…

«Interesante».

—¿Algo que decir antes de despedirnos de él?

—Ahora que lo mencionas, sí. —Desenfundo un puñal de escamas de dragón. Si no decapito a este cabrón, puede que encuentre la forma de atormentarme por mucho que lo lancemos al olvido.

Inclino la cabeza de Rekk, dejando expuesta su garganta, y le rajo el cuello, cercenando rápidamente carne, músculos y tendones. Cundo la hoja llega al hueso, en lugar de perder el tiempo serrándolo, dejo el arma, cojo su cabeza entre mis manos y la giro hacia un lado.

Se oye un gratificante crac.

Utris se aclara la garganta y me observa mientras corto la carne restante, enfundo mi puñal y levanto la cabeza de Rekk como si fuera un trofeo.

—Mucho mejor.

—Supongo que tú, eh…, has pasado una temporada con uno de los clanes.

«Más bien, la he pasado con un "rey" que parece haberme influenciado».

—Se podría decir así.

—Bueno, siempre es mejor asegurarse. —Utris agarra a Rekk por

los tobillos y lo arrastra cerca del agua mascullando—: De todas formas, es probable que pronto muramos todos, ya que el cielo está a punto de cagarse encima.

Algo morboso. Desde luego, yo no tengo intención de morir pronto.

Juntos, echamos lo que queda del cuerpo de Rekk en el agua, creando muy pocas ondas.

—Por Essi y Líri —musito entre dientes, y empujo suavemente su cabeza, disfrutando al verla deslizarse por la pendiente y desaparecer bajo el agua…, con la esperanza de que así se calme el picor de las yemas de mis dedos.

Pero no es así.

Un movimiento me llama la atención.

Miro hacia el muelle, ahora abarrotado de gente con túnicas blancas…

—Mierda —susurra Utris tirando de mí para ocultarnos detrás de una roca, aunque llego a vislumbrar al feérico al que parecen escoltar: está ensangrentado y lo llevan atado con cuerdas y amordazado. Prácticamente, lo arrastran hacia los barcos.

No obstante, es la llamarada que tiene por cabello lo que hace que se me acelere el corazón.

«Diría que es Pyrok…, aunque más delgado, pálido y hecho polvo».

Un grito ahogado hace eco a través del agua seguido de un chapoteo mientras unas intimidantes ondas perturban la superficie.

—Se lo están echando a la anthe —masculla Utris tirándome del brazo y dirigiéndose al túnel—. Tenemos que irnos. Ya.

Un poco precipitado, dado que no estoy cien por cien segura de que no sea ese hombre indolente y deslenguado por el que juré no volver a preocuparme.

Echo otro vistazo por encima de la roca y veo que están empujando al pobre desgraciado a un bote que enseguida lanzan al agua.

Hacia nosotros.

—Raeve, date prisa.

—Espera un momento —susurro entornando los ojos para ver el

rostro del prisionero mientras los individuos con túnicas desaparecen por la salida.

Sin duda, con prisas por que no los devoren a ellos.

El prisionero se remueve hasta quedar sentado, moviéndose de forma errática. Parece estar atribulado. No muestra la languidez de Pyrok, pero eso no alivia mis preocupaciones.

Por fin, echa la vista atrás por encima del hombro, hacia el túnel, dejándome ver su perfil a la perfección.

Escudriño sus delicadas facciones en busca de sus distintivos pendientes, pero no encuentro ninguno. Solo veo su piel magullada y amoratada en algunas zonas. Es evidente que le han pegado. Por último, me fijo en su pelo: rapado por detrás y a los lados, mientras que el resto es un revoltijo de rizos más o menos domados.

«No es Pyrok».

Constatarlo debería hacer que me sienta mejor.

Pero no es así.

Sabiendo cómo funciona el mundo, probablemente no haya hecho nada para merecer este horrible destino, a diferencia del hombre al que acabo de arrojar al agua.

El prisionero está intentando liberarse de sus ataduras cuando cruzamos la mirada. Entrecierra los ojos y contrae todo el rostro, como si tratara de ubicarme.

Abre tanto los ojos que estoy segura de que están a punto de salírsele de las órbitas y lanza un grito silencioso, algo muy parecido a «¡VETE!».

Utris me agarra del brazo, tirando de mí hacia el túnel mientras yo sigo dándole vueltas a la cabeza. Vamos por la mitad de las escaleras cuando el tañido lejano de una campana me sacude hasta lo más profundo.

Gimo.

Los rescates no me han ido bien en el pasado. Me siento mucho más cómoda con el solitario papel de derramadora de sangre profesional, pero…

«¡A la mierda!».

Le doy una patada a Utris en la parte posterior de la pierna,

justo en la corva. Se desploma soltando un bramido, aunque me apresuro a sostenerlo y rodearle el cuello con el brazo, apretando.

Con fuerza.

Se resiste, pero yo ya me he apoyado en las paredes mientras interrumpo el flujo sanguíneo a su cerebro.

—Perdona por esto, pero sé que es probable que el rey te haya dado instrucciones de no dejarme morir o algo por el estilo.

Él se revuelve con más ferocidad, dando sacudidas de un lado a otro. Eso no hace más que confirmar mis sospechas.

«Será metomentodo».

—Cuando despiertes, encontrarás una alondra en tu bolsillo con la ubicación de tu oro —le digo al oído, aún sujetando sus brazos y piernas para mantenerlo inmovilizado.

Sus movimientos cada vez son más débiles, menos frenéticos.

—Vete a buscar al amor de tu vida y llévala a Dhomm. Vive, Utris.

Se le quedan los ojos en blanco y el cuerpo flácido.

Lo suelto y le meto la alondra medio doblada en el bolsillo. Luego, bajo las escaleras a toda prisa y alcanzo la bahía justo cuando suena otra campana, esta menos lejana.

—Joder —murmuro mientras el hombre del bote grita ahora más fuerte que antes, con los ojos tan llenos de pánico que parece contagioso.

—VETE... VETE... VETE... ¡VETE!

—No si quieres salir de esta —susurro, y estoy a punto de sacarme el anillo cuando veo *otro* bote avanzando decididamente con dos personas dentro.

Un pelo rojo revuelto atrae mi atención hacia el hombre que va sentado en la proa de la embarcación, con las cejas fruncidas con determinación y sus ojos verdes fijos en el prisionero.

Caigo en la cuenta.

«Son parientes».

—Por todos los Creadores…

Desplazo la vista hacia el individuo vestido con una túnica blanca que me da la espalda y, al contemplar sus anchos hombros y la

seguridad con la que se mueve, remando con brío, se me corta la respiración.

Todo mi cuerpo se queda frío e inmóvil, como un plumaluna que acaba de elevarse hacia la gran oscuridad y se ha acurrucado para morir.

«No».

«Por favor, no…».

Kaan gira la cabeza, como si sintiera mis ojos clavados en su nuca.

Cruzamos la mirada.

El tiempo se detiene.

Y, en lo más profundo de mi lago helado, se oye un gruñido.



Raeve

# CAPÍTULO 13

Un sinfín de emociones arden en los ojos de Kaan, como un bosque en llamas, pero una eclipsa al resto. Refleja lo que yo siento con desgarradora sincronía.

«Horror».

—Ooooh, joder —dice Pyrok, quizá percatándose de mi presencia, aunque no consigo apartar la mirada del apuesto hombre que rema ese maldito bote hacia su perdición.

El miedo me atenaza el corazón con tanta fuerza que no soy capaz de tomar aire. Y siento una rabia tremenda por la situación en la que está metido.

Ambos abrimos la boca a la vez… justo cuando más campanas repican, dando la señal de alarma. Está cerca.

«Muy cerca».

Los insectos luminiscentes de las estalactitas se van apagando a medida que el aire se va enrareciendo. Parece que se hubiesen consumido junto con la poca compostura que me quedaba.

Gruño acercándome sigilosamente al agua, que sigue ondulando mientras continúan desapareciendo los puntitos brillantes que la iluminan y los ojos de Kaan se van agrandando con una oleada de emociones desenfrenadas.

Unas emociones que me *distraen*.

Aparto la mirada.

—Raeve…

Su ronca voz se convierte en un mero ruido de fondo cuando agarro mi anillo de hierro, me lo saco de un tirón y lo guardo en el bolsillo. Los chillidos frenéticos de Clode me destrozan los tímpanos con brutal precisión.

Sin duda, no le gusta que la ignoren.

—*Deil de lu, no veirie… lui sois teil nahh de larughe* —canto en un susurro, una nana que habla de su arrebatador encanto, ensalzando su fuerza y majestuosidad.

Encandilándola.

La violenta melodía de Clode se relaja un poco y ella se deja llevar por mi canción, presumida.

—*Hailen es ta vuilo de.*

La empujo a seguir una danza eufórica que no refleja en absoluto mi estado catatónico, girando a mi alrededor y levantándome la capa.

—*¡Glei, ei… asha tui!* —añado, y ella atraviesa el agua dejando un rastro de salpicaduras. Va directa hacia Kaan, que está rugiendo algo que no alcanzo a oír, con el rostro desencajado por la rabia, lo que solo aviva la emoción que me burbujea en las venas.

Pyrok consigue ponerse en pie, daga en mano. De un salto, aterriza en el segundo barco y comienza a cortar las ataduras del prisionero.

Clode parece golpear con sus etéreas manos las blancas embarcaciones, empujándolas hacia el muelle. Estas se deslizan por la superficie con tal ímpetu que se les levanta la proa, tirando a los tres pasajeros dentro del casco.

Sobrepasan el extremo del muelle y se dirigen hacia la orilla del lago, que es casi vertical, a la izquierda de la salida. Es como si Clode hubiera decidido que este es un momento *fantástico* para demostrar lo puñeteramente brillante que es, no solo siguiendo mis instrucciones, sino redoblando sus esfuerzos.

Apenas tengo tiempo de coger aire cuando los veo estrellarse contra la piedra; los cascos se resquebrajan como si de un cráneo

roto se tratase. Pongo una mueca de dolor al ver a Kaan, Pyrok y el prisionero caer sin miramientos de espaldas al agua.

«Por todos los Creadores, espero que sepan nadar…».

El lago se *ilumina*, como si acabara de tragarse una luna de plumaluna.

«Eso quiere decir que…».

Doy media vuelta y miro hacia el fondo de la cueva. Me fijo en la criatura pálida y lustrosa que avanza por el agua cada vez más rápido.

La anthe.

Se me para el corazón al verla. Es de una belleza sobrecogedora, con múltiples extremidades que me recuerdan a las ramas blancas de un salce llorón: largas y delicadas. Y, entre estas y su torso con tentáculos, hay unas membranas que se hinchan y deshinchan cada vez que toma impulso hacia los hombres, que tratan de alcanzar la orilla.

Hermosa, sí…, pero *espeluznante*. Semeja una estrella cruzando el cielo en busca de algo que destruir.

El miedo me paraliza y el tiempo se agota mientras calculo la distancia que la separa de los hombres, que intentan sortear los botes volcados…

«Los va a alcanzar antes de que tengan la oportunidad de trepar hacia la salida. Va a engullir a Kaan y hacerlo desaparecer. Se llevará su alma como si nada. Como si él no fuera *nada*».

«Estoy a punto de presenciar cómo muere otra persona a la que quiero».

No.

Una pulsión salvaje se apodera de mí como si un hueso se hubiese recolocado, despertando algo feroz y primitivo en mi interior. Un escalofrío me sacude la columna, dejándola recta y firme, y tengo muy claro lo que he de hacer. Y me sumerjo de cabeza en mí misma.

Directa hacia mi lago helado.

Vagamente consciente del rugir del mundo, aterrizo en la extensión helada con el puño cargado de furia y arremeto contra el hielo con los nudillos blancos. Un dolor agudo me recorre el alma

mientras golpeo, golpeo y golpeo, abriendo un boquete por el que estoy a punto de sumergirme justo cuando me llama la atención algo que hay en la orilla.

Un cristal con forma de lágrima que reluce en la penumbra. Es como si mi Otra lo hubiera sacado de las profundidades y lo hubiera dejado ahí, listo para mí, sabiendo que volvería a por él.

Que lo necesitaría.

«Extrañamente conveniente…».

Agarro el objeto y suelto un aullido de angustia mientras la melodía de Rayne invade mi organismo igual que haría una enfermedad letal, haciéndome sentir dolorosamente pesada, como si me hubieran arrancado el corazón, lo hubieran llenado de piedras y me lo hubieran cosido de nuevo con una aguja oxidada.

Mientras regreso a la superficie de mi estado consciente, se me van acumulando en el alma más gotas de la lúgubre melodía de Rayne. Voy por la mitad de camino cuando comienzo a ceder a su poder depresivo y dejo caer la lágrima a la vez que suelto un grito de frustración.

La lágrima rompe el hielo y se hunde tan rápido que perdería un tiempo precioso si me sumerjo para recuperarla…

«Que le den».

Apretando los dientes, sigo ascendiendo y salgo a la superficie jadeando. Veo que el mundo ha cambiado: la anthe está más cerca y dos de los hombres están trepando por la abrupta orilla, pero no lo bastante rápido.

Doy un paso hacia delante, rozando con los dedos de los pies la orilla del agua. Kaan grita mi nombre tan fuerte que lo oigo a pesar de los violentos chillidos de Clode.

Responder requeriría que dividiera mi atención. Podría hacerlo si estuviera a punto de hablar con mi diosa del aire favorita.

Pero no es el caso.

Tras reunir todos los tristes fragmentos del desgarrado lenguaje de Rayne, hago crujir mi cuello, afanándome por juntar los sonidos de un modo que funcione. Ajusto mi barrera mental hasta que queda del tamaño adecuado para aislar a Rayne, y respiro hondo. Aprieto los dientes.

Me preparo.

«Allá voy…».

La canción de Rayne me inunda con un poder tan desgarrador que mis rodillas amenazan con ceder y la garganta se me llena de una oleada de emociones indeseadas.

Las lágrimas me queman los ojos. Lágrimas que *ignoro*, al igual que los gritos furiosos de Kaan mientras entro en el agua, bajo los hombros y me lleno los pulmones de aire.

Y canto.

No es una canción bonita; más bien, parece un rompecabezas al que le faltan demasiadas piezas. Además, mi boca y mi lengua no son capaces de dar forma a esa música que me retuerce por dentro. Sin embargo, al adentrarme en el agua, entonando una melodía desconocida que me resulta extrañamente familiar, ocurre algo increíble.

Rayne detiene su canto lleno de tristeza, desesperación y amor perdido…

Deja de cantar y *escucha*.



Raeve

# CAPÍTULO 14

El agua se retira de golpe con un borboteo jadeante, dejando al descubierto el cementerio óseo que se oculta al fondo del lago. Rayne está más que dispuesta a apartarse del manto de restos.

Avanzo rápidamente por el camino, que se va ensanchando, mientras noto quebrarse los huesos bajo mis botas como si fuesen ramitas secas. Es algo que me perturbaría si no estuviese aplastada por el peso de la melodía de Rayne, atrapada en una cueva con emociones ávidas por devorarme el corazón.

Arrancarme las entrañas.

Desgarrarme miembro a miembro.

Lucho contra todas ellas con los puños fríos de la *rabia*. Es fácil cuando Kaan está tan terroríficamente cerca de ser borrado del mapa. Pero eso no impide que se me salten las lágrimas.

No alivia el dolor descarnado que me parte el pecho en dos mientras el agua sigue separándose, como un trozo de pergamino rompiéndose por la mitad.

El lado más grande se contrae, formando una bola de espuma que se acumula en la boca del túnel, un tapón que atrapa a la anthe en su remolino, impidiéndole llegar hasta Kaan.

La anthe suelta un chillido agudo que hace bullir el agua y la

hace saltar. Así obliga a la pobre Rayne a aullar, atravesándome como una espada entre las costillas.

«Creadores, no puedo aguantar esto mucho tiempo».

Me arriesgo a echar un vistazo por encima del hombro. Veo a los demás aferrados a la escarpada orilla, que ahora es mucho más alta, ya que el nivel del agua ha bajado tres metros.

Pyrok tiene medio cuerpo en el muelle. Kaan está debajo, agarrando al frágil prisionero por el cuello de la túnica.

El prisionero se escurre y Kaan tensa todo el cuerpo tratando de no soltarlo y consigue levantar al hombre hasta el muelle con una fuerza inigualable. Pyrok tira de él por el borde, ayudando a Kaan, que echa la vista atrás por encima del hombro.

Cruzamos la mirada.

En sus ojos, llenos de pánico, aflora un ardor rojizo, recordándome la llama de Rygun.

Él empieza a *descender*.

Le transmito justo lo que pienso al respecto con los ojos muy abiertos, que dicen: «¿Qué coño estás haciendo?».

Su única respuesta es una terca determinación, como un dragón decidido a atravesar montañas para salvar a los suyos.

Gruño.

—*¡Móalarugh, lurin-ah dé arahná vah… ourlah!*

Me cuesta decirlo con la garganta tan tensa, pues cada palabra es un doloroso nudo arrancado de ella.

El agua que tengo a la espalda vibra, como una especie de hipo, y luego se concentra en una ola que inunda el embarcadero, formando una enorme pared de espuma que atrapa a Kaan contra la salida y le deja un solo camino para escapar.

*Fuera*.

Estoy bastante segura de que lo oigo rugir, pero lo ignoro y me vuelvo a tiempo de ver a la anthe arremeter con una de sus extremidades, cercenándosela de un tajo de la misma manera que a mí me gusta destripar a la gente. Rayne gime mientras sale un chorro de agua disparado como si de vísceras se tratase, salpicándome las piernas.

«Mierda. Mierda. Mierda».

Intento calmarla hablando su dialecto chapuceramente.

—*Laúgh eit ooin duh lóun… moorithin…* —Hago una pausa, buscando el término para «aguantar», o algo con un significado similar.

La jaula de agua pierde parte de su forma, abultándose, amenazando con volver a su sitio y ahogarme.

Se me encoge el corazón.

Retrocedo, deseando haberme quedado sujeta a esa piedra un poco más…; entonces, no sería tan inútil.

Afino torpemente mi melodía, algo muy parecido a romper en más pedazos si cabe mi corazón, pidiéndole a Rayne que coja un poco del agua que tengo a la espalda y la introduzca en la esfera que rodea a la anthe y, con un poco de suerte, cree un camino para que yo pueda llegar al embarcadero.

—*¿Lúi-ahn url… nariliá la náh mi?*

Aunque las palabras me salen entrecortadas, arrancadas de algún lugar profundo y salvaje, Rayne responde de inmediato y corre hacia el otro lado como si estuviera saltando hacia unos brazos abiertos muy esperados para hacer más grande la jaula de la anthe, dándole así más espacio a la criatura, que tiene el tamaño de una luna.

Y acercándola peligrosamente.

Sus afiladas extremidades pasan como una guadaña por el aire a pocos centímetros de mi cara mientras retrocedo a toda prisa por el cementerio de huesos; cada crujido de mis pasos me parece una victoria, por débil que sea.

Estoy segura de que un solo golpe en el cráneo le bastaría para hacerme perder la concentración y convertirme en otro esqueleto más sin alma para gritar.

Podría soportarlo, siempre y cuando Kaan consiga escapar por esa maldita salida.

La bestia recoge de nuevo sus extremidades al tiempo que se le hinchan las membranas, impulsándola hacia delante. Su feroz pico pálido emerge de la superficie del agua, revelando una boca gigantesca que parece una entrada a… la *nada*.

Suelta un chillido que me hace querer doblarme sobre mí misma

y taparme los oídos; aún peor que Clode enfadada o Rayne desconsolada.

Es realmente

horrible,

joder.

Noto calor a ambos lados del cuello mientras acelero el paso, cantando más alto, más fuerte. Cada palabra es arrancada de un corazón agonizante y lanzada por unos labios temblorosos.

Siempre pensé que moriría riendo. Un maniaco «Que te jodan» al mundo con tanto potencial desperdiciado en unos capullos ávidos de poder. Pensar que mi último aliento podría ser un sollozo macabro es un cruel giro del destino.

«Algo que quiero evitar a toda costa».

Volviendo la vista atrás, veo que he conseguido abrir un boquete en la pared de agua lo bastante grande como para que el embarcadero lo atraviese, y no muy lejos a mi espalda. Lo cual sería genial de no ser porque Kaan va corriendo hacia el extremo igual que un dios enfurecido, con aspecto de estar a punto de arrodillarse y abrir un hoyo en el mundo.

La verdad es que no sé si eso sería de mucha ayuda en este momento. Claro que tampoco sé cómo voy a subir ahí desde aquí abajo. Podría llamar a Bulder, pero lo más probable es que nos aplastara a todos sin querer…

—¡RAEVE, CUIDADO!

Me aparto, pero no lo bastante rápido, y una afilada extremidad me corta el pómulo.

Miro airada a la anthe, con una determinación fiera brotando desde debajo de mi diafragma.

«Esa zorra me ha cortado».

Aunque me haya herido, lo único que imagino es esa misma extremidad afilada destripando al rey de buen corazón que no acepta su gallardo rescate con una sonrisa y un saludo. Él tiene un territorio que atender y gente que lo quiere. Yo tengo unas cuantas espadas, mal carácter y un ansia de sangre que no se me pasa.

Gruñendo, levanto la barbilla. La criatura saca aún más su

angulosa cabeza del agua, recordándome al cráneo de un fundefauces, pero con el pico más corto, más curvo.

Kaan ruge mi nombre con más ferocidad si cabe cuando la anthe hunde la cabeza, exponiéndome al lejano horizonte de sus ojos, abiertos como platos.

Debería apartar la mirada. Es lo más sensato e inteligente, dada la advertencia de Utris sobre la pérdida de los sentidos y demás.

Pero no voy a hacerlo.

Esa zorra puede quedarse con mi capacidad de saborear, oler y oír. Puede quedarse con mis malditos ojos y destruir cada terminación nerviosa hasta que me vuelva insensible del todo. No necesito nada de eso…, siempre y cuando Kaan esté a salvo.

—¡NO... PUEDES... QUEDÁRTELO!

Golpeo con la espalda el pilar del muelle y cruzamos la mirada, como dos mundos colisionando.

Fragmentándose.

En esos ojos oscuros, veo el final de todo. Parte de mí cae en ellos como una estrella surcando el amplio cielo negro de La Sombra, mientras que el resto de mí se mantiene firme, sujeto a algo más grande.

Más fuerte que yo.

Hinchándose en mi interior como una avalancha por la ladera de una montaña, el tiempo dilatándose hasta volverse casi tangible.

La anthe ladea la cabeza mientras clava sus extremidades en los pilares que me rodean, ayudándose de ellos para alejarse más del agua, y olfatea tan cerca de mi cara que me tensa las fibras del alma hasta casi romperlas.

«Tampoco puedes quedarte con eso».

Acerco la cabeza a ella y *grito*. Como un choque de espadas, las reverberaciones me recorren la columna y me llegan hasta las plantas de los pies. Pero el aullido que sale de mí… no es cálido; es gélido y gutural, como si acabara de salir del pecho de una bestia prehistórica.

Soy vagamente consciente de que algo se rompe detrás de mí, como si el mundo se desmoronara a mis espaldas. Soy vagamente

consciente de que se me eriza el vello de la nuca, del intenso aroma de Kaan envolviéndome, un fuerte abrazo en un dae sombrío.

Noto unas manos fuertes deslizándose y agarrándome por las axilas.

Soportando mi peso.

Levantándome.

No parpadeo. Tampoco reprimo mi grito, decidida a hacer papilla la mismísima alma de la anthe si intenta hacerse con lo que es *mío*.

Me arrastran sobre las piedras, con la espalda apoyada en un pecho ancho que es una feroz llamarada frente al hielo acumulado en mis pulmones y venas.

Kaan me envuelve con sus brazos con tal fuerza que debe de creer que estoy a punto de derrumbarme mientras tira de mí sobre los restos del embarcadero, hace unos momentos intacto.

La anthe clava sus extremidades en la piedra, utilizándolas como palanca para alejarse aún más del alcance de Rayne, como un lanzagrejo enfrentándose a la fuerza de la marea.

La parte primitiva que queda dentro de mí me insta a hacer lo mismo. Enfrentarme al hombre que me sujeta y acercarme de nuevo a la bestia, desafiarla hasta que se venga abajo y se retire por el túnel por el que ha venido.

Y quizá me esté revolviendo un poco, porque Kaan me pega la boca al oído y me sujeta con una fuerza abrumadora.

—Si ese bicho vuelve a tocarte, Rayo de Luna, no pienso descansar hasta rebanarle todos los miembros —dice con voz ronca, llegándome a lo más hondo—, así que o te calmas o te echo a un lado y me enfrento a ella yo mismo. ¿Qué me dices?

Se me descongela la sangre, lo que hace que mi cuerpo se relaje.

Me rindo a sus tirones y me dejo arrastrar, con los ojos clavados en los de la anthe, prometiéndome a mí misma que, si se atreve a mirar a Kaan, la cortaré en pedazos y la meteré en mil ollas de agua hirviendo.

Ella trepa por lo que queda del embarcadero con movimientos espasmódicos, siguiéndonos en nuestra lenta pero constante retirada, con su cuerpo lleno de tentáculos sujeto al agua como un

cordón umbilical estirado, con los ojos fijos en nosotros.

Hasta que nos traga la boca del dragón que forma la salida.



Kaan

# CAPÍTULO 15

El agua irrumpe en el túnel, mojándonos los pies, y luego fluye escaleras abajo al tiempo que Raeve se zafa de mí y me inmoviliza contra la pared, poniéndome un puñal de escamas de dragón en la garganta. *Mi* puñal de escamas de dragón.

Uno que recuerdo haber forjado hace tiempo con una de las escamas de Rygun.

Se acerca más a mí, pegando su cara a la mía, y *gruñe*, con las pupilas dilatadas y los colmillos al aire. A pesar de su salvaje actitud, está temblando y le mana sangre de los ojos, la nariz y las orejas, así como de la profunda herida que le atraviesa la mejilla.

Demasiado rápido.

«De no haber echado la cabeza hacia atrás a tiempo…».

Aprieto los puños y extiendo mis doloridos nudillos, luchando contra el impulso de clavar los dedos en el suelo y partir el mundo en dos. Hago acopio de toda mi fuerza de voluntad para no rodearla

con los brazos por la cintura, para no llevar las palmas de las manos a su espalda y salvar el espacio que nos separa, para no presionar mi nariz contra su nuca y aspirar su aroma, con los ojos cerrados, mientras dejo que los latidos de su corazón apacigüen el dolor que aún siento en el pecho por haberla visto tan cerca de la muerte.

Pyrok carraspea.

Me arriesgo a mirarlo y, luego, a Roan, recostado contra la pared de las escaleras que tiene a los pies, ambos con la boca abierta.

Pálidos.

Están preocupados. Yo no, pues la hoja que tengo en la garganta es más un cumplido que otra cosa.

Raeve ha hecho un gran esfuerzo para hablar con Rayne. Está sufriendo y ha convertido ese dolor en una rabia que yo consumiré con mucho gusto.

—Pyrok, acompaña a tu hermano arriba. —Despacio, meto la mano en mi bolsillo y saco la llave ensangrentada por la que le corté la mano a alguien. Sosteniéndole la mirada a Raeve, se la doy, junto con las gafas rotas de Roan que recogí del suelo en el juicio—. Estoy seguro de que agradecerá que lo pongas al corriente mientras le quitas los grilletes.

—Sin duda. —Roan se esfuerza por ocultar una mueca de dolor al ponerse de pie con delicadeza y comienza a subir las escaleras cojeando.

Pyrok le ofrece la mano para ayudarlo, pero no se mueve del escalón en el que está.

—Ahora. Y mantened los ojos bien abiertos por si hay más guardias. Si queremos salir de la Ciudadela sin más complicaciones, no hemos de delatar nuestra presencia.

—No sé si te has dado cuenta, pero parece que están a punto de rebanarte el cue…

—Ella no va a hacerme daño —murmuro con más suavidad que los gruñidos de Raeve, que me cortan la piel.

Aparte de un ligero movimiento de los labios, Raeve se mantiene firme. Pyrok chasquea la lengua y me dirige otra mirada de preocupación, pero, luego, ayuda a su hermano a subir la escalera de caracol, por cuyas paredes resuenan sus pasos.

Mientras tanto, la examino: el arco de sus cejas, sus ojos como llamas de plumaluna fosilizadas, sus labios…, carnosos y rojos como la sangre que le cae por la mejilla.

Su piel se ve pálida bajo la tenue luz y lleva el pelo recogido en un moño alto, aunque le cuelgan algunos mechones húmedos por la cara. Mis dedos ansían apartárselos, tocarla.

Mi escrutinio es pausado y amable. Cada vez que poso los ojos en alguna parte de ella, me recuerdo en silencio que ha sobrevivido.

—Podrías dejarme ciego ahora mismo y moriría feliz.

No me percato de que he hablado hasta que la veo tragar saliva. Eso hace que me tiemble la mano por las ganas de acariciarle el cuello, la mandíbula, recorrer su nuca y meterle los dedos entre el pelo…

—Me pediste que volviera contigo —replica ella como un chorro de agua helada, recordándome la ira que bulle por mis *propias* venas. Me resulta muy fácil olvidarlo cuando la miro.

Cuando estoy tan cerca de ella.

Cuando su aroma a bayaquilla alcanza mis pulmones.

—Siempre esperanzado, hasta mi último aliento.

—Esa frase daba a entender que habría alguien junto a quien volver.

Ladeo la cabeza, confiando en que apartará la hoja para no cortarme el cuello.

—¿Te ha dado por preocuparte, Rayo de Luna?

Suelta otro gruñido alejándose, dejando demasiado espacio entre nosotros, y veo algo plateado alrededor de su mano y muñeca…, más o menos. Apenas es visible, pero está ahí.

Abriendo su capa, eleva la pierna y se enfunda el puñal. Lleva muchos otros hechos de escamas de dragón, todos fabricados con escamas de Rygun.

Todos míos.

Levanto una ceja al notar que se me hincha el pecho de orgullo.

—Bonito arsenal.

Vuelve a cubrirse la pierna con la capa y, tras limpiarse las lágrimas y la mayor parte de la sangre de las mejillas y el cuello, se cruza de brazos.

—Imagino que te han resultado útiles.

—Rekk está muerto, si es eso lo que me preguntas. Sus restos están en el fondo de ese lago maldecido por los Creadores.

Veo los movimientos de sus manos a pesar de que las tiene ocultas.

Sigue sintiendo picor. Sigue teniendo sed de sangre.

Eso quiere decir que no la ha saciado matando a Rekk. Tiene que ver con *otra persona*.

Se me cae el alma a los pies y siento que me fallan las rodillas.

—Bien —digo con voz ronca, y me aclaro la garganta.

Serenándome.

—¿Por qué sangras? —Señala mis manos con la barbilla.

Estiro los dedos y bajo la vista, observando detenidamente los daños.

—Destrozar el embarcadero era la única forma de sacarte de allí.

Espero que eso no se nos vuelva en contra, dado que me he visto obligado a recurrir al poder de Rygun. He tenido que *abrirme* temporalmente a él para hacerlo, vaciándome de emociones con la esperanza de evitar un arrebato de esa bestia tan sobreprotectora que tengo.

Casi se le salen las cejas del rostro.

—¿Has destrozado el embarcadero a puñetazos?

—Con la ayuda de Rygun. —Me cruzo de brazos, ocultando mis manos ensangrentadas—. ¿Cómo es posible que oigas a los Creadores aquí abajo?

—Ni idea.

—Has hablado con Rayne…

—Por última vez.

Aspiro aire entre dientes.

—Ahí están esas paredes altísimas contra las que me encanta estrellarme. ¿Utris?

—Bajo control.

—¿Recibiste mi alondra?

—Sí.

—¿Veredicto?

Ella levanta la barbilla.

—Veré caer la luna en la cabaña de tu mah, pero con una condición.

Me invade el pecho una sensación de alivio como nunca antes había sentido.

—Te escucho.

—Tú también vienes.

Por un momento, lo único que puedo hacer es mirarla fijamente…, sin respirar.

Sin moverme.

«Tú también vienes…».

Ojalá pudiera acercarme y besarla, despacio y sin prisas, deleitarme con esa breve y poderosa frase toda la eternidad.

«Solo que…».

—Tengo un reino al que servir, Rayo de Luna.

—Un reino al que seguirás sirviendo después de las caídas porque estarás vivo. Porque yo te mantendré *con vida*.

Mi sonrisa es tan tierna como mi corazón, que late a toda velocidad.

—Luz de mi vida, has decidido preocuparte.

—Que te jodan —me espeta, haciendo que se me ensanche la sonrisa.

—Por favor. No me oirás proferir ni una palabra de queja.

Se le entrecorta la respiración y separa los labios, con la mirada encendida y las mejillas sonrojadas de una forma que hace que me arda la sangre. Traga saliva, se aclara la garganta y dice:

—Por muy tentador que sea, follar contigo me vuelve estúpida. Necesito mantener la cabeza fría si quiero que tu corazón siga latiendo.

«¿Cree que necesito protección? Es bastante irónico viniendo de alguien que ya ha muerto una vez, por no mencionar sus múltiples experiencias cercanas a la muerte desde entonces».

No hay ni pizca de alegría en mi risa. Me paso las manos por el pelo para evitar agarrarla por los hombros y sacudirla o besarla.

—Ojalá vieses la ironía.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Acabo de presenciar cómo te ofrecías como *cebo* —digo entre

dientes, sintiendo la llama de Rygun lamiéndome la piel por dentro de nuevo, como si esa pequeña parte de él nunca me abandonara, el don que nos unió. Me gustaría demostrarle a ella lo bien que sabemos cuidarnos nosotros mismos—. Aunque te parezca relajado, en realidad estoy a un paso de la fina línea que separa mantener la compostura y perder por completo la cabeza.

Su mirada se endurece.

—¿Cómo crees que me sentí al verte remar directamente hacia la maldita anthe?

—¡Si ya habéis acabado de discutir, tenemos un problema que está empeorando a toda velocidad aquí arriba! —grita Pyrok desde la parte superior de la escalera con un tono extrañamente tenso.

Suspiro.

A mí me parece que tenemos *muchos* problemas que están empeorando a toda velocidad, como las lunas a punto de caer del cielo. Eso y que llevo ciclos sin saber nada de mi hermana, que Raeve continúa sedienta de sangre y, sobre todo, que no sabe que tiene una hija, ni un reino, ni que mi difunto pah envenenó a toda su familia.

—Podemos seguir luego con esto —murmuro indicándole a Raeve con un ademán que suba primero las escaleras.

Ella frunce el ceño y me imita, sin moverse del sitio.

Aprieto las muelas posteriores.

«Creadores, dadme fuerzas para no echármela a los hombros y subirla yo mismo».

—No voy a subir esas escaleras antes que tú, Raeve. No después de todo lo que acabo de presenciar. Quiero verte salir viva de esto, así que, por favor… —gruño gesticulando de nuevo—, adelante.

Ella abre la boca y la cierra de golpe. Aunque le brillan los ojos, se aclara la garganta y sube las escaleras con paso firme.

No celebro la victoria, a pesar de saber que probablemente será la última en mucho tiempo.

Estoy bastante seguro de que es *justo* por eso por lo que me la ha concedido.



# CAPÍTULO 16

## Raeve

Me vuelvo a poner el anillo de hierro en el dedo y subo por la escalera de caracol en dirección a la luz, que cada vez es más intensa, mientras tres palabras me resuenan en la cabeza al ritmo de los pasos de Kaan detrás de mí.

«Mantenlo con vida».

«Mantenlo con vida».

«Mantenlo con vida».

De repente, todo lo demás me parece insignificante; es tan evidente que sé que esa idea lleva dentro de mí más tiempo del que pienso reconocer.

Desde… *antes*.

Ahora que me he dado cuenta, no puedo creer que en un momento dado considerase otros caminos.

Que alguna vez creyera que *alejarme* de Kaan era la decisión correcta.

No, tengo que protegerlo, hacer todo lo que esté en mi mano para evitar que corra la misma suerte que mi Fallon.

Que mi Essi.

Una feroz determinación me hierve en el pecho como una brasa

helada y, en lo más profundo de mí, algo retumba, despierto y vigilante.

«Mantenlo con vida».

«Mantenlo con vida».

«Mantenlo con vida».

Atravieso una abertura en forma de arco que da a un enorme agujero en el suelo —como si Bulder hubiera clavado una lanza en el mundo y luego la hubiera arrancado de un tirón—, cubierto por una rejilla oxidada incapaz de retener la aguanieve espolvoreada.

Al asomarme por el borde de la escalera cubierta de hielo que se enrosca alrededor de la circunferencia, me azota un viento que huele a azufre y no veo el fondo…

«Me pregunto cuántas personas habrán perdido el equilibrio y se habrán ido abajo, condenadas a caer eternamente».

Miro a Pyrok, que tiene los brazos cruzados y se muerde los carrillos. Su pelo parece una fregona raída y no lleva ninguno de sus pendientes, solo los agujeros; probablemente, con la esperanza de pasar desapercibido.

Inclina la cabeza.

Frunzo el ceño, deduciendo que está bromeando, y le devuelvo el gesto exageradamente.

Se aclara la garganta y, después, señala con la barbilla al hombrecillo que está encogido en las escaleras, cuyos grilletes ahora se encuentran tirados un escalón más abajo.

—Mi hermano, Roan. —Busca en el bolsillo del pecho de su túnica, saca una petaca y la agita—. Es difícil de creer, dadas las circunstancias, pero él es el cerebrito. Y esto está vacío, joder. —Suspira echando un vistazo al cielo mientras se la guarda de nuevo.

Roan saluda con la mano torpemente, mirándome como si fuera un fantasma, con las gafas torcidas y la mejilla apoyada contra la pared, donde hay una mancha carmesí, la salpicadura que se produce cuando se le da un tajo a una arteria. *Demasiada* sangre para haber salido de él, a pesar de las heridas que tiene en las muñecas y los tobillos y las numerosas abrasiones en la cara.

—Veo que las cosas se han complicado aquí arriba. ¿Cuántos han ido agujero abajo?

—Unos ocho. —Pyrok se encoge de hombros—. Ninguno estaba en alerta máxima, aunque supongo que eso cambiará cuando el Triconsejo se dé cuenta de que faltan guardianes.

No se equivoca.

Un estridente chillido atraviesa el aire sobre nosotros.

Alzo la vista. A pesar de la aguanieve que cae, al otro lado de la lejana rejilla veo un fundefauces de plumas rosas y azules surcando el cielo, justo por encima de los arcos. Lo sigue otro, que vira, lo que nos permite ver a la perfección al soldado con armadura que va en su silla de montar.

No sería tan preocupante si no fuera por la fugaz visión de otros *cinco* fundefauces atravesando las nubes mucho más arriba, formando una V perfecta.

«Formación de batalla».

—Supongo que ese es el problema que está empeorando a toda velocidad —murmura Kaan justo detrás de mí con una voz que parece una caída de cantos rodados tibios, tan cerca que se me eriza la piel y todos mis músculos anhelan aproximarse más a su atmósfera.

Para tocarlo, abrazarlo, asegurarme de que está bien.

Pero no lo está. Ninguno de nosotros lo está.

«Estamos atrapados en un agujero en la maldita Ciudadela».

—Hostia, a mí me lo parece. —Pyrok saca otra petaca, se apresura a destaparla y da un trago—. El batallón del Triconsejo al completo está ahí arriba, apiñado como si fuera a enfrentarse a un ejército.

—No es un ejército. Es la gente de la ciudad. —Mis palabras van seguidas de un silencio inquietante, solo roto por un aleteo lejano—. Se ha corrido la voz en Bothaim de las inminentes caídas lunares y parece que todo el mundo cree que los arcos están runados para protegerse de ellas.

Roan se estremece a la vez que Pyrok se endereza y golpea el corcho con la palma de la mano, volviendo a ponerlo en su sitio.

—¿Cómo lo sabes?

«Atrapé una alondra de papel del cielo y me peleé con ella hasta que me reveló sus secretos».

—No importa.

Roan se endereza las gafas y me mira a través de los cristales rotos.

—Seguro que leyó la alondra de otra persona.

Frunzo el ceño, con las mejillas ardiendo. No sé si debería estar molesta o impresionada.

—Por desgracia, está en lo cierto.

—Ya te acostumbrarás a él —murmura Pyrok mirando a los dragones que vuelan en círculos. Un fundefauces ruge tan fuerte que juraría que la piedra tiembla—. ¿Alguien tiene un plan?

Kaan tira un montón de túnicas blancas en el suelo, a nuestros pies, probablemente arrebatadas a quienes arrojaron al agujero.

—Primero, subimos a la superficie y, luego, ya vemos qué hacer.



Llegamos a un par de portones ornamentados flanqueados por casetas gemelas que sospecho que están llenas de guardias muertos, a juzgar por el olor a excrementos y la mancha de sangre en el suelo.

—Supongo que ya han despejado el camino —digo frunciendo el ceño al asomarme a una de ellas y confirmar mis sospechas.

«Podrían haberme dejado algo».

Kaan pega la oreja a la puerta.

—Nosotros al pasar por aquí, sí.

—Te va a costar encontrar una caseta vacía —añade Pyrok.

Me guardo la daga con más ímpetu del necesario y frunzo el ceño todavía más si cabe.

—No hace falta que me lo restriegues.

Arruga el entrecejo.

—No es lo que…

—Aun así tendremos que guardar silencio —interviene Kaan, y tras hacer un gesto con la barbilla abre los portones.

Nos adentramos en una sala circular tan grande y blanca que

parece que estemos atrapados en una nube, y el suelo está tan pulido que cada paso que damos produce un ruido sordo y hueco que se pierde en la ávida atmósfera.

Un escalofrío me recorre la piel mientras lo contemplo todo con los ojos muy abiertos y la respiración contenida.

La pared es curva y cuenta con *cientos* de puertas idénticas, cada una de ellas flanqueada por gotas de cristal de luz de luna que cuelgan de unos ganchos en espiral hechos de mineral bothaimiano.

—¿Es esto el…?

—Gran Tesoro —murmura Pyrok, y le da un trago a su petaca.

Sus palabras son como un puñetazo en el pecho. Me cuesta respirar tras oírlas.

Essi hablaba a menudo de este lugar y deseaba conocerlo. Estar aquí sin ella es otro doloroso recordatorio de que no logré mantenerla a salvo…

Ahuyento ese pensamiento y cojo aire, rememorando las conversaciones que tenía con ella.

Essi decía que muchas de las reliquias más preciadas y poderosas del mundo están escondidas aquí, a buen recaudo. De todos modos, lo que más le fascinaba era la historia de un feérico que lleva aquí desde hace eones. Fue el primero en domar a un dragón y tiene grabadas tantas runas en la piel que se ha convertido en algo… *diferente*. Y lo conservan detrás de una de estas puertas.

Eso dicen.

Pyrok le pone el corcho a su petaca y golpea con la palma de la mano a Roan en el pecho, haciéndolo gruñir.

—Este es el lugar que hizo que arrojaran a este idiota a la anthe.

Kaan se lleva el dedo a los labios y se da la vuelta justo cuando Roan, que camina con paso vacilante, se detiene, con la mirada fija en un par de puertas que presentan el único toque de color de la estancia: un grabado de cintas plateadas que brillan como la aurora y se mueven con delicadeza. Es como si las hubieran arrancado del cielo y cosido a la madera.

Pyrok pone los ojos en blanco y agarra a Roan por el brazo para conducirlo hacia el arco que hace las veces de salida al otro lado de la sala. Yo lo sigo, pero me detengo al vislumbrar algo brillante por

el rabillo del ojo.

Siento un escalofrío al ver un destello plateado concentrándose en el aire frente a las puertas que tanto le han llamado la atención a Roan, un destello plateado que me resulta *demasiado familiar*.

«Si el desgraciado del Cambiasinos me está acosando de nuevo, me voy a enfadar mucho».

Se convierte en una mancha metálica que se cuela por la rendija que hay entre las puertas y desaparece.

Entorno los ojos. ¿Y si ahí dentro hay algo que pueda ayudarme a proteger a Kaan, algo poderoso? Por todos los Creadores, le debo a Essi echar un vistazo al menos…

Me acerco y cojo una manija. Cuando entreabro la puerta izquierda, se me quedan los ojos como platos al ver la pequeña cámara abovedada que hay al otro lado, toda de obsidiana pulida con puntitos luminosos que la hacen parecer el cielo de La Sombra. Es como si al cruzar el umbral fuese a… *caer*.

Ese brillo plateado se arremolina alrededor de un atril negro en el centro de la estancia, como si el Cambiasinos se hubiera acurrucado, listo para dormir. Solo que no se trata de él. Lo que se manifiesta es un pequeño libro plateado no más grande que mi mano y más grueso que mi pulgar de ancho con un montón de páginas disparejas tan blancas que brillan como la luz de luna cautiva.

Se me corta la respiración y siento el impulso de acercarme a examinarlo.

Es como si tuviera una soga anudada alrededor de mi columna y tirara de ella. Incluso los músculos de debajo de la lengua me hormiguean, conscientes de que acabo de toparme con algo importante.

Algo *poderoso*.

—Esperad —les digo a los demás—. Voy a echarle un vistazo a ese libro.

Hay una pausa. Me da el tiempo justo a cruzar la puerta, entrando en la fría tumba, antes de que Kaan ruja mi nombre tan fuerte que es como si me apuñalase con un filo dentado.

Al volverme, lo veo en el umbral, con sus devastadores ojos

cargados de llamas de dragón.

—¿No íbamos a estar callados? —bisbiseo levantando ambas manos en señal de «por todos los Creadores, joder».

Él sigue mirándome fijamente conteniendo la respiración, sin color en el rostro, tan hermoso que duele. Pyrok y Roan se acercan por detrás, también blancos como la pared.

—¿Có-có…, cómo has hecho eso? —balbuce Roan dirigiendo la vista a mis piernas; parece sorprendido de que las siga teniendo pegadas al cuerpo.

—¿El qué?

—Atravesar *eso* como si nada. —Dirige la mano hacia unas runas grabadas brillantes que hay a lo largo del umbral; son difíciles de ver, pero evidentes ahora que las ha señalado.

Miro hacia donde apunta.

Las líneas rodean toda la habitación y, luego, se ramifican en algunos puntos, imitando los barrotes de una jaula, y todas ellas convergen en el centro, justo encima del atril.

—¿Se supone que es algo complicado?

—Se supone que es *letal* —gruñe Kaan con su grave voz, como una sierra cortando el aire.

«Letal…».

O sea, que el Cambiasinos ha intentado matarme de nuevo. Menudo capullo manipulador.

—Ah. —Miro con ira el aire que rodea el atril, esperando que la criatura sienta la furia que me hierve dentro.

El libro centellea.

Es obvio que pensó que era lo bastante valioso como para atraerme hacia mi muerte. Le va a salir cara la broma a ese cabrón, porque ahora voy a robarlo para fastidiarlo.

Me acerco para verlo mejor.

El libro lleva una correa negra, sujeta por un colmillo plateado más largo que mi índice, con la punta roma. Ese colmillo me hace entornar los ojos.

«Estoy segura de que he visto un diente como ese antes».

Me atrae la cubierta, hecha de algo que me recuerda a la membrana extendida de un ala de dragón. Es un tono plateado tan

característico que me sacude por dentro.

Enseguida desvío mi atención hacia la correa negra que rodea el libro por la mitad. Está fabricada con un material similar al de la cubierta, pero aparte de la textura de piel veo…

Estrellas.

Miles de ellas. Lejanas.

Centelleantes.

A través de la misteriosa superficie, veo elevarse algo sombrío, así que arrugo el entrecejo y entorno los ojos, tratando de distinguir su forma. Cuando parpadeo, ha desaparecido, lo que me hace preguntarme si me estoy volviendo loca.

—¿Qué es esto?

—El *Libro de Voyd* —exclama Roan—. ¡Ya les dije a esos vejestorios del Triconsejo que yo no lo había robado! Y no me creyeron.

—Un momento… ¿El *Libro de Voyd*? ¿El que se cree que escribió el dios del Éter? ¿El libro…? —Me trago las siguientes palabras más deprisa que si de un licor fuerte se tratase.

«El libro del que Essi hablaba a menudo. El que deseaba ver, pero nunca consiguió hacerlo».

—¿… del que se derivan todas las runas conocidas? Así es. Me pillaron allí intentando leerlo, pero desapareció justo antes de que uno de los guardianes me descubriese y casi me implosionan los pulmones.

—¿Y luego qué? —Lo miro—. ¿Te condenaron a muerte?

Se le sonrojan las mejillas.

—Exacto. —Intenta enderezarse las gafas de nuevo, sin suerte—. El Triconsejo no se tomó a bien que anunciara ante toda la asamblea que creo que los arcos protegen contra las caídas lunares porque tienen grabadas unas runas que no se han mostrado al resto del mundo. —Hace una pausa desplazando la vista hacia el libro y, luego, otra vez hacia mí—. Creo que las runas están en alguna parte de esas páginas.

—Ah.

De pronto, todo cobra más sentido.

Vuelvo a mirar el libro.

En mi opinión, el Triconsejo ha abusado de sus privilegios, algo que justifica por completo que saque este objeto tan especial y poderoso de sus dependencias. Para siempre.

Alargo la mano para cogerlo…

—¿Qué estás haciendo? —gruñe Kaan con una voz semejante a un derrumbe de rocas que llena la cámara, paralizándome.

Dirijo la mirada hacia él.

—¿Qué te parece que estoy haciendo?

—Robando el *Libro de Voyd* de esta vetusta cámara protectora, convirtiéndote así en enemiga directa del Triconsejo.

—Correcto, sí. Por mí, el Triconsejo puede comerse una mierda de guara.

Su silencio me indica que no le gusta ni mi sarcasmo ni que haga de las mías.

Suspiro y señalo con la mano a Roan.

—Ya lo han «asesinado» a él por este mismo delito. Técnicamente, el libro no es de nadie y podría ayudar a proteger a tu gente contra las inminentes caídas lunares, así que mejor que no sigamos perdiendo el tiempo lamentándonos por mi falta de moralidad.

La mirada que me echa es más seca que las llanuras Boltánicas y pasa un momento hasta que Kaan se llena los pulmones y suelta un suspiro.

—Tienes razón.

Lo miro boquiabierta.

—¿Que tengo *qué*?

—Razón.

—Esta vez más alto, y con más entusiasmo.

Su expresión de enfado casi me hace reír a pesar de la situación en que nos encontramos.

—Date prisa —masculla sacando la barbilla—. Antes de que nos pillen.

Le hago una reverencia exagerada y me doy la vuelta para coger…

—¡ESPERA! —grita Roan, que parece a punto de saltar el umbral y

entrar en la cámara conmigo—. Podrías desmayarte si lo tocas con las manos desnudas. O… algo *peor*.

Kaan y Pyrok lo fulminan con la mirada y el primero gruñe con tensión:

—Explícate.

—No es un libro normal —continúa Roan subiéndose las gafas por el puente de la nariz—. Se dice que se enfrenta a quien lo coge.

«Parece divertido, pero quizá no sea el momento».

—A veces hasta la *muerte* —añade, y yo enarco las cejas—. Se cuenta que algunos miembros del Triconsejo desaparecieron de esta misma sala sin dejar nada más que restos de sangre. Una vez, una mentalista se resistió al libro durante mucho tiempo, pero acabó tan perturbada que tuvieron que deshacerse de ella. He oído que solo hace poco han encontrado a alguien capaz de entrar y salir sin volverse loco ni acabar muerto. Por el momento.

Vaya, el Cambiasinos *decididamente* estaba intentando volver a matarme.

Cabrón.

Ojalá tenga el valor de despellejar a ese gilipollas la próxima vez que se cruce en mi camino y convertirlo en una alfombra plateada o en una manta para los pies de la cama.

—Bueno, vale. En el peor de los casos, el libro me atacará hasta la muerte. Está bien saberlo.

Se impone un silencio sepulcral mientras extraigo un puñal para cortar el bajo de mi capa negra y uso la tela para protegerme las manos y coger el libro del atril, que está helado a pesar de su grueso acolchado. Parece que acabe de sacarlo de un nido entre las estrellas.

A mi corazón le cuesta bombear; siento tal opresión en el pecho que casi tengo que doblarme sobre mí misma.

Inclino el libro para comprobar si sigue intacto y lo envuelvo con cuidado en la tela.

—¿Y ahora qué?

—Sal de ahí de una puta vez. —Los volcánicos ojos de Kaan están que arden y todo su cuerpo tiembla, con los puños cerrados a los costados—. *Ya*.



Grihm

# CAPÍTULO 17

Ayudándome de un garfio metálico, abro la correosa piel del lento río de magma, dejando una herida de color naranja brillante. Se liberan humo y lava, despidiendo un calor tan brutal que el aire se deforma a su alrededor.

Dejo a un lado la herramienta y lleno mi balde con roca fundida.

Me alejo del sofocante calor, subo por la empinada orilla y me adentro en el oscuro túnel que hay más allá. No es que haga mucho más fresco, pues el aire en estos laberintos subterráneos es una densa niebla sulfúrica a la que dudo que alguna vez me acostumbre.

El resplandeciente contenido del balde alumbra mi corto trayecto por el angosto pasillo, poco más alto que yo e igual de ancho, hasta llegar a una pequeña gruta abovedada que moldeé con mi voz en la piedra naranja. Dejo el balde y sacudo un frasco de piojos ígneos, animándolos a despertarse para que iluminen mejor mi humilde morada. Es básica, lo bastante grande para mi nido, con algunas

rocas planas sobre las que dormir y espacio para guardar las pocas pertenencias que tengo.

Me quito un guante y me bajo el denso velo hasta el cuello, agradecido por las runas purificadoras de aire que Roan tuvo la amabilidad de enseñarme a grabar, mientras me lleno los pulmones con un aire un poco menos tóxico. Es la única comodidad doméstica que tengo en este lugar cáustico, pero es de agradecer.

Agachado junto al nido improvisado que llevo ciclos perfeccionando, vierto un poco de magma en el centro y lo aplano rápidamente, dándole forma.

Y otra vez.

Probablemente tampoco sea la última ocasión, dada la nube tóxica que se extiende sobre los lugares de anidación de los siegasables, lo que hace imposible aventurarse a ir más allá de las cabañas que hay a las afueras. No nos queda más remedio que quedarnos de brazos cruzados, preocupados por unos nidos que, en su mayoría, no se utilizarán.

Para muchos de nosotros, dar forma a un nido en Gondragh es lo último que hacemos. Algo que acepté hace mucho tiempo.

«Casi del todo».

Vierto más magma y lo moldeo con una pieza de metal curvada. Una vez que estoy satisfecho, lo salpico con agua de mi odre.

La capa fresca chisporrotea, liberando más vapor sulfúrico, lo que me obliga a cubrirme la boca y la nariz y a resguardarme bien bajo la capucha mientras espero a que las runas limpien el aire.

Me recuesto y visualizo el huevo en…

«Demasiado profundo».

«Joder».

Echo otra cucharada, la aliso y la salpico con agua. Retrocedo para examinarlo de nuevo. El nido de Inkah estaba hecho de nieve y hielo, así que esto es nuevo para mí.

No quiero estropearlo.

Vierto otra cucharada y vuelco el odre hasta vaciarlo, dándome cuenta de lo seca que tengo la boca.

«Será mejor que vaya a por más agua».

Me quito el otro guante, recojo mis cosas y las dejo bajo una

gran sábana, aunque la escama de plata que he transformado en puñal me la guardo en el bolsillo. Cubro el nido con otra sábana y me adentro en el túnel que también creé con mi voz el dae que llegué aquí.

Nadie confía en nadie por estos lares, ya que es casi imposible conseguir un huevo de siegasable, pues son muy codiciados. Forjar un vínculo con una criatura tan feroz y poderosa es uno de los mayores honores del mundo, pero no todo el mundo lo merece.

Los ladrones acechan en los rincones oscuros, por lo que la mayoría de la gente se mantiene al margen. Cavan hasta encontrar un río subterráneo de magma junto al cual construir un nido.

Menos mal que me gusta la tranquilidad.

Cuando llego al final de mi túnel, me detengo ante la sábana de camuflaje que colgué en la entrada y presto atención por si se oyen pasos. Como solo oigo el lejano rugido de los volcanes que hay por la zona, sigo adelante y subo por la escalera de piedra, deteniéndome de vez en cuando para sacudir los frascos con piojos ígneos que cuelgan de las paredes.

Casi he llegado a la superficie cuando un fuerte ruido de pisadas hace que me detenga, puñal en ristre.

Mi respiración se vuelve pausada mientras espero.

No tarda mucho en aparecer un feérico, grande y corpulento, bajando los escalones de dos en dos. Un tejido marrón le cubre la mitad del rostro, dejando solo entrever una piel de ébano, cejas pobladas y ojos azul brillante, muy abiertos e inyectados en sangre.

Al verme, deja caer los hombros.

—Gracias a los Creadores —exclama a gran volumen. Me fijo en la capa que lleva entre los brazos. Retira la tela para mostrarme un gran huevo dorado con escamas simétricas.

Me da un vuelco el corazón. Y otro al ver que el huevo se sacude, como si intentara saltar de sus brazos.

El hombre se quita la tela que le cubre la cara, revelando unos abalorios azules que le adornan su larga barba. Aunque mira la hoja que tengo en la mano, no adopta una postura amenazante, ni tampoco saca su arma.

Me guardo el puñal.

—El refugio del sudoeste ha quedado destruido. Casi no consigo escapar. —Su huevo se sacude de nuevo—. Ha empezado a moverse justo al atravesar el umbral.

«Y no tiene un nido preparado…».

Le hago un gesto con la mano para que me siga escaleras abajo, más allá de la sábana de camuflaje, y a través de mi túnel. Cuando quito la sábana que cubre mi nido, el desconocido cae de rodillas.

—Gracias —dice gimoteando sin parar mientras deposita su huevo dentro, que casi encaja a la perfección, o eso creo; al menos, por lo que he visto en los planos.

Ignoro los celos que me sobrevienen, pues desearía que se tratase de mi propio huevo, y me centro en el hecho de que mi nido está salvando una vida.

Recojo más magma, que él vierte sobre el preciado tesoro; un proceso que repetimos hasta que el huevo queda cubierto. Y esperamos con los brazos cruzados, uno a cada lado del nido, atentos a cualquier movimiento.

Pasa el tiempo, el aire se vuelve denso por la tensión y se hace el silencio, un silencio que debería llenar, pero no lo hago. Desde que Inkah falleció, se me quitaron las ganas de llenar el espacio con nada más que lo indispensable.

El dolor es avaro. A veces, una herida es demasiado profunda para curarla. De todos modos, aunque las palabras me salieran con facilidad, dudo que expresar mis preocupaciones fuera de gran ayuda.

«¿Estuvo el huevo alejado del calor durante mucho tiempo?».

«¿Estaba el magma lo bastante caliente?».

«¿Era el nido demasiado superficial? ¿Demasiado profundo?».

El desconocido mira con los ojos entornados el montículo humeante y en ellos veo que piensa lo mismo que yo. Así pues, quizá sea mejor guardar silencio. Al fin y al cabo, pronto sabremos las respuestas, en cuanto se forme una costra oscura al enfriarse. Si una cría no logra salir, se acabó. Y muchos, si fracasa la eclosión, prefieren cavarse una tumba, por lo que acaban muriendo prematuramente, lo que lo convierte en una doble sentencia de muerte.

—Me llamo Kilíth —murmura dejándose caer sobre la gran piedra que utilizo para afilar mis hojas. Cruza la mirada brevemente con la mía—. Por si acaso.

«Por si acaso alguien tiene que tallarlo en la pared de arriba, en la sala común».

Se instala entre nosotros una sensación de pesadumbre, como si la muerte se hubiera sentado a su lado, esperando. Observando el nido, también.

Asiento con la cabeza, sentándome en la roca que uso como camastro, con los codos sobre las rodillas. El puñal plateado que llevo en el bolsillo lo he fabricado con el mismo pensamiento en mente.

Vine aquí a por un huevo. O me voy con una cría o no me voy.

Kilíth se quita el resto de la venda que le cubre la cara, dejando al descubierto una quemadura horrible en el lado derecho del cuello que le llega hasta el hombro, con sus prendas de cuero con runas fundidas en la piel.

Es difícil no mirar, sabiendo lo que se siente.

Las quemaduras son comunes en Gondragh, pues los hábiles hilvacarnes rara vez se arriesgan a cruzar El Loff para adentrarse en esta parte tan hostil del mundo. Sin nadie cerca que cure a la gente antes de que sus heridas cicatricen, probablemente vivirá con eso el resto de su vida.

Desengancha un odre de su cinturón y me lo ofrece. Acepto, doy un sorbo de su agua helada y se lo devuelvo.

—Supongo que estás esperando a que se disipen los vapores —dice con la vista fija en el nido mientras se echa agua en la herida, lo que me revuelve las tripas.

Asiento con la cabeza, apartando la mirada.

Le pone el corcho al odre y empieza a mover la rodilla, ya sea para calmar sus nervios o distraerse del dolor.

—¿No estarás pensando en escalar las cumbres de Vihn, por casualidad?

Asiento con la cabeza de nuevo.

Él gruñe levantando ambas cejas.

—Para que lo sepas, lo más probable es que acabes muerto. Hay

una dragona rabiosa que está dispuesta a destrozar todo lo que caiga en sus garras. Fue la que me hizo esto —dice señalando con el pulgar su quemadura—. Destrozó el refugio en el que estaba y lanzó fuego por los túneles. Casi no lo cuento.

O bien me está diciendo esto para disuadirme o bien como advertencia para que ponga mis asuntos en orden, para que envíe alondras. Solo se me ocurre un mensaje, pero siempre ha habido cosas que no nos hemos dicho, así que probablemente sea mejor dejarlo así.

Saco la escama de plata de mi bolsillo, comprada a un comerciante a cambio de la mayor parte de mis riquezas, y rebusco en mi mochila hasta dar con una abrazadera y una lima.

—¿Lo que quieres es conseguir sus huevos?

Levanto la vista.

Él señala la escama con la barbilla.

—Los de la gran siegasable plateada. ¿No estarás tan loco como para meterte en su guarida?

Dejo que mi silencio responda por mí.

—Por todos los Creadores. Joder, pues buena suerte. —Resopla y señala su quemadura—. Tengo que agradecérselo a ella.

Frunzo el ceño, miro la escama y, luego, al montículo, que ya no despide humo y está empezando a oscurecerse.

«Creadores, ha llegado la hora».

Kilíth respira hondo para calmarse.

—Joder —murmura meneando la rodilla con más ferocidad si cabe—. No va a…

Parte de la costra se abulta y se separa del caliente y brillante magma que hay debajo mientras van saliendo a la superficie poco a poco trozos de cáscara dorada.

Los primeros signos de una buena eclosión.

La masa derretida se agita y se extiende, como un útero, y de ella sale una cabeza llena de púas del tamaño de mi puño con escamas doradas visibles a través de la mezcla de magma.

La cría toma aire y, luego, suelta un gemido áspero: un ruido bueno y fuerte.

Asiento con la cabeza para mí mismo y me levanto,

guardándome la escama en el bolsillo. Agito mi odre frente a Kilíth y me dirijo al túnel, dejándolos para que se vinculen sin que yo los observe mientras me llegan pesadas palabras de gratitud que quedan ahogadas por el bullicio de mi cabeza.

No hay nada más importante que esos primeros momentos. Quizá sea avaricioso por buscar este gran honor por segunda vez, pero nunca he sido de los que se enfrentan al destino. He de creer que todo sucede por una razón; de lo contrario, habría vuelto a la tumba de Inkah y me habría acurrucado a su lado hace mucho tiempo.



# CAPÍTULO 18

## Raeve

El aire está cargado del incesante clamor de la población.

—¡Dejadnos entrar! ¡Dejadnos entrar! ¡Dejadnos entrar!

—Las noticias vuelan —murmuro escudriñando la muralla exterior desde uno de los corredores del tercer piso, mirando hacia el largo patio que rodea el conjunto de edificios crestados que forman la Ciudadela, a modo de foso.

La aguanieve se ha convertido en nieve y el cielo es una mancha oscura que el batallón de élite de Bothaim desgarra al atravesarlo; todos fundefauces, cuyos llamativos colores contrastan con el cielo gris.

—¡ATRÁS! —gritan los guardias a través de varas amplificadoras mientras los dragones se turnan para escupir llamas. Son tácticas de intimidación violentas destinadas a disuadir a la población, que se concentra ante el grueso muro de mineral de Bothaim, desesperada por atravesar las puertas.

—¡Dejadnos entrar! ¡Dejadnos entrar! ¡Dejadnos entrar!

Ninguno de los guardias que están en tierra se mueve; son como estatuas con armadura blanca. Hay tres filas de ellos en lo alto de la muralla, tantos que me es imposible contar los cascos, pues se

confunden con la nieve. Luego, hay otros grupos organizados en el patio, apiñados ante las puertas, del tamaño de un Rygun. Diría que hay más de trescientos soldados.

Demasiados para que Clode los ahogue de una pasada si intentamos abrirnos paso. Por desgracia.

—¿Es la única salida?

—Sí. —Roan se ajusta las gafas—. Si hubiera mantenido la boca cerrada…

—No es culpa tuya —gruñe Kaan entre dientes, con la mandíbula apretada y los ojos más fríos que nunca—. El Triconsejo se lo ha ganado a pulso, y lo sabe. Por eso construyó el muro. Si pisoteas a la gente durante mucho tiempo, te la devuelven.

Un fundefauces rojo se da la vuelta y remonta el vuelo en nuestra dirección como si fuera a atravesar los arcos, dejando al jinete justo delante de nosotros.

«Mierda».

Nos alejamos de las ventanas dobles y nos escondemos detrás de una columna, desde donde vemos a tres guardianes de ojos pálidos avanzando por el pasillo.

*Hacia* nosotros.

—Vaciad la mente y mantened la cabeza gacha. —Kaan nos indica que lo sigamos en dirección a los guardianes, caminando con la tranquilidad de un runi residente.

Oculto mis emociones, pensamientos y cualquier otra cosa en mi lago, y me concentro en el cosquilleo que siento en las yemas de los dedos mientras camino pausadamente con la mano en el bolsillo, lista para quitarme el anillo ante la primera señal de peligro.

Pasamos junto al trío, doblamos la esquina y cruzamos un umbral bajo tallado en forma de cola de dragón. No siento ni gota de alivio mientras considero las escasas opciones que tenemos.

—No podemos quedarnos aquí. —Pyrok da un trago a su petaca —. Es solo cuestión de tiempo que alguien se dé cuenta de que estamos vaciando la mente y reconozca a Kaan o a Roan, y entonces estaremos todos jodidos si nos pillan con el libro.

Tendrían que quitarme la camisa para ver que lo llevo atado al cuerpo, algo que no podrían hacer sin que les hiciese un lazo con las

tripas. Pero vale.

—¿Y si vamos a los túneles subterráneos y escapamos por ahí? —pregunto mirando a izquierda y derecha por el majestuoso pasillo con los dedos en la empuñadura de una daga—. Kaan puede decirme qué palabras usar y yo intentaré que no acabemos aplastados.

No es que la propuesta suene tentadora, pero es importante que sea sincera sobre mis escasas habilidades de moldeado si otras tres vidas dependen de ellas.

—Es casi imposible que Bulder pueda mover el mineral bothaimiano porque contiene un porcentaje muy alto de hierro y sus vetas se encuentran muy por debajo de los túneles —dice Roan subiéndose y bajándose las gafas por la nariz, probablemente tratando de ver entre las múltiples grietas que tienen—. Nos moriremos de hambre allí abajo antes de encontrar una salida, así que no es una opción viable.

—Tal vez sea lo mejor —digo por lo bajo, para mí misma más que nada.

Estoy a punto de proponer que volvamos a salir por la guarida de la anthe cuando Roan mira de reojo a Kaan con una ceja arqueada.

—¿Recuerdas aquella vez que casi hago volar por los aires mi sala de investigación?

—¿Cuál de todas?

Frunzo el ceño.

—¿Ha pasado más de una vez?

—Es algo habitual —murmura Kaan torciendo la boca.

—Me refiero a la vez que grabé sin querer una runa desconocida hasta entonces y, luego, la *activé* sin querer y me derritió la mesa de trabajo —continúa Roan limpiándose las gafas con la túnica, como si frotarlas fuera a hacer que desapareciesen las grietas—. Recuerda que formó un charco que se endureció. Pyrok se pasó resbalando allí toda una fase hasta que se hartó y bajó una alfombra por las escaleras. Estaba hecho de…

—Mineral bothaimiano —dice Pyrok frotándose la nuca—. Joder, casi acabo con una hemorragia cerebral. Todavía tengo un chichón.

Kaan cruza los brazos y mira a Roan con gesto firme.

—¿Pretendes volar la pared?

Roan asiente despacio, con una sonrisa tan ancha que se le ilumina toda la cara. Parece que la sola idea de llevar a cabo algo que haga BUM lo llene de energía y alivie el noventa por ciento de sus problemas.

—Solo un poco, eso sí —puntualiza juntando el pulgar y el índice —. Un trozo pequeño.

Pyrok gruñe, da otro trago y niega con la cabeza.

—No va a resultar. —Suelta un eructo—. No tenemos con qué hacerlo.

—Aparte del vial de Kaan y una alondra de papel, solo necesito una gota de sangre fresca de dragón y un poco de nieve derretida para que el alcance sea mayor. —Roan vuelve a mirar a Kaan—. O algo parecido.

La tensión cada vez es más palpable. Paso la vista entre Kaan y Roan; ambos se miran, manteniendo una conversación silenciosa que no tardo en descifrar.

El Daga-Mórrk de Kaan. Su sangre se ve fortalecida por su conexión con Rygun, lo que lo convierte en la mejor opción de la lista de Roan.

—Rotundamente no.

Los tres me miran.

Roan deja caer los hombros.

—¿Por qué no?

«Porque algo muy profundo dentro de mí se rebela ante la mera idea de que Kaan posea una runa tan potente como para abrir un maldito boquete en una pared de mineral bothaimiano».

—Tenía una amiga que grababa muchas runas —digo apretando los dientes al tiempo que dirijo la vista de nuevo hacia el pasillo para distraerme del molesto nudo que se me ha formado en la garganta, algo de lo que culpo a las gotas del lenguaje de Rayne, que infestan mi organismo con una angustia sin remedio que desearía poder ignorar—. Cuando mezclaba su sangre con una tintura, a veces se desmayaba. —Dirijo la mirada a Kaan, luchando por mantener su contacto visual mientras hablo de algo tan… descarnado—. Si te

desmayas, estamos todos jodidos, y tú el primero.

Suaviza el gesto.

Se acerca a mí, haciendo que el resto del mundo se difumine y solo él ocupe mi espacio, y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

Frunzo el ceño y me enderezo.

Me responde tierna y delicadamente, pero no amortigua el golpe.

—Si no lo hago, estamos muertos.



Nos reunimos cerca de un macetón blanco con un enorme árbol de follaje colgante que nos oculta de los mercenarios que nos rodean. El lado oeste está extrañamente tranquilo en comparación con el este, más alejado de la puerta. Tan alejado que casi resulta posible creer que los habitantes de la ciudad no son presa del pánico, suplicando entrar en el mismo lugar del que nosotros tratamos de escapar, de no ser por la algarabía que causan los dragones en el cielo expresando su autoridad con chillidos estridentes y gruñidos desafiantes, claro.

—Pyrok, necesito una petaca. —Kaan extiende la mano.

Pyrok refunfuña entre dientes y se la saca del bolsillo, apura el contenido dando tres tragos y se la entrega.

Kaan le quita el corcho, saca una daga de entre su túnica y se corta la palma. Siento esa misma herida abrirse en mi corazón, y algo dentro de mí se paraliza.

Guarda silencio.

Recoge un puñado de nieve con su mano herida y aprieta el puño sobre la boquilla abierta de la petaca, dejando caer un buen chorro de sangre diluida en ella.

—Como esto lo mate…

—Yo también moriré —murmura Roan con los labios azules por el frío mirándome por encima de sus gafas deformadas.

«¿Acaso cree que soy un monstruo?».

—Por supuesto que no. —Estiro el cuello y vuelvo a escudriñar los alrededores—. Pero suplicarás morir.

Siento la abrasadora mirada de Kaan clavada en mi rostro y, por el rabillo del ojo, advierto que se le crispan ligeramente las comisuras de la boca.

No sé por qué le parece divertido. Está a punto de que lo dejen fuera de combate en territorio enemigo.

Roan coge la petaca y le pone el corcho mientras Kaan se venda la mano con un trozo de tela arrancado de su túnica. Los cuatro nos asomamos por entre el follaje, tanto para escudriñar el perímetro como para controlar que el cielo está despejado. Después de lo que parece una eternidad, Roan cruza cojeando el patio de armas y se pierde entre la nieve. Parece diminuto en comparación con la pared que comienza a pintar con grandes trazos con sangre de Kaan, una capa tan fina que no gotea.

Con suerte, eso hará que el impacto no sea demasiado fuerte.

Cuando termina la runa más elaborada que he visto nunca, regresa, le da la petaca a Kaan y se limpia la sangre de las manos en los pantalones.

—Con eso debería bastar —dice echándose el aliento en los puños cerrados—. ¿Alondra?

Kaan rebusca en el bolsillo de sus pantalones y saca un trozo de pergamino mojado que sin duda no llevaba runas a prueba de agua.

Los tres hombres gimen.

—¿Qué tal una usada? —pregunto sacando la alondra que me mandó Kaan.

Roan sacude la cabeza.

—No sirve. Necesito una nueva para engañarla y que revolotee hacia la sangre de Kaan.

—Pero él me la envió. ¿No puedes doblar el pliegue de retorno y ya está? No me cabe duda de que a Clode no le importará guiarla hacia las runas por mí.

Roan frunce el ceño y acepta la alondra.

—Se me olvida que aquí puedes oír a los Creadores… —Me mira como si fuera una rareza que le encantaría analizar con lupa y escalpelo—. ¿Por qué?

«Probablemente por la misma razón por la que he podido atravesar las runas que protegían el libro».

—Ojalá lo supiera. Lo envasaría y se lo repartiría a las masas. —Entorno los ojos—. ¿De qué tamaño será el boquete? Enemistarnos con todo un batallón listo y en formación no es mi idea de pasármelo bien.

—Solo un poco más grande que Kaan —aclara Roan desplegando la alondra y, tras comprobarla, la dobla de nuevo—. Además, el estruendo quedará disimulado por el fragor de los dragones que hay cerca de las puertas de entrada.

«Cierto…».

Kaan saca su vial.

Me pongo tensa y aparto la mirada.

—¿Estás bien, Rayo de Luna?

—Mejor que nunca. —Señalo a Roan con la barbilla—. Vamos a hacer esto de una vez, antes de que él se congele y Pyrok esté tan sobrio como para pensar con claridad.

—En eso estamos de acuerdo —murmura Pyrok—. ¿Cuál es el plan?

—En cuanto lo atravesemos, tenemos que dirigirnos al conducto subterráneo —dice Kaan escudriñando el cielo, plomizo y cargado—. Si nos separamos, la entrada más cercana está cerca de la destilería de durvil. Allí abajo no tendremos problema para despistar a quienes nos sigan, y no pueden registrar todas las embarcaciones. Seguro que hay una bodega de carga donde podamos escondernos para ir hacia el oeste, al otro lado de la frontera.

—¿Qué es eso? —pregunto señalando con el dedo.

Todos miran hacia donde apunto, hacia nuestra izquierda, donde se está extendiendo una densa niebla sobre el muro. Cae en cascada en el patio de la Ciudadela a modo de catarata y se acumula en charcos sobre el suelo blanco.

—*Miel et Muíem* —murmura Kaan—. *Nieblas Errantes* en lengua común.

—No sabía que migraran tan al norte.

—Llevan un eón sin hacerlo. Podrían ser una buena tapadera, pero albergan un enjambre de espectros hambrientos. Tendremos

que estar alerta si nos envuelven.

Tiemblo hasta los dedos de los pies, bastante segura de que sería el perfecto «Que te jodan, Raeve» para rematar mi dae: que me acosen los mensajes de todos los que he apuñalado o descuartizado.

Kaan vuelve a mirar al cielo y abre la tapa de su vial, provocando una pequeña llama.

Roan dobla el pliegue de la alondra de Kaan y la acerca a la llama. Me cuesta mucho ver esto por muchas razones, ya que imagino a la pobre alondra como mi preciosa Ne.

Las runas antillama hacen que tarde un rato en quemarse, pero la alondra acaba prendiendo al fin.

Apretando los labios, me meto el anillo de hierro en el bolsillo, preparándome para el caos ensordecedor de Clode…, aunque me sorprende descubrir que ya está luciéndose con una bella melodía. Quizá sea consciente de que estaba a punto de darle un poco de amor, muy necesario en esta celda de corrupción y control.

Roan suelta a la alondra, que revolotea en círculos, confundida, con las alas en llamas. Yo entono una melodía suave y alegre, muy diferente de lo que siento en el pecho, mientras veo arder a la pobre criatura.

—*Sheil ath too… aloo ail ah. ¡Preesh, ah, preesh!*

Clode suelta una risita y empuja suavemente a la alondra ardiendo hacia la pared con sus vaporosas manos. Con cada frenética ráfaga de viento, las llamas arden con más ferocidad si cabe, como si Ignos disfrutara de la atención de la diosa, aunque esta lo esté agitando como si fuera un juguete.

La tensión entre nosotros aumenta y paso la mirada entre la nuca de Kaan y la alondra en llamas.

—*Preesh, ahh Clode. ¡Preesh eehla!*

La diosa le da juguetonamente un último golpe a la alondra y chilla de alegría cuando esta choca con el garabato pintado con sangre y se convierte en cenizas que salen volando.

La runa brilla. Resulta hermosa justo antes de empezar a transformarse en algo… horrible.

Se repliega sobre sí misma como unos labios fruncidos y…

¡PAM!

La runa explota con tal fuerza que me atraviesa los tímpanos, haciendo que oiga campanas en mi cabeza, y el mineral líquido sale disparado hacia el cielo con una fuerza volcánica… y luego cae a toda velocidad. Los trozos de mineral golpean el pavimento como si de mierda blanca de dragón se tratase.

El muro entero parece sacudirse cuando los últimos restos golpean el suelo, dejando charcos por doquier. Luego, silencio.

El tiempo se dilata.

Contemplo el enorme boquete en el muro, casi tan grande y ancho como las puertas del otro lado. No es un agujero del tamaño de Kaan. Y desde luego no es que tal explosión vaya a pasar inadvertida.

El mineral líquido sigue goteando por los bordes fundidos al compás de mi corazón acelerado mientras dos palabras resuenan en mi cabeza:

«Estamos jodidos».

Justo cuando voy a apremiarlos a avanzar a todos, Kaan se desploma como un dragón abatido desde el cielo.



# CAPÍTULO 19

## Raeve

Consigo poner las manos debajo de la cabeza de Kaan antes de que golpee el suelo.

El tiempo se detiene mientras Pyrok lo sacude, gritándole a Roan, que parece que no tiene sangre en el cuerpo de lo pálido que está. Mientras, yo observo el rostro inquietantemente relajado de Kaan…

Esa ira helada que llevo dentro se desata con tal fuerza que me sobresalto.

—Tenemos que irnos —digo, aunque casi ni siento que mi boca se mueva.

Apenas siento nada más que el hielo recorriendo mis venas, cortándome en rodajas hasta alcanzar los fuertes huesos de algo mucho más grande que yo.

Algo brutal y… sediento de sangre.

—¡COGEDLO Y CORRED! —les grito a los otros—. ¡YA!

Pyrok le da órdenes a Roan para levantar a Kaan y ambos se pasan por el cuello los enormes brazos de este. La cabeza se le cae hacia delante de una manera que me hace querer destrozar el cielo.

Trepan hacia la brecha del muro, demasiado lentos; los pasos de

Roan son vacilantes y débiles y los pies de Kaan se arrastran por el suelo…

Se me eriza el vello de la nuca.

Al volverme, veo a un grupo de soldados con capa blanca cruzando el patio a toda velocidad hacia nosotros. Cuando los cuatro que van en cabeza se separan, revelan a un runi: tiene los ojos lechosos y la piel pálida y misteriosamente tersa y lleva una suerte de diadema en la frente.

Se retira la capucha, dejando al descubierto un elegante cabello blanco y tres abalorios colgando de su oreja.

Un triconsejero.

Me estremezco de pies a cabeza, como si dentro de mí alguien hubiera soltado un gruñido agudo.

Veo sus labios moverse. El viento comienza a arremolinarse, levantando la nieve del suelo, y el torbellino se dirige hacia mí…

—*Glei ooh ah lah nei voilash shunth!* —susurro, y Clode arremete contra el remolino, acabando con él.

Mi bofetón los lanza despedidos como si fueran sábanas blancas soltándose de una cuerda al verse atrapadas por una ráfaga de viento.

No así el triconsejero, que se mantiene firme. Su túnica se agita con el vendaval y canta con tal ímpetu que escupe saliva, tratando de arrebatarme el control de Clode.

Siento el tirón, eso se lo reconozco; las palabras son como una cuerda que ha sido tragada y va saliendo de la garganta al tirar de ellas. Es algo que nunca había experimentado antes. Siempre he sido yo quien tiraba, y por lo general con un brío algo excesivo.

No hay nada como ver a alguien esforzarse hasta que le salen los pulmones por la boca para darse cuenta de que Clode tiene favoritos, como entregarme en mano un ramo ensangrentado. Es maravilloso cuando eres la destinataria, pero, ahora…, el hecho de que sienta el tirón da a entender que he encontrado a un oponente formidable. Se trataría de un ejercicio de entrenamiento divertido si este no fuera, literalmente, el peor de los momentos.

Redoblo esfuerzos y le pido a Clode que demuestre lo fuertes que somos, añadiendo un «Por favor» al final.

El timbre de su canción se vuelve alegre, como si estuviera sonriendo, siempre agradecida por mis modales, un arma secreta que me guardo.

La diosa arremete de nuevo.

Los pies del runi comienzan a deslizarse hacia atrás mientras él abre mucho sus pálidos ojos. Intuyo que me está viendo; viendo que no soy uno de ellos, sino una mujer.

Que no llevo diadema.

—*Clode. Lui lah moá liriní shooth* —le pregunto, como si estuviera girando una espada que me apunta al pecho, soltando el arma y transformándola en un puño que le da un golpe en los dientes al triconsejero y le tapa la boca, impidiendo que siga cantando—. *Lui lah veirie te ah. ¡Healah!*

Se pone morado y los ojos amenazan con salírsele de las órbitas. A mí me pican los dedos por el rabioso deseo que siento de pedir más, de ir más allá.

«De acabar con él».

El poderoso batir de las alas de un dragón me saca de mi trance y me llegan a los oídos órdenes y gritos militares.

Un regalo racheado: Clode me anuncia que se me acaba el tiempo.

Que tengo que *irme*.

Gruño, suplicándole que siga tapándole la boca al triconsejero, pero me doy media vuelta y echo a correr. Salto sobre los relucientes charcos del mineral y atravieso el boquete del muro. Al llegar a un callejón que hay al otro lado, diviso a los otros no muy lejos y echo un vistazo a mi espalda para asegurarme de que nadie nos sigue.

Una multitud de fundefauces tiñen el pálido cielo de color y cólera ardiente, aunque ya no parecen defender las murallas de la Ciudadela, sino más bien estar *buscando* algo.

«Probablemente a nosotros».

Echo a correr y no tardo en alcanzar a Pyrok, Roan y Kaan mientras los dragones surcan las nubes, removiendo el aire y provocando una ventolera que nos azota por todos lados, soltándome el pelo.

Tres veces nos vemos obligados a agacharnos para evitar que

nos descubran y, al final, nos metemos en un callejón menos a la vista. Y es que, por increíble que parezca, la ciudad está desierta, salvo por la caza en grupo que tiene lugar sobre nuestra cabeza. No hay ni siquiera una alondra de papel revoloteando que esquivar en nuestro torpe ascenso por el laberinto de piedra.

Ya casi estamos donde las chimeneas de la destilería cuando a Roan le fallan los pies y está a punto de soltar a Kaan. Me abalanzo hacia él, dispuesta a coger su mitad de la carga, pero un furioso aleteo hace que me detenga.

Me doy la vuelta.

El mismo fundefauces rojo que hemos visto antes sobrevuela el callejón, tan cerca que podría meter la cabeza entre las paredes y excavar una zanja más profunda con su afilado pico. Solo que tiene el pico *abierto*, el pecho hinchado y unas llamas naranjas al fondo de su gigantesca garganta.

Se me para el corazón y el pánico crece en mí como una avalancha; cuando respiro de nuevo, me llega una ráfaga fría que me hiela los dientes.

El jinete, encaramado entre sus alas extendidas, grita a la bestia para que nos prenda en llamas, para que nos *mate*. Como si este dae no nos hubiera ya machacado lo suficiente.

—¡Agachaos! —grito, y me vuelvo para enfrentarme a la bestia cara a cara.

Pyrok grita algo que no oigo por encima de la melodiosa súplica que le hago a Clode para que endurezca el aire, para que sea valiente y fuerte.

Para que me deje con la puta boca abierta con su brillantez.

Pero, por encima de todo, la reto a…

«Mantener
a Kaan
con vida».

Ella lanza un chillido eufórico, girando como si estuviera moldeando los barrotes de una jaula que le ruego que proteja con todas sus fuerzas. Me levanto la capucha al tiempo que le recuerdo su belleza. Su ferocidad. Su fuerza.

Las llamas atraviesan los afilados colmillos del fundefauces

directas hacia nosotros…

Por un momento, no estoy aquí…, sino aprisionada en las entrañas de una montaña, con el corazón en la garganta y los músculos tensos. Preparándome para acabar envuelta en llamas por un macho ansioso por hacerlo.

Extiendo las manos por instinto, algo que siempre quise hacer pero nunca pude, pues estaba encadenada a una mesa mientras el fuego me convertía en un monstruo. Eso me devuelve de inmediato a la realidad.

La llama del dragón sale disparada.

Soy consciente de que las runas que me cubren las manos y los antebrazos se *iluminan*, formando un mosaico de cicatrices resplandecientes, una oda visceral a las múltiples quemaduras que he sufrido en mis carnes a lo largo de las fases. Pero solo ese crisol de llamas es testigo de mi vergüenza.

«Clode lo está haciendo».

«Está conteniendo el fuego del dragón…».

Me mantengo firme contra la devastadora avalancha que rebota contra la barrera de Clode mientras canto unas notas implacables a pesar de que estoy paralizada. El calor me golpea el rostro, el sudor me resbala por la piel y el sabor de la sangre contamina cada palabra que sale de mi boca.

Clode lanza un alarido que me desgarra el alma: las llamas ceden a la vez que el embate del dragón y la jaula de Clode se viene abajo, aplastándome bajo una nube de humo.

Me ahogo y me arden los ojos. Al darme la vuelta, veo a Roan y Pyrok todavía agachados sobre el cuerpo inerte de Kaan, tosiendo y mirándome con una expresión de horror. Era algo que tenía que pasar tarde o temprano.

—¿Cómo has…? —Roan traga saliva y se coloca bien las gafas—. ¿Cómo has hecho eso?

—Diciéndole a Clode lo extraordinaria que es —contesto con voz ronca, y luego me pongo en pie a duras penas sacudiendo el aire—. Nunca subestimes —tos, tos— el poder de un cumplido.

El lejano estruendo de unas botas sobre la piedra es la única advertencia que me llega antes de oír un silbido a lo lejos. Siento un

doloroso pinchazo en el muslo derecho, que silencia la airada y triste melodía de Clode.

«Una estaca de hierro».

«Serás capullo».

Gruñendo, me vuelvo y veo a un contingente de guardias bothaimianos corriendo hacia nosotros por el callejón entre la niebla y el humo.

Armas en ristre.

Enseñando los dientes.

Con el cuello tenso, prometiendo canciones que no podré combatir. A la mierda.

—¡Sacadlo de aquí! —les rujo a Pyrok y Ruan a mi espalda, y arremeto desenfundando dos dagas. Las lanzo tan rápido que mis movimientos se vuelven borrosos.

Una se le incrusta en el ojo a un guardia. La segunda le atraviesa la tráquea a otro.

Caen como piedras.

Saco más dagas mientras suelto un alarido salvaje que me desgarra la garganta…

Más silbidos cruzan el aire.

Algo duro y pesado me echa a un lado, interceptando las estacas. Al mismo tiempo, las paredes del callejón se desplazan delante de mí y chocan con tal fuerza que borbotea sangre de la delgada brecha que queda ahora en el centro, por donde rezuman los restos de todos los que han sido aplastados.

Me empujan de espaldas al suelo, que aún se mueve. El abrasador peso de Kaan cae sobre mí, vaciándome los pulmones.

Clava los codos en el suelo a ambos lados de mi cabeza, mirándome con sus ojos rojos como la llama de un siegasable, con las pupilas rasgadas. La piel que los rodea se agrieta, dejando ver una luz fundida, como si lo que lleva dentro no tuviera suficiente espacio.

Retrae el labio superior, mostrando los caninos, *irradiando* una furia salvaje. El humo se acumula sobre nosotros y se extiende como las alas de un dragón, lo que hace que me dé cuenta al instante de que no solo estoy mirando a Kaan.

También estoy mirando a Rygun, atrapado bajo su monstruosa fuerza.

Quizá debería sentirme intimidada, incluso asustada, pero estoy demasiado distraída por el olor de la sangre de Kaan, por el hecho de que él ha recibido las estacas que iban dirigidas a mí.

Una antigua ira se despliega bajo mis costillas.

Es obvio que no es consciente de lo importante que es. No solo para su reino, sino también para esta asesina sedienta de sangre sin corona ni pueblo al que servir.

Y acaba de apartarme de un empujón y recibir las malditas estacas.

EN MI LUGAR.

Se produce un cambio interno, un estrépito que estoy segura de que todo el mundo oye, y mi cuerpo se enfría como el hielo.

Se forma vaho cuando exhalo.

*La* siento… Justo debajo. Observando *a través* de mí mientras retraigo los labios y suelto un gruñido por entre mis dientes apretados.

Aunque sus ojos se abren un poco, Kaan gruñe, con un tono tan gutural que lo noto en los huesos. Lo noto recorriendo mis músculos, erizándome la piel.

Estoy a punto de intentar quitármelo de encima, incapaz de reprimir el instinto de llevar mi boca a su cuello y clavarle los dientes hasta que su cuerpo se doblegue debajo de mí, cuando el sonido de unas alas batiendo nos hace levantar la vista a ambos hacia el cielo: una mancha roja emplumada da vueltas como un depredador al olor de la sangre.

Al vernos, el mercenario ruge una sola palabra:

—¡ATACA!

Gruño.

Kaan murmura una maldición demasiado suave, teniendo en cuenta que nos han clavado estacas y que estamos acorralados y a punto de que nos achicharren.

El fundefauces desciende en picado con el pico abierto, soltando una llamarada desde lo más profundo de su garganta.

—¿No deberíamos…?

Un profundo rugido sacude el suelo y el viento comienza a soplar con fuerza, como si algo *enorme* lo atravesara. La única advertencia que me llega antes de ver a Rygun irrumpir en el cielo enseñando los dientes. Pasa tan cerca que parece que hayan lanzado una montaña por los aires a menos de diez metros sobre nosotros.

Atrapa con las mandíbulas el cuello del fundefauces que nos está atacando con tal ferocidad primaria que se me revuelven las tripas.

Un chillido de dolor y los perdemos de vista, internándose en la niebla, que se aproxima a toda velocidad, con mi pulso latiendo al compás de su turbulento batir de alas.

Kaan maldice por lo bajo. Me levanta con demasiada presteza para alguien que acaba de caer en un sueño profundo y que tiene estacas de hierro clavadas en el cuerpo.

—Nuevo plan —gruñe con la mirada fija en el lugar hacia donde se ha ido su dragón, que por lo que yo sé no debería estar aquí—. Tenemos que encontrar la manera de montar a Rygun antes de que llegue el resto del batallón.

Su energía volcánica me pone la piel de gallina, como si estuviera entrando en erupción, y sus siguientes palabras me hielan hasta los huesos.

—Él no se retira de una pelea, aunque esté perdida. Y yo no me voy de aquí sin él.



Kaan

# CAPÍTULO 20

Atravesamos la capa de niebla a toda velocidad, pasando junto a alondras desorientadas que dan vueltas en círculos y se chocan contra las paredes. Apenas siento las estacas de la espalda, como si mi carne fuera gruesa y fuerte como la piedra.

Fuerte como las *escamas de un dragón*.

Es una solución temporal, al igual que la energía llameante de mis venas, pero es de agradecer.

Se oye un rugido, un grito gutural y un golpe que sacude el suelo… Luego, silencio. Ni rastro del estruendo de las alas de Rygun, lo que solo puede significar una cosa.

«Está en el suelo».

El miedo me oprime el corazón con tanta fuerza que estoy seguro de que va a estallar y la niebla se vuelve demasiado espesa como para ver más allá de un metro. Es algo a lo que Rygun lleva sin acercarse desde que lo encontré en aquellas arenas movedizas

hace tantas fases, algo que evita a propósito, aunque eso signifique más daes de viaje para llegar a nuestro destino.

Sin embargo, este dae ha volado directo hacia ello. Por mí.

Por Raeve.

Los frenéticos golpeteos de su corazón me impulsan mientras recorro un callejón más ancho, siguiendo mi intuición.

—Por aquí.

—¡Joder, el Triconsejo se lo va a pasar en grande con este lío! —grita Pyrok a la zaga—. Más vale que toquen los tambores de guerra y armen las fronteras.

«No se equivoca».

He hecho todo lo posible por evitarlo. He capturado a un peregrino para que nadie supiera que estaba aquí. He aislado a Rygun tras mi muro para evitar que pensara que necesitaba ayuda en algún momento, y va y aparece con el pecho en llamas en cuanto pierdo el conocimiento.

Además, ha atacado a un miembro del batallón de la Ciudadela, algo que sin duda se considerará un acto de guerra. Dadas las inminentes caídas lunares, no habrá represalias pronto, pero llegarán, eso por descontado.

Apostaría mi vida a que así será.

—Lo único que importa ahora mismo es que todos crucemos la frontera, incluido Rygun —gruño siguiendo mi intuición por otro callejón estrecho.

No puedo perderlo. No sé cómo existir sin él.

No pienso hacerlo.

Una franja amarilla atraviesa el cielo. Los cuatro nos lanzamos bajo un arco de piedra para refugiarnos justo cuando el fundefauces lanza un agudo chillido bastante familiar. Femenino.

De pavor.

—Joooooder —dice Pyrok echando a correr tras el pequeño dragón, que se abre paso entre la niebla. Irrumpimos en un patio justo cuando Maell cae al suelo y ahueca su plumaje con vetas doradas ante Pyrok, que se acerca a toda prisa—. No quería quedarse sola —dice por encima del hombro mientras Maell le acaricia el pecho con el hocico y le envuelve la cintura con la cola,

buscando consuelo.

Parece que se está preparando para lanzarse a los brazos de Pyrok, a pesar de ser mucho más grande de lo que era: dobla en tamaño a Líri, pero sin gruñidos ni mordiscos.

Rygun gruñe desde algún lugar entre las Nieblas más adelante: una reprimenda ronca.

—Ya tienes edad suficiente para pensarte mejor las cosas —dice Pyrok, y aunque su tono es cariñoso estoy de acuerdo con sus palabras.

Maell es demasiado joven y está muy mimada. Es demasiado dulce y delicada para haberse metido en una situación tan hostil.

—¿Puede llevar ella a Roan también? —pregunto mirando al hombre que está apoyado contra una rama caída tratando de recuperar el aliento—. Quizá sea más fácil si vamos de dos en dos.

—Estaremos bien. Tú preocúpate solo de *eso* —dice Pyrok cuando una racha disipa la niebla, dejando al descubierto a Rygun posado sobre un árbol derribado. Y, bajo su feroz garra clavada en los restos de madera…, el fundefauces rojo inmovilizado en el suelo.

El pecho del fundefauces sube y baja rápidamente y tiene los ojos desorbitados. Es fácil reducir a uno solo, pero, si todo el batallón dirige su pico en esta dirección y descubre dónde estamos, Rygun no aguantará mucho, y menos si lo descubren en el suelo.

Miro al jinete del fundefauces, que cuelga de la boca de Rygun como un trozo de carne, flácido y chamuscado.

Muerto.

Maldigo por lo bajo.

Rygun gruñe junto a su presa y no aparta los ojos de mí mientras me acerco. Jadea y se le acelera el corazón cada vez que las Nieblas se acercan.

—*Dath doon ah, Rygun.*

«Estamos bien».

Una mentira, por supuesto. Ninguno de los dos estamos bien.

La única razón por la que me mantengo de pie es porque él me vio en el suelo desde la distancia, vio cómo le clavaban una estaca a Raeve y, luego, me lanzaba a la batalla, y me infundió tanta energía que casi estallo. Es posible que aún lo haga si no consigo que se

*calme*.

Manteniendo una postura firme, avanzo unos pasos más, con la esperanza de aliviar un poco el pánico que le bulle en el pecho.

—*Dath doon ah, vueh to nahh de. Hast ata.*

«Estamos bien, pero tenemos que irnos. Rápido».

A través de nuestro vínculo, le muestro una imagen de Raeve subiéndose a su montura.

Ruge por lo bajo, suelta al soldado y agacha la cabeza mientras le sale humo de las fosas nasales; una aceptación silenciosa de mi petición.

Me acerco hasta tocarle la nariz, empapada de sangre, mientras el fundefauces continúa retorciéndose bajo su garra.

—Raeve, sube por sus cuerdas. —Mantengo el contacto visual con Rygun mientras le froto el espacio entre las fosas nasales, azotadas por su cálido aliento—. Rápido, tenemos que llevarlo al cielo.

Raeve escudriña el patio, envuelto en niebla, mientras se dirige a su costado izquierdo. Agarra las cuerdas, pero se queda quieta.

*Gruñe*.

Rygun hace lo mismo y, entonces, oigo unas pisadas procedentes de los callejones del sur, el oeste y el este.

Se me encoge el estómago.

Han dado con nosotros a pesar de la espesa niebla. Se acercan con sigilo, probablemente armando las famosas balistas que coronan la ciudad.

En cuanto Rygun bata sus alas, la niebla se disipará, dejándolo a la vista. No importa lo grande o fuerte que sea, sus alas serán vulnerables, al igual que su delicado vientre.

Eso me deja una única opción. Una decisión que semeja tragarse una semilla que sabes que va a convertirse en algo horrible. Solo espero que las tiendas que rodean el patio estén vacías, que cualquier inocente haya huido en el momento en que Rygun derribó al fundefauces.

Me encuentro con Raeve junto a las cuerdas y veo que lleva un puñal en la mano.

—Sigue subiendo —le susurro.

Aunque frunce el ceño, por una vez no discute, se limita a asentir levemente con la cabeza, se guarda la daga y continúa subiendo. Se acomoda sobre la manta de montar, se sujeta la correa a la muñeca y se agarra con fuerza.

Paso la pierna por detrás de ella y me acomodo en mi sitio. Alargo los brazos por ambos lados de su cintura y cojo las riendas.

El chirrido de una manivela rompe el silencio. Es la única advertencia que recibimos antes de ver surcando el cielo una gran lanza de hierro, que roza el ala izquierda de Rygun.

Suelto un gruñido que me desgarra la garganta.

Raeve se vuelve, mirándome con sus enormes ojos llenos de una furia glacial.

—Déjame bajar…

—*Varough duht ah, Rygun*…

«Quémalo todo».

Mi dragón hincha el pecho, avivando las brasas de su interior.

Raeve palidece, vuelve la vista al frente y se arrebuja en su capa con premura, llena de pánico, aunque es probable que piense que no me doy cuenta. Poco sabe ella que en este momento estoy imbuido de la llama de Rygun, de su fuerza, de sus sentidos. Lo único que oigo es el latido acelerado de su corazón, lo único que *huelo* es el penetrante olor de su miedo.

Se le tensa todo el cuerpo cuando Rygun estira el cuello con las fauces abiertas y lanza un torrente de llamas moviendo la cabeza de izquierda a derecha. Las Nieblas se retiran, acobardadas por la devastación que engulle a los soldados y reblandece los escaparates hasta que se vuelven de un rojo brillante y gotean formando charcos de magma, incapaces ya de soportar el peso de las balistas matadragones de las inmediaciones.

Si alguien grita, no lo oigo por el bramido de las llamas que se extienden por mi cuerpo, bombeando mis músculos de tal modo que parece que mi piel esté a punto de desgarrarse…, hasta que nada es como antes.

Insto a Rygun a dejar al fundefauces y saltar hacia el velo de niebla que aún nos cubre. Maell se lanza tras él, directa al torbellino que mi dragón crea a su paso, con Pyrok y Roan posados entre sus

alas, semejantes a rayos de sol.

Lo único que queda atrás es una fumarola de piedra fundida.

Rygun se pone rígido mientras nos adentramos en las Nieblas Errantes y Maell rachea protegida tras su ala izquierda, ambos en dirección a la frontera, con un fragor de dragones persiguiéndolos a ciegas.

Curiosamente, Raeve está callada, tensa, incluso una vez que dejamos atrás al batallón y volamos libres por los cielos de Bothaim. No es que me hagan falta palabras para saber lo que está pensando.

Aunque todos sobrevivamos a las inminentes caídas lunares, se avecina una guerra en La Llama.



Veya

# CAPÍTULO 21

Mis heridas palidecen en comparación con el aire fresco que se cuela por la zona donde me tiene sujeta Bharon, congelándome hasta lo más profundo. Mi único respiro es la entumecedora oscuridad, que va tomando sorbos de mi conciencia, solo para escupirme de vuelta a este espantoso letargo helado una y otra vez.

No merezco menos.

Veo la aurora ocultarse por el oeste hasta quedar fuera de mi vista y volver a aparecer sobre los picos orientales que hay cerca. Sigo esperando que Bharon me clave más las garras, que me estruje por diversión o que agache la cabeza, me meta en su boca y me mastique como si fuese un tentempié a mitad de vuelo. En parte, consumida como estoy por las cosas horribles que he hecho, incluso lo *deseo*. Sin embargo, cada vez que recupero la conciencia, seguimos volando hacia el brillante horizonte. Bharon bate las alas a un ritmo tan constante que me doy cuenta de inmediato de que están empezando a fallarle.

De que su energía comienza a menguar.

El corazón me da un vuelco cuando disminuye el ritmo de su aleteo. Entonces, advierto que lo que me hiela hasta los huesos no es solo el aire frío que se cuela por los huecos que quedan entre su

garra y mi cuerpo.

También es su pata.

Al principio, estaba caliente, gracias a la sangre que le bullía por las venas. Ahora, noto que su callosa piel está fría como un témpano y me siento como si estuviera en un nido de nieve.

Extiendo el brazo y le toco las pequeñas escamas que protegen el otro lado de su garra. Retiro la mano de lo que parecen placas de hielo y una profunda sensación de pavor hace que me den arcadas.

Descendemos con tal brusquedad que no me sale ni un grito; en su lugar, comienzo a sollozar, aunque *no* por mí…

Por esta pobre bestia zarrapastrosa que intenta desesperadamente llegar al calor de su hogar, rompiendo las cadenas con un vinculado al que creo que una vez quiso, pero quizá sea demasiado tarde para salvarlo.

Todo parece increíblemente duro.

Sus movimientos se vuelven más suaves y, de nuevo, me rodea la oscuridad. Me dejo llevar por ella con todas mis fuerzas, alejándome.

A algún lugar caluroso y feliz donde el aroma de las especias impregna el aire y el sol me calienta la cara. Me siento liviana mientras corro por la orilla de cantos rodados de El Loff hacia unos brazos abiertos. Me envuelve un aroma dulce y cremoso que creo que conozco desde siempre.

El suyo.

«El de mah».

Me aprieta tan fuerte que me cuesta respirar, pero lo agradezco, pues me hace sentir a salvo.

Escondo mi rostro en el suave pecho de mah y me permito venirme abajo.

Otra sacudida me devuelve al frío, al dolor, a la garra helada que me sostiene.

«A la brutal realidad de todas las cosas espantosas que he hecho».

Abro los ojos y miro por entre las garras de Bharon…

Se me para el corazón al ver las montañas escarpadas de la derecha y las llanuras cubiertas de nieve tan cerca que Bharon

podría arrastrar la cola por ellas dejando una estela.

«Por todos los Creadores…».

«No va a llegar a La Llama».

«Tendrá suerte si llega a La Bruma».

Entorno los ojos y, a través del viento que nos azota, observo el brillante horizonte, que parece tan cerca y, a la vez, tan lejos.

Bharon profiere un doloroso lamento que tiene mucho de grito desesperado por sentir el calor del sol sobre sus escamas, contra sus alas, por sentir la piedra caliente bajo sus garras…

«Su hogar».

Vuelve a flaquear, inclinándose demasiado hacia un lado. Se me revuelve el estómago cuando la gravedad nos hace descender, tirando de las flácidas alas de Bharon como si fuesen banderas en medio de una tormenta. Afloja su agarre y me da una brusca sacudida, lanzándome disparada por los aires…

Bulder brama y, luego, gime de dolor cuando Bharon golpea el suelo con tal fuerza que me hace sentir en Gondragh oyendo los volcanes expulsar su corona. Un instante después, la suave nieve me absorbe como una almohada. A pesar de ello, siento punzadas en el hombro y cada latido de mi corazón es una agonía que me hace preguntarme si el órgano está fallando, si voy a morir aquí mismo, mirando el cielo plagado de lunas, tratando de llenarme los pulmones.

Cuando por fin consigo tomar aire, lo hago lenta y agitadamente, aunque enseguida respiro más deprisa y con más facilidad, hasta que inhalo con tanta fuerza que siento arcadas. Me vuelvo justo a tiempo para vomitar en la nieve, con las tripas encogidas y la mandíbula y la lengua doloridas e hinchadas. Después, mis músculos se relajan por fin.

Los depredadores aúllan en la distancia, pero no tengo miedo.

Lo único que quiero es volver a tirarme en la nieve, cerrar los ojos y dejar que la oscuridad me envuelva. Pero entonces recuerdo la sacudida de antes. Me doy cuenta de que Bharon me ha lanzado a la nieve como si quisiera evitar aplastarme.

Como si yo le *importara*.

Resollando, levanto la cabeza y me arrodillo con movimientos

lentos y delicados, aunque eso no impide que el dolor me recorra el hombro y me deje sin el aliento que tanto me ha costado recuperar.

Cuando recobro la compostura, uso mi mano buena para quitarme la nieve de la cara.

Ahogo un grito al ver a Bharon tirado de lado en el suelo no muy lejos, como un montón de sombras, con las alas torcidas y su vulnerable vientre expuesto.

Algo que los siegasables *nunca* hacen.

Su pecho se mueve demasiado despacio y no hay llamas entre las escamas que lo cubren. Es como si todo él se hubiera apagado.

Como si estuviera muriendo en la fría oscuridad cuando lo único que quería era el sol.

Después de lo que ha hecho por mí, me niego a dejarlo morir sin que sepa que me importa. A diferencia de a Tyroth, que lo cambió por un reino robado.

Sollozando, me levanto como puedo y voy cojeando hacia él a través de la espesa nieve… Solo estoy tres pasos más cerca cuando mi cuerpo se vuelve ligero.

Extraño.

La oscuridad me invade con tanta fuerza y rapidez que se me doblan las rodillas…

Aunque no soy consciente de haber caído en la nieve, me despierto con la mejilla sobre ella. Al levantar la cabeza, veo a Bharon incorporándose a duras penas sobre sus cuatro patas, con las alas caídas y la respiración entrecortada.

Gira su pesada cabeza y me mira. He visto antes esa expresión, era la del dragón de mah cuando se elevó al cielo y, con las pocas fuerzas que le quedaban, se dirigió a su lugar de descanso final entre las demás lunas.

Se me desencaja la cara y mi pecho comienza a sacudirse con un sollozo silencioso mientras el horizonte flamea detrás de él como una hermosa burla, un bonito sueño que solo será… eso.

Un sueño.

Algo pasa entre nosotros. Un momento de calma y comprensión que es a la vez confuso y tan claro como el agua.

Echa la cabeza hacia atrás, contemplando las lunas, y suelta un

gemido de angustia que me dice que tal vez no sea capaz de llegar hasta ellas.

«Para descansar junto a los demás».

Mueve las alas débilmente y, al estirar sus raídas membranas, le tiembla todo el cuerpo…

El viento se intensifica, soplando con fuerza contra ellas, como si hinchara las velas de un navío. Parece que Clode acabe de llegar para impulsarlo hasta el cielo.

Para ayudarlo a levantar el vuelo por última vez.

Bharon parece percatarse. Se pone firme e, inspirando hondo, levanta las alas y toma impulso.

Sollozo, girando la cabeza contra el embate del viento helado mientras él asciende dando bandazos, con su lánguido batir de alas resonando por el aire. Es una canción triste que me obligo a escuchar, observando cómo desaparece entre la oscuridad.

Me pongo de rodillas y alzo la cabeza, tratando de seguir su rastro a lo lejos, escuchando mientras las incesantes lágrimas se me congelan en las mejillas.

Oigo su gemido de alivio cuando se libera de la atracción de la gravedad, como si ese hubiera sido su último aliento.

Se adentra en el aura luminosa de una luna de plumaluna cercana; vuela tan cerca que casi choca contra su superficie nacarada, como si buscara su apacible consuelo.

Su *luz*.

Algo que me hace sentir como si se me estuvieran rompiendo las costillas que rodean mi corazón.

Con un último movimiento, se hace un ovillo y se cubre la cara con un ala. Luego, se queda inmóvil y se oyen unos escalofriantes crujidos y chasquidos que reverberan en medio del estruendo mientras su cuerpo se va petrificando.

El silencio que se produce después es ensordecedor.



# CAPÍTULO 22

## Raeve

Algo se enrosca en mi interior como una sierpe esperando para atacar mientras volamos hacia el oeste a través de un vacío gris y blanco. Arriba, nubes de tormenta cargadas; abajo, jirones de niebla, y, entre medias…, aullidos del viento, copos de nieve y demasiado tiempo para *pensar*, para darle vueltas a todo lo que acaba de suceder y estimar las consecuencias, que llegarán.

Nefastas e implacables.

Kaan se acomoda en el asiento; su cuerpo es un peso caliente en mi espalda.

Me fijo en sus manos, que agarran con fuerza las riendas: están llenas de cicatrices y tiene los tendones tirantes y los nudillos blancos. Luego, en sus antebrazos: tensos y con las venas marcadas. Quiero recorrer sus robustas muñecas, deslizar mis dedos por ellas hasta el lugar donde se juntan sus tendones y sentir los latidos de su pulso; una compulsión furiosa casi imposible de contener, tan difícil como borrar de mi mente la imagen de él saltando ante mí.

Interceptando las malditas *estacas*.

Fijo la vista al frente y me calo más la capucha para evitar que la

nieve me caiga en los ojos, mordiéndome la lengua con tanta fuerza que siento el sabor de la sangre.

Hay cosas que necesito decir, palabras que me abrasan la garganta, sentimientos como ascuas que no sé manejar sin quemarme. Así pues, permanecen en mi interior, bullendo, mientras el silencio se vuelve más denso entre nosotros.

Nos adentramos en una escarpada sierra, cuyos picos quedan ocultos por las nubes que nos rodean. La niebla trepa por las laderas como una bestia hambrienta dispuesta a tragarse el mundo.

Maell se acerca más a las alas de Rygun, en busca de protección, impidiéndome ver a Pyrok y Roan. Kaan echa su robusto cuerpo hacia delante y penetramos en la tormenta, una gran tromba de agua, ascendiendo.

«Y ascendiendo».

Estoy tan aplastada entre Kaan y la manta de la silla de montar que lo único que veo es el interior de mi capucha hasta que salimos despedidos al cielo abierto. Maell chilla al ver la aurora naciendo y agita las alas, sacudiéndose la capa de nieve acumulada en su bonito plumaje, rebosante de alegría adolescente.

Pyrok la calma con un cariño que me enternece.

Me quito la capucha para observar nuestro vasto entorno y abro mucho los ojos al ver una sucesión de nubes doradas bañadas por los lejanos rayos del sol y escarpadas cumbres asomando hasta donde me alcanza la vista. Y me doy cuenta de en qué lugar nos encontramos exactamente.

Cerca de la frontera entre La Llama y La Bruma, donde las montañas ya no están redondeadas por los embates del viento y la lluvia, sino que son más empinadas y abruptas. Montañas que, según se dice, están plagadas de salvajes fundefauces que se dedican a cazar, despojando a la cordillera de sus árboles como si arrancaran carne de huesos, árboles que utilizan para construir sus nidos en Bhoggith, no muy lejos de allí.

Montañas que la mayoría de la gente evita a toda costa…, a menos que sienta una pulsión de muerte, lo cual desde luego no es mi caso.

—¿No nos hemos desviado demasiado hacia el sur?

No hay respuesta.

Rygun planea justo sobre las cumbres. Yo me doy la vuelta para mirar a Kaan.

Y me quedo inmóvil.

La piel alrededor de sus ojos… sigue tan agrietada como cuando me tiró al suelo, con fuego brotando entre las fisuras. Un poderoso recordatorio de que Rygun continúa teniendo *algo* en común con él, estimulándolo de alguna manera, tal vez protegiéndolo.

Probablemente ambas cosas.

Kaan baja la vista. Cuando parpadea, sus pupilas se redondean y algunas de las grietas se cierran, aunque el fuego de sus iris sigue vivo.

Suelta una mano de las riendas y la lleva a mi cintura, cogiéndome suavemente.

—¿Estás bien?

«No».

Al ver tan abatido a este hombre, por lo general fuerte e independiente, sostenido en silencio por su dragón, me siento como si yo misma estuviera sangrando por dentro. Me dan ganas de saltar de Rygun, volver corriendo a Bothaim y machacar unos cuantos pulmones. Me cuesta aceptar que no vale la pena correr el riesgo.

—Claro —murmuro volviéndome hacia delante de nuevo, con la mentira en la lengua.

Kaan me aprieta con más fuerza y, luego, me suelta y lleva la mano para coger las riendas de nuevo mientras yo noto más palabras quemándome la garganta, como bestias ardientes encerradas tras mis dientes.

Pero ahora no es el momento adecuado para soltarlas.

Lo que Kaan necesita es concentrarse, aguantar hasta que lleguemos a un lugar seguro donde curarlo.

Con eso en mente, me esfuerzo por controlar mis emociones atándolas a una roca que lanzo bajo la superficie de mi lago helado, consciente de que en algún momento acabarán saliendo a la superficie.

Por el momento, trato de calmar mi mente, dejando que me envuelva el calor abrasador que despide el inmenso cuerpo de Kaan

en lugar de la preocupación.

«Está aquí».

«Está bien».

«Hemos salido con vida».



Sobrevolamos cimas que parecen no tener fin mientras la aurora serpentea cada vez más lejos por el cielo. Ya casi es mediodae cuando el chillido cercano de un fundefauces me hace dar un respingo. Y aún más cuando veo que a nuestra izquierda se agitan las nubes, como si algo se *moviera* debajo de ellas.

—Hay un…

Un fundefauces se eleva en una ráfaga hasta nuestra altura. Es dorado como las nubes que pasa rozando y la luz del sol besa las brillantes puntas de su elegante plumaje. La jinete, encaramada entre sus enormes alas, va enfundada en un traje de cuero con placas pulidas, a juego con los tonos de su dragón, y tiene un porte firme y elegante.

Se inclina hacia atrás y nos mira. Guarda un gran parecido con Veya: el mismo tono de piel vivo, las mismas facciones delicadas y la misma mandíbula decidida.

Y lleva los mismos abalorios marrones entretejidos en la melena.

Sería idéntica de no ser por sus ojos verde musgo, su vientre abultado y la larga trenza color ámbar que le cae por la espalda como una soga.

Nos hace señas para que la sigamos, incitando a su dragón a descender de nuevo a través de las nubes.

Kaan presiona el cuerpo contra mí, empujándome hacia delante, la única advertencia que recibo antes de que Rygun pliegue las alas y se precipite hacia el tempestuoso torbellino, como si se tratara de un cuestionable ejercicio de confianza.

Nos hundimos a tal velocidad que se me tensa la piel y los copos de nieve se me clavan en las mejillas. En cuanto salimos disparados

al otro lado de la nube, Rygun extiende las alas. Se me encoge el estómago al ver que estamos sobrevolando un gran barranco entre dos crestas montañosas, con el gran fundefauces y Maell chillando a nuestra espalda.

Sigo resistiendo el impulso de inclinarme hacia la izquierda y soltar lo poco que he comido sobre la silla de montar de Rygun, ensuciando las alforjas de Kaan, cuando noto que el aire vibra sobre el barranco. Me recuerda a las cúpulas que cubrían las plataformas durante El Gran Flurrt en Dhomm.

Cuando descendemos un poco más, siento presión en la piel, como si acabáramos de romper una burbuja.

El barranco *cambia*. Pasa de ser una pendiente pedregosa sin color ni vida a un pueblo animado que ha brotado en sendas laderas de las montañas, atravesado por un río azul cuyas riberas están heladas y unidas por un puente muy ornamentado.

La nieve cubre los árboles, los cuales dulcifican la arquitectura, y unos orbes de luz blanca cuelgan de sus ramas retorcidas. No obstante, son los edificios los que me cautivan: cientos de casas con tejado a dos aguas, parecidas a aquella a la que Kaan me llevó en las montañas al norte de aquí…, aunque estas son *coloridas*, cada una de un tono, con ventanas que semejan arcoíris fragmentados.

Unos enérgicos fundefauces trazan garabatos sobre el pueblo, todos más pequeños que Maell, y solo llevan una manta como montura. Están haciendo piruetas, jugando.

«Adolescentes…».

Pero ¿por qué hay tantos?

Unos rayos de luz dorada atraviesan las nubes, haciendo que el pueblo helado brille como un tesoro escondido y resaltando las partes planas de los edificios, muy parecidas a pistas de aterrizaje, la mayoría lo bastante grandes como para que quepa un dragón pequeño.

«Este lugar… es para criar dragones».

Sigo maravillándome con las vistas mientras sobrevolamos el río hacia el lado oeste, donde hay unas guaridas excavadas en la parte alta de la montaña, dándole a esta un aspecto de panal de abejas.

Con Pyrok y Roan aún posados entre sus alas, Maell se dirige

hacia una zona más baja, algo típico de las bestias sumisas o más jóvenes, que dejan las guaridas más elevadas a los dragones dominantes y más protectores. No me sorprende en absoluto que Rygun siga al otro fundefauces hacia la parte más alta, la más grande, donde hay dos guaridas individuales cavadas en el precipicio. Entre ellas, se alza un trío de torres naranjas que sobresalen de la piedra, unidas. Me doy cuenta de que se trata de las cabañas de los cuidadores, tal vez de tres pisos de altura.

A pesar del peso del fundefauces, aterriza con toda la elegancia y delicadeza de una pluma cayendo. Rygun hace lo contrario: cae como una roca y, nada más tocar el suelo con las cuatro patas, gira la cabeza, con los ojos fijos en Kaan, las fosas nasales dilatadas y los dientes al descubierto, lo que sugiere que ambos están teniendo una tensa disputa interna.

Sea lo que sea, lo más probable es que me ponga del lado de Rygun.

—¿Dónde estamos?

—En la aldea de Beluhn —murmura Kaan en mi oído, aparentemente ignorando a su dragón, que lo mira de soslayo, mientras enrosca las riendas en una de sus púas—. Aquí estamos a salvo.

—¿Cómo de a salvo? ¿En una escala de «cuántas dagas tengo que llevar encima»?

Hace una pausa y me da un beso en la cabeza.

—Ninguna, Rayo de Luna.

Frunzo el ceño y sigo escudriñando el entorno. Observo que la otra jinete avanza dando zancadas por la hierba cubierta de nieve mientras Kaan pasa la pierna por encima de Rygun y se agarra a las cuerdas. Se queda quieto, aprieta los dientes y cierra los ojos con fuerza. Todas las grietas de su piel se alisan y…

*Desaparecen*.

Cuando vuelve a abrir los ojos, parecen casi normales. No le doy importancia hasta que lo veo flaquear.

Resbala al son del gruñido de Rygun y se me encoge el corazón hasta que lo veo agarrar de nuevo con fuerza las cuerdas. Niega con la cabeza, aparentemente para sí mismo, y continúa bajando a un

ritmo mucho más lento de lo habitual, como si cada movimiento le costase un esfuerzo.

Paso la pierna al otro lado y lo sigo. Al mirar por encima del hombro, veo a Kaan abrazar a la desconocida. Salto los últimos metros y aterrizo en cuclillas. Siento un dolor punzante en mi muslo herido al acercarme a toda prisa a ellos. Aminoro el paso cuando Kaan se vuelve hacia mí.

—Raeve, esta es Siharna Farjór, líder de Beluhn.

Toda calidez desaparece del rostro de Siharna.

Frunce el ceño, entrecierra los ojos y pasa la vista entre Kaan y yo hasta que la acaba fijando en mí.

—¿Te llamas Raeve?

—Así es. —Inclino la cabeza en señal de saludo.

—Solo he oído ese nombre dos veces antes. —Echa un vistazo a la muesca de mi oreja y vuelve a fijar la mirada en mis ojos—. ¿Cuál es tu segundo nombre?

—No tengo.

—¿Apellido?

—No lo recuerda —se apresura a responder Kaan apoyando la mano en el hombro de la líder mientras niega levemente con la cabeza.

A Siharna le tiembla el ojo y aprieta los labios, como si intentara tragarse sus restantes preguntas. Se aclara la garganta, inclina la cabeza y se lleva el puño al pecho mientras me dirige una mirada desde debajo de sus largas pestañas.

—Bueno, Raeve. Es un honor acogerte en mi aldea.

Me dispongo a ofrecerle mis servicios como matarife como pago por su hospitalidad cuando me llega una risita con una ráfaga de viento.

Al volverme, veo a una niña que desciende a toda velocidad por las escaleras de la cabaña del guardián de las guaridas con una sonrisa más brillante que el sol. Cuando llega abajo, echa a correr por la nieve, con su túnica amarilla revoloteando alrededor de sus tobillos y sus rizos castaños ondeando. Parece ajena al enorme siegasable que observa cada uno de sus pasos.

Una feérica corre tras ella, resoplando, con su larga melena gris

despeinada, como si la niña le hubiera metido sus pequeños dedos en la trenza y tirado en todas direcciones.

Siharna suspira y mira a Kaan, con ambas manos apoyadas en su abultado vientre de embarazada.

—Lo siento mucho. Sé que estás cansado por el viaje, pero ella ha tenido la nariz pegada al cristal de la ventana desde que te fuiste. Tuvimos que ponerle un jergón al lado para que durmiera algo. Con cuatro fases, se negaba a salir de la cabaña del guardián, como si fuese una maldita *protesta* dirigida a los Creadores.

—No te disculpes. —Kaan se arrodilla en el suelo y recibe a la pequeña, que se acerca a toda prisa, y la aprieta contra su pecho, casi la excusa perfecta para el hecho de que su pierna haya cedido. *Casi*—. No hay mayor obsequio al regresar —murmura apartándole los rizos rebeldes de la cara con una amable sonrisa.

Auténtica.

Intercambian unas palabras en voz baja y, al verlo, algo me nace en el pecho, un dolor que me impide respirar. Se parece mucho a la…

«¿Tristeza?».

«Qué sensación tan extraña cuando solo veo sonrisas…».

Siharna entorna los ojos mientras observa a Kaan y se pone rígida.

—¿Estás bien?

—Genial —murmura él sin dejar de sonreír a la niña. La mentira le sale de los labios con tanta facilidad que casi se me saltan las cejas de la cara—. Raeve, esta es mi prima, Korie.

«Eso explica el parecido».

Siharna frunce aún más el ceño.

Se acerca a Kaan y le da unos golpecitos con el dedo índice. Al cabo de solo tres toques él se estremece, como si Siharna le hubiera presionado una herida.

Me cubro despacio el muslo ensangrentado con la capa mientras Siharna tira del cuello de la túnica de Kaan, echa un vistazo al interior y murmura algo en una lengua que no entiendo. Coge a Korie en brazos y se la pasa a la mujer regordeta que supongo es su cuidadora.

—Por favor, llévala a casa para que duerma la siesta —dice sin dejar de mirar a Kaan con malicia—. Voy enseguida, en cuanto haya *hablado* con mi sobrino.

Kaan agacha la cabeza.

Haciendo una reverencia, la cuidadora coge a Korie y se la lleva, pasando por delante del fundefauces, en dirección a una escalera tallada en el acantilado mientras hace callar a la niña, que no para de protestar. En cuanto se alejan lo suficiente, Siharna le da de nuevo a Kaan un golpecito en el hombro.

—Vuelve a mentirme, Kaan Vaegor, y te doy una buena tunda.

«Bien».

Kaan suspira, apoya el puño en el suelo y se impulsa para levantarse.

—No quería que Korie supiera que estoy herido —dice con voz apagada—. Ya ha pasado por bastan…

—Si la envuelvo en plumas, no sobrevivirá en este mundo. La abatirá hasta que olvide que tiene agallas y voz, así como el poder de usarla.

Al ver a Kaan bajar la mirada en silencio, advierto que aquí hay algo importante, algo que ignoro.

—Mis disculpas. No debería haber dado nada por sentado.

Siharna resopla y agita la mano, como si estuviera apartando físicamente el tema.

—Supongo que tu peregrino se ha quedado atrás.

—Por desgracia, sí. Voy a tener que…

—Envié una alondra en cuanto Rygun se fue de la guarida. Poco después de que te marchases, la verdad. No pudimos detenerlo por mucho que lo intentamos. Es evidente que sabía que algo saldría mal y… —frunce el ceño—, a juzgar por el estado en que estáis ambos y la sangre, veo que así ha sido. ¿Qué son? ¿Estacas?

—Un estorbo. —Kaan se cruza de brazos, probablemente para ocultar que le tiemblan las manos, algo que le pasa desde que se le suavizaron las arrugas alrededor de los ojos. Levanta la barbilla—. Por desgracia, ahora soy un lastre para este pueblo. Me temo que el Triconsejo no descansará hasta que mi cabeza esté en una pica.

«Antes tendrán que pasar por encima de mí».

Kaan vuelve la vista a mí con toda la fuerza de un volcán en erupción: ojos llameantes, mandíbula rígida, pecho y brazos hinchados como si acabara de salir del campo de batalla. Por su parte, Siharna me mira con las cejas arqueadas.

Al darme cuenta de que he dicho esas palabras en voz alta, aparto la mirada. Me pican tanto las yemas de los dedos que tengo que hacer lo mismo que Kaan.

Cruzar los malditos brazos.

—Bueno, no va a haber cabezas clavadas en picas mientras yo esté a cargo. —Siharna me señala con la barbilla—. Y tampoco mientras lo esté ella, según parece. Eres más que bienvenido aquí mientras esperas al plumaluna.

Se me encoge el corazón al darme cuenta de que está hablando de Líri…, lo que convierte este pueblo en el que mencionó Kaan en su alondra.

—Voy a enviar más patrullas para asegurarme de que nadie se tope por accidente con este lugar.

Kaan inclina la cabeza en señal de agradecimiento.

—Estaremos encantados de alojarnos en las habitaciones libres de la cabaña del guardián para no causar molestias.

Siharna palidece y mira a Kaan como si le hubiera causado una herida mortal, o como si la hubiera ofendido, lo cual en este caso creo que es peor.

—¿La cabaña del guardián?

Me encojo.

Ella niega con la cabeza y se da la vuelta, dirigiéndose con paso firme hacia el camino por el que acaban de llevarse a su hija.

—Os quedáis con nosotros en la casa familiar o en un camino nevado —dice por encima del hombro—. ¡Elegid!

Concluyo que Kaan tiene razón: aquí estamos a salvo.

Nadie puede pasar por delante de la líder, y si lo hacen estoy segura de que se arrepentirán.



# CAPÍTULO 23

Raeve

Me mantengo a dos pasos de Kaan mientras bajamos por la empinada escalera que comunica las guaridas, observando cada movimiento de sus anchos hombros, cada contracción de manos y cada arrastrar de botas como si fuera una bestia al acecho.

Entiendo que su motivación para quedarse en la cabaña del guardián no tiene tanto que ver con no causar molestias como con la proximidad de esta a la guarida de Rygun. Es algo que no ayuda en nada a calmar la gran intranquilidad que vuelvo a sentir, como una llamarada de dragón en el pecho. Tampoco lo hacen los agujeros sangrientos en la espalda de su túnica blanca de runi, agujeros que cuento una y otra vez.

Cinco.

*Cinco* estacas de hierro que iban destinadas a mí y ha interceptado.

Vamos por la mitad de camino cuando Kaan comienza a recorrer con la mano la pared de piedra, como si tratara de estabilizarse. Segura de que está a punto de caer por el acantilado, me acerco y alcanzo una correa de su alforja. Él la aprieta tanto que el cuero cruje, la levanta y se la echa al hombro.

—Tendría que estar muerto para permitir eso —gruñe sin siquiera mirar atrás—. Incluso entonces, te costaría mucho arrancármela de los dedos por fríos y rígidos que estuviesen.

Me enfado y respiro entre dientes.

«Qué terco es».

Recogemos a Roan y Pyrok de la guarida inferior en la que se ha instalado Maell y nos dirigimos al pueblo, donde las escaleras son menos empinadas y el doble de anchas, flanqueadas por unos árboles retorcidos cubiertos de nieve con multitud de orbes de luz. Y, junto a los caminos, hay unas casas alegres que parecen castillos de piedra en miniatura, con coloridas ventanas iluminadas y una chimenea que despide un humo especiado que perfuma el aire como una botica.

Cuando el camino se abre, Siharna se detiene, se dobla sobre sí misma y apoya la mano contra la pared que tenemos a la izquierda mientras toma aire despacio, inspirando por la nariz y exhalando por la boca.

Kaan desprende una oleada instantánea de calor y se endereza. Aparta a Pyrok a un lado y se abre paso hasta posar la mano en el hombro de Siharna…

—No pasa nada —masculla esta levantando la mano—. Si tú puedes llevar tus alforjas con esa pinta de estar a punto de caer fulminado, yo también puedo seguir.

Casi me arrodillo ante ella.

La mujer se aclara la garganta y sigue adelante, tambaleándose tanto que se le menea la trenza a un lado y a otro.

—Faltan siete ciclos y ya se está haciendo notar. Bien saben los Creadores que también me va a poner a prueba.

Pyrok suelta una risita mirando de reojo a Kaan.

—Por si no lo has pillado, iba por ti.

Kaan gruñe y me echa un vistazo con esos ojos que semejan una tormenta de fuego antes de seguir adelante.

Continuamos por la curva del camino hasta llegar a un arco de piedra esculpido con forma de dos fundefauces acurrucados sobre una serie de barras metálicas entrecruzadas. Los guardias que hay a sendos lados golpean el suelo con su grueso bastón de madera y,

llevándose el puño al pecho, gritan:

—*¡Hagh, aten dah!*

Las barras se elevan lentamente con sacudidas, como una mandíbula abriéndose. Eso me recuerda a… otras cosas.

Hago crujir mi cuello, incapaz de calmar la parte rota de mí medio convencida de que estoy a punto de entrar en una arena de batalla llena de azufre, de machacarme la conciencia hasta convertirla en una masa sanguinolenta de carne quemada y trozos de cráneo.

Siharna pasa al interior seguida de Kaan. Tratando de ver con mis propios ojos que no se trata de una trampa, me acerco con cautela.

Ignorando la mirada inquisitiva de Kaan, me adentro en un patio cubierto de nieve sobre el que se alzan numerosos edificios apiñados, como un colorido rompecabezas, cada uno con su propio carácter.

Las barras de la verja se cierran con un pesado golpe, dejándonos encerrados.

Miro alrededor, con la mano temblando en la empuñadura de una daga. Solo me doy cuenta de que estoy gruñendo cuando Kaan se acerca tanto como para hacerme erizar la piel.

—Estamos a salvo, Rayo de Luna. —Sus ardientes palabras roncas me acarician el oído—. Hablaba en serio al decir que no hay necesidad de armas. Este es un lugar pacífico.

No respondo, segura de que, en cuanto abra la boca, escupiré una llamarada de palabras. No obstante, por respeto, retiro la mano de la funda de mi daga mientras observo a Siharna dirigirse hacia un edificio de tonos amarillos por cuyas ventanas se aprecia una cálida luz.

—Por aquí —dice sin volverse.

Kaan pasa junto a mí rozándome, fuego contra mi hielo. Ese contacto me cala hasta el tuétano y, apretando los dientes, vuelvo a examinar los agujeros llenos de sangre de su túnica.

—Podéis quedaros en el pabellón verde —añade Siharna señalando a nuestra espalda un pequeño edificio cubierto de musgo en el extremo norte, de formas delicadas y medio tapado por una

enredadera de color rojizo, con grandes ventanas de tonos empolvados—. Mi hermana, que los Creadores acojan su alma, no lo habría querido de otra manera.

«¿Se refiere a la mah de Kaan?».

Cuando vuelvo a mirar hacia delante, advierto que los movimientos de Kaan son más rígidos que antes. Como si un enorme ser se hubiera posado sobre sus hombros y le hubiera clavado sus garras bien hondo.

—El pabellón azul también está libre y es idóneo para Pyrok y Roan —continúa ella mientras sube por una escalinata hacia una entrada en forma de arco. Las siguientes palabras le salen entrecortadas—. Pero ninguno de los dos cuenta con el material necesario para extraer esas estacas y cerrar las heridas.

Un guardia abre la puerta de par en par y, al ver pasar a Siharna, frunce el ceño. Impregnados por el apetitoso aroma de lo que parece ser sopa de verduras, la seguimos hasta una sala elevada que recuerda a la cabaña de montaña a la que me llevó Kaan, pero con líneas más rectas y muebles de tonos más cálidos. Aunque es difícil concentrarse con los gritos de Korie retumbando por las paredes, un sonido que me sacude como si tuviera un instrumento en el pecho y cada chillido lo rasgase.

Me detengo y dirijo la vista a las escaleras que conducen a una entreplanta medio oculta tras una balaustrada de madera nudosa y piedra.

El origen de los llantos de Korie.

De repente, me cuesta moverme, pensar o respirar, pues todos mis sentidos están en alerta máxima. Aguzo el oído para captar los sonidos de la cuidadora de Korie, que intenta calmarla a fin de que se duerma…, aunque no parece estar dando resultado.

Siharna se dirige a una puerta de madera que hay debajo de las escaleras y la abre de un tirón, señalando lo que parece ser una despensa.

—Adelante, Roan —dice con la mirada clavada en el altillo y la otra mano bajo su abultado vientre—. También hay carne seca y tarros de fruta en miel. Haré que te lleven más víveres en cuanto te hayas instalado.

Roan se acerca cojeando al armario y, tras una inclinación de cabeza, se pone a rebuscar.

Siharna coge una cesta de un gancho en la pared y se la ofrece a Pyrok, que está junto a mí.

—Échale una mano, anda. Tu hermano parece encontrarse casi peor que mi sobrino, mientras que tú tienes pinta de estar…

—Desgraciadamente sobrio —dice Pyrok con tono monocorde guiñándome un ojo. Se acerca a coger la cesta y se asoma por la puerta—. ¿Hay algo ahí para curarme?

—Si te pones creativo… —murmura Siharna, apretando los ojos cuando los gritos de Korie se intensifican.

—¿Está bien?

Al oír la resonante voz de Kaan, me doy cuenta de que no se ha movido desde que entró en el edificio…; sigue al pie de las escaleras, con la alforja al hombro, mirando hacia la entreplanta. Parece más sereno que cuando se subió a Rygun y le ordenó lanzar llamas sobre la ciudad.

—Por desgracia, esta es nuestra nueva normalidad —dice Siharna con los labios apretados y tono tenso, como si sus palabras fuesen astillas arrancadas de lo más profundo—. Su pahpi le cantaba para dormir desde el dae en que nació. No se ha adaptado a su ausencia.

Las dos últimas palabras me golpean con tanta fuerza que, por un momento, creo que se me para el corazón.

Siharna cambia de postura y se frota las estrías que le recorren ambos lados del vientre.

—Bertha es tan delicada como lo era Zior. Es la que más suerte tiene calmando a Korie, pero esta no para hasta que no puede respirar y se le hinchan los ojos de llorar.

Una sensación de opresión se apodera de la estancia, dificultando la respiración.

Robándonosla.

—¿Qué canción?

—*Melodía de la estrella naciente* era su favorita. Solo le daba tiempo a llegar al segundo estribillo antes de que ella se quedara dormida. —La expresión de Siharna se suaviza un poco mientras

baja la barbilla, se mira el vientre y pronuncia las siguientes palabras en voz más baja—. Lo que daría por tenerla enlatada.

Por primera vez desde que posé mis ojos en la estricta líder, veo un atisbo de vulnerabilidad. Me cuesta trabajo presenciarlo; además, mi mirada se siente atraída por la parte donde descansa su mano y, algo que no había hecho hasta ahora, observo con atención su redondez.

Por razones que ignoro, eso me resulta más difícil de mirar, más incómodo, y me hace estremecer hasta lo más profundo.

Me siento como si estuviera entrometiéndome solo por encontrarme aquí, por escuchar, así que bajo la vista a la gruesa alfombra del suelo y, de repente, me intrigan sus fibras retorcidas.

Kaan deja la alforja en el suelo.

—¿Puedo intentarlo?

Se me corta la respiración.

Son solo dos palabras, pero me remueven por dentro. Me desgarran y me dan la vuelta, dejando mi corazón al descubierto.

Completamente vulnerable.

Hay unos instantes de silencio y, luego, Siharna se seca una lágrima de la mejilla.

—Por supuesto. Deja que coja una cosa. —Atraviesa una puerta arqueada y regresa con un instrumento grande similar al que tiene Kaan en Dhomm, pero hecho de madera blanca.

Mirarlo… *duele*. Es como si me hubiesen clavado un gancho en una costilla y tiraran. No sé por qué, ni entiendo la razón por la que de repente me siento tan desesperada por ver a Kaan tocar una melodía con esas oscuras cuerdas.

—El laúd de Zior —murmura Kaan observando a Siharna con cautela.

—Sí. —Ella lo sostiene en alto—. Él solía tocar para ella. Yo nunca aprendí.

Kaan duda y deja las manos colgando a los costados.

—¿Alguien lo ha tocado desde…?

Korie suelta otro grito, tan agudo que hace que enderece la columna.

Siharna presiona el instrumento contra el pecho de Kaan, que

levanta la mano para agarrar el mástil mientras ella da media vuelta y sale apresuradamente de la estancia tambaleándose por el dolor.

Kaan se queda inmóvil mirando el laúd en su mano, cubierta de sangre seca. Abre la boca, como si se dispusiera a hablar, pero se muerde los labios y sube las escaleras en silencio con gran aplomo a pesar de su dolor.

Sereno a pesar de la discordia, de la muerte.

A punto de cantarle a una niña para que se duerma a pesar de tener medio mundo sobre sus malheridos hombros.

Y me pregunto cómo pude creer que no enamorarme de este hombre era una opción, cómo pude creer que era capaz de alejarme de su atmósfera.

Cuando llega a la entreplanta, desaparece de mi campo de visión mientras Korie sigue llorando. Pyrok y Roan continúan rebuscando en la alacena, discutiendo en voz baja, mientras que yo me quedo junto a la puerta, mirando al suelo, a las paredes…, sin saber qué hacer con mis manos, con mis pies…, con *nada*.

Y entonces Kaan empieza a tocar. Una melodía pausada y dulce que desciende hasta mí y rasga las ya deshilachadas cuerdas de mi corazón, sacudiéndome hasta lo más profundo.

Hace que algo dentro de mí cruja, gima y…

Se *mueva*.

Mis pies se desplazan solos. Subo las escaleras y cruzo el parco altillo, pasando junto a la desaliñada niñera de Korie, que inclina la cabeza cuando nos cruzamos.

Al llegar a una ráfaga de luz cálida que se cuela por una puerta abierta, apoyo la mano en el marco y miro por la rendija: una habitación cuidadosamente amueblada y decorada en tonos amarillos, con pequeños fundefauces hechos a mano y unas cuantas lunas colgando del techo. Y, bajo un majestuoso cabecero bellamente esculpido, está Korie, acurrucada en una colcha color crema. Tiene el pulgar en la boca mientras solloza entre jadeos y se le ha enrojecido la piel alrededor de sus grandes ojos verdes a causa de las lágrimas.

Me muevo un poco para seguir su mirada y veo a Kaan en el suelo con una pierna estirada, las cejas fruncidas y unos cuantos

mechones de pelo sueltos que enmarcan sus robustas facciones. Está apoyado contra la pared a pesar del dolor que tengo claro que siente. Un poderoso guerrero salido directamente de un sangriento campo de batalla y trasladado a este pequeño dormitorio de colores y formas suaves acunando el preciado instrumento como si tuviera latido propio.

Una extraña sensación de familiaridad me oprime el pecho y se me forma un nudo en la garganta. Me siento como si estuviera mirando un cuadro que he visto antes, pero no recuerdo cuándo ni dónde. Solo sé que lo he visto.

Él levanta los ojos.

Cruzamos la mirada con la fuerza de estrellas chocando… Entonces, abre la boca y canta: tiene una potente voz de barítono diferente a cualquier otra que haya oído antes, con la profundidad y la firmeza de Bulder, suavizada por una tristeza que llueve y cala hasta el alma.

Descarnada.

Agonizantemente bella.

Siento un cosquilleo en la piel y escozor en los ojos. Me duelen todos los músculos del cuerpo y me dan ganas de hacerme una bola y plegarme alrededor de mi corazón inflamado como una alondra de papel.

Una sensación que no hace más que intensificarse cuando él desvía la mirada de mí hacia Korie con la misma ternura que un dragón protegiendo su nido.

Observo a la niña, ya con la respiración más pausada y parpadeos más lentos. La tristeza ha desaparecido de su rostro. Y, por alguna razón desconocida, todo eso…

Duele.

Toda la escena *duele*.

Me doy la vuelta y bajo las escaleras rápida y sigilosamente, pasando junto a Pyrok, que frunce el ceño mientras sostiene una cesta con botellas de aspecto dudoso. En cuanto salgo por la puerta principal, lleno mis pulmones con una bocanada de aire frío, pero no alivia la opresión que siento en el pecho. Una opresión que me recuerda a…

«Mi Otra».

«Mierda».

Atravieso el patio a toda velocidad y pido a los guardias que me dejen salir mientras todas las cosas que me guardo dentro comienzan a chocar entre sí, mientras algo… se *desata*.

El pánico que siento aumenta a la vez que la presión de lo que sea que esté golpeando mi superficie.

—Por todos los Creadores —murmuro, dando un pisotón en el suelo al ver que las barras se levantan más despacio que la aurora, medio convencida de que estos guardias están a punto de convertirse en comida para la Otra.

«Tal vez si no miro dentro de mí… ella se limite a quedarse donde tiene que estar».

Apretando los dientes, empiezo a caminar de un lado a otro, dando vueltas cortas y bruscas, hasta que las barras se levantan lo suficiente como para que pueda tirarme al suelo y rodar por debajo de ellas.

Y echo a correr, subiendo los escarpados escalones de dos en dos, y apenas he pasado la jaula de árboles cubiertos de nieve cuando se oye el crujido y el chapoteo de mi lago helado resquebrajándose…

Sin embargo, no se trata de la Otra.

Me golpea de lleno una visión.

Un *recuerdo*.

*Paso los dedos por las sábanas de Kaan, por su almohada.*
*Toco con delicadeza las cuerdas de su hermoso laúd, conmovida por la melodía, que me hace añorar su voz, su presencia…*
*A él.*
*Trago saliva y aprieto con fuerza la alondra que tengo en la mano. No aletea en busca de libertad, a pesar de que yo misma he doblado cada uno de sus pliegues como es debido.*
*Con cuidado y precisión, con todo el amor que el mensaje en sí no expresa.*

*Quizá la alondra sepa que no quiero liberarla, que no quiero que Kaan lea las palabras que alberga.*
*Debería decir «Te quiero» más veces que estrellas hay en el cielo. Debería decirle que va a…*
*No.*
*Esta es la única forma de protegerlo, la única forma de mantenerlo con vida.*
*Las cuerdas siguen vibrando con diversión mientras aparto la mirada del laúd y me saco el málmr de Kaan del bolsillo.*
*No me atrevo ni siquiera a mirar por última vez la preciosa talla antes de dejarla sobre su almohada.*
*Suelto la alondra y me doy la vuelta mientras el revoloteo de sus alas de pergamino me pisotea el corazón. Un destello de dolor y luego… nada, como si el órgano se hubiera rendido.*
*Tal vez nunca vuelva a sentir nada.*
*Tal vez no lo merezca…*

Suelto un gemido y se me acelera la respiración, haciendo que me dé vueltas la cabeza.

«¿O es el mundo el que da vueltas?».

Caigo al suelo, golpeándome la espalda contra las piedras del acantilado. Clavo los dedos en la nieve, luchando por que mis pulmones se contraigan más profunda y pausadamente.

Inspiro por la nariz, espiro por la boca.

«Repite».

Con cada inhalación, me concentro en ensanchar mi caja torácica, tratando de hacer suficiente espacio para tragarme el recuerdo y la oleada de emociones que me invaden.

Sin embargo, cada vez que inspiro, se me escapa el aire, como limo escurriéndose entre mis dedos.

Culpo a esa maldita piedra en forma de lágrima. Culpo a los fragmentos del lenguaje macabro de Rayne que infestan mi organismo, ablandándome, cuando antes era absolutamente dura, absolutamente estable.

Cuando todo eso estaba guardado, *escondido*.

Culpo a mi lago, ahora unos metros más bajo de lo que estaba antes de este último embate del pasado. Parece que se esté drenando poco a poco, revelando más de… *todo*.

Meto la mano en el bolsillo de mi capa, agarro el málmr de Kaan y *aprieto*. Soy dolorosamente consciente de la infinidad de lastres que aún quedan amontonados en la guarida de mi Otra; este recuerdo es tan solo un guijarro.

Un simple punto en un cielo lleno de estrellas.

Recuerdos que tenía pensado ignorar el resto de mi existencia, pero tal vez eso fuera una ilusión…

Tal vez los mayores errores de Elluin estén condenados a atormentarme, a alzarse y golpearme hasta dejarme magullada, hasta que sea lo bastante fuerte para el hombre que ha capturado mi frío y duro corazón y digna de él.



Kaan

# CAPÍTULO 24

Pyrok y Roan vienen detrás de mí por el patio, siguiendo mis huellas en la nieve mientras se van soltando pullas que apenas distingo por el repiqueteo de los copos al caer.

Subo por la robusta escalera del pabellón verde hacia la fría claridad de un orbe que cuelga del ornamentado alero, tiro mi bolsa y me agacho para recoger un poco de nieve. La uso para limpiar la sangre y la suciedad que llevo incrustadas en las palmas de las manos, ya que no quiero manchar la casa de mah con las vidas que he arrebatado.

Tengo las manos limpias desde hace rato cuando me armo de valor para levantarme y girar el pomo de la puerta…, que se abre con un chirrido de las bisagras. Con el corazón en un puño, cojo mi bolsa y entro en el vestíbulo, respirando un aire viciado ligeramente endulzado por el lejano aroma de las bayas de mah.

Supongo que las paredes han acabado por olvidarla. Algo que

duele más que las malditas estacas que llevo en la espalda.

Me aclaro la garganta y dejo la bolsa en el suelo mirando alrededor. La distribución es similar a la de la casa que le pedí a Bulder que construyera para mah más cerca de las llanuras.

Copiada de esta, por supuesto, porque quería que se sintiera como en casa cada vez que viniera.

Como su *verdadero* hogar.

Sonrío al recordarla entrando por aquella puerta por primera vez y posando su mirada en mi torpe imitación. Recuerdo que me regañó cuando le supliqué enderezar las paredes una vez que mi tartamudez cesó. Fue como si me hubiera amenazado un huggin; algo entrañable, dado que lo único que son capaces de hacer en realidad es abrazarte hasta matarte.

A ella le encantaba aquella casa. Eso no cambia el hecho de que la mía es un montón de mierda de dragón en comparación con esta, *impecablemente* cantada.

Me agacho, con la llama de Rygun aún rugiendo en mis venas, y acaricio los grabados del suelo: dragones, flores y enredaderas, una oda perfecta al tierno corazón de mah, tallados por ella misma mucho antes de vincularse con el monstruo que me engendró.

Se me borra la sonrisa al trazar la forma de una flor que acuna a un siegasables…

Su ausencia se vuelve más palpable entre estas paredes tan marcadas por su ingenuidad. Esa alma gentil y bondadosa que pensó que podría suavizar las aristas de pah; atraída irremediablemente por él a pesar de sus diferencias morales. Pero me pregunto…

Si hubiera sabido la masacre que sus descendientes iban a causar en el mundo, incluyéndome a mí, ¿habría elegido el mismo camino? ¿Lo habría rechazado a él?

¿Se habría quedado aquí, entre estas montañas que tanto amaba?

¿Habría *vivido*?

Reprimo esos pensamientos, me enderezo y, apoyándome en la pared, empiezo a descalzarme justo cuando Pyrok y Roan irrumpen por la puerta como si esta fuera a cerrárseles en las narices,

sacando los codos y aún riñendo.

Cuando por fin entran, Roan se quita las botas que le ha prestado Pyrok y, con total tranquilidad, pasa junto al asiento bajo en dirección a la encimera de la cocina. Ahí empieza a sacar provisiones de la doblez de su túnica más tieso que un resorte.

—Tú, eh…, ¿crees que se ha largado con el libro?

—Lo más probable —murmura Pyrok quitándose las botas sin mirar con la punta del otro pie mientras rebusca en su cesta: suficientes botellas de licor como para tumbar a un ejército. Se dirige al asiento y se deja caer en él, todavía sopesando sus opciones—. Tenía una mirada muy rara al bajar las escaleras, como si huyese de algo.

«Correcto».

Ni siquiera el más experimentado de los poseedores de un abalorio azul podría hacer lo que Raeve hizo en la guarida de la anthe sin que le pase factura. El hecho de que aguantara tanto tiempo es un auténtico milagro.

Algún dae me dejará ver sus grietas. Hasta entonces, me saciaré con sus respiraciones entrecortadas y sus cejas fruncidas, con cómo se le abren ligeramente los ojos antes de cerrarse en banda, el tenso silencio cada vez que su mente cambia de rumbo.

—Así que sí, creo que se ha ido, junto con tu preciado libro —continúa Pyrok. Descorcha una botella y, tras dar un trago, susurra las siguientes palabras—: De este modo aprenderás a no ser un ladrón de mierda y acabar condenado.

Reprimo un suspiro mientras Roan suelta un gemido con los dientes apretados.

—Por última vez, no pretendía robarlo, solo verlo. Dudo que lo entiendas, ya que ni siquiera tengo claro que sepas leer.

—Sé leer perfectamente, pero no le veo sentido a basar mi existencia en las palabras garabateadas por unos vejestorios que se pasan el tiempo masticando gemas de rocadragón para prolongar su vida —dice Pyrok arrastrando las palabras, y da otro trago—. Y confío en ti tanto como en el contenido de esta botella. —Cierra un ojo y mira fijamente la boquilla—. Sabe a meado de dragón.

«Joder, van a ser unos daes muy largos».

—Ya volverá —murmuro colgando mi túnica en un gancho de la pared—. Con el libro. Sabe lo importante que es, dada la protección que podría ofrecer frente a las próximas caídas lunares.

El silencio bulle mientras Roan retoca sus útiles para sanarme, lanzando miradas a su hermano. Aún tiene que pasar las pinzas por el fuego, preparar tinturas y bálsamos y desinfectarse las manos.

Todo eso lleva tiempo.

No dice nada bueno de mí que siga aceptando la fuerza de Rygun ahora que estoy a salvo, pero, si lo excluyo mientras espero a que me saquen las estacas y graben la piel, estoy casi seguro de que tendré que confiar en que Pyrok me suba por las escaleras para descansar.

Lo miro ahora jugando con una bola de fuego, todavía dando tragos de la botella.

Una palabra equivocada y se convertirá en una antorcha.

Ya lo bastante herido, paso junto a los hermanos, cojo mi bolsa y me dirijo a la escalera. Nada más pisar el rellano, sofoco la llama y la fortaleza de Rygun, así como todo lo demás que me ha infundido. Luego, tiro abajo una pared y utilizo casi todas las fuerzas que me quedan para levantarla de nuevo fortalecida.

Él grita tan fuerte que las ventanas tiemblan, llenando el barranco con su estruendosa ira, como si un volcán próximo acabara de entrar en erupción.

«*Dath doon ah* —digo por dentro a pesar de que pierdo el equilibrio y se me cae la bolsa, pues me tambaleo tanto que mi hombro choca contra la pared—. *Dath doon ah, Rygun*».

«Estamos bien».

Lo veo todo negro y el agotamiento me golpea como una tabla de madera en la cabeza. Es tal el cansancio que supera el dolor de las heridas en mi carne y huesos, de las estacas que se me hunden más cada vez que respiro.

—Maldita runa de sangre —murmuro avanzando por el pasillo en dirección al dormitorio principal, por cuyo ventanal se cuela un colorido haz de luz.

La gran cama adoselada junto a la pared del fondo me está llamando, pero, en cuanto toque esas gruesas pieles de color rojizo,

probablemente caeré en coma.

Rygun vuelve a rugir. Su ira sacude mi muro interno mientras me acerco a duras penas al ventanal. La mesa de piedra y las sillas que hay debajo parecen decorativas y me da miedo romperlas, por lo que me siento aliviado al comprobar que soportan mi peso.

El tiempo se desdibuja a la vez que mi visión se vuelve cada vez más borrosa. Las sombras de miles de copos de nieve me hipnotizan, haciéndome entrar en trance.

La barbilla me cae dos veces sobre el pecho antes de que Roan entre cojeando en el dormitorio con la cesta de Pyrok, ahora llena de útiles de sanación. Su hermano entra tras él con mi alforja colgada al hombro, tres botellas en un brazo y una taza en la otra mano.

—¿Se traslada aquí la fiesta?

Gruño, incapaz de mantener los ojos abiertos. Él tira mi alforja junto a la cama, se sienta en la otra silla y comienza a dejar sus cosas sobre la mesa.

—Estás hecho una mierda.

«Tiene sentido. Me siento hecho una mierda».

Pyrok saca un trozo de carne seca de su bolsillo y me lo agita delante de la cara.

Hago acopio de fuerzas y lo aparto, pues no tengo tanta hambre como para comer nada que haya estado ahí.

—Tú te lo pierdes —dice hincándole el diente mientras, con la otra mano, intenta quitarle el corcho a una botella.

—Permíteme que discrepe.

Roan coloca sus útiles y, luego, se dirige al lavabo, llena un cuenco con agua y lo deja a mi lado. Lo veo demasiado sereno para haber sido azotado por el fuego este dae.

—Primero cúrate las heridas, Roan. Vas a necesitar fuerzas para grabarme.

Agita bajo mis fosas nasales una tira plana marrón, mustia y con algunos pelos que huele a huevos podridos, lo que está a punto de hacerme vomitar, devolviéndome a la plena conciencia con la misma eficacia que si me hubiese dado un puñetazo en la nariz.

—Llevo vaciando el dolor de mi mente desde que me subí a lomos de Maell —dice entrecerrando los ojos para mirarme a través

de sus gafas destrozadas, como si estuviera comprobando si me entero de las cosas—. Vuela tan erráticamente como una alondra de papel. Casi me desmayo dos veces.

—Bastardo desagradecido —murmura Pyrok con la boca llena mientras se sirve más licor en la taza—. La próxima vez, puedes montarte en su tracto digestivo.

Roan se aparta el pelo de los ojos y mira por encima del hombro, con la cosa que tiene en la mano a punto de golpearme la boca.

—Sinceramente, sería más divertido. Si volaras sobrio de vez en cuando, la ayudarías a llevar un ritmo más suave.

Pyrok estampa la botella contra la mesa, le pone el corcho y lo presiona con el puño.

—Podrías meterte tus consejos por el culo.

Suspiro y le aparto la mano a Roan.

—Si vais a volver a pelearos, podéis iros al pabellón azul. Ya buscaré a alguien que me saque las estacas.

O… puedo irme a dormir. Olvidar, por un momento, que acabo de provocar una guerra con el Triconsejo.

Olvidar las lunas que amenazan el reino que nunca había pensado gobernar hasta que me encontré en el despacho de pah con su cabeza colgando de mi mano. Olvidar las duras verdades que tengo que contarle a Raeve y esperar que no alimenten su sed de sangre. Luego, está mi hermana, Kyzari, *Grihm*…

—Cómete esto. —Roan me pone delante de la cara algo que se parece mucho a una caca de roedor.

—No.

Pone los ojos en blanco.

—Jitunbaya, parcialmente deshidratada. Te dará un subidón de energía, a menos que quieras desmayarte mientras te saco las estacas. En ese caso, ponte en la cama y empiezo.

Arqueo una ceja.

«No es mala idea…».

El chirrido de unas bisagras paraliza cada célula de mi cuerpo y una ráfaga de viento me trae el aroma de Raeve como un regalo de la propia Clode.

No oigo cerrarse la puerta ni tampoco los pasos de Raeve, pero

se me eriza la piel al notar su proximidad. Mis instintos me hacen consciente de su presencia, al igual que Rygun es consciente de la línea invisible que no puede cruzar cuando vuela muy alto, no sea que la gravedad pierda su control sobre él.

Cojo la jitunbaya-deshidratada-que-parece-una-mierda y me la meto en la boca. Al morderla, frunzo el ceño por la desagradable acidez que explota en mi lengua, mientras miro fijamente la puerta, buscando algún movimiento.

Todo lo demás se desvanece.

Soy vagamente consciente de que Pyrok levanta la tapa de su vial y ordena a Ignos que devore la leña de la ornamentada chimenea, iluminando la habitación con un cálido resplandor. Soy vagamente consciente de que Roan quema las pinzas mientras me pide que me quite la camisa.

Empezando por el cuello, comienzo a desabrocharme los botones y, cuando estoy llegando al diafragma, Raeve atraviesa la puerta como una ráfaga de viento helado, todavía con capa negra y botas y un montón de copos de nieve por el cabello, que le cuelga como un velo negro.

Dejo las manos quietas.

Me muero por sus suaves facciones y no soy capaz de atraer su mirada, que parece escudriñar todo menos a mí…, hasta posarse en la chimenea.

Aprieta los labios.

Se acerca a la mesa y se detiene tan cerca que podría inclinarme hacia delante y descansar la cabeza contra sus costillas si fuera lo bastante valiente.

—El libro está abajo junto a la puerta —dice, y luego levanta una de las botellas de Pyrok, con la mano aún envuelta en ese extraño hilo plateado que está ahí, pero… no está. Me dispongo a preguntarle por ello cuando descorcha la botella con el pulgar y se la lleva a los labios. Da un trago largo y, después, frunce el ceño y la mira con la misma expresión que puso Kyzari al probar mi hidromiel en Gore.

Un pensamiento que hace que se me encoja el corazón.

—¡Bien por ello! —se ríe Pyrok chocando su taza contra la botella

de ella y apurándola. Luego, frunce el ceño al ver el tenue resplandor plateado y lo señala—. ¿Qué coño es eso?

—Ni lo sé ni me importa —murmura Raeve con la cara desencajada mientras se dirige a la cama botella en mano, aunque obviamente sepa a pis lo que contiene.

Pyrok y yo nos miramos.

—Yaaaa. —Pyrok deja la taza en la mesa con un golpe y la vuelve a llenar—. Pensaba que te habías largado. Otra vez.

Hace un sonido gutural que sugiere que Roan acaba de darle un pisotón.

Me ahorra tener que girarme y pegarle una patada por debajo de la mesa.

Raeve se deja caer en el extremo de la cama. Con los codos sobre las rodillas, se inclina hacia delante, dejando que la botella cuelgue entre sus piernas.

—Me estoy quitando —dice esbozando una media sonrisa que me acelera el puñetero corazón.

Entonces, por fin, me mira a los ojos.

Que me alcanzase un rayo sería más suave, menos impactante que la forma en que me mira, sin pestañear.

Continúo desabrochándome los botones y, cuando llego al último, me abro la camisa. Ella echa un vistazo a mi pecho desnudo, luego levanta la botella y da otro trago.

Alzando una ceja, me quito las mangas. Aunque al moverme siento un tirón en mi costilla que tiene una maldita estaca, me niego a poner una mueca de dolor y tiro la camisa al suelo mientras Roan sigue preparando su espacio de trabajo.

Imito la postura de Raeve; la baya que he comido me llena de energía.

O tal vez sea el fuego que me arde en las venas.

*No* el de Rygun.

La llama que prendió cuando Raeve destrozó la guarida acuática de la anthe, se paró delante de un montón de agua agitada y miró hacia atrás por encima del hombro, hacia mí, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas, diciéndome cosas con sus ojos que no tengo claro si imaginé, aunque espero que no.

Cuando Roan comienza a frotarme la espalda con un bálsamo desinfectante frío, levanto el puño. Él se detiene.

—¿Algún proble…?

—Ella primero.

Raeve se queda quieta con la botella en los labios y endurece el gesto.

La tensión aumenta.

—Una estaca le atravesó el muslo derecho —aclaro manteniendo el contacto visual con ella—. Ella primero.

Tras un instante de silencio, Raeve resopla, da otro trago largo y estampa la botella en el suelo. Se acerca a mí tambaleándose con tres pasos lentos, coge las pinzas de la mesa, se abre la capa y levanta la pierna, colocando el pie justo entre mis piernas separadas. El corazón me late tan fuerte y rápido que estoy seguro de que está a punto de estallar.

Entonces, clava las pinzas en el agujero ensangrentado de su muslo.

—Joder, Raeve.

Busca a tientas, tensa la mano alrededor del instrumento y, sin pestañear, arranca la estaca y la deja caer sobre la mesa junto con las pinzas. Se limpia la sangre de las manos con la capa y se inclina tanto sobre mí que me ofrece una vista poco agradable de su herida abierta, de la que ahora brota sangre lentamente.

Aparto la mirada.

Coge un tubo de hilo, del que arranca un trozo con los dientes, soltando lo que sobra, y enhebra una aguja en forma de gancho. Después, vuelve a la cama, donde se sienta y se rasga el agujero de los pantalones. Luego, rocía la herida con el licor de la botella; sé que debe de doler, pero ella se muestra impasible, da otro sorbo y vuelve a dejar la botella en el suelo, entre sus pies.

La miro con incredulidad mientras se clava la aguja en la piel y empieza a coserse la herida. Con cada tirón de carne, mana sangre y el hilo luminoso que le envuelve la mano y la muñeca brilla a la tenue luz.

—Bien —dice Roan aclarándose la garganta—. Eso me ahorra trabajo.

—Y me recuerda que tengo que volver a ponerme los malditos pendientes —murmura Pyrok inclinándose hacia atrás para rebuscar en su bolsillo.

Roan me da un codazo.

—Échate hacia delante.

Obedezco, apoyando los codos en las rodillas y esforzándome por mirar a Raeve curándose a sí misma con puntadas mal dadas. Estoy bastante seguro de que me está diciendo algo, aunque probablemente ella no se dé cuenta.

Apenas me fijo en que Roan limpia las pinzas y vuelve a pasarlas por el fuego. Apenas advierto que hunde las pinzas en cada herida, agarra las estacas y las saca. Estoy demasiado absorto en el modo en que las largas pestañas de Raeve ensombrecen sus gélidos ojos, dándoles un tono más oscuro.

Sus labios fruncidos, la curvatura de su mandíbula, la intensa concentración de su rostro…, todo ello forma una dura coraza que oculta lo que se esconde debajo.

Tira del último punto y lo ata con un nudo, utilizando una de sus dagas para cortar la aguja mientras a mí me sacan la última estaca de la costilla.

Las canciones de Ignos y Bulder me golpean de lleno de un modo muy grato y, respirando hondo, murmuro una orden.

—Fuera.



Kaan

# CAPÍTULO 25

Raeve levanta la vista.

Al darse cuenta de que mi orden no iba dirigida a ella, alcanza la botella que tiene entre las piernas.

Da otro trago.

—Sin ánimo de ofender, estas heridas sangran bastante —dice Roan limpiando con un paño la sangre que me gotea por la espalda —. Si no las cierro con un grabado o, como mínimo, las coso, tal vez…

—*Sishath, Ignos. Heith asha veh shiel zuisten juth-ah.*

Raeve se pone rígida y desvía la mirada cuando una mano ardiente emerge del hogar como una flor naciente mientras Ignos sisea con un júbilo voraz.

Listo para darse un festín.

—*Zist av shún*…

Roan se aparta justo a tiempo de esquivar la mano de fuego que se extiende hacia mí y presiona mis heridas con sus cinco dedos.

Uno por cada una.

Aprieto los dientes y aguanto el fuego que me cauteriza y el olor

a carne quemada…, cosas ambas que solían postrarme, atormentado por los recuerdos de pah azotándome hasta destrozarme mientras me ordenaba que *tomara el control*.

Una vez que estoy completamente derretido y sellado, persuado a Ignos de que se retire de nuevo al hogar y se eleve por la chimenea, para disminuir el calor de la estancia mientras los dos hermanos salen dejando todo tras ellos excepto el alcohol.

La luz fría favorece a Raeve. Resalta sus ojos, que semejan piedras preciosas, y la crudeza de las sombras acentúa sus ya de por sí regias facciones. Tiene el tipo de belleza que hace girar cabezas y deja corazones rotos…, y ella ni siquiera se da cuenta.

—Eres deslumbrante —le digo.

Se le forma una leve arruga entre las cejas. Aparte de eso, no se mueve.

—No te lo dije lo suficiente. Algo de lo que me arrepentí cada dae durante más de cien fases.

No hay respuesta.

La puerta principal se cierra con un clic y, a pesar del silencio glacial de Raeve, me relajo, cómodo en nuestra atmósfera compartida. Es una sensación que me hace querer recostarme en la cama con ella pegada a mi pecho, cerrar los ojos y olvidar todo lo que no pertenezca a esta habitación.

Aunque ella parece más partidaria de cometer una serie de asesinatos que de dejar que la envuelva en mis brazos.

Suspirando, cojo el cuenco de arcilla y lo pongo en el taburete vacío a mi lado. Sumerjo un paño en el agua y empiezo a limpiarme el pecho y los brazos. Me inclino hacia delante para volver a mojar el paño y eliminar la suciedad.

Solo cuando Raeve se arrodilla entre mis piernas separadas, dejándome sin aliento al tiempo que me coge la mano, me doy cuenta de que estoy temblando.

Me aclaro la garganta mientras ella me retira los dedos del trapo y me lo quita. Aun así, cuando me lo pasa por la clavícula y baja hacia mi esternón, sus ojos son como témpanos de hielo.

Sus movimientos… *tiernos*.

Se me eriza la piel con cada una de sus lentas caricias.

—Nunca antes me habías lavado… —Tampoco la había visto moverse con tanta delicadeza y lentitud, en contraste con su arrolladora energía.

Advierto algo en sus ojos.

Sumerge el paño de nuevo y se centra en mi pectoral derecho.

—¿Todavía quieres que estemos juntos, Kaan?

Aunque sus palabras son tan implacables como su expresión, mi respuesta es amable, inmediata.

—Siempre.

Levanta las pestañas y deja la mano quieta cuando cruzamos la mirada. El corazón se me acelera con tal violencia que parece como si una espada lo hubiera atravesado.

—Tú y yo. No Elluin. *Yo*.

—*Siempre* —repito con todo mi ser.

Desvía la mirada y continúa pasándome el paño por el pecho.

—Entonces, tengo que dejar algo muy claro. —Vuelve a inclinarse, con la mirada fija en su tarea—. Si mueres, no pienso quedarme callada guardándote luto.

Siento una opresión en el pecho, justo debajo del paño que ahora me pasa por el pectoral izquierdo.

—Rayo de Luna…

—No pienso limitarme a aceptar tu ausencia como pago por el privilegio de haberte tenido, ni voy a mostrar la compostura de la que tú haces gala —suelta con regia entereza mientras moja el paño. Escurre el trapo con tal fuerza que se le ponen blancos los nudillos—. *Arrasaré* el mundo para vengar tu muerte, Kaan Vaegor.

El ser egoísta que llevo dentro está a punto de rogarle que repita sus palabras, una y otra vez, hasta que parezcan reales.

La habitación pierde todo su calor, haciendo que se me erice el vello de los brazos a pesar de que el paño lo alisa.

—Mi nombre se convertirá en una maldición que la gente no se atreverá a murmurar por miedo a que aparezca cual bestia rabiosa en busca de venganza —gruñe con una brutalidad que me pone los pelos de punta—. Me alimentaré de la carne de *cualquiera* que se atreva a susurrar una mala palabra sobre ti.

Le sujeto la muñeca con una mano y la barbilla con la otra,

inclinando su cabeza para verle los ojos. Frunzo el ceño al ver sus pupilas, algo dilatadas y moteadas de luz. Sin embargo, al mirarlas, se contraen y los destellos se desvanecen tan deprisa que me pregunto si de verdad los he visto.

—Ya te lo he dicho, Rayo de Luna, la venganza es la deidad más solitaria de todas. —Suavizo el tono—. Pensaba que a estas alturas ya te habrías dado cuenta.

—Soy dura de mollera —replica ella, y levanto una ceja—. Además, esta historia tiene una moraleja destinada a evitar que hagas una estupidez, como lanzarte bajo una lluvia de estacas silenciadoras de los Creadores destinadas a acabar conmigo.

«Ah».

Miro mis manos, llenas de heridas, seguro de que si Raeve supiera cuántas vidas he arrebatado con ellas, cuántos cuellos he roto y rebanado, estaría menos preocupada por mi bienestar. En realidad, solo hay dos heridas a las que no sobreviviría:

Perder a mi dragón, que ahora mismo está muy enfadado agitándose de un lado a otro por el cielo.

Perderla a *ella*.

Su respiración se vuelve agitada cuando tomo su mano entre las mías y me la acerco para besarle la parte interior de la muñeca.

—Con todos mis respetos… —murmuro con la suavidad de una nana mientras la miro—, te resultaría más fácil hacer girar el mundo al revés que convencerme de que anteponga mi vida a la tuya.

Entreabre los labios, sin duda preparándose para lanzarme unas palabras incendiarias. Pero no quiero su hostilidad, no ahora.

Le separo los dedos del paño con suavidad. Aunque frunce el ceño, lo suelta.

—¿Qué estás…?

—Dices que eres dura de mollera, pero yo sé que no es cierto. —Mojo el paño y, tras escurrir el exceso de agua, le limpio la sangre que tiene alrededor del fino corte de la mejilla mientras se le tensa todo el cuerpo.

Traga saliva, mirándome con una determinación feroz, y sus siguientes palabras suenan ásperas:

—Ilústrame.

—Cuando llegaste a Dhomm, no dominabas el idioma de Bulder, a pesar de que lo oías alto y claro. —Mojo el paño de nuevo, lo escurro y empiezo a limpiarle el hollín y las salpicaduras de sangre de la frente y la nariz—. Como no tenías motivos para priorizarlo, te dedicabas a perfeccionar otras canciones que se consideraban más útiles, teniendo en cuenta dónde residías antes. —Le limpio la piel entre las cejas fruncidas, alisándola, y vuelvo a pasarle el paño por la mejilla—. Así pues, te di clases.

Advierto un destello en sus ojos cuando dirige la vista lejos de mí, hacia la ventana.

—Clases…

—Sí, padecías una… enfermedad. —«Agravada por la Piedra Éter»—. Por eso, nos centramos en órdenes pequeñas que no te cansaran. —Deslizo el paño por la delicada piel de su cuello, limpiando más manchas y salpicaduras de sangre. Y, aunque sigue con la vista fija en algún punto a mi espalda, echa la cabeza hacia atrás, facilitándome el trabajo.

Una victoria monumental que no quiero hacer notar por miedo a que se escabulla.

—A pesar de tus reveses, lo que a mí me llevó tiempo aprender tú lo aprendiste en cuestión de daes. Bulder era *arcilla* en tus manos.

«Igual que yo».

Vuelvo a mojar el paño y me pongo a limpiarle la otra mejilla.

—Eres mucho más inteligente de lo que crees. Sin duda, lo bastante como para saber que esta discusión no lleva a ninguna parte.

Para suavizar el golpe, me inclino hacia delante, atreviéndome a rozar ligeramente su sien con los labios. Cuando me aparto, lo justo para mirarla a los ojos, veo que cierra los párpados.

Un ligero debilitamiento de su dura coraza.

Incapaz de esconder la media sonrisa que se me escapa, le aparto el pelo del hombro para poder limpiarle el cuello.

—Te equivocas.

«Ya estamos».

—¿Por qué, Rayo de Luna?

—Dices que aprendo rápido, pero, si fuera así, no estaría haciendo esto. —Se endereza, se desabrocha la capa y se la quita, dejando al descubierto una fina camisa negra abotonada hasta la clavícula.

Se me detiene el corazón.

La ligera tela le marca las curvas y deja entrever sus pechos descaradamente, pues no lleva nada debajo.

Caería de rodillas de no estar ya sentado.

Me coge de la muñeca y, tras quitarme el paño, se lleva mi mano a su cintura. Una suave caricia a la que no soy inmune, ni siquiera en mi estado de debilidad.

Ni aunque estuviera resollando con mis últimos estertores.

—¿Y por qué dices eso? —le pregunto con voz ronca mirándola a los ojos, dos ranuras de un azul vibrante enmarcadas por sus densas pestañas.

—Porque tu tacto… me descoloca, me impide pensar con claridad. Algo de lo que soy muy consciente. —Desplaza mi mano hacia arriba hasta que casi le cubre el pecho derecho, con los pezones tan duros que parecen querer atravesar la tela—. Y sin embargo…

«Y sin embargo…».

Bajo la mirada a mi mano y vuelvo a levantarla.

Veo el desafío en sus ojos.

—¿No decías que ya no te quedaban banderas blancas?

Contrae el labio superior, enseñando los dientes.

—Que les den a las banderas blancas.

—Entonces, dime que pare —gruño entre dientes levantando la mano hasta rozarle el pezón con el pulgar, haciendo que escape de sus labios un leve gemido, lo que me calienta la sangre, como si ella acabara de verter lava por mis venas.

Arquea la espalda, una silenciosa petición de su cuerpo para que me arriesgue. Demasiado silenciosa.

«No es suficiente».

Le aparto el pelo de la cara mientras le acaricio el pezón con el pulgar y el índice, susurrándole al oído:

—Si crees que soy tan malo para ti, dime que pare.

Tiembla, tirando de mí hacia ella, y se le comienza a acelerar la respiración.

Sigue estando demasiado callada.

Sigue sin *ser suficiente*.

Me muevo hasta rozar con los labios su pómulo izquierdo.

—Dime que pare, Rayo de Luna. —Le inclino la cabeza a un lado y le susurro a lo largo de la línea de su mandíbula—. Puedes recuperar tu silencio y yo volveré a amarte desde la distancia, dedicando cada latido de mi corazón a desear que me dejes meterme bajo tu piel…

Me agarra la cara y me acaricia la barba.

Y me besa con la fuerza de una avalancha.



# CAPÍTULO 26

Raeve

El ruido que hace es animal.

Me rodea con los brazos, apretándome contra él, tan cerca que siento cada subida y bajada de su pecho, que oigo los fuertes latidos de su corazón, y sus gruñidos guturales hacen que se me contraiga el abdomen y sienta un cosquilleo.

La pesadumbre que me embarga comienza a disiparse y se ve sustituida por una calidez que está brotando bajo mis costillas. Cada tierno movimiento de nuestras bocas me libera de la ira del miedo, del pánico de pensar que iba a morir este dae.

Que iba a fallarle a este magnífico hombre que da mucho más de lo que recibe.

Pero está aquí, a salvo.

*Vivo*.

Lleva las manos a ambos lados de mi cara, separándome lo justo y necesario para mirarme a los ojos, y la feroz devoción que veo en sus pupilas me destroza. Porque es un potente recordatorio de que sus palabras son ciertas.

Que valora mi vida por encima de la suya y nada de lo que diga o haga lo convencerá de lo contrario. Ni siquiera mi amenaza de

destruir el mundo si falta.

—Por todos los Creadores…, cómo me cabreas.

—Porque me quieres —murmura esbozando una leve sonrisa al ver que no estoy de acuerdo.

Pero sí estoy de acuerdo.

Me aprieta de nuevo contra él, gimiendo en mi boca mientras le acaricio la barba con los dedos y lo beso como si lo respirara. Me angustio al darme cuenta de que me he estado asfixiando desde que nuestros labios se encontraron por última vez, privándome de su penetrante aroma, del tacto de sus manos ásperas en mi piel, masajeando mis partes blandas, como si comprobara que sigo siendo real.

Me agarra de la parte posterior de los muslos con una sólida confianza que me acelera el pulso, me separa las piernas y me levanta. Mantiene nuestros cuerpos pegados mientras se dirige hacia la cama y se sienta en ella con mis rodillas a ambos lados de su regazo.

Y lo siento… *ahí*, duro como una piedra contra mi vulnerable vientre, desatando un calor que se me extiende por los ligamentos como las raíces de un árbol.

Cada vez más profundo.

Muevo las caderas, frotando nuestros cuerpos con un marcado vaivén que no hace más que avivar lo que siento en lugar de calmarme.

Tampoco ayuda que él me coja el pecho y empiece a rozarme el pezón con el pulgar, provocándome una oleada de placer en todos los nervios.

Gimo, echando la cabeza hacia atrás y sacando el pecho.

Una silenciosa súplica de que quiero *más*.

Él baja la cabeza y me llena de besos la clavícula y el contorno de los pechos, atravesando con su cálido aliento la fina tela que me cubre.

Una agonizante provocación.

—Maldita camisa —gimo rasgándola. Los botones saltan y yo me libero, instándolo a seguir adelante.

Él suelta un profundo gruñido gutural y se mete mi pezón en la

boca, poniéndomelo aún más duro y enturbiando mis pensamientos mientras me adentro en un delirante torbellino con cada deliciosa pasada de su lengua.

—Verte remar en ese maldito bote hacia las campanas casi acaba conmigo —suelto, unas palabras descarnadas que se me escapan—. No quiero volver a sentirme así *nunca más*.

—Lo sé —murmura contra mi pecho dejando un reguero de besos por mi cuello, justo detrás de la oreja—. Lo sé, Rayo de Luna.

No es una promesa.

No es una respuesta tajante.

Solo una suave aceptación para encajar mi golpe, algo que me infunde un ansia desenfrenada.

Se me tensan los músculos, se me estiran los tendones. Me pego contra él, besándolo mientras todo el miedo y la ira que siento explotan bajo mi piel y noto un pálpito destructivo entre las piernas. Es como una llama a punto de hacer arder el mundo si no se apaga.

—Y esa maldita *runa*… —me quejo metiendo la mano entre nosotros para desabrocharme los pantalones. Le agarro la mano y lo insto a *bajarla*, levantándome para que pueda meterla en mi ropa interior.

Su gruñido de respuesta es más bestial que feérico.

—Esa *maldita* runa… —repite deslizando sus dedos en el punto donde se juntan todos mis nervios, separándolo.

*Abriéndolo*.

Cuando vuelve a frotarme, estoy tan mojada que cada uno de sus lentos giros amenaza con llevarme al límite. Tengo los ligamentos del bajo vientre tan tensos que parece que se me vayan a desgarrar.

—Ya que estamos con el tema… —jadeo con las manos en su pelo mientras elevo las caderas, facilitándole que meta los dedos más adentro—, has de saber que luché contra un triconsejero mientras te arrastraban fuera de la Ciudadela. Y, por desgracia, me quedé sin tiempo para triturarle los pulmones.

«Solo».

Él suspira.

En lugar de meterme los dedos, como yo deseo

desesperadamente, continúa moviéndolos por la parte de fuera, húmeda y palpitante, provocándome hasta el delirio.

—Pondrán nuestra cara en carteles de «Se busca».

—Eso supondrá su muerte.

Kaan suelta un rugido mientras enreda su mano libre en mi melena y, luego, tira suavemente de ella hasta que mi mirada se posa en el techo, dejándole el camino libre para recorrerme el cuello con besos.

Es una combinación arrolladora: me mantiene en un torbellino de placer mientras causa estragos en mis terminaciones nerviosas. Hasta que me convierto en un revoltijo de tensión contenida a punto de explotar.

—Ni siquiera *tú* puedes asfixiarlos a todos —gruñe contra mi piel.

«¡¿Que no?!».

Abrumada por el irrefrenable impulso de abrir la boca y clavarle los dientes en la garganta para demostrarle lo salvaje que puedo llegar a ser, estoy a punto de soltar mi melena de su mano cuando él introduce sus dedos dentro de mí, acabando con mi salvaje ira de un plumazo.

Casi me desmayo del alivio y se me escapa un profundo gemido mientras él me penetra lenta y tiernamente con los dedos, soltando al fin mi pelo y permitiéndome besarlo.

*Adorarlo.*

—Por desgracia para… ellos y para cualquiera que… amenace tu existencia… —jadeo contra sus labios mientras muevo las caderas al ritmo de sus lánguidos movimientos en busca de ese ávido palpitar —, no hay nada que… me estimule más que el hecho de que… me subestimen.

—Ah, ¿sí?

«Sí».

—Si van a por ti o… por La Llama…, *aniquilo* a esos cabrones.

—Ay, Rayo de Luna, no lo dudo.

Parece tan impresionado por mi confesión como yo lo estaba por cruzar las llanuras Boltánicas en la boca de Rygun.

Cero por ciento.

—Hablas mucho para estar tan húmeda e inflamada —gruñe

sacando los dedos para masajearme con suavidad. Me arden las mejillas por sus palabras—. Quizá deba poner más empeño.

—No te… fuerces.

Se pone en pie, levantándome.

Envuelvo su cintura con las piernas solo un instante, pues al momento me tumba boca arriba sobre las pieles. Apoya una mano en el lecho junto a mi cabeza y se inclina sobre mí como un poderoso Creador de carne y hueso, con los músculos hinchados, convirtiéndome en un ser que solo se retuerce y gime palabras ininteligibles.

Su aspecto, su olor, el tacto de sus dedos moviéndose dentro de mí… bastan para que me abandone a la lujuria. No cabe duda de que esto es lo correcto, de que él y yo estamos hechos el uno para el otro.

«Dos partes de un todo».

El pensamiento desborda unos diques que apenas se tenían en pie y me contraigo por dentro mientras me recorre una oleada de placer salvaje. Me inclino, aferrándolo, y caigo sobre una cumbre que me quiebra el alma y amenaza con desintegrarme en un millón de trozos.

Él me besa en todo momento con una entrega feroz, absorbiendo mis gemidos mientras el placer me atraviesa, y continúa frotándome entre las piernas hasta que el clímax ha pasado.

Me quedo profundamente relajada y él sonríe con satisfacción carnal.

Se echa hacia atrás hasta quedar de rodillas entre mis piernas abiertas. El epítome de la belleza salvaje, con unos ojos que me infunden un calor febril.

—Espero que no crea que ya hemos acabado, majestad…

«Porque casi te veo morir este dae, y no solo una vez. Y te necesito dentro de mí más que respirar».

Aunque no digo las palabras en voz alta, deduzco que las ve reflejadas en mis ojos por el gemido ronco que suelta.

Se inclina hacia delante y me besa la punta de la nariz…, la mandíbula…, la piel erizada a un lado de mi cuello.

—Cuando haya terminado lo sabrás, Rayo de Luna. —Sus

palabras se deslizan por mi piel provocándome escalofríos—. Lo sentirás hasta en los *huesos*.

Mi cuerpo se estremece con sus palabras, insaciable.

*Anhelante*.

Me sube la camisa rota hasta la cintura y me da un beso en el hueso de la cadera que me provoca una vibración entre las piernas, mientras me baja la ropa íntima lo justo como para poder dedicarle la misma atención pródiga al pliegue entre mi cadera y mi muslo. Mientras tanto, trastea con la hebilla de la funda de la daga que llevo al costado izquierdo, soltándola y dejándola caer entre las pieles.

Me tiembla todo el cuerpo, expectante.

Levanto una pierna y la acerco a él mientras me afano con la otra funda.

Una petición silenciosa de que empiece a desatarme las botas para que pueda quitarme los dichosos pantalones.

Su risa grave es como un derrumbe de piedras.

—Tienes la paciencia de un dragón en celo.

Tiro la otra funda a un lado.

—Ni eso —le espeto mientras él empieza a soltar los lazos con tal lentitud que me dan ganas de coger una daga y cortarlos yo misma, pero son unas buenas botas.

Unas botas *cómodas*.

Me paso los dedos por el pelo, tirando de las raíces, con el corazón latiendo con fuerza. Con un gemido de frustración, giro la cabeza a un lado y observo la nieve arremolinándose contra el mosaico de vidrio emplomado de la ventana.

Desvío la mirada a un fragmento azul mientras Kaan desata otro lazo, cuyo sonido sibilante también desata algo dentro de mí: una sensación de *déjà vu* que me hace sentir… incómoda.

«Mal».

De repente, soy incapaz de apartar la mirada de ese fragmento azul, del torbellino de nieve, segura de que no estoy tumbada bajo el hombre en el que confío y al que respeto con todo mi corazón, por roto que esté, sino en algún lugar frío y oscuro con paredes negras y un cielo cubierto de perlas justo al otro lado de ese cristal.

En un lugar que conozco.
Otro tirón y…

*Y…*
*me pongo a contar los copos de nieve que caen sobre la balaustrada exterior, distrayéndome del hombre que me desata las botas protocolarias. Aunque no lo bastante como para no sentir la mirada lasciva que me clava en la piel. Me muerdo más la lengua con cada nudo que deshace.*
*Ojalá fueran* sus *manos las que me desataran los cordones.*
*Las de* Kaan*.*
*Pero así es como tiene que ser. No he de llamar la atención, he de estar callada.*
Vaciar *la mente.*
*Agarro con fuerza las pieles extendidas sobre el lecho que tengo debajo. Es lo único que puedo hacer para evitar arrancarme la piel de los huesos, para evitar hacerme un agujero en el pecho y estrujar mi maltrecho corazón.*
*Esto está mal.*
*Mal.*

«MAL…».



Kaan

# CAPÍTULO 27

Noto el frío de su hoja en la garganta, firme.

Preparada.

Un movimiento en falso y estoy muerto. De eso no me cabe ninguna duda.

Sentado sobre mis talones entre las pieles, mantengo las manos quietas a los costados mientras miro las pupilas dilatadas de Raeve, pero no advierto ni una pizca de reconocimiento. Es la segunda vez en los últimos daes que se abalanza sobre mí y me pone una daga encima, solo que esta vez es diferente.

Su lenguaje corporal de defensa…, el abismo entre nosotros…, la mirada ausente que le congeló los ojos justo antes de que llevase atrás la pierna, sacara la daga de su bota y se abalanzara sobre mí soltando un gruñido…

«Cree que soy otra persona».

—Rayo de Luna, soy yo.

Le tiembla la mirada.

Lentamente, levanto una mano y la poso sobre la suya. Ella se estremece y recorre mis facciones con la vista como si diese trazos apresuradamente con un pincel.

—Soy Kaan.

Le cambia la cara: su expresión de dureza se desvanece y suelta un suspiro tembloroso abriendo mucho los ojos al ver la daga que sostiene.

Se queda sin color en las mejillas.

Se echa hacia atrás, tirando el arma como si estuviera hecha de fuego. Esta se desliza por el suelo, prácticamente olvidada, mientras ella me mira fijamente sin pestañear.

Sin respirar.

Me inclino hacia delante…

Pero ella se levanta de un salto y se va al cuarto de baño, donde desaparece, aunque deja la puerta abierta de par en par.

Invitación suficiente para mí.

El grifo chirría y el goteo del agua inunda la habitación mientras me levanto de la cama y me dirijo al cuarto de baño haciendo ruido deliberadamente, pues no quiero sobresaltarla y precipitar mi asesinato.

Apoyo el hombro contra el marco de la puerta y me cruzo de brazos, observándola reclinada sobre el lavabo de piedra con las manos sujetas a los bordes. Tiene el cabello revuelto y le cubre el rostro, impidiéndome vislumbrar sus facciones.

El silencio se vuelve exasperante. Estaría dispuesto a soportarlo hasta que ella se sienta lista para hablar si no fuese porque no deja de arrancarse pieles de las cutículas, que ya tiene en carne viva.

—Raeve…

—Cuando estábamos en Dhomm, dijiste que Elluin estaba comprometida con otra persona… ¿Es así?

Se me para el corazón, como si esas palabras me hubieran dado un puñetazo en el pecho.

¿Se ha acordado de Tyroth? ¿Es este el momento en el que va a mirarme a los ojos y a decirme las mismas palabras que una vez garabateó en una alondra? Las palabras que ya tengo grabadas: que

nunca seré lo bastante bueno para ella, lo bastante fuerte.

«Bastante».

—Es así.

Se queda callada durante tanto tiempo que me siento como si estuviera tumbado en un potro con las extremidades extendidas al límite y el pulso latiendo tan fuerte y rápido que la cabeza me da vueltas.

—Rayo de Luna, háblame. Por favor.

Se echa el pelo hacia atrás, por encima de las orejas, y se moja un poco la cara. Las gotas le caen de la nariz mientras se endereza y me mira a los ojos en el ornamentado espejo que hay sobre el lavabo, como si eso le diera fuerzas. Me cuesta apreciarlo, conmocionado como estoy por sus gélidas pupilas.

Hay un mundo lleno de tormento en esos ojos.

—Ella todavía te quería, Kaan. —La voz se le quiebra al final, como si se le hubiera enganchado en un anzuelo que también se me clava a mí en el pecho, me perfora el corazón y me lo arranca de la caja torácica—. Deberías saber… —masculla con los labios temblorosos— que *te quería* con todo su corazón.

Las palabras aún resuenan mientras miro al suelo y cierro los ojos, convencido de que nunca ninguna otra palabra me ha desgarrado tanto.

Nunca ninguna otra me ha dejado tan increíblemente vacío.

Me tomo un momento para calmar los latidos acelerados de mi corazón y serenarme para estar a la altura de su confesión. Solo cuando por fin siento que el suelo que tengo debajo no se desmorona, carraspeo y vuelvo a observar su reflejo.

—¿Te… acuerdas?

Se le forma una pequeña arruga entre las cejas y, después, mira el agua que se arremolina en el lavabo.

—No mucho, fue solo un momento. Más una sensación que otra cosa.

La mentira sale de su boca con mucha facilidad, pero es el modo en que cierra su cuerpo lo que contradice esa afirmación: los hombros encogidos, la barbilla ligeramente hundida, el hecho de que rompa el contacto visual antes de pronunciar las palabras como si

fueran una cucharada de sirope.

No me lo tomo a pecho. Me acerco hasta estar justo detrás de ella y alcanzo el grifo para cerrarlo. Entonces, le cojo la mano.

Tiro de ella, pero no se mueve.

Así pues, repito el gesto.

Esta vez viene: vuelve conmigo a la cama, donde se tumba de lado, de espaldas a la ventana, algo que me resulta extraño, teniendo en cuenta lo mucho que le gusta la nieve.

Le quito las botas y me acuesto detrás de ella. La acerco tanto a mi pecho que percibo cada una de sus respiraciones, pausadas, envolviéndola con mis brazos y mi cuerpo. Aunque se relaja pegada a mí, con las piernas entrelazadas a las mías, invade la habitación un pesado silencio.

—¿Quieres hablar de…?

—Ya no está —dice con voz monocorde, como un árbol despojado de su corteza.

«No está…».

Su afirmación se me clava muy hondo.

Vuelvo a cerrar los ojos y, tras tomarme un momento para recobrar la compostura, le beso la coronilla. Me doy cuenta de que contarle la verdad sobre su pasado es inútil cuando parece que ella misma lo está sacando a la luz, quizá yendo paso a paso, pues resulta difícil de asimilar.

Así pues, lo que hago es abrazarla más fuerte que nunca, cantándole *Canción del sol silencioso* mientras la nieve golpea los cristales de las ventanas y las frías sombras del dormitorio parecen aún más oscuras, como si se estuvieran cerrando sobre nosotros.

O tal vez no sean las sombras, sino la revelación de que ella todavía me amaba. Algo que la alondra que dejó revoloteando en mi habitación no logró confirmar.

Ella. Me. Amaba. Sin embargo, regresó a La Sombra.

Vinculada a mi hermano.

«Consumando su vínculo».

Solo hay una respuesta a este enigma, evidente por la forma en que ha roto nuestro contacto visual antes de mentirme hace un momento, mitigando lo que fuera que revelase con algo que le ha

parecido más aceptable.

La alondra de Elluin era una mentira que me creí sin reparos, destinada a protegerme de algo que ella obviamente consideraba peor que romper mi corazón y el suyo.

El menor de dos males.

¿Y qué era?

Este pensamiento que tanto me atormenta me revuelve las tripas mientras el agotamiento acaba haciendo mella en mí, dejando sin efecto la baya de jitung que me ha dado antes Roan y haciéndome sucumbir.



# CAPÍTULO 28

## Kyzari

El cazo oxidado se desliza entre los barrotes mientras la comida se va derramando por los lados hasta que se detiene con estrépito, casi vacío, dejando trozos de carne grisácea y pan mohoso esparcidos.

Acurrucada en un rincón de mi celda, exhibo una amplia sonrisa, pero el gesto dista mucho de ser sincero.

—¡Gracias! —le digo alegremente al hombre enmascarado que recorre a toda prisa el oscuro túnel que hay al otro lado de los barrotes de mi celda.

Los modales son importantes, sobre todo cuando conquistar a los guardias puede ser mi única esperanza de quedar libre.

No importa que lo que me apetezca sea maldecir a ese cabrón hasta que le salga sangre por los poros de la piel por todas las comidas asquerosas que he tenido que soportar; si mi breve y alegre «gracias» consigue que se detenga, que me mire, que suelte un suspiro en mi dirección…, tengo una oportunidad.

Lo observo pasar junto a los barrotes de mi celda, la de al lado, la siguiente…, y pierdo la esperanza cuando desaparece de mi vista.

«Mierda».

Empiezo a contar: de uno a cincuenta. Ahora solo espero para

cerciorarme de que se ha ido.

Únicamente cuando estoy segura, levanto la manta raída que llevo sobre los hombros, dejando al descubierto a la pequeña alondra tumbada de lado en el hueco que he creado con mis extremidades cruzadas.

—Podemos volver a intentarlo en la próxima ronda —susurro—. Pero, por lo que más quieras, tienes que saltar más rápido la próxima vez que lo oigas venir, casi te ve. Ha sido la ocasión que más cerca hemos estado.

Ella mueve la cola, como diciendo: «Bueno…, no me ha visto, así que…».

Suspiro, la cojo en la palma de la mano y me la acerco a la cara hasta que su pico está a punto de besarme la nariz.

—Si alguna vez hay peligro, necesito que vueles lo más deprisa que puedas. ¿Lo entiendes?

No se mueve; una protesta silenciosa que me impresionaría en otras circunstancias.

Pero estamos hablando de su bienestar.

—Lo digo en serio.

Ni siquiera se mueve.

—Es por tu propio bien, no seas cabezota.

«Y tanto que lo es».

La acerco a mí y frunzo el ceño al examinar su desgarro, sus manchas, las arrugas de su pico.

—¿Es así como acabaste tan maltrecha y ensangrentada? ¿Por cabezonería?

Mueve las alas.

«Al menos, es sincera consigo misma».

Repite el movimiento, esta vez con mucha más energía. Comprendo que no estaba siendo sincera consigo misma en absoluto, sino simplemente pidiéndome que juguemos.

—Vale, vale, pero solo porque lo has pedido con mucha amabilidad —murmuro sosteniéndola en alto y haciendo una pausa —. En realidad, primero necesitas un nombre adecuado. —La acerco de nuevo a mi cara—. No puedo seguir llamándote pequeña alondra. Eres más que eso. Eres…

La siguiente palabra se me atraganta.

Me aclaro la garganta y le sonrío mientras ella se inclina hacia un lado en mi palma.

—*Especial*.

No se mueve durante tanto tiempo que me pregunto si va a responder. Pero, entonces, con un solo aleteo, gira su cuerpo y muestra las letras que lleva escritas en los pliegues del lateral de su abdomen:



—¿Esa eres tú? —Giro la mano para que se vea obligada a mirarme de nuevo—. ¿Quieres que te llame Ne?

Bate las alas una sola vez; parece que esté asintiendo con la cabeza.

El nudo de mi garganta se vuelve tan grande que me cuesta tragar saliva.

—Bueno, vale. —Me aclaro la garganta y la levanto—. ¿Estás lista, Ne?

Se sacude de nuevo.

Lleno mis pulmones y la soplo con tanta fuerza que sale volando de mi mano y comienza a dar tumbos por el aire. Al fin, batiendo las alas, logra enderezarse y da unas cuantas vueltas vertiginosas que me hacen sufrir.

—¡Pero qué preciosidad! —le susurro mientras la observo bailar entre las lunas dibujadas en el techo, la mayoría en carbón, solo un poco más oscuras que la propia piedra.

Pero yo puedo verlas. Soy capaz de distinguir las constelaciones de dragones de antaño. Ne choca contra el dibujo de Slátra, haciendo que los tendones del pecho se me tensen tanto que creo que van a reventar.

Cierro los ojos y me llevo la mano a la frente para tocar la Piedra Éter.

—*Hov ahka nuieljuak. Hov-at haquil. Nuieljuakui taf maruli*.

«Te quiero. Estoy aquí. No estás sola».

*Fuirten looik-whíle hov*.

«Sobreviviré».

Al bajar la vista y ver la comida esparcida por el suelo, siento un dolor agudo en el estómago.

«Supongo que ya es hora, maldita sea».

—¡Anda, mira eso! —Me acerco arrastrando los pies para inspeccionar mis provisiones llenas de arena, que este dae tienen bastante más moho—. ¡Un banquete recién preparado! ¿Por dónde empiezo? —Recojo el trozo de masa con el que podría herir a alguien si lo lanzara con suficiente fuerza—. ¿Pan de luith? Con… —lo abro, revelando más moho verde en su interior— ¡trozos de fruta nui horneados! Qué delicia. ¿Y, como acompañamiento, unas raíces de canito asadas con azúcar? —digo agitando un palito de algo que se parece más a un dedo hervido—. Mi favorito.

Como siempre, Ne me ignora mientras juego a engañarme a mí misma pensando que no estoy a punto de comerme algo podrido. No la culpo; la vergüenza ajena puede resultar abrumadora.

Casi me he convencido a mí misma de que se me está haciendo la boca agua cuando voy a coger un trozo de carne del suelo, pero me detengo, con la mirada fija en el hueso que sobresale de la carne grisácea.

Se me escapa una carcajada, aunque enseguida me tapo la boca con la mano para disimularla.

«Debería haberle dado las gracias con mucho más entusiasmo al imbécil que me ha tirado la comida».

Lo recojo del suelo y arranco un trozo de carne con los dientes, mastico ese sabor a caza que tiene y me obligo a tragarlo de un tirón mientras se me revuelven las tripas. Seguro que pah se moriría de vergüenza si viera cómo me estoy comiendo esto, con el mismo decoro que un animal salvaje.

Hubo un tiempo en el que me habría estremecido solo de pensarlo, pero ahora me estimula, aportándome un entusiasmo voraz.

Si pah ejerce su naturaleza hipercontroladora y de algún modo descubre dónde estoy y envía un ejército a rescatarme, me produce una amarga satisfacción pensar que podría verme así: hecha un

desastre, como una bestia, en absoluto parecida a una princesa.

Una auténtica lacra para el apellido Vaegor.

Royo el hueso con los dientes mientras Ne revolotea alrededor de mi cabeza como si estuviera grabándome una corona.

—Así saldremos de aquí, Ne. —Levanto el tesoro que he conseguido: un poco más largo que mi pulgar, con un agujero en el centro *lleno* de médula.

«Perfecto».

Me lo pongo entre los labios y absorbo mientras aparto la paja, arrastrándome por el suelo, buscando…

«Ahí».

Paso un dedo por la fina piedra plana con la que me corté el pie hace un tiempo y coloco el hueso encima, en paralelo.

Ne desciende en picado, poniéndose de espaldas, y flota hasta el suelo con el vientre al descubierto al verme estirar la pierna.

—Te prometo que dentro de un momento te leo —murmuro levantando el pie hasta que el grillete queda justo encima del trozo de hueso. Entonces, lo dejo caer.

Con fuerza.

Ne empieza a moverse con gran nerviosismo, como si acabara de darle el susto de su vida.

—Lo siento mucho —le susurro entre risas mientras ella me acaricia el cuello en busca de consuelo.

Me quedo quieta, acercándola más a mí y escuchando si hay pasos, cualquier señal de que nos han oído y vengan a ver qué sucede…

«Nada».

La suelto, respiro hondo y levanto el grillete. Suspiro aliviada al ver que el hueso se ha partido por la mitad.

Dos mitades. Largas.

«Perfectas».

Las recojo y las sostengo en alto… *sonriendo*.

Ahora solo tengo que limarlas por los lados y los extremos hasta que estén lo bastante afiladas como para introducirlas en el cerrojo de la puerta y los grilletes. Y después ya encontraré la manera de escapar de este agujero.

Levanto mi jergón y dejo un fragmento de hueso debajo. Luego, empiezo a frotar el otro contra el suelo con delicadeza. Mientras tanto, Ne revolotea a mi alrededor muy contenta.

Emocionada.

—*Fuirten looik-whíle ou* —murmuro una y otra vez.

«Sobreviviremos».



# CAPÍTULO 29

Raeve

A pesar de que estoy exhausta, no consigo dormir; cuando el sueño está a punto de vencerme, abro los ojos de nuevo. Una y otra vez.

Culpo al silencio, a los olores, al nuevo entorno. En el fondo, sé que es el residuo viscoso del recuerdo que deseché atado a una roca que no quiero volver a ver.

Jamás.

Aun así, no puedo evitar que haya una tormenta en mi mente, como en las nubes del exterior…

Ahora estoy segura de que a Elluin la separaron de Kaan contra su voluntad, de que la decisión de vincularse con el hombre de su recuerdo se basó en la falta de conocimiento o la coacción.

Tal vez soborno. Aunque es difícil imaginar algo lo bastante importante como para hacer lo que hizo: llegar al extremo de *consumar* cuando su corazón le pertenecía a Kaan.

El pecho de Kaan se eleva y desciende bajo mi cabeza y el corazón le late con fuerza, lo que me da una sorprendente paz: me siento tranquila y reconfortada.

Viva.

Nunca me cansaré de este sonido. Es una sensación que me resulta nueva, y sin embargo… *antigua*. Anclada a algunas de las piedras enterradas en lo más profundo de mi lago helado.

Si pudiera discernir las buenas, asimilarlas, lo haría. Sin embargo, después de ver lo que vi, después de sentir el sofocante silencio que se apoderó de Elluin, haciéndola sentir irremediablemente atrapada, no estoy segura de poder aceptar la verdad. No creo que sea capaz de mirar sin sentir que quiero desgarrar el tiempo y gritarle que se defienda.

Que *luche* por Kaan como él lucha por todo lo que ama.

Extiendo la mano por su pecho, tan firme y sólido debajo de mí, robusto.

Él aceptó mis palabras con mucha delicadeza. No me rebatió con frustración ni me sugirió que profundizara y analizara el resto del recuerdo, a pesar de que sin duda se merecía la verdad, la cual soy demasiado cobarde para afrontar.

Una vez más, él me lo ha dado todo sin quedarse con nada para sí mismo.

«Nunca seré lo bastante buena para este hombre, pero lo intentaré».

«Por todos los Creadores, joder que si lo intentaré».

Un chirrido lejano atraviesa la atmósfera débilmente.

En mi interior, se produce un cambio tan brusco que siento una oleada de náuseas y un escalofrío por la espalda. Me esfuerzo por prestar atención, pero no consigo oír nada más que el enérgico pum-pum del corazón de Kaan y su respiración, profunda y constante.

«¿Me lo habré imaginado?».

Cierro los ojos e intento despejar mi mente, dormir, pero sigo teniendo esa sensación. Es como percibir un cambio en el tiempo, pero necesito verlo por mí misma, ver cómo se hinchan las nubes, saborear el aire cada vez más dulce y sentir los primeros remolinos de nieve en la cara.

Solo que ya hay tormenta, así que no puede ser eso.

Me vence la curiosidad.

Le beso los párpados a Kaan uno a uno, suplicando a los

Creadores que duerma mucho y profundamente. Con lentitud y cuidado, me levanto de la cama y me abrocho los pantalones. Me quito lo que queda de mi camisa destrozada y me pongo la de Kaan, esforzándome por ignorar las numerosas manchas de sangre y los agujeros mientras me la meto por dentro. Me sujeto las fundas y, luego, me pongo la capa y las botas.

Sigilosamente, bajo las escaleras y salgo por la puerta principal, adentrándome en un frío que corta la piel. Me pongo la capucha al llegar al patio, ahora cubierto por una mullida capa de nieve intacta, en la cual enseguida queda la marca de mis botas.

Miro al cielo. Entrecierro los ojos para protegerme de los copos de nieve que al instante comienzan a acumularse en mis pestañas, escudriñando las densas nubes grises en busca de algo anómalo, aunque me cuesta ver nada más que el frío y tempestuoso remolino blanco y gris.

Me dirijo a la verja, espero a que los imperturbables guardias la eleven y salgo, bajando por el serpenteante camino flanqueado por edificios coloridos y árboles cubiertos de nieve.

Con el pueblo dormido, no hay nadie por aquí, ni siquiera fundefauces adolescentes surcando el cielo entre chillidos. Solo el lejano murmullo del agua y el suave golpeteo de la nieve intentan aliviar la tensión de mi pecho.

Una paz que en absoluto me lo parece.

Mientras intento borrar la extraña y un tanto inquietante luz plateada que aún me envuelve la muñeca y los dedos, aguzo el oído y sigo escudriñando el cielo a través de los huecos entre el follaje. Veo unas extrañas briznas de niebla descendiendo por el lado oriental de la cordillera. Aún no es lo bastante espesa como para albergar a ningún espectro, pero sin duda es capaz de confundir a cualquier alondra de papel que se haya visto tragada por las Nieblas Errantes.

Es un momento pésimo, dada la inminente caída de las lunas, pero por suerte tal vez signifique que las noticias sobre los actos de rebeldía de Rygun tardarán un tiempo en volar al sur.

El camino me conduce hasta el ancho río celeste que discurre por el barranco. Los edificios que hay en la ribera parecen tiendas

que han echado el cierre por la noche, con carteles colgados de sus ornamentados aleros con la palabra «Cerrado».

Me dirijo a un puente cubierto de musgo que se comba sobre el agua, besa una isla en forma de rombo que se mantiene firme contra la fuerza del agua y luego salta al lado este. Me detengo, apoyándome en la barandilla, y aprovecho al máximo que las nubes que cubren el cielo se hayan abierto para observar la panorámica mientras la nieve cae sobre mi rostro alzado.

Para escuchar.

Algo dentro de mí escucha con más atención.

Un aleteo lejano me calma el corazón, aunque vuelve a latir con fuerza al ver algo moviéndose entre las nubes como una mancha de luz. Se oye otro chillido y una pequeña plumaluna atraviesa las nubes batiendo sus luminosas alas. Su elegante cuerpo contrasta levemente con el gris del cielo, dejándome sin aliento.

«Líri…».

Sonrío quitándome la capucha. Entonces, observo un trío de fundefauces ensillados persiguiéndola por entre las nubes; la acorralan en el barranco cumpliendo las órdenes de sus jinetes.

Líri vira hacia un lado, permitiéndome ver su silla de montar vacía, aún con los agujeros de las espuelas de Rekk en el cuero, sin remendar.

Parece escudriñar el pueblo con gran interés, con las fosas nasales dilatadas: olfateando.

Su mirada me impacta con tal fuerza que la siento en las entrañas, provocándome un escalofrío por el cuerpo.

Abre la boca y chilla, causando un sonido similar al de numerosas cuchillas recorriendo un plato esmaltado.

Los jinetes de los fundefauces gritan unas palabras demasiado confusas como para que sea capaz de entenderlas. Líri se agacha y se lanza en picado tan rápido que parece que vaya a sumergirse en el agua. Extiende las alas justo a tiempo para volar en paralelo al río y… viene directa hacia mí.

Frunzo el ceño mientras cruzamos la mirada a través del remolino de nieve.

El tiempo se detiene.

Todo lo que veo son sus ojos centelleantes, dos esferas insondables enmarcadas por sendos abanicos de pestañas pálidas. Todo lo que siento es el latido espasmódico de mi corazón y una pesadumbre en el estómago que me dice que algo no va bien.

Líri comienza a abrir la boca, mostrando sus feroces colmillos y el resplandor de una llama azul que se está formando en su pecho… y le sube por la garganta…

«Por todos los Creadores, me va a freír».

El tiempo vuelve a ponerse en marcha. «Demasiado rápido, joder».

Apenas tengo tiempo de saltar a la isla y tirarme detrás de una roca para protegerme de la devastación que estalla de sus fauces. Me tapo los oídos con las manos cuando ella grita con tal ferocidad que incluso el aire parece vibrar.

Un estruendo sacude el suelo, transformándose en un rugido de advertencia que solo puede pertenecer a un dragón.

Bajo los brazos y miro por entre las nubes de polvo y nieve justo a tiempo de ver a Rygun lanzarse desde su cornisa en la montaña, muy por encima de nosotras. Extiende las alas, atrapando el aire. Tiene tal envergadura que el corazón me da un vuelco: su silueta domina el cielo como una mancha espinosa.

Vuelve a rugir en ráfagas que parecen alejar a los fundefauces, dispersándolos hacia las guaridas, como un firme «Yo me encargo». Todo bien, solo que Líri vira, se sitúa en línea conmigo, pliega las alas y…

*Arremete*.

—Joder —murmuro al darme cuenta de que no hay ningún otro lugar donde pueda esconderme y que no me da tiempo a huir.

Estoy a punto de recurrir a Clode, a pesar de estar segura al noventa por ciento de que no resistirá el fuego de plumaluna, cuando Rygun desciende en picado hacia el barranco con la fuerza de una luna cayendo.

Extiende sus alas a tiempo para atrapar en el aire a Líri, quien responde con un chillido de contrariedad más que de otra cosa, plegando las alas como si se tratase de una polilla capturada mientras Rygun bate las suyas, elevándose sobre el barranco con

unas sacudidas que azotan el pueblo, despojando a los árboles de la nieve. Solo la suelta cuando se acerca a las cumbres.

Líri cae un instante, pero enseguida extiende sus alas y flota en el aire.

Parece echar la vista atrás en dirección a Rygun, pero luego se lanza en picado con total aerodinamismo, como una lanza directa hacia mí.

Otra vez.

Gimo levantando las manos.

—¿En serio?

Rygun exhala un aliento humeante y desciende mucho más deprisa que ella, que tiene el cuerpo notablemente más pequeño, para interceptarla. Aunque me la tapa, la oigo chillar.

Gruñir.

Rugir.

Al fin Líri aparece en mi campo de visión, elevándose hacia las nubes con movimientos bruscos que me hacen imaginar a alguien dando pisotones. Rygun la guía con maniobras pronunciadas y envolventes, atrayéndola hacia la guarida. Cada batida de sus alas es un violento estruendo, similar a siete u ocho de los aleteos frenéticos de la plumaluna, que continúa descendiendo y lanzándose en picado, como si estuviera buscando puntos débiles en la defensa de Rygun.

O simplemente discutiendo con él.

Él amaga con morderle los talones. Ella le gruñe, lanzándole una llamarada azul a la cara, aunque se evapora antes de que tenga oportunidad de alcanzarlo.

«Por poco».

Rygun gruñe con la ferocidad de dos mundos chocando entre sí, haciendo vibrar el aire y sacudiendo el suelo.

Incluso Clode parece retorcerse.

Líri ni siquiera se inmuta, pero le lanza un berrido de reprimenda bien largo y, después, se lanza a una guarida y… desaparece.

El corazón me sigue aporreando el pecho mientras Rygun patrulla el cielo trazando unos amplios arcos, proyectando su poderosa sombra sobre el pueblo, que ya no duerme…, cuyos

caminos ahora están llenos de gente con la nieve hasta los tobillos.

Con la capa bien colocada sobre los hombros, observan el escándalo aún somnolientos, muchos de ellos mirándome, señalándome y cuchicheando.

O tal vez estén señalando los restos del puente.

Me levanto y me sacudo la nieve y los escombros de la capa mientras examino el puente en el que estaba antes de que Líri llegase, ahora en fragmentos esparcidos por el río, en su mayoría hundidos por su poderosa fuerza. Parece que hubiese preparado su llama más destructiva y la hubiera lanzado con toda la intención.

Hacia mí.

Noto una opresión en el pecho que me hace sentir nerviosa.

Inquieta.

Aunque me ganase la confianza de Líri en Dhomm, lo suficiente como para que aceptara mi presencia cuando se encontraba en su momento más vulnerable, parece que ahora le gustaría borrarme del mapa. Eso da a entender, sin lugar a dudas, que la he cagado pero bien.



# CAPÍTULO 30

## Raeve

Subo a toda prisa por el empinado sendero de la montaña en medio de ráfagas de nieve, pasando por numerosas guaridas que parecen gargantas hacia el olvido, en la mayoría de las cuales se oye el eco de un fundefauces descansando. Siento sus ojos clavados en mí cada vez que salto a una cornisa y echo a correr hacia el siguiente tramo de escaleras que serpentean por la ladera de la montaña.

Quizá, dado el hedor a muerte que emana de las guaridas, debiera preocuparme que uno de los dragones jóvenes me despedazase…, sobre todo porque la mayoría de ellos acaban de emplumar y todavía están aprendiendo a encontrar comida y descubriendo la emoción de la caza. De todos modos, los fundefauces no suelen abandonar su nido o guarida durante el letargo.

Por suerte.

Cuando llego a la profunda cornisa hacia la que Rygun ha empujado a Líri, de inmediato doy un paso atrás, pegándome al musgoso acantilado, pues los tres corpulentos jinetes que la han escoltado a través de las llanuras emergen de la entrada a la guarida

perseguidos por una ráfaga de llamas azules que les lamen los talones.

El hombre más bajo maldice. Lleva el brazo pegado al pecho y tiene la chaqueta de cuero rasgada, dejando al descubierto un feo corte cerca del codo, como si lo hubiese alcanzado con una garra.

—Que le den —espeta el más alto del trío apartándose el pelo castaño de su anguloso rostro mientras echa un vistazo a su compañero herido—. Si quiere quitársela, que la ayuden los Creadores a hacerlo ella misma con los dientes, maldita sea.

Los demás responden con gruñidos y se disponen a recoger sus alforjas, que están apiladas en el suelo y cubiertas por una capa de nieve recién caída. Me fijo en los abalorios azules que llevan en la barba, en su tez demacrada y en la forma en que mueven la mandíbula, como si les doliera; señales evidentes de que les ha costado mucho traer a Líri hasta aquí ilesa.

Una hazaña encomiable.

Se dirigen hacia el camino mientras sus capas oscuras ondean al viento.

Doy un paso adelante cuando se disponen a doblar la esquina, con la intención de pasar silenciosamente, pero el hombre alto extiende el brazo y ensancha la postura.

Cerrándome el paso como un maldito tronco de árbol.

Tarda en darse cuenta de que mi daga de escamas de dragón le roza el abdomen, pero, en cuanto lo hace, frunce el ceño y sus gruesas cejas ensombrecen sus ojos, rasgados y castaños.

—¿Vas a entrar en la guarida de esa plumaluna? —refunfuña, manteniéndose firme a pesar de su evidente agotamiento y del hecho de que huele como si llevase unos cuantos daes sin bañarse.

Asiento con la cabeza.

—¿No eres tú a la que ha atacado en cuanto la hemos sacado de las nubes?

—La misma —murmuro esbozando una sonrisa triste mientras me ruge el estómago de un modo bastante embarazoso.

Mal momento.

—Bueno, dado que te ha atacado con más ferocidad que a cualquier otra presa por el camino… —hace una pausa y levanta

ambas cejas—, si consigues entrar en la guarida, lo más probable es que no salgas con vida.

«En cuanto a charlas motivadoras, esta deja mucho que desear».

—Esa dragona es más bien salvaje —continúa—. Hemos intentado quitarle la silla de montar para que no se quede atascada con ella cuando se dirija hacia Netheryn, algo que hará, pero no hay manera. Rigg casi pierde una extremidad. Y tú vas a perder la vida.

Pasa junto a mí sin decir nada más, seguido por los otros dos, Rigg con el brazo sangrando sobre la nieve. Ni siquiera se han alejado lo suficiente como para que no los oiga cuando empiezan a murmurar que hay gente demasiado estúpida para vivir.

Un poco duro, pero, dadas las circunstancias, no va desencaminado.

Tras guardarme la daga, me lleno la boca de nieve. No alimenta, pero evita que me ruja el estómago tan fuerte como para despertar a un dragón dormido. O, en mi caso, *asustar* a uno con un oído muy fino y un súbito apetito por hacerme volar por los aires.

Me acerco sigilosamente a la boca dentada de la guarida, de la que emana una leve luz, pisando ramitas y plumas cubiertas de escarcha. Avanzo con cautela, mirando hacia el interior del largo túnel, y se me encoge el corazón al ver a Líri acurrucada contra un montón de viejos árboles arrancados.

Está en una postura defensiva, mostrando los dientes. Respira afanosamente y tiene los ojos clavados en mí con una intensidad feroz.

Veo su agotamiento en el temblor de sus alas, que apenas es capaz de sostener. Lo veo en los mechones de pelo que le caen por las mejillas hasta el cuello, lacios y sin su brillo habitual, como una estrella apagándose.

«Oh, Líri…».

Levantando las manos, doy un paso adelante. Ella gruñe, haciendo retumbar las paredes de un modo tan tangible que se me tensa el pecho.

«Definitivamente está enfadada conmigo».

—*Hais te nel, Líri.* —Doy otro paso adelante—. *Shuin oot an pleur, leonari-eh. Ze lui, ze lui…*

Se le erizan las plumas y levanta las alas. Es la única advertencia que me da antes de abalanzarse hacia mí con tanta ira en los ojos que me quedo paralizada.

Abro la boca para hablar… justo cuando alguien me agarra por detrás y tira de mí.

Me veo envuelta en el aroma de Kaan y apretada contra su pecho mientras me rodea con el brazo. Líri pasa al galope lanzando un chillido glacial y salta de la cornisa, barriendo con sus luminosas alas la nieve que cae sin dejar de lanzarme miradas.

Y también a Kaan.

No retoma sus ataques letales, probablemente por el hombre que tengo detrás, que irradia una dominancia primitiva capaz de doblegar.

—Creo que está enfadada conmigo.

Kaan posa la mano sobre mi corazón, que late a toda velocidad.

—Sí —dice con suavidad, como si fuera evidente.

Frunzo el ceño y me doy la vuelta entre sus brazos para mirarlo a los ojos, oscuros en la penumbra. La silueta brillante de Líri se refleja en ellos mientras la observa.

Entonces, posa la mirada en mí con una intensidad aplastante.

—La abandonaste, Raeve.

Mi sangre se convierte en hielo.

—Pero…

—Quizá tu razonamiento fuese lógico, pero los dragones entienden las cosas en términos muy simples. Para ella, tú estabas allí un dae, cuidándola y siendo un lugar seguro donde descansar, y al dae siguiente te habías ido y ella volvió a sentirse tan sola como siempre.

Noto que se parte algo en mi pecho y siento frío de súbito.

Como si me hubieran pasado por encima.

Se oye otro rugido agudo cuando Líri atraviesa las nubes con un brío impresionante para estar tan agotada.

—Esa dragona estaba tan cerca de la muerte cuando Rekk la llevó volando a Dhomm que estaba casi seguro de que iba a morir. Creo que solo resistió gracias a la amabilidad que le mostraste. De hecho, poco después de que te fueras, soltó un gemido tan profundo

que pensamos que se le habían vuelto a abrir las heridas antes de que las runas se asentaran.

Sus palabras me caen como un golpe en el pecho, dificultándome la respiración.

Kaan deja de apretarme y me aparta el pelo de la cara con una mano, lo cual contrasta con la firmeza de sus palabras.

—Aunque algunos dragones ansían vengarse de la misma manera que un feérico sediento de sangre, otros solo anhelan que los quieran.

«Por todos los Creadores».

Líri alza la cabeza al cielo y suelta un rugido desgarrador como nunca antes había oído, como una llamada a las lunas. Repliega las alas y cae en picado barranco abajo.

Kaan me suelta y yo avanzo.

Al sentir una presencia más arriba, levanto la vista y veo la cabeza de Rygun asomada al precipicio, con las brasas que tiene por ojos fijas en el alboroto, cual centinela vigilando sus tierras.

A pesar del inmenso cariño que le tengo a la bestia, tiemblo y me detengo cerca del abismo.

Clode me revuelve el pelo mientras contemplo el pueblo, que se encuentra mucho más abajo.

Las bocanadas de humo que salen de los tejados, cubiertos de nieve, se arremolinan alrededor de Líri mientras ella planea sobre la isla en la que me he refugiado antes. Desde aquí arriba, parece una polinilla revoloteando sobre una roca. Llena los pulmones de aire y suelta una llamarada azul pálido que desata el pánico en mí y los gritos de los aldeanos.

«Por todos los Creadores, va a destruir este lugar».

La llamarada se expande directa contra la tierra con tal fuerza que me imagino que va a explotar, igual que el puente, solo que no oigo piedra fragmentándose ni veo ningún trozo salir disparado al río debido a la nube de niebla que se forma a causa del impacto, empañando los pintorescos edificios.

La llama pierde su color, volviéndose de un blanco intenso que se convierte en un…, un…

—Está construyendo un nido.

Una estructura hexagonal comienza a tomar forma, muy parecida a todas las que tengo… en mi interior.

En lo más profundo de la guarida de mi Otra.

Un pensamiento que enseguida descarto, pues veo a Líri detenerse y rodear su incipiente columna mientras toma grandes bocanadas de aire. Después, la sobrevuela y reanuda sus esfuerzos, lanzando otra llamarada blanca.

Añadiendo otra capa.

—No puede estar anidando. Acaba de pasar la adolescencia.

—No —murmura Kaan justo detrás de mí—. Solo quiere estar elevada.

Se me cae el alma a los pies al percibir cada palabra que *no* dice.

«Quiere estar en un lugar donde yo no pueda alcanzarla».

—Probablemente esté cansada de cruzar las llanuras y necesite descansar antes de emprender el viaje hacia el sur —dice cogiéndome la barbilla y girándome la cabeza para que lo mire a los ojos—. Si la quieres, no será fácil, Raeve.

Me lo quedo mirando largo rato y, luego, vuelvo la vista al frente, observando a Líri añadiendo capa tras capa a su columna, que crece a toda velocidad.

«Si la quiero…».

¿Y qué pasa con lo que ella quiere?

Me agacho, con las manos entrelazadas, dándole vueltas a la cabeza mientras su columna gana altura y un montón de espectadores con los ojos como platos invaden los caminos del pueblo. Entrecierro los ojos al fijarme en la silla de montar que lleva atada entre las alas, en los descuidados agujeros de los faldones, justo donde Rekk clavaba las espuelas.

Me invade una sensación de pesadumbre en el pecho.

Es una de las criaturas más poderosas que habitan nuestro mundo, pero ha pasado sus daes cumpliendo órdenes que casi le cuestan la vida.

Si hay algo que he aprendido desde que Fallon temblaba en mis brazos en la nieve y me mandó vivir con lo que quedaba de sus últimos alientos es que la vida con grilletes, atada a cualquier cadena, no es vivir. Es *existir*, sin un elemento fundamental.

Capacidad de elección.

Y, si dejo mis sentimientos a un lado y únicamente tengo en cuenta lo que es mejor para ella, solo hay algo de lo que me sentiría orgullosa, algo arriesgado, un poco descabellado y muy *peligroso*.

Cruzo los dedos para que no me convierta en comida para dragones ni me mande al otro mundo.

—¿En qué piensas, Raeve?

En que mis posibilidades de sobrevivir son nefastas. Peor aún, ya que Líri parece muy cómoda intentando matarme, pero a mí ni se me ocurriría herirla. Y eso me deja en desventaja.

Nunca estoy en desventaja.

*Odio* estar en desventaja.

—En que necesito algo de comer —murmuro, y me levanto y pongo rumbo a las escaleras. Si por algo se conocen los plumalunas es por su fino oído. Y, ahora mismo, el hecho de que mi estómago no pare de rugir es una sentencia de muerte—. Y en que, después, tengo que buscar unas botas de suela blanda y esperar un puto milagro de los Creadores.



Kaan

# CAPÍTULO 31

Raeve se lleva una jarra de madera a los labios, la apura y la deja con un golpe sobre la mesa baja. Se limpia las gotas de agua de la boca y se echa hacia delante hasta quedar en el borde del asiento para seguir rebuscando en la cesta de botas blandas que le ha prestado Siharna.

—¿Algo interesante?

—Todavía no. —Saca una negra y la examina con los ojos entrecerrados: la dobla y arruga el cuero, pero vuelve a dejarla en la cesta—. Los tacones son demasiado anchos o increíblemente rígidos. —Se pasa un mechón de pelo suelto detrás de la oreja y sigue revolviendo con la mirada fija en su tarea, concentrada.

Hace rebotar la rodilla con un ritmo rápido, agitado.

Lo observo todo desde donde estoy, apoyado contra la pared con los brazos cruzados para ocultar mis manos, pues no paro de cerrar los puños y abrirlos, como si ese simple movimiento pudiera calmar

los rápidos latidos de mi corazón.

Pero no es así.

La columna de Líri se ve a través de la ventana que tengo a la izquierda, dominando el pueblo, un insolente recordatorio de lo que está a punto de suceder. Con eso y la inquietud de Raeve, que se me va enroscando en el pecho de un modo cada vez más lento y agonizante, estoy a punto de venirme abajo.

Raeve examina una bota marrón que le llega hasta la rodilla y afloja los cordones hasta que ambos lados quedan lo bastante abiertos como para meter el pie. Cuando empieza a apretar los cordones, advierto que le queda grande por la forma en que se arruga el cuero con cada tirón.

—Raeve.

—Hum.

—¿Has hecho mucha escalada libre?

Se encoge de hombros, se echa el pelo hacia atrás y se dobla aún más sobre sí misma.

—La suficiente.

La espiral se enrosca tan adentro de mí que perfora algo blando.

La veo pasar los cordones adelante y atrás, enganchándolos en los ojales.

—Sé que… probablemente no recuerdes haber forjado un vínculo con Slátra, así que es importante que te cuente una cosa.

Se le tensa la espalda, como si se preparara para defenderse de una espada que va directa a su pecho, aunque mantiene la vista fija en su tarea: apretarse los cordones, ajustándose bien la caña contra la espinilla.

—Hay una razón tácita por la que la mayoría de la gente prefiere arriesgarse a asaltar un nido antes que intentar domesticar a un dragón adulto.

Relaja la postura, como si mis palabras hubieran aliviado parte de la tensión de sus músculos.

—Ah, ¿sí? —Me lanza una mirada mientras hace un nudo y estira la pierna para examinar la bota.

—Sí, vincularse con un dragón maduro es… —Se levanta de un salto, mueve el pie y echa a andar por la estancia, comprobando

cómo le queda la bota—. Un *reto* —continúo, aunque me está prestando muy poca atención—. Abrirse a bestias tan ancestrales y complejas… supone un esfuerzo para la mente de los feéricos. Es de esperar, dado que nos invaden los sentidos de criaturas que muchos consideran que no eran originarias de este mundo. Es un proceso que arroja luz sobre nuestras sombras, sobre cualquier *bagaje mental* que se halle en nuestro interior acumulando polvo.

Dada la aversión de Raeve a las conversaciones incómodas sobre su pasado, espero algún tipo de reacción física: un respingo, un cambio en la mirada…

*Algo.*

Sin embargo, lo que hace es coger un trozo de cecina de Pyrok de la mesa y morder un pedazo. Lo mastica mientras salta de un pie a otro, mirando la bota con el ceño fruncido.

—El bagaje mental es un estorbo. Entendido.

—Sí. —Arrugo el entrecejo—. Raeve, un vínculo puede tardar ciclos en afianzarse y, cuando lo hace, o bien el jinete ha domesticado al dragón, o bien el dragón lo ha domesticado a él. Algunos se vuelven tan salvajes como sus bestias y rara vez se los vuelve a ver; para sus seres queridos, es como si ya no estuviesen.

Suspira y se mete el resto de la cecina en la boca, dejándose caer en el asiento. Suelta los nudos y comienza a desatar los cordones.

—Es demasiado grande —murmura sacudiendo la cabeza—. Qué decepción, pensaba que ya la teníamos.

O no se lo está tomando lo bastante en serio o tiene demasiada confianza en sí misma. Ambas cosas pueden volverse en su contra.

—Raeve, por favor. —Levanta la cabeza de golpe y cruza la mirada con la mía, suavizándola—. Es un asunto serio, sobre todo ahora que se acercan las caídas.

Baja los hombros.

Me dedica una pequeña sonrisa que no consigue templar el miedo helado que se ha alojado entre mis costillas.

—No tienes de qué preocuparte. Volveré antes de que caiga la aurora, quizá antes.

«Demasiado segura de sí misma, al parecer. El tormento de mi

existencia».

—Eso si consigo subir a esa columna sin que me oiga, claro. —Se quita la bota y la deja caer en la cesta con un suspiro—. Esto es inútil. Tal vez tenga que subir descalza.

Vuelvo a apretar las manos con tensión.

—Hay un marroquinero más abajo en el pueblo. Le hacía todas las botas y chaquetas a mah. Estoy seguro de que puede encargarse de algo urgente.

—No, no puedo arriesgarme. —Se pasa los dedos por el pelo y tira de los mechones—. Líri podría marcharse y perdería mi oportunidad.

Frunciendo el ceño, miro hacia la escalera que hay a mi izquierda y se me ocurre una idea. Me aparto de la pared y atravieso la habitación, tendiéndole la mano.

—Ven conmigo arriba —le susurro, y Raeve arquea una ceja.

—¿Arriba?

Asiento con la cabeza.

Sus labios se contraen y se le marcan levemente los hoyuelos.

—Por mucho que me apetezca continuar donde lo dejamos, he de recordarte que hay una plumaluna indómita y algo salvaje posada sobre este precioso pueblo.

Me resulta imposible reprimir la sonrisa que me ilumina las mejillas al cogerle la mano.

—Me alegra saber lo mucho que te apetece, Rayo de Luna, pero no es a la cama adonde te llevo —digo guiándola escaleras arriba.

—Entonces ¿adónde?

Me detengo ante la puerta que hay a nuestra derecha, giro el pomo y la abro, tirando de Raeve hacia el pequeño dormitorio decorado en rosa, morado y azul suaves. Cuenta con una cama doble con un cabecero con dragones acariciándose con el hocico y sus ventanas son un mosaico de cristales de tonos empolvados que bañan la habitación con un brillo juvenil…, aunque intento no mirar demasiado a mi alrededor, intento no fijarme en ello.

Que no me afecte.

Desde que mah fue lo bastante mayor como para moldear su propio hogar, soñó con tener una hija. Sin embargo, no vivió lo

suficiente como para ver a Veya ocupar esta habitación, ni para descubrir que odia el color rosa.

Le suelto la mano a Raeve y me dirijo al baúl de madera que hay a los pies de la cama, labrado en el tronco blanco de un salce llorón. Las bisagras chirrían cuando levanto la tapa, revelando los tesoros que guarda en su interior: capas, blusas elegantes y chaquetas de cuero, todas del mismo tono verde musgo con el que ella pintó este edificio, adornadas con botones marrón claro y delicados ribetes.

—Eran de mah —murmuro abriendo una pequeña caja en la que hay una colección de broches para capas y otros objetos de pasamanería preciosos, piezas con un valor sentimental que nunca tuvo oportunidad de legarle a Veya.

Que Veya aún no se ha atrevido a aceptar.

Me aclaro la garganta, cierro la tapa de la caja y vuelvo a meterla en el baúl, de donde saco un montón de prendas y las voy dejando a un lado, hasta que quedan a la vista unas botas tobilleras marrón claro de cuero de colk, muy suave y flexible. Están bien curtidas por todo el tiempo que mah pasó de joven recorriendo estas montañas.

Sonrío al imaginarla con ellas puestas subiendo por los escarpados acantilados que rodean este pueblo, con la melena suelta y el espíritu libre. Era la persona más experta en abalorios marrones que he conocido, pero rara vez recurría a Bulder, pues prefería moverse por sus agrestes cimas tal y como él las había concebido. Quizá por eso él la respetaba y accedía de buen grado a sus escasas peticiones.

—Tengo la sensación de que te van a quedar perfectas. —Levanto las botas.

Raeve se las queda mirando largo rato y, después, vuelve la vista hacia mí.

—Kaan, no puedo…

—Ella se sentiría muy honrada de que las usaras, igual que yo.

Raeve traga saliva. Por fin, extiende la mano y las coge. Con la mirada fija en las botas, pasa los dedos por los cordones entrecruzados.

El silencio vibra entre nosotros.

—Kaan…

—Son tuyas.

Me mira a los ojos y veo en ellos una gran carga, una vulnerabilidad que me lleva de vuelta a la conversación que tuvimos justo después de que nos quitaran las estacas.

—Necesito que me prometas una cosa —dice.

—Lo que sea. —Le aparto algunos mechones revueltos de la cara y se los paso por detrás de la oreja—. Cuando sea.

—Que no vas a entrometerte. —Me mira moviendo los ojos de un lado a otro, como un péndulo—. Pase lo que pase, tengo que hacerlo yo sola.

Practico mi respuesta en mi cabeza tres veces antes de atreverme a decirla en voz alta.

—Lo sé, Rayo de Luna.

Nunca unas palabras me han sabido tan amargas, tan contrarias a lo que me dicta el corazón.

El alma.

Pero sé que está en lo cierto. No hay nada más íntimo que vincularse con un dragón. Y yo… no pinto nada; no tiene que ver conmigo.

Es cosa de ellas dos.

Debo apartarme, reprimir mi instinto protector, ese miedo enfermizo a perderla… otra vez. Debo dejar mi corazón en manos de la confianza y dedicar cada aliento a creer que todo va a salir bien.

—Ha sido demasiado fácil —dice entornando los ojos—. Di las palabras, con precisión.

Levanto la mano y le acaricio la cara, disfrutando de cómo se apoya en mi palma.

—Si me dejas prepararte una comida de verdad antes de que te vayas, haré lo que me pidas, aunque eso quiera decir que me tengo que quedar mirando cómo subes a esa maldita columna entre las nubes.

Se le dibuja una media sonrisa.

—¿No te gusta la cecina que tiene Pyrok?

Me inclino hacia delante y le beso la punta de la nariz.

—Puedo hacer algo mejor. —Le doy otro beso entre los ojos y

me quedo ahí quieto un momento; después, le susurro al oído—: Te dejo sola para que te prepares.

Me dirijo a la puerta antes de decir o hacer alguna estupidez, de ceder al impulso de atosigarla con consejos hasta hartarla.

Eso no es lo que ella necesita, ni creo que sea lo que quiere; de lo contrario, me lo habría pedido.

Lo que necesita es que yo sea fuerte y la apoye.

Que me olvide de mis miedos y crea en ella o… solo seré otra cadena con la que tendrá que vérselas.

Otro lastre.

Bajo las escaleras, cruzo la cocina y salgo por la puerta trasera al frío, abriéndome camino a través de la nieve hasta llegar a un grupo de arbustos cargados, donde, a salvo de miradas ajenas, me doblo hacia delante y vomito.



El Rey Carroñero

# CAPÍTULO 32

Los razah corren a toda velocidad a cuatro patas por el suelo resquebrajado, arrastrando cadáveres inertes de vuelta a las burbujas de magma que los engendraron. Estas abominaciones huesudas y callosas dejan poco más que salpicaduras de entrañas y vetas de magma enfriándose en su apresurado descenso hacia el núcleo volcánico del mundo.

Mientras tanto, la multitud *ruge*, clamando por más batallas.

*Más* sangre.

*Más* muerte.

Con una corona de dientes afilados como agujas y envuelto en un pesado manto raído, el Rey Carroñero lo observa todo desde su trono de fragmentos lunares, cómodamente situado en su amplia tribuna elevada, muy por encima de los palcos. Esta constituye la mayor y más grandiosa arena de combate del mundo, famosa por sus salvajes espectáculos, abundantes tentempiés y alocado desenfreno.

*Su* palacio.

*Su* reino.

Al menos, hasta que ocupe el trono que le corresponde a él por derecho.

Encogido en un trono mucho más sencillo, el triconsejero suspira, con la cara larga por el disgusto.

—Hace tiempo que no honro con mi presencia las arenas de Khindard, pero he de decir que las recordaba mucho más emocionantes, Arkyn.

El Rey Carroñero frunce el ceño y dirige su atención a la multitud, que no deja de vociferar. Montones de personas distinguidas que han acudido a deleitarse con la carnicería, vaciando sus bolsillos a cambio de un asiento en primera fila para presenciar la matanza. Presas fáciles.

«Al parecer, Einar es el único que no se está divirtiendo».

Arkyn está a punto de decirlo cuando se acerca una camarera nula, hace una reverencia y le da la jarra de hidromiel que ha pedido. Luego, le sirve otra al valioso miembro del Triconsejo; el más joven de un grupo lleno de fósiles, cuyos ojos aún no se han vuelto lechosos por la sabiduría de haber vivido demasiadas fases y cuya mente aún es flexible.

Manipulable.

El invitado *especial* de Arkyn.

Einar frunce el ceño mirando la jarra y vuelve a dejarla en la bandeja con un golpe.

—No me voy a tomar esa porquería —gruñe, y le da una bofetada tan fuerte a la camarera que le deja una marca roja en su pecosa mejilla—. Me estás ofendiendo. Tráeme algo que se pueda beber.

La camarera se aleja a toda prisa mientras Arkyn la sigue con la mirada.

—Has herido a mi camarera.

—Es una nula incompetente. —Einar frunce el ceño aún más—. Viven tan a gusto en nuestras ciudades, a salvo tras muros que no han ayudado a construir, toman el agua que nosotros depuramos y canalizamos, respiran aire que nosotros purificamos después de que caiga una luna. Lo menos que pueden hacer es servirnos algo que se pueda beber, joder.

Arkyn tamborilea con las puntas de sus dedos inquietos contra el reposabrazos de su trono, sopesando varias respuestas… poco diplomáticas hasta que se decide por una.

—Quizá *incompetente* no sea la palabra adecuada. ¿Dónde estarían tus hermanos con abalorios si no fuera por su dedicación a las minas?

Einar suelta una risita al tiempo que agita un dedo.

—Ahí me has pillado. En ese sentido, deberías echar menos nulos a tus arenas y más bestias. En cuanto Cadok y Tyroth tomen el control de La Llama, se enviarán montones de nulos a las nuevas minas de gemas de rocadragón para que al fin podamos aprovechar los recursos por explotar del norte.

Arkyn deja de mover la mano.

«Interesante…».

—Aunque soy un gran aficionado a este deporte —continúa Einar juntando las yemas de los dedos—, al ritmo al que estás cebando a los razah…, bueno, no tardaremos mucho en superarlos en número en una proporción de mil a uno, y no al revés.

—Lo tendré en cuenta —miente Arkyn, convencido de que cualquiera con un abalorio marrón que sea competente podría extraer sus propias gemas de rocadragón… si se dignara respirar el sucio aire de la mina.

Pero no, mejor que se lo sirvan en bandeja.

Si bien a Arkyn no le gusta lanzar nulos a las arenas, es el medio para alcanzar un fin: un flujo casi constante de ingresos que allana el camino hacia un mundo mejor una vez que cumpla su misión.

—Por ahora —continúa Arkyn con un ademán—, disfrutad del espectáculo.

El repiqueteo de las cadenas resuena por el anfiteatro mientras se levantan las profusas verjas. Numerosas personas tropiezan entre el humo, enmascaradas y vestidas con piezas disparejas de armaduras. Algunas se orinan encima al instante, mientras que otras aporrean las rejas por las que acaban de salir. Solo una se mantiene firme, con una falsa bravuconería que no tardará en desvanecerse.

La multitud vitorea, no por rendirles homenaje, sino celebrando ya sus inminentes muertes.

Un hombre envuelto en una capa atraviesa la cortina de terciopelo negro, se inclina ante Arkyn y Einar y se vuelve hacia el triconsejero, con un cuaderno de cuentas, una pluma y un saquito en la mano.

—¿Alguna apuesta? Por ejemplo, ¿quién será el primero en caer? ¿O el último en quedar en…?

Einar pone una mueca de desprecio y despide al hombre con una mirada, algo que Arkyn encuentra curioso, dado que sabe perfectamente que Einar disfruta de *ganar* gemas de rocadragón tanto como él de *consumirlas*.

Por lo general.

De todos modos, si las reservas de la Ciudadela se están agotando, como apuntan sus espías…

—¿No vas a apostar, amigo mío? —El Rey Carroñero arquea una ceja.

—No este dae —murmura Einar con los labios apretados, lo que no hace más que confirmar las sospechas de Arkyn—. Además, mi interés está decayendo. Estas batallas eran mucho más emocionantes antes de que perdieras a tu Alondra de Fuego. —Arkyn se pone tenso al oír su nombre y un intenso ardor posesivo le recorre las venas—. Todo lo demás que pisa la arena palidece en comparación.

«No la perdí».

Arkyn no pronuncia las palabras que le queman la punta de la lengua. En su lugar, da un sorbo a su hidromiel, masticando los grumos, y sigue observando lo que ocurre abajo mientras una alondra de papel revolotea hasta el regazo de Einar.

Este la despliega a toda prisa, alisando los pliegues con sus esqueléticos dedos con precisión.

—Por todos los Creadores —murmura ojeando las palabras garabateadas, con todo el cuerpo tenso.

Su piel se vuelve más blanca, a juego con su etéreo atuendo.

—Noticias del gran canciller. Se avecina una caída lunar… No, muchas.

Arkyn da otro largo sorbo.

—Sí.

Einar gira la cabeza bruscamente, clavándole sus ojos azules, que contrastan con su capucha color tiza.

—¿Lo sabías?

—Hace tiempo. A mi miskunn no se le escapa nada. —Arkyn observa a los ofrendados preparándose para la inminente batalla, algunos rebuscando armas que hayan quedado esparcidas entre las rocas y las brasas por la vasta arena—. Aún queda tiempo. Algo más de quince ciclos, según el engrosamiento de la aurora.

Einar relaja la postura y suaviza el gesto en su trono.

—Bueno, está bien saberlo. Mi miskunn no se dio cuenta, qué imbécil. Transmitiré la información con mi respuesta. —Vuelve a mirar el escrito, con las cejas casi tocando el nacimiento de su cabello rubio—. Vaya, vaya. Han desterrado al rey Kaan Vaegor por atacar Bothaim.

Ninguna novedad para Arkyn, aunque solo con oír el nombre de su hermanastro le tiemblan los huesos y le pican tanto las yemas de los dedos que tiene que hacer un gran esfuerzo para no mordérselas.

—Ah, ¿sí?

—Sí, parece que su dragón mató a uno de los mercenarios vinculados y destruyó tres balistas. Qué travieso —dice Einar complacido mientras dobla la alondra en un cuadrado, que se guarda en el bolsillo—. Hay muchas lunas sobre estas cordilleras. Supongo que tienes un plan para resistir las caídas.

—Por supuesto. —Arkyn señala hacia abajo, hacia la arena, donde un enjambre de alondras revolotean y se lanzan a las manos de los espectadores que hay apiñados en las gradas—. Mi floreciente fortaleza está protegida contra las caídas lunares.

«Pronto lo estará».

—¿Cómo es eso posible? —El triconsejero frunce el ceño.

—Mi título no carece de peso. —Arkyn alza la barbilla—. Todos los aquí presentes están recibiendo ahora mismo un aviso del inminente acontecimiento y una propuesta de refugio, siempre que se postren ante mí como *legítimo* rey de La Llama, *primogénito* del difunto Ostern Vaegor.

Aunque dice la frase como si fuera un puñetazo, Einar se limita a

arquear una ceja y, con tono desdeñoso, replica:

—Nunca he oído tal rumor.

—Quizá porque soy el hijo bastardo de una nula.

El tono despreocupado de Arkyn no ayuda a ocultar el hecho de que las palabras de Einar le están quemando por dentro. Son la confirmación de que a su pah no le importaba lo suficiente como para mentar su nombre siquiera.

—Eso será. —Einar le guiña un ojo—. Has logrado muchas cosas a pesar de tus limitaciones. En lugar de intentar sobrepasar el rango que te corresponde, deberías estar orgulloso —dice señalando la arena que tienen debajo—. Emplea tu ambición con más sabiduría.

«Limitaciones…».

«Sobrepasar el rango que te corresponde…».

«Emplea tu ambición con más sabiduría…».

Arkyn tamborilea con sus lastimados dedos el reposabrazos de su trono. En silencio.

Furioso.

Le cuesta tragarse las mordaces palabras que amenazan con salir de su boca. Al fin y al cabo, Einar es una pieza importante del rompecabezas, una relación que ha mantenido a flote durante muchas fases, como cuando soplas una brasa en silencio, avivándola, preparada ya para meterla bajo un montón de leña.

Apagarla sería un gran desperdicio.

Arkyn se aclara la garganta y continúa, ignorando las últimas frases de la conversación, como si no se hubiesen pronunciado.

—Como muestra de mi gratitud hacia aquellos que se arrodillen, todos son libres de quedarse aquí y disfrutar del espectáculo. Se librarán batallas sin descanso hasta las caídas con la idea de tener la mente despejada hasta que cese el caos, momento en el que mis tropas se dirigirán al norte para apoderarse del trono de bronce.

El silencio se vuelve denso, largo y sofocante.

Arkyn gira la cabeza, mirando a Einar.

—¿Contaré con el apoyo de Bothaim cuando reclame la corona?

Einar comienza a reír; primero, en voz baja y, luego, cada vez más fuerte, doblándose sobre sí mismo mientras se sacude violentamente.

Arkyn lo observa mientras los camareros se dispersan por las gradas ofreciendo refrescos a los espectadores. Entonces, comienzan a sonar los tambores.

Una distracción oportuna para la nerviosa multitud.

Para cuando Einar recupera la compostura, tiene las mejillas surcadas de lágrimas.

Solo al advertir el gesto impasible de Arkyn desaparece todo rastro de humor de su cara.

—Por todos los Creadores, lo dices en serio.

—¿Me crees incapaz?

Einar reprime la sonrisa que le tira de las comisuras de la boca, pero Arkyn la advierte.

La *detesta*.

—Perdóname, viejo amigo, pero Kaan Vaegor está muy por encima de tu categoría. Sería prudente que dejaras que la sed de sangre que sientes por él siguiera enconándose. —Levanta las cejas y señala con la barbilla las puntas de los dedos de Arkyn, que se ha mordido—. A pesar de las fuerzas que hayas conseguido reunir.

Arkyn está que trina mientras comienzan a abultarse cinco burbujas de azufre en la arena, como si fuesen úlceras. Algunas de ellas revientan, despidiendo magma y bocanadas de humo sulfúrico mientras los razah irrumpen en la superficie de la arena, atraídos por la llamada de los tambores. Tam-tam… Tam-tam…

—Entonces ¿el Triconsejo no va a apoyarme cuando reclame el trono?

—Aunque tu sangre fuera la de los Vaegor, tu supuesto pah no te reconoció. No te nombró príncipe y, desde luego, no te proclamó heredero.

Esas palabras escuecen a Arkyn.

Aunque no da muestras de ello.

—El favor de la Ciudadela recae en gran medida sobre los gemelos, dado que sus aspiraciones al trono son legítimas y cuentan con tres abalorios —dice Einar lanzando una mirada elocuente al único abalorio rojo que le cuelga a Arkyn de la oreja—. Como he mencionado, Tyroth y Cadok tienen planes para el norte.

—Entonces ¿la idea es juzgar a Kaan y condenarlo y regalarles La

Llama a los gemelos?

—Claro que no —resopla Einar—. El gran Kaan Vaegor no va a entregarse, pero este… incidente es justo lo que estábamos esperando. Según nuestras fuentes Kaan lleva tiempo preparando su ejército y, dado el secretismo de su reino, él es el único que conoce su potencia. Se cree que para derrotarlo hará falta la ayuda de los gemelos, así como de sus respectivos batallones. Harán uso de su derecho legítimo a reclamar el territorio por medio del derramamiento de sangre.

Arkyn oye las palabras que no está diciendo: que el Triconsejo no quiere mancharse las manos a no ser que no le quede otro remedio.

—Tenemos acuerdos con los gemelos —continúa Einar encogiéndose de hombros—. Se han comprometido a que todas las gemas de rocadragón extraídas de La Llama después de la guerra se repartan en tres partes a cambio de nuestro apoyo permanente.

Es difícil pasar por alto la inflexión en la voz de Einar al mencionar las gemas de rocadragón.

Nadie depende más de la sustancia para saciar su ansia de inmortalidad que los miembros del Triconsejo, ebrios de poder y control, desesperados por aferrarse a las gemas de rocadragón para toda la eternidad.

Nadie sufre más sin ellas.

—Perdóname, Arkyn, pero nada de lo que tú puedas aportar bastaría.

Arkyn esboza una pequeña sonrisa, con la atención puesta en la arena de combate.

—Entiendo.

Aunque está acostumbrado a que los demás lo subestimen, siempre le duele.

—Pero has de saber que siempre seré benefactor de este lugar y contarás con mi apoyo. —Einar se inclina hacia delante, concentrado en los cinco razah que golpean sus respetivos úteros fundidos luchando por salir a la superficie.

Mientras tanto, las ofrendas esperan la batalla que probablemente será su fin, reunidas detrás de enormes rocas o escondidas en grietas que les proporcionarán una muerte

desagradable.

—Dado que aún falta para las caídas, me voy a quedar un poco más para ver el espectáculo.

—¿No decías que esto empezaba a aburrirte?

Einar se frota su afilada mandíbula con el pulgar.

—Entre tú y yo, la mayoría de mis hermanos con abalorios no hacen otra cosa que sentarse a masticar gemas de rocadragón estos daes, y los más divertidos tienen sus propios *juguetes* para entretenerse. Aunque ya no esté la Alondra de Fuego iluminando el escenario, esto es mejor que su compañía.

—Vaya, me siento halagado —miente Arkyn, que prefiere estar solo a tener que lamerle el culo a Einar, algo que le molestará menos una vez que la corona de dientes que lleva sea sustituida por una de bronce.

Baja la vista a la matanza que está teniendo lugar ante sus ojos, a la que ya se ha acostumbrado a lo largo de las fases —el medio para lograr un fin— y tamborilea con los dedos mientras se prepara para empuñar su arma secreta. Se toma un momento para lamentar lo que podría haber sido…, dado que se ha imaginado a sí mismo desgarrándole la garganta a Kaan con los dientes más veces de las que puede contar.

Se resigna al hecho de que le ha cogido mucho cariño al cosquilleo que siente bajo la piel, a su sed de sangre. Al fin y al cabo, ¿dónde estaría sin eso?

Muerto.

—¿Y si consigo poner al gran Kaan Vaegor en esta arena de combate? ¿Hacer que todo el mundo presencie su muerte como *castigo* por sus desaires al Triconsejo?

Einar gira la cabeza lentamente con los ojos entrecerrados, casi rozando la cara de Arkyn.

—Imposible…

—¿Y si lo hiciera?

El tiempo se detiene mientras Einar analiza a Arkyn, quizá viéndolo desde una nueva perspectiva.

Una *oportunista*.

—Dependería en gran medida de tu postura respecto a las

reservas por explotar de rocadragón en el norte.

—No son de mi interés.

Einar se queda quieto como una piedra, como cuando se nota el primer tirón de un anzuelo.

—No hay necesidad de dividirlo en tres partes y, luego, volver a dividirlo entre tus hermanos con abalorios —aclara Arkyn—. El Triconsejo podría quedarse con *todo*.

Una vez que Arkyn tenga La Llama, no necesitará las gemas de rocadragón que tanto ansía el Triconsejo. Ha amasado lo suficiente en las arenas como para financiar una guerra y mantener un territorio durante eones.

No.

Lo único que quiere, lo único que le *importa*, es ver derramarse la sangre de Kaan y reclamar el trono que le corresponde por legítimo derecho.

Einar sonríe pensativo con un brillo ávido en los ojos.

—Bueno, amigo mío, ha sido una conversación interesante.

—Me alegro de que te lo parezca.

Un razah le desgarra la garganta al nulo que se mostraba tan sereno cuando los tambores comenzaron a sonar. La sangre salpica mientras la bestia arrastra su comida fresca hacia el hervidero del que ha surgido y desaparece en él.

—¿Cuál es la conclusión? —presiona Arkyn.

Entre ambos, se instala un silencio feroz.

Einar traga saliva, tal vez tratando de ocultar que se le hace la boca agua.

—Si logras lo imposible, estoy seguro de que te ganarás el favor de la Ciudadela, y el respeto *eterno* del Triconsejo… por ser más que un simple domador de monstruos clandestino. —Levanta ambas cejas, observando la mitad quemada del rostro de Arkyn—. *Digno* de la corona de bronce.



# CAPÍTULO 33

## Raeve

Rebusco entre los restos del puente desperdigados por el río, que ahora está revuelto, deseando que el agua no hubiera sumergido las partes que utilicé como peldaños, maldita sea. Ahora tengo que juntar como pueda las palabras de Bulder, intentar trazar un camino para llegar a la columna que surge de la gran isla como un brote verde.

Con todo un pueblo entero mirando.

Suspirando, me aprieto el lazo de la trenza, me arrodillo y recojo nieve. La aplasto hasta formar una bola y miro por encima del hombro a la multitud, que se ha refugiado bajo las marquesinas o reunido en los empinados caminos del pueblo que atraviesan los edificios; todos a una distancia prudente, mirándome o mirando hacia arriba a través de la fina nieve que cae mientras murmuran, con la capa bien ajustada, cubierta de copos blancos. No quieren perderse el espectáculo a pesar de la anomalía climática que cubre su pueblo, enfriando tanto el aire que duele respirar.

Lo entiendo.

No es que todos los daes pueda verse a alguien intentando montar a uno de los mortales plumalunas semisalvaje. Ese tipo de

estupidez es poco común, al igual que ver una de sus columnas tan al norte; de hecho, diría que es la primera vez, un impresionante «que te jodan, Raeve» justo en el centro del pueblo.

Imposible no verla.

Miro dicha columna, rodeada por un grupo de árboles congelados que no sobrevivieron a la explosión y han quedado destrozados. Tiene la base más ancha y la punta perdida entre las nubes y desprende una tenue niebla que ha comenzado a acumularse en la hondonada.

Algunos fundefauces novatos han salido de su guarida y se han acercado lo suficiente como para olfatearlo, pero ninguno parece tan valiente como para investigar la parte superior.

Probablemente sea lo más sensato.

Aunque Líri sea pequeña, hay una razón por la que Rygun la condujo a una guarida cerca de la cumbre de la montaña. Algo atribuido al silencio sepulcral que se ha apoderado del pueblo, como si incluso los pájaros y los insectos supieran que estamos tratando con un superdepredador; bello pero letal.

Si no hubiese intervenido Rygun, ya estaría muerta. Si sobrevivo a esto…, bueno, solo será porque ella así lo quiere. De todos modos, le hice una promesa a esa dragona y vaya que si la voy a cumplir. Prefiero arriesgar mi vida antes que verla volar hacia Netheryn creyendo que no es digna de que yo le entregue lo mejor de mí.

Noto que Kaan se aproxima antes siquiera de oír sus pasos.

Aclarándome la garganta, dejo caer la bola de nieve de mis felizmente entumecidas manos y me levanto, me quito la capa y me la echo sobre el brazo.

—Majestad.

—Rayo de Luna.

Su voz recorre mi nuca, haciéndome estremecer.

—No estaba segura de que fueses a bajar. —Giro la cabeza lo justo para ver su silueta por el rabillo del ojo—. ¿A qué debo el honor?

—A mi eterna adoración.

Me sonrojo cuando la multitud comienza a murmurar y arqueo una ceja volviendo la vista atrás.

Lo que veo es como un puñetazo en el pecho: tiene los brazos cruzados, nieve en la barba y mechones sueltos alrededor de la cara.

Sus ojos son más oscuros que nunca.

Lo disimula bien, el miedo que sentía vibrar en él al pedirle que no interviniera, pasara lo que pasara mientras me preparaba una buena comida de la que hemos disfrutado juntos y me dedicaba sonrisas afectuosas que me abrazaban desde la distancia, infundiéndome fuerzas y ánimos.

Respira hondo y se acerca con la mano extendida.

—¿Quieres que me encargue de eso?

Bajo la vista a mi capa y, luego, al málmr que cuelga entre mis pechos, que contrasta con la indumentaria de cuero en la que voy enfundada hasta la nuca.

No se me dan bien las palabras, pero, si muero este dae, necesito que Kaan lo sepa, que vea que en esta vida lo elijo a *él*.

Y en voz alta.

Me vuelvo hacia él. Lo veo bajar la mirada.

Veo cómo se le va todo el color de la cara y se le acumula en los ojos.

Encendiéndolos.

Se le mueve la nuez de la garganta y empieza a salir de su pecho un rugido, provocándome un escalofrío por todo el cuerpo. Coge mi capa, da un paso adelante y, agarrándome por la cintura, me atrae hacia él y me acerca los labios a la oreja.

—Algún dae, Rayo de Luna, espero devolverte el gran honor llevando tu uhloo. —Frunzo el ceño y me dispongo a preguntarle qué quiere decir cuando me deja sin aliento con sus siguientes palabras —: Si mueres, pienso partir el maldito mundo en dos.

Me da un beso en la sien, rápido y tierno, se da la vuelta y se aleja entre la multitud, que se inclina ante él. Aunque no mira atrás, lo oigo murmurar una frase modeladora con la precisión de un artesano.

El suelo tiembla.

La multitud suelta gritos ahogados.

Giro la cabeza a tiempo de ver dos brazos de arcilla de color tostado salir de cada una de las riberas del río y unirse como si

fuesen manos agarrándose. La estructura se aplana, como si la hubiese amasado una fuerza invisible, y el sobrante se pliega, formando unas barandillas. Una réplica del puente anterior, solo que sin el musgo.

Se asienta, endureciéndose hasta adquirir un tono más claro cuando el agua se escurre de la robusta estructura y cae al río como un millón de lágrimas.

Un camino impecable para llegar a la columna.

Me duele el pecho por ese gesto; estoy infinitamente agradecida. Tengo claro que yo habría derrumbado la montaña entera si hubiese intentado sacar algunas piedras para usarlas a modo de escalón.

Sobre todo, estoy agradecida de que no me haya construido una escalera o algo similar para facilitarme la ascensión, pues no hay nada honroso en recibir ese tipo de ayuda.

Echo un vistazo a la multitud. Algunas personas murmuran mirando el colgante que luzco, quizá preguntándose quién coño soy.

Si supieran la verdad, que su perfecto rey se ha enamorado de una asesina renegada, probablemente se sublevarían.

Protejo el tesoro bajo mi vestimenta y cruzo el puente, bordeando las rocosas orillas de la isla. Salto sobre árboles caídos que parecen casi de cristal hasta que me encuentro a la sombra de la columna, con la piel erizada.

Previendo su tacto.

Con cautela, extiendo la mano y tanteo la rugosa superficie. Está tan fría que me quema la piel, recordándome el trozo de hielo que utilicé para cavar un refugio en la nieve para Fallon y para mí cuando escapamos de Arkyn…, cortándome las palmas de las manos al hacerlo y tiñendo la nieve de rojo. Aprieto los dientes, ahuyentando el recuerdo. Trazo mentalmente un camino para subir por la estructura cónica. La columna está llena de partes planas cuyo crecimiento se detuvo. En absoluto son puntos de apoyo, sino más bien simples agarraderos, los cuales con un poco de suerte no se soltarán…, pero tendrán que servir.

Tensando mi barrera mental de sonidos, me quito el anillo de hierro y me lo guardo en el bolsillo. Sacudo las manos, reprimiendo el nerviosismo que siento en el pecho.

«Malditos nervios. Dejadme en paz».

Pongo el pie en un saliente, clavo las yemas de los dedos en otro más alto y repito con la otra mano. Al final, apoyo todo mi peso en el pie izquierdo, coloco el derecho en su sitio y compruebo si la columna aguanta mi peso.

«No está mal».

«Quizá no muera después de todo».

Me impulso, apoyo de nuevo el pie y alcanzo otro saliente. Repito. Encuentro un ritmo constante que se va volviendo más suave y fluido a medida que subo.

El tiempo se vuelve irrelevante, pues estoy centrada únicamente en la colocación de mis botas y mis dedos, en el movimiento de mis extremidades, en la respiración profunda y lenta para mantener mi pulso bajo control.

No miro abajo, y me doy cuenta de que ya no nieva. Intento recordar una sola ráfaga de viento en la mejilla desde que he comenzado el ascenso. Sonriendo, alcanzo otro saliente y encuentro paz en la creencia de que Clode y Rayne me animan con su silencio. Hacen lo que pueden para salvarme de una caída que resultaría mortal.

Si Clode supiese lo que tengo en mente para ella, no me estaría tratando con tanta delicadeza.

De todos modos, ese es un problema para la Raeve del futuro. La del *presente* solo quiere alcanzar la cima sin contratiempos.

Preferiblemente, sin que se la coman.



Los pulmones y las piernas me arden con la misma intensidad cuando por fin alcanzo la densa nube, donde me detengo para serenarme y sacudir mi mano dolorida. Y la otra. Mientras intento aliviar los calambres de los dedos, me animo a echar un vistazo al pueblo que se extiende debajo y… me arrepiento al instante.

El río es una franja vibrante que atraviesa el terreno blanco y los

aldeanos son meros granos de arena en las calles.

«Ha sido una idea malísima».

Respiro hondo para calmarme y meto la mano en la parte baja de la esponjosa nube, buscando un saliente. Al coger impulso, me quedo cegada, como si me hubiera quedado atrapada en un almohadón, así que tengo que confiar en mi sentido del tacto para encontrar el siguiente punto de apoyo, y el siguiente, y el siguiente, envuelta en un frío y tenso silencio.

*Demasiado* frío.

Clara señal de que me estoy acercando.

Cada latido de mi corazón es un redoble de tambor mientras la nube se va desvaneciendo hasta convertirse en jirones, permitiéndome al fin vislumbrar la cima, así como la vaporosa cola de Líri colgando del dentado borde de la columna.

Se me encoge el pecho ante tal visión.

Me quedo quieta, escuchando. Me concentro en la respiración de Líri, suave y retumbante.

«Está dormida».

«Gracias a los Creadores».

Me deslizo lentamente y con cuidado entre sus sedosos mechones, consciente de lo sensibles que son. Al volver a extender el brazo, me detengo y paso la vista de la crin de Líri hasta ese velo plateado que me envuelve la mano, preguntándome si… Líri mueve la cola y está a punto de golpearme en la cara. Aunque me da un vuelco el corazón y casi pierdo el equilibrio, mi pulso va a tal velocidad que apenas oigo mis pensamientos, solo el fiuuuu fiuuuu fiuuuu de mi sangre acelerada.

«Demasiado
cerca,
joder».

Apretando los dientes, me deslizo hacia la derecha con movimientos lentos, pasando la mirada de su cola a las opciones que tengo para apoyarme. Una vez que estoy a una distancia segura, sigo subiendo, con el corazón en un puño, hasta que por fin alcanzo el final de la columna.

Subo el pie izquierdo al siguiente saliente…, ¡pero se me resbala

por el lateral como un segundo «que te jodan, Raeve» bien alto!

Me quedo pegada a la columna, con el corazón latiendo tan fuerte que no me cabe duda de que estoy a punto de que me atrape y me destripe, salpicando a todo el pueblo con mis vísceras.

Contengo la respiración y observo la cola de Líri en busca de cualquier movimiento, cualquier señal de que ha oído algo. Cuando por fin acepto mi buena suerte, tengo los pulmones ardiendo por falta de sustento.

Cierro los ojos, suelto el aire a través de mis labios apretados e inhalo por la nariz. Lo repito una y otra vez hasta que me atrevo a dirigirme a otro saliente, a desplazar mi peso, a impulsarme hacia arriba, a asomarme por el borde… Me quedo sin respiración al ver a Líri enroscada sobre la columna rodeada por una luz dorada. Majestuosa.

«Preciosa».

Unas tenues nubes traslúcidas envuelven su cuerpo y sus luminosas alas cubren su rostro como un elegante escudo contra los intensos rayos del sol. Un sol que resalta las numerosas cicatrices de sus membranas, un eco permanente de la horrible tortura de Rekk, presente a pesar de los esfuerzos de Agni para curarle las heridas.

Me estremezco y se me enfría la sangre mientras examino sus cicatrices una por una, esforzándome por no pensar en lo mal que debió de haberlo pasado. Recuerdo cómo se acurrucaba en mi regazo, hallando consuelo en mi presencia.

Y me permito lamentarme unos instantes. Se me desencaja la cara a la vez que siento una opresión en el pecho.

Ojalá mi dolor no se hubiera interpuesto en lo que podríamos haber sido. Podría haberme quedado con ella hasta que estuviera fuerte y preparada y, luego, haber volado juntas para dar caza a Rekk.

Es lo que se merecía: todo mi ser; no las migajas de mis ansias de sangre.

«Lo siento mucho, Líri».

Aprieto los ojos, reprimiendo la tristeza que me ahoga, y calmo los latidos de mi corazón. Luego, pongo la mano en la parte superior de la columna y, cogiendo impulso, levanto la pierna y apoyo la

rodilla en la superficie justo cuando Líri abre el ala de golpe.

Me devora con sus enormes e insondables ojos. Cada destello de esas pupilas negras es como un punto final que marca mi inminente muerte.

Gruñe.

Suelto un improperio, brutalmente consciente de que solo tengo una oportunidad. Si ella acaba alzando el vuelo sin mí, todo esto habrá sido en vano.

Nuestros movimientos se vuelven confusos.

Líri se incorpora en el mismo instante en que consigo poner ambos pies en la columna y logro hacerme a un lado justo antes de que me lance por los aires al extender las alas.

Ella da un salto.

Yo también.

Por un momento, volamos en sincronía: dos entes cayendo en picado a través de las nubes, con las tripas en la garganta.

Hasta que me choco con su lomo.

Se me va todo el aire de los pulmones y caigo de lado, agarrándome a lo que puedo. Consigo enroscar los dedos en una de las cuerdas de la silla de montar y la aprieto justo a tiempo. Quedo colgando de ella como un trozo de carne de un cordel.

Líri ruge cruzando el aire mientras yo me agarro con todas mis fuerzas a ella, con los tendones de la mano tan tensos por el esfuerzo que estoy a punto de soltarme.

Profiero un grito salvaje, mostrando los dientes, y levanto el otro brazo tratando de agarrarme a ciegas. Engancho la cuerda justo antes de que Líri se incline y salga disparada hacia el cielo con tal brusquedad que casi se me salen las entrañas por el trasero.

Se impulsa con sacudidas rítmicas que me azotan contra su costado, haciendo que me resulte imposible llegar a su silla de montar. De todos modos, ella no sabe que eso no es lo que intento.

Con los dientes apretados, trepo por la cuerda lentamente, pero con paso firme, sincronizando cada movimiento con el batir de sus alas. Los músculos de mis brazos, espalda y hombros piden a gritos un respiro mientras lucho por ganar centímetros por las duras fibras hasta que estoy lo bastante arriba como para alcanzar la cincha que

le rodea el pecho y vislumbro el agujero que hizo Rekk con la espuela.

Impulsada por una violenta oleada de fuerza, me balanceo una vez, dos, tres y logro meter los dedos bajo la cincha. Me siento lo bastante segura como para atreverme a soltar la cuerda y pasarle el brazo izquierdo por el pecho y…

Consigo agarrar una hebilla.

Me tomo un momento para recuperar el aliento y, luego, hago fuerza con el brazo derecho, manteniendo el equilibrio, mientras extiendo la mano izquierda y… al fin alcanzo las correas con los dedos.

Para empezar a soltar las hebillas.

Solo cuando las tres están sueltas —únicamente sujetas por los pasadores que las perforan— respiro con un poco más de calma. Sabiendo que esto es lo *correcto*, pese la densa tristeza que me oprime la garganta.

Entonces suelto la primera correa de un tirón.

Aunque Líri siga yendo como una flecha hacia el cielo, advierto que gira el cuello, que tiene la vista puesta en mí mientras abro la segunda hebilla. Al coger la tercera y última, miro sus sombríos ojos, que desprenden destellos. Tiene su rostro mucho más cerca de lo que esperaba, lo bastante como para apreciar la insondable profundidad de su mirada, algo que me hace sentir como si ya estuviese cayendo…

Solo que no del modo que esperaba.

Cuando salimos al otro lado de las nubes y nos adentramos en los débiles rayos de luz dorada, se me dibuja una sonrisa, porque le prometí a Líri que la cuidaría, que nadie volvería a hacerle daño. Y bien saben los Creadores que lo decía en serio.

«Incluso aunque eso suponga salvarla de mí misma».

—Eres libre, Líri.

Abro la última hebilla y suelto la cincha, sintiendo cómo se desliza y la silla de Rekk se afloja. Los últimos restos que quedan de él caen al vacío.

Llevándome por delante.

Líri abre las fauces como si fuera a lanzar una llama, pero lo que

hace es soltar un lamento agudo…

Mientras la nube me traga entera.



# CAPÍTULO 34

## Raeve

La gravedad tira de mí.

El tiempo se detiene cuando me invade una fuerte sensación de familiaridad. Caigo en la cuenta de que ya he hecho esto antes.

Caer.

Con ello me sobreviene una oleada de emociones que me ahogan y me hacen sentir la lengua pesada. Me cuesta respirar o incluso *plantearme* emplear el lenguaje de Clode hasta que por fin recobro el sentido, elimino mi barrera sonora interna, me lleno los pulmones de aire y le suplico entre jadeos que amortigüe mi caída.

*—Lui te… nalí vei… shuil, Clode. ¡Lui te… nalí!*

Las palabras me brotan tan deprisa de los labios que apenas las oigo, aunque deduzco que Clode comprende mi petición entrecortada por el chillido de protesta que suelta al instante, como si ya estuviera harta de mis tonterías. Está justificado, dado que es la segunda vez en dos daes que la hago elegir entre mi vida y mi muerte. Es mucha responsabilidad para alguien que prefiere revolotear por ahí, abofeteando a la gente o destrozando pulmones de tanto en tanto, o asesinando a algún que otro imbécil.

Yo también me cabrearía.

Me sumerjo en las nubes cuando una barrera de viento me golpea por debajo. Como si Clode se hubiera posado debajo, hubiera inclinado la cabeza y hubiera soplado con toda su violencia.

Mi cuerpo se sacude y salgo despedida al cielo durante unos segundos en los que se me revuelven las tripas y, luego, caigo de nuevo, ganando velocidad. Dando vueltas, veo que Líri se había alejado mucho del pueblo; la sierra se abre y el río es una línea azul que atraviesa un amplio barranco lleno de una nieve de apariencia esponjosa, la cual sería *perfecta* para amortiguar mi caída…

Solo que hacia donde estoy cayendo en picado es en dirección a un grupo de cumbres dentadas, condenada a acabar empalada.

*—¡Eil ahn… lamathinta! ¡Ahna! Learue… Clode. ¡Learue!*

Esta vez, cuando sopla, la ráfaga de aire me golpea el estómago con tal fuerza que me dan náuseas y me doblo como si fuese un trozo de pergamino. De nuevo, caigo en picado, aún más al este, aún más lejos de la atractiva extensión de nieve de aspecto esponjoso.

No me jodas, esto no lo hemos planeado bien. Supongo que tendré que pedirle a Clode que me lance hacia el oeste y esperar que acabe bien la cosa.

*—Lui te… nahh vei… ¡aishah lu!*

Me tambaleo cuando una violenta racha de viento me alcanza por un costado, golpeándome con tanta fuerza en el pecho que me deja sin aliento. Caigo en diagonal, atisbando la nieve, el cielo, las mortíferas cumbres de las montañas…, todo mientras me asfixio porque soy incapaz de respirar.

Clode chilla frustrada, como si esperara que yo le dijera cómo solucionar esto. Me encantaría hacerlo de no ser porque tengo los pulmones encogidos.

Noto que intenta agarrarme, pero atravieso sus etéreas manos.

«Esto no va a acabar bien».

Otro chillido agudo del viento me advierte de que estoy a punto de estrellarme contra la ladera de la montaña y probablemente acabe ensartada en una roca. Resulta morbosamente poético, dada la cantidad de gente a la que yo misma he ensartado con mi espada a través de las fases.

«Al parecer, el karma tiene un sentido del humor muy retorcido».

Como no deseo presenciar el momento en que me estrello contra las rocas ni avivar el pánico que se retuerce bajo mis costillas, cierro los ojos con fuerza…

Me agarran, dejándome sin aliento al aplastarme contra un pecho helado durante unos breves segundos, y me lanzan. Apenas me da tiempo a advertir el feroz aleteo de Líri antes de chocar contra la nieve y comenzar a rodar sin parar.

Cuando al fin me detengo, estoy boca abajo, con las extremidades extendidas. Me duele todo y la cabeza me da vueltas como si el mundo hubiese rodado conmigo.

Eso sería menos impactante que esta extraña realidad en la que Líri acaba de salvarme la vida. Aunque tal vez solo le guste jugar con la comida.

«Parece más probable».

Gimo y me pongo de rodillas. Después, me levanto a duras penas y me empiezo a limpiar la nieve de la cara cuando un rugido gutural me estremece hasta lo más profundo. Es demasiado intenso y grave para tratarse de Líri.

Más bien parece…

Al mirar a la izquierda, veo a Líri sobre la nieve, hundida hasta las rodillas, con el lomo erizado. Tiene las alas listas para comenzar a batirlas, los dientes al descubierto y la cola combada, como si estuviera a punto de azotarla y romper una columna vertebral, supongo que la mía…, solo que no me está mirando a mí.

Lentamente, giro la cabeza hacia el origen del rugido.

Se me para el corazón ante el fundefauces más grande que he visto nunca, de un azul intenso que resplandece bajo un haz de luz solar dorada. Es un macho, a juzgar por su enorme tamaño y su ancho y grueso pico.

Está encorvado sobre algo peludo que está muerto, con un gran corte en su grueso cuello del que mana un chorro de sangre que se extiende en la nieve. Sin embargo, el fundefauces no está mirando su comida recién cazada; me está mirando a mí, como si acabara de llegar con la intención de robársela.

—Por todos los Creadores, dadme un respiro —murmuro

dejándome caer de rodillas.

Adopto una postura sumisa para demostrar que tengo cero interés en quitarle su presa.

*Cero*.

La bestia suelta un rugido más profundo a la vez que levanta las plumas de su cresta y alza las alas. Pasa sus pequeños ojos brillantes de mí a Líri, que está a mi espalda, y comienza a acercarse acechante, dando dos pasos atronadores que hacen temblar el suelo.

Al sentir un movimiento detrás de mí, giro ligeramente la cabeza y veo a Líri entrar en acción. Viene al galope hacia mí, levantando nieve con cada una de sus elegantes zancadas. Probablemente está a punto de darme caza antes de que el fundefauces tenga oportunidad de incluirme en su banquete, pero… algo dentro de mí me impulsa a permanecer quieta y callada.

A *confiar*.

Con un movimiento ágil, Líri se enrosca a mi alrededor, pasando su cola por mi pecho como un escudo, a la vez que suelta un gruñido grave que me hace vibrar los huesos.

El fundefauces sigue aproximándose. Es casi la mitad de grande que Rygun, lo bastante como para superar a Líri. Abre las fauces, mostrando unos colmillos relucientes, y entorna sus ojos rojos.

Líri se enrosca más a mi alrededor, baja el hombro izquierdo y lo empuja contra mí, como si le picara.

Qué mal momento.

Mis sospechas se confirman en cierta medida cuando lo sigue haciendo, una y otra vez. Estoy a punto de levantar la mano para rascarle el pelaje cuando el fundefauces gruñe, con un tono grave y enérgico.

Todo su cuerpo se estremece, las plumas se le erizan a lo largo de la columna y la cola hasta llegar a la púa venenosa que ahora le sobresale del penacho.

Dejo de respirar.

Un plumaluna maduro quizá sobreviviera a una herida de… eso, pues su piel es más gruesa, su cuerpo es más grande. Líri no; ella sería su principal fuente de alimento durante los próximos daes, y yo

sería una guarnición crujiente.

No me gusta hacer daño a los animales, pero en situaciones extremas…

Abro la boca para pedirle a Clode que le saque el aire de los pulmones, solo lo suficiente para asustarlo, cuando el fundefauces echa la cabeza hacia delante y da una dentellada.

*Demasiado* cerca.

Líri le gruñe y, después, gira la cabeza y me ruge a mí, lanzándome su aliento helado a la cara.

Me doy cuenta de que me estoy perdiendo algo. Respecto a su postura, tiene el ala izquierda hacia atrás para dejarme espacio…

Comprender lo que quiere me resulta tan impactante como un puñetazo en el corazón.

«Quiere que me suba a su lomo».

Sin tiempo para titubear, me vuelvo para agarrarme a los mechones de su cuello, pongo el pie sobre su pata doblada y me impulso hasta situarme entre sus omóplatos, con pulsaciones fuertes y rápidas.

Líri se endereza y abre las alas hacia delante, como si fuesen abanicos luminosos. Da la impresión de que intenta parecer más grande y más fuerte al adoptar una postura más dominante.

El fundefauces se extiende hacia nosotras, aspirando hondo y olfateando, emitiendo un zumbido por los dos agujeros que le coronan el pico. Y otro.

*Y otro*.

Menea la cabeza inhalando con fuerza, retrocede unos pasos, se detiene y suelta un rugido grave que se transforma en un chillido con la boca abierta hacia el cielo. El sonido se va apagando hasta convertirse en ráfagas y el lejano flap, flap de unas alas me llama la atención.

Dos fundefauces atraviesan las nubes: uno tiene cientos de tonos rosa pastel y el otro no ocupa ni la mitad que Líri y quizá le hayan salido las plumas hace poco, de tonos rosados y azulados.

«La familia del macho».

Lo consideraría una llamada a las armas de no ser porque Líri no se inmuta. Ni siquiera cuando aterrizan en medio de una ráfaga de

nieve junto a la presa. Ni siquiera cuando ellos también olfatean el aire, con sus ojos rojos fijos en nosotros, mientras el macho lanza otro profundo gruñido de advertencia.

La mah agacha la cabeza y desgarra el voluminoso vientre del animal, dejando al descubierto sus carnosas entrañas. Se echa hacia atrás, dejándose caer sobre sus cuartos traseros mientras agita la cola de un lado a otro y le gotea sangre del pico.

La cría se acerca con la cabeza gacha, le gorjea a su mah y, luego, comienza a arrancar las entrañas de la herida abierta, devorándolas con avidez.

Todo ello mientras el macho observa a Líri con el plumaje erizado, adoptando una postura tan protectora ante su familia que me duele el pecho.

Líri da un paso atrás.

Suelta un suave gemido que resuena en mi interior, un lamento, mientras se aleja cada vez más. Es como si ahora estuviera más nerviosa, ante esta bonita familia, que cuando el macho amenazaba con arremeter contra nosotras e hincarnos el diente.

Como si estuviera *sufriendo*.

Se da la vuelta con tal fuerza que me deja sin aliento, comienza a batir las alas y sale disparada desde la nieve…, huyendo de la escena con tal ímpetu que solo puedo suponer que ha olvidado una cosa importante a la par que *problemática*.

Yo sigo aquí, encaramada entre sus omóplatos.

Mientras ella me lleva hacia el cielo.



# CAPÍTULO 35

Raeve

El suelo se aleja tan deprisa que se me revuelve el estómago.

Los árboles, cubiertos de nieve, y los picos de las montañas parecen más pequeños con cada frenético aleteo de Líri. Ir agarrada a su melena es lo único que me impide caer en picado hacia una muerte segura.

Suelto un quejido al darme cuenta de que debería haberme bajado en cuanto empezó a elevarse del suelo. Probar suerte con los fundefauces.

Ahora, estoy colgando de una dragona sin silla que se dirige hacia las nubes.

Mis manos empiezan a agarrotarse y el dolor se me extiende por los antebrazos hasta los codos. La intensidad es tal que sé que es solo cuestión de tiempo que me quede sin fuerzas.

«Mierda».

Apretando los dientes, me concentro en buscar un punto firme donde apoyar los pies mirando por debajo de mi axila. Veo que el nacimiento de las alas de Líri está lo bastante cerca como para alcanzarlo con los dedos de los pies.

Esperando que no se vuelva y me arranque la cabeza, apoyo un

pie… y luego el otro.

*Ni se inmuta*.

Los puntos de apoyo me permiten equilibrarme, recolocarme cada vez que Líri bate las alas, atravesando las nubes con impetuosas sacudidas.

Nos abrimos paso hacia los suaves rayos dorados que emanan del lejano sol. Un momento de tranquilidad antes de que Líri eche la cabeza hacia atrás y arroje una llamarada azul acompañada de un poderoso rugido. El estruendo se convierte en un graznido juvenil en cuanto su llama se apaga. Entonces, ella se inclina, yendo en paralelo a la lustrosa capa de nubes con movimientos suaves y rápidos de sus alas. Vuela hacia el sur con la velocidad y el equilibrio de una espada cortando el aire, como si estuviera huyendo de la escena o… lanzándose directamente hacia Netheryn.

«Por todos los Creadores, espero que no».

El viento me enreda la trenza cuando levanto ligeramente la cabeza y entorno los ojos mirando al frente, hacia el afilado pico de una montaña que tenemos justo delante. Sin duda, es un mal menor, pero chocar contra él a esta velocidad me lanzaría contra la pared si no calculo bien.

Me agazapo, agarrándome con más firmeza y apretando los dientes, momentos antes de que Líri se estrelle contra la cima.

La nieve salta por los aires a causa de nuestro violento aterrizaje y mi corazón encuentra un nuevo hogar encajado entre mis costillas.

Líri se pone tensa y clava las garras en la roca, estabilizándonos. Lanza la cabeza hacia delante y grita al cielo, un lamento agudo que reverbera sin cesar hasta volverse tan agudo que me desgarra hasta la maldita alma.

Dobla el cuello y agacha la cabeza.

Deja caer las alas a los costados.

Respira con dificultad mientras unas nubes doradas se arremolinan debajo de nosotras, acariciando la cima de la montaña. Hay una tranquilidad tan apacible tras su angustia que se me encoge el pecho.

Suelto una mano y la alargo con la intención de acariciarle el cuello, pero ella se da la vuelta tan deprisa que me veo obligada a

agarrarme de nuevo a su crin para no salir despedida.

Líri sube por la cresta que sobresale de la tormenta como una espina dorsal torcida, haciendo crujir la piedra y la nieve con cada peligroso paso que da. Cuando llega a un llano que queda apenas por encima de la neblina, se acurruca, envolviendo la cola alrededor de su cuerpo, y esconde la cabeza bajo su garra. Respira hondo y suelta un leve gemido que se desvanece en un silencio demasiado pesado como para respirar.

«No se encuentra bien».

Con movimientos lentos y cautelosos, me deslizo hasta bajar de su lomo y comienzo a avanzar lentamente en dirección a su cabeza…

Ella se incorpora y se acurruca hacia el lado contrario, echando el ala hacia atrás y luego hacia delante, y está a punto de arrojarme del llano. El «vete a la mierda» no verbal más claro que me han dedicado nunca.

«De acuerdo».

Miro alrededor, buscando un lugar sólido donde instalarme hasta que pueda decidir el próximo paso, cuando me vienen a la mente las palabras de Kaan…

«Aunque algunos dragones ansían vengarse de la misma manera que un feérico sediento de sangre, otros solo anhelan que los quieran».

Mirando por encima del hombro, veo a Líri todavía replegada en sí misma como un nudo luminoso, como si se escondiera del mundo. Me recuerda a Essi acurrucada en el sofá, dándome la espalda, mientras se desangraba, tratando de ocultar su dolor, apagándose en mis brazos mientras yo deseaba con todas mis fuerzas haber hecho algo más, haber *sido* algo más.

Mientras le decía que la quería como una forma de despedida en lugar de…

«A la mierda con esto».

Advierto que no puedo rodear a Líri sin correr el riesgo de pisar el extremo del llano, lleno de rocas sueltas, y acabar sobre las nubes, arriesgándome a otra caída mortal. Es algo que no tengo intención de repetir en un futuro próximo, o al menos hasta que Clode y yo resolvamos nuestros problemas.

Mi única opción es avanzar sobre el cuerpo de Líri, implorándole en silencio que no me lance al vacío. Estoy a punto de deslizarme por el hueco que queda en la espiral que forma cuando ella gime y se remueve de nuevo.

Manteniendo la posición, me aferro a sus mechones de pelo mientras contemplo la extensión de nubes, esperando a que se calme y se dé la vuelta. Me pregunto si es así como se siente Kaan cuando me cierro en banda.

«Que los Creadores bendigan a ese hombre por la paciencia sobrenatural que tiene».

Mientras noto la respiración de Líri en los movimientos de su cuerpo, analizo la curvatura de su garra sobre su rostro, como una máscara.

Como un escudo.

Frunciendo el ceño, recuerdo el momento en que me derrumbé bajo la tormenta en Dhomm, en la imponente presencia de Kaan a mi espalda, en la forma en que me rodeó mientras tarareaba una canción que me sacó del abismo. Eso siempre me ha ayudado…, sin importar las circunstancias.

«Sin importar lo fría y sola que me haya sentido».

Acaricio a Líri mientras mi canción tranquilizadora surge desde lo más profundo de mi alma, me sube por la garganta y me sale por los labios, mientras esbozo una media sonrisa:

*Liu ath na, juu ta ne guile no.*
*Too la too. Too la too…*

Líri se agarrota debajo de mí y luego se relaja, como si cada una de mis pausadas palabras aliviase la tensión de sus músculos.

Con cierta esperanza, levanto una pierna y me deslizo por su otro costado mientras paso al siguiente verso.

*Liu ath na, juu ta ne guile no…*

Cuando caigo sobre la nieve con las botas, siento un gran alivio al ver que no se mueve. No da vueltas ni me lanza por los aires.

«Voy progresando».

*Eeah to ail. Eeah to ail.*
*Han dui garl, igath da se se marth…*

Me acerco hasta quedar justo al lado de su cabeza, en la posición perfecta para que me alcance una llamarada si decide de repente que ya ha tenido suficiente.

Sin duda, la segunda cosa más estúpida que he hecho este dae.

*Eeah to ail. Eeah to ail.*
*Han dui garl, igath dain to ne…*

Noto el aliento frío de Líri en mis rodillas cuando las apoyo en la nieve, con el corazón latiendo con fuerza, como si quisiera escapar.

«Estoy bien».

«Estamos bien».

Con cautela, levanto ambas manos, exponiendo mis palmas al aire helado que emana de su piel. A pesar del leve gruñido que retumba en su garganta, envuelvo con ambas manos la gran garra que le cubre los ojos y tiro de ella con la esperanza de moverla.

Instándola a que me mire.

Gruñendo como si estuviera sopesando las ventajas de quitarme de en medio, retira la garra, pero frunce el ceño y aprieta tanto los ojos que solo puedo deducir *una* cosa:

No confía en mí.

Y con razón. Pero no necesito su confianza ni su respeto para comprender su dolor.

Acaricio sus pálidas pestañas con los pulgares muy despacio.

Con delicadeza.

—Echas de menos a tu familia, ¿verdad?

Es una certeza que está latente. Me resulta familiar, como si mi alma identificase el dolor. Es algo que ahora mismo me resulta demasiado duro para analizarlo.

Líri deja de gruñir.

Vuelve a levantar la garra. Vuelvo a bajársela.

Llevo la mano entre sus ojos y le froto lentamente el hocico con movimientos circulares.

—Sé que te he decepcionado y no hay excusa para ello —le susurro, sin saber si comprende mis palabras. Para remediarlo, pongo toda mi intención en cada una de ellas, como si las estuviera grabando en piedra—. Pero no estás sola, Líri.

Levanta un poco los párpados, lo justo para que vea unas rayas oscuras debajo de ellos, como si hubiese abierto una puerta.

Siento un nudo en la garganta. Le acaricio las mejillas mientras ella parece observar el extraño hilo de luz plateada que me envuelve la muñeca.

—Y eres muy querida.

Incluso Clode se queda quieta, como si se hubiera acercado para escuchar, conteniendo la respiración a la espera de alguna respuesta.

Pero reina el silencio, solo roto por la respiración entrecortada de Líri y el lejano estruendo de una tormenta que se avecina.

«Mejor no insistir».

Me inclino y le planto un beso entre las fosas nasales, sintiendo cómo se tensa.

Me aclaro la garganta y, tras ponerme el anillo, rodeo a Líri y me dirijo hacia un pequeño saliente de piedra. Busco algo donde refugiarme para darle a Líri la paz que probablemente necesita, dado que parece que echó a volar sin darse cuenta de que yo seguía encima de ella, como una garrapata.

La pobre solo quería pasar un rato a solas en la nieve, descansando bajo las lunas. Por encima de todo, *eso* lo entiendo.

Cuando he dado dos pasos, Líri enrosca la cola a mi alrededor, un abrazo tierno pero lo bastante firme como para soportar mi peso.

Para atraerme hacia ella.

Tira de mí y comienza a moverse hasta adoptar la forma de un nido helado. Aún envuelta por la suavidad de su cola, me quedo rígida como una tabla mientras la observo rodearme, como si yo fuera un preciado huevo.

Se acomoda, soltando un profundo suspiro de satisfacción.

No respiro. Apenas puedo pensar, mirando hacia arriba, a la

aurora plateada que se entrelaza con las lunas como si fuesen las sedosas hebras de una cola diferente.

Algo me sacude… *por dentro*, despertando la sensación de que he compartido momentos como este antes.

Con otra persona.

Se da una especie de cambio dentro de mí, como si un órgano se hubiera desplazado. Mi temperatura corporal desciende y el hielo comienza a recorrerme las venas mientras mi Otra se alza, como si estuviera a punto de desgarrarme y tomar el control.

No lo hace.

Lo que hace es acomodarse justo debajo de mi piel, quieta y callada. Una presencia tranquila que me parece mucho más imponente de lo que me atrevo a reconocer.

Líri se enrosca más. Es el tipo de abrazo del que no puedes liberarte, ni siquiera cuando estás desesperada por arrasar el mundo para poder derrumbarte en paz. Solo me deja la opción de relajarme. Parpadeo para alejar las molestas lágrimas que ella seca con una suave presión de su hocico, besos fríos que perduran mientras canto, pues parece que a ambas nos hace falta mi canción tranquilizadora, maldita sea.

El tiempo se vuelve infinito mientras descansamos juntas, contemplando la silenciosa danza de la aurora, que besa cada luna mientras va recorriendo el cielo. Y, poco a poco, me doy cuenta de que el corazón de Líri late como un tambor. Un sonido que me llama, más fuerte con cada latido, con cada lágrima que resbala por mi mejilla, besada por una plumaluna que parece tan perdida y sola como yo lo he estado durante las últimas veintitrés fases.

Hasta que la aurora no está sobre nuestra cabeza, no me doy cuenta de que los latidos de su corazón acompañan a los míos, son un eco casi instantáneo.

Dejo de cantar y ladeo la cabeza. Líri baja la suya, permitiéndome ver a la perfección sus enormes ojos sombríos.

Entre nosotras se da una mutua comprensión mientras su frío abrazo me atraviesa la piel, pasa por mis costillas y me envuelve el corazón. Una suave presión que hace que se me desencaje la cara, pues en el fondo sé que…

«Ya he sentido esto antes».

Mi Otra se aleja, metiéndose en lo más profundo de mí, tanto que ya ni noto su presencia. Se parece mucho a una bendición silenciosa.

No obstante, algo dentro de mí me hace querer gritar, golpear cosas, romperlas, aunque reprimo esos sentimientos y le sostengo la mirada a Líri, cayendo en esos ojos moteados sin fondo como una estrella por el cielo. Una fría zambullida que me resulta dolorosamente familiar.

Percibiendo la presencia de cada punto de luz que me rodea, me siento atraída por *uno* de ellos, uno plateado que destaca a lo lejos entre todos los demás.

Algo me impulsa a alcanzarlo, como si estuviera en la cima de una montaña estirando la mano hacia el cielo, como si creyese que puedo arrancar ese punto plateado y acunarlo contra mi pecho por muy lejos que se encuentre.

Algo afilado se aloja entre mis costillas, dejándome sin aliento.

Sin voz.

Más agónica que nunca.

Unas alas nacaradas me rodean desde atrás, envolviéndome en un fuerte abrazo. Un silencioso reconocimiento del dolor que amenaza con desangrarme por dentro. Pero no trata de solucionarlo.

Se limita a *percibirlo*.

De nuevo, noto una opresión en el pecho, como si una garra helada tuviese sujeto mi corazón y lo apretara suavemente.

Esta vez, no hay resistencia.

El órgano se ablanda y, luego, se resquebraja como la cáscara de un huevo de sierpe. Un dolor frío se extiende por mi cuerpo mientras mi corazón se detiene un instante y empieza a palpitar al compás de los fuertes latidos de Líri.

Ella se acurruca en mi alma y trepa entre los restos destrozados de ese huevo hueco encajado bajo mis costillas, atrayendo los fragmentos sobre ella y buscando consuelo junto a una piedra melancólica. Porque, aunque esto parezca el comienzo de algo demasiado bello para comprenderlo, reconocer este vínculo supone aceptar que hubo una primera vez, que algo se ha desprendido de

mí para hacerle hueco a Líri.

Y eso…

No quiero pensar en eso. Tampoco quiero sentir este dolor punzante en mi pecho que *simplemente*

*no*

*cesa.*

Me sumerjo en mí misma más velozmente que nunca. Solo me detengo al advertir la hebra plateada que me envuelve la mano y la muñeca.

«¿Es este el problema? ¿Este maldito cabello o lo que sea que llevo enredado desde Bothaim?».

Me lo arranco con unas ganas feroces y echo a correr hacia el lago, donde hago un agujero con el puño y tiro el mechón. Con la respiración agitada, espero a… sentirme mejor.

Sin embargo, la sensación no desaparece. Ni siquiera un poco.

Echo un vistazo por encima del hombro…

«Aquí hay algo más».

Con un gruñido, revuelvo las oscuras piedras que hay dispersas por la orilla y las lanzo al aire, cortándome las manos con sus afilados cantos.

Decidida a encontrar al culpable.

Cuando hago rodar una piedra pesada, tengo que cubrirme con la mano por el raudal de luz que amenaza con cegarme. Lentamente, la bajo y abro unos ojos como platos al ver una astilla plateada clavada en la orilla… No.

En *mí*.

«¿Cómo es que no me he dado cuenta antes?».

La agarro y, al sentir lo fría que está, se me encoge el corazón. Fría como…

NO.

Ahuyentando ese pensamiento, tiro de ella. Sin embargo, por mucho que tire, la astilla no se mueve.

—¡Joder!

Supongo que puedo o bien dejarla aquí hasta que el dolor remita, o bien… cortarla, deshacerme de ella.

«La respuesta es fácil».

Agarro una esquirla de piedra y empiezo a cortar la materia circundante, que es más blanda de lo que esperaba, lo cual me resulta muy útil. Corto…, corto…, corto, consciente de que voy mermando, volviéndome más dura.

Más aguda.

Retraigo los labios, mostrando los dientes, pues cada corte es una puñalada en el alma.

No obstante, en lugar de lamentar la pérdida de la parte delicada que estoy cortando, disfruto de ello.

«¿Quién necesita esa porquería?».

El bulto se desprende.

Aunque el dolor sigue ahí, no es tanto un peso que me lastra como una herida abierta.

Las heridas puedo sobrellevarlas; al fin y al cabo, son las manos que me han moldeado.

Se me dibuja una sonrisa salvaje mientras levanto el bulto, sorprendentemente pesado para su tamaño, y echo a correr hacia mi lago.

Negándome a mirar hacia la luz plateada que ahora se ve bajo el hielo, tiro el bulto al agujero que he abierto antes.

Plaf.

Se hunde en la oscuridad, encogiendo hasta quedar tan pequeño como la mota plateada de los ojos de Líri.

Durante un instante, mi Otra no se mueve, se queda justo bajo la superficie, como si me observase a través de la oscuridad, probablemente esperando algo.

No tengo ni idea de qué, y tampoco es que me importe demasiado.

Se hunde más, yendo tras la mota plateada con golpeteos rítmicos, como un aleteo. Es algo que quizá me hubiese afectado antes de rebanarme a mí misma, pero ya no queda nada tierno. Solo una determinación feroz por proteger la dragona oculta bajo mis costillas, por mantenerla *a salvo* para que nunca se convierta en un vacío en mi pecho.

Me doy la vuelta y me adentro en mí misma, cargada con la

fuerza de un depredador, la cual utilizo para envolver a Líri de la misma manera que ella ha envuelto mi cuerpo.

*Firmemente.*



# CAPÍTULO 36

## Kyzari

Dale

que te

dale».

—¿Sabes qué? —digo levantando el trozo de hueso cónico para examinarlo—. Este también está ya casi.

Ne se acerca bailando, roza el hueso y vuelve a subir al techo, donde se queda revoloteando alrededor de las lunas cubiertas de hollín, de una en particular, con ángulos elegantes, pendientes suaves y una mancha de ceniza que le da color.

Su preferida.

«Y la mía».

Se me dibuja media sonrisa al observarla. El hecho de que se sienta tan atraída por ese dibujo me proporciona una agradable paz, como si ella entendiera la conexión que tengo con la gran luna plateada de una plumaluna que cayó hace veintitrés fases.

He decidido creer en ello con todo mi corazón. Del mismo modo que creo que Caelis nunca volverá a estar íntegro hasta que yo salga de esta celda, encuentre los fragmentos que quedan de Slátra y…

«Haga lo que hay que hacer».

Vuelvo a centrarme en mi tarea. Dispongo el fragmento contra una parte bastante lisa del suelo y elimino solo la capa más fina de hueso con movimientos largos.

«Dale

que te dale…».

El chirrido de las ruedas de un carrito resuena por el pasillo.

Ne se lanza en picado tan deprisa que apenas me da tiempo a recogerla en mi palma ahuecada y acurrucarla contra mí.

—Estás mejorando —le susurro escondiendo el hueso bajo mi jergón antes de extender la manta sobre las dos.

Cierro los ojos y controlo mi respiración hasta que se vuelve lenta y profunda, con Ne tan quieta contra mi pecho que parece como si su alma se hubiera liberado.

Es difícil imaginar que el chirrido de esas ruedas antes me llenara de esperanza. Ahora, me llena de temor. Estoy muy cerca de liberarme sin la ayuda de ese estúpido estirado.

Tan.

Condenadamente.

Cerca.

El corazón me martillea; las ruedas se aproximan.

«Cada vez más».

Se oye el repiqueteo metálico de mi comida al ser arrojada entre los barrotes y algo frío y húmedo me salpica el pie.

—¡Gracias! —grito con un poco más de brío, pensando que, si no sigo exagerando mi gratitud por esa comida mohosa, él podría darse cuenta de que estoy tramando algo.

«No hay respuesta».

Empuja el carrito fuera de mi vista. Yo espero, contando tres veces cada luna del techo, y después me apresuro a salir de debajo de la manta.

—¿Lista? —pregunto levantando a Ne, que agita las alas.

Abro la palma de mi mano y soplo.

Ne da vueltas en el aire, revoloteando de regreso hacia las lunas, mientras recojo los trozos de hueso y los examino: casi idénticos.

«Por todos los Creadores, soy buena».

Con una respiración pausada, adelanto el tobillo y encajo ambos

huesos en la cerradura a modo de palanca, cierro los ojos y utilizo las puntas afiladas para tantear el mecanismo. Es como trazar un mapa del terreno mientras vuelo entre las alas de Surí, algo difícil de imaginar sin los escoltas de pah volando a ambos lados, acorralándonos.

«Es por vuestra propia seguridad —decía pah cada vez que nos pillaba intentando marcharnos sin ellos—. ¿Eres una princesa o una estúpida?».

Me tiembla el labio superior, tratando de separarse de mis dientes.

Odio que, al encontrarme aquí, le esté dando la razón. Aprovecho esa pizca de rabia que siento para redoblar mis esfuerzos.

Con el ceño fruncido, giro el hueso, apartando una lengüeta metálica…

Ne deja de aletear.

Abro los ojos como platos.

Escondo los huesos, cojo a Ne y la aprieto contra mi agitado pecho. Meto los trozos de hueso debajo del jergón, me hago un ovillo y nos cubro a ambas con la manta. Espero.

Cuento hasta cien y luego del cien al uno. Otra vez.

Nada…

Respiro hondo, aparto la manta y me pongo de rodillas.

—Falsa alarma —susurro, y levanto la mano y le soplo las alas a Ne.

Ella cae de mi palma y, al instante, vuelve a mi cuello, donde se acurruca entre mi cabello.

«Qué raro…».

—No pasa nada —le susurro acunándola en mi mano. La dejo boca abajo sobre mi regazo y le acaricio el nombre con el pulgar, sonriendo—. Sé que los cambios dan miedo, pero todo va a salir bien. Te lo prometo. Voy a cuidar de ti, ¿recuerdas?

Levanto la esquina de mi jergón y cojo los huesos. Estoy comprobando si están dañados justo cuando una voz grave y profunda me impacta de lleno en el pecho.

—¿Con quién estás hablando, princesa?

Pego tal respingo que, cuando me envuelvo con las extremidades —protegiendo a mi preciosa Ne—, probablemente parezca que se trata de un acto de defensa propia.

«Eso espero».

—Con la pared —digo con voz ronca.

Mi captor emerge de entre las sombras y se acerca a los barrotes, con el rostro oculto por una capucha.

El Rey Carroñero.

—¿Con la pared, dices?

La pregunta es un torrente de lava que me salpica.

Me quema.

—Sí. —Esforzándome por mantener la voz firme, añado—: Supongo que la soledad me está afectando.

—Ah. —Se mete la mano en el bolsillo de su raída capa, saca una llave gruesa y la introduce en la cerradura.

«Mierda».

Me meto los huesos debajo del trasero, observando cada lento movimiento de su esbelto cuerpo.

La puerta se abre con un chirrido por el óxido de las bisagras, impregnando el espacio de olor a polvo y ceniza, mientras él avanza como un reguero de tinta, haciéndome sentir demasiado pequeña y encadenada.

«Totalmente indefensa, joder».

Se agacha ante mí, agriando el aire con su caliente y fétido aliento.

Me revuelve el estómago.

Aunque su rostro sigue envuelto en sombras, la llama de mi candil se refleja en sus ojos, haciéndolos parecer gemas de rocadragón.

—Para ti —murmura.

Miro más allá del pergamino blanco que tiene entre los dedos y se me corta la respiración al ver sus cutículas: parece que se las haya mordido hasta dejarlas en carne viva.

Está sediento de sangre…

Dirijo la vista a la alondra, que bate sus pequeñas alas con frenesí.

Como si intentara alcanzarme. Al fijarme en las motitas negras de flor de maalí seca salpicadas por el pergamino, se me para el corazón.

«Pah…».

—Ha logrado atravesar las Nieblas Errantes y la ha interceptado uno de mis guardias.

—Supongo que la has leído —digo con un nudo en la garganta.

Me invade una leve oleada de emociones desesperadas, inútiles, cuando estoy segura al noventa por ciento de que esa alondra no va a aportarme paz.

Cero esperanza.

Cero cariño.

El Rey Carroñero asiente lentamente con la cabeza.

«Vale».

Me aclaro la garganta y cojo la alondra. La despliego.

*Kyzari:*

*Le he pedido a un sanguirio que vinculara el bienestar de mi última alondra a una de tus sirvientas, algo de lo que te habrías dado cuenta si hubieras leído el mensaje. Supongo que estás enfadada conmigo desde que Marci salió ardiendo y que tienes la intención de alargar esta situación.*

*Te recomiendo que pongas fin a esta farsa y regreses conmigo de inmediato o Surí comenzará a sentir el dolor de cada ciclo que pase sin que tú estés aquí, donde tienes que estar.*

*Pah*

Se me escapa un gemido por la garganta…, desgarrador y lleno

de dolor.

Me clavo los dientes profundamente en el labio inferior para evitar que me castañeteen mientras releo esa fatídica línea:

*desde que Marci salió ardiendo*

Debería haber sabido que haría algo tan ruin y cruel. Debería haber tenido más cuidado. Pero no lo tuve y ahora Marci está muerta.

Trago la saliva que se ha acumulado bajo mi lengua, entumecida.

Era muy joven, dulce e inocente. Su mah y su pah estarán destrozados: la hija que tanto les costó tener… ya no está.

Por mi culpa.

—¿El amor duele, princesa?

Ignoro su pregunta, esforzándome por vaciarme de emociones, escondiéndolas debajo del jergón como si de basura se tratase. Pero eso no impide que me tiemblen las manos mientras vuelvo a doblar la alondra con precisión siguiendo las líneas ya marcadas. Tengo cuidado de ir lo bastante despacio como para no romper el pergamino ni doblarlo por donde no es a causa del temblor.

Cuando la alondra vuelve a estar plana, a solo unos pliegues de la doblez que le da vida, la sostengo en alto.

—¿Puedes tratarla con cuidado, por favor?

El silencio se prolonga durante un buen rato. Después, el Rey Carroñero la coge y se la guarda en el bolsillo.

No se mueve ni da señales de marcharse, sino que, poco a poco, extiende su mano hacia mí.

Se me encoge el corazón al observar su palma abierta. Toda la sangre se me va de la cabeza tan deprisa que me da un mareo, amenazando con arrastrarme a la oscuridad.

«¡Da por hecho que no lo sabe!».

Pongo mi mano sobre la suya.

Él la deja caer. Vuelve a levantar la palma, abierta.

Esperando.

Se me cae el alma a los pies tan deprisa como los hombros.

Suspirando, meto la mano debajo de mi trasero, cojo los huesos

y se los doy.

Tras inspeccionarlos un buen rato, se los guarda.

—Tienes más espíritu de lucha del que creía posible —murmura despacio. Ladea la cabeza—. Somos más parecidos de lo que pensaba.

«Ni de puta coña».

—Aunque lo respeto —continúa—, mi miskunn ha previsto tu fuga incluso sin los huesos. Perdóname, princesa, pero la esperanza es un arma poderosa en las manos equivocadas. Y yo no puedo permitirme cometer errores.

Frunzo el ceño, preguntándome de qué está hablando.

De nuevo, extiende la mano.

Se me paraliza todo el cuerpo, cada célula, y comienzo a temblar tan violentamente que me sorprende no oír el zarandeo de mis huesos.

—No… —Me tenso e, instintivamente, me acurruco alrededor de Ne, que se retuerce contra mí, como si sintiera mi angustia—. Por favor, no te la lleves. *Por favor.* No le hace daño a nadie. Su pliegue de retorno ya se ha usado. Te lo ruego.

—O destruyo la que tengo en el bolsillo.

Noto unos fragmentos de hielo atravesándome las venas y mi respiración se vuelve trabajosa y rápida, a pesar de sentir que tengo una mano agarrándome el cuello, apretándome.

«Ahogándome».

Estoy a punto de lanzar a Ne a través de los barrotes y gritarle que se vaya, que huya, que se olvide de mí y vuele hasta liberarse de este puto lugar. Sin embargo, hay muchas posibilidades de que la vida de otra de mis sirvientas o el bienestar de mi hermosa Surí estén ligados a esa alondra que lleva el Rey Carroñero en el bolsillo.

Bajo la mirada hacia su mano y vuelvo a levantarla, clavándola en sus ojos de heliotropo.

—¿Y si…?

—La respuesta es no.

Suelto un gemido, tensándome.

Ne consigue liberarse y se lanza derecha hacia mi cuello, donde se acurruca.

Con un suspiro ahogado, la cojo. Sus alas se agitan contra mis palmas como si se tratase de una polinilla.

Se me desencaja la cara y me arden los ojos por las lágrimas, incapaz de contenerlas.

—No vas a hacerle daño, ¿verdad? *Por favor.* Es lo único que me queda de mi mah.

—Ya basta, Kyzari.

Su voz es brutalmente fría, implacable. La voz de alguien que parece más muerto que vivo.

Me doy cuenta, con una certeza que me oprime el pecho, de que nada de lo que diga va a hacerle cambiar de opinión.

De que tengo que dársela.

—Antes de que ordene a la llama del candil que la queme en tus manos.

Suelto un pequeño sollozo y, luego, me esfuerzo por mostrarme impasible, aunque mis siguientes palabras suenan poco firmes.

—¿Puedo despedirme de ella? Por favor.

Durante un instante, se limita a observarme, luego asiente levemente con la cabeza.

Haciendo todo lo posible para evitar que me tiemble la barbilla, murmuro un leve «gracias» y apoyo mis labios contra mis dedos, que rodean a Ne como los barrotes de una jaula. Algo por lo que nunca me perdonaré.

De todos modos, ahora mismo no pienso en eso. Ne lucha contra los muros, probablemente confundida, intentando colarse por entre mis dedos para volver a toda prisa a refugiarse en mi cuello.

«Su sitio preferido».

Lo que hago es calmar mi inflamada garganta y cantarle con palabras lentas y dulces. Una canción que lleva conmigo tanto tiempo que no recuerdo dónde la oí por primera vez. Lo único que sé es que, por alguna razón que desconozco, significa más para mí que casi cualquier otra cosa. Es una nana que solo me he cantado a mí misma, que nadie ha oído.

Tengo que cantarla antes de que este monstruo me rompa el corazón, pero no es para él.

Es para mi pequeña Ne. Un rítmico adiós para que no se la lleven

sin que sepa cuánto la quiero.

*Liu ath na, juu ta ne guile no…*
*Too la too. Too la too.*
*Liu ath na, juu ta ne guile no.*
*Eeah to ail. Eeah to ail…*

Ne se calma y se relaja en mis manos. Confía en mí.

La siguiente vez que respiro, me arden los pulmones.

Lentamente, extiendo las manos y las bajo para dejarlas sobre las del Rey Carroñero… Tengo que hacer un esfuerzo para separar los dedos.

Para soltarla.

No obstante, lo único que veo son esas dos pequeñas letras, la mancha de sangre, su pico arrugado, el cual deseo desesperadamente alisar.

Lo único que siento son las fisuras físicas y mentales que me van desgarrando, destrozándome.

*Han dui garl, igath da se se marth.*
*Eeah to ail. Eeah to ail.*

El Rey Carroñero me separa las manos de golpe.

Se pone de pie con Ne atrapada entre sus destrozados dedos mientras ella se retuerce más que nunca, batiendo las alas al compás de mi corazón destrozado, cortando la palma de su captor y haciendo que gotee sangre en el suelo.

—Por favor, ten cuidado con ella. No le gusta que la cojan así.

El sonido del pergamino rasgándose cuando él la parte por la mitad, haciendo que se detenga con un movimiento suave e indolente, también rompe las fibras de mi corazón, que queda dividido en dos.

Se me escapa un gemido gutural que me deforma el rostro en mi ansia por liberarme.

Tira sus mitades sin vida y sale furioso de la celda antes incluso de que ella toque el suelo.

Me derrumbo sobre lo que queda de mi pequeña y preciosa Ne, tocando sus bordes desgarrados, la mancha de sangre, el pliegue de su pico. Me la pego al pecho, apretándola contra mi corazón, meciéndola.

Gritando.

No oigo cerrarse la puerta de la celda.

No lo oigo marcharse.

No oigo ningún otro sonido salvo los incesantes aullidos que me desgarran la garganta y me hacen sentir las costillas magulladas.

Hasta que no queda nada.



Kaan

# CAPÍTULO 37

Me apoyo con una mano contra la pared con todo mi peso mientras me lleno los pulmones de aire, tan frío y fresco a tanta profundidad bajo tierra que parece que esté respirando en un pozo antiguo.

—*Hugth att, aht mahn uhn-ah…*

Las palabras me salen como grava, pues tengo la garganta irritada, mientras la pared se va hundiendo al ritmo de la suave respuesta de Bulder. Un boquete del tamaño justo para que clave una antorcha, cuya vara de madera tiene grabadas unas runas plateadas que la hacen destacar bajo la cenicienta luz, runas que inmortalizan su inflamabilidad.

Abro mi vial e inclino la llama hasta que alcanza la cuerda que hay enrollada alrededor de la antorcha. Al percatarse de la ofrenda, Ignos bulle de alegría y la envuelve con sus fauces.

Un cálido resplandor ilumina la pequeña alcoba. Carece de luz

solar, sí, pero está tan por debajo de la superficie que será uno de los pocos lugares seguros para dormir una vez hayan caído las lunas.

Al apartarme, me tambaleo. No me atrevo a alejarme de la pared hasta que la cabeza deja de darme vueltas.

Lentamente, atravieso una pequeña zona común recién creada, la cual necesita un barrido urgente. Es sencilla pero práctica, con un hogar excavado en el suelo rodeado por asientos escalonados.

Unos cuantos cojines marcarían la diferencia: eso es lo que siempre decía mah.

Me sacudo el polvo del pelo y la barba y me adentro en el estrecho túnel en dirección al sonido del agua. Al salir a la sombría orilla del río subterráneo, otro mareo me hace agacharme.

—Maldita sea —murmuro con los ojos clavados en el suelo.

Me concentro en llenarme los pulmones con respiraciones constantes, vagamente consciente de que los aldeanos transitan por el camino ribereño que tengo a la izquierda con muebles, pertenencias y urnas con víveres en dirección a las viviendas que me he pasado los últimos daes construyendo. Cerca de un centenar de ellas a lo largo de la ribera de este profundo río subterráneo, con puentes arqueados que conectan ambas orillas. Con suerte, esto logrará que haya un sentido de comunidad y la gente no perderá la cabeza.

A pesar de la preparación, soy tristemente consciente de que muchos no saldrán de aquí igual que entraron, sobre todo los de mi reino, acostumbrados como están al sol.

Giro la cabeza, me llevo las manos detrás del cuello y cierro mis doloridos ojos. Al instante, veo a Raeve mirándome en el reflejo del espejo, cuando me dijo que Elluin *todavía me quería*…

Abro los ojos de golpe.

Gruñendo, me pongo de pie, rebosante de determinación para seguir adelante.

Para seguir moviéndome.

Para mantenerme ocupado, joder.

El chirrido de unas ruedas hace que mire hacia la izquierda. Se aproxima un corpulento feérico con un carro lleno de antorchas, inclina la cabeza y vuelca la carga en medio del camino, provocando

un estruendo que reverbera por las altas paredes del túnel. Es una pila lo bastante grande como para iluminar las siguientes viviendas.

—Gracias —le digo, y él se lleva el puño al pecho.

Me dispongo a agacharme para coger dos de ellas cuando él carraspea y se echa a un lado, revelando…

—Mierda —murmuro sacudiendo la cabeza al ver a Siharna, cuyo abultado vientre se aprecia bajo su túnica holgada de sarga, con una cesta colgada del brazo. *Siharna*…, más de mil escalones bajo tierra, en el refugio en el que no debería poner un pie hasta que no haya dado a luz, por todos los Creadores.

Abro la boca para hablar…

—No empieces —me corta con una mirada más dura que una piedra cubierta de musgo. A pesar de la diferencia de color, sus ojos me recuerdan demasiado a los de Veya cuando me toca las narices con sus tajantes opiniones—. Intenta tener un cráneo encajado tan profundamente en la pelvis que apenas puedes reírte sin orinarte encima.

«Por todos los Creadores».

—Cuanto antes lo convenza de que venga al mundo, mejor. —Se adelanta renqueando y se echa su trenza con plumas por encima del hombro al pasar junto al hombre que ahora regresa con la carretilla vacía—. Caminar ayuda.

Aunque me gustaría rebatírselo, valoro mi vida.

Me pone la cesta contra el pecho.

Al bajar la vista, veo unos panecillos de semillas y otros productos envueltos en tela encerada, probablemente carnes y quesos, a juzgar por el intenso aroma que desprenden, revolviéndome las tripas. La mera idea de comer me provoca náuseas.

—Aunque agradezco el gesto…

—Kaan Vaegor, no te atrevas a rechistarme en mi estado —gruñe, una reprimenda que llevaba sin oír desde la muerte de mah —. He bajado mil escalones para alimentar ese lamentable culo que tienes. He envuelto la carne y el queso con mis propias manos. Es lo más parecido a una comida casera que soy capaz de preparar. Lo menos que puedes hacer es compartir un maldito bocadillo conmigo.

—Por todos los Creadores, Siharna, tú ganas. —Dejo la cesta en el suelo y bajo la vista a mi túnica y mis pantalones, llenos de polvo, aunque no es que mis manos y brazos estén mucho mejor, tan cubiertos de sudor y suciedad que apenas se me ven las cicatrices—. Deja que… me limpie un poco.

Le pido a Bulder que moldee un banco con respaldo junto al río con una voz tan ronca y desgarrada que hace que Siharna se cruce de brazos y me mire como si estuviera a punto de arrastrarme a la superficie tirándome de la oreja.

—Siéntate antes de que me mandes a la tumba antes de tiempo —le gruño, y la oigo murmurar algo como respuesta que no logro entender mientras bajo las escaleras que he creado antes hasta la orilla del río cuando he ido a beber.

Lejos de la cálida luz que despiden las antorchas del camino, el ambiente es frío y lo bastante inquietante como para hacerme sentir un escalofrío. El agua discurre como tinta borboteante mientras me agacho para enjuagarme las manos en la corriente, observando el trasiego de gente por un puente cercano. Me salpico la cara, atormentado por los lejanos gemidos y lamentos de Bulder, que se mueve a nuestro alrededor persuadido por otros portadores de abalorios marrones que se encuentran trabajando en otras zonas del refugio, aunque también expresa su frustración por lo mal que hablan el dialecto.

Bebo ahuecando las manos y el agua fría me alivia la garganta mientras sofoco su canción, cuyo tono me recuerda demasiado a cuando era pequeño y estaba asustado, encerrado en un agujero oscuro del que se esperaba que saliera, o muriese en el intento.

En aquel momento, no entendía por qué él se mostraba tan distante. No sabía que era así como se comportaba con todo el mundo al principio.

Bulder premia la dedicación. Aquellos que no se toman el tiempo y el esfuerzo para dar forma a sus palabras como es debido reciben lo mismo como respuesta. Parece que juzgue el carácter de cada persona por cada tosca palabra que esta pronuncia.

Me echo más agua en la cara, frotándome para quitarme la suciedad, mientras rememoro la época en que visité este pueblo por

primera vez. Cuando conocí los secretos de la estirpe de mah y el ritmo del corazón de Bulder, cuando descubrí que moldear es un arte.

En esa misma fase, me adentré en la pétrea alma de Bulder y hallé un montón de palabras demasiado poderosas para contemplarlas. Fue como si hubiera encontrado un cofre antiguo repleto de tesoros lingüísticos con los que cargo desde entonces.

*Nadie* debería tener esa clase de poder.

Tras sacudirme las manos y aclararme la garganta, subo las escaleras hasta el banco donde está Siharna. Con las cejas levantadas, vacía la cesta y comienza a desenvolver paquetes de carne y queso.

Me acabo de sentar junto a la comida cuando ella saca un gran paquete envuelto en sarga y me lo da.

—¿Qué es esto?

—Lo que le pediste a Luík. —Se mira el vientre con el ceño fruncido y se lo frota mientras la tensión le arruga la piel alrededor de los ojos—. Korie lo estaba cuidando, esperando a que regresases a la superficie para dártelo, pero he pensado que sería mejor como recordatorio de que la superficie aún existe.

Me invade el remordimiento.

—Lo siento. —Dejo el paquete a un lado—. El tiempo pasa deprisa aquí abajo.

—Llevas daes con ello, Kaan. —Noto su mirada clavada en un lado de mi rostro—. Necesitas descansar. Quedan muchos ciclos para terminar esto. Una tarea fácil, dado que tenemos la suerte de contar con tu ayuda.

No le digo que he intentado descansar a ratos, entre modelado de salas, túneles e infraestructura, tumbándome en el suelo y cerrando los ojos, pero lo único que veo es a Raeve mirándome en ese espejo, diciéndome que Elluin todavía me quería.

Lo cual me revienta por dentro.

Eso, sumado al hecho de que en estos momentos está domesticando a una plumaluna, no me permite descansar más que de tanto en cuanto. Desde luego, no tanto tiempo como para que suba a la superficie a dormir en una cama, lo cual solo empeoraría

las cosas, dado que está impregnada del aroma de Raeve. El mismo aroma que permaneció en mi almohada mucho después de que Elluin arrojara mi málmr sobre ella y regresase a Arithia llevándose consigo mi corazón, y todo para vincularse con mi hermano.

Acelerar la vida.

Morir en el parto.

Todo ello mientras ella

*me*

*seguía*

*amando.*

Consciente de que no puedo sacarle respuestas a *esa* piedra en particular sin correr el riesgo de que se venga abajo, o tal vez de que se endurezca aún más por la presión, desecho esos pensamientos, cojo un panecillo y lo abro por la mitad.

—El refugio estará operativo dentro de dos daes, con todo lo que tu pueblo necesite hasta que la superficie se calme. —Le muestro un trozo de carne—. Aunque va a hacer falta más para quienes no pueden digerir el pescado de aquí abajo. Sé que cuentas con cazadores que están aprovisionándose de carne para salar. Cuando acabe con las viviendas, les echo una mano. —Meto la carne en mi panecillo y le añado una loncha de queso—. Dependiendo del tiempo que haya que permanecer abajo, el mal de sol será una gran preocupación para los del norte, acostumbrados a sus rayos. Calculo que pasará media fase antes de que se vea afectada la salud de quienes proceden de La Llama, quizá el doble para los nacidos en La Bruma. He descubierto una veta de gemas de rocadragón que ayudará a evitarlo. Se lo he dicho a Húrild.

—Gracias, Kaan, de verdad. Cuánto desearía… —Siharna se calla.

La miro de reojo, observando la frustración que se refleja en sus ojos mientras se mira el vientre y lo acaricia suavemente.

No finjo no saber por qué.

No puede arriesgarse a ayudar en su estado, no sea que gaste demasiadas energías en un momento tan delicado de su embarazo. Es algo que para la mayoría de nuestra familia resulta difícil de aceptar, pues llevamos la capacidad de moldear en las venas, al igual que nuestra naturaleza protectora, que se dice que proviene de

algún antiguo secreto muy poderoso.

Después de haber perdido tanto en esta fase, para ella quedarse al margen mientras otros hacen el trabajo necesario para proteger a su pueblo y a su familia es una tortura.

—Es mejor que gastes tus fuerzas en tu hijo, Siharna.

—Lo sé. —Levanta la barbilla y exhala con fuerza—. Ahora, come de una vez o tendrás que ayudarme a dar a luz a ese hijo.

—No digas esas cosas —murmuro, y ella sonríe mientras doy un gran mordisco a mi bocadillo, seguro de que está delicioso, aunque soy incapaz de saborearlo con los nervios tan alterados.

—¿Y el resto de tu reino? ¿Se está preparando?

Trago y, en cuanto la comida llega a mi estómago, me siento… mejor.

—Se distribuyeron alondras por toda La Llama en cuanto lo supe, también a los clanes, así como a los representantes de la capital y a los portadores de abalorios marrones más fuertes. —Relleno mi pan con más carne—. Estamos construyendo refugios subterráneos similares en cada pueblo o asentamiento de clanes que aceptan la ayuda y aún no tienen uno, proponiéndoles que se aprovisionen con alimentos suficientes para una fase. A los que tienen pocas existencias se les ha ordenado que manden a las familias al norte. He almacenado víveres no perecederos para fases en previsión de discordia, los tengo en el refugio que forjé bajo Dhomm justo después de asumir la Corona. —Cojo unos cuantos trozos de queso de la pila y los meto en mi pan mientras pienso en la caída de Slátra, en que los carroñeros subterráneos fueron los primeros en desafiar la densa y asfixiante neblina que ocultaba el cielo, aquellos que tenían poco que perder.

Y todo que ganar.

Una caída lunar saca lo peor de la sociedad, convirtiendo hogares y pueblos en cadáveres que la gente desgarra, despojándolos de todo. Y, en nuestra historia conocida, solo ha caído una luna cada vez.

Nunca *muchas*.

—Nuestro mundo será diferente después de las caídas. —Doy un buen mordisco mientras Siharna asiente con la cabeza, con la

tensión en aumento.

—Nuestros ancestros están muy arraigados a esta tierra, Kaan. Esperaba dejarle este pueblo a Korie algún dae para que construyera su propia casa, tal vez al lado de la de tu mah o de la de su abuh.

Bajo la mirada y trago saliva.

—La idea de salir y encontrarlo arrasado… Por todos los Creadores, eso me parte el corazón. —Niega con la cabeza.

Sus palabras echan sal a unas heridas que aún no me había permitido aceptar. Tengo miedo a salir y encontrarme la casa de mi mah derruida o la que construí para ella, o quizá el hogar que moldeé para Elluin y para mí, una antigua reliquia de nuestro amor.

Me viene a la mente Roan, probablemente todavía en el pabellón azul, donde lo vi por última vez, encorvado sobre el *Libro de Voyd*. Sin duda, cada dae más demacrado mientras se pasa el ciclo entero en busca de runas que protejan nuestra infraestructura más preciada. Aunque eso no se lo digo a Siharna, pues no quiero darle esperanzas; si hay algo que he aprendido es que las grandes expectativas a menudo son grandes decepciones.

Lo que hago es ponerle la mano en el hombro y apretar con suavidad, aunque sé que odia que la consuelen; tal vez precisamente lo haga por eso.

Ella se ríe y me aparta la mano, mirándome de reojo.

—Tu mah estaría muy orgullosa del rey que eres. —Una extraña ternura le dulcifica las facciones—. Espero que lo sepas.

Aparto la mirada. Doy otro buen bocado y, después de tragar, digo:

—También tengo trapos sucios, Siharna. Muchos.

—Estaría orgullosa —repite implorante. Si bien aprecio lo que dice, Siharna no se encontraba allí el dae que le corté la cabeza a mi pah.

No vio al monstruo sediento de sangre en el que me convertí, no oyó mis pensamientos ni sintió las rabiosas ansias que me recorrían la sangre mientras reprimía los impulsos de mancillar nuestra cultura, de usar el lenguaje de Bulder para acabar con… todo.

Cada rincón del mundo que ella tanto quiere, del mundo que mah adoraba, estuvo a punto de reducirse a cenizas a causa de mi

ira. Lo habría hecho de no ser porque Rygun me lo impidió, sacándome del abismo.

Casi he terminado de comer cuando al fin me armo de valor para hacerle la pregunta que me quema la punta de la lengua.

—¿Está Raeve…?

—Sigue cerca. Parece que están explorando la zona, justo al otro lado del perímetro que controlan mis centinelas. También se las ha visto cazando en los alrededores. Raeve va sin silla de montar.

—Ya me lo imaginaba.

Se produce un momento de tensión.

—No han dado muestras de regresar a las guaridas, Kaan, ni ha tratado de comunicarse con los centinelas. Si ella no da señales pronto… —El silencio habla más alto que sus palabras—. Ya sabes lo que sucede a veces con algunos.

«No regresan».

«Nunca».

—Volverá —prometo, y me lleno la boca, masticando mientras me limpio las manos. Pero mis palabras resuenan en el vasto túnel, burlándose de mí con la verdad.

Que no eran tan fuertes como yo pensaba.

Raeve había domesticado a una plumaluna antes, sí…, pero entonces era más joven, una cría a ojos de un dragón.

Ahora es una feérica adulta escondiéndose de un mundo lleno de dolor.

Convencerme a mí mismo de que saldrá de esta sin volverse salvaje quizá sea lo más estúpido que haya hecho nunca.



# CAPÍTULO 38

## Raeve

Recorremos el amplio valle que delimitan dos montañas escarpadas en busca de movimiento entre los árboles, las rocas y el brillante río que lo divide en dos.

Hay hierba y pequeñas flores del color del sol que han brotado entre los restos de nieve medio derretida, endulzando el aire con el aroma de la vida. Así atraen a unos peludos kitzus blancos que brincan por los prados, deteniéndose solo para mordisquear tallos mientras sacuden sus enormes orejas.

No les prestamos atención al atravesar las densas nubes, que atenúan la luz de Líri, cuyos aleteos hacen que surquemos las corrientes de aire con una elegante y silenciosa precisión. Pero los kitzus son una señal de que estamos en el lugar correcto, pues las criaturas del tamaño de un bocado son la presa perfecta para otras.

Otras más grandes.

El hambre de Líri se transmite a través de nuestro vínculo, haciendo que me ruja el estómago para que lo llene, agudizando mis sentidos. Me hace muy consciente de que hay una gran criatura moviéndose entre los árboles antes incluso de que nos llegue su intenso olor.

Líri se inclina, alejándose de las nubes, y yo me asomo por su costado, fijando la vista en una forma oscura que merodea entre la maleza bajo los frondosos árboles: un bhar, macho, más grande que la mayoría.

«Rollizo».

El corazón se nos acelera al unísono y los músculos que tengo bajo la lengua hormiguean con expectación.

Líri se sacude, sin duda considerando descender en picado y zambullirse rápidamente entre las ramas, pero se arriesgaría a engancharse las alas.

Por no hablar de las enredaderas espinosas que envuelven los gruesos troncos y las largas ramas. He sacado esas puñeteras espinas de la suave almohadilla de las garras de Líri en número suficiente como para estar segura de que no quiero volver a atravesar follaje nunca más.

Expreso mi descontento con un gruñido.

Ella titubea. Cambia de rumbo y encuentra una fuerte corriente para deslizarse con ella, lo que nos permite planear. Tiene los ojos tan fijos en los huecos que hay entre los árboles que parece que su cabeza está en una pica mientras el resto de su cuerpo se deja llevar por el viento.

Esperamos, observando. Vislumbramos al bhar dirigiéndose hacia la amplia pradera, repleta de los pequeños kitzus que tanto les gusta cazar.

Un diminuto pájaro blanco emerge volando de la copa de los árboles cerca de la linde de la pradera.

Una señal clara de que la bestia se está acercando, preparándose para atacar.

Me pego al lomo de Líri mientras nuestros corazones laten a un tiempo fuerte y rápido, bombeando nuestros músculos con una oleada de energía.

Silencio absoluto y luego…

El bhar sale disparado de entre los árboles mucho más deprisa de lo que parece posible para lo corpulento que es su peludo cuerpo, comenzando una carrera vertiginosa gracias al impulso de sus cortas y robustas patas. Hace volar la nieve al abalanzarse sobre un grupo

de kitzus que están pastando, y estos se dispersan para salvar la vida.

El bhar profiere un rugido que parece confundir a sus presas, haciendo que algunas se den la vuelta y salgan disparadas en dirección contraria. Es un sonido que me habría intimidado antes de tener las cosas tan claras.

Antes de darme cuenta de que los salvajes impulsos que me he pasado los últimos veintitrés ciclos ignorando en gran medida en realidad son la clave para una existencia más simple, sin necesidad de pensar, sentir o *recordar*.

Líri se lanza en picado.

Me he acostumbrado tanto a las caídas a gran velocidad que lo único que siento es emoción al ver el suelo cada vez más cerca. Clode me agarra la melena, como si intentara arrancármela.

Muestro los dientes, con el cuerpo tenso, y me preparo para el impacto.

Justo cuando parece que vamos a estrellarnos, Líri despliega las alas y saca las garras.

Caemos con una fuerza aplastante.

Nuestra estruendosa colisión casi disimula el sonido del cráneo del bhar resquebrajándose bajo la pata de Líri, una muerte tan rápida que dudo que haya sentido nada.

Las aves cercanas se alejan de la hierba en busca de refugio mientras yo recupero el aliento, con el cuerpo entumecido por el descenso.

Líri levanta su pata ensangrentada y se aleja de la presa, bajando la cabeza para olfatearla. Comprueba si hay signos de vida mientras yo salivo, ansiosa por comer.

Paso la pierna por encima de su lomo y me dejo caer. Examino al bhar, aunque soy incapaz de ver por encima de su prominente vientre. La criatura es lo bastante grande como para alimentarnos a ambas durante muchos ciclos, y aun así quedaría suficiente para que diesen buena cuenta de él también los depredadores más pequeños.

Líri le da un empujoncito, de lo más suave, y el cadáver se desploma, derramando más sangre sobre la nieve e impregnando el aire con el olor de la carne fresca, algo que, con suerte, atraerá a

más depredadores corpulentos a la zona.

A pesar de que Líri desea dirigirse al sur, yo no soy partidaria de abandonar estas exuberantes y fértiles montañas.

El hombre al que amo está cerca.

Mi deseo de permanecer a su lado es inquebrantable, y también me apetece explorar las cumbres circundantes para asegurarme de que no hay nadie que vaya a buscarlo o a hacerle daño.

A *quitármelo*.

Líri clava la garra en el blando abdomen de la bestia, perforándolo en el acto.

Abre sus enormes fauces, y unos hilillos de saliva caen por entre sus afilados colmillos. Los hinca en los cuartos traseros, arranca un trozo de piel y carne y me lo lanza.

Este cae sobre la nieve a mis pies, sangriento y humeante.

Suelto un gruñido de gratitud.

Ella resopla y hunde los dientes en las entrañas del bhar. Luego, gira la cabeza a un lado, quebrándole las costillas y haciéndole un buen boquete. Mete el hocico entero en él y rebusca hasta dar con el hígado.

Su parte favorita.

Me arrodillo para recoger el trozo de carne y comienzo a devorarla, descubriendo que está tan tierna que se me deshace en la boca, lo que significa que la bestia ha muerto deprisa y sin estrés.

Doy otro mordisco y mastico el jugoso bocado mientras rememoro nuestra primera cacería. Mi primer bocado de carne cruda, aún caliente.

Entonces, puse una mueca y fruncí el ceño, pues aún me aferraba a lo poco que quedaba de mi antiguo yo. Sin embargo, cuanto más volábamos, más ligera me sentía, menos anhelaba el sabor de la carne cocinada.

Anhelaba esto.

La sangre goteando por mi barbilla, los tendones desgarrándose entre mis dientes y la sensación de tener una presa que acaba de morir en mi estómago.

La libertad de dormir sobre las nubes, con el ruido muy por debajo, sin necesidad de hablar, sentir o preocuparse por nada

aparte de por la procedencia de nuestra próxima comida y de vigilar el perímetro, de mantener a raya las amenazas.

Líri suelta un leve gruñido de advertencia. A través de las oscilaciones de nuestro vínculo, siento que se le agudizan los sentidos, una señal clara de que nos están observando desde la distancia.

Aunque no parece *muy* preocupada.

Yo tampoco, dada la velocidad a la que podemos alcanzar el cielo y ponernos a la defensiva. De todos modos, sí que despierta mi curiosidad, consciente primitivamente de que compartimos este prado con alguien.

Con un macho que desprende un intenso aroma a fuerza y dominio.

«Mío».

Me meto otro bocado de carne en la boca mientras miro alrededor, a través de un grupo de árboles pequeños que ofrecen poco refugio, y contengo la respiración al oír…

Una canción.

Una voz profunda que me eriza el vello de los brazos y la nuca.

Dejo de masticar.

Advierto un movimiento entre los árboles y fijo la vista en la falda de la montaña, en una cascada que cae por una brecha cubierta de musgo en el acantilado, va a parar a un estanque azul y alimenta un arroyo de caudal lento. Y, entre la bruma de la superficie ondulada del estanque, emerge una figura ancha, masculina…

«Él».

Bajo la mano mientras contemplo la imponente espalda de Kaan, sus prominentes músculos, con tantas lunas grabadas. *Una* de las cuales amenaza con hacerme estremecer y pensar demasiado.

Sentir demasiado.

Me dispongo a apartar la vista cuando él se da la vuelta y la calidez de sus ardientes ojos me hace sentir la misma emoción que cuando vuelo entre las nubes a lomos de Líri. Al mismo tiempo, una ráfaga de viento me trae su aroma directamente a la nariz, intenso y poderoso.

Borrando todos los demás pensamientos de un plumazo.

Me brota un rugido de lo más profundo de la garganta.

Me levanto y echo a correr pradera a través con el pesado trozo de carne en la mano, una ofrenda que espero que aprecie.

Líri lanza un gruñido de advertencia.

Me vuelvo de golpe, enseñando los dientes, justo cuando retumba un gruñido más profundo desde donde descansa Rygun en lo alto de las montañas, por encima de las nubes cercanas.

Líri resopla y mira por entre los árboles con los ojos entornados, pero enseguida mete de nuevo las fauces en el vientre de la bestia, dándome la espalda. Acepta de mala gana que me aleje de su espacio protector y vaya hacia el de él.

Pero lo acepta al fin y al cabo.

Corro hacia el estanque mientras observo a Kaan bañarse, enjabonándose los músculos mientras canta.

Seduciéndome con cada una de sus delicadas palabras.



Kaan

# CAPÍTULO 39

Ella es una tormenta salvaje y caótica moviéndose entre los árboles: el pelo al viento y la cara y las manos manchadas de sangre, que gotea del trozo de carne que lleva en el puño. Un hambre voraz le brilla en los ojos mientras se aproxima con largos pasos felinos y ahora la tengo tan cerca que oigo crujir la capa helada de nieve y las ramitas sueltas bajo sus pies. Veo su pulso palpitando en su carótida: acelerado.

«Igual que el mío».

Manteniendo su fervorosa mirada, sigo enjabonándome, con movimientos suaves que no suponen una amenaza, mientras tarareo la suave melodía que le toqué por primera vez hace muchas fases, cuando ella estaba frágil y triste por la pérdida de su familia y el espantoso maltrato de su dragón. Cuando yo la consolaba de un modo diferente.

Convenciéndola de que *viviera*.

Sé que reconoce la melodía, que me reconoce a *mí*, por cómo eleva los labios, manchados de sangre, por el calor que desprenden sus ojos oscurecidos, sus pupilas tan dilatadas que solo permiten ver un ribete azul.

Una señal de esperanza de que no es demasiado tarde, de que aún puedo llegar a ella.

«Ya es algo».

Se aleja del follaje y se adentra en la escarpada ladera, suavizada por exuberantes helechos con las puntas escarchadas, saltando de piedra en piedra. Sin prestar atención a mi modesta zona de acampada, deja la carne sobre una roca musgosa junto al manantial.

Una ofrenda.

Levanto una ceja tarareando el estribillo mientras ella se quita la chaqueta con movimientos rápidos y seguros. Luego, sigue con los pantalones, la ropa interior, las botas y, finalmente, se sube la túnica por las caderas, la cintura y el pecho, dejando al descubierto su cuerpo en todo su esplendor y revelando mi málmr, aún a salvo entre sus turgentes pechos, lo cual me llena de tanto orgullo que mi siguiente respiración me sale ahogada, con la mirada recorriendo sus oscuros pezones.

Su marcada cintura.

Sus anchas caderas.

«Joder».

Lleno mis pulmones hasta que rebosan, aumento mi concentración y me esfuerzo por recitar el siguiente verso mientras ella deja caer su sucia túnica y su melena negro azabache enmarca su cuerpo como una sombra indómita, haciendo que su pálida piel resalte con un gran contraste, como una plumaluna en medio de la oscuridad.

Es salvajemente hermosa. Parece que hubiera nacido para ser así de fiera y libre de… *todo*.

Pero Kyzari la necesita.

También su reino, sometido al yugo de mi despiadado hermano.

Ella no tiene ni idea de su poder, de la *diferencia* que marcaría si reuniese el valor para sacar a la luz su pasado y mirarlo de frente.

Dejo mi esponja en una roca cercana mientras ella se sumerge en la humeante agua hasta la curva de su cintura…, una auténtica belleza salvaje, profiriendo un gruñido voraz.

Atraviesa la bruma, que la aferra como dedos vaporosos, mientras el agua le acaricia la piel de una forma que me hace sentir envidia.

Hasta que nos encontramos.

Envuelvo mi cuerpo alrededor del suyo, aplastándola contra mí. Me sale un gemido gutural de alivio cuando ella me besa con la feroz dominancia de un dragón hambriento: noto todos sus dientes y los latigazos de su lengua helada mientras me recorre con las manos.

Agarrándome.

Tiemblo con cada roce, con cada respiración entrecortada. La tengo tan cerca que siento los furiosos latidos de su corazón, saboreo su feroz apetito, aspiro su aroma difuminado por el almizcle de Líri.

Me *hierve* la sangre, tanto que casi me atraviesa la piel y está a punto de consumir mi fortaleza física y mental.

Reprimiendo mis fuertes deseos de agarrarla por el muslo, levantárselo y poseerla con tanta violencia y rapidez que se ablande como una masa, reúno el valor para separarnos, seguro de que dividir el mundo sería una tarea más fácil.

Despacio, inclino la cabeza hasta que mi frente toca la suya.

Nuestra respiración se entremezcla mientras le acaricio ambos lados del rostro temblorosamente mientras observo sus enormes pupilas.

—Hola, Rayo de Luna.

Su respuesta es un gruñido carnal que me llega hasta lo más hondo, haciéndome estremecer por las ganas que tengo de envolverla de nuevo, de darle lo que ambos queremos. Advierte mi erección contra su ombligo… Estoy listo.

Para ella.

Gimiendo, me araña la espalda, intentando acercarme más. Como no lo consigue, me lame el cuello con voracidad de una forma que casi me hace doblarme por la mitad, me agarra por los hombros y se levanta como si estuviese trepando un árbol. Aprovechando el

impulso, se coloca en una postura que permite que la penetre profundamente, con los muslos abiertos y la espalda arqueada, de modo que roza la punta de mi furiosa polla con su entrepierna, caliente y húmeda.

Necesito reunir todas mis fuerzas para, lenta y suavemente, agarrarle las manos y separárselas de mis hombros. Una vez que vuelve a quedar de pie ante mí, con el ceño fruncido, le pongo la mano en el hombro y la sujeto lo justo para inmovilizarla.

Frunce aún más el ceño.

Trata de acercarse a mí, buscando mis ojos, mientras suelta unos gruñiditos que dicen más que mil palabras, pero no bastan, pues no son palabras.

Son sonidos bestiales, salvajes.

Dirijo la vista a Líri, que está entre los árboles de espaldas a nosotros, encorvada sobre su presa, para asegurarme de que no haya cambiado de postura ahora que trato de dominar a Raeve yo mismo.

De traerla de vuelta.

La joven plumaluna sigue dándose un festín, sacudiendo la cabeza hacia un lado para arrancarle la carne de los huesos a su presa. Ni siquiera nos mira. Un comportamiento que contrasta con el de los dos últimos daes, desde que salí de la aldea a lomos de Rygun.

Nos siguieron a cierta distancia. Llevan explorando en silencio este prado desde que llegué aquí.

Líri sabía dónde estaba, pero aun así decidió darse un banquete en la pradera. No me desafió ni intentó ahuyentarme. No se interpuso entre nosotros cuando Raeve comenzó a moverse entre los árboles. Cosas que habría hecho de no haber estado dispuesta a que la domesticaran.

Todo apunta en una dirección.

El problema es *Raeve*. Ha decidido desprenderse de toda su sensibilidad para no afrontar el dolor que ha surgido durante el proceso de vinculación.

Eso basta para extinguir el fuego de mis venas.

Cojo la esponja de la roca.

Raeve suelta un gruñido sordo, un hechizo salvaje al que respondo enderezando la espalda y ensanchando los hombros.

Abre los ojos mientras escurro el exceso de agua. Tarareando una parte sin letra de la canción, acerco la esponja a su hombro y se la paso por la clavícula, limpiando la suciedad acumulada. Las gotas de agua resbalan por sus pechos, besando sus erectos pezones.

La arruga que tiene entre las cejas se vuelve más profunda. Es la única advertencia que recibo antes de que ella se retuerza con tal fuerza para zafarse de mí que chocamos.

Me agarra por la nuca e intenta bajarme la cabeza, tratando de que volvamos a besarnos.

Recojo sus largos mechones revueltos y tiro de ellos hacia atrás hasta que sus pechos acaban pegados a mi torso.

Se le corta la respiración y le brillan los ojos. Su sorpresa es fugaz y va acompañada de un gruñido que espanta a una bandada de pájaros que hay cerca.

—Sé que las palabras te parecen innecesarias en este momento, pero siguen significando algo para mí —le digo delicada pero firmemente. Manteniendo el contacto visual, me inclino sobre ella—. Y no pienso follarte hasta que me lo pidas.

Suaviza los sonidos que emite y vuelve a aparecer una arruga entre sus cejas.

De nuevo, levanto la esponja.

Observa el movimiento.

Le echo agua por el brazo, por el hombro, por los pechos, limpiando la sangre, la suciedad, el fuerte olor almizclado de Líri.

—Solo unas pocas palabras, Raeve. Es todo lo que te pido.

Mostrando los dientes, me da un manotazo y trata de alcanzarme a pesar de que sigo agarrándola con fuerza del pelo. Viene a por mí con el salvajismo de una plumaluna en celo.

Con tres rápidos movimientos, le inmovilizo las manos a la espalda. Tengo su cuerpo tan cerca que siento la tensión de sus músculos mientras trata de soltarse.

—Usa. Tu. Voz. —Mantengo un tono tranquilo y la postura rígida —. Es lo único a lo que voy a hacer caso.

Le paso la esponja por los brazos mientras ella sigue

retorciéndose y gruñendo. Con cada uno de sus frenéticos movimientos parece frustrarse más y tiene los pezones tan duros que los siento contra mi pecho. Se le acelera la respiración.

Se vuelve más pesada.

Me inclino hacia delante y cuando le estoy pasando la esponja por la columna…

Me clava los dientes en el hombro.

Con un gruñido, tiro la esponja y le doy la vuelta bruscamente. La inclino sobre el borde cubierto de musgo y algas del estanque, donde las piedras son lisas y frescas al tacto.

Flexionando los músculos, presiono mi cuerpo contra ella.

—¿Es esto lo que quieres? —digo con voz ronca—. ¿Que te folle como un animal?

Ella gime.

Arqueando la espalda, separa los muslos, abriendo las nalgas a modo de invitación.

Sin embargo, no dice las malditas palabras ni da a entender que está *aquí* de verdad.

«Con todo su ser».

Me retiro y me paso las manos por el pelo, frustrado.

Desearía poder rajarme el pecho, sacar todos mis pensamientos, sentimientos y palabras no dichas y entregárselos a modo de banquete. Probablemente eso lo entendería mejor en su estado actual.

Ella se incorpora y me mira por encima del hombro, con el torso rosado y henchido por el deseo. Lista y ansiosa.

Otro ávido gemido animal casi me hace sucumbir.

—No, Raeve. —Niego con la cabeza, apretando los labios—. No hasta que me hables.

Me doy la vuelta y avanzo por el agua, moviéndome con la lenta corriente, en dirección hacia donde está mi ropa, apilada en el musgoso borde del estanque.

Estoy a punto de coger mi camisa cuando el aire cambia.

Me doy la vuelta al tiempo que ella se abalanza sobre mí soltando un gruñido salvaje con los labios curvados. Chocamos como dos dragones luchando por el dominio, con movimientos rápidos y

sonidos graves mientras peleamos por ganar terreno. Aunque ella es feroz y temible, yo tengo la fuerza de una bestia mucho más grande latiendo en mis venas.

Impulsándome.

La agarro con todas mis fuerzas, le doy la vuelta y la conduzco hacia el acantilado, donde presiono su pecho contra la musgosa roca. Con una mano le sujeto la espalda y con la otra le agarro la mandíbula.

Le giro la cabeza hacia un lado, obligándola a mirar hacia el campamento que he improvisado en la falda de la montaña, un campamento en el que llevo viviendo los últimos dos daes mientras cazaba para el pueblo, con la esperanza de que ella se acercara.

*Suplicando* a los Creadores por que lo hiciese.

Recorre con la mirada las herramientas, la esterilla sobre la que he dormido solo, la pequeña hoguera donde he cocinado mi última comida y la pila de presas que he destripado, llenando sus cavidades con una mezcla de sal y hierbas para conservar la carne hasta que regrese a Beluhn, a poder ser *con* ella.

Aunque lo está observando, estoy seguro de que no lo ve. No, puesto que sigue retorciéndose y gruñendo.

—Sé que es tentador desaparecer, esconderse de todo, pero así no puedes tenerme a mí, Raeve.

Ya no lucha con tanta fuerza: una grieta en su coraza.

«Un débil destello de esperanza».

Me acerco hasta que rozo con los labios su oreja y condenso todo el condenado dolor que siento en el pecho en una sola frase.

—No puedes llevarme contigo a la naturaleza.

Por mucho que me encantaría olvidarme de todo excepto de ella…, no puedo.

Si no sale de esta —si no se enfrenta a su hija, si no le dice a Kyzari que su mah está viva, pero que lo único que queda de ella es *esto*…—, esa será mi penitencia por haberme perdido tantas cosas, por no haber confiado en nuestro amor tantas fases atrás.

«Por no haber ido a buscarla antes».

Lleno mis pulmones con su aroma, cierro los ojos y apoyo mi frente contra su sien.

—Vuelve conmigo, Raeve…

Mi súplica no obtiene respuesta, lo que me hace preguntarme si, al fin y al cabo, no hay grieta alguna en su coraza, si mi corazón sediento está viendo esperanza donde no la hay.

Si ya es demasiado tarde.

Si me he quedado al puto límite de ser *suyo*, de tener el gran honor de dormir a su lado, de despertar junto a ella, de prepararle la comida durante el resto de mis daes. De compartir nuestros altibajos y construir juntos un mundo mejor.

Uno digno de su hija.

«Al
puto
límite».

Y a la vez tan lejos.

Me aclaro la garganta y la suelto, sorprendido de ver que no se mueve; continúa respirando con dificultad mientras escudriña mi campamento, con la mejilla aún apoyada contra el borde del acantilado.

«Más falsas esperanzas».

Me doy la vuelta y voy a por mi ropa. Siento cada paso como si me arrancaran una vena del pecho.

En silencio, ruego a los Creadores que no se abalance sobre mí de nuevo. Alejarme de ella, decirle que no a la mujer que gobierna cada parte de mi ser es ir en contra de mí mismo, pero no podemos estar juntos así.

Me vendría abajo con ella. Le fallaría a este mundo herido al que me comprometí a cuidar derramando demasiada sangre. Le fallaría a su *hija*.

No hay nada honorable en eso.

Agarro mi túnica y le aliso las arrugas.

—Kaan…

Suelto en un suave gemido todo el aire de los pulmones al oír mi nombre salir de sus labios, esperando no haberlo imaginado, con el corazón a mil.

Levanto la barbilla y miro a su dragón, que sigue comiendo lejos de nosotros.

—¿Sí, Rayo de Luna?

Se hace un silencio que parece demasiado frágil.

Al girarme, veo que se ha dado la vuelta, ahora está de espaldas al acantilado, con los brazos colgando a los costados y el mentón caído: una postura sumisa.

*Vulnerable.*

Anhelo verle los ojos, pero quedan ocultos por sus oscuras pestañas mientras contempla el estanque, con los labios temblorosos.

—Raeve…

—Lo entiendo.

Sus palabras son como un zarpazo.

—Tú…

—Lo que intentabas decirme en el pueblo. Es… —Hace una pausa, tragando saliva mientras hace crujir su cuello, y sigue hablando con los labios fruncidos—. Es… *doloroso*.

Nunca dos palabras parecieron tan incómodas de pronunciar, como si hubiese intentado darles forma a puñetazos, pero aun así hubiesen salido torcidas. Tampoco dos palabras me habían aliviado nunca tanto; mi respiración se vuelve más fácil, más ligera que antes.

«Esperanza…».

Por ella, me vuelvo un necio enseguida.

—Lo siento, Rayo de Luna. —Me echo hacia atrás para dejar mi túnica en el borde—. Suponía que esta parte del proceso te resultaría… *difícil* esta vez. Has pasado por muchas cosas desde que domesticaste a Slátra.

Ella se estremece como si la hubiera golpeado, vuelve a hacer crujir su cuello y aprieta los puños. Parece que la simple mención de su plumaluna caída la haga prepararse para luchar. Eso me lleva a preguntarme si el vínculo con Líri ha sacado a la luz la herida que dejó la muerte de Slátra, si esa es la razón por la que está sufriendo.

Un duelo feroz y solitario.

«La rival más fuerte con la que me he topado nunca».

—Raeve…, el vínculo aún no se ha consolidado, ¿verdad?

Un ligero gesto de negación con la cabeza me llena de alivio.

Siento otra chispa de esperanza en mi corazón.

Asiento con la cabeza, seguro de que pronto se consolidará. Conozco a uno que tardó siete ciclos en consolidar su vínculo con una siegasable bastante brava, algo prácticamente inaudito, y ella lleva aquí fuera casi cinco.

—Si renuncias por completo a tu lado sensible, lo perderás para siempre. No hay forma de recuperarlo.

—Ya lo he perdido —dice ella apretando los dientes—. Lo escupió como si fuera un diente suelto.

—¿Quién, Líri?

Al ver que Raeve niega con la cabeza, me da un vuelco el corazón. Recuerdo el momento en que la inmovilicé debajo de mí en Bothaim, con Rygun tensándome la piel, mientras contemplaba unas pupilas que hacían pensar en el cielo de La Sombra. En esos momentos, estaba casi seguro de que allí había una presencia…, *otra* persona mirándome fijamente.

Casi me da miedo hacer la pregunta que me oprime el pecho.

—¿Qué quieres decir?

Ella me mira por debajo de sus densas pestañas. Aunque todavía se ve muy poco color alrededor de sus pupilas, me tranquiliza ver que el ribete es más grueso.

—No importa.

Difiero, pero, si algo he aprendido desde que la vi después de pasarme tantas fases pensando que había desaparecido de este mundo, es que es más sensato saber qué batallas vale la pena librar para no acabar apuñalado por sus palabras.

—El dolor va de la mano del amor —digo con todo mi ser—. Sé que resulta muy tentador alejarse del dolor, pero ese dolor que te parte las costillas es justo la prueba de que antes ha habido algo bueno, algo que vale la pena recordar.

—No he venido aquí para que me des charlas.

—Sé para qué has venido, Rayo de Luna. Soy yo quien te ha tendido una trampa.

Se sonroja, como si le avergonzara ser tan predecible. No sabe que ser deseado por ella es el mayor cumplido que me han hecho nunca.

—Aunque lo ocultes bien, tienes un corazón enorme, y tu amor tiene el poder de moldear mundos, pero no si sigues huyendo de todo lo que te hace sentir algo.

Sus ojos destellan de ira.

—Que te follen.

—Cuando quieras, donde quieras. —Esbozo una media sonrisa—. Siempre que no lo hagas como una forma de decir adiós, soy tuyo para que me profanes como mejor te parezca.

Un rubor más intenso le tiñe las mejillas y se muerde el labio inferior, una inocente provocación que me está haciendo perder el control.

—Entonces ¿qué vas a hacer? —Mi tono desafiante la hace levantar la barbilla, como si supiera cuáles van a ser mis próximas palabras—. ¿Te quedas o te retiras de esta batalla?

—No pienso irme a ninguna parte —promete con tal firmeza que la creo.

Siete palabras que cierran la herida que me lleva atormentando desde que regresé a Dhomm y descubrí que ella se había ido, desde que encontré mi málmr en mi almohada.

«Rechazado».

—Te va a doler. —Me muevo sigilosamente por la humeante agua —. ¿Estás segura de que podrás con ello?

Frunce las cejas y entorna los ojos, evidentemente ofendida.

Hincha el pecho cuando me acerco a ella, un reto silencioso que me calienta la sangre.

—A veces te odio.

«No es verdad, Rayo de Luna».

—Yo te quiero siempre.

Se le entrecorta la respiración.

«Otra grieta en sus defensas».

La cojo de la nuca e inclino su cabeza hasta que le rozo los labios con los míos, con la firmeza justa para sentir su pulso, y le susurro al oído:

—Incluso cuando duele.

Se pone rígida.

Me acerco tanto que cada respiración es una competición por el

limitado espacio que nos separa.

—Incluso cuando me lanzas pullas o me utilizas como distracción para ocultar algo…

Me agarra la muñeca tan deprisa que no me doy cuenta hasta que se retira, mirándome con ojos nítidos. Un azul tan intenso y hermoso que me cuesta no caer de rodillas.

—Te equivocas —dice echando humo.

—Explícate.

—No eres una *distracción*.

El escalofrío que siento por la espalda me dice que Líri acaba de apartarse de su comida y se dirige hacia mí muy concentrada, evaluando la situación.

Arqueo una ceja mientras el corazón me late a toda prisa.

—Entonces ¿qué soy, Rayo de Luna?

Separa los labios, gruñendo una sola palabra que hace estallar el dolorido órgano que tengo en el pecho.

—*Mío.*



# CAPÍTULO 40

## Raeve

Kaan profiere un gruñido atronador que me hace imaginar rocas cayendo por la ladera de una montaña, lo cual me hace querer llenarme de él hasta que no quede espacio para nada más.

Sin dolor.

Sin pérdida.

Me sujeta ambos lados de la cara mientras me besa con la fogosidad de una estrella explotando.

Me derrito, gimiendo en su boca, mientras cuelgo de él como un ala caída.

—Otra vez, Rayo de Luna, *por favor* —murmura pegado a mis labios, cautivándome de un modo que me hace sentir una ligereza que no sentía desde la última vez que estuve en sus brazos.

Hago acopio en mi pecho de todo el fiero orgullo que me late por las venas y lo convierto en cuatro palabras insuperables de proclama:

—Eres *mío*, Kaan Vaegor.

Él gime. Me acaricia el cuello con la nariz y me planta un beso ardiente, rozándome acto seguido la piel con los colmillos.

Casi le suplico que me muerda, que me estampe contra la pared

clavándome los dientes.

Que me *marque*…

Me levanta con la facilidad de alguien que apenas está haciendo exhibición de toda su fuerza. Cuando vuelvo a tomar aire, estoy inclinada hacia atrás, recostada contra el borde del estanque sobre un manto de musgo.

Me agarra la pierna. La empuja hacia atrás y me deja al descubierto, sus ojos remolinos líquidos que me mantienen presa mientras *desciende*…

Su boca me reclama con tal devoción carnal que grito, temblando por sus ansiosos lametones, por la forma en que venera cada parte íntima de mi ser. Es una bestia hambrienta decidida a no dejarse ni una miga.

Me clava los dedos en la piel mientras hunde su lengua en mi sexo.

—Oh…, Creadoreeees. —Me retuerzo, mordiéndome el labio inferior para sofocar mis gemidos a fin de evitar que resuenen por el prado y llamen la atención.

Sus voraces murmullos vibran en mi interior, haciéndome sentir como si mis nervios estuvieran a un solo lengüetazo de estallar.

De desbordarme.

Flexiona sus anchos hombros al moverse y usa los dedos para tener mejor acceso a la zona donde están palpitando todos mis nervios. Espero la misma rudeza, pero sus movimientos se vuelven lánguidos y comienza a trazar círculos húmedos en el punto más sensible, torturándome.

Lamiéndome con la punta de la lengua.

Me succiona con tal suavidad que tengo que llevarme el puño a la boca para tapar el grito que amenaza con escapárseme, desesperada por tener más de él.

Por tenerlo *entero*.

Me sale un gemido salvaje por la garganta mientras le araño la espalda, tratando de levantarlo para que me penetre. Duro.

Rápido.

Pero es una montaña. Inamovible.

Abre los ojos y me mira: dos ascuas brillando entre mis muslos

abiertos.

—Ahora mismo no estás al mando, Raeve.

«Y una mierda que no».

Se me eriza el vello y todos mis instintos me instan a arañarlo y gruñirle hasta que quede inmovilizado debajo de mí, reconociendo lo equivocado que está.

Abro la boca…

—Yo lo estoy… —ruge extendiendo la mano sobre mi bajo vientre y presionando para aplacar el salvaje vaivén de mis caderas. Con la otra mano me agarra el muslo, como si estuviera inmovilizando una presa que no deja de retorcerse. Esa es la única advertencia que recibo antes de que me meta la lengua profundamente.

La gira.

Y me la mete de nuevo.

Todas mis fuerzas se evaporan.

Echo la cabeza hacia atrás y arqueo la columna: una presa rolliza extendida sobre las piedras, casi suplicando que la devoren.

Ni siquiera sale a la superficie para respirar, se da un festín conmigo con una ferocidad nunca antes vista mientras yo grito su nombre, arañando el suelo, mi pelo.

*Su* pelo.

Se desata una oleada de calor que me recorre los ligamentos, urgiéndome a hacer presión contra su boca, pero sus manos son demasiado fuertes y me mantienen inmovilizada.

Controla mi cuerpo como un maldito señor de la guerra.

De nuevo, cambia el ángulo de mi pierna: me empuja la rodilla hacia el pecho hasta que no me queda ningún lugar donde esconderme y comienza a dibujar círculos suavemente con la lengua alrededor de mi clítoris, sensible e hinchado.

Unas voraces palpitaciones comienzan a recorrerme el cuerpo como miel caliente… y cada uno de sus deliciosos lametones aumenta el calor. Su devoción por mi punto más sensible hace hervir la miel, que amenaza con estallar…

Se detiene y me suelta la pierna.

Gruño, incorporándome para atraparlo.

Él me agarra las muñecas y las lleva detrás de mi espina dorsal

arqueada en un movimiento tan rápido que noto una oleada de excitación por todo mi cuerpo, haciendo que me contraiga alrededor de *absolutamente nada*.

Le muerdo la cara. Será cabrón.

Su sonrisa es pura arrogancia.

—Me encanta cuando te enfadas.

—No te va a encantar tanto cuando vuelva a hincarte el diente —gruño sacudiendo los hombros en un intento de zafarme de él.

Tuerce la sonrisa.

Se inclina hacia mí y me susurra al oído con una voz grave que retumba por mi cuerpo, erizando cada centímetro de mi piel.

—Te equivocas. —Me besa el lóbulo de la oreja y me quedo rígida…, pero me derrito cuando se desplaza a mi sien… y a mi otra oreja…, una deliciosa tortura para los nervios que me recorren el cuello—. Me encanta cuando me muerdes, cuando me marcas, cuando me dejas cicatrices.

Sus palabras son una mordaza que me llena la boca.

Y entonces me mete los dedos.

—Oh, por todos los… *Joooder*.

Gimo mientras los curva y me acaricia tan adentro que casi me hace doblarme por la mitad. El magma se acumula en mi interior, dejándome tan floja y desarmada que apenas puedo moverme.

Me mezo en oleadas al ritmo de sus lentos movimientos, empujando contra su palma, avivando ese calor hasta que se vuelve voraz…

Se retira para cogerse la polla y empieza a restregármela por la vulva, enrojecida e hinchada. Tengo que contener la respiración.

Bajo la barbilla hasta el pecho.

Con el corazón en la garganta, contemplo lo dura que la tiene. Se la agarra como si fuese un arma poderosa y, por entre los huecos de sus dedos, veo todas sus venas abultadas.

Hipnotizada y temblando sin poder remediarlo, suelto un gemido de aprobación y separo los muslos. Echo las caderas hacia delante, exponiéndome aún más, a modo de invitación, para que me folle fuerte.

Rápido.

Se acerca a mí, pero me deja sin respiración cuando, en vez de penetrarme, me acaricia con la polla y deja expuesta su punta, enrojecida y goteando.

—Vas a hacerme suplicar, ¿verdad?

—No estaría mal —murmura frotándose hacia abajo contra mí…, en círculos… y de nuevo hacia abajo, con la mirada fija en esos provocadores movimientos. La acerca a mi entrada y se me corta la respiración de golpe mientras todo el calor de mi cuerpo se concentra en ese punto palpitante.

Suelto un gemido, separando un poco más los muslos. Empuja hasta que su punta desaparece dentro de mí.

Se me tensan los músculos ávidamente y un dulce delirio recorre mis venas…

Él se retira.

Gimo.

Se acerca y veo desaparecer su punta de nuevo, pero vuelve a sacarla.

«Otra vez».

Es como si me dieran las sobras cuando yo quiero la presa entera, caliente y humeante.

Quiero que me hierva la sangre al notar su erección mientras me penetra, que me posea entera…

—Fóllame —suplico tan aguda y entrecortadamente que casi me doy un bofetón a mí misma—. Por favor.

Su risa es ardiente.

—Ni siquiera tus buenos modales van a impedir que me tome mi tiempo, saboreando cómo te retuerces para mí.

Maldigo echando la cabeza hacia atrás, pero vuelvo a inclinarla hacia delante cuando él comienza a hacer círculos de nuevo alrededor de mi sexo, cubriendo mi carne rosada con mi propia lubricación, lo que hace que me vuelva pura lascivia.

—Además, cuanto más tarde, más posibilidades habrá de que tu vínculo se estabilice y quizá así no renuncies a tu promesa de quedarte.

«Renun…».

Con un torrente de energía, suelto mis manos y lo agarro por su

ancho cuello.

—No pienso irme a ninguna parte —gruño mostrando los dientes mientras sostengo su mirada febril.

Se abren unas grietas ardientes en sus ojos, atraviesan su torso y se entrelazan por sus protuberantes bíceps; su lado salvaje está saliendo a la luz para encontrarse con el mío.

Me toma, lenta y suavemente a pesar de las explosiones volcánicas de sus iris y la forma en que su cuello se tensa bajo la firme sujeción de mis manos.

La vulnerabilidad le suaviza la mirada.

Me acaricia la mejilla con el dorso de sus dedos, lentamente. Resulta tierno a pesar de que tiene los músculos inflamados y del ardiente calor, que desprende como un dragón rozando con su garra los pétalos de una flor naciente.

—Te he perdido tantas veces…

Enderezo los hombros y clavo dos palabras entre nosotros como una maldita estaca en el suelo.

—Nunca más.

Un gruñido voraz vibra contra la palma de mi mano.

Me da la vuelta tan deprisa que parece que el mundo haya perdido el eje.

Cuando me separa las rodillas, noto una ardiente excitación entre mis piernas. Suelta un gruñido grave que me hace curvar la columna, exponiéndome aún más ante él.

Comienza a frotarme el clítoris, mojado y anhelante, haciéndome estremecer por la expectación.

Miro por encima del hombro. Ya saboreo su imponente tamaño y su mirada hambrienta, como un dragón en todo su esplendor, con las venas hinchadas bajo su piel morena.

Se sitúa entre mis piernas, agarra mis nalgas y me abre como un libro…, clavándome la mirada.

—*Tuyo* —gruñe con ruda devoción.

Se me corta la respiración y separo los labios soltando un gemido cuando él comienza a empujar. No lo hace tan rápido como esperaba en esta postura, no es una embestida que me deje sin aliento.

Pero va tan provocadoramente despacio que siento cada

centímetro de su piel, segura de que es mucho más grande de lo que recuerdo.

Jadeando, soporto la presión que ejerce en mi interior mientras mi cuerpo va cediendo poco a poco. Al echar un vistazo por encima del hombro, estoy encantada por la forma en que se yergue sobre mí mirándome, por la devoción que reflejan sus ojos. Es como si me hubiera arrastrado a su guarida de dragón para meterme en un nido y enrollarse a mi alrededor para toda la eternidad.

Me pone una mano entre los omóplatos y me presiona hasta que mi pecho roza el suave musgo. Con la otra, conduce mi mano entre mis muslos.

Siguiendo su indicación, comienzo a frotarme en círculos mi punto más sensible mientras mis músculos aprietan cada pétreo centímetro hasta que siento que no queda espacio. No hay espacio para sentir o pensar en nada más que en él.

Cambia la zona por donde me agarra y empieza a acariciar con los pulgares mi sexo, centrándose en mis partes más vulnerables…

Me contraigo, temblando. Rodeo con los dedos su grueso miembro mientras se desliza dentro de mí lenta, provocadoramente despacio.

Justo cuando creo que no puedo aguantar más, me la mete tan adentro que la parte delantera de sus fornidos muslos se alinea con la parte trasera de los míos.

Jadeo, sin aliento. Arcilla húmeda alrededor de su polla.

Me envuelve en sus brazos y me levanta para que quede pegada a su pecho, echando mi cabeza hacia un lado. Me da tiernos besos a lo largo del cuello mientras arqueo la columna, tratando de acomodarme a él.

—¿Sigues conmigo? —me susurra con voz ronca al oído, una burla que me electriza los nervios.

Gruño.

De un tirón, suelto mi brazo, giro la parte superior del cuerpo y lo agarro del pelo. Lo tengo de frente mientras le miro con los dientes apretados.

Sin embargo, al advertir esa sonrisa burlona en su hermoso rostro, me quedo sin aliento y solo soy capaz de gemir dos melosas

palabras.

—Me tienes.

Choco nuestros labios.

Alza la mano para recorrer mi mandíbula mientras nos devoramos, entrelazando nuestras lenguas.

Una batalla inútil por el control.

Él ya ganó. Lo hizo en el momento en que oí su canción en la pradera, atrayéndome.

Kaan me susurra un gemido gutural que vibra por todo mi cuerpo, concentrando el calor en mi entrepierna.

Me pego más a él, instándolo a penetrarme.

Él levanta las caderas, se aparta y, luego, me embiste con tal fuerza que me rebotan los pechos, haciendo que me recorra una oleada de sensaciones al rozar ese punto que me derrite por dentro.

Apenas me da tiempo a coger aire antes de que repita el movimiento. Otra vez.

*Otra vez.*

Sin tregua, me pellizca el pezón, provocándome un cúmulo de sensaciones, cada una de las cuales me hace entregarme un poco más. Lo desdibuja todo excepto sus embestidas y la punzada de sus caninos amenazando con perforarme la piel en la base de mi nuca.

Desliza su mano entre mis piernas y acaricia ese anhelante nudo de nervios, mojándose los dedos.

*Decidido.*

Me sacuden unas arrebatadoras palpitaciones que me pillan desprevenida, haciéndome tensar los músculos…

—Kaan, soy…

—*Todo* —gruñe casi aplastándome con su brazo mientras yo me retuerzo, doblegada por los decadentes temblores de mi éxtasis.

Me quedo sin aliento.

Prisionera voluntaria de los dominantes embates que siento por dentro.

Es como si Kaan se estuviese enfrentando a mí en un campo de batalla, asestándome golpe tras golpe hasta que estoy demasiado débil para defenderme.

Cada nervio de mi bajo vientre, mis caderas y mis muslos se

convierte en lava, amoldándose a su pétrea forma… Todavía me azotan las ondas de choque cuando me suelta.

Me inclina hacia delante hasta que mi pecho toca la piedra cubierta de musgo y, luego, desliza la mano por mi columna, que tengo arqueada. Me agarra por las caderas y tira de mi culo, pegándolo contra él, y luego continúa embistiéndome al ritmo de una marea que avanza despacio.

Por el ángulo en el que me tiene, la forma en que se mueve, llenándome entera…, lo siento por todas partes. Nunca he estado tan expuesta, henchida, caliente.

—Agárrate a algo, Rayo de Luna.

Tengo los recursos suficientes para obedecer, así que me echo hacia delante y meto los dedos en una grieta.

—No te sueltes. —Se echa hacia atrás y adelanta las caderas, acelerándome el pulso. Me proporciona tal placer con sus dominantes embestidas que estoy a punto de alcanzar otro clímax a una velocidad récord, solo que este parece surgir de algún lugar más profundo, de lo más hondo de mí, tanto que estoy convencida de que me va a partir en dos…

Se retira.

El mundo se difumina cuando me da la vuelta.

Me levanta.

Envuelve sus caderas con mis piernas.

Luego, avanza a través del agua, hacia la zona poco profunda cerca del acantilado cubierto de musgo, chapoteando con cada paso. Deja mis hombros contra la piedra, junto a la burbujeante cascada, que nos salpica en su prisa por bajar por la ladera de la montaña, y mueve mis caderas, haciéndome descender sobre su grueso miembro. Embriagada por su plenitud, regresa el torrente de placer.

*Alimentándome.*

Me agarra el muslo con una mano y planta la otra junto a mi hombro derecho, y comienza a moverse, empujando profunda y lentamente mientras me besa con la urgencia de quien está devorando su última comida. Es lógico, ya que estoy segura de que nunca nos recuperaremos de esto, que podríamos solidificarnos aquí mismo como dragones moribundos, enroscados juntos como su

málmr, y no parecería una tragedia en absoluto.

Acelera el movimiento. Cada una de sus embestidas resquebraja su coraza de autocontrol, hasta que me penetra con tal voracidad que parece que el mundo está a punto de derrumbarse a nuestro alrededor.

Se separa lo suficiente como para que atisbe sus ojos, tiernos y llenos de devoción.

Con bastante amor para romper un corazón.

—Somos tú y yo —susurra, y me planta otro beso en el labio superior, bañado en sudor—. Tú y yo, Rayo de Luna.

—Hasta el final —es mi respuesta jadeante, y la energía *estalla*.

Separa la mano de la pared y me agarra la mandíbula, tensando los dedos mientras nuestro beso se convierte en una sucesión de gemidos y gruñidos guturales. Nuestros cuerpos chocan, luchando por alcanzar el clímax.

Contraigo los músculos internos alrededor de su polla, que comienza a sacudirse, vaciándose dentro de mí al ritmo de mis propios espasmos.

Pierdo toda noción del tiempo y de mí misma mientras me aferro a Kaan, acercándolo más a mí. Como si intentara provocar una explosión volcánica encima de mí y que me envolviese el cuerpo entero. Me invade tal torrente de placer que me retuerzo, poniéndome tan rígida que parece que todos mis tendones estén a punto de romperse…

A medida que los espasmos van remitiendo, me voy quedando más abatida. Se me escapan las fuerzas… hasta que nuestros movimientos se suavizan.

Se detienen.

Descanso la barbilla sobre el hombro de Kaan y recuesto la cabeza contra su cuello mientras respiramos fuerte y rápidamente, con mi corazón martilleando al compás del suyo, casi como si estuviéramos sincronizados.

Abro los ojos al mundo y miro a través de los árboles y del velo de vapor cuando un movimiento luminoso me deja sin aliento.

Clavo la vista en Líri, que se limpia la sangre del hocico en la hierba.

Algo que hace cada vez que termina de comer, ya que no le gusta la sangre seca agrietándose alrededor de su boca.

Levanta la cabeza y me echa una mirada fugaz que atraviesa el velo de vapor, antes de resoplar y mirar al cielo, como si estuviera a punto de… Me quedo paralizada cuando despliega las alas y comienza a batir el aire con fuerza. Echa a volar hacia las lunas, pero siento como si estuviera aleteando bajo mis costillas y estuviese a punto de atravesarlas y…

*Se va.*

Solo deja un agujero en mi pecho, un hueco donde una vez anidó, a salvo dentro de mi corazón, que late aceleradamente.

No me doy cuenta de que estoy luchando contra Kaan, resistiéndome a él, hasta que me toma el rostro entre sus callosas manos. Pega su frente a la mía, eclipsando mi visión de todo lo demás.

—No pasa nada.

Me centro en sus facciones mientras tomo aire, llenando mis pulmones con las tranquilizadoras bocanadas de su abrasador aroma.

—No va a irse muy lejos. No pasa nada. No te va a dejar.

«No va a irse muy lejos».

«No pasa nada».

«No te va a dejar».

Asiento con la cabeza, agradeciendo sus firmes palabras de consuelo, de *certidumbre*, a pesar de que me revuelven la conciencia al recordar la astilla plateada que tengo en mi interior, una diminuta lápida que representa la pérdida de algo demasiado grande y duro de soportar. Acepto sus palabras, aunque quiero abrirme el pecho y mostrarle a Kaan por qué no estoy bien, por qué llevo sin estarlo desde que desperté en aquella celda dentro de una montaña que me aplastó con su ardiente puño hace tantas fases.

Asiento con la cabeza, pues resulta más fácil que darle a esa astilla plateada el honor que se merece.

Me deslizo a mi interior y desplazo algunas de las rocas de mi orilla. Una a una, las amontono sobre la astilla, construyendo una pira de piedra mientras ignoro la presencia luminosa que tengo a la

espalda, observándome bajo la superficie de mi lago helado. Es una presencia que antes me aterrorizaba, y aún lo hace, supongo…, pero por diferentes razones.

Razones de más peso.

No me vuelvo. Continúo amontonando piedras hasta que la luz plateada ya no se cuela por las grietas. No queda más rastro de ella que el montón de rocas, las cuales ocultan el dolor otro dae más.

Cuando sea más fuerte. Mejor.

«Hoy no».

Mientras tanto, soy vagamente consciente de la presencia de Líri en mi interior, endureciéndose bajo mis costillas como una luna petrificada, asentándose de la misma manera que imagino que hizo el mundo cuando se creó.

Un peso frío y macizo que acuno…, igual que la oscuridad acuna a las lunas en el sur.

—¿Estás conmigo, Rayo de Luna?

Las profundas palabras entrecortadas que pronuncia Kaan me dan de lleno, como un arma clavándose en mi alma, desgarrándome. Vuelvo a la superficie, donde me encuentro con su mirada llena de pánico. Me agarra con fuerza la barbilla, mirándome a los ojos, y oigo el aleteo de Líri al compás de los latidos de mi apesadumbrado corazón.

—¿Estás aquí?

Respiro temblorosamente y envuelvo su rostro con mis manos, inclino su cabeza y beso las arrugas que hay entre sus cejas.

—Estoy contigo.

Suelta un suave gemido y se relaja como un pulmón exhausto.

—Me tienes —susurro, y le doy otro beso que parece hacerlo estremecer.

«Siempre».



# CAPÍTULO 41

Raeve

Un viento fuerte me golpea la mejilla, sacándome de un sueño pesado.

Al abrir los ojos, veo unas nubes oscuras que amenazan con descargar mientras trato de recordar dónde estoy, cómo he llegado aquí.

El dolor saciado que siento entre las piernas me trae todo a la mente de nuevo.

El vínculo. El tiempo que me abandoné al salvaje impulso de dejarme llevar. Kaan en el estanque.

En *mí*.

Los dos al borde del estanque…, contra el acantilado…, sobre las pieles de su campamento improvisado. Otra vez.

*Otra vez.*

De vuelta al estanque para lavarnos, aunque acabé con las piernas abiertas enredadas en sus brazos, recostada sobre una roca mientras él me devoraba sin descanso mientras le gritaba que me follase hasta que el mundo se derrumbara a nuestro alrededor.

Una oleada de calor me recorre las venas mientras me lleno los pulmones con su embriagador aroma, como cucharadas de nata

servidas sobre una piedra candente.

Me arden las mejillas.

Aparto las pesadas pieles que cubren mi desnudez cuando una ráfaga de viento me trae olor a humo y carne asada.

Al echar un vistazo por encima del hombro, sonrío al ver a Kaan sentado en una roca junto a la hoguera, con el burbujeante estanque como telón de fondo, difuminándolo todo excepto a él. Lleva el pecho y los brazos al descubierto, mostrando su suntuosa piel, y el pelo recogido en un moño deshecho en el que ansío enredar los dedos.

Mi trozo de carne está ensartado en un palo, suspendido sobre una hoguera crepitante, goteando un jugo rosado sobre las brasas.

—Me sorprende que ella te haya dejado coger eso mientras dormía.

Él gira el palo mirando a Líri, enroscada en un círculo luminoso bajo un árbol cercano, roncando en sueños, en el mismo lugar en el que lleva desde que regresara de su excursión justo antes de que nos durmiéramos.

—Ni siquiera ha movido la cola. —Vuelve su mirada hacia mí: cálida.

Sobrecogedora.

Se me dibuja una sonrisa.

Él me observa durante un buen rato y, después, señala con la mano.

—Tienes la ropa detrás de ti. Lavada y seca.

Me incorporo y la veo doblada con cuidado en un montón, y mis prendas íntimas encima, *también* dobladas.

Arqueo una ceja.

—¿Has doblado mi ropa interior?

—Con mucho gusto.

Alzo la mano para tapar la sonrisa que de nuevo cruza mi rostro y deslizo los dedos por mis labios. Me muerdo el inferior y sacudo la cabeza mientras lo miro.

*Maravillada*.

Esos músculos torneados, marcados incluso cuando está relajado; sus manos…, callosas y hábiles, y el vello que se extiende

desde su ombligo y pasa por debajo de sus pantalones holgados de sarga, que insinúan el enorme miembro que cuelga entre sus piernas abiertas…

Se me acelera el corazón.

Siento un hormigueo de deseo por todo el cuerpo al volver a fijar la vista en su sensual boca, ahora con las comisuras alzadas.

—¿Tienes algo en mente, Rayo de Luna?

«Cosas depravadas. De verdad».

—Me estaba preguntando cómo es que, después de tantas fases, nadie más acabó en tu cama… y se quedó.

Su sonrisa se desvanece en parte.

Tras un momento de silencio, dice:

—Las cadenas de la puerta resultan poco atrayentes.

«Quizá para algunas».

—Ya sabes a lo que me refiero. Eres un buen hombre, un buen rey, y ahora puedo decirte que, con estas habilidades —levanto mis delicadas prendas dobladas y las agito en su dirección—, junto con *lo de antes*, estoy segura de que podrías haber tenido a cualquiera que desearas.

Se le oscurecen los ojos.

—Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza.

Frunzo el ceño.

—¿No ha habido ninguna otra en todo este tiempo?

Se encoge de hombros.

—El amor verdadero no se extingue, Raeve. Se aferra a ti como un lastre, incluso aunque te estés ahogando.

Esas palabras me sacuden. Es como si hubiesen tocado una cuerda en mi pecho y producido un sonido tan espantoso que todo mi ser se encoge.

Desvío la mirada, pues no quiero ni imaginarme viviendo en un mundo en el que él no exista, aunque sé bien lo que se siente al perder a alguien a quien quieres…

Esa sensación de deshilacharse, de que se desprendan hebras sangrientas de ti que están atadas a la persona perdida. Luego, están las duras costras que se forman tras todo lo que ha desaparecido. Aunque se parece mucho al olvido, es mejor eso que

el dolor descarnado de una herida abierta.

Sin embargo, Kaan habla como si nunca se hubiera acostumbrado, como si llevase curándose una herida sangrante desde la muerte de Elluin. Y eso…

«No puedo pensar en eso».

—La verdad es —murmura— que mi cama me habría parecido más vacía si la hubiera compartido con otra que no fueras tú.

«Por todos los Creadores…».

—Bueno, vale. —Me aclaro la garganta y me pongo la ropa interior—. Parece que todo esto no ha hecho más que darme la razón.

Es un intento patético de desviar la conversación hacia algo que no duela tanto, pero él muerde el anzuelo como una bestia hambrienta y sus ojos vuelven a mostrar cierta ternura.

Sonriendo, se inclina hacia delante y le da la vuelta a la carne.

Desdoblo mi túnica, me la pongo y me echo la melena a un lado. Saco el málmr de Kaan de debajo de la tela y lo dejo colgando entre mis pechos. Me acerco al fuego y me siento en una piedra frente a él.

Aparto la vista de las llamas y, apoyando la barbilla en la palma de la mano, la dirijo a través de los árboles a mi dragona, que sigue durmiendo.

—¿Sabes? —comienzo, y Kaan pasa su fogosa mirada de su málmr a mis ojos—. Recuerdo cierta promesa de que no ibas a tomar parte…

Arquea una ceja.

—Tú viniste a mí, Rayo de Luna.

La confianza de su voz me afecta. Me hace sentir calor por dentro.

Suelto una risa ahogada mientras él se agacha, coge un odre y me lo lanza por encima del fuego. Lo atrapo al vuelo.

—Oye…, ¿qué es el uhloo del que hablabas antes de que me fuera?

Se le hinchan las mejillas al sonreír de medio lado, y me derrito.

—Una trenza pequeña, entregada por voluntad propia.

Le lanzo una mirada interrogativa.

—Me honras llevando mi málmr —aclara señalándolo—. Adornar mi cabello con una trenza tuya es la forma que tienen los Johkull de devolver ese honor. La rigidez de la trenza dice mucho de tus intenciones.

—¿Quieres llevar mi pelo?

Se le ensancha la sonrisa.

—Preferiría llevarte a ti cada dae durante el resto de mi existencia, pero me bastará con tu uhloo.

Tardo un poco en comprender lo que quiere decir, pero, cuando lo hago, me sonrojo. Ese mismo calor se extiende por mis pechos, haciendo que los pezones se me pongan dolorosamente erectos.

Posa la mirada en mi labio inferior mientras lo muerdo suavemente con los dientes mientras considero si levantarme y rodear la hoguera para sentarme a horcajadas sobre él. Después de apartar mi ropa interior, le rasgaría esos pantalones de sarga, agarraría su enorme miembro y empezaría a moverlo muy despacio hasta que estuviera listo para meterlo en mi húmeda y anhelante entrepierna…

—Solo cuando te sientas cómoda ofreciéndomela —murmura con una sonrisa cómplice, y se inclina para pinchar la carne asada, liberando más jugos aromáticos—. Aunque es importante que sepas que, hasta que no la lleve puesta, se me considera *libre*.

—¿En serio? —Arqueo una ceja, le quito el corcho a su odre y doy un buen trago—. Bueno —digo volviendo a taparlo—, quien quiera poner a prueba esa teoría encontrará mi espada, y probablemente se desangre hasta la muerte.

Su risa reverbera por el pequeño campamento, como si pensara que estoy bromeando.

No lo hago.

Nos sumimos en un cómodo silencio mientras él da la vuelta a la carne y echa otra rama seca al fuego, que Ignos se traga de inmediato.

Aparto la mirada y observo a Líri durmiendo. Me llevo la mano al pecho y me lo froto, como si quisiera atravesar mis costillas y cuidarla físicamente dentro de mí.

—¿Estás segura de que el vínculo se ha establecido? Tendrías

que sentir…

—Es aún más fuerte que antes de que nos durmiésemos. —Dejo caer la mano e inclino el odre a un lado y a otro, escuchando cómo se agita el líquido—. Es como tener una luna sólida en mi pecho. Ahora ya no hay forma de volver atrás.

Oigo un leve suspiro de alivio.

—Me alegro de que hayas venido. —Miro el odre—. La tentación de dejarme llevar era muy fuerte con Líri.

Por mucho que me duela reconocerlo, si esto era una prueba de carácter, he suspendido. Di un paso adelante y diez atrás.

De no haber sido por Kaan, ahora mismo sería más dragona que feérica. Por maravilloso que suene, él tenía razón al señalar que habría sido como rendirse en una pelea o negarse siquiera a entrar en la arena. En el fondo, sé que me habría odiado a mí misma, y ese odio se habría emponzoñado.

Se habría vuelto venenoso.

—Recuerdo muy bien esa sensación —murmura Kaan.

Levanto la vista.

—¿Qué te mantuvo con los pies en la tierra?

Se le forma una arruga entre las cejas mientras mira la carne chisporroteando y le da la vuelta.

—La idea de no volver a oír cantar a mah, o de no volver a ver su sonrisa.

Dice las palabras con mucha dulzura, pero me sientan como si me lanzase una piedra.

—¿Por qué le tienes miedo al fuego, Raeve? —Me mira a los ojos a través del humo.

La pregunta me pilla tan desprevenida que es como recibir una puñalada entre las costillas que me deja sin aliento.

«Supongo que ha aprendido a golpearme cuando bajo la guardia».

Aparto la mirada. Me recuesto. Me enderezo de nuevo.

—*Miedo*. —Me río mientras destapo el odre. Me lo llevo a los labios y bebo un sorbo de agua.

Ojalá hubiese algo más fuerte.

—Me hace parecer muy débil —murmuro, volviendo a poner el

corcho en su sitio con la palma de la mano.

Si él me ve así, los *demás* también, y eso es un problema.

Las debilidades se aprovechan.

—Me encantaría que desmintieras esa afirmación. Aguanta mi mirada y dime que no es así.

Aunque esas palabras son firmes, serenas, hay violencia debajo. Igual que esas malditas brasas que asan la carne, haciéndola chisporrotear.

Chasqueo la lengua y me apresuro a reprimir mi miedo, vaciándome de todas las emociones excepto de la ferocidad, que siempre acecha bajo mi piel, esperando ser liberada. Es un proceso por el que he pasado más veces de las que puedo contar.

Al levantar la vista, veo el rostro de Kaan ensombrecido por su entrecejo arrugado, pues sin duda advierte la dureza en mi gesto.

—Podría atravesar esas llamas ahora mismo y dejar que me devoren —digo sin expresión alguna. Una espada forjada bajo una montaña que ha enterrado tanto de mí que es una sorpresa que siga respirando—. Me derretirían hasta reducirme a un charco y ni siquiera me inmutaría. ¿Te haría sentir mejor?

—No. —Se le oscurecen los ojos.

«Maldita sea».

Quito el corcho y doy otro sorbo, reteniendo el líquido en la boca antes de tragar.

—El fuego me convirtió en un monstruo, Kaan. Miro esas llamas y veo lo peor de mí, y muchísimo dolor innecesario.

—¿Quién?

La palabra es un gruñido de dragón, como si saliera directamente de las fauces de Rygun.

Cuando miro a Kaan, veo compostura y una promesa silenciosa de violencia.

—Un nombre, Raeve, es todo lo que necesito.

«Un nombre».

Si hay algo que he aprendido de los últimos daes es que algunas cosas merecen salir a la luz, aunque yo no tenga intención de sacarlas. *Se lo merecen.*

Otras ni siquiera merecen una maldita lápida.

Dejo que mis emociones vuelvan adonde tienen que estar y me levanto, rodeo la hoguera y me dejo caer sobre su regazo. Advierto la sorpresa en sus ojos, cada vez más abiertos, mientras abre la postura para hacerme hueco.

Le cojo la cara con las manos y le acaricio la barba, maravillada por la forma de sus labios…, su nariz…, sus gruesas pestañas…, incluso las cicatrices que lo cubren, haciendo que su belleza sea increíblemente superior a la de cualquier otra persona que haya visto jamás.

Él hace que todo valga la pena, cada detalle. Volvería a pasar por todo lo que he pasado solo para estar aquí ahora mismo, en su regazo, respirando el mismo aire que él.

—Las últimas veintitrés fases…, todo ha sido un gran cementerio, Kaan. Si lo desenterramos, no nos quedará más que hoyos en los que tropezar y un montón de huesos —le susurro, y bajo la cabeza para darle un suave beso en los labios. Me aparto lo suficiente para mirarlo a los ojos—. Déjalo estar, por favor. Por el bien de los dos.

Abre la boca…

Un aleteo hace que volvamos la vista al cielo, donde vemos a una alondra volando en nuestra dirección. Se lanza en picado hacia la palma abierta de Kaan.

Frunciendo el ceño, me pega más a su pecho para poder desplegarla.

Apoyo la cabeza en su cuello, observando a Líri mientras duerme. Me pregunto cómo he tenido tanta suerte cuando es evidente que no me lo merezco.

Nada de esto.

Esa es precisamente la razón por la que estoy tan segura de que se desmoronará en mis manos en cuanto baje la guardia.

Noto que Kaan se pone tenso.

Levanto la vista y frunzo el ceño al ver la preocupación que endurece sus facciones.

—¿Qué pasa?

—Siharna se ha puesto de parto. —Se aclara la garganta y vuelve a doblar la alondra—. Tenemos que irnos. Ahora mismo.



Kaan

# CAPÍTULO 42

Un grito lejano me sacude el alma y me hace imaginar a Siharna dirigiéndose a la batalla, lanza en mano, mientras mira a su objetivo con todos los tendones del cuello tensos.

Aprieto el pasamanos con más fuerza.

Miro por encima del hombro, por la ventana que hay en lo alto de la escalera, que ofrece una panorámica clara del patio del recinto, cubierto de nieve. De la casa de Siharna, paso la vista a una ventana del segundo piso que brilla como un ojo dorado.

Una brisa sacude la cortina, que no logra ocultar el alboroto que hay al otro lado. Veo la silueta audaz de Siharna yendo de un lado a otro como un péndulo, embarcándose en un viaje que lleva a muchas a una muerte prematura.

Se detiene con la mano en el vientre y se dobla sobre sí misma, sin duda enfrentándose a una contracción, y lanza otro grito feroz.

Aparto la mirada y subo los últimos escalones. Aminoro el paso

antes de llegar a la puerta de la habitación de invitados. Al asomarme, veo a Korie todavía acurrucada bajo la colcha rosa y morada que mah cosió hace mucho tiempo…, como un polluelo recién nacido en un nido demasiado grande. Tiene todos los rizos esparcidos alrededor mientras duerme, con el pulgar en la boca, bañada por la cálida luz del fuego.

Observo su pequeño pecho subiendo y bajando mientras les ruego a los Creadores que mantengan a Siharna a salvo para que tenga el regalo de ver crecer a su hija y para que esta tenga la oportunidad de abrazar a su mah de nuevo mientras su corazón aún late.

«Eso es todo lo que pido».

«Por favor».

Cierro despacio la puerta y me aguanto las ganas de entrar en la habitación del fondo y asegurarme de que Raeve está allí. Viva. Abrazarla hasta que se alivie esta opresión que siento en el pecho o tal vez simplemente despertarla para no sentirme tan solo, indefenso y… asustado.

«Aterrorizado ante la idea de perder a otra persona a la que quiero».

Haciendo un esfuerzo, bajo las escaleras, cojo de la mesa una de las botellas que Pyrok saqueó y me siento justo cuando Siharna lanza otro grito desgarrador.

Saco a Borg del bolsillo y lo giro entre mis dedos temblorosos mientras descorcho la botella y doy un trago largo. Siseo cuando el potente alcohol se me acumula en el estómago como una vorágine de llamaradas de Rygun, dejándome un regusto a tubería atascada por un animal muerto.

—Joder —digo con voz ronca inclinando la botella para mirarla.

Sacudiendo la cabeza, doy otro trago y destapo el frasco de Borg. Lo dejo en el banco y sale borboteando entre remolinos de humo pálido.

—Vaya, vaya… —Se estira y se retuerce, acumulándose en una especie de nube larguirucha y altiva hasta que lo tengo sobre mí mirándome de soslayo con sus ojos negros mientras doy otro buen trago de lo que, sin duda, es lo peor que he probado en mi vida—.

Estáis intentando volver a caerme bien, ¿verdad?

—Tal vez solo echase de menos tu cara.

—Eso tiene más sentido. —Se remueve, mirando a algún punto a mi espalda; sin duda, su reflejo en la ventana—. Soy bastante agradable a la vista. Un momento…, ahí fuera hay nieve. ¿Estamos cerca de La Bruma? —Se queda quieto y, de repente, se retira de golpe, como la cola de un plumaluna, refugiándose en una esquina convertido en un bulto opaco no más grande que mi puño—. ¡Vais a mandarme de vuelta a las Nieblas!

Va rebotando la mirada como si tratase de encontrar un lugar más adecuado para esconderse. Al divisar su frasco, se lanza hacia él como una honda, tan rápido que se queda atascado al tratar de entrar en el reducido espacio, aunque al final acaba deslizándose.

Suspiro agarrando el frasco y lo agito.

—Borg, ya hemos hablado de esto. —Miro por la abertura del frasco y vuelvo a agitarlo—. No voy a mandarte a ningún sitio excepto a este banco para que des un par de sorbos. ¿O es que no tienes hambre?

Se desliza fuera del frasco, se extiende por el amplio asiento y se vuelve a solidificar ante mí, tan grande que roza el techo con la cabeza.

—Claro que tengo hambre. Qué pregunta más tonta.

Se acerca arqueándose y entorna sus ojos color tinta, poniéndome los pelos de los brazos de punta al notar su frescor.

—Espero que no me estéis mintiendo, Kaan Vaegor. La confianza de un espectro no se regenera por arte de magia. Una vez perdida, se tiene un enemigo eterno en cada uno de mis hermanos, grandes y pequeños.

—¿Alguna vez te he mentido, viejo amigo?

—Bueno…, no, pero paso mucho tiempo solo. —Se acerca tanto que tengo que ponerme prácticamente bizco para sostener su sombría mirada, como si intentara ver las mismísimas fibras de mi alma—. A la mente le encanta *dar vueltas*.

Sin duda, eso es algo que entiendo.

Otro valeroso grito atraviesa el patio.

Borg pasa a mi lado tan veloz como una nube y su atadura al

frasco se reduce a un simple hilo cuando pega el rostro al cristal.

—¿Están mutilando a alguien?

Doy otro trago a la botella y mascullo mi respuesta.

—Mi tía está de parto.

—Ah, ahora entiendo vuestro mal humor —murmura pegando todo el cuerpo al cristal, como si estuviera desesperado por atravesarlo para ver mejor.

Maldito cotilla.

Me pediría que lanzara su botella directamente a la habitación de Siharna si creyera que yo llegaría a considerarlo

—Bueno, algo para alegraros. —Se despega del cristal y se desliza con rapidez, luciendo una sonrisa tan ancha que parece que le hayan dejado un agujero en la cara al arrancarle un puñado de niebla—. Mis hermanos han visto un fragmento lunar.

Que me hubiese alcanzado un rayo me habría resultado menos impactante.

—Es muy buena noticia —digo con voz ronca mientras trato de calmar mi corazón.

«Me pregunto qué parte será…».

«Qué tamaño tendrá…».

Dejo la botella, entrelazo las manos, con los codos en las rodillas, y me echo hacia delante.

—¿Alguna noticia de Kyzari, Veya o Grihm, mi segundo al mando? Partió con la intención de recoger un huevo en Gondragh.

—Lo comprobaré. —Borg se acerca flotando, como si se contoneara al ritmo de una melodía, y extiende sus neblinosos dedos para inspeccionarse las afiladas uñas, muy consciente de que me tiene cogido por los huevos—. ¿Algo más, mi rey?

Sopeso las palabras que quiero soltarle, preguntándome si debería seguir el consejo de Raeve y dejarlo estar, reprimir el impulso de sacar el pasado a la luz.

Me pueden las ansias.

—Me gustaría saber si alguno de tus hermanos presenció cómo conducían a Elluin Neván de vuelta a Arithia hace casi ciento veinticinco fases, justo antes de su ceremonia de unión con Tyroth. Tengo curiosidad por saber si la llevaron a la fuerza o si ella se

resistió.

Borg se me queda mirando fijamente durante tanto tiempo que caigo en la cuenta de que he olvidado mis modales.

—Por favor.

—Hace ciento veinticinco fases…

La sequedad de su tono pasa tristemente desapercibida.

—Tal como he dicho.

—¿Qué ha pasado con lo de no buscar más información sobre Elluin Ne…?

—He cambiado de opinión —mascullo.

Borg emite un extraño chasquido y vuelve a inspeccionarse las uñas.

—¿Algo más? ¿Mi nebuloso corazón en bandeja, tal vez?

—Eso es todo.

Él imita mis palabras mientras se convierte en un charco brumoso que se desliza por el suelo.

Me llevo las manos a la nuca y aprieto los ojos con toda mi fuerza.

Soporto otros dos gritos de dolor mientras el miedo se expande en mi pecho como el fuego en un bosque en llamas. Ruego para que esta no sea la última vez que oigo la voz de Siharna, llena de una determinación feroz por no fallarle a su pequeño.

Por traerlo a este mundo indemne.

Resulta difícil no imaginar a Raeve emitiendo esos mismos sonidos cuando se hacía llamar de otra manera. Antes de que la llevaran al cielo y la sepultaran con el cadáver de su querido dragón…

—Milagrosamente, un hermano recuerda haber visto al grupo de viajeros que acompañaron a Elluin de vuelta a Arithia. —Abro los ojos de golpe y veo a Borg de su tamaño real, racheando por la habitación a la par que inspecciona las pertenencias de mah—. Se detuvieron en las llanuras de Ergor mientras sus dragones cazaban.

Un escalofrío me recorre el cuerpo.

Alcanzo la botella de licor, me la llevo a los labios y doy un largo trago del que inmediatamente me arrepiento.

—¿Qué quieres a cambio?

Ni siquiera se aparta del jarrón con grabados florales en el que ha metido la cabeza cuando pronuncia unas palabras suaves como la seda que resuenan en mi oído.

—Mi favorito.

Me pongo tenso.

—Borg…

—Esto es un dos por uno —canturrea saliendo del jarrón. Se vuelve, fingiendo interés por una colección de platos que hay apilados en un rincón de la pared—. Información sobre vuestra amada Elluin y la ubicación de un fragmento lunar. Os estoy haciendo una oferta.

—Me estás *castigando*.

Encoge sus vaporosos hombros.

—Sigo en el mismo frasco aburrido, sin color y ni siquiera un colgante para decorar. Y el corcho se humedeció mientras estaba en vuestro bolsillo; ahora apesta.

Apretando los dientes, dejo la botella en el suelo con un golpe y aprieto los puños con tanta fuerza que me crujen los nudillos. Los apoyo en las rodillas y me recuesto, inclinando la cabeza hacia el maldito techo.

—Date prisa.

—Vuestros preliminares dejan mucho que desear —dice tan abatido que las palabras apenas me llegan a los oídos—. ¿No podéis al menos simular que estáis emocionado?

La llama de Rygun se agita bajo mi piel, tensándomela y disipando el frío de la habitación.

—Mi paciencia se está agotando, viejo amigo.

—Entendido. —Se lanza hacia delante, encaramándose sobre mí —. Por favor, no me echéis.

Me bulle un rugido en la garganta.

Suelta un chillido de pánico y, luego, separa los jirones que forman su boca.

Aprieto los ojos para no tener que mirarlo mientras comienza a sorber, sacando a relucir uno de los recuerdos más dolorosos que anidan entre los rescoldos de mi pasado…



*Los gritos de mah reverberan por el amplio corredor. Son unos gemidos agonizantes que me hieren más profundamente que nada que haya sentido antes.*

*Aprieto con más fuerza mi laúd.*

*Apoyando el tacón de la bota me recuesto contra la pared y miro fijamente las puertas de la habitación de mah mientras su siegasable lanza un rugido tan fuerte que hace temblar las paredes. Este da paso a un gimoteo gutural y el pesado aleteo de Jógo me recuerda constantemente su presencia sobrevolándonos.*

*No tengo ninguna duda de que él estaría con mah en la habitación, velando por ella mientras da a luz, si cupiera. No hay duda de que ella estaría en su guarida, pariendo a su lado, si pah se lo hubiera permitido.*

*Me coloco el laúd en el regazo y empiezo a tocar la melodía favorita de mah, cantando tan alto como puedo. Aunque se me quiebra la voz en las notas alegres, que no concuerdan en absoluto con esta pesadumbre que siento en el pecho, sigo adelante, con la esperanza de que ella me oiga, de que la canción le proporcione algo de consuelo mientras brega por traer al mundo a mi hermano.*

*Un aullido hace que se me pare el corazón un instante, que me fallen los dedos en los siguientes acordes.*

*Los guardias que hay apostados a sendos lados de las ornamentadas puertas de los aposentos de mah se miran.*

*Es la primera vez que pierden la compostura desde que comenzaron sus gritos.*

*Tengo un mal presentimiento.*

*Esos mismos guardias estaban apostados aquí cuando nacieron los gemelos y entonces no movieron ni un músculo, ni una sola vez.*

*Ahuyento ese pensamiento y toco con más intensidad.*

*Canto más alto.*

*Sus gritos se reducen.*

*Me detengo, presto atención. Espero oír los agudos llantos de una nueva vida, pero solo me llega silencio.*

*Al oír a Jógo proferir un chillido tan fuerte que me hace vibrar el oído interno, me invade una gélida sensación.*

*«Algo no va bien».*

*Las puertas se abren de golpe.*

*Pah las atraviesa en tromba cubierto de más sangre que cuero, y las puertas vuelven a cerrarse a su espalda. Se detiene y me mira con desdén.*

*Contrae el labio superior, igual que siempre antes de envolverme en llamas por mi incompetencia, como si estuviera al borde de un precipicio a punto de levantar el pie…, lanzarlo hacia delante…*

*Llena sus pulmones de aire y yo me preparo…*

*Se oye un grito agudo en la habitación de mah, y se me forma un nudo en la garganta.*

*Una puerta se abre con cuidado y aparece la doncella principal de mah con la vociferante bebé envuelta en un pañuelo verde.*

*—Su hija, majestad. —A Shera le tiembla la voz y sus ojos castaños, en lugar de reflejar alegría, están vidriosos, a un parpadeo de que empiecen a rodarle lágrimas por las mejillas—. Por fin ha llenado sus pequeños pulmones.*

*Shera se acerca poco a poco hasta situarse entre nosotros y extiende con cuidado a la pequeña, que se retuerce, hacia pah.*

*Pah apenas se mueve, aunque levanta las manos y coge a la bebé, bajando la mirada hacia ella.*

*«Mi hermana».*

*Ella sigue armando escándalo, y ese sonido agudo me sacude por dentro, mientras otra doncella sale corriendo de la habitación*

*con una cesta llena de sábanas ensangrentadas y se aleja por el corredor.*

*Shera entra a toda prisa por las puertas y veo los pies de mah.*

*Más sábanas ensangrentadas.*

*Doncellas rondándola con la cabeza gacha.*

*No sé por qué tengo la impresión de que el mundo está conteniendo la respiración. Por qué yo también lo estoy haciendo.*

*Pah sigue mirando con frialdad a mi hermana, que no para de retorcerse y gritar, con las pupilas dilatadas.*

*De nuevo, tengo un mal presentimiento.*

*Dejo mi instrumento contra la pared y me incorporo, pues algo en mi interior me dice que me mueva hacia delante, y eso hago hasta que estoy justo ante él, cara a cara, como si alguien me hubiese empujado por la espalda, instándome a seguir adelante.*

*—Quítala de mi vista —murmura con un tono tan cortante que me sorprende que las palabras no dejen una herida muy real y profunda.*

*Me pone a la bebé contra el pecho.*

*Alzo las manos para sostenerla. No es que sepa muy bien cómo coger a un bebé, pero lo intento, torpemente, hasta que está a resguardo contra mí.*

*Pah se marcha sin mirar atrás y, aunque hace tiempo que pronunció esas palabras, siguen resonando en mi mente como si aún estuviera delante de mí.*

*Repitiéndolas una y otra vez.*

*«Quítala de mi vista».*

*Espero a que pah doble la esquina para dirigirme a las puertas. Los guardias no me abren de inmediato, sino que cruzan la mirada.*

*—Necesita a su mah —digo con voz ronca, y la pequeña vuelve a armar escándalo, lanzando un grito estridente y tembloroso que pone a prueba la poca paciencia que me queda, porque ella no es la única que la necesita.*

*Yo también.*

*—¡¡Ahora!!*

*La palabra me sale con tal fuerza que el suelo se sacude.*

*Ambos guardias se golpean el pecho, torpemente, para abrir las*

*puertas.*

*Todas las caras demacradas de la sala se vuelven hacia nosotros, la mayoría de la gente aún más cubierta de sangre que pah. A pesar de los llantos llenos de salud de mi hermana, nadie sonríe y se respira un ambiente tenso. Me siento como si estuviera en un agujero parecido a aquellos en los que pah me metía de pequeño, esperando a que las paredes se derrumbaran.*

*Alzo la barbilla, una petición silenciosa para que una de las doncellas más jóvenes se aparte.*

*Tras dirigir una breve mirada a su superiora, esta obedece, dejando al descubierto a mah en la gran cama circular, con la cabeza hacia las ventanas y sus rizos castaños rojizos esparcidos sobre la almohada.*

*Me sonrojo al ver su camisón ensangrentado pegado a la parte inferior de su cuerpo. Ni por asomo alcanza a cubrirla.*

*A pesar de ello, me acerco.*

*Las parteras agachan la cabeza y se apartan para dejarme pasar junto a la cama, pero me quedo paralizado al ver los ojos de mah, muy abiertos e inyectados en sangre. Sin expresión.*

*Vacíos.*

*Miro a mi alrededor, esperando que alguien me dé una explicación, que me diga que hay una razón para que ella esté así. ¿Los calmantes? ¿El agotamiento?*

*«Algo».*

*Mi hermana sigue berreando mientras yo observo a mah fijamente, esperando que parpadee, que mueva sus hermosos ojos verdes y me mire, me regale una de sus radiantes sonrisas y, luego, abra los brazos para recibir a su hija.*

*Pero no lo hace. Tampoco su pecho sube y baja.*

*«Ni dice adiós».*

*Bajo la vista a mi hermana, que tiene el rostro contraído, y me doy cuenta de que yo soy el afortunado, pues conozco la ternura con que mah expresa su amor, su aroma a nanabaya, la dulzura de su voz. Pero ella no… y…*

*«Nunca lo hará».*

*Se me escapa un lamento por mis labios temblorosos mientras*

*uso la yema del pulgar para suavizar las tristes arrugas que tiene mi hermana entre las cejas, reprimiendo el dolor que me atenaza la garganta.*

*Noto escozor en los ojos.*

*Hago un esfuerzo por sonreír y me agacho sobre la cama junto a mi bella mah, tan cerca que siento cómo se le va yendo el calor.*

*—Tu hija —susurro dejándola sobre su pecho. Con delicadeza, le muevo los brazos a mah para que rodeen a mi hermana y hago que la acune con ayuda de mis manos.*

*La pequeña deja de gritar a la vez que yo empiezo a hacerlo por dentro.*

*—Es muy guapa —digo con la voz entrecortada, dándole un beso a mah entre las cejas mientras el desgarrador dolor que siento en mi corazón amenaza con extenderse y deformar mis facciones.*

*Con hacer que me derrumbe.*

*Recobro la compostura y me aparto.*

*—Se parece mucho a ti. —Le dedico a mah una sonrisa que ojalá pudiera ver—. Pero su voz es un poco aguda; quizá mejore.*

*Imagino que ella me devuelve la sonrisa y me dice que deseaba tener una hija, pero que nunca pensó que se le concedería una para poder ponerle el nombre de su difunta mah.*

*«Veya».*

*Imagino que su sonrisa se desvanece mientras me mira con los ojos muy abiertos y me pide muy seria que quiera a esta niña con todo mi corazón.*

*—Siempre —susurro, y luego le cojo la mano a mah y se la acerco a la mejilla de Veya, ofreciéndole su calor, sabiendo que esta será la primera y única vez que lo sienta.*

Con un gruñido, aparto a Borg de un manotazo.

—Ya basta.

—¿Por qué siempre me interrumpís ahí? —suspira y se aparta a regañadientes, como un niño malcriado—. Me lo estaba pasando taaaan bien.

—Habla por ti —mascullo mientras me agacho para coger la botella, que debo de haber tirado mientras Borg se daba un festín

conmigo, y apuro lo que queda.

—Esa no es forma de hablarle a un *amigo* —dice arrastrando las palabras mientras da vueltas con júbilo formando un remolino de niebla—. Aunque no debería sorprenderme, dadas vuestras pocas ganas de embellecer mi frasco. Quizá entendamos la palabra de forma diferente.

—Respuestas. Ya.

—Tampoco tenéis paciencia —dice con tono monocorde, como el lento goteo de un grifo roto.

Gruño.

Él chasquea la lengua, da otro giro y dice:

—Hay un nido en Bhoggith con un huevo estéril al cuidado de una taciturna fundefauces rosa que ha perdido a su pareja. El macho naranja decidió descansar en el cielo justo sobre ella.

—He oído hablar de ello. Su nido está cerca del centro, ¿verdad?

—Correcto. *También* está posada en uno de vuestros queridos fragmentos lunares.

«Joder».

—¿Y Elluin? —lo interrumpo cuando se dispone a regresar a su frasco.

—Se fue por voluntad propia. —Las palabras me desgarran—. En silencio, pero por voluntad propia. Sin cadenas ni restricciones.

Luego se va, dejándome solo con un silencio voraz y el eco de sus dolorosas palabras.

Lanzo la botella vacía al otro lado del banco y me presiono los ojos con las palmas de las manos hasta que siento que me van a estallar, con todos los músculos de mi cuerpo tensos, a punto de reventar. Y mi corazón…

«Es el que peor está».

Intento frenar mi pulso, calmar la agitada corriente de mis venas. El sonido lejano de los gemidos de Siharna lo vuelve imposible, al igual que la noticia de que Elluin se fue por voluntad propia.

Sin coacción, sin ataduras. No obstante, Raeve afirma que todavía me amaba.

Tal vez esté arañando el pasado como un dragón intentando

afilar sus garras en una roca demasiado blanda, pero la respuesta de Borg no me tranquiliza en absoluto. De hecho, logra justo lo contrario.

—¿Kaan?

Me da un vuelco el corazón al oír la voz de Raeve.

Al verla al pie de la escalera, se me corta la respiración.

Una de mis túnicas negras le queda grande, el bajo le llega por la mitad de los muslos, y lleva la melena suelta, cayendo a su alrededor en ondas alborotadas. Observo su rostro: cejas fruncidas, preocupación reflejada en sus claros ojos, tanto que alumbran en la penumbra.

Viva.

*Maravillosamente viva.*

—¿No puedes dormir?

Tras unos segundos, niega con la cabeza y levanta la vista hacia la ventana que tengo a la espalda justo cuando llega otro grito. Se agarra con más fuerza al pasamanos, lo que me hace preguntarme si esto también le está afectando a ella, si le está trayendo recuerdos.

Suelta aire, como si dudara, y dice:

—¿Estás bien?

«No».

—Yo tampoco puedo dormir. —Alargo la mano para tapar el frasco de Borg y me lo guardo en el bolsillo—. Mah murió al dar a luz a Veya —aclaro, aunque más palabras me queman por salir.

«… Y tú moriste al dar a luz a Kyzari».

Suaviza la mirada mientras observa por la ventana y, luego, dirige la vista a mí.

—Lo siento mucho, Kaan.

Hay una suavidad en su tono que nunca antes había oído, casi ternura.

«Tan encantadora que duele».

—¿Quieres compañía?

La pregunta es como una patada en el pecho tan bienvenida que alivia parte de mi tensión. Es como si en lo más profundo creyera que todo va a ir bien ahora que ella está aquí, conmigo.

—Sí, Rayo de Luna. —Me aclaro la garganta—. Me gustaría mucho.



# CAPÍTULO 43

## Raeve

Cojo un mollie del cuenco y lo pongo sobre una tabla para cortarlo por la mitad con un cuchillo.

El dulce jugo impregna el aire mientras el silencio se hace patente. Un silencio expectante, como las respiraciones profundas entre un grito y otro de Siharna. Un silencio que me inquieta; desvío la mirada con demasiada frecuencia de Kaan, que está sentado, en dirección a la ventana, al otro lado del patio, hacia esa silueta que se mueve detrás de la cortina.

Me aclaro la garganta y sigo cortando la fruta en trozos más pequeños.

—¿A Rygun no le gusta la fauna local? —pregunto intentando llenar el vacío.

Kaan frunce el ceño, con los ojos ensombrecidos por unas ojeras que antes no tenía, quizá un tributo a su insomnio.

—No es nada exigente. ¿Por qué lo dices?

—Me fijé en que voló hacia el norte durante un tiempo mientras Líri y yo explorábamos el pueblo. Supuse que había ido a cazar, y eso me pareció extraño, ya que las montañas son muy prósperas.

—No vas a verlo cazando en estas montañas con las Nieblas tan

al norte —dice Kaan remangándose la holgada túnica marrón que lleva—. Cuando ha ido antes a por mí apenas ha tolerado pasar por entre las cumbres.

Aprieto los labios.

Sigo cortando la fruta y echo los trozos en un cuenco pequeño, enfundo mi daga y rodeo el banco para sentarme junto a Kaan.

Le paso el cuenco, doblo las piernas debajo de mí y apoyo el hombro en la tapicería.

—¿Ha pasado algo?

Se le tensa la mandíbula al coger un trozo de fruta del cuenco.

—Hace mucho tiempo, sí. —El silencio se apodera de nosotros mientras él pela la rugosa piel morada, dejando al descubierto la crujiente pulpa dorada—. Estaba cazando mi primera piel de gruuc para poder reclamar mi ruháth con el clan Johkull.

—¿Ruháth?

—El derecho a empezar a construir una tienda dentro del recinto del clan —explica—. Hasta que un joven guerrero no reclama su ruháth, debe pasar las duermevelas al raso.

—Ah.

—En aquella época, Rygun pasaba la mayor parte de sus daes cazando cerca de la frontera. Su mah murió en las llanuras durante una gran batalla y no consiguió llegar al cielo. Estaba profundamente afligido y prefería no irse lejos.

Le cuesta pronunciar esas palabras, como si nunca lo hubiese hecho. Quizá sea la primera vez que cuenta esto.

—La niebla se había dirigido hacia el norte, algo extraño. Rygun quedó atrapado en ella mientras cazaba un fáunido y perdió el rumbo, y acabó en unas arenas movedizas. —Kaan deja el trozo de fruta en el cuenco y comienza a pelar otro—. Al oír sus gritos de pánico, fui a investigar y me lo encontré casi completamente sumergido, a punto de ahogarse en la arena.

Siento un escalofrío por todo el cuerpo al comprender adónde va a parar esto, lo que está a punto de contarme.

La historia de su vínculo, algo que la mayoría de los feéricos se guardan para ellos.

*Sagrado.*

No ignoro el hecho de que esto supone un gran honor. Es como poner tu corazón en manos de otra persona confiando en que cuidará de él.

Al ser consciente de ello, me llevo la mano a la nuca y cojo un mechón de pelo.

—Llamé a Bulder para que lo sacara, pero debía de llevar un buen rato sufriendo y, una vez libre, no tenía fuerzas ni para levantar la cabeza, y mucho menos… —Se le quiebra la voz mientras me observa soltarme la cinta de cuero que llevo en la muñeca y enrollarla en el mechón, cerca de la raíz—. Y mucho menos para volar —continúa, dejando otro trozo de fruta pelada en el cuenco. Sigue con el tercero mientras yo le hago un nudo a la cinta—. Por desgracia, no fui el único que había oído sus gritos.

—¿Acudió más gente?

—Mucha.

Esperando en silencio a que continúe, divido mi mechón en tres partes y empiezo a entrelazarlas para formar mi uhloo, bien apretado.

Todo ello mientras Kaan observa con avidez cada movimiento de mis manos y el aire entre nosotros se va cargando de algo cálido y esperanzador que hace que parezca que no existe nada aparte de este hogar.

Este banco.

«Nosotros».

Cuando vuelve a hablar, su tono es grave.

—Durante dos daes, la zona se llenó de guerreros de diferentes clanes con armas, puños y cánticos, creyendo que no había esperanzas para Rygun. Me enfrenté a ellos.

Sintiendo cómo toda la sangre abandona mi rostro, me las apaño para mantener las manos ocupadas, pasando los mechones por encima y por debajo, por encima y por debajo.

—¿Querían su cadáver?

—Así es. —Se aclara la garganta y deja el cuenco en el asiento junto a él, al parecer olvidando su apetito—. Eso habría proporcionado sustento a cualquiera de los clanes más grandes de las llanuras durante muchas fases. No se habría desperdiciado una

sola escama.

Me viene a la cabeza el clan Johkull, el cadáver hueco de siegasable en el que viven, valiéndose de cada parte de su cuerpo para ayudar al funcionamiento del clan. Imagino a esa bestia como Rygun, muerto en el suelo para que el mundo lo devore —hurgando en él—, y me siento inquieta hasta la médula.

Nerviosa por las ganas de *luchar*.

—Para el segundo dae —continúa Kaan mientras yo entrelazo el pelo que queda bajo su ardiente mirada—, había soltado tantas palabras que ya no quedaba nada del tartamudeo que padecía de joven, pero estaba tan destrozado que apenas me mantenía en pie. —Aprieta los puños y los apoya en los muslos—. Dos clanes vecinos formaron una alianza y reunieron un pequeño ejército que habría sido mi fin de no ser porque Rygun reunió la fuerza necesaria para aniquilarlos con su llama. Los cuerpos aún ardían cuando me miró, arrodillado en el suelo, y lo supe: o me subía a su lomo, o se acurrucaría para morir a mi lado.

Me quedo quieta, dejando que sus palabras se me claven en la piel como flechas lentas.

Tragándome el nudo que tengo en la garganta, cojo el puño de Kaan y le aflojo los dedos, instándolo a que sujete el extremo de la trenza mientras yo intento soltarle el pelo, buscando a tientas el nudo de la cinta de cuero que se lo sujeta.

Él inclina la cabeza para facilitarme la tarea. Es algo que me resulta… íntimo. Como un dragón más grande y feroz confiando en otro para que lo ayude a quitarse las escamas que se le caen, dejando al descubierto sus partes vulnerables.

Consigo soltar sus rebeldes rizos, impregnados de su ardiente aroma, y con la cinta que los mantenía sujetos ato mi trenza, fuerte y segura. Sin pausa, cojo una daga, inclino la hoja hacia mi cuero cabelludo y corto la trenza. Me tomo un momento para examinar mi trabajo.

Asegurándome de no haberla cagado.

—Juntos, tomamos la decisión de vivir —dice Kaan con voz ronca, quedándose petrificado mientras le paso los dedos por el pelo, cerca del cuero cabelludo.

Le cojo un buen mechón, uno mi uhloo a él y utilizo los extremos de la cinta para fijarlo en su sitio. Una vez asegurado, se lo echo hacia delante para que le caiga sobre el hombro, largo, fuerte y ostentoso.

Aunque no es perfecto, está tan prieto que casi queda tieso. Algo que no parece molestarle, ya que toma el uhloo entre sus manos y lo mira con tal reverencia que me duele el pecho al verlo.

—Al regresar a mi clan, se añadieron muchos puntos a mi réidi, un recuerdo de las vidas que quité. Llevo sus almas como manchas; buenos guerreros que solo luchaban para mantener a sus seres queridos. Aunque volvería a hacerlo, la sangre que derramé en ese campo de batalla no tuvo nada de honorable.

—Te equivocas.

Me mira arrugando el entrecejo.

—Luchar por quien no puede luchar por sí mismo sin esperar obtener nada a cambio… —Le acaricio la mejilla con el dorso de la mano—. Lograste más honor del que perdiste, Kaan. Tras nadie más estaría dispuesta a lanzarme a la batalla. *Nadie*.

Él respira hondo y abre la boca…

Siharna suelta un alarido que me atraviesa y me oprime por dentro, una sensación que va y viene desde que regresamos al pueblo y recogimos a Korie.

Desde que le mentí a Kaan diciéndole que estaba cansada cuando en realidad me estaba desmoronando por esos agonizantes chillidos.

Pensé que necesitaba estar sola, pero ahora que me encuentro aquí acurrucada junto a él —con su imponente presencia haciendo que estas oleadas de inquietud sean un poco más fáciles de sobrellevar—, creo que esto es lo que *ambos* necesitábamos.

Tenernos el uno al otro.

—Olvídalo —digo tomando una gran bocanada de aire que alivia un poco el malestar—. Siharna podría acabar conmigo.

«Con solo chasquear los dedos».

Kaan sonríe, aunque la sonrisa se desvanece cuando me pasa un mechón de pelo suelto detrás de la oreja donde tengo la muesca.

—Un dae, esa batalla podría llegar para nosotros, Rayo de Luna.

—Otro dae más, otro baño de sangre. —Me inclino sobre él, cojo un trozo de fruta del cuenco y le doy un mordisco, disfrutando de lo crujiente que está—. Dilo y me pongo la armadura. Bien saben los Creadores que el mundo sería un lugar mejor sin tus hermanos gobernando dos tercios del planeta —murmuro, sintiendo un hormigueo en las yemas de los dedos por las ganas que tengo de arrancarme las cutículas.

—En eso estamos de acuerdo.

Siento los ojos de Kaan clavados en mí mientras me meto el resto de la fruta en la boca y mastico mirando fijamente a la pared.

Por mucho que me apasione imaginarme arrancándole los ojos a Cadok de las órbitas y reventándolos de un puñetazo, todo parece tan incierto que es casi imposible ver más allá de tres pasos. ¿Y si no queda nada que salvar después de las caídas, y mucho menos que liberar?

Basta para revolverme el estómago.

—Ya que hablamos de armaduras…, bueno, tengo algo para ti.

Arqueo una ceja mientras Kaan coge un gran fardo de una mesa, se vuelve a sentar y me lo da. Toco el lazo de sarga y vacilo antes de deshacer el nudo, pero al hacerlo descubro un montón de prendas blancas dobladas.

—Ropa de montar, botas y una capa nueva —murmura, y yo levanto la chaqueta ajustada, toda una obra de arte, con elegantes costuras y líneas suaves que parecen diseñadas para realzar mi figura: la prenda más espectacular que he visto en mi vida—. Tiene runas para protegerte de la congelación de la piel de Liri.

«Qué detalle. Por suerte, eso no ha supuesto un problema hasta ahora».

Se inclina hacia delante, desata la costura central y la abre para mostrarme el forro, grabado con tantas runas brillantes que es difícil contarlas.

—Los pantalones tienen refuerzo entre los muslos y cada prenda tiene bolsillos ocultos para tus dagas —continúa manipulando la chaqueta para mostrar algunas de las aberturas—. La he forrado con algunas de las pequeñas escamas de las garras de Rygun que llevo guardando desde mucho antes de que nos conociéramos,

recubiertas con una capa de óxido de perla para tener más protección. Nada puede atravesarlas, así que tu pecho, espalda y hombros estarán a salvo.

Alzo la vista y escudriño sus facciones mientras él sigue hablando de esto y de aquello, mostrando diferentes aspectos del diseño, más animado de lo que nunca lo he visto.

Parece más joven, más vulnerable.

Por alguna razón, eso me hace sentir una punzada de dolor en el pecho.

—En cuanto estés vestida —dice mostrando las impenetrables botas de piel de ellok—, te integrarás con Líri y estarás equipada para montar a pelo cómodamente.

—Te gusta hacer regalos.

Levanta la vista, pareciendo dudar, y luego asiente, solo una vez.

—Espero que todo te quede bien y te guste el estilo. Si no es así, el sastre puede arreglarlo.

Lo interrumpo con un beso. Al principio, tiene los labios firmes e impávidos, como si lo hubiera pillado desprevenido, pero se entrega al momento, gimiendo en mi boca.

Me coge la cara con sus cálidas manos…

La puerta principal se abre de par en par, dejando entrar una ráfaga de nieve y viento junto con el doloroso eco de otro grito de agonía.

—¡Espero que estéis presentables! —grita Pyrok mientras sacude la nieve de sus botas, apagando todo el calor que me corre por las venas.

—Raeve va armada —gruñe Kaan sin soltar mi rostro, rozándome la mandíbula con los labios en una lenta provocación.

La respuesta de Pyrok es rápida.

—Me preocuparía más si no lo estuviera.

—Es lo único que lleva.

Me aparto, articulando la palabra *mentiroso*.

—Parece el escenario perfecto para que uno de vosotros acabe con mi sufrimiento.

Kaan suelta un profundo rugido que me recuerda al ruido que hace Líri cuando se dispone a devorar un trozo de carne.

Se echa hacia atrás y se pasa ambas manos por el pelo mientras yo lucho contra el impulso de montarme sobre él a pesar de la inesperada compañía. Tiene sus ojos aún fijos en mis labios cuando aparece Pyrok ante nosotros.

Este cierra la puerta de una patada y entra cargado con una cesta llena de botellas y una caja abollada. Una bandada de alondras de papel se estrella contra sus hombros, espalda y cabeza, aleteando vigorosamente.

—¿Son amigas tuyas? —Arqueo una ceja.

Él gruñe, sin mirarme siquiera.

Tiene el cabello revuelto y lleva una túnica demasiado grande que le cuelga de sus anchos hombros como si fuese una sábana, abotonada en los ojales equivocados. Ni siquiera se la ha metido por dentro de sus ajustados pantalones de cuero marrón. No es que resulte sorprendente, a no ser por…

—Nunca te había visto tan pálido. ¿Comes algo entre trago y trago?

—¿Sabes qué? La verdad es que me gusta la comida de tan al sur. —Deja la caja y la cesta sobre la mesa delante del banco y empieza a coger las alondras por sus retorcidas alas, lanzándose hacia una urna floral como si cumpliese una misión encomendada por los mismísimos Creadores.

Levanta la tapa y las va metiendo por el hueco una por una.

—Estoy pálido porque llevo oyendo los gritos de Siharna a través de la pared desde hace vete tú a saber cuánto tiempo, joder.

Las alondras no paran de escaparse, pero él sigue empujándolas al interior, tratando de deshacerse de la escandalosa bandada, y por fin vuelve a colocar la tapa en su sitio.

Suelta un suspiro de fastidio y vuelve junto a la mesa, se arrodilla y empieza a sacar de la cesta las botellas junto con tres tazas bastante presuntuosas.

—Resulta inquietante oír a alguien a quien temes derrumbarse de esa manera, así que me gustaría borrarlo de mi mente.

Cuento las botellas, segura de que hay suficientes para que borre todo lo que tiene en su mente.

—Veo que la gestión de mi correo ha ido bien estos dos últimos

daes. —Kaan arquea una ceja.

—Lo dejo. —Pyrok abre los cierres de la caja de madera—. He decidido que responder a tu correo no es mi propósito vital.

—¿Y cuál es? —pregunta Kaan con auténtica curiosidad.

—¿Quién coño lo sabe? —Pyrok levanta la tapa, saca un tablero de escripe y lo lanza contra la mesa—. Probablemente, honrarte con mi presencia.

Kaan le lanza una mirada árida a la que ya me he acostumbrado. Es agradable que no vaya dirigida a mí por una vez.

—Veo que has venido preparado para que te despojen de todas tus pertenencias. —Señalo el tablero con la barbilla—. Y de tu orgullo.

—Ya hace mucho tiempo que no me queda orgullo —murmura destapando un frasco negro del que saca los dados—. Ese aburrido de Roan está demasiado ocupado con el libro como para jugar conmigo, así que os toca a vosotros dos. —Descorcha una botella y vierte su contenido, sospechosamente turbio, en una taza hasta que rebosa—. Espero que no tuvierais pensado dormir, o salir de matanza…

Pongo una mueca.

—Me siento aludida.

—… o echar un polvo. Os quedan daes para eso antes de que el cielo nos aplaste a todos.

«Por todos los Creadores… Alguien no se está tomando a bien el inminente apocalipsis. Quizá lo de borrarle la mente sea la decisión correcta».

Otro grito desgarrador atraviesa el patio.

—Somos tuyos —digo en el mismo instante en que Kaan coge las vitelas.

Corta el mazo y me da la mitad mientras yo me siento más alejada en el banco y barajo. Juntos, preparamos el tablero mientras Pyrok llena las otras tazas, se bebe la suya y vuelve a llenarla.

—¿Cómo jugamos? —pregunta examinando su abanico de vitelas.

Contemplando la fantástica mano que me ha tocado —«sinceramente, ya podéis dar el juego por terminado»—, suavizo

el gesto y propongo:

—¿Favores?

—No —responden ambos al unísono.

—Muy rápidos habéis sido. ¿Por qué no?

Kaan arquea una ceja.

—Porque todavía estoy herido, Rayo de Luna.

«Razonable».

—¿Cuál es tu excusa? —digo volviéndome hacia Pyrok.

—Llevo una mala racha. —Mira su mano extendida mientras organiza sus vitelas, sin revelar nada con su mirada—. Ya estoy en deuda con Veya. Ni de coña voy a estarlo también contigo.

«También es razonable».

—Los dos y los cuatro beben —continúa lanzando sus vitelas contra la mesa y, luego, extendiéndolas en abanico en el otro sentido—. Quien pierda primero tiene que beberse la taza de un trago.

Frunzo el ceño al ver mi taza rebosante y la deslizo hacia él, segura de que no quiero arriesgarme a probar esa mierda otra vez, por muy buena que sea mi mano.

—Estamos de niñeros; alguien tiene que mantenerse sobrio. Me ofrezco voluntaria encantada.

—Korie está cubierta. —Pyrok señala con la barbilla a Kaan—. Tendría que beberse un río de hidromiel para emborracharse.

—¿En serio? —Miro a Kaan—. ¿Has desarrollado tolerancia?

—Dragón sobreprotector —murmura lanzándome una mirada, y sigue organizando su mano—. Asimila enseguida mis dolencias. Tendría que emborrachar a Rygun para conseguir algo más que un colocón.

Eso es… interesante.

«Y nada oportuno para mi paladar».

—Echo de menos los daes antes de que se nos volviera todo un Daga-Mórrk —dice Pyrok mordiéndose el pendiente del labio—. Vimos cosas muy chungas.

—En resumen —interrumpe Kaan, como si estuviera ansioso por cambiar de tema—. Que lo de Korie está controlado.

Frunzo el ceño mientras Pyrok vuelve a dejar la taza llena en mi

poco agradecida atmósfera.

—Bueno, bien por ella.

Se oye un gemido gutural resonando por el patio, nítido y claro, como si Siharna estuviera justo a nuestro lado, como si Clode la hubiera puesto directamente sobre la mesa para que no pudiésemos disfrutar.

«Por todos los Creadores, la cosa va a peor…».

Pyrok se pone en pie de un salto y corre hacia la pared del fondo.

—El primero en llegar a tres será coronado con… —descuelga una corona blanca de un gancho y la agita, haciendo brillar los capullos rojos como gemas toscamente talladas— *esto*.

Kaan levanta ambas cejas.

—¿La reliquia familiar única que se ha transmitido de generación en generación durante tanto tiempo que no sabemos de dónde viene ni qué es?

Pyrok frunce el ceño al mirar el objeto y se encoge de hombros mientras se lo coloca en la cabeza.

—Si fuese tan importante, no estaría en un gancho en la pared acumulando polvo.

Está arrodillándose junto a la mesa cuando la puerta se abre de golpe, exponiéndonos a otra ráfaga de viento y nieve.

Vemos a Roan entrar con una pluma naranja entre los dientes, sus gafas rotas sobre la punta de la nariz y la mirada clavada en el *Libro de Voyd*, que lleva abierto sobre su mano enguantada. Cierra la puerta de un empujón, se quita sin mirar las botas, que ya llevaba desatadas, con la punta del otro pie y se dirige como un espectro hacia la encimera de la cocina, arrastrando por el suelo el sucio bajo de su túnica blanca, que le viene grande.

Acerca un taburete y se sienta con el libro abierto sobre la mesa, saca un cuaderno del bolsillo y anota algo en él. Luego, continúa estudiando la página.

Ni un hola.

Ni un saludo con la mano.

Ni un pestañeo a modo de reconocimiento.

«Vale».

Los demás volvemos a centrarnos en el juego.

—¿Conocéis todos las reglas? —pregunta Pyrok justo antes de que otro grito inunde la habitación, convirtiéndose en un gemido que me eriza la piel de los brazos—. Doses, cuatros y seises —añade, a lo que Kaan y yo respondemos con la misma maldita palabra.

—Reparte.



# CAPÍTULO 44

## Veya

Los depredadores aúllan y se carcajean en la lejana oscuridad, y sus voces reverberan a través de las llanuras nevadas y las relucientes capas de hielo. Solo las extrañas rocas afiladas que sobresalen del suelo me dan sensación de vastedad, de que he recorrido una larga distancia.

De que aún me queda un buen trecho.

Siento un escalofrío por el cuerpo.

Aquí fuera, el mundo es más grande, más cruel. Un paso en falso me sepultará entre este páramo yermo y el oscuro cielo cubierto de lunas. No es que no me lo merezca, pero me queda una cosa por hacer.

No obstante, *primero*…

Me llevo el vial de Kaan hasta el hombro, desnudo y palpitante, y me sirvo de la luz para examinar la horrenda cicatriz de piel rosada que cauterícé hace cuatro daes, esforzándome por mantener la mano firme. No me ayuda la fiebre que me hace hervir la sangre, ni tampoco la expectación de lo que estoy a punto de hacer.

—Que…, que le den —murmuro, decidiendo que es mejor cortar primero y pensar después. De todos modos, voy a tener que hurgar

hasta encontrar lo que queda dentro de mí. Me va a doler igual, no importa dónde clave el cuchillo.

Me estoy cambiando de mano el vial cuando me interrumpe otro aullido.

Recorro con la mirada los alrededores: las piedras negras esparcidas que sobresalen como dientes flojos, la ola blanca que se alza sobre las llanuras como una amenaza constante.

Las *Miel et Muíem* me tapan el brillante horizonte, cerrándome el paso hacia La Bruma. Aunque tampoco es que creyera que podría llegar allí una vez que Bharon se elevó al cielo. Nadie sobrevive a las llanuras de Ergor sin montura, provisiones, refugio. Moriré de hambre antes de estar lo bastante cerca de la frontera como para abrir mi vínculo con Zekhi y llamarlo sin poner en riesgo su vida. Pero esas Nieblas…

Tal vez sean la respuesta a todo.

Si las atravesara, probablemente me chuparían el alma hasta matarme. No es mi forma predilecta de morir. De todos modos, si pudiera acercarme lo suficiente como para captar la atención de uno de los espectros de la zona, tal vez este estuviera dispuesto a pasarle un mensaje a Borg, listo para cuando Kaan decidiera destapar su frasco.

Un plan estupendo. Por desgracia, el fuerte viento que azota la roca tras la que me refugio mantiene las Nieblas perpetuamente fuera de mi alcance.

Eso y que tengo casi la certeza de que me estoy muriendo.

Apretando los dientes, muevo el hombro, sirviéndome del agonizante dolor para determinar la ubicación exacta de lo que sea que dejé allí antes de cauterizar la herida. Si consigo sacarlo, tal vez me baje la fiebre y sobreviva el tiempo suficiente como para llegar a las Nieblas.

*Redimirme.*

Me tiembla la mano derecha mientras sujeto mi daga calentada al fuego, pues todavía me duele de cuando me la desgarré, por lo que no me quedan fuerzas para agarrar el arma como es debido. Una cosa es cortarse a una misma y otra es hacerlo con una mano floja, pero no me queda otra opción.

Pongo la punta sobre la parte de carne que está fruncida, aprieto los dientes y ejerzo presión sobre la hoja. Contengo la respiración mientras el afilado metal me atraviesa la piel y el músculo, ya destrozado. Es como pinchar un trozo de carne cocida para ver si el jugo sigue siendo rosa.

No es mi caso. Dadas las violentas palpitaciones que siento en la zona, no me sorprende ver que sale pus amarillo por la hoja plateada, que me gotea por el pecho seguido de un chorro de sangre.

Pese a mis ganas de gritar, contengo la respiración, pues no quiero ser una presa asequible para cualquier criatura que aceche cerca.

No quiero ponérselo tan fácil.

Me tiembla tanto la mano que está a punto de caérseme el vial y se me empieza a nublar la vista, pero no dejo de ejercer presión hasta que la hoja casi me atraviesa.

Sacarla resulta más difícil, como deslizarse sobre arena gruesa. Es tan doloroso que tengo que echar la cabeza hacia atrás, pegándola contra la piedra, mientras jadeo y mi garganta amenaza con ceder.

La hoja sale entera.

Comienzo a temblar con tanta violencia que me desplomo de lado y la daga se me resbala de la mano a causa de la sangre. No me tomo ni un momento para respirar, pensar o sentir una mierda, sino que me quito el guante de la mano derecha con los dientes y meto dos dedos en mi carne.

El tiempo se desdibuja cuando cierro los ojos y comienzo a hurgar, ignorando el dolor lo mejor que puedo. Mi cabeza se vuelve más ligera.

Más fría.

Incluso los aullidos se acallan, como si se alejaran.

O tal vez sea una ilusión.

Rozo algo afilado con el dedo, llenándome de esperanza.

Acerco el otro dedo, engancho el objeto y tiro. Se desprende soltando un chirrido, dejando al descubierto una astilla de piedra negra.

Me invade una sensación de calma al instante mientras respiro aliviada.

La sensación es efímera, pues, cuando aparto la vista de la astilla, de repente veo las Nieblas mucho más lejos. Parece que Clode acabe de soltar el soplido más poderoso de su existencia y las haya desplazado hasta hacerlas prácticamente desaparecer.

Haría falta un milagro para que llegara hasta allí antes de morirme de hambre o de que me dé caza algún depredador. Tal es la certeza que la siento como una bota aplastándome contra la nieve, lo que me lleva a soltar un patético gemido que me hace querer abofetearme.

Se me nubla la vista y me golpeo la cabeza contra la piedra. El calor que se escapa de mi hombro es un tranquilo consuelo en este vasto terreno helado en blanco y negro, como un abrazo mientras la muerte te coge silenciosamente de la mano y te da un suave tirón…

«Todavía no, Veya».

«Todavía
no,
joder».

Gruño, enderezándome de golpe.

Otro aullido corta la llanura, al que responde el de una bestia que parece proceder de otra dirección.

«Quizá me estén rodeando».

«Estupendo».

No tengo ninguna duda de que, si mirara alrededor, vería la criatura que me está acechando, probablemente agazapada cerca de la nieve, aproximándose con cada lento latido de mi corazón. Pero no pueden atraparme hasta que haya arreglado ciertas cosas.

Me acerco el vial a la herida hasta que la llama toca la carne.

La derrite.

Me aguanto un grito, convulsionando por el abrasador dolor.

Una vez que estoy segura de que la herida está cauterizada, bajo la mano. Respiro con dificultad, asfixiada por el intenso olor a carne quemada.

Me guardo el preciado vial en el bolsillo y busco a tientas mi daga. Cojo la empuñadura, apoyo la cabeza contra la piedra y

espero, decidida a matar a quien intente comerme. Incluso aunque solo aguante para ver cómo vuelven a alzarse las cintas aurorales, es ganar tiempo para que el viento cambie de dirección.

Para que las Nieblas se acerquen.

Para que pueda enviarle un mensaje a Kaan antes de morir. Quién sabe los problemas que surgirán una vez que mi alma abandone este cuerpo, lo difícil que será transmitir noticias.

«Decirle a mi hermano que tiene una hija».

No puedo devolver las preciosas vidas que he arrebatado, ni enmendar el haber condenado a un reino, pero sí esto.

«Puedo arreglar esto».

Otro aullido lejano me recorre la piel.

Giro la cabeza hacia la derecha y echo un vistazo en rededor. Me quedo quieta al advertir una cavidad oscura en una grieta dentada en la falda de la montaña. Probablemente sea una de las numerosas entradas al antiguo laberinto subterráneo, construido antes de que la gente aprendiera a esculpir ciudades en la superficie, donde el aire es más limpio y es más fácil tener acceso a nuestros dragones vinculados.

Un rayo de esperanza me deja sin respiración.

Si consigo llegar a ese túnel, estaré a salvo hasta que las Nieblas vuelvan a acercarse. Seré un objetivo menos visible para los depredadores que merodean por la zona.

Con unos movimientos que me hacen apretar los dientes, me echo la capa sobre el hombro ensangrentado, me pongo el guante y tiro de la capucha hasta cubrirme la cara.

Luego, me pongo de pie y echo a andar hacia la cueva. Cada uno de mis pesados pasos me provoca un dolor agudo en piernas y caderas.

Incluso yendo lo más deprisa que puedo, no es más que un trote renqueante.

El intenso viento se me cuela por la ropa, causándome dolor en todo el cuerpo y haciendo temblar mis órganos. Es como si alguien tuviera agarrada mi columna y me sacudiera desde dentro.

El mundo se tambalea debajo de mí…

Tropiezo y caigo de bruces sobre la nieve, que ya se ha vuelto

compacta. El dolor que se me extiende por el hombro me da a entender que acabo de desgarrarme la herida recién cauterizada incluso antes de que la sangre comience a calentarme el pecho. El calor sale a borbotones de mis venas, manando del agujero.

Otro aullido me pone el corazón en la garganta.

Con una oleada de fuerza sobrenatural, me levanto y continúo abriéndome paso a través de la nieve. El entorno se difumina mientras me concentro en dar pasos firmes que me acerquen al lugar seguro.

Noto un hormigueo en la nuca; tengo la sensación de que hay algo justo detrás de mí…

Me tiro a la cueva y aterrizo en ella con tanta fuerza y pesadez que se me va todo el aire de los pulmones.

Ruedo mientras mi pecho se sacude al no poder respirar. Descubro horrorizada que hay tres enormes criaturas que vienen galopando por la llanura con sus afilados dientes al descubierto, haciendo saltar la nieve a su paso.

Salvan la distancia que nos separa mientras yo las observo: son esqueléticas y tienen los ojos helados. Las bestias chocan unas con otras al intentar entrar en la cueva a toda prisa para reclamar su presa.

Cuando por fin consigo respirar, suelto el aire con una sola frase que me desgarra la garganta, como si escupiese piedras.

—*¡Gerg-agh tah vú!*

Bulder cierra la cueva con tal fuerza que me recuerda a las fauces de un dragón, dejándome envuelta en un ligero olor a polvo y hollín y una oscuridad tan espesa que es como si estuviera atrapada entre trozos de tinta seca.

Eso y un silencio que se me clava en los huesos.

Busco a tientas el vial de Kaan. Consigo levantar la tapa y liberar la llama justo cuando comienza a envolverme una oscuridad de otro tipo: el frío.

El hambre.

Esa hambre que indica que he perdido demasiada sangre.

Gimo al sentir que el vial se me escapa de las manos, cada vez más débiles, y lo oigo rodar por el suelo.

Se me va la cabeza a un lado y mantengo la mirada fija en esa parpadeante llama hasta que me desmayo.



# CAPÍTULO 45

## Raeve

La sensación de que hay una espada atravesándome la columna vertebral me hace despertar de golpe; abro los ojos de par en par y miro alrededor.

Sigo sentada y recuerdo vagamente haberme inclinado hacia un lado antes de que todo se volviera negro. Sobre la robusta mesa que tengo delante, está el tablero de escripe desordenado y hay botellas vacías por todas partes.

Dirijo la mirada hacia Pyrok, que está tirado en el suelo, donde se desplomó borracho, roncando. Luego, hacia su hermano, desmayado con la cabeza sobre la mesa junto al *Libro de Voyd*, todavía sosteniendo la pluma.

«Kaan…».

Parece no estar, ya que no veo sus botas junto a la puerta.

Sin nadie que sea testigo de mi agonía, me dejo llevar por los espasmos de mis músculos, resoplando para soportar el dolor que me atraviesa cada vértebra. Una garra que se eleva desde el pasado y hurga en los huecos como si intentara extraer mi líquido cefalorraquídeo. Tengo los músculos tan tensos que parece que vaya a romperme.

Por fin remite el dolor.

Mi cuerpo se relaja. Cierro los ojos mientras respiro con dificultad entre dientes, con el corazón latiendo tan fuerte y deprisa que suena como un tambor.

«El dichoso vínculo de sangre».

—Maldita sea —susurro. Me doy la vuelta y me seco el sudor de la frente, digiriendo este desafortunado acontecimiento como un trozo de carne podrida que se me ha quedado entre los dientes.

«Seguro que así ya no se me olvida el grillete de Sereme».

«¿Cómo se ha enterado de que sigo viva?».

Suspiro, resolviendo que no importa. Lo sabe y punto. Obviamente, está cabreada porque no me he pasado por allí para besarle los pies. He cumplido con mi parte de satisfacer su tóxica ansia de control.

Para nada echaba de menos esta mierda.

Al abrir los ojos, me ciega el resplandor que entra por las ventanas. Me masajeo las sienes para aliviar el dolor provocado por el alcohol, advirtiendo que todavía llevo la corona, vestigio de un rato despreocupado a pesar de la pesada oscuridad que nos acechaba a todos nosotros.

Dejo la corona a un lado, dejando escapar otro largo suspiro.

«Que te jodan, Sereme».

Apartando la manta que no recuerdo haberme echado encima, me incorporo, pero lo hago demasiado rápido y la cabeza empieza a darme vueltas justo cuando noto que hay una alondra golpeándome el hombro. Advierto que la urna floral está abierta y que las alondras que Pyrok había metido dentro están ahora aplastadas sobre la encimera en una pila.

Supongo que Kaan no podía dormir y decidió leer su correo. Probablemente haya salido por eso.

Tratando de ignorar el martilleo constante de mi cabeza embotada, abro los pliegues de la nueva alondra.

*Rayo de Luna:*

*Para cuando leas esto, probablemente ya me haya ido a*

*un pueblo cercano. Su refugio se ha derrumbado y necesitan ayuda para ponerlo en pie de nuevo. Preveo estar de vuelta al amanecer.*
*P. D.: He llevado a Korie a casa. Siharna ha dado a luz a un hermoso niño. Tanto la mah como el bebé están sanos y se encuentran bien.*

*Eternamente tuyo.*

La opresión que sentía en el pecho se va aliviando mientras releo la nota, centrándome en unas líneas:

*Tanto la mah como el bebé están sanos y se encuentran bien.*

Me siento tan aliviada que me escuecen los ojos, una sensación que me apresuro a eliminar con las palmas de las manos, desviando mis pensamientos hacia algo que no me afecte al corazón.

Sereme. Esa zorra.

Quizá sus directrices se perdieran en la niebla y esté enfadada. Conociéndola, me hará pedazos hasta que aparezcan o hasta que vaya a rastras a por ellas.

Literalmente, en el peor momento.

Sigo notando pinchazos en los músculos de la espalda y teniendo espasmos por la brutal intrusión, lo que me dificulta respirar.

«Si no ando para quitarme esto de encima y estiro la columna, seguirá doliéndome durante fases».

Me guardo la nota de Kaan en el bolsillo, me levanto y me pongo los pantalones y las botas que me regaló, que me quedan como un guante. Me abrocho de nuevo la vaina y me envuelvo en la capa nueva, mucho más ligera de lo que esperaba. Es como si Kaan se hubiera dado cuenta de lo mucho que me cuesta llevar materiales que abrigan demasiado.

Sonrío a pesar de estar bien jodida, me pongo la capucha y salgo al frío exterior, donde no hay ni un alma a la vista, salvo alguna que otra alondra de papel revoloteando entre la nieve, esquivando los

copos. Aparte de eso, incluso los cielos están tranquilos.

Debe de ser ya la hora de la duermevela, lo que significa que llevamos durmiendo todo el dae.

—Por todos los Creadores —murmuro atravesando a zancadas el patio. Salgo por la puerta y bajo las escaleras en dirección al río mientras estiro los brazos, la espalda y el cuello. La espesa nieve cruje bajo mis botas mientras los copos caen sobre mi capucha, componiendo una suave melodía a medida que recorro el colorido pueblo, respirando los aromas a hierbas ahumadas que salen de las chimeneas. Contemplo los edificios, algunos bañados por ocasionales rayos de sol empolvados que atraviesan diagonalmente las nubes.

Al estar tan próxima a la frontera, con el aire frío punzándome la nariz y ventanas de colores por todas partes, me siento como si estuviese en La Bruma, pero sin el agobiante dominio de Cadok. Es como un sueño radiante que parece demasiado bueno para ser verdad.

Y tal vez lo sea, tal vez esta bondad se acabe pronto. Es difícil no pensar en ello teniendo en cuenta las inminentes caídas lunares y lo ocurrido en Bothaim, el eco de mi vínculo de sangre aún crispándome los nervios.

Todo parece efímero, al igual que el bienestar de quien pensó que era prudente seguirme: su presencia acechante me pone los pelos de punta.

Me dirijo hacia la ribera del río, cruzo el puente que Kaan remodeló y me detengo entre un denso grupo de árboles bajo la imponente columna de Líri. Es el escondite perfecto si tengo que degollar a este capullo. No quiero que ningún joven inocente se asome a la ventana porque no puede dormir y me vea cortándole la yugular.

Una ráfaga de viento me trae un penetrante olor a sudor mientras observo al otro lado de las ramas caídas que parecen querer beber el agua que discurre. Mis dedos rozan la empuñadura de la daga.

«Quienquiera que sea, no está acostumbrado al clima cálido del norte».

Se mueve el aire.

Me vuelvo velozmente, le golpeo con el antebrazo la garganta al desconocido, vestido con una gran túnica negra, y apunto con mi daga a su entrepierna. Él suelta un gruñido gutural cuando lo empujo contra el tronco de un árbol.

Unos ojos verdes desconocidos me miran furtivamente en medio de la oscuridad que proyecta su capucha y, aunque tiene el cuerpo relajado —una actitud que indica que podría cortarle los testículos y ni siquiera se inmutaría—, su mandíbula tensa dice otra cosa, al igual que las palabras que acaba escupiendo.

—Cuidado, gruñona.

Aunque parece que tenga puesta una mordaza, la melosidad de su voz me pone los pelos de punta. Es como si la hubiera oído antes.

*En alguna parte.*

Frunzo el ceño y echo el peso hacia delante.

—¿Quién eres? ¿Y por qué me sigues?

Se produce un silencio inquietante y, luego, pronuncia tres palabras que alivian la tensión de todos los músculos de mi cuerpo.

—De las cenizas.

Suspiro.

—El Elding se levantará —murmuro retrocediendo para fijar la vista en el desconocido, que se está enderezando la capa. No hay duda de que ha venido a joderme pero bien los próximos daes—. ¿Cómo has dado con este lugar?

*Silencio.*

Vale.

Apoyo la cadera contra un árbol.

—Supongo que has venido a convocarme en persona de parte de Sereme.

—Es un trabajo —me corrige—. Con las Nieblas tan al norte, muchas alondras se pierden durante ciclos, y esta misión es urgente.

—Ya veo.

Se quita la capucha, dejando al descubierto una melena hasta los hombros que parece aceitada, adornada con un abalorio rojo que destaca sobre el negro.

Su pálida piel deja ver las venas de las sienes, el cuello y las

manos y su cara es tan angulosa que me viene a la cabeza la palabra *afilado*. Un rostro memorable.

Sin duda, no es nadie a quien haya visto antes, a pesar de que su voz me resulta familiar.

—¿Y cómo ha descubierto Sereme que había sobrevivido?

—La miskunn te ha visto hoy aquí, de pie donde estás.

«¿Uno?».

Seguro que no. Muy pocos saben de ella y dudo que Ruse le haya confiado a este extraño con pinta de engreído la valiosa noticia de su existencia.

—No sabía que hubiera una miskunn leal a los Ath.

Junta las manos delante de él y me mira con desdén.

—El Elding tiene a una joven a su cargo, sí.

Entorno los ojos.

—Nunca he visto a esa miskunn ni el Elding me ha visto a mí. —Hago girar mi daga entre los dedos, lo único que puedo hacer para calmar la inquietud que me corroe—. Dado que ninguno de los dos sabe cómo soy, o estás mintiendo o hay algo que no me estás contando. ¿De cuál de las dos cosas se trata?

Su silencio no hace nada por calmar mi irritación. De hecho, siembra una semilla de desconfianza tan profunda que echa raíces de inmediato.

Lanzo la daga al aire y la atrapo.

—Los secretos cavan tumbas, gruñón.

Se le oscurecen los ojos.

—No me amenaces, espada de Elding. Y, para ti, soy *escudero* de Elding.

—Qué elegante.

—Mis órdenes proceden del propio Elding. Amenazarme es amenazar a nuestro amo.

Suelto una risa que carece de humor.

—Dado que parece tolerar que Sereme me torture desde lejos, utilizando nuestro vínculo de sangre para doblegarme cada vez que quiere que haga algo, no tengo claro que me importe una mierda. Ya no. —«De hecho, hasta aquí hemos llegado»—. Avísame cuando el Ath recuerde sus valores y tú aprendas a comportarte, joder —

murmuro, y me encamino a toda velocidad hacia el puente.

Estoy enfundando mi daga cuando me alcanza su voz, haciendo que me detenga.

—El destino de La Floresta *depende* de ti, espada de Elding.



# CAPÍTULO 46

## Raeve

Me tiemblan los labios al pensar en todas las personas a las que conduje a La Floresta durante las fases que pasé en La Bruma trabajando a las órdenes de Sereme: jóvenes, nulos, gente vulnerable derrotada por el mundo que necesitaba desesperadamente un respiro.

—Explícate —digo mirándolo por encima del hombro.

El escudero de Elding se saca del bolsillo una alondra de papel, que no para de retorcerse, y la sopla.

Se lanza directa hacia mi pecho y no deja de chocar contra mí hasta que la cojo. Le dirijo una mirada al escudero de Elding y comienzo a desplegarla. De dentro se desprende otro pergamino doblado y lo cojo al vuelo.

Lo abro, y aparece un mapa.

De Bhoggith.

Arrugando el entrecejo, me dispongo a leerlo. Al ver que la letra es de Sereme, frunzo los labios.

*Raeve:*

*Espero que estés disfrutando de tu tiempo libre. Es una pena que no nos hayas hecho saber que seguías viva. Si no hubieras sido tan egoísta, no habríamos perdido a tantos reclutas novatos. Tienes las manos manchadas de mucha sangre inocente.*

Aprieto los dientes, viendo sus palabras por lo que son: manipulación emocional. La segunda arma favorita de Sereme, junto con su deseo de que me arrastre ante ella con un dolor insoportable cada vez que se siente menospreciada.

Parece que ha estado perfeccionando ambas cosas durante mi ausencia mientras se recuperaba del veneno de sierpe.

*Para redimirte, el Elding te ha encomendado una tarea. Tienes que viajar al sur, a Bhoggith, donde un feérico de cabello y ojos plateados acampa en lo más profundo del puesto avanzado occidental de La Bruma, tras unas puertas dobles amarillas talladas simulando el sol. Para tu comodidad, he incluido un mapa de donde se supone que se encuentra y el boceto de las puertas que ha hecho la miskunn. Encuéntralo, mátalo y tráeme su corazón y sus dos ojos. Este feérico es un peligro para el bienestar de todos en La Floresta. Sus vidas dependen de ti.*

*Sereme*

«Menuda zorra».

Vuelvo a doblar el mapa y la nota, presionando cada pliegue con violencia hasta que quedan tan afilados como cuchillas.

—¿Es este feérico un corrupto? ¿Un violador o un pederasta? ¿Cómo es que supone una amenaza para La Floresta?

—No está claro.

Me río resoplando por la nariz.

—Nueva regla: necesito algo más que una simple nota y un espadazo en la columna. —No sé qué me pasa, pero esto… no me parece bien—. ¿No eres el escudero de Elding? ¿Acaso no te confía los detalles importantes?

La mirada que me lanza es tan dura que haría doblegarse a la mayoría de la gente.

Quizá sean los latidos de mi corazón, más lentos y estables, reforzados por mi vínculo con Líri, pero no afecta en absoluto a mi estado de ánimo. De hecho, lo que me dice mi instinto es que hay un depredador cerca.

—La miskunn predijo que este individuo acabaría con el refugio que tanto nos ha costado levantar. Es la única información que necesitas para cumplir la tarea que se te ha encomendado.

Ladeo la cabeza.

Seguro que las charlas íntimas de este tipo dejan mucho que desear, soltando expresiones como *encomendado* y *cumplir la tarea*.

Es justo el tipo de mierda que ensucia este mundo. Y donde hay una persona así hay más, porque, si algo he aprendido desde que conseguí salir de la montaña bajo la que desperté hace tantas fases, es que esa *actitud* se propaga como una enfermedad, para bien o para mal.

—¿Y si no cumplo? —pregunto agitando la nota—. ¿Y si decido que ya estoy harta de que me ordenen hacer el trabajo sucio de Elding sin una sola prueba de que la sangre que derramo está marcando la diferencia en el mundo en vez de hacerlo más *sangriento*?

El escudero se me queda mirando fijamente durante tanto tiempo que empiezo a preguntarme si me ha oído bien. O si me ha oído siquiera.

Chasqueando la lengua, se mete la mano en el bolsillo y saca una pluma rizada diferente a todas las que he visto antes, de un rojo intenso y brillante, casi como el pelo de Essi. Un pensamiento que es como una puñalada, pillándome desprevenida.

A continuación, saca un frasquito de plata que me deja sin

aliento, un cáliz ornamentado que parece una réplica del que Sereme lleva al cuello.

Apenas me da tiempo a tomar aire antes de que presione la punta afilada de la pluma contra una de las filigranas del frasco y lo recorra.

Un dolor agudo me atraviesa la columna vertebral.

Caigo de rodillas, con los ojos desorbitados y la boca abierta. Aunque mis pulmones no logran tomar ni una bocanada de aire.

—De no cumplir con la misión, La Floresta caerá. Un peso que te llevarás a la tumba, pues aquellos a quienes una vez consideraste *cercanos* acabarán contigo. Los Ath guardan demasiados secretos como para que alguien como tú quede libre.

El dolor se cuela en mi cuerpo y se me clava en las entrañas, como si me estuviera desollando desde el ombligo hasta el esternón.

—Se te espera en el despacho de Sereme dentro de siete auroras para entregar el paquete. Parpadea si lo entiendes.

Hago lo que me pide, aunque el movimiento se parece demasiado a una reverencia.

Como rendirse.

No obstante, dejando a un lado los malos augurios y el resentimiento, quizá no sea el momento adecuado para plantar cara. Poner otra diana en mi espalda cuando puedo limitarme a hacer el trabajo, salvar La Floresta, y ajustar cuentas cuando le entregue el maldito paquete a Sereme.

«¿Va a dejarme en paz este desgraciado de una vez?».

Aún enroscada convulsionando, parpadeo de nuevo…, y otra vez… Y OTRA. Chasquea la lengua y levanta la pluma.

*Alivio inmediato.*

Me doblo hacia delante, clavo los puños en la nieve y reprimo las ganas de vomitar hasta el río, tratando de imaginar un mundo en el que no me despierte cada dae con más mierda de guara.

Arrugando la nota de Sereme, lanzo una mirada furiosa al hombre, que me da la espalda con un movimiento de su capa. La rabia me lame las costillas como una llama avivándose mientras él cruza el puente a paso tranquilo, dejando unas huellas profundas en

la nieve.

Respiro con dificultad, como un dragón resoplando, y hago crujir mi cuello. Me aguanto las ganas de saltar, agarrarle la cabeza y girársela tan rápido que me vea detrás de él antes de que la luz abandone sus ojos…, recordándome a mí misma que asesinar a ese cabrón probablemente no sea la mejor opción. Aunque podría robarle el frasco, quitarle la capacidad de torturarme mediante el vínculo que me une a Sereme…

Una fría alteración en el aire hace que se me pare el corazón.

Miro entre el follaje justo a tiempo para ver a Líri lanzándose hacia el puente. Pliega las alas y cae en picado silenciosa cual suspiro hasta que está prácticamente encima del feérico. Entonces, abre las alas y saca las garras con una mirada asesina en sus audaces ojos negros.

Al escudero ni siquiera le da tiempo a gritar antes de que ella lo coja al vuelo y desaparezca con él en un abrir y cerrar de ojos.

Toda la nieve acumulada en las copas de los árboles sale disparada cuando Líri bate las alas, elevándose en el aire. Inclina la cabeza con las fauces abiertas y, al cerrarlas sobre el hombre con un rápido movimiento, lo parte en dos de una sola dentellada.

La sangre salpica.

Un brazo amputado cae sobre el puente, con un sangriento golpe seco, seguido de una lluvia roja que cubre la nieve.

Gimo, aún asimilando lo que acaba de pasar, cuando veo una figura familiar al otro lado del puente envuelta en una capa de color óxido con una larga trenza castaña sobre el hombro. Observo el pequeño bulto que Siharna lleva sujeto a su pecho, envuelto en lino, mientras cruza el arco, emborronando las salpicaduras rojas con cada uno de sus lentos y pesados pasos.

Me sonrojo.

«Estoy acabada».

Me levanto y me guardo a toda prisa la nota en el bolsillo, todavía sin aliento, sacudiéndome la nieve de la capa cuando quedamos frente a frente.

—Enhorabuena —digo con voz ronca echando un rápido vistazo al bebé—. Valiente esfuerzo.

Ella hunde la barbilla y se produce un silencio incómodo. El cual se prolonga y se prolonga y, joder, se prolonga aún más.

—Eh… —«Creadores, devoradme»—. ¿Cómo es que estás de pie? —suelto, pensando que es mejor forma de romper el hielo que hablar del brazo seccionado que acaba de caer sobre el puente.

Ella arquea una ceja.

—Porque no tengo tiempo para sentarme.

«Claro».

Intento pensar en una forma de responder, pasando la mirada de los severos ojos de Siharna a las huellas rojas que ha dejado, justo cuando Líri lanza un chillido de puro regocijo desde algún lugar entre las nubes.

Bajo los párpados.

—Lo siento mucho —digo, aunque no creo que eso la haga sentir mejor respecto a la situación. Mi dragón acaba de llevarse a alguien del puente en medio de su precioso y querido pueblo y es probable que se lo esté comiendo en este preciso instante.

Siharna levanta la barbilla, un gesto imperceptible que no se me escapa.

—¿Implicará a mi pueblo? ¿A mi gente?

«A sus hijos».

No pronuncia las palabras, pero yo las oigo. Las siento en lo más profundo de mi alma.

—No. Lo juro por mi vida y por los propios Creadores.

Con la caída de las lunas, es probable que sea con mi conciencia con lo único que tenga que ajustar cuentas. Mientras Líri digiere el secreto de cómo ha perecido ese cabrón, yo estoy aquí abajo con los ojos bien abiertos, enfrentándome a la posibilidad de que el Ath ya no defienda las cosas que antes defendía, o al menos en las que me hicieron creer. ¿Cómo iba a hacerlo cuando parece que Sereme no es el único miembro venenoso de alto rango dada al chantaje y a la tortura?

Impera el silencio mientras Siharna me observa, rodeando firmemente con los brazos a su bebé dormido, al que no me atrevo a mirar bien. A pesar de ello, o tal vez por ello, sé que haría cualquier cosa que esté en mi mano para asegurar que ni a él ni a su hermana

les pase nada.

—Bien. —Baja un poco la barbilla—. ¿Sabe Kaan que tienes un vínculo de sangre?

No puedo evitar sacudir la cabeza, como si me hubiera dado una bofetada en la mejilla con todas sus ganas.

La miro fijamente parpadeando. Me alegro de haber dormido casi todo el dae. Es obvio que me va a deparar más mierda de guara hasta que vuelva a caer dormida.

Ella levanta ambas cejas. Un castigo silencioso por mi persistente silencio.

—Solo le preocuparía —mascullo.

—Entiendo. —Mira a mi espalda, a la base de la columna de Líri, y vuelve a mirarme a mí, aunque parece tener dificultades para mantener el contacto visual, algo extraño, dado que me ha aguantado la mirada hasta ahora—. Bueno, hazle caso a alguien que nunca hizo suficientes preguntas… No le ocultes esto.

Abro la boca para hablar, pero ella me interrumpe.

—Nunca sabré dónde descansa Zior porque, en su empeño por protegerme en mi delicado estado, nunca me dijo adónde iba el dae que desapareció.

Su bebé comienza a retorcerse contra ella, profiriendo un suave balbuceo.

Ella lo mece al tiempo que le frota la espalda con los mismos círculos que la vi hacer a su vientre antes de dar a luz.

—Nunca conocerá a su hijo, nunca verá crecer a Korie ni enamorarse, nunca tendré la oportunidad de *vengar su muerte*. —A Siharna se le quiebra la voz al pronunciar estas palabras y aparta la mirada. Traga saliva antes de volver a mirarme a los ojos y continuar —. Encuentra la fuerza para entregarte por entero a él, Raeve. No se merece menos.

Se gira y espero a que recorra la mitad del puente para respirar hondo, dándome cuenta de que llevo conteniendo la respiración tanto tiempo que me falta aire.

Me ahogo.

Siharna desaparece por entre los coloridos edificios. Aun así, los gritos de su hijo me siguen desgarrando a distancia, sacudiéndome

por dentro con tal fuerza que he de sujetarme a la barandilla para no caerme.

Con la barbilla pegada al pecho, tomo grandes bocanadas de aire fresco, las cuales van haciendo que me dé vueltas la cabeza.

Tiene razón, por supuesto. Kaan se merece que le cuente la verdad, pero, con las caídas que se avecinan, ya tiene demasiado de que preocuparse como para añadir mis problemas.

Todo un reino descansa sobre sus hombros.

Un nimio y fastidioso vínculo de sangre descansa sobre los míos.

Saco la nota arrugada de Sereme de mi bolsillo y la extiendo sobre la barandilla para releer sus palabras envenenadas.

Un último trabajo. Luego, tendré que dar con la manera de deshacerme de Sereme para siempre. Después, tendré que encontrar a Elding, hablar con el hombre al que llevo obedeciendo ciegamente las últimas diez fases, dado que para mantenerme a raya está dispuesto a caer tan bajo como aquellos a los que se supone que ha de enfrentarse.

Si me está haciendo esto a mí, ¿quién dice que no trata a otros de la misma manera? ¿Quién dice que estas amenazas no acabarán afectando a la gente a la que he ayudado a enviar a La Floresta? ¿A los amigos que he hecho?

«¿Al hombre que amo?».

Algo dentro de mí gruñe al comprender, sorprendentemente, que no estoy preparada para todo lo que se nos viene encima. Me escondo detrás de una muesca en la oreja que me protege de las expectativas, me escondo de un Creador que podría ayudarme a convertirme en la bestia imbatible con dos abalorios con la que *nadie* osa meterse. No Rayne, claro, ella puede guardarse su arisca tristeza para sí misma, sino *Bulder*…

Recuerdo cuando estábamos en Bothaim. Cuando Kaan aplastó a un grupo de soldados con unas pocas palabras incendiarias.

*Bulder* podría convertirme en alguien más fuerte…

El problema es que requiere tiempo dominar su lengua; algunos nunca lo consiguen. De todos modos, Kaan se esforzó mucho por enseñar a Elluin a ser hábil en ella, él mismo lo dijo.

Eso quiere decir que, en teoría, yo tengo los mismos

conocimientos.

«En alguna parte».

Si pudiera reunir el valor para encontrar el recuerdo de esas lecciones, aceleraría mi aprendizaje. O tal vez haya una piedra con la lengua de Bulder en su interior; como la lágrima, pero menos deprimente.

La determinación me endurece las facciones.

Estiro el pecho, aliviando mi ansiedad, y suelto la barandilla. Cruzo el puente al son del chillido de saciedad de mi dragón.

Ya he sido fundida y remodelada antes por un Creador en contra de mi voluntad. Al menos, esta vez la elección es mía.



# CAPÍTULO 47

## Raeve

Puedes hacerlo —mascullo andando de un lado a otro por la pequeña habitación. Hago crujir mi cuello, preparándome para lo que estoy a punto de llevar a cabo.

Meterme en la guarida de mi Otra. Como una idiota.

Me quito la capa y la tiro sobre la cama. Aprieto los puños y vuelvo a abrir las manos. De repente, no tengo ni una gota de esa confianza que me impulsó a atravesar el patio y entrar por la puerta principal, la misma que me llevó a quitarme las botas y subir corriendo las escaleras sin siquiera mirar a Pyrok cuando despertó de su sopor y preguntó si el mundo ya se había acabado.

Solo tengo siete auroras para llegar a Bhoggith, eliminar al asesino y entregarle lo que quede de él a esa víbora en su palacio púrpura del dolor y, al parecer, salvar a La Floresta. Y a mí misma, supongo.

*Siete.*

*Auroras*.

Eso no me deja tiempo que perder, pero no puedo irme sin hablar antes con Kaan, lo que quiere decir que tengo hasta que él regrese para encontrar la lengua de Bulder. De todos modos, ahora

que estoy detrás de esta puerta cerrada preparándome para sumergirme de lleno en mi vertedero interno, la idea me sabe a hiel.

Yendo a mi interior…, me arriesgo a encontrarme cara a cara con mi Otra.

No estoy preparada para eso. No estoy segura de si alguna vez lo estaré, pero tengo claro que no cuento con la capacidad de proteger a todos los que se han colado en mi corazón.

Y *eso* es lo que más pesa.

Suspiro y me detengo para girar el pomo de la puerta, comprobando si la he cerrado bien.

Noto un dolor agudo recorriéndome desde el codo hasta la punta de los dedos, estirando mis tendones con tanta fuerza que se me contrae la mano. Caigo de rodillas y aprieto los dientes mientras me separo los dedos con la esperanza de evitar que mis tendones sufran algún daño que me impida hacer mi maldito trabajo con cierta facilidad: sin duda, el único objetivo de Sereme.

Ponérmelo lo más difícil posible sin llegar a incapacitarme. Someterme.

«El veneno de siempre».

El dolor cambia. Me atraviesa el brazo, cruza los omóplatos y baja hasta la otra mano, retorciéndomela igual. Me aguanto las salvajes ganas que me dan de reír; si tuviera aliento, claro.

Estoy empezando a ver borroso cuando el dolor se alivia lo suficiente como para poder llenarme los pulmones.

Me relajo.

Me apoyo contra la puerta, tomando bocanadas de aire sin dejar de temblar. Empiezo a considerar si saltarme todos los pasos, montar a lomos de Líri y volar directamente a Gore con un *único* objetivo en mente: encontrar una forma de obligar a Sereme a romper nuestro vínculo de sangre, aunque eso signifique cortarle algunos dedos para que ceda. Es algo que me dolerá a mí tanto como a ella, pero ¿qué más da? ¿Qué son un par de falanges perdidas a cambio de mi libertad?

Noto un frío inundando mis venas, la única advertencia que recibo antes de que me vea arrastrada bajo la superficie resquebrajada de mi lago interior.

Los fragmentos me golpean por todos lados, como si estuviera atrapada en una taza de agua que se agita por el temblor de una mano, impidiéndome llegar a la superficie.

Cuando el agua se calma, estoy apresada bajo una gruesa capa de hielo escarchado imposible de romper, ni aunque ponga toda mi alma en cada puñetazo.

«Estoy aquí abajo. Con ella».

«Mierda. Mierda. Mierda».

Me desgarro los nudillos al golpear y golpear…

Resuena un crujido a través del agua.

Me detengo para examinar la gruesa barrera, pero la grieta no está aquí.

«Está…».

Un movimiento me llama la atención en la orilla, donde algo está atravesando el hielo, emitiendo una luz plateada que se adentra en el oscuro abismo.

Me sobresalto, pegando las manos a la barrera mientras esos haces luminosos se acercan… cada vez más… al compás de unas fuertes pisadas y unos estruendosos chasquidos. Una melodía inquietante que me pone la piel de gallina y me acelera el pulso.

«Pues parece que ella no está aquí abajo conmigo».

Me desplazo hasta situarme justo debajo de una zona muy helada y observo los rayos de luz atravesando el agua, cada vez más cerca. Me rodean mientras esa imponente presencia se detiene justo encima de mí y se queda inmóvil.

En silencio.

No se oye ni un ruido, ni siquiera el latido de un corazón, por lo que me invade la inquietante sensación de que mi Otra está esperando algo. No sé qué es, aunque tampoco tengo la intención de averiguarlo.

Girando tan rápido que me da vueltas la cabeza, me sumerjo en dirección a la lejana guarida. Mi intención es poner distancia entre nosotras, sí, pero sobre todo me siento *aliviada*.

Ella está arriba. No aquí abajo, merodeando mientras busco.

Perfecto.

Quién sabe cuánto durará, pero sería una estupidez desperdiciar

esta oportunidad de conseguir lo que necesito y, en el mejor de los casos, no volver a sumergirme nunca más.

«Por todos los Creadores, espero que no se coma a nadie ahí arriba».

«Será mejor que me dé prisa».

Cuando llego al grupo de columnas y me dispongo a abrirme paso entre ellas, noto algo… *extraño*.

La última vez que mi Otra me metió aquí abajo, solo la columna del centro mostraba signos de que hubiesen anidado en ella. Ahora, numerosas columnas se han erosionado hasta formar una concavidad y todas tienen un montón de piedras plateadas luminosas con forma de huevo. Es como si mi Otra hubiera estado trabajando sin descanso para repartirlas en varios nidos.

Con el ceño fruncido, me acerco al borde de una columna para poder ver mejor la que ocupa el espacio central, que ahora solo alberga *dos* tesoros: la roca negra aterciopelada que parece un trozo de carbón y una piedra con forma de huevo de color negro y plateado marmolado.

Aparto la mirada al sentir un escalofrío que me atraviesa el alma, convenciéndome de que no quiero saber qué secreto esconde esa piedra en concreto, y me acerco a otras de plata pura apiladas en un montículo. Sin duda, una colección de recuerdos de mi Otra, basándome en la visión que tuve la última vez que toqué uno sin querer.

«¿Por qué las ha movido?».

Me acerco al montículo y se me encoge el corazón al divisar algo negro por entre los huecos, con un lado rugoso y el otro liso, como si lo hubieran pulido las… mareas del… *tiempo*.

—Esto tiene que ser coña —murmuro al caer en la cuenta de lo que es: un trozo fragmentado de piedra de memoria que ella ha cubierto con las plateadas con forma de huevo; está colocado de tal manera que me es imposible tocarlo sin mover nada.

El nudo del pecho me dice que no es una piedra *cualquiera*: es justo la que necesito.

Gimiendo, echo a nadar hacia la siguiente columna llena de tesoros plateados, donde veo otro fragmento negro escondido

debajo de ellos. También es imposible de coger sin hurgar un poco y sufrir un trauma emocional.

Apretando los dientes, examino los nidos. Caigo en la cuenta de lo que es esto.

Un centro de trueque.

Ella ha tomado el recuerdo que yo quería, lo ha hecho pedazos y ha escondido los fragmentos bajo sus piedras de memoria. Así pues, si quiero acelerar mi aprendizaje del lenguaje de Bulder, tendré que pagar un precio por ello.

Yo, asimilando fragmentos de su pasado, recuerdos que posiblemente involucren a… *Elluin*.

«Si lo que está intentando es entablar una relación conmigo, se va a llevar un gran chasco con la versión deslavazada de la valiente niña con la que se vinculó».

Echo atrás la cabeza y clavo la mirada en la lejana superficie, aprieto los puños y me lleno los pulmones de un agua helada que no logra acabar con mi sufrimiento.

—¡Lo desapruebo *rotundamente*! —grito, y luego bajo la barbilla hacia el pecho, pues no quiero ver si ella responde.

«Los problemas de uno en uno».

Me doy la vuelta, me acerco a regañadientes hasta la zona más cercana de tortura y me arrodillo, con el entusiasmo de quien se dirige a la puta horca. No me molesto en intentar averiguar qué piedra me va a doler menos. Lo más probable es que la única opción segura sea no tocar ninguna, pero he venido aquí para aprender la lengua de Bulder y, maldita sea, no puedo permitirme marcharme con las manos vacías.

Hay demasiado en juego.

Alargo la mano, cojo una piedra y tiro de ella… De inmediato, caigo en el cuerpo de…

*Ella.*



# La Otra

*Pasado*

La Otra araña la piedra negra, arrancando fragmentos que echa a un lado, y le va dando la vuelta mientras repite el movimiento. Una vez que hay un borde protector, aunque sea irregular, se acurruca en medio y emite un leve gruñido.

Una señal para que sus crías se acerquen.

Allume no se mueve de donde se ha acurrucado contra la pared de la guarida, observando un cielo sin cintas. Sigue con la vista los movimientos de las alas de dos jóvenes plumalunas que revolotean en el aire fresco como si danzasen, cuya luminosidad resalta en el negro aterciopelado. Jóvenes de un tamaño similar, rebosantes de una energía que solo consumen una vez que las cintas aurorales hace tiempo que descendieron.

Durante largo rato, la Otra observa con el corazón encogido. No hay nada que no haría por que las alas de Allume funcionasen como deberían, por que la pequeña fuera lo bastante fuerte como para elevarse hacia el cielo y pudiera jugar bajo las lunas, sentir el ímpetu de la brisa y la emoción de una caída en picado.

Si pudiera, se cortaría las suyas y se las regalaría, a pesar de que Allume ya ha emprendido su propio viaje, que la luz plateada que le ha dado la vida será… *pasajera*. Una estrella fugaz a la que ella cuidará con todo su ser hasta que el destino vuelva a separar sus caminos.

La Otra emite un sonido quejumbroso.

Allume por fin se desenrosca. Arrastrando la cola, se acerca y trepa por el borde, estirando las alas para mantener el equilibrio, pues, como siempre, se inclina hacia su lado más pesado.

La Otra la envuelve con la cola, pegándola contra ella hasta situar a su joven descendiente bajo el poderoso refugio de su ala, impidiéndole que vea el cielo.

No es un castigo.

Si no lo hace, Allume caerá en una triste duermevela, como ha hecho otras veces, al contemplar lunas junto a las que cree que nunca anidará, viendo a los demás jugar en lugar de sentir cuánto la quieren.

A pesar de su sonoro graznido de desaprobación, Allume se calma y se acurruca, con sus grandes ojos ensombrecidos por lentos parpadeos. Suelta un bostezo tan grande que se ve el pequeño brote de llama azul al fondo de su garganta y, luego, apoya la cabeza sobre la luminosa piel de la Otra en busca de consuelo.

Todos los ruidos exteriores se desvanecen cuando la Otra atenúa su luz y agita las alas, envolviendo a Allume. Después, mueve la cabeza para vigilar la entrada de la guarida.

Y espera… más tiempo de lo habitual.

Para cuando se oyen pasos llegando a la guarida, la Otra está muerta de preocupación por si algo va mal.

Elluin atraviesa la entrada con los puños cerrados a los costados. Luce un nuevo corte de pelo que la hace parecer algo mayor que las doce fases que tiene, enmarcando su rostro iluminado por la luna,

aún terso por la juventud, pero crispado por…

«¿Ira?».

«¿Dolor?».

La Otra se queda inmóvil.

Si algo ha herido a su Pequeña, le quedan pocos latidos de vida.

La Otra dará caza a este enemigo, le arrancará la piel a tiras y alimentará a su cría con su carne. Se dará un festín con lo que quede y, después, presumirá de su sangre durante muchas auroras.

Entrará.

En.

Cólera.

Elluin no levanta la vista mientras se recoge su vestido forrado de piel y trepa por el nido. Pasa por encima del ala de la Otra y se acurruca en su abrazo protector. Envuelve a Allume y se hunde entre su pelaje, quedándose quieta.

Después de observar un momento, la Otra se acerca y huele a Elluin, resoplando contra la suave piel de su nuca.

—Estoy cansada —dice con una voz más vacía que algunas partes del cielo.

La Otra ladea la cabeza, preguntándose si habrán lastimado a su Pequeña al cortarle el pelo. Cortar tanto de una misma debe de ser… *¿doloroso?*

No le gusta usar su vínculo para indagar en lo que Elluin siente, pero, dado su extraño comportamiento, considera que está justificado.

Se abre y se ve inundada por una gélida oleada de…

*Angustia.*

Gruñendo, la Otra empuja con el hocico a Elluin con tanta fuerza que incluso Allume se agita y, luego, se acurruca aún más, sin dejarle a su Pequeña otra opción que echar la cabeza hacia atrás.

La Otra resopla en la cara de Elluin hasta que ella abre los ojos y levanta la vista.

En cuanto cruzan la mirada, a Elluin se le desencaja la cara.

—Mi hermano… —Aprieta los párpados con fuerza y deja escapar dos lágrimas mientras contiene la respiración, como si intentara reprimir la tristeza.

De nuevo, la Otra la empuja con el hocico.

Cuando Elluin vuelve a abrir los ojos, reflejan ira, avivada por una llama azul de dolor.

—Me dijo que deseaba que lo dejara allí para que muriera —murmura con los labios temblorosos—. Ya no habla, no lo ha hecho ni una sola vez desde que volvimos de Netheryn, ¿y va y elige esas palabras?

Solo cuando Allume lanza un agudo gemido, la Otra se da cuenta de que su cría está despierta, probablemente sintiendo el mismo dolor, dado que nunca ve a su vinculado, pues está tan destrozada que no puede moverse de su nido en la gran casa negra de tejado puntiagudo donde reside la familia de Elluin.

En momentos como este, la Otra desearía poder hablar la misma lengua que su preciosa Pequeña. De ser así, le diría lo que sabe: que su hermano mayor, por muy destrozado que esté, no siempre se sentirá así.

«Volverá a conocer la felicidad».

La Otra aprieta su cola alrededor de Elluin y Allume, que así acurrucadas son como dos mitades de una pequeña luna. La Otra respira retumbando, un arrullo que por fin tiene el efecto deseado y lleva a ambas jóvenes a una duermevela tranquila.

Sin embargo, ella no se duerme, no teniendo todo su mundo bajo el vasto escudo de su ala, sintiendo el peso de la tristeza de ambas jóvenes en su propio pecho. Lo que hace es mirar al cielo, solo iluminado por sus hermanos, aquellos que han encontrado su lugar de descanso eterno.

No es la primera vez que piensa en esa cinta plateada que se estrelló contra ella hace tantas auroras. Es tanto una bendición como una maldición estar unida a los vaivenes de un destino que vuela en una sola dirección, sin bajar nunca el ritmo. Sobre todo en momentos como este, en los que desearía que el tiempo se detuviera.

Incluso agobiada como está por la tristeza de sus seres queridos, poder consolarlos supone un regalo. Porque estas oportunidades son muy escasas y no siempre encajarán tan bien como lo hacen ahora. Tampoco se tendrán siempre las unas a las otras.

Pero tienen *este* momento.

*Este* presente.

Y, así, la Otra las envuelve con fuerza, consciente de que este dolor que siente es la penitencia del amor, mientras disfruta de cada latido, pues se escapan con demasiada rapidez.



Kaan

# CAPÍTULO 49

Cuándo dormiste por última vez? —pregunta Pyrok desde la cocina, haciendo ruido con los cubiertos.

Me apoyo en el respaldo y me froto los ojos, que están irritados.

—Sabes que a mí no me hace falta dormir tanto.

—Aun así. Daría oro por ver…

—No pienso tirar abajo la puerta para dormir en una habitación en la que obviamente no soy bienvenido. Si no, Raeve no me habría dejado fuera.

Noto un golpe en la mesa frente a mí.

Al abrir los ojos, veo un plato de estofado y una gruesa rebanada de pan dahpa. Huelo el intenso aroma de la carne de colk y las especias del sur.

«Mmm».

—Gracias. —Mi estómago ruge con expectación mientras me inclino hacia delante, agarro la cuchara y me sirvo salsa—. ¿Lo has

hecho tú?

—Es lo que tiene el aburrimiento —murmura Pyrok, y se sienta, utilizando su brazo como almohada. Abre la tapa de su vial, susurra una bola de fuego y la lanza al aire—. Probablemente sea una mierda, así que no te hagas ilusiones.

Me meto la cuchara en la boca. El sabor es tan intenso que me hace cosquillas en toda la lengua y tengo que aguantarme un gemido al notar que el trozo de carne se deshace al morderla.

—No podrías estar más equivocado. Está delicioso.

—De chiripa.

Me detengo con otra cucharada a medio camino de la boca al verlo aplastar la bola de fuego y agarrar una botella del suelo, a la que da un buen trago.

—¿Quieres hablar de lo que te preocupa?

—No —dice alargando la palabra.

—¿Tiene que ver con…?

—Claro que sí.

De acuerdo.

Reina el silencio mientras como. Termino la mitad del plato en el tiempo que él tarda en vaciar la mitad de la botella.

—Bueno —murmuro cogiendo otro gran trozo de carne—, lo que haga falta para que te quites ese peso de encima, solo quiero que sepas que me tienes aquí.

—Si sigues dándonos permiso para largarnos, te vas a quedar más solo que la una —dice Pyrok con tono monocorde mientras crea otra bola de fuego y la hace girar sobre la punta del dedo.

«Buena observación».

—Hablando de eso… —Señalo con la barbilla el taburete vacío de Roan, con el *Libro de Voyd* aún abierto sobre la encimera—. ¿Ha dicho adónde iba?

—Ni una palabra. —Pyrok lanza la bola tan alto que casi roza el techo—. Se ha levantado en cuanto has empezado a patear con tus botas en el umbral. Es la vez que más tiempo se ha alejado del libro desde que Raeve lo dejó ahí. Incluso se lo lleva al váter.

Frunzo el ceño mientras mastico un trozo de dahpa.

Pyrok ladea la cabeza y alza tanto las cejas que casi se pierden

bajo su alborotado cabello pelirrojo.

—¿No te ha parecido raro que te pidiera la capa? Ya llevaba puesta una que no se había molestado en quitarse desde que llegó. Estoy bastante seguro de que cuenta con runas contra el frío, así que no es que necesitara más protección.

Con el siguiente bocado a medio camino de la boca, me detengo al caer en la cuenta de algo.

—Ese maldito…

La puerta se abre con un chirrido, dejando entrar una ráfaga de viento helado.

Roan entra a hurtadillas con mi gruesa capa negra en el brazo, sin molestarse siquiera en mantener la farsa. Tampoco me mira a los ojos mientras la cuelga en un gancho y se quita las botas.

Se sacude la nieve de los rizos y atraviesa la habitación con los labios apretados, su típica sonrisa de culpa. La misma que suele acompañar a una confesión que me enfadará, frustrará, exasperará o, lo más probable, las tres cosas.

Dejo la cuchara en el plato, que ya está casi vacío, y me cruzo de brazos, esperando.

Roan coge el *Libro de Voyd* y lo abre sobre la mesa. Luego, se sienta enfrente de mí, subiéndose las gafas por la nariz. Levanto ambas cejas cuando por fin me mira a los ojos; al menos, tiene la decencia de parecer avergonzado cuando extiende la mano y muestra el frasco de Borg.

Pyrok suelta un bufido y se endereza sacudiendo la cabeza.

—Aún no estoy tan borracho como para aguantar tus tonterías —murmura, y le da un trago a la botella.

Estoy a punto de hacer lo mismo cuando me fijo en el rostro de Roan: está demacrado y tiene unas oscuras ojeras bajo sus ojos verdes, lo cual me indica que Borg acaba de destrozarlo. Si hay algo que he aprendido es que no se debe dar de comer a un espectro ya satisfecho a menos que tu vida dependa de ello. Cuando no están hambrientos, son muy duros en las negociaciones.

Alargo la mano y agarro el frasco de Borg.

—Te tenía por más listo.

—Y lo soy en lo que se refiere a los libros, pero estúpido en lo

que se refiere al sentido común. —Roan se encoge de hombros—. Ya lo sabes.

«Al menos, es consciente de ello».

—¿Te ha dado lo que querías? —Me guardo a Borg en el bolsillo y señalo el libro con la barbilla—. Supongo que el secreto para descifrar eso.

Roan suelta una risa y empuja el libro hacia su hermano y hacia mí.

—No era nada tan ambicioso. Échale un vistazo y entenderás por qué.

Pyrok se levanta más rápido de lo que jamás lo había visto moverse.

—Paso —dice llevándose la botella a la boca mientras se dirige caminando pesadamente hacia la cocina, resignado.

Suspiro y utilizo una taza vacía para acercar el libro y verlo mejor…

Me veo inmerso en él a una velocidad vertiginosa y, de pronto, estoy sumido en una interminable extensión de hilos plateados que no paran de agitarse, como un nido de sierpes retorciéndose, formando figuras y secuencias fugaces.

Los fragmentos se arquean, se afinan en ganchos lo bastante afilados como para cortar y, luego, se despliegan formando unos arcos pronunciados más rápidos que un parpadeo. Creo vislumbrar una runa que reconozco, pero de repente todo vuelve a agitarse y cambia de dirección.

Entorno los ojos, intentando concentrarme, pero los músculos de alrededor se tensan tanto que es como si me los estuvieran retorciendo…

Empujo el libro hacia el otro lado de la mesa mientras se me revuelve el estómago de nuevo; esta vez, me dan ganas de vomitar el estofado. Ya entiendo por qué Roan ha adelgazado en los últimos daes.

Será un milagro que vuelva a ver la comida de la misma manera.

—Estás despedido —murmuro, tratando de aliviar el dolor de mis ojos.

Pyrok se ríe y se lleva el estofado a la boca directamente de la

olla, probablemente con la cuchara de servir.

—Sabía que era una trampa —dice con la boca llena.

«Eso es decir poco».

—Hay algo que no encaja. —Estiro el pecho para reprimir las ganas de vomitar—. He visto transcripciones de estas páginas y no se parecen en nada a eso.

—Exacto —dice Roan, más animado de lo que lo he visto en ciclos, botando en su asiento como un resorte—. El gran canciller no mentía, hay páginas dañadas, pero lo que no le ha dicho al mundo entero es que solo han compartido una versión resumida de lo que hay en cada hoja. Estoy seguro de que lo has notado, pero los grabados de esta página parecen *infinitos*. Pasa lo mismo en todas. Ya llevo anotadas más de dieciséis mil runas que nunca había visto, y apenas he levantado la tapa.

—Entonces, lo que estás diciendo es que…

—El Triconsejo no conoce ni la punta del iceberg, sí.

Se me hiela la sangre.

—Quizá me equivoque —continúa—, pero creo que este libro contiene un poder infinito, creado con unas fibras que nunca había visto antes, en ninguna parte. Parece sacado de otro mundo. Yo… —Pone una mueca, como si estuviera digiriendo la siguiente frase—. No os riais, pero ahora creo en lo que dijo el Triconsejo con todo mi ser: que el dios del Éter escribió este libro.

No me hace ni pizca de gracia. Al contrario, su afirmación me produce escalofríos.

Utilizo una de las vitelas de escripe para cerrar el libro, le pongo la correa y deslizo la mirada por el material oscuro del que está hecho, semejante a una ventana que da a cielos lejanos.

A otro lugar.

—No lo dudo —murmuro frunciendo el ceño al fijarme en el colmillo plateado que va sujeto a la correa, el cual brilla en la penumbra—. ¿Crees que el Triconsejo ha examinado el libro y se ha guardado runas para más adelante? —Mis siguientes palabras son mordaces—. Tal vez para una guerra inminente.

—Es difícil saberlo. Descifrarlo me está resultando…, bueno, casi imposible. Averiguar las runas depende por completo de la

capacidad propia para concentrarse durante largos periodos de tiempo sin vomitar, parpadear o desmayarse. Incluso así, la batalla no ha hecho más que comenzar. Es como cazar consonantes y vocales; luego queda juntarlas para formar una palabra, por no hablar de una frase.

—Bueno, considera mi capacidad agotada —murmuro quitando de mi vista lo que queda de estofado—. Supongo que no has tenido suerte para dar con el patrón utilizado para proteger la Ciudadela, ¿no?

Él pone una mueca de dolor y me mira con los ojos entornados por entre las grietas de los cristales de sus gafas.

—Con tan poco tiempo… no.

La decepción me cae como un jarro de agua fría.

—Pero…

—Allá vamos. —Suelto un suspiro.

—Mientras estaba en las mazmorras de la Ciudadela, conocí a un espectro que tenía algo muy interesante que decir sobre el joven protegido que Tyroth entregó al Triconsejo a cambio de su favor. Al parecer, el chico pasó muchísimo tiempo con el libro y ha podido estudiarlo sin peligro. Estoy seguro de que él es quien ha runado los arcos.

—No vamos a regresar a Bothaim, Roan. Ni lo sueñes.

— Ya no está en Bothaim. —Vuelve a aparecer su pícara sonrisa como una aurora elevándose lentamente—. Según Borg, está en Bhoggith.

«Oh».

—¿Sabes por qué?

—Borg dijo que el chico se negó a seguir transcribiendo. Encontró alguna baza de la que aprovecharse y exigió que le permitieran intentar conseguir un huevo de fundefauces a cambio de sus servicios.

—¿Con qué baza cuenta? —Se me dibuja una sonrisa.

Roan se encoge de hombros.

—¿Cuántos años tiene?

—Casi nueve fases.

«Un chico listo».

—Bueno, Bhoggith es enorme. —Me acerco a una mesa junto a la pared, abro el cajón y rebusco entre los mapas enrollados hasta dar con el que quiero—. ¿Sabes dónde acampa?

—Eso es todo lo que sé. Y, al parecer, uno de los miembros del Triconsejo ha encontrado la manera de impedir que reciba alondras, lo que significa que ni siquiera podemos enviarle una para seguirla. De todos modos, tengo un plan para localizarlo. Requiere…

—Si pretendes volar algo por los aires, la respuesta es no. —Abre la boca para hablar, pero lo interrumpo—. Y mucho menos si necesitas mi sangre.

—Nada de explosiones. Y solo necesito mi sangre, unas láminas de cobre, soldadura, una alondra de papel, escamas de eahl, la vaina de una planta dookah, el ala inferior de un escarabajo carani, dos heces de…

—Nos vamos en cuanto Raeve despierte.

Roan se levanta al instante, libro en mano, y sale por la puerta antes de que tenga oportunidad de extender sobre el tablero de escripe el mapa, cuyas esquinas sujeto con tazas y botellas vacías. Examino los grabados en tinta y clavo la mirada en el enorme bosque antiguo que hay al norte de Bhoggith, el cual se interpone entre las tierras de anidación y la sierra en la que nos encontramos.

El bosque de Harthor.

El lugar de descanso final para muchos de quienes se adentran entre esos enormes árboles con la esperanza de conseguir un huevo de fundefauces, pero también el único camino posible hacia la zona de anidación sin acercarse demasiado a la pared que hay a ambos lados.

—Ya que vamos en esa dirección… —Desenvaino una daga mientras examino el grupo de islas que cubren el pantano—. Al parecer, hay un fragmento lunar justo… aquí —murmuro clavando la hoja en el mapa, hundiéndola tan hondo en el tablero de escripe que el arma se sostiene sola.

No me doy cuenta de que Pyrok se ha inclinado sobre mí hasta que lo oigo hablar:

—Qué mala suerte. No creo que nadie haya conseguido asaltar un nido tan cerca del centro.

Junto las manos y apoyo en ellas la barbilla.

—Eso me temía.

Para llegar al fragmento, tendría que construir un camino de piedra, algo que provocaría reverberaciones perceptibles para todos los animales de los alrededores. Eso si las bestias que anidan allí no captan mi olor dominante ni el de Rygun en cuanto pongamos un pie en la orilla y empiezan a chillarle a su pareja para que me dé caza.

Puedo soportar muchas cosas, pero el clamor de unos fundefauces marcando territorio sería mi fin.

—Oye…, ¿esa no es la hembra con el huevo estéril?

Asiento con la cabeza.

—Su pareja se ha instalado justo encima de ella. Si cae durante el otoño, es probable que el fragmento acabe destruido.

Se me eriza la piel al sentir que Raeve se aproxima incluso antes de oír el sonido de sus pasos.

La siguiente vez que tomo aire, aspiro su aroma.

Me vuelvo y arqueo las cejas al verla bajar por la escalera envuelta en la capa perlada que le regalé con un velo que le cubre la mitad del rostro.

La caída de la tela… Es como si llevase unas alas de plumaluna arrastrándose tras ella mientras se dirige hacia la cocina sin mediar palabra, con unos movimientos fluidos de depredadora que hacen que me yerga en el asiento.

Echa un vistazo al guiso que ha hecho Pyrok, suelta un murmullo de desaprobación y vuelve a poner la tapa. Olisquea todo a su paso hasta que posa la mano en la caja nevera. Desliza la pizarra que la cubre y empieza a hurgar en su interior.

—Parece que alguien se está arrepintiendo del concurso de beber —murmura Pyrok, y brinda al aire exclamando—: ¿Lista para otra ronda, Raeve, o vas a admitir la derrota?

Ella emite un gruñido grave que me hace temblar.

Pyrok suelta una risita, aunque me centro en Raeve, que está sacando un recipiente de arcilla llena de solomillos crudos de colk que tenía pensado cocinar luego.

Espero que me pida que encienda la cocina, pero se acerca a

nosotros, se sienta en el sitio que ha dejado Roan y levanta la tapa, dejando al descubierto varios trozos de carne rosada sanguinolenta que coge con las manos.

A Pyrok se le borra la sonrisa. Se endereza, arqueando las cejas.

—Oye, eso está cr… —Se interrumpe al ver que Raeve se lleva un trozo de carne a la boca y le clava los dientes. Lo mastica con un gruñido—. Eso está muy bueno si te lo comes así… crudo. Y con las manos. —Termina lanzándome una mirada de reojo que dice una cosa muy clara.

«Pero ¿qué cojones?».

No puedo por menos que estar de acuerdo.

Raeve suelta un gruñido, traga, agarra otro segundo solomillo más pequeño con la otra mano y los va mordiendo alternativamente. Con sangre goteándole por la barbilla, se da un banquete con una ferocidad primitiva que solo he visto una vez antes.

En el prado, justo después de que Líri despachase a aquel bhar.

«Tal vez le haya cogido el gusto a la carne cruda».

Apoyo los codos en las rodillas y me inclino hacia delante con las manos entrelazadas, observándola mientras se acaba toda una pieza. Entonces, levanto una ceja y digo:

—¿Tienes hambre, Rayo de Luna?

—El estómago de mi preciosa rugía como una bestia. Mucho veneno y poca carne. —Aún con el otro solomillo en la mano, golpea con el dorso de la mano una de las muchas botellas vacías de Pyrok, lanzándola disparada por la mesa—. El hambre produce debilidad. Estoy ayudando.

Su tono me causa un escalofrío. Cruzo la mirada con Pyrok.

Raeve deja caer el trozo de carne en el recipiente y se lo lleva a los labios para beberse la sangre acumulada, sorbiendo sonoramente con todas sus ganas.

Pyrok frunce el ceño. Abre la boca como si fuera a decir algo, pero lo interrumpo con un gesto de la mano.

—Voy al retrete a vaciar las tripas —murmura. Se levanta, dejando la botella sobre la mesa, y se dirige al baño más deprisa de lo que lo he visto moverse en daes.

Espero que Raeve comente algo al respecto.

Sin embargo, deja el recipiente sobre su regazo y continúa masticando la carne. Señala con un dedo ensangrentado mi daga clavada en la mesa.

—¿Por qué esta pequeña arma está intentando asesinar la mesa?

—La he usado para marcar en el mapa.

Noto su fría mirada clavada en mí al otro lado del velo y, con sangre todavía goteando de sus labios, dice:

—¿Qué te ha hecho este mapa, pareja de mi preciosa?

«Pareja de mi…».

—Hay un nido en ese montículo, y, en él, un huevo estéril —digo con un tono tan suave como me es posible, impulsado por mi instinto—. Según una fuente fiable, también contiene un fragmento lunar.

Raeve se queda inmóvil. Los restos de mi estofado se congelan y, al exhalar de nuevo, sale una nube de vapor.

—¿A qué bestia caída pertenece ese fragmento lunar?

Aunque no le veo los ojos, siento la frialdad de su mirada, como una espada clavada profundamente en mi alma, amenazando con llevarse por delante algo esencial.

—Slátra.

Se levanta tan rápido que el recipiente sale despedido por la mesa y los solomillos quedan desparramados, salpicando sangre por todo el mapa.

—Nos vamos ya —ruge con una autoridad tan primitiva que parece como si una bestia invisible hubiera abierto las fauces y tuviese sus dientes sobre la vulnerable piel de mi cuello.

Se tambalea. Es la única advertencia que recibo antes de que se le doblen las rodillas.

Salto de la mesa a toda velocidad y la atrapo al vuelo antes de que se caiga. La abrazo contra mí mientras respira con dificultad. Es como si acabara de echar una carrera para escapar de algo y solo ahora encontrara un momento para llenarse los pulmones.

—¿Raeve?

Se quita la capucha y el velo, y me mira de soslayo unos instantes. Luego, abre unos ojos como platos y se le va el color de las mejillas mientras me escudriña fervorosamente. Se inclina hacia

atrás y me coge las manos, por lo visto para contar mis dedos, y entonces suelta un suspiro de lo que parece ser… *¿alivio?*

Raro.

—¿Va todo bien? —Le toco la mejilla, acariciándole la frente con el pulgar, pero ella se zafa y se pone de pie con dificultad, dejando mis brazos dolorosamente vacíos.

—Estaba… sonámbula. A veces me pasa; debería habértelo advertido.

Frunzo el ceño.

Arrodillado junto a la mesa, la veo chasquear la lengua observando la que ha liado con los solomillos. Al darse cuenta de que tiene sangre en las manos, pone cara de fastidio, coge la botella de Pyrok de la mesa y da cinco largos tragos sin pararse a respirar.

—¿Raeve?

Deja sobre la mesa la botella, ahora manchada de sangre, y se limpia la boca con el dorso del brazo.

—Dime.

Responde sin mirarme siquiera.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Apunta a mi daga—. ¿Qué señala eso?

Me levanto y, cruzándome de brazos, la examino de arriba abajo. Todos sus músculos parecen dispuestos a moverse, como si estuviera a las afueras de una aldea esperando la primera flecha que lance un ejército que se está acercando a través de las Nieblas.

Sigo observándola, esperando que me mire a los ojos, pero ella parece concentrada en el mapa, que escudriña como si nunca hubiera visto uno antes.

Suelto un lento suspiro.

—Señala la ubicación de un fragmento lunar.

Se queda quieta, igual que antes. Cuando por fin me mira, sus ojos prácticamente resplandecen.

—¿En Bhoggith?

Asiento con la cabeza.

—¿Tienes pensado recuperarlo?

—Nunca me lo perdonaré si no lo intento.

—¿Antes de las caídas?

Asiento de nuevo.

—De todos modos, mi deber para con mi reino me empuja en esa dirección, por lo que se ha presentado la oportunidad. —Tras unos instantes, añado en voz baja y pausada—: Si no lo recupero…, hay muchas posibilidades de que se pierda para siempre. Y Slátra nunca volverá a estar íntegra.



# CAPÍTULO 50

## Raeve

Atravieso la boca de la guarida y paso bajo unas estalactitas relucientes que cuelgan del arco superior como si fuesen los colmillos de alguna bestia de hielo dispuesta a devorarme. Subiéndome la brida por el hombro, me dirijo hacia Líri pisando ramitas heladas que crujen bajo mis botas. La dragona reposa en forma de espiral luminosa, envuelta con sus alas.

Pliega el ala que oculta parte de su rostro, como si cerrara un abanico, lo justo para que pueda ver sus ojos brillantes mirándome por encima del borde.

Suelta un gemido profundo.

—A mí tampoco me gusta —murmuro. Solo estoy a unos pasos de distancia cuando siento un dolor agudo atravesándome el pie. Tropiezo mientras me sube por la espinilla, como si una cuña de metal estuviese partiéndome el hueso lenta y agónicamente.

Cuando llega a la rótula, se me clava en ella.

Me fallan las piernas.

—Que… te… jodan…, Sereme —escupo desplomándome con los ojos desorbitados y sin aliento, con los músculos de las piernas tan tensos que estoy segura de que están a punto de partirme los

huesos.

Se me nubla la vista mientras el dolor continúa.

Soltando un profundo lamento, Líri me envuelve en su aura gélida a modo de escudo. Me sobresalto cuando me viene a la cabeza un recuerdo conmovedor de mi Otra que aún me pesa en el corazón, demasiado grande para ocultarlo bajo mi lago.

Tal y como ella hiciera con Elluin, no me molesto en ocultarle mi dolor a Líri. No tiene sentido, dado que nuestro vínculo ahora mismo está roto. Me veo obligada a soportar la agonía bajo el resplandor de mi hermosa y demasiado sabia plumaluna.

Cuando termina la sesión de tortura de Sereme, estoy temblando hecha un ovillo, lista para cortarme la pierna.

Noto un aliento frío golpeándome el cuello, seguido de breves resoplidos, mientras Líri me empuja cada vez con más fuerza.

Alargo la mano y acaricio a ciegas los mechones de sus mejillas, preguntándome si Sereme planea seguir torturándome a este ritmo hasta que le entregue el maldito paquete. Si es así, van a ser unos daes muy duros.

«Como me apuñalen por culpa de esa zorra, me voy a cabrear muchísimo».

Intento levantarme como puedo. Líri me sostiene con su ala mientras yo recobro el aliento, esperando a que la sangre vuelva a mi cabeza.

Presiona el hocico contra mi esternón y se me queda mirando fijamente con sus enormes ojos sin parpadear.

Siento una fría oleada de su preocupación en el pecho, una emoción tan rica y compleja que me resulta imposible de comprender por entero. Es como si ese sentimiento saliera del espacio entre las estrellas. Frunciendo el ceño, acaricio una de las cicatrices de su mejilla…

Le da miedo perderme. Probablemente, no ayuda el hecho de que ya haya sufrido otras pérdidas, cuando Rekk mató a su anterior jinete y, luego, la obligó a establecer un vínculo que le quitó más de lo que le dio.

«Ella se ha liberado de sus cadenas, pero siente que las mías siguen donde estaban».

—Lo resolveré —murmuro acariciando el penacho que tiene entre los ojos. No sé muy bien *cómo*, pero iré paso a paso.

Cojo la brida y se la ofrezco para que la huela. Ella acerca el hocico y emite un gruñido grave mientras le enseño todas las correas y enganches.

—No es una silla de montar. —Abro una de las hebillas—. Es para que no tenga que tirar más de tus crines, pero te la puedes quitar sola.

«Por si alguna vez me pasa algo».

Un dragón sin silla no es fácil de montar, y mucho menos de controlar. No tengo ninguna duda de que la montura fue un factor que contribuyó a que Líri aceptara a Rekk en un momento dado. Joder.

«Nunca más».

Tarareando mi canción tranquilizadora, me acerco a su pecho. Ella deja caer las alas al suelo para que pueda pasar las correas de cuero blanco alrededor de su cuello y lomo y las sujete.

Estoy a punto de agarrar las riendas cuando un dolor agudo comienza a atravesarme la columna vertebral

condenadamente

despacio.

Para cuando llega a mi coxis, me están dando arcadas y tiemblo hasta los dedos de los pies.

Aprieto los puños…

La montaña comienza a dar sacudidas, como si Bulder intentara romper los picos a golpes con un martillo del tamaño de Rygun.

Al volver la vista hacia la salida de la guarida, veo al poderoso siegasable saltar desde la cornisa que tengo sobre la cabeza al tiempo que suelta un rugido atronador. La fundefauces de Pyrok lo sigue como un rayo de sol, con Roan montado en la silla detrás de su hermano, mucho más grande que él.

«Hora de irse».

Líri me ayuda a subirme a su lomo con unos empujoncitos hasta que estoy bien acomodada entre sus alas. Respiro hondo mientras me enrollo las riendas alrededor de las muñecas. Precauciones. No quiero caerme y montar una escena en caso de que Sereme me

torture mientras estamos en el aire.

Las escenas llevan a preguntas. Ninguno de nosotros tiene tiempo para eso.

Me preparo y arreo a Líri.

Sale al galope en dirección a un haz de luz difusa, sin siquiera detenerse un momento para observar el paisaje helado que nos rodea antes de saltar del saliente. Extiende las alas y se lanza al vacío. Es un pequeño instante que parece suspendido en el tiempo mientras me asomo y veo el alegre pueblo bañado por el sol, que brilla como un tesoro escondido entre las montañas.

Al contemplar las tres grandes lunas que tenemos encima, me acuerdo de la habitación de Korie, de los fundefauces y las lunas que cuelgan del techo sobre su cama, una amenaza que podría destruir este maravilloso lugar.

La sola idea me causa tal opresión en el pecho que me dan náuseas.

Aparto la mirada mientras Líri se adentra en el aire cerca del flanco izquierdo de Rygun, protegida de los furiosos embates de sus alas. Aunque siento la mirada de Kaan clavada en mi rostro, me niego a devolvérsela, segura de que me va a calar enseguida, o tal vez quiebre mi determinación de encargarme sola de esto.

«No».

El cielo se va a venir abajo dentro de menos de una docena de ciclos. Se nos acaba el tiempo para proteger todo lo que conocemos y amamos. Es importante que Kaan se centre en encontrar a ese joven feérico que al parecer es capaz de acabar con la mayoría de nuestros problemas y en proteger este pueblo con runas: *esa* es la prioridad.

No mis triviales sesiones de tortura.



Grihm

# CAPÍTULO 51

Paso el pulgar por las dobleces de la alondra de Kaan mientras observo el mundo a través de una ventana de piedra runada, lo bastante grande como para ver que la niebla tóxica está lejos de haberse disipado y sigue cubriendo el terreno calcinado.

Es densa.

Opresiva.

He oído hablar de fases como esta, en las que Gondragh refunfuña durante daes, agitado como un campo de batalla, hasta que Ignos y Bulder vuelven a calmarse. No obstante, los huevos fecundados solo permanecerán allí durante cierto tiempo hasta que eclosionen, siempre que se incuben como es debido. Y si la gran siegasable plateada se ha vuelto rabiosa, como da a entender el relato de Kilíth, y ha abandonado su nido durante largos periodos, esos huevos corren el riesgo de no eclosionar.

Eso y que el mundo parece estar en las últimas: a punto de que

le llueva una cantidad catastrófica de lunas.

Arrugo con fuerza la alondra de Kaan y me la meto en el bolsillo. Después, cojo el odre que llevo al cinto, le quito el corcho y doy un trago; el agua helada alivia mi garganta seca.

Vuelvo a taparlo y miro la pared que tengo a la derecha, con cientos de nombres grabados con cincel o cuchillo, pensando en el hombre que probó suerte hace ciclos.

Heathron.

Desapareció entre los vapores sulfúricos y nunca regresó. Probablemente acabase en las entrañas de alguna gran bestia o lo devorara una bandada de crías. O tal vez se perdiera y fuese víctima de estas inclementes tierras.

Observo su nombre, grabado profundamente en la roca naranja: la única lápida que tendrá.

Un movimiento repentino capta mi atención al otro lado de la ventana, donde hay una hembra color bronce que atraviesa los densos y turbios vapores.

La veo lanzarse en picado. Crea un torbellino ardiente al meter sus afiladas fauces en una piscina de lava burbujeante, recoge un poco y vuelve a elevarse al cielo, donde se la traga el humo tóxico. Sin duda, se dirige a su nido para verterla sobre sus huevos.

—Me preguntaba dónde te habías metido.

Miro por encima del hombro a Kilíth, que levanta la tapa de la cuba del agua para llenar su odre. Tiene a su cría dorada recostada en el hombro, que duerme con las alas extendidas sobre su pecho, como si lo abrazara. He llegado a la conclusión de que es hembra basándome en que no tiene la cabeza tan cuadrada ni tantas púas en la cola, pero es difícil saberlo con certeza tan pronto. Me siento reconfortado al verlos, una prueba fehaciente del fuerte vínculo que ya han forjado a pesar del caótico nacimiento. Cada vez que los veo, el dragón duerme sobre el hombro de Kilíth con el vientre tan lleno de carne que lo tiene abultado.

Kilíth me mira de arriba abajo y frunce el ceño. Observa mi vestimenta de cuero color óxido, grabada con miles de runas refrigerantes que harán que el tiempo que hace fuera de la cabaña resulte al menos tolerable. Posa los ojos en mis gruesas botas, cuyas

suelas tienen púas, y en las piquetas que llevo colgadas del cinturón.

Enarcando una ceja, extiende la mano para que le pase mi odre.

—¿Te vas? —pregunta, y asiento mientras lo llena por completo, algo que agradezco.

Es casi imposible encontrar fuentes en Gondragh, por lo que me hará falta toda el agua que sea posible.

Me devuelve el odre.

Lo tapo y agacho la cabeza, mirando por la ventana…

Un violento bum sacude el suelo.

La ansiedad me oprime el pecho, amenazando con partírmelo, mientras una cumbre lejana comienza a escupir al cielo. Va seguido de una nube de humo negro, el cual acabará asentándose en los barrancos entre las innumerables montañas y empeorará aún más la visibilidad, pero ya he tomado una decisión.

El destino ha fijado estas condiciones. Sin duda, una prueba.

Me meto la mano en el bolsillo y saco la alondra hecha una bola de Kaan y otra doblada a medias, y se las paso a Kilíth.

—¿Basura que quieres que tire? —pregunta señalando con la barbilla la alondra de Kaan.

—Una nota de nuestro rey. Creo que es importante que la leas.

Kilíth abre los ojos, los baja a la nota y vuelve a mirarme.

—¿Cómo…?

—Si no regreso dentro de siete ciclos, por favor, dobla el último pliegue de la otra alondra. Sabe adónde tiene que ir.

Agacha la cabeza y se golpea el pecho con el puño.

—Por mi honor.

Miro la pared que tiene detrás, observando los cientos de nombres grabados en ella, así como los espacios en blanco que hay entre ellos, donde caben cientos más.

—Me llamo Grihm —murmuro; me cubro la cara y me echo el equipaje a la espalda. Antes de dirigirme al túnel de salida, saco la daga de escamas de dragón plateadas de la funda que llevo en el muslo—. Por si acaso.



Veya

# CAPÍTULO 52

Un fuerte golpe en las rodillas me saca de la cálida oscuridad como si fuera veneno extraído de una herida al tiempo que me llegan unas voces ásperas como humo en el viento.

—Justo donde la miskunn dijo que se encontraría.

—… nuestro rey estará complacido.

Respiro aire cargado de ceniza y polvo, así como del hedor lejano a carne quemada, y suelto un gemido al ver los grilletes de hierro que tengo en las muñecas.

«Por todos los Creadores… ¿Ahora qué?».

Me revuelvo al notar que tiran de mí unas fuertes manos, clavando sus gruesos dedos en mi hombro herido como si fuera una maldita asa.

—Para —balbuceo tratando de levantar la barbilla del pecho para echar un vistazo a mis captores, pero la cabeza me pesa como una piedra. Así, solo puedo mirar el suelo de piedra gris, con zonas desiguales que golpean de vez en cuando mis pobres rodillas. Eso y las botas negras que rozan los bajos de las capas manchadas de hollín que llevan mis captores mientras avanzan por un túnel oscuro entre destellos de fuego.

Dan unas pisadas tan fuertes que me hacen temblar a pesar del

magma que me corre por las venas.

—Puedo… caminar.

Es mentira, por supuesto: no puedo caminar. Apenas puedo respirar. Pero el silencio que sigue confirma mis sospechas: que los dos que me arrastran por esta cueva no tienen buenas intenciones.

«¿Debería haberme arriesgado con los corvos?».

Me pesan los párpados, así que cierro los ojos mientras el mundo sigue raspándome, y paso un buen rato notando los giros y vueltas que damos. Me quedo con el recorrido mentalmente hasta que se convierte en un laberinto en mi cabeza.

Las paredes se derrumban.

Caigo al suelo como un saco de huesos, aunque mi frente se lleva la mayor parte del golpe.

—Eso no ha estado… bien —mascullo llevándome la mano a la funda, pero descubro que está vacía, y la de mi bota izquierda también.

«No tiene sentido comprobar la derecha».

Lo que hago es concentrar mis fuerzas en ponerme de rodillas, apoyando las manos en el suelo calizo, y dejo la cabeza gacha hasta que me veo capaz de levantarla.

Me quedo quieta.

Estoy en una caverna espaciosa llena de objetos cubiertos de ceniza…, aunque apenas se ven por la escasa luz que llega de las antorchas que hay en las paredes lejanas: adornos rotos, candelabros de otra época, escudos con escamas de dragón y placas de armadura oxidadas que parecen haber sido sacadas de tumbas olvidadas hace mucho tiempo. Todo ello colocado con precisión en montones altísimos que se asemejan a…

El corazón me da un vuelco.

«¿Estoy en la guarida de una trogg peluda?».

Al volver la vista, veo a mis dos custodios con capa negra detrás de mí con las manos entrelazadas. Ambos llevan una máscara de bronce con pico afilado que brilla a la luz del fuego. Me recuerda a algo que vi en una ilustración de un libro hace muchas fases, aunque no consigo identificar lo que era.

De todos modos, hay una cosa clara: esta opresión que siento en

el pecho… me dice que me largue de aquí a toda mecha.

Ahora mismo.

Me dispongo a levantarme.

Apoyan una mano firmemente sobre mi hombro herido y me sujetan con fuerza, inmovilizándome por el dolor.

Estoy soltando una serie de improperios cuando un estruendo retumba por las paredes, como si estuviéramos en las entrañas de una gran bestia de piedra.

—Chisss, Cliár. —La grave voz llena la caverna, seguida de una frase enardecida que me eriza el vello de la nuca—. *Hussah tha vish ui ash, seethen…*

Brota fuego de dos antorchas en una pared lejana, sierpes llameantes que se deslizan alrededor de los numerosos montones de objetos acumulados, revelando la vastedad de esta caverna repleta de tesoros, lo que me hace sentir diminuta.

Se sumergen en dos cuencos gemelos de bronce llenos de aceite, estallando en llamaradas furiosas que iluminan una tarima que se alza sobre mí amenazante. En lo alto, hay un enorme trono del que se alzan picos en todas las direcciones, formado por un mosaico de fragmentos que observo con los ojos entornados.

Estudiándolos.

La mayoría de ellos son coloridos y tienen alguna pluma que otra. Algunos lucen los agradables tonos del norte, con destellos de escamas festoneadas…

«Fragmentos lunares».

Al examinar el tesoro de fragmentos disparejos artísticamente ensamblados, reconozco unos trozos malva pertenecientes a la luna de fundefauces que cayó hace poco en La Bruma. Aunque en su mayor parte está fabricado a partir de otras bestias pertenecientes a un pasado del que ya apenas queda nada.

La visión hace que se me encoja el corazón, pero son tres fragmentos plateados los que me dejan sin aliento, pues solo hay dos plumalunas de color plata en nuestra historia reciente, y solo uno de ellos ha caído.

Y ha quedado hecho añicos.

«Slátra».

Una presencia pasa corriendo a mi lado como una sombra imponente con un aroma masculino, arrastrando el bajo raído de su capa negra por el suelo, cubierto de ceniza.

El desconocido sube a la tarima sin hacer ruido, se da la vuelta y se sienta en el trono, dejando una corona de color claro sobre el gran reposabrazos, una corona hecha con lo que parecen ser los afilados dientes de alguna bestia.

Frunzo el ceño, escrutando al recién llegado, que ha cerrado el puño y lo utiliza como apoyo para la barbilla.

Aunque su rostro queda oculto por la sombra de la capucha, sus ardientes ojos brillan en la oscuridad.

Observando.

—Quienes vagan bajo mi montaña rara vez se marchan…, Veya Vaegor.

Sus graves palabras me resuenan por la piel, atravesando los músculos, los tendones y los huesos.

«Sabe cómo me llamo».

Esforzándome por mantener la voz firme y decidida, pregunto:

—¿Quién eres?

—Tu única esperanza de salvarte, al parecer, a juzgar por el hedor de esa herida que tienes en el hombro.

Hay un momento de silencio y, después, levanto mis grilletes y los sacudo, haciendo repiquetear las cadenas. La reverberación me da una idea de lo enorme que es la caverna.

—Cualquiera lo diría.

—Precauciones. —Tamborilea con sus esqueléticos dedos sobre las afiladas puntas de la corona—. Tengo entendido que te arrodillaste ante Bulder hace muchas fases. Aunque tal vez no lo oigas tan bien como tus hermanos, considerando tu linaje y tu ferviente devoción, no me cabe ninguna duda de que él te favorecería a ti antes que a la mayoría de mis subordinados.

Sus palabras me cortan las venas como esquirlas de hielo.

No sé cómo ha averiguado esas cosas, pero no es buena señal.

Esbozo una amarga sonrisa que me tensa las mejillas.

—Quizá me sobrevalores.

—Lo dudo.

Se produce un silencio sepulcral.

Me observa mientras da golpecitos con los dedos sobre las puntas afiladas, tac-tac-tac. Al fijarme en sus dedos se me para el corazón, pues los tiene ensangrentados; se los ha mordido hasta dejárselos en carne viva.

«Está sediento de sangre».

«Demasiado».

—Dime, Veya. —Poso la mirada en sus fieros ojos y se me dobla la vista; luego, converge de nuevo—. ¿Te gusta mi palacio? —Extiende las manos, mostrando su tesoro de tal manera que me recuerda a la trogg peluda, solo que, no sé por qué, me sentía más segura en su guarida.

Con más control.

—Eh… —Me tambaleo y sacudo la cabeza mientras recupero el equilibrio—. Tienes muchas cosas.

—Sí. —Otro momento de silencio vigilante—. Tesoros recogidos. Todos tirados a lo largo de las fases. Considerados carroña.

«Carroña…».

Joder.

—Eres el Rey Carroñero. —Observo su corona, las puntas de sus dedos, sus brillantes ojos rojos—. Gobiernas las arenas de combate en el interior de la montaña con los razah.

—Llámame Arkyn. —Deja los dedos quietos—. Cuando miras a tu alrededor, ¿qué ves?

—Soledad.

Suelto la palabra sin pensarlo, reprendiéndome mentalmente por ser tan estúpida. Estoy ante un hombre famoso por tirar gente a las abrasadoras arenas de Khindard. ¿Quién dice que no va a arrojarme a mí también por mi brusca respuesta?

Él emite un murmullo grave desde lo más profundo de su garganta, fingiendo calma, aunque la tensión que hay entre nosotros lo delata, tanta que cada vez que respiro mi corazón late más fuerte.

Más rápido.

—Tengo curiosidad —murmura—. Tu pah, ¿cómo era?

—¿Por qué?

Se encoge de hombros.

—Solo intento hacerme una idea de tu carácter.

Frunzo el ceño.

Hay dos tipos de personas en este mundo. Unas son las que creen en la forma de gobernar de Ostern Vaegor: respetar solo el poder, sembrar su semilla en todos los rincones del mundo y asegurarse de que su mentalidad corrupta se extienda. Y luego están las que lloran la pérdida de quienes gobiernan con todo su corazón, valorando por igual a gente de toda clase, tenga poder o no, tenga título o no.

Como Kaan.

Como los *Neván*.

El pensamiento es veneno puro. Un brutal recordatorio de que no solo asesiné a una familia entrañable hace ya muchas fases, sino a los representantes de un ideal que hizo del mundo un lugar mejor.

—Carente de empatía —digo con voz ronca, pues estoy sin aliento y herida. Vacío mi mente de la pesada culpa enterrándola tan profundamente que apenas percibo su presencia. El agujero que queda se llena de un odio desmedido hacia el hombre que me engendró y me pican las yemas de los dedos al escupir otro torrente de palabras—. Impulsivo, cruel, agresivo. ¿Quieres que siga?

Deja quieta la mano y dice con cierta suavidad:

—Anhelabas mancharte las manos con su sangre. —Aprieto los labios—. Pero tu hermano le quitó la vida…, un parricida al que aborrecen en todos los reinos excepto en el que usurpó.

Hay algo en su manera de formular la frase que me hace enderezar la espalda.

—El que *liberó* —mascullo mirándolo con los ojos entornados mientras el aire entre nosotros se vuelve tenso y viciado, como si un mortero estuviese llenando la caverna—. Kaan es un buen rey, un buen hombre. Si alguien merecía quitarle la vida a pah era él.

Arkyn ladea la cabeza.

—Ah, ¿sí?

Frunzo el ceño y me dispongo a preguntar adónde quiere llegar…

Arkyn suelta un largo silbido bajo.

Unos estridentes arañazos en la piedra me erizan el vello de los brazos.

El silencio se vuelve palpable antes de que el inconfundible flap-flap-flap de unas alas levante un remolino de viento cargado de cenizas en la caverna. Es como si Clode se hubiera puesto un vestido con vuelo y hubiera empezado a bailar sobre todo el desbarajuste, agitando las capas de tela al dar vueltas.

Alzo la cabeza hacia la oscuridad y consigo atisbar un destello de plumaje rojizo antes de que otra ráfaga de cenizas me golpee en los ojos. Me los estoy frotando cuando el suelo tiembla con un aterrizaje, seguido del chirrido de unas garras arañando la piedra.

Un espantoso graznido rompe el silencio, desprendiendo olor a humo y a carne en descomposición. Me da un vuelco el corazón.

Aparto los puños de mis ojos…

Se me acelera el pulso al ver asomar un afilado pico dorado de las tinieblas sobre la cabeza del Rey Carroñero; la bestia suelta columnas de humo de las fosas nasales, que tienen forma de lágrima.

La criatura emerge de entre las sombras, con el rostro envuelto en un plumaje rojo que se riza en las puntas, cuyo brillo me sobresalta. Parece salida de uno de los libros ilustrados que Kaan me leía de pequeña.

Me quedo quieta, conteniendo la respiración.

Le doy vueltas a la cabeza a toda velocidad.

Tengo visiones… o tal vez sí que muriese en las frías llanuras y ahora los corvos se están dando un festín con mis restos. Eso o esta fiebre tan alta me está haciendo alucinar.

Porque eso es un ave Elding, una criatura que solo existe ya en las leyendas, descrita por los narradores o pintada en las paredes de cuevas ancestrales. Se le dio caza hasta que acabó extinguiéndose. Se cree que las pocas que quedaron volvieron al *Libro de Voyd*, de donde procedían, pues habían nacido en otro mundo.

O al menos eso es lo que me dijo hace tiempo una arpista nacida en el sur. Claro que estaba colocada, dando caladas a un palo de fumar con hierbas que yo le había proporcionado. Yo también lo estaba y, sinceramente, me interesaba más ver cómo movía sus preciosos labios mientras imaginaba cómo sería tenerlos presionando… *otra parte*.

Ahora desearía haber prestado más atención.

El ave Elding chilla, mostrando sus fauces de dientes afilados, entre los que quedan restos de carne y hueso, y extiende sus enormes alas, cuyas puntas doradas rozan las paredes de la caverna. Enmarcan a la perfección a Arkyn, como si las alas fueran suyas.

Avanzan con un pam, envolviendo la tarima. La bestia agacha la cabeza y acaricia con el hocico al Rey Carroñero.

Me los quedo mirando, con mil palabras trabadas.

Arkyn clava los dedos en el plumaje rojizo de la bestia, rascándola con fuerza. El ave Elding responde gorjeando con los ojos cerrados. Una muestra de entrega total, el tipo de amor con el que ni siquiera puedo soñar… Eso hace que me dé cuenta de que no estoy alucinando, ni tampoco muerta.

Lo que sí que estoy —muy probablemente— es bien jodida.

—¿Quieres que te cuente una historia, Veya?

—No —respondo con voz ronca observando cómo enreda su esquelética mano entre las hermosas plumas rizadas del ave—, pero supongo que no tengo otra opción.

El sonido gutural que emite confirma mis sospechas.

—Había una vez un joven bastardo —murmura hundiendo la mano aún más en el pelaje de la bestia. Su tono me lleva a creer que está hablando de sí mismo—. Aunque su mah no era más que una mera sirvienta, su pah esperaba que heredara su sangre y fuera capaz de manejar tres canciones elementales. Imaginarás su decepción cuando el niño solo podía oír a Ignos al alcanzar su décima fase.

Se me tensan los huesos, pues la historia… *me suena*. Es como si tocase un instrumento moldeado con mi esencia.

—Poco después, su pah conoció a una feérica a la que se consideraba la más bella que había pisado las tierras al norte del muro, procedente de un antiguo linaje dotado con el canto de Bulder.

El ave Elding levanta la cresta, lo que le da aspecto de llevar una corona de llamas, y clava sus ojos con reflejos dorados en mí, entrecerrándolos de tal modo que no me cabe duda de que está

imaginando cómo sería picarme los ojos.

—Se unió a ella y la llevó al norte para que se sentara a su lado en su trono de bronce.

Se me corta la respiración.

«Bronce…, trono…».

—Poco después de unirse, Kovina comenzó a llenarse de una nueva vida —dice pronunciando el hermoso nombre de mah con una languidez que lo enturbia, faltándole al respeto—. Un heredero *legítimo*.

«Kaan».

—Como imaginarás, Ostern perdió el interés por la mah del bastardo. Mientras esta sucumbía a las penurias de su vida anterior, una vez más víctima de los brutales miembros del ejército de Ostern Vaegor, Kovina prosperaba.

Se me cierra la garganta por las ganas de vomitar.

—Kovina…, bueno, Ostern la protegió, de una forma que nunca se le brindó a la humilde mah del niño.

—Basta.

Mi voz reverbera por la caverna, seguida de un silencio voraz. No es que dure mucho… Las siguientes palabras de Arkyn son tan duras como la piedra sobre la que estoy arrodillada.

—El niño acababa de enterrar a su mah cuando le lanzaron un cubo y le dieron el título de *sirviente*, obligándolo a fregar el suelo mientras mimaban a su hermano.

Noto un dolor punzante en los ojos.

—A Kaan Vaegor le dieron el título de *hijo*.

Arkyn acaricia la cresta de la criatura, acurrucada contra su pecho. Me muerdo la lengua ante las ganas de corregirlo, de decirle que su favoritismo por Kaan solo duró hasta que este fracasó en oír más de dos canciones elementales. Que fue sometido a azotes de fuego. Que lo enterraron en tumbas de las que se vio obligado a salir balbuceando, viéndose ridiculizado por su tartamudez. Que, cuando nacieron los gemelos, a Kaan lo arrojaron a las llanuras.

Que le dijeron que se curtiese o muriera.

—A pesar de todo, el estúpido chico quería a toda costa que su pah se sintiera orgulloso de él, que viera su valía. Quizá incluso

ganarse el mismo título.

Se me rompe el corazón al oír esas palabras.

Yo también conozco lo que supone el desprecio de un pah. La diferencia es que yo tuve un modelo constante que me hizo sentirme querida y comprendida, un hermano que me crio y me educó para ser fuerte y capaz, en lugar de dejarme llevar por tendencias malsanas que me hicieran tirar mi vida por la borda como si no valiese nada.

—No quiero oír más.

—El niño… —continúa Arkyn— recordó una nana que su mah le cantaba para dormir, una balada sobre un ave Elding que había construido un nido en las montañas tras sobrevivir a las cacerías que habían acabado con su especie en nuestro mundo. Fue en busca de la bestia y encontró tres huevos de oro.

Dirijo la vista al ave Elding, que trina en el flojo abrazo de Arkyn, acurrucándose más contra él, como si buscara consuelo.

—En lugar de saquear el nido, hizo un trato con la bestia y recibió un huevo a cambio. Un huevo que llevó a Dhomm y le entregó a su pah. Pero Ostern no se alegró tanto como el niño esperaba.

Noto un temblor en la espina dorsal, que me sacude ligeramente.

Luego, más fuerte, más rápido.

—¿Sabes lo que hizo, Veya?

—Por favor, para —susurro, pues sé bien lo incendiarias que resultaban las palabras de pah.

Lo mucho que me afectaban sus actos.

—Le dijo al niño que dejase el huevo en el suelo y, luego, le dio un pisotón con su bota.

Esa frase es un puño golpeándome justo debajo del esternón, haciendo que se me escape un gemido sordo.

—Con el talón todavía clavado en el barro, miró al niño a los ojos y le dijo que podía llevarle todos los huevos del mundo, pero que *nunca* sería lo bastante bueno para merecer el título de hijo de Ostern Vaegor. Luego, le ordenó que *corriera*.

Aprieto los ojos con fuerza y las lágrimas me resbalan por las mejillas.

—¿Adivinas lo que hizo después?

«Sí».

Una ráfaga de viento y cenizas me golpea la cara.

—Mírame.

Obedezco y ahogo un grito al advertir lo cerca que está Arkyn, ahora agachado ante mí. Se quita la capucha y, aunque lo esperaba, ver la carne arrugada y derretida del lado derecho de su cara sigue resultándome tan impactante como para que se me pare el corazón.

—Repugnante, ¿verdad?

No respondo. Observo sus labios torcidos, su ojo medio derretido, la oreja que le falta. Parece como si la carne de la nariz le hubiera empezado a gotear por la punta y se hubiese cuajado, semejando un fiero pico.

El lado de su cara que no está quemado me recuerda al rostro de Cadok, pero más delicado, más pálido. Y quizá sus ojos sean menos demenciales. También advierto más dolor en su corazón, cuidadosamente disimulado.

Pero yo lo veo.

—De no haber sido por Cliár, habría muerto ese dae. Pero ella me salvó.

Miro por encima de su ancho hombro hacia el ave Elding, que ahueca las plumas, y sus motas doradas se vuelven tan luminosas que brillan en la oscuridad, haciendo resplandecer su majestuosa figura.

Alardeando de lo inmensa que es.

Trago saliva y dejo vagar mi mirada, recorriendo con la vista los montones de objetos que nos rodean: armas, trozos de armadura, cascos…

Recuerdo la historia. Pienso en que su sed de sangre resulta brutalmente evidente mientras una espantosa certeza se apodera de mí, clavando sus garras en mi agitado corazón.

Mis siguientes palabras son un pesado susurro:

—Quieres el trono de bronce.

Sin mediar palabra, se me queda mirando, dejando que me ahogue en esa certeza.

Poso la vista en las puntas ensangrentadas de sus dedos y los

imagino desgarrando a Kaan, o empuñando una espada contra su cuello, rebanándoselo…

—Kaan no se parece en nada a nuestro pah —estallo—. Ostern reprendía a Kaan precisamente por tener buen corazón. Se lo echaba en cara como si fuesen latigazos…

—Meras *caricias* en comparación con su modo de tratarme a mí. —La oscuridad se apodera de la mirada de Arkyn y su voz se convierte en un hacha que atraviesa la caverna—. Kaan creció a salvo en el vientre de Kovina, mientras que a mi mah la violaron y golpearon hasta que murió, sola en su cama, mientras yo fregaba el retrete en el que nuestro hermano aún no llegaba a cagar.

—¡Algo que a Kaan le dolería mucho saber!

—Luego le quitó la vida a pah, privándome de mi derecho, bien lo saben los Creadores, a hacerle pagar.

—¡Para vengar a la mujer que ama!

Arkyn ladea la cabeza como un pájaro, un gesto de depredador que me hace sentir un escalofrío por la espalda.

—¿Que ama, dices?

Cierro la boca de golpe.

«Joder. Joder. Joder».

—¿A *quién* ama?

Cierro los ojos, apretándolos con fuerza.

Tras un largo silencio, Arkyn chasquea la lengua, se levanta de un salto y se da la vuelta para correr a su trono. Una vez acomodado en su sitio, levanta la corona dentada y se la pone. Mirándome con una sonrisa cruel, da una orden que me sacude hasta lo más profundo.

—Worin, tráeme a Guíll. Hazle saber que tengo una mente que necesito que registre.



# CAPÍTULO 53

Raeve

Le saco el corcho a mi odre y doy un profundo trago mientras observo los opresivos árboles grises que se alzan sobre nosotros como bestias acechantes. Son antiguos, tan altos como la envergadura de Rygun y mucho más gruesos que su cuello. Sus densas copas permanecen ajenas a los numerosos fundefauces que chillan en el cielo, por suerte fuera de nuestra vista.

Lo que cambiará al instante en caso de que adviertan nuestra presencia.

Guardo el odre en el zurrón y sigo adelante hasta alcanzar a nuestro grupo, que va en fila india por entre arbustos frondosos, apartando unas ramas con tantas hojas que parecen barro goteando.

Algo tan abundante en este bosque que resulta desagradable.

Eso y nubes de insectos que se mueven entre las altas copas y el húmedo y blando suelo. Su zumbido es bueno para disimular nuestros pasos hacia Bhoggith…, que se halla *en algún lugar* a cierta distancia. Cerca.

Espero.

Por desgracia, no puedo preguntar cuánto camino nos queda por

recorrer.

«Nada de hablar hasta que lleguemos a la cabaña del árbol», nos ha advertido antes Kaan mientras nos echábamos barro en la capa con la esperanza de enmascarar nuestro olor y confundirnos con la maleza. Hemos dejado a nuestros inquietos dragones en las colinas del norte antes de embarcarnos en este dae de viaje a través del fango.

Aparto otra rama con la mano y siento un dolor en el pecho al acordarme de cuando me senté a comer el pan de mantequilla de Essi mientras hojeaba uno de sus libros de gente inteligente que había abierto sobre la mesa. Era un diario de viaje, con elaborados bocetos de las tres zonas de anidación y sus fieros habitantes.

Hablaba de la antigua leyenda de Bhoggith y decía que este lugar no es más que una gran herida pantanosa en el mundo. Que lo creó la luna de un fundefauces que cayó con tanta fuerza que agrietó la capa interna del mundo, provocando que el magma saliese a la superficie. Eso ablandó el suelo y arrancó trozos de pared. Y creó barro.

Barro.

Dichoso barro.

Planteaba que la grieta se había extendido hasta que estos árboles echaron raíces, estabilizando las cosas. Árboles que ahora los fundefauces respetan y protegen.

Al parecer, rara vez traspasan sus copas, y desde luego no arrancan estos árboles para construir sus nidos. De hecho, se dice que poner un pie en el bosque de Harthor es una sentencia de muerte a manos de los dragones si no se es lo bastante sigiloso, por lo que es un camino poco transitado. Contamos con eso para conseguir llegar a las zonas de anidación sin encontrarnos cara a cara con las tropas de La Bruma.

De todos modos, son la menor de mis preocupaciones ahora mismo.

Otro dolor agudo me rebota por cada vértebra como piedras saltando sobre el agua y estoy a punto de caer de rodillas por tercera vez desde que comenzamos esta horrible caminata en silencio. Me apoyo en un árbol, sintiendo espasmos en los músculos

por el rápido ataque.

Veo a los demás desaparecer tras otro árbol cuando me siento capaz de volver a incorporarme, aunque los músculos de mi espalda se niegan a relajarse y me duelen como si me hubieran apaleado.

Con los puños apretados, echo a andar, haciendo crujir mi cuello girándolo de un lado a otro.

Al rodear el árbol, estoy a punto de chocarme con Pyrok, que se ha detenido y tiene la vista clavada en el cielo.

Frunzo el ceño y sigo su mirada. Atisbo el destello de una cola sedosa, aunque sin su luminosidad habitual, deslizándose tras una rama llena de hojas.

Se me encoge el corazón.

«Líri».

Mierda.

Derribo mis muros internos, abriéndome a sus emociones, y me veo bombardeada por una gélida avalancha de preocupación que casi me deja sin aliento.

Suspiro, pues tengo claro que estoy destinada a estar rodeada de gente y seres que se preocupan demasiado.

Que se preocupan tanto que se ponen en peligro.

Miro a Pyrok, que, a pesar de tener las cejas cubiertas de barro, las ha alzado tanto que le rozan el nacimiento de su llameante cabello. Tiene un «¿qué vas a hacer al respecto?» escrito en la cara.

«Nada».

No hay literalmente *nada* que pueda hacer. Ni de coña va a regresar a las malditas montañas con ese torbellino de emociones agitándole el pecho.

Le doy un golpecito instándolo a seguir andando, pues es mejor fingir que Líri no está y esperar que todo vaya bien.

Está callada, y en cierta manera camuflada. Mientras permanezca entre las copas de los árboles y no haga nada para atraer a los fundefauces que rugen por el cielo, todo irá bien. Y, si algo sale mal…, pues bueno.

Parece que le gusta comerse mis problemas.



Kaan echa un vistazo por encima del hombro hacia nosotros, apiñados detrás de una enorme roca rojiza, hundidos hasta los tobillos en un barro hediondo.

Se lleva el dedo a los labios y, luego, señala un árbol larguirucho a menos de treinta pasos cuya base está cubierta de un musgo que parece lo bastante resistente como para no tragarnos.

Agazapado, avanza pegado a unos arbustos raquíticos que tiene a la izquierda. Cada uno de sus pasos es lentísimo, cuidando de que sus botas no chapoteen, un ruido que solo podríamos permitirnos un poco más adentro del bosque.

No aquí, justo en el límite de las zonas de anidación, donde el follaje es tan fino que apenas se nota, donde un movimiento más rápido de la cuenta atraería miradas indeseadas y acabaríamos chamuscados por el aliento de un dragón.

Lo sigue Roan y, luego, Pyrok, más lentos que el magma endureciéndose. Yo voy detrás, aunque me detengo un momento para retirarme un poco la capucha y asomarme por entre los arbustos. Compruebo así que el mundo se abre al otro lado: el denso bosque da paso a una vasta extensión de pantanos burbujeantes que despiden vapores y azufre.

Observo los montículos cubiertos de musgo que sobresalen de la superficie hasta donde alcanza la vista, algunos más grandes que otros. Sirven también como postes de anidación y sobre cada uno hay un nido esférico que semeja una luna.

Cada nido, formado por palos, árboles y enredaderas, tiene una sola entrada: un agujero lo bastante grande como para que quepa un dragón y, una vez dentro, sea capaz de girar y acurrucarse sobre sus huevos. El pantano está lleno de vida con tantos fundefauces coloridos revoloteando mientras sueltan chillidos. Algunos llevan presas colgando de sus garras; otros, palos o árboles que han arrancado del suelo, con raíces y todo: materiales de construcción de nidos que van a romper, juntar y empujar hasta que estén en el

lugar perfecto.

Al mirar al cielo, no consigo ver la aurora debido a las espesas nubes, aunque deduzco que es tarde por el alboroto. Eso y que la mayoría de los nidos parecen tener tanto a la hembra como al macho presentes, con el segundo posado en el montículo o volando en círculos cerrados sobre él: protegiéndolo.

«Supongo que no recogeremos el fragmento lunar hasta que no se alce la aurora».

Doy otro paso justo cuando un dolor agudo comienza a subirme por la espinilla y me alcanza hasta la médula.

Se me doblan las rodillas sobre el barro, donde hundo las manos hasta las muñecas, mientras respiro a duras penas con los dientes apretados. Busco la figura de Kaan, que se aleja, y en silencio ruego que no elija justo este momento para echar otro vistazo por encima del hombro.

Pasan unos tensos segundos mientras me enfrento al dolor, maldiciendo en silencio el nombre de Sereme, su fecha de nacimiento.

El puto color que tanto le gusta.

Trato de controlar el temblor que me sacude todo el cuerpo hasta que por fin cesa y echo un vistazo a Líri, que me mira posada en una gruesa rama sobre mi cabeza. Aunque no emite ningún ruido, percibo su preocupación vibrando en mi interior como un arco tensando las raídas fibras de mi corazón.

La colmo con todas las emociones serenas que soy capaz de reunir al tiempo que me trago el infierno de ira helada que me bulle en el fondo de la garganta. Lo último que quiero es que comience a vengarse a diestro y siniestro sin que yo esté presente.

Poco a poco, saco las manos del barro y me las limpio, enfadada conmigo misma por haber aguantado durante tanto tiempo las torturas y el control de Sereme. Debería haber encontrado una forma de librarme de este vínculo de sangre hace mucho tiempo.

«Un poco de libertad y, de repente, todo se ve diferente».

Me cuesta disimular la cojera mientras me aproximo a nuestro pequeño grupo, ahora reunido al pie del árbol. Por suerte, todos están demasiado ocupados observando a Roan rebuscar en silencio

en su zurrón como para darse cuenta de que he estado a punto de comerme el barro.

Roan vierte un frasco de elixir marrón en la palma de su mano y lo unta sobre una protuberancia del tronco, revelando una línea de runas luminosas que empiezan a chisporrotear. Se abre una puerta oculta hacia el interior.

Kaan me echa un rápido vistazo y, al ver el barro fresco en mis manos, frunce el ceño, pero se agacha y logra pasar por el hueco a duras penas. Roan lo atraviesa con más facilidad, mientras que a Pyrok le cuesta casi tanto como a Kaan y no es capaz de bajar la cabeza lo suficiente como para evitar golpearse.

En cuanto paso yo, la entrada se cierra con un glup-glup, sumiéndonos en la oscuridad.

Kaan abre la tapa de su vial.

—*Heish ath sith, vista thah.*

Un escalofrío me sube por la espalda cuando unas pequeñas llamas comienzan a revolotear por el hueco del árbol y van a parar a varias antorchas de la pared, revelando unas escaleras de caracol que llegan hasta donde me alcanza la vista.

Me aclaro la garganta dejando caer el zurrón y, luego, me desabrocho la capa negra llena de barro y la cuelgo en la pared junto a las demás. Después de limpiarme las manos, me arrodillo y empiezo a desatarme las botas, pero sigo sintiendo espasmos en los músculos y estoy a punto de perder el equilibrio, algo que añade otra buena dosis de enfado a mi ya tambaleante pila.

—Podemos turnarnos para lavarnos. El baño está ahí abajo —dice Kaan pisando algo que suena hueco.

Al mirar por encima del hombro, veo que es una trampilla. Me levanto, me quito las botas y empiezo a desenfundar mis dagas. Una por una, compruebo las hojas, asegurándome de que estén afiladas.

Afiladas como para rajar a Sereme.

—La bestia no se va a mover del nido hasta la aurora. Podemos quedarnos aquí a resguardo para comer y descansar mientras Roan termina ese invento suyo destinado a localizar al joven protegido. —Las palabras de Kaan se mezclan con el ruido de fondo de todos los demás quitándose las botas y el zurrón, aunque lo oigo a la

perfección cuando dice—: ¿Sabes que Líri nos ha seguido?

—Sí —murmuro enfundando una daga y sacando otra—. Por suerte, parece comprender la necesidad de guardar silencio y no dañar ninguna rama.

—Raeve.

—Kaan.

—Mírame.

Con las cejas arqueadas, me doy la vuelta y paso la vista desde las mangas enrolladas de su túnica marrón hasta el cuello, que deja entrever su amplio pecho cubierto de vello. Me encuentro con sus ojos color carbón, cálidos a la luz del fuego, aunque ensombrecidos por la preocupación.

Frunce el ceño y me examina de pies a cabeza.

—Esta es una misión encubierta. No hemos venido a matar a nadie.

«Si él supiera».

—Estamos en territorio enemigo. —Guardo la daga, recojo mi zurrón del suelo, me lo echo al hombro y vuelvo a mirarlo a los ojos —. Tal y como yo lo veo, no ir preparados es como cavar nuestra propia tumba en el fango.

Se me queda mirando un buen rato y, luego, gruñe mientras se echa el zurrón al hombro, se da la vuelta y encabeza la subida por la escalera de caracol.

Roan va tras él.

Espero a que Pyrok avance, por si Sereme decide volver a tomarla conmigo, pero se queda ahí parado mientras los demás se alejan. Una vez que los perdemos de vista, se vuelve hacia mí y se me queda mirando mientras se muerde el pendiente del labio. Es algo que he notado que hace cuando le está dando vueltas a algo.

—Te comportas de un modo extraño desde que te encerraste en la habitación. —Abre su petaca—. ¿Te pasa algo?

Lo veo dar un sorbo profundo, como si estuviera tomando aire, mientras me pregunto si no debería preocuparse más bien por sí mismo.

—Ya me conoces, Pyrok. Solo estoy divirtiéndome. —Le doy una palmada en el hombro y lo animo a que suba las escaleras. Estoy

segura de que no voy a descansar esta duermevela.

No del todo.

Voy a tener que enfrentarme a mi lago interior y prepararme para tragarme algún que otro trauma en la gélida zona de trueque de mi Otra a cambio de una dosis más del lenguaje descarnado de Bulder.

Sereme se está esforzando mucho para doblegarme, sin duda esperando que me arrastre por su fea puerta y le bese sus botas moradas.

Se va a llevar un chasco, porque lo único que está consiguiendo es llenarme de vehemencia, animándome a tragar más palabras de Bulder, lo bastante duras y afiladas como para destrozarla.

O, como mínimo, para hacerle replantearse a esa maldita víbora sus decisiones vitales.



# CAPÍTULO 54

## Raeve

Vacío mi zurrón sobre la cama que he elegido. Uno de los sorprendentemente lujosos diecisiete rincones que hay tallados en el interior del árbol en esta planta inferior. Otro tramo de escaleras conduce al segundo piso, que cuenta con una cocina, más zonas para dormir, una gran cantidad de ventanas con vistas y estanterías repletas de objetos perdidos que Pyrok se apresuró a revisar nada más entrar, dado que se ha olvidado de traer otra muda.

—¿Tenéis hambre? —pregunta Kaan, sentado en un banco con forma de garfio que domina el espacio, mientras rebusca en su zurrón, del que va sacando paquetes con víveres que deja sobre el mullido tapizado de retales.

Desde arriba, Pyrok grita con entusiasmo, mientras que su hermano responde con un gruñido, poco convencido.

—Yo no —murmuro volviendo a meter algunas cosas en mi zurrón.

—¿No tienes hambre? —pregunta Kaan con una voz que amenaza con devorarme. Es como un cálido abrazo después de recibir una buena tunda que no ha ido precisamente como yo quería —. ¿A pesar de llevar todo el dae caminando?

Las ganas de darme la vuelta, lanzarme sobre él y pedirle que me abrace con fuerza son tan repentinas, abrumadoras y desconocidas que, por un momento, me pregunto qué me pasa. Entonces, caigo en la cuenta de que lo más probable es que sea un síntoma de esta explosiva sensación en mi pecho.

*Amor.*

Me lleva unos segundos serenarme. Luego, miro por encima del hombro y veo a Kaan agachado junto a su zurrón abierto, sin camisa y con esos pantalones marrones holgados que tanto me gustan, sosteniendo lo que parece un trozo de carne envuelto en una mano y una raíz verde en la otra. Acaba de lavarse el pelo y lo lleva suelto; unas gotitas se deslizan por sus anchos hombros. Una visión que casi me hace querer abrirme a Rayne y escuchar la canción que está cantando mientras recorre esa hermosa piel…

*Casi.*

En lugar de decirle lo guapo que es o que la idea de comer me da ganas de vomitar, esbozo una sonrisa.

—Ahora no, pero gracias.

Frunce el entrecejo.

Me doy la vuelta y se me borra la sonrisa mientras rebusco entre mis escasas provisiones una camisa que no esté llena de barro. Estoy desabrochándome los botones cuando noto la densa presencia de Kaan detrás de mí, cálida.

Se me tensan todas las fibras de mi ser al tenerlo tan cerca.

Me rodea con los brazos y me agarra la barbilla. Me gira la cabeza, obligándome a darme la vuelta hasta que quedamos con el pecho pegado, y me la inclina hasta que lo miro a los ojos.

—Te has hecho daño en la pierna.

«¿Cuándo ha tenido oportunidad de darse cuenta?».

—Ha sido un camino muy largo y había mucho barro. He perdido el equilibrio unas cuantas veces.

No es mentira. Solo omito el hecho de que Sereme es una sádica de manual.

—¿También te has lesionado la espalda? —Arquea una ceja.

—¿Eh? ¿Qué?

Recorre mi rostro con su intensa mirada como si estuviera

buscando todas las grietas que intento ocultar.

—Te mueves diferente.

Me enderezo y abro la boca para decir… algo justo cuando Pyrok salta los últimos escalones y aterriza con un pam tan fuerte que habría despertado a todos los dragones de Bhoggith de no ser porque el árbol está runado.

—¿Qué hay de comer? Me muero de hambre.

Aprovechando la oportunidad para evitar mentirle a Kaan, tiro mi camisa limpia sobre la cama y me alejo. Me fijo en Roan, que está sentado en la mesa redonda de madera, con todas sus tinturas y materiales de grabado esparcidos por ella.

Me quedo quieta.

Está encorvado sobre un espejo, con un palo de grabado en la mano y los ojos medio ocultos por sus rizos pelirrojos, lo que hace que el corazón se me suba tanto a la garganta que me resulta imposible respirar. Me recuerda tantísimo a mi querida Essi que, por un momento, me lleva a otra época.

A otro lugar.

Roan moja la punta de su palo de grabado en un pequeño corte en la palma de su mano y continúa grabando runas en una lámina de cobre. Lo mismo que le vi hacer tantas veces a Essi.

Casi basta para que se me hunda el pecho.

—Por todos los Creadores, Roan. —Pyrok se acerca a paso lento, con una camisa azul ajustada que le deja media barriga al aire—. Esta habitación estaba ordenada antes de que subiera y me arreglara. Me desconcierta muchísimo cómo puedes trabajar con este caos. —Se pone una gruesa bufanda amarilla y se sienta, rompiendo la costura lateral de los pantalones rojos que se ha afanado. Luego, se recuesta y se lleva la mano detrás de la cabeza.

—Es curioso, a mí me pasa lo mismo con tu presencia en general —murmura Roan, pero su hermano ya está roncando.

Kaan pasa a mi lado y me aprieta el hombro con suavidad. Un «Estoy aquí para cuando quieras hablar» silencioso que me hace sentir como la mayor idiota del mundo por estar ocultándole mi vínculo de sangre.

Siharna tiene razón: he de ser sincera con él. Pero tendrá que

esperar.

Si se lo cuento antes de consumar el asesinato, no hay forma de que me deje ir sola a matar a alguien en territorio de su hermano mientras me torturan esporádicamente. Insistirá en acompañarme y, si las cosas salen mal, tomará parte sin pensárselo dos veces.

Algo inaceptable, dado que él garantiza el bienestar de todo un reino. Hay demasiado en juego. Su supervivencia es *imperativa*.

No pienso arrastrar a Kaan ni a La Llama al puto fango conmigo. Prefiero fracasar.

Se detiene junto a la mesa, con los brazos cruzados, mientras observa el lío que tiene montado Roan.

—¿Cómo funciona?

—¿La versión resumida? —pregunta Roan sin bajar el ritmo.

—Por favor.

—Estoy construyendo una jaula para una alondra de papel. Como ya he dicho, el chico lleva un inhibidor que impide que las alondras lo localicen, pero, en cuanto termine de construir la jaula, también va a servir como un pequeño espacio aéreo neutral destinado a inutilizar el inhibidor. Entonces, solo tendremos que poner una alondra dentro y decirle que se dirija al protegido. Y…

—Usarla como brújula —termina Kaan por él.

—En teoría. —Roan hace una pausa para subirse las gafas por la nariz y pone una mueca al decir—: Es un prototipo. Y acabo de darme cuenta de que debo contar con las Nieblas Errantes si se acercan más, porque confunden bastante a las alondras. Me va a llevar un tiempo conseguir que funcione.

Se me encoge el corazón.

—¿Cuánto es un tiempo?

Desvía la mirada hacia mí.

—Un ciclo, dos como mucho…, *con suerte*. —Me dedica una torpe sonrisa de medio lado—. Es algo que requiere mucha más precisión que lanzar sangre contra una pared y hacerla explotar.

Asiento con la cabeza y me doy la vuelta mientras me aparto el pelo de la cara, ardiendo por dentro.

Bueno…, mierda.

No puedo escaparme hasta que esté hecho. Eso quiere decir

que, cuanto más tarde Roan en terminar su invento, menos tiempo tendré para presentarme ante Sereme con un corazón y dos ojos.

El plazo se agota.

Rumiando los acontecimientos como si fuesen un trozo de cartílago rebelde, me acerco a las ventanas, abro de un tirón las cortinas y ahogo un grito al ver caer a Líri sobre la gruesa rama que tengo justo delante. Se recuesta sobre ella, atenuando su brillo hasta prácticamente confundirse con el árbol, con los ojos cerrados y el hocico pegado al cristal runado.

Aunque dudo que pueda ver a través de él, estoy segura de que me percibe.

Pyrok apoya la cadera contra el alféizar y cierra la tapa de su petaca, bostezando tras su siesta reparadora de dos minutos.

—Algo me dice que la próspera colonia de meerits colgantes va a sufrir un golpe en los próximos daes.

Me encojo por dentro.

Me desplazo hacia la derecha y corro el siguiente grupo de cortinas, revelando una panorámica de Bhoggith en todo su humeante y burbujeante esplendor. Al menos, lo que no está cubierto por la niebla que ahora oculta la mitad del pantano.

Mientras paso la mirada de un nido a otro, advierto que hay un extraño sendero de piedra que atraviesa el barro como si estuviese hecho a propósito para cruzar. Sin duda, se trata de antiguos caminos que se utilizaban para asaltar los nidos, aunque de la mayoría ya no queda nada.

Mirando por entre las ramas más finas del árbol, veo que el cielo se ha despejado, revelando un *montón* de lunas de fundefauces. Se me encoge el corazón.

—No sabía que hubiera tantas en esta zona.

Kaan se acerca a mí, haciendo estremecer el lado derecho de mi cuerpo.

—¿Lunas? No las había, no hasta que Cadok ocupó el trono de piedra.

Lo observo recorrer el paisaje con la mirada, esperando a que continúe.

—Los fundefauces se emparejan de por vida. —Corre la cortina

aún más, dejando al descubierto algunos restos de la muralla que se adentran en el pantano como una hilera de gigantes encogidos en la niebla. Señala un lugar donde apenas se atisba el escarpado precipicio que se alza sobre el pantano, gemelo del occidental, como dos puños de piedra—. Ese puesto avanzado hace mucho que lo utilizan las tropas de La Bruma, al igual que el del oeste.

«Vaya, quizá este asesinato resulte un poco más complicado de lo que Sereme dio a entender».

—Mi fuente afirma que Cadok tiene a sus fuerzas trabajando desde que se alza la aurora hasta que cae, vigilando los nidos y señalando a las parejas. Está tan desesperado por llenar sus arcas de gemas de rocadragón que ha recurrido a inmovilizar a los machos, derramando su sangre en el suelo. Pocos logran llegar al cielo antes de soltar su último aliento.

El poco apetito que tenía se me va de golpe.

—¿Y las hembras? —Me cuesta decir las palabras, como si en el fondo ya supiera la respuesta.

—Se quedan sin pareja que vigile el nido mientras ellas cazan, por lo general con la salida de la aurora. —Habla en voz baja, pero con tal profundidad que siento físicamente el peso de cada palabra acumulándose en mi pecho—. Mientras el nido está vacío, lo saquean, dejando a la hembra afligida. Algunas no superan la pérdida y vuelan hacia el cielo.

Aparto la mirada, aunque eso no borra el eco de sus palabras, que se me clavan en el corazón como gotas de la morbosa lengua de Rayne. Tampoco alivia el picor que noto en las yemas de los dedos y me hace querer arrancarme la carne hasta que no quede nada.

—Es cobarde —continúa con un tono tan seco que me pregunto si no se estará filtrando a través de su vínculo la ira de Rygun—. Irrespetuoso.

—¿Hay alguna forma *respetuosa* de robar un huevo?

Me mira a los ojos.

—Hay un dicho en las llanuras, en el dialecto de mi clan: *Gurtg du at en duile… aha grug do neil.*

—¿Qué significa?

—En pocas palabras: para comer, uno antes ha de *ofrecer*.

—No lo entiendo.

—Una persona honrada no se lleva un huevo de una zona de incubación sin ofrecer nada a cambio —aclara escudriñando el pantano, que se refleja en sus ojos de fuego—. De lo contrario, le sobrevendrá un desequilibrio hasta que su corazón, su cuerpo o su alma se vean afectados. O tendrá una muerte prematura.

Reflexiono sobre sus palabras cruzada de brazos, rascándome discretamente las yemas de los dedos, mientras contemplo el pantano, y… me doy cuenta de que la niebla se ha desplazado más hacia el oeste.

Me fijo en un montículo distante y solitario, como un plumaluna atraído por la oscuridad. Está muy lejos de los demás, envuelto en bruma y enmarcado por fragmentos de la pared rota. Apenas es lo bastante grande para dar cabida al único nido que descansa sobre él.

Mi Otra se mueve tan deprisa que estoy a punto de perder el equilibrio. El frío se apodera de mí cuando ella se eleva y se detiene. *Justo* aquí.

*Justo* debajo.

Pyrok señala otro nido más cercano.

—¿Es ese el que tiene el fragmento? —Se inclina hacia delante con los ojos entornados para tratar de ver por entre las vivaces nubes que tapan la mayor parte de este cielo cargado de lunas—. Es difícil saberlo sin identificar a su pareja.

—No.

Siento las miradas inquisitivas de todos mientras clavo la vista en el nido lejano con la intensidad de una llama agonizante en busca de aire, repentinamente convencida de que nada es más importante que el tesoro sobre el que se posa esa hembra de color rosa.

Levanto la mano y lo señalo.

—Es ese.



Kaan

# CAPÍTULO 55

Los ruidos que hace Roan al trastear no logran acallar los ronquidos de Pyrok, que retumban desde el segundo piso. Una sinfonía bienvenida mientras miro más allá de Líri, que sigue recostada sobre la rama inferior del árbol como si de un brote extraño se tratase.

Armándome de paciencia, observo el nido de la hembra rosa, con mi chaqueta de cuero abrochada y mi capa colgada de un taburete cercano, esperando que salga volando.

Me lleno los pulmones tratando de aliviar la opresión que siento en el pecho, sabedor de lo peligrosa que es esta misión. Pero esta inquietud mía no dejará de carcomerme hasta que el último fragmento no esté en su sitio.

Hasta que Slátra no esté completa.

Miro más allá de Roan hacia donde se encuentra Raeve, que está tumbada sobre la colcha en su rincón, durmiendo con una de mis

camisas marrones, con el pelo esparcido por la almohada como si de tinta derramada se tratase. Tiene los labios entreabiertos, de un rojo intenso en la penumbra, como si hubiera mordido algo sangriento.

Al ver su pecho subir y bajar con un ritmo constante, se me encoge el corazón.

Ningún fragmento lunar me ha resultado fácil de conseguir; algunos los obtuve por medios de los que nunca me sentiré orgulloso, aunque tampoco me arrepiento, y otros me costaron mucho dinero, y a veces casi la vida.

En aquel entonces no me importaba, pues creía que morir me acercaría al amor de mi existencia. Habría seguido a Elluin hasta el más allá orgulloso de haber fallecido luchando por completar a Slátra. Por ella.

Ahora es diferente.

Mi muerte… nos separaría de nuevo, algo de lo que soy brutalmente consciente. No obstante, nunca estaré contento mientras Slátra siga en pedazos. Si Raeve tuviera todos los recuerdos de Elluin en su mente, estoy seguro de que entendería por qué no puedo dejarlo pasar, porque ella tampoco lo haría.

Vuelvo la vista al pantano, *esperando*.

La primera fundefauces que sale de su nido es de un azul brillante, casi del color de los ojos de Raeve. Grita al elevarse y se oye un chillido similar a modo de respuesta desde algún lugar entre las densas nubes que cubren el cielo.

El nido queda vacío solo unos instantes. Enseguida, se dirige hacia él un macho morado, rosa y rojo desde el pantano y aterriza en el montículo, frente a la entrada. Se mueve con cuidado, tratando de no pisar nada importante, y al instante da la vuelta y pasa arrastrando la cola dentro de la rugosa esfera. Queda casi completamente oculto a mi vista, apenas lo vislumbro a través de la abertura: hace rodar los huevos y ahueca las plumas para esconderlos debajo y se acomoda para pasar el dae.

Van emergiendo cada vez más hembras, pero no la que busco.

Noto la tensión burbujeando bajo mi piel hasta que, por fin, la fundefauces rosa saca su largo pico claro por la entrada del nido.

Siento su graznido gutural en lo más profundo de mi corazón, el

lamento de una bestia con un agujero en el pecho que nunca se cerrará.

Echa la cabeza hacia atrás, mirando hacia donde descansa su pareja, justo tras las nubes que pasan.

Suelta otro graznido, ahora más suave, como un saludo silencioso que cae en oídos sordos.

Ojalá supiera que la estoy escuchando, que sé lo mucho que le duele.

«Ojalá pudiera hacer que su dolor se esfumase».

El aire se enfría tan abruptamente que mi siguiente exhalación se vuelve blanca como las Nieblas.

Líri abre los ojos de par en par. Parece mirar a través de la ventana, pero estoy seguro de que no puede verla debido a las runas.

Extiende las patas delanteras, arrastrando las garras a lo largo de la rama hasta que sus hombros quedan mucho más altos que su cabeza, una postura sumisa que se acentúa cuando deja caer las alas. Parece una…

*Reverencia.*

Frunzo el ceño y se me para el corazón cuando me doy cuenta de que Raeve está a mi lado, con el pelo suelto sobre los hombros, mirando por la ventana.

Me dispongo a hablar cuando advierto que sus ojos no son los suyos…, sino *negros*, con miles de motas luminosas.

—Rayo de…

Se oye chillar a un fundefauces a lo lejos, por lo que dirijo mi atención hacia donde se encuentra la hembra rosa, que está saliendo del nido. Con las alas extendidas, se agacha ligeramente para tomar impulso y se eleva hacia el cielo.

Clavo la mirada en el único huevo de color suave que hay en el nido, junto a un fragmento plateado. Es pequeño, pero brilla con tal intensidad que resplandece en la penumbra cargada de vapores tóxicos.

Se me encoge el corazón.

Raeve avanza con los pies y las piernas desnudas con movimientos felinos en dirección a la escalera de caracol. Cuando la

veo descender sin mirarme siquiera, todo mi ser me dice que algo no va bien.

Agarro mi capa y corro tras ella. Voy por la mitad de las escaleras cuando la veo coger uno de los numerosos frascos de salida que hay en una estantería en la pared.

Lo rompe contra la madera, iluminando las runas de ocultación.

«Joder».

La puerta se abre con un fuerte sonido y dos alondras entran volando.

Raeve gruñe y echa hacia atrás la cabeza al ver el brillante mundo que hay lejos de la seguridad del árbol.

Protegiéndose la cara con la mano, parece a punto de salir a pesar de su extraña aversión a la luz, pero entonces se detiene, observa que va descalza y ladea la cabeza.

Me apresuro a guardarme las alondras en el bolsillo antes de que choquen contra mí, bajo corriendo los últimos escalones y doy un salto al llegar abajo.

— Rayo de Luna, ¿qué estás…?

Coge sus botas y se calza, pero manipula los cordones como haría una niña pequeña intentando hacer un nudo. Con un resoplido, los mete sueltos por el lateral y sale corriendo hacia el bosque. *Demasiado rápido.*

Haciendo *demasiado ruido.*

—Por todos los Creadores… —murmuro echándome la capa sobre los hombros. Cruzo la salida justo cuando ella rodea el árbol rumbo a las zonas de anidación.

Tomo plena conciencia de lo que está haciendo: va desarmada, salvo por la daga que siempre la acompaña. No cuenta con ninguna medida de protección, ni siquiera un poco de barro para enmascarar su olor.

La agarro del brazo…

Ella se da la vuelta y me empuja contra el árbol con la fiera desenvoltura de un depredador, pegando la boca a mi cuello y soltando un aliento tan frío que casi me quema la piel.

El bosque se queda quieto y en silencio. Incluso los caóticos sonidos del despertar de las zonas de anidación parecen

desvanecerse cuando siento sus colmillos rozando mi carótida, que palpita frenéticamente.

Trago saliva. Llevo la mano a sus omóplatos y noto sus músculos tan agarrotados que me hace pensar en Rygun cuando está listo para atacar…

«Las alas preparadas».

«La cola alzada».

«El fuego acumulándose en su pecho».

—Tú. Hueles. Como. Yo. Como *Rygun* —le digo pronunciando cada palabra con claridad.

Con precisión.

Haciendo todo lo posible por abrirme paso a través de lo que sea que la haya invadido.

—Te van a cercar. Te van a *matar*.

Su gruñido pierde algo de intensidad, y todavía más cuando se aparta.

Veo lo que parece ser una llama azul creciendo al fondo de su garganta antes de que cierre la boca, por lo que me pregunto si tengo alucinaciones.

Si me estoy volviendo completamente loco.

Ladea la cabeza mientras me mira de arriba abajo con sus extraños ojos azabache, y algo frío se apodera de mí. Algo que me hace sentir bien, aunque duela. Es algo que no quiero mirar demasiado de cerca para que no duela más.

—Te la devuelvo en cuanto haya terminado.

Me quedo de piedra al oír sus palabras, porque, aunque es la voz de Raeve, al mismo tiempo no lo es. Es la voz de otra cosa, algo frío y antiguo.

Algo…

«Imposible».

—Te lo prometo, pareja de mi Preciosa.

Me pongo rígido, incapaz de digerir sus inquietantes palabras.

Se vuelve hacia el pantano y se dirige a él dando unas zancadas animalescas, mientras yo me quedo desplomado contra la base del árbol, como si una antigua bestia helada acabara de hincarme los dientes en el pecho y me hubiese arrancado el corazón.



# La Otra

Kaan sigue a la Otra hasta la orilla de la ciénaga, como si creyera que las bestias emplumadas que gobiernan esta tierra van a atacarla en masa.

Y tal vez lo hagan.

Pero la Otra sabe que estos dragones indómitos no van a hacerle daño a su amada, ya que no tienen la mente sujeta a ningún vínculo y sus actos les siguen perteneciendo.

Los salvajes pueden escupir llamas e iluminar el cielo con sus bellas amenazas o intentar llevársela al nido para protegerla y adorarla, pero, a menos que se sientan amenazados, no van a hacerle daño a Raeve.

No están dispuestos a herir a alguien que ya ha pasado.

La Otra salta de piedra en piedra, aprovechando un antiguo

sendero que atraviesa el abrasador pantano. Mira hacia atrás para ver si Kaan la sigue, como esperaba que hiciese, a pesar de que los instintos de este sin duda le gritan que lo van a atacar.

Chamuscar.

Devorar.

No va a suceder.

Aunque ella huela a él, también él huele muchísimo a *ella*.

Cuando la Otra llega al final del camino, se quita el anillo de hierro de Raeve y se lo guarda en el bolsillo. Resopla al pensar en lo fácil que sería todo esto si aún tuviera sus alas. Aunque *también* ha ido en busca de las palabras de Bulder entre los recuerdos perdidos o desechados de su Preciosa, la Otra está bien equipada, pues puede dar órdenes con el dialecto que Elluin logró perfeccionar hace mucho tiempo.

El dios de la Tierra escucha, cogiendo piedras de las profundidades del fango y haciéndolas aflorar a la superficie burbujeante como ofrenda. Forma así un camino que conduce hasta el centro del pantano, donde se encuentra el nido desatendido.

Hasta donde la Otra alcanza a ver ese pequeño fragmento de plata que brilla como la luz de uno de sus antepasados. Es una llamada silenciosa a la que anhela responder con todo su corazón.

Se mueve de piedra en piedra y desaparece entre la niebla. Kaan va a cierta distancia tras ella con un fiero fuego protector en sus ojos que semeja la llama de un siegasable. Por encima de ellos, los fundefauces surcan el cielo entre alaridos, haciendo que este cobre vida con el rugido atronador de su frenético aleteo.

La Otra por fin llega a la isla del centro, la que se encuentra justo debajo de la pareja fallecida de la hembra rosa, que se encuentra en una duermevela eterna, con su ala solidificada cubriendo lo que a ella le parece un arma clavada en su pecho.

La invade la tristeza al pensar en ello, en las semejanzas que Kaan Vaegor aún no comprende.

La Otra vuelve a ponerse el anillo de hierro y se dirige al montículo cubierto de musgo mientras las ramitas sueltas crujen bajo las suelas de ese incómodo calzado que lleva. Comienza a trepar hacia el nido de piedras, hacia ese fragmento plateado que

irradia una luz fría.

Al acceder al refugio esférico que conforma el nido, la Otra percibe un olor a polvo y brasas mientras se adentra en el cubil lleno de plumas rosas y naranjas, unas plumas que pertenecen tanto a la hembra como a su pareja.

Respetuosa con el santuario, se mueve con delicadeza, dando pasos cuidadosos.

Ignorando el jaleo del exterior, se agacha junto al fragmento y, tras retirar el manto de plumas que la hembra ha dispuesto alrededor, acaricia los afilados bordes.

Un trozo de ala, bajo la que resguardaba a Allume y a su Preciosa.

El gran huevo rosado que hay junto a él capta su atención. Es de un color tenue, como la base del pico de la hembra doliente. Lo alcanza y pasa la punta de los dedos por la superficie, llena de plumas y cálida a pesar del frío de su interior.

*Sin vida.*

La Otra se concentra en los aromas del nido, abrumada por el intenso olor a aflicción de la hembra. Se da cuenta de que este huevo no estaba sin fecundar, como algunos creerían, sino que pasó demasiado tiempo sin recibir calor, quizá cuando la hembra perdió a su pareja, lo que resulta desgarrador.

La tristeza le invade el pecho a la Otra como si fuese una piedra demasiado pesada para levantarla.

Ella sabe bien lo que se siente al sentarse sobre un huevo sin vida, esperando eternamente a que eclosione. Durante *muchos* ciclos… hasta que la cinta plateada le alcanzó el corazón, cambiando el color de su piel y sembrando en su pecho una canción imposible de abarcar, infinita.

Una canción cargada de vida.

De *existencia*.

Una fibra luminosa que una vez compartió con su propio huevo con la esperanza de que le llegase la misma melodía a su Pequeña, que se encontraba en una duermevela eterna en su interior.

Siente el deseo de compartirla de nuevo. Un regalo que sabe que es temporal, como siempre son los regalos.

Como lo es todo.

Apoya las manos sobre el huevo, se inclina hacia delante hasta quedar con los labios pegados a la cálida cáscara y exhala un gélido aliento. Entonces, cierra los párpados y desenrolla un bucle de ese hilo luminoso desde lo más profundo de su ser, entregándoselo.

Regalándoselo.

Cuando vuelve a abrir los ojos, el huevo ya no es rosa, sino plateado, del mismo tono que su pequeña Allume.

Esboza una sonrisa triste y recoge el fragmento, frío en sus manos.

«Un regalo por otro».

Se da la vuelta con el tesoro pegado a su pecho y regresa sobre sus pasos por el cubil lleno de plumas. Sale justo cuando la hembra regresa y sobrevuela el nido, ahora envuelto en una densa niebla.

Suelta un chillido, con las llamas lamiéndole el fondo de la garganta, amenazando con salir.

A pesar de que tiene un cuerpo mucho más pequeño y frágil en estos momentos, con menos dientes y garras, la Otra mira a la dragona a los ojos con firmeza.

Decidida.

Sin pestañear siquiera.

La fundefauces cierra el pico y ladea la cabeza mientras se transmite un mensaje mudo entre ambas…, de una hembra en duelo a otra. Algo que se expresa con más fuerza debido al frío eco del silencio que las rodea.

La Otra inclina la barbilla en señal de sumisión, notando los ojos de la hembra clavados en ella mientras salta sobre las piedras, cubiertas de bruma.

Quizá porque percibe la vida que ahora revolotea dentro de su huevo, la hembra se precipita hacia el nido en cuanto el camino queda despejado. Después, se oyen unos chillidos: los arrullos de una mah cariñosa acomodándose y haciendo rodar su huevo bajo ella.

*Atesorándolo*.

La Otra salta de piedra en piedra mientras el resto de la bandada lanza llamaradas naranjas a través de la niebla. Estas llamaradas

queman parte de los vapores tóxicos e iluminan los fantasmas de un pasado abrasador que lleva grabados por toda su piel; miles de runas utilizadas para suavizar la delicada carne de su Preciosa… una y otra vez.

Las Nieblas Errantes honran a los muertos de un modo similar a como lo hacen los dragones, arremolinándose detrás de la Otra como alas extendidas justo cuando esta se encuentra cara a cara con la pareja de su Preciosa.

Tiene el rostro pálido y demacrado y ya no brilla fuego en sus ojos. Todo lo que queda bajo el manto de su ceño fruncido es dolor mientras contempla los grabados luminosos que cubren la piel de Raeve. Cada marca es un lamento lejano que ella nunca dejó escapar de sus labios.

Ni una sola vez.

Desplaza la mirada hacia las alas neblinosas que le salen de los omóplatos a la Otra. Traga saliva, demudado, y sus siguientes palabras no son más que un susurro:

—¿Qué eres?

—Tú sabes lo que soy, Kaan Vaegor. No estoy viva ni muerta. Antes estaba destrozada y ahora… —la Otra le dedica una sonrisa triste apoyando la mano sobre el fragmento que sostiene cerca de su pecho— casi entera.

Algo se rompe en sus ojos.

—¿Có-cómo?

La Otra no se atreve a decir la verdad, no quiere ser ella quien le rompa el corazón a este hombre tan encantador. Pero él lo descubrirá…, tarde o temprano. Antes de que todo vuelva a encajar.

Antes de que se restablezca el equilibrio.

Así pues, le cuenta otra verdad, una verdad digna de su enorme corazón.

—No hay nada que ella no haría por ti.

«Al igual que no hay nada que la Otra no haría por su Preciosa».

Kaan cae de rodillas, resollando.

—Todas sus verdades yacen como piedras en mi guarida, esperando a que alguien las encuentre. Tú eres la más brillante de todas; quizá esa sea la razón por la que ella ha sido tan cautelosa:

en su vida, las luces más brillantes se apagan.

A Kaan se le desencaja el rostro y aprieta los puños, tanto que los nudillos se le vuelven blancos.

—¿Quién le hizo daño?

«Demasiados».

—No me corresponde a mí contarlo. —Estalla otra llamarada, iluminando de nuevo sus numerosas runas—. Haces bien en no presionarla. Mientras hablamos, ella está buscando una de las canciones que conocía. Yo estoy al cargo de los pedazos más dolorosos de su pasado, dándoselos poco a poco. Descubrirá toda la verdad cuando esté preparada.

«Y tú también».

La Otra hace una pausa, considerando la carga que supone todo lo que sabe.

Pensando en lo que está segura de que está destinado a suceder. Aparta una mano de su preciado fragmento y le toca la cara a Kaan, cuya incipiente barba le resulta más suave de lo que esperaba.

—Gracias.

—¿Por qué? —pregunta él con voz ronca mientras otra llamarada de dragón le enciende a la Otra la piel. Los ojos de Kaan se inundan de un brillo que le resbala por una de las mejillas.

La Otra sonríe y comienza a deslizarse de nuevo bajo la superficie mientras dice:

—Por quererla tanto como yo.

Deja caer el cuerpo de Raeve, sabiendo que él la cogerá al vuelo y la llevará a algún lugar donde pueda descansar de verdad.

Está sumergiéndose silenciosamente en el lago cuando oye un grito lejano.

El grito desgarrador de un hombre afligido cuyo mundo acaba de derrumbarse.



# CAPÍTULO 57

## Veya

Arkyn abre el vial de Kaan y lo cierra una y otra vez, produciendo destellos de luz mientras seguimos su ondeante capa por el largo y sinuoso túnel. Yo grito, me revuelvo y gruño a cada paso, sin perder ni una sola oportunidad de clavarles las uñas en los brazos a los dos feéricos que me arrastran.

—Debería estar más agradecida —dice uno de ellos tirando de mí a duras penas mientras pasamos junto a una antorcha cuya luz se refleja en su máscara de bronce, con la voz tensa por el esfuerzo—. Teniendo en cuenta que le acaban de curar las heridas.

Me sale una risotada maniaca.

Por mucho que Arkyn haya ordenado que me curasen las heridas y me sacaran el veneno de la sangre, lo he pagado con creces: me han abierto la mente y lo han visto todo. Me han pinchado y golpeado tanto que mi cerebro parece una masa hinchada que apenas me cabe en el cráneo.

Lo he pagado con secretos. Me han humillado al inspeccionar mis momentos íntimos, tomándose su tiempo.

Hiriéndome.

Luego, para colmo de males, me han vaciado los bolsillos y me

han quitado el vial de Kaan, que parece ser el nuevo juguete favorito de Arkyn.

Pataleo con más fuerza, retorciéndome con tal ahínco que la sangre me mancha la cara al brotar de las runas que me han grabado en las sienes, las cuales me impiden dormir.

Logro soltar mi brazo izquierdo.

Estoy a punto de usar todo mi peso para intentar derribar al cabronazo que tengo a la derecha cuando Arkyn se da la vuelta con la mano extendida y me agarra del cuello, clavándome los dedos como si fuesen garras de dragón.

Le golpeo y lo agarro, tratando de liberarme, segura de que mis tendones están a punto de desgarrarse bajo su férreo control. Toda la sangre se precipita a mi cerebro, haciendo que se inflame todavía más…

Unos puntitos negros me nublan la vista.

Arkyn suspira y sigue sujetándome incluso después de que el otro hombre vuelva a tenerme agarrada por el brazo.

—Tiene razón, ¿sabes? —Abre el vial de Kaan, iluminando su anguloso rostro, y lo vuelve a cerrar—. El sanador dijo que te quedaba un hilo de vida.

Empiezo a perder la conciencia, viendo solo esos puntitos negros, cuando las runas de mis sienes comienzan a arder como si un hierro de marcar estuviese clavándose profundamente en mi piel.

*Derritiéndome.*

Se me hinchan los ojos y abro la boca, soltando un grito silencioso. El olor a carne quemada impregna el aire, golpeándome con recuerdos que me revuelven las tripas.

Arkyn me suelta.

Me desplomo en los firmes brazos que me sujetan mientras resuello y me resbalan lágrimas por las mejillas. El vial de Kaan hace clic, clic, clic, sin parar. Al ir recuperando la conciencia, las runas van dejando de chisporrotear.

De nuevo, tiran de mí por entre destellos de fuego. Siento las extremidades entumecidas y la mente embotada.

Mi alma *grita*.

Entonces el túnel se abre ante mí. Veo a ambos lados celdas

vacías y cada vez que respiro me llega un hedor a podredumbre, moho y excrementos.

Llegamos a una celda escasamente iluminada muy parecida a las demás; los goznes de la puerta chirrían.

«Mierda».

Siento otra oleada de energía y comienzo a revolverme, gritar y patalear en un intento de derribarlos mientras mi entorno se va volviendo borroso.

Me empujan y me golpeo contra la pared con tanta fuerza que me quedo sin aliento. Me dejo caer, aunque apenas siento dolor, pues estoy demasiado embriagada por la adrenalina que me corre por las venas. Me dispongo a levantarme cuando me pisan la espalda.

El diario de Elluin se me clava en el vientre, provocándome náuseas que me queman la garganta.

—¡Quédate ahí!

Gruño sobre la piedra húmeda contra la que tengo aplastada la cara mientras atan mis grilletes a un gancho en el suelo. En cuanto el hombre levanta la bota, me incorporo y me abalanzo sobre él, pero acabo estrellándome contra la puerta enrejada, que se cierra de golpe en mis narices.

El ruido metálico del cerrojo resuena en mi interior y rebota por las opresivas paredes, que comprimen el interior como un libro cerrado de golpe.

Los guardias le entregan la llave al Rey Carroñero y se adentran en la oscuridad. Tiene los ojos entornados y brillan a la luz del fuego que emana de un candil cercano.

Aunque se encuentre al otro lado de las rejas, lo miro fijamente como si nos encontráramos en una arena de combate. Igual que si estuviera a punto de acabar con él con mis propias manos, de romperle el cuello y arrancarle la cabeza.

No me importa que llevemos la misma sangre. Está decidido a hacer daño a Kaan; lleva tiempo mandando a gente a una muerte segura en las arenas de Khindard para reunir fondos con los que usurparle el trono.

«No es mi hermano».

Abre la tapa del vial, liberando la llama, que ilumina su cruel y deforme rostro.

—Si le pones un solo dedo encima a Kaan —balbuceo tambaleándome—, serás tan malo como él.

«Pah».

Arkyn ladea la cabeza.

—¿A cuántos hermanos, hijos, hermanas e hijas mató Kaan cuando se hizo con el trono de bronce, Veya?

Gruño.

Refunfuñando, desvía la mirada hacia la derecha y la fija en la siguiente celda.

—Convéncela para que coma y le diré al mentalista que sea amable cuando reanude sus esfuerzos por recuperar lo que sea que ocultes en ese rincón oscuro de tu mente.

Cierra de golpe el vial. Se da la vuelta, haciendo ondear su andrajosa capa, y se aleja furioso por la oscuridad que lo envuelve todo, salvo por los destellos de fuego que desprende el vial de Kaan.

Me cuesta mantenerme en pie, por lo que estiro la mano y me agarro a una de las frías barras mientras miro por encima del hombro. Me da un vuelco el corazón al ver… a alguien con ataduras en la esquina de la celda contigua a la mía, con una manta raída cubriéndole casi todo el cuerpo, salvo un mechón de pelo sucio… de color blanco.

Largo.

Al advertir un destello plateado en su frente, se me escapa todo el aire de los pulmones. Me brota un gemido de la garganta y todos mis dolores y molestias quedan en segundo plano ante el horror que se apodera de mí.

«Oh, no… Por favor, no…».

Me tiro al suelo y me acerco gateando por la piedra. Alargo la mano a través de los barrotes.

—Kyzari.

Ella se mueve.

Se vuelve *borrosa*.

Mete la mano por entre los barrotes, la dirige a mi garganta y aprieta con tanta fuerza que parece que toda la sangre se me va a la

cabeza, amenazando con reventar las costuras de mi ya maltrecho cerebro.

—Ky… za… ri —consigo decir al tiempo que le sujeto la mano—. Kyza…, soy… yo.

Se me emborrona la vista hasta que lo único que veo son sus pupilas, tan negras y vacías que estoy segura de que podrían engullir el mundo.

Las runas de mis sienes se calientan…

Las pupilas de Kyzari se contraen, sus facciones se relajan y el azul intenso de sus ojos vuelve a aparecer, un ribete vivaz que semeja la llamarada de un plumaluna, en este momento la imagen más bienvenida del mundo. De todos modos, solo se la ve tranquila durante un instante, pues al momento se viene abajo y empiezan a caerle lágrimas al tiempo que me suelta.

Deja caer la mano como una piedra.

Respiro hondo, llenándome de todo lo que necesito para mantener mi cerebro despierto y evitar que las runas ardan. Aunque no le dejo ver mi dolor, mi miedo, tomo su rostro entre mis manos y me acerco lo máximo posible a los barrotes.

—No pasa nada —digo con voz ronca buscando sus ojos, ausentes y enmarcados por unas profundas ojeras que se suman a su semblante atormentado.

Su tez, por lo general morena, está tan pálida que parece translúcida, los pómulos le sobresalen y tiene los labios agrietados y sin color…

—Oh, Kyzari…, ¿qué te ha hecho?

Está tocando la runa de mi sien derecha cuando la estrecho contra mí, a pesar de su rigidez.

No es más que una muñeca esquelética, con los hombros tan frágiles que estoy segura de que, si la aprieto más, la rompo.

Tras un rato, toma aire temblorosamente y exhala con más suavidad mientras su cuerpo comienza a sacudirse. Al final, levanta los brazos y me los pasa por la espalda, aferrándose desesperadamente a mí.

—No pasa nada —le susurro mientras contemplo su celda. Fijo la vista en el cubo de mierda que hay en la esquina y, luego, la dirijo a

los montones de comida que hay junto a los barrotes, pudriéndose, trozos de carne descolorida cubiertos por una capa de gusanos pálidos que se están atiborrando.

—Estoy aquí, cielo.

Me llama la atención la manta bajo la que se ocultaba, donde veo dos mitades de una alondra escondidas entre los pliegues. Acaricio su alborotada melena y levanto la vista hacia las lunas del techo y, luego, hacia las letras de carbón de las paredes. Sin duda, no son de Kyzari; su caligrafía es más delicada, las letras se ligan unas a otras sin esfuerzo.

*Salvo…*

Mi mirada se centra en una frase grabada profundamente en la piedra gris de la pared, como si la hubieran repasado mil veces. Sin duda, la letra de Kyzari.




«Ay, pobrecita».

Recojo su mugriento cabello y se lo echo a un lado para poder acariciarle la espalda mientras releo esas dos pequeñas palabras…

—¿Quién…? —Me aclaro la garganta, aún irritada y sensible—. ¿Quién pensabas que era, Kyzari?

Ella se retira ligeramente y desaparece toda la relajación de su postura y de las líneas de su rostro. Se seca las mejillas y levanta la barbilla.

—¿Cómo has llegado aquí?

La pregunta queda en el aire.

Inmóvil durante unos instantes, le aparto un mechón de pelo de los ojos y se lo paso por detrás de la oreja.

—Es una larga historia, pero estoy bien. ¿Y tú?

—Ah, yo… estaba buscando fragmentos lunares —dice mientras se seca una lágrima rebelde de la mejilla.

«Eso no es lo que te he preguntado, Kyzari».

—Una miskunn me pasó un mensaje muy confuso que indicaba que tenía que encontrar los restos del dragón caído de mah para… —Suspira y niega con la cabeza recogiendo la alondra rota de entre los pliegues de su manta—. No importa —susurra, dejando ambas mitades sobre su palma y tapándolas con la otra mano—. Estoy aquí. Caí en la trampa de ese demente.

Me la quedo mirando: la forma en que se encoge de hombros y baja la mirada…, sus uñas todas mordidas…, el modo en que acuna entre las manos a esa pequeña alondra como si fuera lo más preciado que jamás ha tenido.

—¿Quién creías que era cuando te has despertado, Kyzari?

Veo un destello en sus ojos.

—Bueno… —susurra contemplando sus manos ahuecadas—. Pah me enseñó a no hacer ruido, a no discutir, ni siquiera abrir la boca a menos que me lo pidieran expresamente. Me decía: «Sé discreta y callada. El mundo necesita mujeres discretas y calladas, no bocazas que no saben guardarse sus pensamientos para sí ni cerrar la puta boca».

Las últimas palabras las escupe con tal vehemencia que rebotan por las paredes.

Frunzo el ceño.

Nunca había oído a Kyzari decir palabrotas, ni tampoco hablar con un tono tan cortante.

—Y eso es lo que fui durante fases: discreta, callada. —Levanta una mano y coge con delicadeza el pico de la alondra, tratando de enderezarlo—. La primera vez que grité de verdad, con todo mi ser, fue… —me mira y vuelve a bajar rápidamente la vista— hace veintitrés fases.

Pronuncia las palabras como si fuera una confesión, como si llevaran demasiado tiempo atascadas en su pecho.

—Grité por él. —Señala la piedra que tiene en la frente—. Bueno, en mayor medida.

Frunzo aún más el ceño.

—¿Gritaste por el dios del Éter?

—Caelis —me corrige con una severidad regia—. Ese es su

nombre: Caelis.

Asiento con la cabeza y le repito el nombre. Me pregunto si este lugar le habrá deshecho la mente. ¿También habrá penetrado en su mente Arkyn? Si no se hace con delicadeza, algunas personas se vuelven locas de forma irreparable. Quizá ella luchase más que yo o no se quedara lo bastante quieta.

—¿Y acudió, Kyzari? ¿Caelis acudió?

—Durante un rato, sí…

Siento como si me estuvieran planteando un acertijo complicado, pero el cerebro me palpita con tanta fuerza que no tengo claro que sea seguro intentar descifrarlo.

—¿Por qué gritaste?

Una vez más, intenta alisar las arrugas del pico de la alondra.

—Porque pah necesitaba el favor de Bothaim y yo era la recompensa.

«Oh, no».

«Kyzari, no».

—Yo guardé la compostura, tal y como me ordenó pah. Hasta después.

Se me revuelven las tripas.

—Pero el gran canciller no lo hizo —continúa con el semblante rígido, despiadado, lo que contrasta con la Kyzari que conocía—. Ni la primera vez. Ni la segunda. Ni la tercera.

—¿Y tú…?

—Sí. —Me mira a los ojos con una mirada tan gélida que nunca se ha parecido tanto a su mah como ahora—. Cumplí con mi deber como hija del gran Tyroth Vaegor.

Me hierve la sangre. Casi me derrito por dentro al darme cuenta de que siempre la he visto como a una niña debido a su forma de mostrarse al mundo, pero no es más que una máscara para protegerse de los horrores por los que la ha hecho pasar su pah.

Joder.

Pensaba que Tyroth protegía a Kyzari, que la adoraba hasta el punto de asfixiarla. Estaba equivocada, ciega.

«Debería haberme dado cuenta».

—Eso es… —Me aclaro la garganta para eliminar la aspereza de

mi tono—. Por eso te ofreciste a los Creadores esta fase.

—De todos modos, él se había cansado de mí. Empezó a pedirme otras cosas. Supongo que no se me daba muy bien. —Se encoge de hombros y la media sonrisa que esboza con sus agrietados labios me dice que tal vez lo hiciera a propósito—. Me ofrecí a los Creadores como una forma de romper el poder que pah ejercía sobre mí. Y porque… —Se queda sin aliento.

—¿Qué?

Suaviza la sonrisa.

—Mi corazón ya le pertenece a uno de ellos.

«Por todos los Creadores… Lleva demasiado tiempo sola».

En lugar de darle más vueltas al asunto, paso la mano por entre los barrotes, sin perder de vista cómo pone la alondra fuera de mi alcance, como si pensara que voy a quitársela.

Le agarro la mano y se la aprieto con fuerza, sabiendo que no hay palabras capaces de enmendar el daño que ha sufrido. No hay sutura lo bastante fuerte para impedir que sus heridas se sigan abriendo. Aun así, en el silencio que se instala entre nosotras, juro ayudarla a encontrar la paz, a encontrar un lugar feliz donde pueda reposar la mente.

Ya veremos cómo.

—¿Crees que nos dejará marchar?

«No, Kyzari. Nos va a utilizar para hacerle daño a alguien a quien ambas queremos».

No digo las palabras. Lo que ella necesita ahora mismo es *esperanza*, y eso…

«Eso sí se lo puedo dar».

—Tengo que enseñarte una cosa —susurro apartando los brazos de su celda. Me agacho, me levanto el bajo de la camisa y empiezo a desenrollar el pergamino que llevo atado a la cintura con un nudo en la garganta.

El corazón en un puño.

No me ha resultado fácil ocultar el diario a quien penetró en mi cabeza. Por muy buena que sea vaciando mi mente, con tan poca fuerza, solo he podido proteger unas cuantas cosas. Aunque casi me mata más de una vez, habría sido una buena muerte.

Honorable.

Y es que las palabras que contiene este diario… son muy íntimas. No son para nadie más que para Raeve, Kaan y mi dulce sobrina, a la que han destrozado y necesita desesperadamente saber cuánto la quieren.

Ha valido la pena. Por esto.

Por *ella*.

—Las runas de mis sienes son para impedirme dormir —murmuro desenrollando otra hoja empapada de sangre—. Su objetivo es doblegarme, acabar con mis defensas para que el mentalista revele todos mis secretos. Cuando lo haga, descubrirá que tengo esto y Arkyn se lo llevará.

Saco la última capa e inclino el diario en mi mano, observando la cubierta. Siento el peso de los secretos que contiene.

—No podría vivir conmigo misma si no te diera la oportunidad de leer estas palabras.

Se lo paso por entre los barrotes.

Kyzari frunce el ceño, deja la alondra sobre su regazo y coge el diario. Le da unas vueltas y, después, pasa sus delicados dedos por la ilustración de la cubierta.

—Se parece al málmr del tío.

—Sí. —Me cuesta decir la palabra.

—Es precioso —susurra recorriendo con los dedos el ala del plumaluna. Luego, levanta la vista—. ¿Es de él?

—No. Era… —Hago una pausa para respirar hondo y esbozo una sonrisa—. Es el diario de tu mah.

Se queda de piedra. Como si se hubiera elevado al cielo, se hubiera hecho un ovillo y se hubiera solidificado.

—Eh…, tuve que ir hasta Arithia para encontrarlo. —Miro mis manos, apretando con fuerza el vínculo de sangre—. Solo he leído las últimas anotaciones, pero creo que… —Las palabras se quedan atascadas en mi garganta. Me la aclaro y vuelvo a mirar sus brillantes ojos azules, tan parecidos a los de su mah—. Creo que deberías empezar por el principio.

—¿Me va a hacer daño? —dice con la voz quebrada, casi áspera.

—Sí.

«Más de lo que puedas imaginar».

Se le demuda el rostro, ladea la cabeza y se le llenan los ojos de lágrimas, semejando charcos helados.

— No sé si puedo soportar más dolor.

—Lo sé, cariño. —Meto la mano entre los barrotes y le acaricio la mejilla—. Pero, cuando llegues al final, te cuento una cosa. —Echo un vistazo a toda la comida que tiene en el suelo sin tocar y cierro los párpados. Abro los ojos y le aprieto la cara—. Algo por lo que vivir.

Se le forma una arruga entre las cejas.

Traga saliva y baja la mirada al diario. Pasan unos instantes antes de que, por fin, levante con cuidado la tapa y comience a leer.

Me siento a su lado y le cojo la mano cuando llega a las partes que la hacen temblar. La abrazo con fuerza cuando lee sobre el envenenamiento que se llevó por delante a tantos miembros de su familia antes de que tuviera la oportunidad de conocerlos, mientras la culpa me corroe.

Le seco las lágrimas de las mejillas cuando llega a la parte en la que Slátra persigue a Elluin por las llanuras y lo vuelvo a hacer cuando lee sobre el amor naciente entre Kaan y su mah.

La estrecho con fuerza cuando lee sobre el embarazo fruto del *amor*.

De la *felicidad*.

Y, cuando llega al final y se deja caer contra los barrotes, con unas lágrimas demasiado rápidas y pesadas como para que pueda limpiárselas, le acaricio el pelo, la abrazo y le digo que tiene que sobrevivir.

*Debe* hacerlo.

Porque, por alguna magia desconocida, su mah está *viva*. Y, aunque no tiene ningún recuerdo de su pasado, es fiera, audaz e imponente a la vista…, *exactamente igual que su hija*.



# CAPÍTULO 58

## Raeve

Rompo la capa helada de mi lago, perseguida por una presencia poderosa que se abre paso a través del agua. Empujándome hacia la superficie.

O tal vez no me empuja en absoluto, sino que simplemente me *sigue*. Quizá esperando que, si se acerca lo suficiente, me veré obligada a parar, darme la vuelta, comunicarme.

«No pienso hacerlo».

Ni aunque me muerda por el pie y me sacuda hasta dejarme medio muerta… Si bien preferiría que no lo hiciera.

«Por todos los Creadores, ¿y si acabo de darle la idea?».

Siento un escalofrío por la espalda.

Nado con más brío, más rápido. Salgo del lago y trepo por mi orilla para internarme en mi yo exterior más deprisa que nunca.

Abro los ojos de par en par.

Respiro hondo y compruebo que sigo descansando en mi rincón, aliviada al ver que no tengo restos de carne entre los dientes ni sangre en las manos. Espero que eso signifique que mi Otra no se ha dedicado a matar mientras yo estaba emocionalmente abatida en su zona de trueque de traumas.

—Por todos los Creadores… —murmuro al tiempo que me froto la cara con las palmas, reprimiendo las visiones de gente sombría contemplando una ladera derruida tras los picos de obsidiana de un pueblo enterrado.

Silenciando los ecos de una canción devastadora que salía de los labios de la joven Elluin, de pie junto a un hombre desconocido de complexión fuerte y cabello tan negro como el mío que la miraba con reverencia. Una canción utilizada para desplazar el glaciar derrumbado poco a poco, sacando a la luz el pueblo que había debajo…

«Las numerosas personas que no lograron salir con vida».

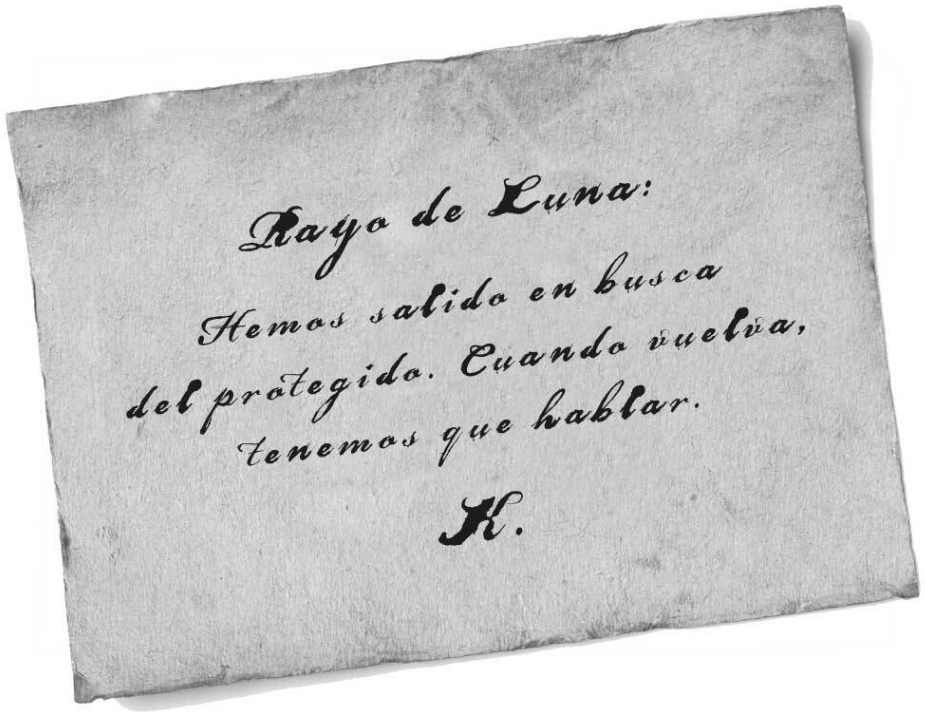
Por encima de todo, reprimo el orgullo que sintió mi Otra, situada detrás de la joven Elluin, al verla cantar hasta que le fallaron las piernas…, con la esperanza de encontrar aunque fuera un solo superviviente entre la matanza cubierta de nieve.

Suspiro y me paso los dedos por el pelo.

No hay nada como regodearse en el sufrimiento mientras te preparas para arrancarle el corazón a alguien.

Al menos el trato fue suficiente.

Al dejar caer los brazos sobre la cama, toco un trozo de pergamino. Frunciendo el ceño, lo cojo y leo la nota de Kaan con el corazón en un puño.




«Por todos los Creadores… ¿Cuánto tiempo he dormido?».

Parece que sumergirme en mi lago interior tiene sus desventajas, como perderme cosas importantes para las que por lo general me habría despertado.

Soltando un gemido, me pongo en marcha. Me abrocho los pantalones de cuero blanco y me cierro la chaqueta a juego hasta la barbilla. Entonces, reparo en mi capa blanca, que está colgada en el banco con forma de garfio que domina la habitación. Un ligero destello asoma por debajo de ella.

Me quedo un segundo quieta y, luego, me muevo más deprisa que nunca.

Al coger la capa, me envuelve una ola de aire fresco que me pone la piel de gallina. Entorno los ojos al ver un pequeño fragmento lunar plateado, no más grande que cuatro puños juntos. Resplandeciente.

*Precioso.*

Un dolor frío me va invadiendo el pecho.

«Él lo ha hecho. Lo ha conseguido».

Me escuecen tanto los ojos que aprieto los párpados con fuerza y

espero a que el dolor remita para volver a abrirlos, reprimiendo el impulso de acariciar los bordes afilados del fragmento, de tocar esa suave curvatura tan parecida al borde de un ala, de cogerlo con ambas manos, llevármelo al pecho y acurrucarme a su alrededor como si de una luna se tratase.

Si hago cualquiera de esas cosas…, no creo que pueda volver a separarme de él.

Así, lo que hago es exhalar lentamente y volver a colocar mi capa sobre el fragmento, dejándolo con cuidado donde está. Me doy la vuelta, ignorando el escalofrío que me recorre la espalda, muy similar a la sensación que tuve cuando regresaba a toda prisa a la superficie de mi lago interior.

«Ahora no».

«Aún no estoy preparada para enfrentarme a eso».

Con la mandíbula tensa, me sujeto las fundas en los muslos y las lleno de dagas. Hago lo mismo con todos los bolsillos que llevo ocultos en los pantalones y la chaqueta.

Me cubro la mitad inferior de la cara con un velo oscuro y pongo rumbo a la escalera, donde me encuentro mis botas en el suelo, llenas de barro.

*No* están donde las había dejado.

Me bajo el velo y entorno los ojos al ver una pluma rosa, no más grande que la yema de mi pulgar, enredada entre los cordones. Es el tipo de plumón suave que suele haber en el nido de un fundefauces, pues protegen los huevos.

Embargada por un pesado temor, desplazo la vista hacia donde está escondido el fragmento lunar, la paso a la nota de Kaan entre mis sábanas… y vuelvo a mirar la solitaria pluma que decora mi maldita bota.

«Joder».

—Se han ido hace rato. Dudo que los alcances aunque corras.

Al girarme, veo a Roan en lo alto de la escalera de madera frotándose los ojos para despejarse. Todavía lleva la ropa embarrada, como si nada más terminar el dispositivo de localización del protegido y entregárselo a Kaan, hubiera subido las escaleras y se hubiera tirado en la cama.

—Ah —murmuro, dándole vueltas a la nota de Kaan.

*Cuando vuelva, tenemos que hablar.*

Nunca cinco palabras sonaron tan inquietantes.

Dejando ese atolladero mental para más tarde, me calzo las botas y levanto la vista hacia las cortinas, que están echadas.

—¿Y la aurora?

—Hace un rato que se puso, creo que estamos en plena duermevela. —Roan bosteza abriendo tanto la boca que le veo las muelas—. Se fueron nada más ponerse.

Un golpe de suerte. Espero que la patrulla de vigilancia sea reducida donde me dirijo y que Sereme duerma durante todo este suplicio.

Estoy atándome el segundo nudo cuando Roan rompe el silencio.

—Oye, eh…, no irás a buscarlos, ¿verdad?

—No tengo por costumbre rescatar a nadie —murmuro, esperando que el eco de mis palabras llegue hasta la gélida guarida de mi Otra, pues me gustaría acabar con esa idea suya de que soy como la niña a la que tanto adoraba—. Luego vengo.

Bajo corriendo las escaleras, me echo por encima mi capa negra, aún embarrada, me pongo la capucha y cojo dos frascos de elixir de la estantería. Me guardo uno en el bolsillo y estrello el otro contra la pared, haciendo brillar las runas que mantienen la puerta oculta.

Esta se abre de golpe, exponiéndome al mundo cubierto de niebla que hay al otro lado, plagado de alondras que vuelan en círculos, confusas, tratando de orientarse.

«Pobrecitas».

Todo está tan blanco que parece que estoy entrando en una bulliciosa nube. Tras dar dos pasos, oigo la puerta volver a su sitio a mi espalda.

Estoy buscando la nota de Sereme en el bolsillo de mis pantalones cuando la atmósfera se vuelve fría y gélida y se instala un silencio inquietante, como si todos los insectos y reptiles se hubieran esfumado.

Incluso las confundidas alondras se dispersan.

Advierto un movimiento en el aire que me eriza el vello de los brazos. Se me escapa una sonrisa.

Escudriño la densa niebla, esperando…

Ante mí, se ilumina una larga figura con las alas extendidas y veo unos ojos sombríos parpadear, tan cerca que se me corta la respiración.

Se me ensancha la sonrisa mientras alargo la mano para acariciar el espacio curvo entre los ojos de Líri, llenándome los pulmones con su salvaje aroma almizclado.

Ella resopla, lanzando un aire fresco contra mi mejilla, y después me da un golpecito con el morro en el abdomen. Noto brotar en mi pecho una súplica como un capullo helado: su determinación a venir conmigo.

Suspiro mientras le paso los dedos por los mechones de las mejillas, pensando que hay suficiente niebla como para que se funda con el paisaje.

—De acuerdo —murmuro, e inclina la cabeza y me da un golpecito con ella que a punto está de dejarme sin aire en los pulmones, una petición de que le rasque debajo de la mandíbula—. Pero solo porque has demostrado lo callada que sabes estar.

Por eso y porque estoy segura de que solo está *fingiendo* que tengo otra opción.



# CAPÍTULO 59

Raeve

Nos adentramos unos instantes en la franja despejada que hay entre las *Miel Et Muíem* y las nubes rosadas, que ahora cubren las zonas de anidación. Enseguida, Líri vuelve a descender, lo suficiente como para que yo vea claramente el muro que tenemos delante, el cual apenas sobrepasa la niebla.

Al ver el muro medio derruido, prueba del impacto que hubo en la zona hace cientos de eones, es difícil no sobrecogerse, sabiendo que una luna cayó con tal fuerza que se llevó por delante trozos de la estructura.

Hirió al mundo tan profundamente que estuvo a punto de engullirse a sí mismo.

*Una* luna.

*Una* caída.

«¿Qué quedará de nosotros después de varios impactos?».

Ahuyento ese repugnante pensamiento y alzo la vista hacia la torre de piedra blanca, repleta de ventanas. Tiene tres pisos de altura y se alza sobre el muro como si fuese una cúpula que lo corona, mimetizándose con la capa de nieve.

Un bastión. Y, a juzgar por las antorchas que titilan en su interior,

no está vacío.

Escudriño la parte superior del muro, apenas velada por la niebla. Es suficiente protección para lo que tengo en mente, de no ser porque llevo una capa oscura llena de barro que ondea al viento como una maldita bandera de guerra. Contrasta demasiado con la nieve.

«Vaya».

Me la suelto de la nuca.

Clode me la arrebata y la lanza bajo la niebla tan rápido que me pregunto si ha estado detrás de nosotras preparada todo este tiempo, esperando.

Le froto el cuello a Líri, suelto las riendas y me doy la vuelta para quedar mirando a su cola. Luego, me acerco a sus patas traseras, sincronizando cada movimiento de mi cuerpo con su silencioso aleteo. Una vez en posición, me subo el velo hasta la nariz, ajusto mi barrera mental y me guardo el anillo de hierro.

Hago presión con las rodillas, instando a Líri a acelerar, a volar tan deprisa como pueda.

Cortamos el aire como un filo, raudas y silenciosas, surcando la parte superior del muro, tan cerca que Líri roza la nieve con el vientre. Doy un salto, sintiendo su sedosa cola recorriéndome desde el pecho hasta los pies, mientras voy perdiendo velocidad.

Con la cabeza gacha, aterrizo contra el suelo hecha una bola y me detengo en seco usando la bota para frenar. Al girar la cabeza, veo a Líri zambullirse en la Niebla; su tenue cola es lo último que desaparece de mi vista.

Me pongo de pie de un salto y echo a *correr*.

Manteniéndome agachada, abro mi barrera mental, tensando los músculos del cuello, y le susurro a Bulder que me atrape al vuelo, algo muy parecido a triturar piedra con las muelas. Afilado.

Áspero.

—*Hugh atah duhn. Gurth ahl, Bulder.*

Detiene su incesante canto, como si estuviera tan sorprendido como yo por mi fluidez, o simplemente por el hecho de que le esté hablando.

La pausa es demasiado larga.

Cuando salto de la pared, estoy convencida de que me voy a matar y se me sube el corazón a la garganta mientras caigo en picado…, pero aterrizo con fuerza en una cornisa de piedra que aún se está solidificando bajo mis botas.

Estoy a punto de perder el equilibrio, así que pego la espalda contra la pared y apoyo las manos en la piedra.

Resollando, espero a que mi corazón recupere su ritmo.

—Por poco, señor.

«Por

poco,

joder».

Bulder continúa con su monótono canto como si yo no existiese. Estoy a punto de maldecirlo cuando, al mirar hacia abajo, me doy cuenta de que la cornisa se ha endurecido hasta adoptar la forma de una mano ahuecada.

«Vaya, quizá sí le caiga bien».

«Genial».

Saco pecho y me doy la vuelta, clavando los dedos en las profundas grietas de la pared, similares a venas. Una vez que tengo buen agarre, paso mi peso a la superficie vertical, dejando la mano de piedra, y comienzo a descender por entre la neblina poco a poco.

Dos veces siento la helada brisa de Líri pasando a mi lado a toda velocidad. Parece que no puede evitar comprobar que estoy bien, a pesar del flujo constante de consuelo que le estoy enviando mediante nuestro vínculo.

Sigo avanzando, prestando atención al canto de Bulder hasta que cambia.

«Hueco».

Levanto ambas cejas y me quedo quieta, llenándome los pulmones mientras busco la frase perfecta para impresionar a mi nuevo mejor amigo. Es complicado, dado que aún no he asimilado todas las lecciones de Kaan.

—*Hallon dóh gruin.* —Pongo una mueca, pensando—. *¿Surin dahn… fu?*

Estoy bastante segura de que la he cagado.

Se me tensa todo el cuerpo mientras espero a que se deshagan

de mí de un manotazo como si fuese un parásito.

Para mi sorpresa, la pared se hunde ante mi pecho; un socavón vertical muy profundo. Se abre como una boca bostezando, tanto que puedo colgarme de las manos, levantar las piernas y deslizarme por el oscuro abismo.

Aterrizo con suavidad y me apresuro a llevarme la mano a la empuñadura de una daga mientras espero a que mis ojos se adapten a la oscuridad. Estoy en una sala alargada con numerosos huecos en la piedra, unos sobre otros. En cada uno hay un jergón y mantas…

«Estoy en las dependencias de duermevela».

«Mierda».

Daga en ristre, me agacho en posición defensiva. Inútil, algo de lo que me doy cuenta cuando mis ojos se adaptan y logro distinguir lo vacíos que están todos los huecos, con las mantas tiradas.

Avanzo sigilosamente girando la cabeza a ambos lados. Hay pertenencias, libros y prendas de ropa amontonadas en el suelo, pero no veo a nadie.

Resulta extraño, considerando la hora que es.

Al ver una jarra aún llena de hidromiel en el suelo junto a un jergón lleno de piezas de un juego, me detengo, sintiendo una oleada de inquietud cosquilleándome en la piel.

Es como si todos se hubieran levantado y se hubieran ido sin previo aviso. Se quitaron la ropa, se pusieron la armadura y cogieron sus armas.

Me guardo la mía y echo a correr hacia la puerta. No sé adónde se habrá ido todo el mundo, pero no quiero quedarme aquí para averiguarlo. Este ha de ser el asesinato más eficaz de toda mi puñetera existencia, porque si me pillan aquí desprevenida…

«Mejor no pensar en eso».

Mirando a ambos lados de un túnel con poca luz, algo me impulsa a girar a la derecha y luego a la izquierda por una escalera sinuosa. Otro largo túnel me conduce por delante de otras dependencias de duermevela, también vacías. Es como si no hubiese ni un alma aquí.

Algo que me pone los nervios tan de punta como espadas.

Otra escalera en espiral me conduce a una zona *diferente*: amplios corredores, suelos con mosaicos de colores y paredes de los mismos tonos pastel que La Bruma. Atravieso estancias grandiosas que me hacen sentir diminuta, con columnas de piedra talladas en forma de fundefauces levantados sobre las patas traseras sosteniendo el techo. Esto me dice que en su dae fue un lugar dedicado al arte y la cultura, no destinado al uso militar.

De todos modos, sigue sin haber ni rastro de gente. Al menos hasta que paso corriendo por un amplio corredor y me sobresalta una tos.

Retrocedo sobre las baldosas azules y me quedo quieta con la espalda contra la pared azul cielo, conteniendo la respiración.

*Silencio.*

Avanzo sigilosamente y, cuando estoy a punto de asomarme por una puerta doble abierta, el inconfundible repiqueteo del metal chocando con otro metal me hace pensármelo mejor. Me muerdo el labio inferior, sopesando mi nuevo arsenal de trucos verbales mientras trato de dar con algo apropiado, algo lo bastante sutil como para que pase desapercibido si hay alguien al otro lado.

Saco una daga y le susurro a Bulder con suavidad:

—*Heil uhn dah… burlin*. —Habiendo olvidado la frase para indicar la dirección, doy un golpecito a la pared con la uña, esperando que entienda mi petición.

Casi de inmediato, se forma un orificio del tamaño de mi dedo perfectamente esférico, aunque no en el lugar donde he golpeado.

Justo al lado de mi cabeza.

«Qué caballeroso».

«Sin duda, estoy empezando a caerle bien».

Cierro un ojo y miro por el orificio. Siento un escalofrío al ver las cabezas con casco de numerosos soldados que llevan el atuendo rojo sangre de las tropas de La Bruma. Todos van armados y están inmóviles, mirando hacia la puerta que estaba a punto de cruzar.

—Por todos los Creadores… —digo en voz baja, y pongo una mueca al ver a tres feéricos al fondo de la estancia. Todos lucen la inconfundible armadura blanca de la guardia bothaimiana con abalorios, con unas amplias capas con hombreras que agrandan su

figura y les dan un aire majestuoso.

«No puede ponerse peor la cosa».

Elevo la mirada al tiempo que se me cae el alma a los pies, recorriendo con la vista la entreplanta que rodea esta sala amarilla como el sol; la barandilla está llena de arqueros de rostro pétreo con una armadura rojiza que brilla a la luz del fuego que sale de los pebeteros. Tienen las armas preparadas y están apuntando, como si estuvieran esperando algo.

O a alguien.

Miro tras los guardias del suelo, hacia unas puertas dobles ornamentadas que hay en la pared del fondo, también amarillas, con un sol tallado en la base y rayos dorados que se extienden hacia arriba. Justo como en el boceto de la miskunn que llevo en el bolsillo. Eso significa que el feérico de cabello plateado a quien tengo que matar está al otro lado de todo… eso.

Qué mala suerte. Esperaba entrar y salir en un parpadeo.

Pero eso no es un contingente con el que pueda acabar en un parpadeo.

Es, más bien, un contingente de «mete la pata y muere».

Me doy la vuelta y apoyo la cabeza contra la pared, sopesando mis opciones.

Comienzo a sentir un dolor recorriéndome la columna vertebral, como un cincel invisible que me va astillando las vértebras una a una hasta partirlas en dos.

Curvo la espalda, perdiendo el equilibrio, y caigo de rodillas abriendo la boca, con el nombre de Sereme a punto de brotar como un rugido enjaulado desde el fondo de mi garganta.

Solo ha llegado a la mitad de mi coxis cuando oigo unos pesados pasos resonando por el corredor.

Desvío la vista hacia la derecha y me topo con los audaces ojos cobrizos de un soldado de La Bruma. No lleva casco y tiene las manos en la entrepierna; parece estar abrochándose los pantalones después de hacer una rápida visita al retrete.

Se queda quieto, mirándome de arriba abajo, y se le va todo el color de las mejillas. En ese mismo instante, me fijo en el abalorio transparente que le cuelga de la oreja.

Un frío temor me atraviesa como un hachazo.

Cojo aire, abriéndome a Clode, y suelto un torrente de palabras mientras él comienza a hablar también mirándome con los ojos como platos, como si me reconociese.

Aunque yo termino primero, creando un vacío estanco para silenciarnos y, con suerte, evitar la irrupción de los guardias, él es más rápido en lanzar una demanda ofensiva, una que conozco demasiado bien.

Se me encoge el corazón.

Me apresuro a soltar las mismas palabras, pero él me gana, quitándome la última letra de la boca.

Resoplando, Clode me agarra por el cuello y me aprieta los pulmones, tan fuerte que siento el sabor del metal. Luego tira, como si estuviera agarrando el tronco de un árbol y tratase de levantarlo del suelo, con raíces y todo.

«Qué

puto

dolor».

Sereme sigue destrozándome la columna vertebral mientras el guardia también se ahoga: tiene la boca abierta y se araña la garganta y el pecho de la misma manera que yo. Es como si Clode estuviera entre nosotros, con los codos hundidos en nuestra garganta, tomándose su tiempo para decidir cuál de los dos le ha hablado con más elocuencia.

Yo, obviamente. Quiero mucho a esa perra. Pero supongo que él ha terminado antes.

Eso significa que probablemente estoy acabada.

Tenso los músculos del pecho, tratando de mantener mis pulmones firmes.

«Por favor, no me mates, Clode. Nos lo pasamos muy bien juntas».

«Casi siempre».

La sangre me burbujea por la garganta. Al mismo tiempo, la esclerótica del soldado se tiñe de rojo y le estallan capilares, los labios se le vuelven morados y todas las venas de su cuello y sienes brotan a la superficie.

Siento un dolor agudo en el pecho, como si se me desgarrara la carne, algo que nunca había sentido antes. Me invade un mal presentimiento.

«Definitivamente, estoy jodida».

Me preparo, segura de que los pulmones están a punto de salírseme por la garganta…

El soldado tiene los ojos prácticamente fuera de las cuencas y me sorprende gratamente ver brotar carne roja de sus labios junto con un chorro de sangre que le resbala por la barbilla y la garganta, manchando su ropa. Cae de rodillas con la mirada perdida, como llamas apagadas.

Clode me suelta al tiempo que termina la tortura de Sereme. Me desplomo y logro bajarme el velo justo a tiempo para toser y vomitar. Cuando consigo respirar sin toser, todavía con un temblor en los labios y calambres en los músculos, veo las salpicaduras rojas sobre las baldosas azules.

Gimo, con el vacío estanco de Clode aún pegado a la piel, mientras me limpio la boca con el dorso de la mano. Al levantar la vista, veo al guardia tendido en el suelo sobre un charco de sangre.

Me invade una ira gélida como un latigazo y siento un hormigueo en las yemas de los dedos.

«Esa zorra de Sereme casi me mata».

Pienso en que el soldado me ha mirado como si me reconociese momentos antes de soltar su ataque destrozapulmones y se me ocurre una espinosa teoría…

«¿Me estaban esperando?».

«¿Es esto una trampa?».

—Será… víbora —siseo entre dientes, mientras me incorporo a duras penas, tambaleante.

Cuando recupero el equilibrio, me levanto el velo y desenvaino dos dagas mientras una energía rabiosa estalla bajo mis costillas. No es salvaje ni desenfrenada, sino fría.

Depredadora.

Hago crujir mi cuello y arremeto hacia las puertas abriendo mi barrera mental, tanto que el clamor de Clode y Bulder ahoga todo lo demás. Sus palabras, mordaces o no, me revientan los tímpanos

hasta hacer que me gotee sangre por los lóbulos.

Los asesinatos sutiles no están mal, pero es mejor seguir con vida. Y las pruebas indican que, si no acabo yo con estos soldados, son ellos los que van a acabar conmigo.

No pienso dejar que Sereme se salga con la suya tan fácilmente.



# CAPÍTULO 60

Raeve

Nada más irrumpir por las puertas, se desata el caos.

Me llueven flechas, pero ya están brotando palabras de mis labios, agitando el aire hasta formar un violento remolino que atrapa cada una de ellas. Es como si a Clode acabaran de brotarle cincuenta manos y estuviese lanzando sus mortíferos tesoros sin parar de reír.

—*Lui, Clode. ¡Luísh eín shashtú-de wha! ¡Plúin, plúin!*

La diosa danza para mí, clavando cada flecha en el cuello de quien la ha disparado. Me sentiría mal por esto de no ser porque la mayoría de estos cabrones han estado matando fundefauces y llenando el cielo de hembras afligidas.

Que se pudran.

Los ojos se les salen de las cuencas y la sangre salpica por todas partes, atrapada en el torbellino, pintando la estancia de rojo.

Pintándome a mí de rojo.

Echo a correr en línea recta a través del caos, esquivando las lanzas de piedra que brotan del suelo: órdenes incoherentes que salen de los labios de los demás.

Si hay algo que he aprendido de las lecciones de Kaan a Elluin hasta ahora es que Bulder prefiere el cuidado y la precisión. Los

números no sirven de nada si no se pronuncian como es debido.

Con una sola frase contundente, desvío la atención de Bulder de todos los demás en la sala. Juraría que oigo un sonido gutural, similar a un gruñido de aprobación, antes de que *explote* la entreplanta.

Vuelan piedras por los aires y salen cuerpos disparados como muñecos de trapo.

Atraigo a Clode y le pido que me envuelva a modo de escudo para amortiguar la tormenta de escombros y soldados. Aunque deja claro que no le gusta mi nuevo truco, no deja pasar nada, ni siquiera cuando la golpea un cascote con tanta fuerza que la hace gritar y luego soltar todas las palabrotas que nunca la he oído decir.

Vuelve a brotarme sangre de los oídos, lo que me hace preguntarme si antes Clode habría deseado destrozarme *a mí* los pulmones.

«Probablemente».

Me libero de su coraza mientras caen los últimos escombros y lanzo una daga a la garganta de uno de los pocos que aún siguen en pie, que se clava por una rendija de su armadura blanca.

La sorpresa se refleja en sus ojos.

Se desploma.

Antes de tocar el suelo, otros tres soldados de La Bruma corren la misma suerte y caen uno tras otro, víctimas de mis vainas que ya están medio vacías.

Clode me chilla una sutil advertencia, una señal de que, al fin y al cabo, *no* me odia. Consigo volverme a tiempo para evitar que me decapite una espada blanca que viene directa hacia mí.

Mineral bothaimiano.

Cargo contra el guardia con abalorios que me cierra el paso por donde he entrado. Esquivo las tres dagas que lanza, una de las cuales pasa tan cerca que me rasga la capa.

Da una orden que hace temblar el suelo, enviando una fina grieta en mi dirección como un rayo. El primer indicio de que un abismo se está preparando para abrirse y tragarme.

Pero ya he arrojado una daga.

Se le clava en el ojo en el instante en que termina de pronunciar

su orden. Al mismo tiempo, doy un salto soltando un denso torrente de palabras.

—*¡JU AATH GRUH!*

El suelo, que estaba empezando a abrirse bajo mis pies como unas fauces rugientes, se cierra de golpe cuando la última palabra sale de mis labios.

La gravedad tira de mí.

Ruedo por la piedra, que todavía tiembla, y me detengo antes de que el guardia toque el suelo, convulsionando en los últimos estertores.

Me sitúo tras él y lo agarro, utilizando su cuerpo como escudo mientras alguien al otro lado del camino escupe una ardiente orden para tratar de alterarme.

Sin embargo, estoy demasiado lejos; sumergida en la mentalidad gélida en la que me pasé fases viviendo.

Cuando mi existencia giraba en torno a una pequeña celda, Fallon y una arena de combate donde yo luchaba por su comida.

Su agua.

Gemas de rocadragón para evitar que se debilitase por falta de sol.

Las llamas me azotan como el aliento de un dragón, atufando el aire con el hedor de la carne y el pelo quemados. Contengo las arcadas, me lleno los pulmones y suelto un torrente de palabras asfixiantes.

Una voz que no reconozco me grita con furia en los tímpanos. Se parece mucho al lamento de un corazón roto antes de que las llamas se apaguen. Creo oír esa misma voz chillar de dolor antes de convertirse en una nube de humo.

Luego…, *nada*.

Sin tiempo ni ganas de reflexionar sobre lo extraño de la situación, aparto el pesado cuerpo del guardia y me levanto conteniendo la respiración sin mirar su rostro, cubierto de ampollas. Saboreando el aire en mis pulmones, me abro paso a través de la carnicería, pisando trozos de piedra y miembros que sobresalen entre los escombros.

Mi barrera mental de sonidos sigue tan abierta que, al toparme con un único superviviente, un guardia bothaimiano que jadea retorcido en el suelo con los ojos desorbitados, no oigo nada más que el alboroto de Bulder y Clode.

Pero esos ojos azul brillante me *imploran*. Como manos sarmentosas agarrándome, arañándome.

Me agacho, recojo una espada blanca de entre los escombros y se la pongo contra la garganta soltando una sola palabra.

Clode sopla dentro de la habitación, directamente a los pulmones del guardia.

Él boquea y parte del rubor desaparece de su pálido rostro lleno de pecas. Me llega un olor a orina al tiempo que veo un charco dorado creciendo bajo su cuerpo.

Hago un poco menos de presión con la espada y estrecho mi barrera mental, bloqueando el paso a las canciones de los Creadores.

—¿A quién esperabais?

—A…, a ti no. —Las palabras le salen abruptamente y con tono agudo, como si la voz le hubiera cambiado hace poco—. Estamos aquí por asuntos del Tri-Tri-Triconsejo.

—¿Y los soldados de La Bruma?

—Su capitán recibió una alondra justo después del banquete —se apresura a decir tan deprisa que se le traba la lengua—. Órdenes de Bothaim para capturar y encarcelar al rey. Que él iba a estar aquí.

Hago más presión con la espada, haciéndole una marca en la carne.

—¿Qué rey?

El color que le quedaba en las mejillas se desvanece.

—El rey de la…, la Lla-Llama, Kaan Vaegor, gobernante del norte, que ha traicionado a su apellido.

Se me hielan las venas y siento un cosquilleo en las yemas de los dedos mientras miro alrededor, escudriñando la carnicería, la sangre, los cadáveres.

«No me estaban esperando a mí».

«Lo estaban esperando a *él*».

Dirijo la vista a las puertas que tengo delante, por las que gotea

sangre siguiendo los rayos de sol grabados profundamente en la madera como el curso de un río rojizo.

Comienzo a entender algo.

Aumentan mis sospechas.

—Por favor, no me mates. Tengo una hermana pequeña. Depende de las gemas de rocadragón que le envío. Está enferma.

Bajo la barbilla y miro al chico a los ojos, inyectados en sangre.

—Necesito que transmitas un mensaje.

Asiente con tal ímpetu que casi se corta el cuello con la espada que aún tiene clavada en la carne.

—Vas a regresar de inmediato a Bothaim y comunicarle al Triconsejo que, si le ponen un solo dedo encima a Kaan Vaegor, yo personalmente reduciré a escombros su preciada Ciudadela —digo con un leve temblor en la voz, provocado por el estruendo que hacen las palabras al fondo de mi lengua.

Aunque aún no esté tan bien capacitada como Kaan para moldear ni tenga ni por asomo la precisión necesaria para construir algo tan grandioso como la Ciudadela, bien saben los Creadores que puedo mandarla a tomar por culo.

—Por mucho que sus adorados arcos los protejan de las caídas lunares, se derrumbarán frente a mi ira, al igual que todos los huesos de su cuerpo. —Me quito el velo mientras mi Otra se levanta hasta quedar justo debajo de mi piel, probablemente considerando la posibilidad de tomar el control para dar un bocado rápido, algo para lo que no tenemos tiempo—. Dime que lo has entendido.

El guardia se estremece. Asiente de nuevo, examinándome con lentos movimientos de sus grandes ojos, y dice las siguientes palabras acompañadas de un vaho lechoso.

—Lo…, lo entiendo. Transmitiré el mensaje. Lo prometo.

Mi Otra se retira.

Alzo la espada y espero a que se levante. Aunque es más alto que yo, su postura lo hace parecer mucho más bajo.

Se limpia la sangre de la mejilla y mira por encima del hombro hacia las puertas con el sol tallado, dubitativo.

—¿Qué pasa?

—Eh… Por favor, no le hagas daño a Ahvi. Es un chico muy

bueno. Ha pasado por cosas peores que la mayoría.

«¿Un niño?».

Otra pieza del rompecabezas que encaja.

«Creo que he encontrado al protegido que busca Kaan».

—¿Te parezco un monstruo? —Abre la boca para contestar—. ¿Sabes qué? Mejor no respondas. —Arrojo mi espada entre los cascotes ensangrentados—. Juro por los Creadores que no le voy a hacer daño a Ahvi.

El alivio se refleja en su rostro.

—Tu…, tu mensaje. —Se aclara la garganta—. ¿De parte de quién les digo que va?

—De la prisionera setenta y tres —murmuro, y echo a correr hacia las puertas amarillas manchadas de rojo, empapada de tal cantidad de sangre que gotea de mí con cada paso que doy—. Diles que el dragón me expulsó *muy* enfadado.



# CAPÍTULO 61

Raeve

Tras las puertas, hay una sala circular con techo abovedado impecablemente decorada con mosaicos que simulan el cielo de La Bruma. Cada tesela es más pequeña que cualquiera de mis uñas y tiene grabadas runas casi invisibles, pero yo las veo.

Las *percibo*.

Mientras avanzo, mis pasos resuenan por la sala y voy dejando huellas ensangrentadas, con la mirada fija en lo que yace al pie de la suave pendiente.

Un nido improvisado de fundefauces formado por ramas entrelazadas con enredaderas secas. Es similar en tamaño y forma a la luna del siegasable al que rendí homenaje antes de mi juicio Tookah y tiene una entrada robusta que parece pequeña como para que yo quepa.

Frunzo el ceño, me acerco sigilosamente y me agacho para mirar el interior.

Me quedo quieta.

Dentro del nido, hay un grueso huevo azul cielo entre follaje y hojas naranjas. Pero, aunque resulta impactante verlo de cerca, lo que me deja sin aliento es el joven agazapado detrás de él.

El feérico lleva una túnica de runi color blanco que le queda grande y está hecho un ovillo, con la barbilla apoyada en sus huesudas rodillas. Su revuelto cabello plateado le cubre la mitad superior del rostro y, cuando alza la barbilla y me mira por entre sus densos mechones, me sobresalto al ver que también tiene los ojos plateados.

Solo he echado un vistazo, pero parece que hayan pasado *daes*. Me siento como si él hubiera inspeccionado el tejido de mi alma y examinado cada fibra, antes de volver a entrelazarlas en el tiempo que tarda mi corazón en dar un solo latido.

Baja la vista al huevo.

—Hola, Raeve.

Pierdo las fuerzas y caigo de rodillas sobre la piedra, hundiendo las manos en las ramas y enredaderas.

Noto el bullir de una ira helada en la base de mi garganta y me cuesta pronunciar las siguientes palabras:

—Hola, Ahvi.

«Cabello plateado…, ojos plateados…».

Es un *niño*.

Mi objetivo, el feérico al que me han ordenado matar para *salvar* La Floresta, es un crío, joder.

—Eh…

—Has venido a matarme —murmura con sus pálidos labios, su voz suave, distante, como si su mente estuviese muy lejos—. Lo sé. —Vuelve a apoyar la barbilla en las rodillas, aprieta las piernas y fija la mirada en el huevo—. Me alegro mucho de que no lo vayas a hacer.

Me cuesta unos instantes darme cuenta de…

—Eres mentalista.

—Dicen que soy muchas cosas. —Se encoge de hombros—. Nadie lo entiende. No como lo entiende tu Otra.

Sus palabras resuenan, *acechantes*.

Me sacuden por dentro.

Abro la boca, pero no digo nada. Ojalá hubiese cerrado la puta puerta al entrar o no fuera tan manchada de sangre.

«Ojalá no hubiera venido aquí».

—Pero me alegro de que hayas venido. —Me echa otra mirada y se abraza con más fuerza—. No me gusta este lugar, ni tampoco la Ciudadela.

Mis sospechas se afianzan como espinas clavándose en mi piel.

«Sin duda, es el protegido al que están tratando de localizar Kaan, Roan y Pyrok, el niño que puede leer el *Libro de Voyd*, el que grabó las runas en los arcos sobre la Ciudadela».

Ahvi asiente.

—Intenté escapar una vez, pero no pude correr lo bastante rápido.

Algo despierta en mi pecho, un intenso deseo de hacer todo lo posible por proteger a este niño, por sacarlo de aquí.

Llevarlo a un lugar seguro.

—Me alegro de que hayas dejado marchar a Kurth. Él no es como los demás, siempre se ha portado bien conmigo. —Extiende la mano y toca la emplumada superficie del huevo—. Él me ayudó a conseguir esto.

Las palabras son cuchillos que se clavan lentamente.

Entonces…, lo ha oído *todo*, todas las muertes que acababan de producirse en la estancia que tengo detrás.

«De haberlo sabido…».

—No pasa nada. No puedo evitarlo —murmura, encogiéndose de hombros—. Estoy acostumbrado a oír cosas que no quiero oír.

Por alguna razón, me da la sensación de que no es para nada así.

El huevo se sacude y está a punto de volcarse a un lado.

Ahvi sonríe. Es solo una leve inclinación de sus comisuras, pero ilumina todo su rostro.

Lo hace parecer aún más joven.

Más liviano.

Se mete la mano en el bolsillo de la capa y saca un vial plateado, me mira a los ojos por entre sus mechones de pelo y susurra una sola palabra que me hiela hasta los huesos.

—*Corre*.



# CAPÍTULO 62

Raeve

Cómo que corra?

Ahvi se encoge de hombros.

—Sé que no te gusta el fuego, así que… —Levanta la tapa de su vial, del que brota una llamarada naranja brillante de fundefauces, y se me cae el alma a los pies.

«Tampoco me gusta ver cómo la gente se quema viva».

El huevo vuelve a sacudirse, esta vez yendo en la otra dirección.

—Mierda —murmuro poniéndome de lado. Me estiro, intentando pasar la parte superior de mi cuerpo por la abertura, con la esperanza de sacar al niño.

Ahvi mueve la lengua por la boca y luego muerde algo.

Se me hiela la sangre al ver un brillo plateado brotar de su boca y envolverlo a modo de red, como un…

«Escudo».

Me mira por entre su mata de pelo esbozando una tímida sonrisa.

—Es que es un escudo.

Me quedo quieta, notando escozor en los ojos.

«Essi estaría muy impresionada contigo, chico».

Va bajando el vial.

—Espera…

—No puedo. Va a morir.

Gimo.

Deja caer el vial en el nido, y al instante prenden las hojas secas, demasiado rápido para mi gusto.

Murmurando una sarta de groserías probablemente no aptas para un joven, intento salir por la abertura. En cuanto el nido me regurgita, doy media vuelta y echo a correr hacia la puerta, saltando sobre las baldosas runadas, justo cuando el nido estalla en llamaradas furiosas.

Me doy la vuelta, jadeando, y contemplo el fuego del dragón consumiendo la esfera de ramas y enredaderas, llenando la cámara con columnas de humo espeso. Un denso velo que no tarda en ocultar las voraces llamas naranjas, aunque estas siguen extendiéndose en mi dirección, como si intentaran escapar de la cámara, pero chocan contra una barrera invisible que contiene el ardiente caos.

Ni siquiera una bocanada de humo logra atravesar la puerta.

Observo desde detrás de la barricada con el corazón en la garganta.

El cuerpo tenso.

La mente acelerada.

De repente, casi violentamente, el humo se desvanece junto con las llamas, como si un enorme ser los hubiera succionado.

Las paredes de la cámara quedan a la vista, iluminadas por miles de runas plateadas. Luego, el suelo curvado, que acoge los restos del nido y a Ahvi…, sentado con las piernas cruzadas en el centro, todavía envuelto en su escudo brillante.

Se me escapa un grito ahogado y poso la mirada en el huevo que tiene en los brazos, que ya no es del mismo azul cielo que antes.

Está carbonizado y se le ha formado una pequeña grieta en un lateral que se va ensanchando.

Me acerco a las baldosas iluminadas por las runas, respirando el aire húmedo cargado de olor a humo. Al dar otros dos pasos,

resuena un crujido por la estancia.

Como si de huesos rompiéndose se tratara.

Al huevo se le desprende un gran trozo de cáscara, pero no cae, sino que sigue pegado a la membrana viscosa que hay debajo.

Ahvi sonríe y murmura unas palabras mientras suelta el trozo de cáscara con una delicadeza que nunca le he visto a nadie. Es muy semejante al recuerdo de mi Otra.

Cuando vio a otro chico ayudar a una plumaluna plateada de alas torcidas a liberarse de su cáscara viscosa.

Me doy la vuelta, mirando a otra parte.

Finjo estar dándole a Ahvi privacidad para crear un vínculo con su cría, y no estancada en un pasado que aún no estoy preparada para afrontar. Ahuyentándolo.

«Fuera».

Se oyen más crujidos mientras me rasco las yemas de los dedos, contemplando el estropicio que he dejado en la antecámara…

El tiempo me pisa los talones.

He pasado por numerosas dependencias de duermevela cuando venía hacia aquí y, aunque hay muchos cadáveres en esa estancia, todo apunta a que aquí residen *muchos más* soldados.

Basta con que alguien se encuentre con el soldado al que he asesinado en el pasillo para que se nos eche encima todo un contingente. Defenderme a mí misma ha sido fácil, pero tener que preocuparme por un niño y su dragón recién nacido no lo será tanto.

El tiempo apremia.

—¿No te parece *perfecto*?

Al oír las palabras de Ahvi, me doy la vuelta.

Aún con las piernas cruzadas en las entrañas del nido, ahora carbonizado, levanta la regordeta cría rosada sujetándolo por las alas, desproporcionadamente grandes. La diminuta bestia carece de plumas, salvo por unas cuantas que le sobresalen entre los ojos, en la cresta y en la punta de la cola, que cuelga tan flácida que casi creería que ha muerto…, de no ser por el graznido ininteligible que emite al intentar, sin éxito, levantar la cabeza.

—Majestuoso. —Me acerco a toda prisa, pisando los restos del nido—. Es hora de irse. —Me agacho junto a ellos y, en cuanto Ahvi

retira su escudo brillante, le corto un trozo de capa.

Y luego otro.

Como si supiera lo que pretendo hacer, baja a la cría al improvisado arrullo y le va quitando fragmentos de cáscara mientras yo le acomodo las alas, que mueve de repente con fuerza contra su cuerpo regordete.

—¿Has dicho que no puedes correr rápido?

—Puedo correr *muy* rápido —me corrige hinchando el pecho—, pero no lo suficiente.

—Error mío.

—Tengo los pulmones muy mal. A veces, se me inflaman.

«Es bueno saberlo».

Doblo la tela sobre el dragoncito, envolviéndolo hasta que queda bien arropado, como si volviera a estar dentro del huevo. Eso parece calmarlo un poco.

—¿Me permites?

Ahvi asiente con la cabeza.

Aprieto el inquieto bulto contra mi pecho y, con la ayuda de Ahvi, utilizo el otro trozo de tela para sujetarme la cría al cuerpo. Una vez bien sujeta, me doy la vuelta, hinco la rodilla en el suelo y hundo las manos en las cenizas y el carbón.

—Súbete a mi espalda.

No se mueve.

Miro por encima del hombro y veo a Ahvi esbozar una tímida sonrisa.

—¿Todo bien?

—Lo siento. —Se ruboriza—. Nunca has hecho esto antes.

«Veo que mi mente es un lugar abierto a todos».

«Maravilloso».

—¿Necesito instrucciones? —Arqueo una ceja.

Él niega con la cabeza y se acerca sin dejar de sonreír.

—Solo equilibrio.

—Pues estás de suerte.

Me rodea el cuello con los brazos, levanta las piernas por encima de mis caderas y deja caer todo su peso sobre mí; sorprendentemente, es ligero para su altura.

—A menos que Sereme te vuelva a hacer daño —murmura pegado a mi oído.

Suspiro, paso los brazos por sus corvas y tiro, suplicando en silencio a los Creadores que no nos crucemos con nadie que quiera matarnos por el camino.

Alargo la mano a mi espalda y tiro de la capucha de Ahvi lo suficiente como para que le cubra la mitad de la cara. Luego, atravieso la antecámara, saltando por encima de escombros y miembros ensangrentados.

Paso junto a rostros quemados y ojos apagados que miran fijamente a la nada.

Aunque muestre indiferencia ante lo que ha visto en mi mente, sé reconocer una fachada cuando la veo. Hay una discreta fragilidad en esa despreocupación, en los encogimientos de hombros y las sonrisas falsas, en la serenidad de quienes se han acostumbrado demasiado al mundo herido que los rodea, por lo que se apoyan en el caos como si de un amigo íntimo se tratase, pues es lo único que saben con certeza que va a estar ahí… dae tras dae.

Lo único que no va a *desaparecer*.

Este niño… necesita toda la protección que yo pueda brindarle para que no acabe volviéndose tan frío y amargado como yo.

Paso corriendo junto al soldado del pasillo, todavía tendido entre los restos sanguinolentos de sus pulmones, cuando Ahvi señala:

—¿Es mal momento para decirte que la mayoría de los soldados se esconden en el bosque, esperando para tenderle una emboscada a tu Kaan?

Me detengo en seco, pues sus palabras son como un puñetazo en el estómago.

«Mierda».

Eso explica que las dependencias de duermevela estén vacías, el silencio, el soldado que se ausentó de su puesto para ir a mear.

El contingente del que acabo de ocuparme… solo era el *plan B*.

Las yemas de los dedos me pican tanto que me cuesta sujetar al niño.

—En realidad, es el momento perfecto. —Salgo disparada, atravesando los inmensos corredores mientras la fría rabia que hay

en mi interior borbotea a fuego lento.

—Sé lo que tienes pensado hacer.

Me desvío a la izquierda y empujo a Ahvi más arriba en mi espalda. Eso hace que el dragoncito se remueva y suelte un graznido ininteligible mientras subo por unas escaleras de iluminación tenue.

—¿Crees que va a funcionar?

Lo noto encogerse de hombros contra mi espalda.

No es precisamente una respuesta entusiasta. Por desgracia, no me quedan más opciones que no lo pongan en peligro.

No entiendo cómo es que sigo reuniendo gente por la que preocuparme, pero, joder, esto se me está yendo de las manos.



Kaan

# CAPÍTULO 63

Piso lo que parece ser un grueso montículo de musgo, pero la bota se me hunde en él y acabo metido en el barro hasta las rodillas hasta que encuentro un punto firme donde apoyar los pies.

«Maldita sea».

Echo un vistazo por encima del hombro y le indico a Pyrok que se desplace más a la izquierda mientras saco mi bota lentamente.

De todos modos, eso no impide que se oiga un chapoteo tan fuerte como para despertar a una hembra dormida.

Nos quedamos quietos, oyendo el fuerte batir de las alas de dragón. Los fundefauces son muy fieros cuando van en manada, pero no saben volar en silencio como hacen los plumalunas.

Si estuvieran a punto de atacarnos, lo sabríamos. Sin embargo, solo se oye el aleteo casi constante de las desorientadas alondras de papel, que revolotean caóticamente en busca de un camino libre de niebla, desesperadas por dar con su destinatario.

Pyrok levanta la pequeña jaula de cobre a la altura de los ojos. En su interior, nuestra alondra de papel sigue aleteando frenéticamente, tratando de escapar por entre los finos barrotes para llegar hasta el joven protegido. Su pico apunta a través de la niebla, demasiado espesa como para que veamos nada; el muro podría estar a diez pasos y no nos enteraríamos.

Cuando encontramos un camino más firme a través de la penumbra, seguimos adelante, pasando por entre árboles gigantescos que no vemos hasta que prácticamente los tenemos delante. El silencio nos oprime como una amenaza voraz; el tipo de silencio que hace que se oigan hasta los pensamientos.

Como si los míos necesitaran más espacio para gritar.

De nuevo, me asalta la imagen de Raeve cubierta de runas agotadas. Tenía tantas capas que era casi tan luminosa como la propia Slátra.

Me atormentan las palabras que cruzamos a orillas del pantano y es como si mi pecho se desgarrara cada vez que pienso en las implicaciones…

«No».

Si ahondo demasiado, me quebraré hasta quedar tan desperdigado como una vez lo estuvo Slátra. Y, ahora mismo, tenemos trabajo que hacer.

Pyrok me agarra del hombro y me aprieta.

Al volver la vista, advierto que no me está mirando a mí, sino a la alondra, que ahora se golpea contra el techo de la jaula.

La esquina más alejada.

La parte de atrás.

Como Pyrok, frunzo el ceño.

«O la jaula está rota o…».

Se me eriza el vello de la nuca.

Una ráfaga de viento me trae unas palabras confusas directamente al oído. Es como si Clode acabara de interceptar la orden de alguien y la hubiera lanzado en mi dirección.

—*Gurth aath ahn aileen duh, Bulder… huth-uh.*

Se me hiela la sangre.

Recorro el suelo con la mirada en busca de alguna alteración.

Bulder está tan disperso en estos parajes que le lleva un tiempo recomponerse para responder a una orden.

Y más para algo tan sólido como una lanza de piedra.

Se produce un ligero remolino de alteración a los pies de Pyrok…

Tiro de él.

Se tropieza en el barro y la jaula está a punto de caérsele, pero logra recuperar el equilibrio.

—¿Pero qué cojones…? —suelta con los ojos como platos al ver emerger una lanza de piedra por entre el fango justo donde se encontraba él. El arma no se detiene hasta llegar a la altura de nuestros hombros y está lo bastante afilada como para haberlo cortado en dos.

Cruzamos la mirada con complicidad sin mediar palabra.

«Nos han descubierto…».

Bloqueo a Rygun un instante antes de que algo me golpee en la parte posterior del brazo, acallando la canción de Bulder. Pyrok se lleva la mano al pecho al mismo tiempo y se mancha los dedos de sangre.

«Estacas de hierro».

Esforzándome por no gruñir tan fuerte como para despertar a los dragones de toda la zona de anidación, le hago un gesto a Pyrok para que retroceda hasta un árbol cercano detrás del cual podamos refugiarnos, reagruparnos, quizá sacar estas putas estacas.

Da dos pasos cuando una gran red sale de repente del barro y lo atrapa. Se eleva hacia el cielo dando sacudidas, tan adentro de la niebla que lo pierdo de vista por completo.

Me quedo frío.

Es una *emboscada*.

«JODER».

Desenvaino el machete que llevo en la cadera y doy media vuelta, escrutando la niebla. Entorno los ojos y me fijo en numerosas manchas rojas que contrastan con el blanco.

Caigo en la cuenta de que estoy rodeado incluso antes de que se disipe la niebla, un breve respiro que revela un círculo de soldados de La Bruma mirándome con ira por las finas rendijas de su casco

rojizo, algunos de ellos con espada o lanza y otros con arco y flecha apuntándome.

La cruda realidad me clava sus garras profundamente.

Si empuño las armas contra ellos, nos atacará una horda de furiosos fundefauces desesperados por expulsarnos de su preciado bosque y, si no lo hago, si no me enfrento a ellos en este campo de batalla pantanoso, nos capturarán. Probablemente nos entregarán al Triconsejo y nos ejecutarán por mis recientes fechorías contra la Ciudadela.

Las opciones son desoladoras.

Doy un paso atrás…

Noto el suelo moverse bajo mis pies y me veo arrastrado hacia el cielo tan deprisa que casi se me salen las tripas por la garganta, mecido por una red fangosa que ahora cuelga en medio de la densa niebla.

Mi espada ha desaparecido.

Me hierve la sangre.

Por entre los agujeros de la red, veo a Pyrok forcejeando para liberarse.

Cruzamos la mirada y sus ojos verdes brillan con incredulidad al verme en la misma situación.

—Joder —vocaliza sin emitir sonido.

Solo puedo estar de acuerdo.

Extiendo una mano y señalo hacia arriba articulando la palabra «trepa».

Él asiente y clava su daga en el grueso entramado de cuerdas mientras yo avivo la brasa que me ha entregado Rygun con la intención de quemar esta maldita red, pero entonces oigo unas fibras cortándose y un chirrido de metales entrechocando.

Pyrok se detiene y me mira a los ojos.

—Entrelazadas con fibras de hierro —articula, haciéndome reprimir un gruñido.

«Si las quemo, el hierro líquido me salpicará por todas partes».

«Y es probable que nunca me libre de él».

Me decido a sacar una daga de la funda que llevo oculta en la manga de mi chaqueta…

Los pelos de los brazos se me erizan y el aire se queda quieto, en un silencio más profundo que antes.

Un silencio frío y voraz.

Se me encoge el corazón.

Líri atraviesa el aire con silenciosa precisión, moviéndose tan deprisa que, entre la lechosa niebla, parece una pálida estela, con un jinete encapuchado a su lomo demasiado pequeño para tratarse de Raeve.

Me fijo en la extraña forma en que Líri sostiene sus garras: parece estar abrazándose el pecho, o tal vez sosteniendo algo cerca de él.

No.

A *alguien*.

La niebla se disipa al tiempo que el aire se ve succionado, como si me hubiese quedado atrapado en un pulmón que acaba de exhalar. En ese mismo instante, todos los soldados del anillo más cercano caen de rodillas con los ojos desorbitados llevándose las manos al pecho, con el cuello constreñido, la boca abierta y el rostro enrojecido.

Tratando de respirar sin conseguirlo.

Líri se ha ido como una ráfaga de viento, dejando a Raeve agachada en el barro bajo nuestras redes colgantes con una sonrisa burlona, una mirada salvaje en sus ojos azules y tanta sangre encima que parece llevar la armadura de La Bruma.

Siento un nudo en el estómago.

Me lanza una mirada casi tan afilada como para liberarme.

—¡Deja de intentar morir delante de mí!

Sus palabras son apagadas, como si chocaran contra unas paredes que no veo.

«Está reteniendo nuestro sonido para impedir que se propague».

Un movimiento capta mi atención: veo acercarse a un grupo más numeroso de soldados a través de la deformada pared de niebla. Al girar la cabeza, descubro que vienen desde todos los ángulos, como un nudo corredizo tensándose.

Nunca había sentido un miedo tan frío y acerado.

—¡Vete! —grito con todas mis fuerzas.

Gruñendo, Raeve se agacha para recoger mi espada del barro y hace crujir su cuello moviéndolo a ambos lados. Es lo último que veo antes de que otro banco de niebla lo cubra todo y me la tape.

Y también a los soldados.

Y a *todo* menos a la alondra de papel, que no para de revolotear en círculos, confusa.

Luego, me llegan chasquidos de dagas y espadas, así como los pesados golpes de cuerpos cayendo al suelo y la voz de Raeve en el viento, hablando la lengua de Clode con tal desenvoltura que parece que esté tejiendo un tapiz ondulado y cada palabra sea una impetuosa puntada.

Me enfurezco y corto la red con violentos golpes, pero es como estar atrapado en una telaraña. Cuanto más lucho contra ella, más me enredo y más necesito cortar.

«Más siento que el corazón está a punto de salírseme del pecho».

Otra abertura en la Niebla deja ver a Raeve en medio de una tormenta roja de soldados. Con los dientes apretados, se mueve en el caos como si estuviera hecha de viento y su melena fuese un tajo negro a cada paso.

Todos caen alrededor en cuanto los tocan sus dagas, con sangre manando de sus arterias seccionadas, mientras yo sigo cortando la red. Otros se ahogan, con sus pulmones destrozados asomando por entre sus labios, las manos en la garganta y las armas olvidadas mientras se desploman en el barro.

Su forma de moverse… es una danza mortal tan precisa que me hace sentir un escalofrío por la espina dorsal.

«Nadie se mueve así a menos que haya vivido y respirado demasiadas batallas».

«Demasiada muerte».

Entonces, llega otro banco de niebla que me obstruye la vista, haciéndome enfurecer como una brasa moribunda mientras continúo cortando la enredada red.

Más repiqueteo. Gritos guturales que se apagan. La presión del aire comienza a disminuir, tanto que me preocupa que se escape el sonido. La voz de Raeve resuena en medio del caos, tensando el

cordel con fuerza de nuevo.

La niebla se disipa.

Me siento como si le hubiera dado la vuelta a esta daga y me la hubiera clavado entre las costillas al ver a Raeve casi debajo de mí, de rodillas y arqueada hacia atrás. Los ojos se le salen de las órbitas y se golpea el pecho, como si algo la estuviera desgarrando por dentro.

Un soldado logra ponerse en pie con dificultad detrás de ella. Tiene una mano ensangrentada sobre una profunda herida en el cuello y avanza tambaleándose, empuñando una daga con la otra mano.

Grito el nombre de Raeve tan fuerte que saboreo la sangre.

Con otro violento espadazo, me libero de la red y caigo como una piedra sobre el soldado.

Se desploma bajo mi cuerpo.

Tal es la furia volcánica que me recorre las venas que se me nubla la vista y mis movimientos no son más que golpes salvajes que ni siquiera me parecen reales hasta que advierto que tengo las manos a ambos lados del casco del soldado.

El metal rojo cede cuando aprieto, hundiéndose con tal fuerza que los ojos le salen disparados de las cuencas, seguidos de un chorro de sangre.

Lo suelto, dejándolo caer al barro.

Me incorporo de rodillas.

Resollando, levanto la cabeza y veo unos enormes ojos fríos como el hielo.

Raeve ya no está retorcida de dolor, sino relajada y mirándome boquiabierta. Baja la guardia por un instante, pero enseguida vuelve a levantar sus barreras, afanándose por recuperar la compostura.

Pero yo ya lo he visto.

A lo lejos, se oye el pam, pam, pam de estacas disparadas. Le paso a Rave el brazo por la espalda y la tiro al barro conmigo. En cuanto oímos el silbido pasar sobre nuestra cabeza, nos incorporamos de golpe y tomamos aire.

Raeve sigue dejando salir de sus labios la vaporosa canción de Clode mientras se limpia el barro de los ojos, mirándome de un

modo que me dice que hubiera preferido que le clavaran las estacas antes que meterse en el barro.

Me río por lo bajo, aunque no le veo la gracia. Cojo mi espada del sangriento fango mientras Raeve saca dagas de los bolsillos ocultos de su atuendo y las lanza una detrás de otra.

Encuentran su objetivo con unos golpes sordos, seguidos del chapoteo de los cuerpos al desplomarse.

Una flecha se dirige hacia nosotros, pero la corto en el aire de un espadazo al tiempo que Pyrok se cae en el fango a nuestro lado soltando un gemido.

—Ha dolido —farfulla, y se levanta apartándose de la cara la capucha, que está llena de barro.

Los tres nos dirigimos a un terreno más firme y nos situamos de espaldas unos a otros. Aunque Raeve tiene las pequeñas escamas de Rygun protegiéndole el pecho, mantengo mi brazo firmemente sobre su corazón mientras escudriñamos la niebla en busca de algún movimiento.

El avance del enemigo se ha frenado, pero conozco el ritmo de la batalla. No hay duda de que se están reagrupando para volver a arremeter.

—¿Cuántos crees que hay? —pregunta Pyrok sacando su espada de la vaina que lleva a la espalda.

—Más de cien —afirma Raeve con frialdad—. Líri ha olfateado la zona antes de dejarme aquí. Nos rodean como una crecida.

Pyrok y yo maldecimos al unísono.

—¿Alguien tiene alguna idea ingeniosa? —pregunto con la esperanza de evitar involucrar a Rygun. En cuanto huela el peligro, atravesará este bosque como hizo en Bothaim y se le echarán encima todos los dragones de la zona de anidación.

Además, le aterrorizan las Nieblas Errantes. Las atravesaría sin dudarlo, pero su miedo le afectaría.

—Yo —escupe Raeve como si fuese un trozo de carne malísima —. Pero no me gusta nada.

Arqueo una ceja y la miro de reojo.

—No salgas de este montículo o te tragarán junto con los demás.

—¿Tragar? —repite Pyrok.

Raeve suspira.

—Esa puta piedra en forma de lágrima… —se queja, y luego levanta la barbilla, endereza los hombros y comienza a soltar una combinación desgarradora del lenguaje de Bulder y de Rayne, entretejida como una danza que no veo, pero sí siento.

Tan adentro de mi ser que casi me pone de rodillas.

Aunque no entiendo los fragmentos dirigidos a la diosa del Agua, comprendo a la perfección los que son para Bulder. La oigo exigirle que se ablande tanto que se convierta en una versión más débil y vulnerable de sí mismo…

Las lágrimas de Raeve se mezclan con la suciedad de sus mejillas mientras una onda se va propagando por el barro.

Las Nieblas se disipan, como si Clode se hubiera encorvado y hubiera soplado con todas sus fuerzas, ofreciéndonos una visión clara de las tropas de soldados, las cuales se detienen en seco, con la confusión reflejada en su ceño fruncido y sus ojos abiertos como platos.

Se miran unos a otros.

Al suelo.

A *nosotros*.

Más de cien soldados de armadura reluciente que desaparecen en un abrir y cerrar de ojos.

Se hunden bajo la superficie tan rápido que ni siquiera les da tiempo a gritar, quedando sepultados en el pantanoso inframundo.



Kaan

# CAPÍTULO 64

Abro los alicates, agarro el gancho metálico del pendiente y lo giro hasta darle una forma más redondeada, aliviando con cada movimiento el temblor de mis manos.

Con cada doblez del metal.

Desvío la mirada hacia la trampilla que conduce a la planta baja de la cabaña del árbol y, luego, hacia la capa de niebla que aún cubre el suelo. Quizá sea la espera más larga de la historia.

«O no voy a obtener respuestas o Borg se ha quedado dormido».

«Otra vez».

Compruebo que la sangre que gotea de la herida que me ha hecho la estaca en la parte posterior del brazo no haya caído sobre la cama y continúo dándole forma al gancho. Una vez que es lo bastante circular, cojo el frasco de Borg de encima de la colcha, con cuidado de no romper la neblina que lo mantiene sujeto, y subo el fino lazo metálico por la base hasta la boquilla. Lo aprieto con unos

cuantos giros de los alicates y, cuando termino, Borg se levanta, ganando tamaño y masa, y se tira sobre el mullido asiento como si fuese una manta blanca y gordita.

—¿Ha habido suerte?

Mi voz es áspera, delatando lo fatal que me siento.

—Tengo vuestras respuestas —dice con el mismo entusiasmo que muestra Rygun cuando intento sacarlo de su ardiente guarida.

—Buenas noticias. —Dejo a un lado los alicates y me enderezo un poco en el asiento—. ¿Qué te apetece hoy?

—Dormiiiiir —dice soltando un bostezo tan grande que casi le parte la cabeza en dos, y luego cierra sus vaporosos labios y se pasa la mano por la cara—. Sigo saboreando las penas de Roan, tan frescas y sabrosas, y me lo queréis arruinar. ¿Y para qué? Sabéis que no voy a daros esta información tan importante sin probar lo peor que tengáis…

—No puedes tener lo peor de mí. No este dae.

«No podría soportarlo ahora mismo».

—Exacto.

Abro la boca para hablar, pero me interrumpe, ladeando la cabeza para mirarme maliciosamente.

—¿Queréis cebarme con alimento que no llena? ¿Tapar este delicioso regusto de mi boca con el sabor del arrepentimiento? ¿Estáis tratando de reventarme las costuras? Dentro de poco, ni siquiera voy a caber en ese feo y aburrido fras…

Aparto la mano del frasco, dejando ver los tres abalorios que ahora cuelgan de un lado.

Rojo.

Marrón.

Transparente.

Cuando parpadeo, ha avanzado como un soplo de viento y lo tengo arqueado sobre mí como un fantasma.

—¿De quién son?

Le tiembla la voz con ansia, erizándome todo el vello de los brazos mientras examino ese trío de piedras que me han acompañado durante fases a modo de macabra medalla de guerra.

—Eran de pah, pero se los arranqué de la oreja —murmuro

mientras él se aproxima y acerca sus neblinosos dedos a los abalorios, como si intentara cogerlos—. Ahora… son *tuyos*.

—¿Cómo…, cómo sabíais cuál era mi estilo?

—Intuición.

Cuando levanta la vista, tengo su rostro tan cerca que me cuesta aguantarle la mirada. Lentamente, se le va agrandando la boca hasta formar una gran sonrisa deshilachada que le ocupa toda la cara.

—Muy bien, mi rey. —Suelta una risita echándose hacia atrás para estirarse—. Me conformaré con uno de vuestros recuerdos menos placenteros a cambio de la información que deseáis. ¿Qué tenéis en mente?

—¿Me vas a dejar elegir? —Echo la cabeza hacia atrás sorprendido.

Se encoge de hombros, extiende los dedos y se mira sus delicadas uñas.

—Dado el detalle que habéis tenido, me siento bastante generoso. Aunque no esperéis que dure, que el corcho apesta.

—Tomo nota. —Muevo los abalorios de pah con el pulgar, pensativo—. ¿Qué te parece la *venganza*? —pregunto con un tono profundo, envenenado por los oscuros pensamientos del recuerdo que tengo en mente.

Borg se me acerca flotando y me olfatea con tal entusiasmo que ya siento el recuerdo empezar a desentrañarse de lo más profundo de mi alma con sus bruscos tirones.

—Sí… —Traga, como si estuviera salivando, manifestando que se le acaba de despertar el apetito—. Me parece de maravilla.

—Genial.

—Esperaaaaaad. —El recuerdo deja de sacudirme por dentro. Borg se aparta lo justo para volver a mirarme a los ojos y, luego, echa un vistazo a la habitación, con lo que parece ser preocupación ensombreciendo aún más sus ojos color ébano—. ¿No queréis aturdiros primero con ese veneno vuestro?

—Nada de alcohol hoy —le espeto dejando su frasco en la cama al tiempo que me tumbo sobre la colcha, listo para su acometida, con los ojos cerrados…

De inmediato, veo a Raeve retorciéndose de dolor en ese campo de batalla embarrado mientras la muerte se acerca con una espada en la mano. De inmediato, siento la dentada hoja del pánico desgarrándome.

Abro los ojos de golpe y me encuentro con los inquietantes ojos de Borg frente a mí.

—Haz lo que tengas que hacer.



*Con una última sacudida de cabeza de Rygun, Grohn se queda inerte y sus raídas alas quedan tendidas sobre la agrietada roca naranja. Desde la silla de montar, veo apagarse los ojos del enorme siegasable mientras le mana sangre de la boca.*

*Formando un charco en el suelo.*

*Si estuviera en mis cabales, tal vez me sintiese mal por el hecho de que Grohn no haya logrado elevarse al cielo, a pesar de su crueldad. Pero no lo estoy; estoy cegado por las ansias de tener la sangre de pah en mis manos, por sentir sus huesos rompiéndose.*

*La batalla sigue librándose a lo lejos, con columnas de humo y gritos elevándose sobre la ciudad de Dhomm, excavada en el acantilado, al norte de donde hemos aterrizado. Tomo aire, echo hacia atrás la cabeza y miro al cielo, de un color azul empolvado.*

*No hay nubes.*

*Solo unas cuantas lunas, el abrasador sol y una ráfaga de viento son testigos de lo que estoy a punto de hacer. Aun así, lo grabo todo*

*en mi memoria: cada luna, cada soplo de viento, el olor: una mezcla intensa de carne quemada, sudor y cuero.*

*Rygun abre las fauces y suelta el cuello de Grohn, dejando que la cabeza de este caiga contra el suelo, llevándose por delante con el movimiento unas cuantas escamas que cuelgan entre sus babas, unos fragmentos de color rojo y bronce que brillan bajo los intensos rayos del sol.*

*Por encima de las profundas respiraciones de mi dragón, oigo a pah toser y escupir desde la silla de montar, caído sobre el otro costado de Grohn.*

*Lo tengo fuera de mi campo de visión, pero es una señal de que sigue vivo a pesar de la explosión que acaba de soportar y de la sangre que cubre el lomo de su bestia.*

*Me pican las yemas de los dedos.*

*Lentamente, enrollo las riendas de Rygun alrededor de una de sus púas, paso la pierna por encima de la silla de montar y bajo por las cuerdas. Salto los últimos metros y aterrizo con fuerza.*

*El suelo tiembla bajo mis botas, como si Bulder viera a través de mi piel la violencia que me corroe el alma.*

*Él entiende lo poco que haría falta para que yo perdiera el control, para que se derrumbara la débil barrera que me impide adentrarme en el vacío de mi pecho y destruir el mundo. Tengo la frase perfecta en la punta de la lengua, una orden violenta con la fuerza suficiente para acabar con… todo.*

*Podría hacerlo, pero ya no quiero derramar la sangre del mundo entero.*

*«Solo la del hombre que me engendró».*

*Rygun retrocede con un movimiento que hace temblar el suelo, dejándome espacio para moverme alrededor del cuerpo sin vida de Grohn. Pah lanza unas cuantas órdenes confusas al dios de la Tierra, que resuenan en el seco aire mientras salen unas burbujas de piedra del terreno, por lo demás plano, tras mis pasos.*

*Intenta atravesarme con una lanza, pero convencer a Bulder de que afile la punta requiere una gran elocuencia, una lengua afilada.*

*Algo que, al parecer, pah ya no tiene.*

*Esquivo la espinosa punta de la cola de Grohn, siguiendo un*

*rastro de sangre hasta donde yace tendido pah, que araña el suelo tratando de arrastrarse hasta una gran roca detrás de la que probablemente espera esconderse, pero sus piernas no se mueven.*

*Son inútiles.*

*Supongo que su columna lumbar se ha visto afectada por la caída de Grohn. También se ha mordido la lengua, a juzgar por la sangre que gotea de su boca y el modo en que está dando forma al lenguaje de Bulder, con tan poca precisión.*

*Casi me río por lo irónico del asunto.*

*Me mira por encima del hombro. Las puntas de su corona de bronce se han derretido y han quedado dobladas como tallos curvados.*

*Achicharradas por el fuego, igual que la carne de su rostro, antes tan atractivo. A pesar de ello, sus ojos siguen mostrando la misma antipatía que llevo viendo desde que cumplí los diez años y solo hablaba con Ignos y Bulder.*

*La misma antipatía que he visto cuando me ha enterrado, me ha azotado con fuego o me ha golpeado. Cuando me ha hecho todo lo que estaba en su mano para acabar conmigo.*

*No voy a darle la satisfacción de saber lo cerca que ha estado de conseguirlo. Lo habría logrado de no ser por Rygun: él me ha fortalecido por dentro y por fuera.*

*Continúa peleando por avanzar desesperadamente mientras escupe sangre y da una orden inconexa.*

*Esquivo otro torpe embate de una piedra que brota del suelo: otro intento fallido de matarme.*

*Lo agarro por el brazo, que tiene achicharrado, y disfruto oyendo su aullido de agonía mientras lo arrastro por el suelo y lo empujo contra una roca, dejándolo sentado.*

*Justo al sol, donde los feroces rayos alcanzan sus heridas, abiertas y supurantes, visibles por entre los jirones de su cuero rojo y marrón.*

*Me agacho, con los codos sobre mis rodillas. Lo observo toser y jadear hasta que, por fin, me mira a los ojos.*

*Esboza una leve sonrisa con sus labios ensangrentados, algo que debe de dolerle, dado que la mitad de su cara está quemada hasta*

*el hueso en algunas partes.*

*—No sabía que tuvieses lo que hay que tener. —Sus palabras son tan débiles, roncas y confusas que cuesta entenderlas—. Que harías lo que fuese necesario para ser rey.*

*—Esa palabra no significa lo mismo para ambos.*

*Otra oleada de gritos invade el aire, alcanzándonos desde la distancia.*

*Ensancha su deformada sonrisa.*

*—A mí me suena igual.*

*Tiene razón, es así.*

*La diferencia es que yo no disfruto derramando sangre para borrar la mancha que él ha dejado. Y tampoco lo haré cuando esta haya desaparecido, porque la mía seguirá incrustada.*

*Un grito agonizante cuyo eco se seguirá oyendo durante toda la eternidad. Esta guerra, por muy necesaria que sea, siempre me pesará.*

*—La Llama quedará limpia de todo rastro de la superioridad con que la has imbuido.*

*Agarro con fuerza los abalorios que cuelgan de su oreja y se los arranco.*

*Su grito ahogado reverbera por las llanuras.*

*—A la gente se la valorará por su moral, no por los abalorios que lleve —digo guardándomelos en el bolsillo—. Y, cuando yo deje este mundo, la Corona pasará a Veya, que ha jurado lealtad a los Creadores y no transmitirá la herencia Vaegor.*

*Me produce cierto placer ver cómo abre los ojos, cómo le tiembla el labio superior, separándose de sus dientes ensangrentados.*

*—Y a ti, Ostern Vaegor, solo te recordarán como el tirano que eres. Porque ten por seguro que no voy a soltar mi último aliento hasta que no haya fortalecido el norte. Voy a formar un ejército lo bastante fuerte como para limpiar el mundo de tu cruel y sangrienta herencia y al final les cortaré la cabeza a Tyroth y Cadok, igual que voy a hacer con la tuya.*

*—Estarán preparados —me espeta furioso—. Cuando vengas, te aplastarán, porque eres débil, patético.*

*Sus palabras ya no me queman como antes.*

*Nada lo hace.*

*Todo palidece en comparación con el sufrimiento por la ausencia de Elluin, con el dolor de existir en este mundo sin ella y la devastadora certeza de que su hija nunca sabrá lo que se siente al ser querido por Elluin Neván.*

*Esa es la mayor tragedia de todo esto. La peor ofensa de pah.*

*—Si es eso lo que quieres creer…*

*Saco mi pequeña sierra de mano de la funda que llevo en la cintura, algo roma por haberla pasado por una piedra. Alardeo de ello, dejándolo que vea detenidamente el arma que voy a usar para acabar con él.*

*Aunque se pone lívido, se echa a reír, con una risa fría y borboteante.*

*—Si me cortas la cabeza, los secretos morirán conmigo. Uno que…*

*Lo agarro por la mandíbula.*

*—No hay nada que puedas ofrecerme que valga la pena.*

*A pesar de que cada vez está más débil, pah me araña la mano y el brazo, un intento inútil de enfrentarse a mí. Me hierve la sangre y la furia de Rygun estalla en mi interior, encontrándose con la mía propia, lo que hace que mi piel se estire y se rompa, incapaz de contener la bestial fuerza que me corre por las venas.*

*A mis espaldas, Rygun suelta tal rugido que imagino dos mundos de cristal chocando entre sí hasta reducirse a polvo.*

*Pah sigue tratando de agarrarme el pecho y los brazos con sus manos ensangrentadas y observa con los ojos muy abiertos las chisporroteantes grietas que me desgarran la carne mientras yo le abro la boca y agarro lo que le queda de lengua.*

*—Me lo has quitado todo.*

*Corto.*

*Suelta un rugido gorgoteante al tiempo que le cae un chorro de sangre por la barbilla y el pecho.*

*Tiro el trozo de carne a un lado, disfrutando del fuerte tufo a miedo que desprende pah mientras me mira con los ojos desorbitados, como si por fin viera al monstruo en que me ha convertido. Quizá se haya dado cuenta de que mi gran corazón era*

*el detonante perfecto, pues absorbía el dolor y la pérdida que él me hizo tragar hasta que me transformé en su peor pesadilla.*

*Sibila y gorgotea con los dientes apretados mientras me levanto y lo agarro por el pelo que no se le ha quemado, dejando su cuello al descubierto. Acerco la hoja dentada a su garganta, pero no por delante, sino por un costado, movido por la certeza de que así sentirá tajo tras tajo antes de que deje esta vida.*

*Hundo el arma en su carne y comienzo a serrar lenta y atrozmente.*

*Convulsiona…, se retuerce… y se agita mientras lo mantengo agarrado al tiempo que suelta unos estertores que se ven acallados por un chorro de sangre que cubre mis manos y el suelo.*

*Hirviendo por dentro, sigo serrando por entre la sangre, con los labios temblorosos y la mirada clavada en el horizonte en guerra, en los numerosos dragones que se enfrentan en el cielo brumoso lanzando columnas de fuego entre violentas explosiones de humo.*

*De todos modos, mientras le corto los tendones a pah al son de sus débiles gritos gorgoteantes, no es en la guerra en lo que pienso. Pienso en quienes he perdido y recuerdo la bella sonrisa y los cálidos abrazos de mah, el férreo amor y el espíritu salvaje de Elluin.*

*«Ambas dejaron este mundo demasiado pronto».*

*Cada vez mana menos sangre; va disminuyendo cuando alcanzo la columna vertebral, donde ejerzo un poco más de presión, poniendo más ganas en cada tajo.*

*Así hasta que el peso de su cuerpo vence la poca carne que me queda por cortar.*

*El resto se desprende.*

*El cuerpo de pah cae al suelo con un fuerte golpe mientras mis dedos siguen enredados en su cabello y la carne desgarrada gotea, gotea y gotea por su ya ensangrentado torso.*

*Tiro la sierra y exhalo, apretando los ojos…*

*Parte del calor se me escapa de las venas y el picor de mis dedos se va disipando poco a poco. Noto una claridad mental que llevaba sin sentir desde que Borg me dijo que pah había tramado la caída de toda la familia de Elluin, desde que descubrí que el hombre que me engendró había conspirado para utilizarla como peón con el objetivo*

*de dominar el mundo.*

*Intento disfrutar del alivio que me embarga una vez cumplida mi venganza, pero me siento decepcionado al darme cuenta de que no ha servido para llenar el enorme vacío de mi pecho. De hecho, ese vacío parece más grande ahora que no tengo nada más en lo que centrarme.*

*Rygun rechina a la vez que se va apagando su llama, la cual me hinchaba las venas. Trago saliva y miro hacia abajo. Desprendo la corona fundida de la cabeza de pah y, al cogerla, descubro que es más pesada de lo que esperaba.*

*Una corona que nunca quise, ni una sola vez. Lo único que quería era a Elluin.*

*Su tacto.*

*Su amor.*

*Sus bellas sonrisas con hoyuelos.*

*«El amor incondicional de pah».*

*Aprieto los labios, tratando de contener el temblor de mi barbilla, que amenaza con desatarme aún más.*

*Haré del mundo un lugar mejor, porque eso es lo que ella se merecía.*

*Eso es lo que su hija se merece.*

*«Algo mejor».*

*Doy dos pasos hacia Rygun. Hago una pausa.*

*Lentamente, miro por encima del hombro al cuerpo sin cabeza del hombre que me engendró, abriéndome a Bulder.*

*Susurro una melodía argamasada que se va suavizando, ahuecándose, redondeándose.*

*El suelo tiembla y, de él, emerge un puño de arcilla cual flor brotando, cuyos gruesos dedos se abren y revelan una tacita de piedra. Bulder escurre el agua, dejando un charco en la base que no tarda en secarse al sol, y la taza se aclara hasta tornarse de un tono naranja más brillante y se endurece.*

*Tras soltar la cabeza de pah y la corona que no me atrevo a ponerme, cojo la taza y la admiro desde todos los ángulos. Perfecta, supongo; según los estándares de la escultura.*

*A mi parecer, le falta carácter. Le falta el cariño que le puse a la*

*que le hice cuando era joven, sin usar las palabras de Bulder.*

*Dejo la taza en el regazo de pah y pongo sus manos quemadas y ensangrentadas alrededor de ella.*

*—A ver si esta la rompes —le susurro cogiendo su cabeza y su corona, y me dirijo a Rygun sin mirar atrás.*

*Solo cuando estoy sentado entre las alas de mi dragón lo insto a que comience el festín.*



# CAPÍTULO 65

## Raeve

—Ay, Creadores… La hostia —gruñe Pyrok, tendido en el banco. Acerca la barbilla a su agitado pecho y observa a Roan buscando la estaca que tiene clavada profundamente en su torso—. Pensaba que… se te daba bien esto. Kaan… no dijo ni pío cuando… le sacaste la suya.

—No estoy haciendo absolutamente nada distinto —dice Roan con un suspiro—, pero tú te mueves mucho más que él.

Desde el lado opuesto del banco en forma de garfio, echo un vistazo a la trampilla del techo, que se cerró de golpe después de que Kaan subiera corriendo por la escalera de caracol en cuanto Roan le sacó la estaca del brazo.

No me dijo ni una palabra mientras regresábamos, ni siquiera cuando ya estábamos seguros dentro del árbol. Sin embargo, las siento ahí, flotando entre nosotros. Son tan tangibles como la explosiva ira de mi pecho, la cual aumenta cada vez que pienso en la maldita nota que sigo llevando en el bolsillo.

La orden de matar al joven que está sentado con las piernas cruzadas en el suelo a mi lado, con la cría en su regazo, balanceando trozos de carne que el dragón intenta agarrar, a pesar

de que sigue teniendo los ojos cerrados; probablemente por eso se pasa el rato a punto de morderle el dedo al niño.

«¿Cómo iba a ser una amenaza para La Floresta?».

«¿Un niño?».

Me paso el pelo recién lavado por detrás de la oreja y me inclino más sobre el cubo de agua con jabón, en el que froto con ganas mi chaqueta.

Lo único que pienso entregarles a Sereme y al Elding es venganza en forma de espada clavada hasta la empuñadura en sus respectivos corazones. He perdido toda la fe en ellos, en la causa. No me sorprendería nada que La Floresta estuviera perfectamente a salvo y que todo esto no fuese más que pura manipulación, una artimaña para…

«No lo sé, pero ya lo averiguaré».

—No. —Al levantar la vista, veo a Pyrok agarrar las pinzas e incorporarse hasta quedar sentado. Se aparta el pelo embarrado de los ojos y apunta con el instrumento ensangrentado a su hermano—. Serás torpe. Quita, que ya lo hago yo.

Roan inclina hacia atrás la cabeza, como si buscara paciencia en las vetas del techo.

—Ya casi estaba.

Resoplando, Pyrok saca con los dientes el corcho de su petaca y lo escupe a un lado.

—Lo único que has estado a punto de conseguir ha sido mi puño en tu cara. —Se bebe lo que supongo que es la mitad del contenido de la petaca, suelta un silbido bajo y, luego, apoya la barbilla en el pecho y comienza a hurgarse en la herida.

—Voy a preparar mis tinturas para que cierres la herida —dice Roan levantando las manos.

Pyrok observa con furia a su hermano bajando por las escaleras y, murmurando para sí, vuelve a la faena. Mientras, yo mojo mi chaqueta en el agua y continúo tratando de eliminar la suciedad incrustada en las pequeñas escamas de las garras de Rygun que recubren la prenda mientras me pregunto si todos los hermanos se comportan así.

Ese pensamiento me hace sentir en el pecho… *dolor*.

La trampilla se abre.

Kaan baja por la escalera de caracol todavía vestido con sus pantalones embarrados, que lleva pegados a sus fornidos muslos como una segunda piel. Va descamisado debido a la intervención de Roan con las pinzas y parece que se ha limpiado la mayor parte de la suciedad de brazos y torso con un trapo que no parece haber bastado.

Otro escalón y veo aparecer su rostro, casi limpio, aunque le quedan restos de suciedad en el cabello suelto y la barba. Cuando al fin veo sus ojos, los tiene como el carbón, subrayados por sombras.

Lo cual me *impacta*.

Algo gotea en el escalón en el que se ha detenido y, al mirar, advierto una mancha carmesí. Levanto la vista a la piel desgarrada de los nudillos de su mano derecha. Se los limpia en los pantalones y dice:

—Tenemos que hablar.

Pyrok, Roan y Ahvi me miran mientras el aire se carga de tensión.

Asintiendo, dejo mi chaqueta en el cubo y paso junto a la mesa. Subo las escaleras detrás de Kaan, con la mirada fija en la constelación de lunas que adornan su musculosa espalda. Una bella obra de arte ahora estropeada por las cinco heridas que le infligieron en Bothaim, ya cauterizadas.

Espera a que pase y cierra la trampilla, aislándonos del piso inferior.

Me aparto y comienzo a caminar de un lado a otro entre las ventanas, las cuales ofrecen una panorámica de la espesa niebla que aún cubre las zonas de anidación, llenando el bosque. Como son la única fuente de luz de la habitación, hacen que el espacio parezca oscuro.

Abarrotado.

O tal vez sea solo yo, con tantos pensamientos y sentimientos confusos que están a punto de desbordarme.

—Raeve…

—Tengo un vínculo de sangre —suelto de repente volviéndome hacia Kaan, que está de pie junto a la trampilla.

Se le forma un surco entre las cejas y abre la boca como si se dispusiera a hablar, pero parece pensárselo mejor y me indica que continúe con la barbilla.

—La única razón por la que he encontrado a Ahvi primero es porque me llegó la orden de matarlo mientras estábamos en el pueblo —digo, y, cuando sus ojos se abren de par en par, levanto una mano—. No estuve muy acertada, lo sé, aunque he de señalar que la orden no decía nada sobre que fuera un niño.

De nuevo, parece a punto de hablar. Esta vez, lo interrumpo.

—Nunca le he caído bien a la zorra de mi vinculada, y tampoco puedo decir que ella me caiga bien a mí, porque tiende a torturarme hasta que me doblega. Desde que dejé que los Fíur du Ath creyeran que Rygun me había devorado después del juicio, usa nuestro vínculo para manejarme a su antojo. No es la primera vez, y tampoco será la última.

Kaan cruza los brazos y aprieta los labios como si estuviera aguantándose las ganas de interrumpirme.

Probablemente sea lo mejor.

—Antes soportaba el dolor, pensando que era normal, pero, ahora que veo que no es así, necesito encontrar una forma de liberarme del vínculo, y eso no es problema tuyo, sino mío. Es solo que… —Me paso las manos por el pelo y, luego, me las llevo a la cintura, sin saber qué hacer con ellas. Como eso no resulta, imito su postura y me cruzo de brazos—. Iba a contártelo. Siento no haberlo hecho antes.

Kaan levanta las cejas de una forma que me hace preguntarme si debería sentirme ofendida.

El silencio se prolonga tanto que empiezo a estar inquieta, dejo caer los brazos y vuelvo a cruzarlos.

—¿Todo bien? —acabo por decir arqueando una ceja.

Se aclara la garganta y se guarda algo en el bolsillo.

—Sinceramente, pensaba que iba a tener que sonsacártelo.

Deslizo la vista a sus nudillos magullados y, luego, detrás de él, a un profundo puñetazo en la columna que sostiene la estructura.

—¿Lo *sabías*?

—Me lo acaban de confirmar, sí.

—¿Cómo?

—Tengo un espectro como mascota.

Lo miro fijamente, dándole vueltas a la frase. Cinco palabras que nunca pensé que oiría juntas de esa manera. Ni en un millón de fases.

Ni siquiera sabía que eso fuera posible.

—Voy a necesitar que me des más detalles. —Escudriño el espacio en busca de cualquier señal de la criatura, tal vez escondida en un rincón entre las sombras, lista para lanzarme otra dosis de mierda de guara—. ¿Dónde lo tienes?

—En mi bolsillo. Casi siempre.

Clavo los ojos en el bulto que tiene en el bolsillo izquierdo de su pantalón. Es del tamaño y la forma exactos de un frasco pequeño.

«No es que yo sea ejemplo de buenas decisiones, pero eso es sinónimo de desastre».

—Me da información.

Entorno los ojos, inspeccionando sus oscuras ojeras.

—¿A cambio de qué?

—De sorbos de mis recuerdos —dice a toda velocidad—. Y te equivocas. Esto no es un problema tuyo, es un problema nuestro. Eso es lo que es una relación, Raeve. Eso es lo que representa mi málmr. —Se lleva la mano atrás y tira de la fina trenza que le até al pelo para mostrármela. Mi uhloo—. Eso es lo que representa.

Me arden las mejillas por la bofetada que suponen sus palabras, sin duda merecida.

Respiro hondo para hablar, pero se me adelanta.

—Quien controla este vínculo de sangre… —Una larga pausa mientras se le tensa la mandíbula—. ¿Solo usa el vínculo para torturarte?

—Sí —mascullo, tratando de imaginar una realidad en la que Sereme se dignara mancharse de sangre sus perfectas uñas—. ¿Por qué?

Sus ojos se vuelven completamente negros.

—Estoy tratando de descubrir el origen de todas esas runas curativas que tanto te has esforzado en ocultar.

Se me hiela la sangre, abro unos ojos como platos y dejo caer

los brazos, que siento pesados.

La cabeza me va a mil.

«Él… lo ha visto».

—¿Cómo lo has…?

Frunce tanto el ceño que las cejas prácticamente se le juntan.

—¿Importa eso?

«Probablemente no».

Me doy la vuelta de golpe y me acerco a la ventana. Observo la niebla, que se mueve despacio. Por entre ella, se vislumbran a lo lejos los nidos de los fundefauces y alguna que otra bestia colorida elevándose al cielo mientras chilla a las lunas.

Ojalá estuviera allí fuera, no aquí, enfrentándome a… esto. A un pasado que he enterrado bien hondo, sin lápida que marque dónde se encuentra.

*A propósito.*

—¿Quién, Rayo de Luna? —Aunque la pregunta es firme y serena, sale disparada.

Rabiosa, como una bestia mordida por una garrapata.

—Te pedí un nombre una vez. Te voy a dar otra oportunidad para que me lo digas, pero pienso averiguarlo si no.

—Mierda —murmuro para mí misma mientras mi doloroso pasado me atormenta, recuerdos de una pequeña celda en que lo tenía todo y nada en absoluto, compartida con alguien que me enseñó a hablar y a sonreír.

A soñar.

*«Imagina, Raeve. Imagina un mundo que no duele…».*

Al oír el eco de las palabras de Fallon, pronunciadas con una voz demasiado dulce para este mundo de mierda en el que ella tenía tanta esperanza, me quiebro por dentro.

Me vengo abajo.

—No es por Sereme —digo con voz ronca—. Mi vínculo de sangre no tiene nada que ver con las runas antiguas.

La mayoría de ellas las tengo por propia voluntad. Un trato en nombre de la mujer por la que habría dado mi vida… si Arkyn me hubiera pedido que se la entregara.

Pero no me atrevo a revelar nada de eso.

—¿Recuerdas cuándo te las hicieron? ¿Fue después de la caída?

—Sí. —Aprieto los ojos con fuerza—. Fue después de la puta caída.

No me doy cuenta de que lo tengo justo detrás de mí hasta que me agarra la muñeca con fuerza y me saca la mano de debajo del brazo. Me da la vuelta hasta que quedamos casi cara a cara, con mi mano como único obstáculo entre nosotros, levantada como una bandera.

—¿Es la razón de esto?

No tiene sentido pedirle que aclare lo que quiere decir, pues me he arañado tanto la piel de alrededor de las uñas que sangra por algunas partes.

Aparto la mirada del estropicio y la poso en sus ojos, que tiene clavados en mí.

«No, Kaan. Me pican los dedos desde que desperté en aquella celda; confundida».

«Sola».

«Sin voz y desamparada».

—Desde luego, no ayudó.

Él frunce el ceño y siento la energía brotando bajo su piel, una violenta ira apenas contenida.

—Déjalo, por favor.

Me atrae tanto a él que no queda espacio entre nosotros.

Me derrito contra él, arcilla que se ablanda ante su poderosa presencia, como si tuviera algún poder invisible sobre mis músculos.

Mi columna vertebral.

Mi maldita entereza.

—¿Por qué, Rayo de Luna? —Busca mis ojos mientras extiende la otra mano entre mis omóplatos, dejándome sin respiración—. ¿Por qué no me dices un nombre?

«Porque no renací libre de miedo. Me lo fueron arrebatando poco a poco y ahora está en manos de un hombre que me acecha durante la duermevela».

«Porque esa montaña no hace más que apagar la vida».

—Es un monstruo y… —Me vengo abajo ante su firme mirada y acabo perdiendo por completo la entereza. Solo queda la cruda

verdad—. No puedo perderte a ti también —logro decir—. No pienso hacerlo. Y eso es lo que él hace, Kaan. Arkyn coge y coge y coge hasta que no queda nada, joder.

El tiempo se detiene.

Me mira como si fuese de piedra, sin respirar siquiera, sin parpadear. Oírlo tragar saliva es la primera señal de que sigue vivo.

Me suelta la muñeca y me coge la cara, mostrando tal ternura que casi no noto el ligero temblor de sus manos mientras me inclina la cabeza y me da un cálido beso entre las cejas. Aún rozando mi piel con los labios, dice:

—Encontraremos la manera de romper el vínculo de sangre. —La calma constante de su tono contrasta con el calor volcánico que desprende, algo que solo parece ocurrir cuando le cuesta contener el fuego de Rygun—. Luego, daré caza a ese Arkyn y lo someteré o te lo entregaré para que le cortes el cuello. Tienes mi promesa.

«No…».

Me suelta y se da media vuelta. Se dirige hacia la trampilla, dejándome… paralizada, abrumada por un pánico incontrolable. Para horror mío, me doy cuenta de que se me ha escapado el nombre de Arkyn.

Kaan ha desaparecido antes de que mi cuerpo recuerde por fin cómo moverse.

Bajo corriendo las escaleras y salto los últimos peldaños, pero Kaan ya está preparando el equipaje.

—Puedo deshacer el vínculo de sangre —dice Ahvi, aún sentado en el suelo con las piernas cruzadas.

Me paro en seco. Sus palabras giran en un remolino de silencio mientras Roan, Pyrok, Kaan y yo nos miramos con las cejas levantadas.

Solo hay una forma de romper un vínculo como el mío: deshacerse de la sangre contenida en el frasco y esperar que no se haya diluido en algún momento, que no se haya vertido la mitad en otro frasco.

Por desgracia, teniendo en cuenta que aquel cabrón que apareció en el pueblo fue capaz de torturarme utilizando uno que nunca había visto antes, creo que mi sangre se ha diluido.

Probablemente en numerosas ocasiones.

Sereme no es de las que se olvidan de trazar varios planes de emergencia.

Sobre todo, cuando se trata de mantener el control sobre la persona a la que parece despreciar por encima de todo.

*Yo.*

—¿Estás seguro de eso, Ahvi? —pregunta Roan, encorvado junto a la mesa, con sus tinturas a medio mezclar esparcidas por ella—. Romper un vínculo de sangre… se considera una de las cosas más imposibles del mundo. Por eso, se ve con tan malos ojos esa práctica.

Ahvi repite las palabras, esta vez más alto y de forma notablemente más lenta.

—Puedo deshacer el vínculo de sangre.

«Eeeh… Mierda».

Kaan deja su alforja en el suelo y se acerca a toda prisa.

—¿Cómo?

Ahvi toma otro trozo de carne de la mesa y lo deja colgando sobre las fauces de su dragón.

—Es similar a deshacer un nudo, supongo.

«Yo diría que es mucho más complicado que eso, pero bueno».

—El tiempo es más flexible de lo que la gente cree. —Un escalofrío me recorre la espalda cuando Ahvi deja caer la carne en la boca de su dragón, se limpia las manos con un trapo y me mira con esos audaces ojos plateados, como un ancla que se hunde hasta lo más profundo—. De todos modos, para acabar con el vínculo, tenemos que estar en el lugar donde se creó.

La revelación me golpea con tanta fuerza que me da un vuelco el corazón.

—No. Eso no va a pasar.

«Cero

posibilidades».

Ahvi frunce el ceño.

—Pero tú me has salvado —replica con una determinación impresionante—. Y yo ahora saldo mi deuda. Así es como se supone que deben comportarse las buenas personas.

«Estos rollos de héroe resultan agotadores».

—Claro, puedes saldar tu deuda… —pone cara de fastidio antes de que termine la frase— yendo al norte con tu palo de grabado y protegiendo tantos pueblos y ciudades como te sea posible antes de la caída con tus runas salvamundos. Es sencillo.

—Puedo darle instrucciones a Roan. Él sabe grabar tan bien como yo.

Roan hincha el pecho, con aire de ser el hombre más orgulloso del mundo.

—De hecho, más rápido. —Ahvi se encoge de hombros—. Yo me canso. Y ahora soy pah.

Miro al dragoncito, que se esfuerza por mantener la cabeza levantada, pero se le cae hacia un lado, como si el cuello le fallase.

—Te voy a decir lo que es cansado: pasarse dos daes caminando por túneles subterráneos tratando de encontrar el lugar donde se creó el vínculo, porque no hay forma de que pueda verlo desde arriba. Hay miles de hoyos iguales. —Niego con la cabeza—. Olvídalo, Ahvi. Ya buscaré otra manera.

Su voz suena aterrada.

—¡Pero eso casi te mata *dos* veces solo en el último ciclo!

«Maldita sea, Ahvi».

Todos clavan los ojos en mí, incluso Pyrok, sentado con su petaca a medio camino de la boca. Parece que verme discutir con un niño de nueve fases sea lo más entretenido que ha visto nunca.

—¿Dos veces? —suspira Kaan.

Lo ignoro, aunque me mira de tal forma que es como si el propio Rygun me tuviera inmovilizada bajo su garra mientras extrae toda la verdad de mi olor.

Me cruzo de brazos y miro a Ahvi cabreada.

—Si vas a seguir metiéndote en mi cabeza, tenemos que establecer algunas reglas básicas.

—Además, si esperamos hasta después de la caída, tal vez la zona quede arrasada —insiste—. Entonces no podré hacerlo. Habremos perdido nuestra única oportunidad de arreglar las cosas.

«¿Las cosas?».

«¿Cuántas cosas más pretende arreglar?».

Antes de que tenga oportunidad de responder, Kaan se pone delante de mí y me coge la cara con ambas manos, impidiéndome ver nada más.

—Raeve…

Así sujeta, me doy cuenta de lo mucho que tiemblo. Además, me escuecen tanto los ojos que, aunque parpadee, me cuesta que desaparezca la sensación.

—No me pidas que me anteponga a él, Kaan. No lo hagas.

Suaviza la mirada y me acaricia los pómulos con los pulgares mientras me hincho los pulmones con unas profundas bocanadas de aire que hacen que me dé vueltas la cabeza.

—Me quedan apenas unos daes para entregarle… *partes* de él a Sereme. No. No va a pasar. No pienso dejar que se acerque tanto al punto de entrega. Me niego.

Kaan abre la boca…

Pero esta vez es Ahvi quien lo interrumpe.

—Es el único lugar al que voy a dejar que me lleves.

El silencio clava sus garras profundamente.

Lentamente, dirijo la mirada hacia el chico y me encuentro con sus ojos plateados, que me miran con severidad, como si presumiera de tener la llave de mi mente y la balanceara entre nosotros con una sonrisa descarada.

Solo que no sonríe, y yo tampoco. Derrotada por un crío que me llega al pecho, un crío que, obviamente, ha escudriñado mi mente lo suficiente como para saber que no voy a obligarlo a ir a ningún sitio en contra de su voluntad, que no voy a quitarle sus libertades como me han quitado a mí las mías…, una y otra vez.

Si solo hay un lugar al que piensa dejar que lo lleve…, ahí es donde iremos, quiera yo o no.

Eso quiere decir que nos vamos a Gore, joder.

—Además, no te preocupes por mí. Tengo mi escudo. Así es como convencí al Triconsejo de que me dejara llevarme a Gruffin.

«Qué nombre más mono».

Ahora, Ahvi sí sonríe, una sonrisa tan ancha que abre una grieta en mi frío y maltrecho corazón.

—*Nadie* puede hacerme daño con mi escudo.

Me invaden unas náuseas con tanta intensidad y rapidez que me zafo de Kaan, me acerco a las ventanas y empiezo a pasarme los dedos engarfiados por el pelo mientras respiro profundamente, sin que eso sirva para calmar los latidos acelerados de mi corazón.

No me gusta esto. Nada de esto.

No se me va de la cabeza que algo no va bien.

—¿Dónde ocurrió? —pregunta Kaan, y aparto de mi mente las imágenes de sangre y huesos rotos, de trozos de cerebro esparcidos por el suelo cubierto de nieve.

Recuerdos de cómo era sentir que el corazón comenzaba a palpitar tan despacio que sabía que se acercaba a su último latido…

—Una mina abandonada.

—¿Cuál? —A Pyrok se le quiebra la voz como nunca le había pasado.

Ahvi responde por mí, quizá consciente de que tengo la mente puesta en un lugar frío y silencioso, uno que esperaba no volver a ver nunca, donde estuve a punto de caer en el oscuro pozo en el que había echado los recuerdos de todo lo que había perdido durante mi huida a través de las llanuras de Ergor.

—Al sur de Gore —dice con suavidad—. El vínculo se creó a las afueras de Suburbia.



El Rey Carroñero

# CAPÍTULO 66

Arkyn se detiene ante la celda de Kyzari y mira fijamente a la princesa. Sus ojos azules, como cristales que destellan en la oscuridad, tienen más vida que la última vez.

Cuando ella suplicaba desesperadamente una misericordia que no existe.

Su sucio vestido azul pálido cuelga hecho jirones de las aristas afiladas de su cuerpo y su largo cabello está más blanco que antes. Cualquier rastro de ternura se ha esfumado desde que él partió en dos la alondra de papel que tenía como mascota.

Es algo sobre lo que Arkyn reflexiona, pues le parece *interesante*.

Retira la tapa del vial del pah de Kyzari, liberando una bola de fuego, y lo vuelve a cerrar.

—Abre la puerta.

Su voz recorre el túnel como una mancha de tinta.

Kyzari frunce el ceño. Se pone de pie enseguida y se pasa los mechones de pelo revueltos por detrás de la oreja mientras un guardia enmascarado abre la cerradura, con un chirrido de las bisagras a modo de protesta.

—¿Dónde está…?

Kyzari se interrumpe soltando un grito ahogado. Se lleva la mano a la boca con la mirada fija en su tía, a la que arrastran por el túnel hasta dejarla bajo la luz de las antorchas. No es más que un peso muerto sujeto por dos de los guardias enmascarados de Arkyn.

A Veya le brota sangre de la nariz, las orejas y los ojos y le han atravesado con un corte las runas de las sienes, inutilizándolas, pues ya no son necesarias.

Veya no opone resistencia cuando la empujan de espaldas contra los barrotes del exterior de su celda, sujeta con una cadena de hierro. Sus oscuras ojeras ponen de relieve su mirada vacía, su extenuación tras tres noches de insomnio.

El leve indicio del *fracaso*.

A Kyzari le ponen unas esposas y sueltan la cadena que la ata al suelo.

La sacan al túnel, unida a los barrotes por una cadena tan corta que, cuando intenta lanzarse hacia Veya para ayudarla, los grilletes le muerden.

Kyzari retrocede, pero eso no le impide lanzar miradas con los ojos desorbitados a su pobre tía.

Arkyn mira el cuenco de comida vacío que hay en la esquina de la celda de Kyzari…, abre el vial…, lo cierra…, lo abre…

Parece que vuelve a tener esperanza; una señal clara de que le han contado la verdad.

Kyzari sabe que su mah vive, pero ¿sabe que su pah no es Tyroth, el rey de La Sombra, como todos creen? ¿Sabe que su pah es nada menos que *Kaan Vaegor*?

Arkyn está a punto de echarse a reír por lo irónico de la situación y cierra el vial de golpe.

El destino debe de querer que él se vengue; de lo contrario, la descendiente de Kaan no habría ido a parar a su puerta. El destino le *sonríe*, Arkyn está seguro de ello. Le ofrece la sangre de Kaan para que sacie su sed.

Kyzari levanta la vista y se encuentra con los ojos de Arkyn a través de su pelo enmarañado.

Solo es un rápido vistazo, pero él ve una chispa de luz en sus

ojos a pesar de las espantosas circunstancias.

Arkyn sonríe. Le pican tanto las yemas de los dedos que le cuesta trabajo no ponerse a mordisqueárselas.

—Encontradlo. —Siente una oleada de placer sádico al ver a Kyzari ponerse lívida—. Y moled a palos a quienquiera que tenga el diario.

Veya toma una bocanada de aire, como si lo hiciese por primera vez después de estar a punto de ahogarse, y gira la cabeza de golpe mientras los guardias irrumpen en ambas celdas.

Grita a pesar de tener los labios ensangrentados, tratando de reunir fuerzas para liberarse de sus cadenas, con las venas inflamadas y los tendones a punto de romperse. Kyzari, por su parte, se queda tan quieta que Arkyn se pregunta si se ha vuelto igual de sólida que la piedra brillante que lleva en la cabeza.

Los guardias desgarran los jergones de paja de Kyzari y Veya, esparciendo su contenido por el suelo. Uno de ellos levanta las dos mitades de la alondra.

—¿Y esto?

—Déjalo —murmura Arkyn sosteniendo la fría mirada de Kyzari —. De todos modos, ya no tiene vida.

Los párpados de la joven aletean, amenazando con cerrársele. La primera señal de que está haciendo un esfuerzo.

Los guardias encuentran el diario debajo del cubo de desechos de Kyzari y uno de ellos se lo entrega a Arkyn, inclinando la cabeza en señal de servidumbre.

La princesa acaba por parpadear, dejando caer una lágrima que atraviesa la suciedad de su mejilla.

—Pensaba que habías aprendido —murmura Arkyn agitando el diario—. La *esperanza* solo trae dolor y decepción.

A ella se le escapa un leve gemido, con los labios temblorosos, pero mantiene la barbilla alta y los ojos llenos de una esperanza que no tardará en esfumarse.

Él rompe el contacto visual y se vuelve hacia Veya, que se retuerce como si estuviera dispuesta a desgarrarse la piel de las manos por liberarse.

—Te lo agradezco, hermana. —Le pasa el diario a uno de sus

guardias y comienza a jugar con la tapa del vial para distraerse del molesto y febril temblor de sus dedos—. De no haber sido porque has venido y me has ofrecido tanta claridad, habría hecho todo lo posible por mantener viva a la princesa, dado que la diadema necesita un huésped del que alimentarse. —Se encoge de hombros —. Saber que puedo ponérsela a mi Alondra de Fuego es un alivio. Dicen que se ha vuelto bastante competente con las canciones de los Creadores durante el tiempo que ha pasado fuera, *demasiado* competente, así que me irá bien tener más grilletes.

Veya deja de resistirse y masculla las siguientes palabras:

—Cuando Raeve descubra la verdad, acabará contigo, con grilletes o sin ellos. Y Kaan también.

«Claro que no. Dentro de unos ciclos, estará muerto».

Arkyn no lo dice en voz alta, no reconoce que la trampa ya está tendida. No es de los que tientan al destino.

—Estoy de acuerdo —medita—. Mi Alondra de Fuego podría acabar conmigo, pero fui yo quien la forjó. Me teme más que a nada. —Con un golpe de su capa, le da la espalda a Veya y agarra con fuerza el vial de su hermano, sintiendo un cosquilleo en la mano.

Eso hace que Veya intente liberarse de sus grilletes mientras chilla con desesperación.

—¡Que me golpeen a mí en su lugar! ¡Por favor! ¡Haré lo que sea! ¡LO QUE SEA!

Arkyn ignora a su hermana y centra sus ansias de sangre en Kyzari, cuyas bellas facciones están desfiguradas por el odio.

Ella lo mira con ojos casi tan oscuros como la Piedra de Éter. Arkyn ve a su Alondra de Fuego en la forma en que la princesa se comporta, en la forma en que lo mira, como si una ira más profunda y sombría estuviese brotando bajo su piel.

«Otro tesoro —cae en la cuenta—. Solo le hacía falta un pequeño empujón».

De todos modos, Kaan no merece una hija. No cuando su mera existencia acabó con la vida de la querida mah. La única feérica que lo ha querido.

Que lo ha apreciado.

Kyzari acumula saliva y escupe, alcanzando la mejilla de Arkyn.

Él se ríe, recordando a su Alondra de Fuego cuando la vio por primera vez: apasionada.

Audaz.

Se limpia el escupitajo mientras Kyzari lo mira fijamente, desafiándolo. No vacila, no muestra ni pizca de terror cuando él le da un puñetazo con todas sus ganas en la sien, con tanta fuerza que se oye un crujido resonando por las paredes del túnel.

Kyzari se desploma, deslizándose por los barrotes hasta quedar hecha un ovillo de tela azul sucia, con el pelo esparcido por el suelo, como si la luz de la luna se hubiese derramado al romperse un frasco.

El aire tiembla.

Los guardias se miran entre sí con recelo, pero Arkyn no se da cuenta de la sacudida…, ansioso como está por causar más dolor.

Más sufrimiento.

Su sed de sangre le empaña la vista de rojo.

Hinca una rodilla en el suelo y levanta a Kyzari tirándole del cuello del vestido, su cuerpo tan solo un peso muerto. Coge impulso con el brazo y la golpea, sacudiéndole la cabeza hacia atrás por la fuerza mientras a la joven se le escapa un suave gemido.

Golpea de nuevo.

Y otra vez.

Se quiebra los nudillos contra la hija de Kaan mientras recuerda los ojos inexpresivos de su mah cuando la encontró muerta en su cama.

Imaginando el rostro de su pah desgarrándose con cada puñetazo, famoso por ser casi idéntico al de su segundo hijo, que ahora ocupa el trono de bronce.

Lleva la corona de bronce.

Los desgarradores gritos de Veya se convierten en un ruido de fondo mientras Arkyn se tiñe de la sangre de Kyzari.

Solo cuando el corazón de la joven está a punto de dejar de latir, se aparta de ella y se esfuerza por enderezarse, sofocando el feroz deseo de estamparla contra el suelo. Gira la cabeza de un lado a

otro y toma una profunda bocanada de aire con la boca abierta.

*Saboreando* su venganza.

—Volved a meterla en la celda —dice cansado, tomándose un momento para admirar la sangre que mancha sus temblorosos puños antes de aflojar la presión que ejerce su mano sobre el vial.

Luego, se lo guarda en el bolsillo.

Los guardias abren el candado de Kyzari, agarran a la princesa por los tobillos y la arrastran de vuelta a su celda, dejando un rastro carmesí.

Arkyn gira la cabeza hacia un lado al oír el patético llanto de Veya.

Acurrucada en el suelo, ella lo mira mientras las lágrimas le resbalan por las mejillas, con la cara desencajada por la desolación.

—Mi Alondra de Fuego necesita recuperar su diadema. —Pronuncia sus siguientes palabras como si fueran llamas—. Tú, mi querida *hermana*, has de mantener viva a su hija hasta que llegue el momento de que entregue la piedra. O no lo hagas, condena al mundo. Es tu decisión.

Tras eso, se da la vuelta y se desvanece en la oscuridad.



Kaan

# CAPÍTULO 67

Las ruedas del carro chirrían al pasar sobre piedras sueltas, una sinfonía que contrasta con el repiqueteo de la nieve en el toldo, interrumpida solo cuando Noeve da una calada a su palo de fumar.

Aparte de eso, silencio.

Ni aullido del viento ni gruñidos de desaprobación de la enorme y suave colk que nos lleva. Tampoco crujidos de la ajada carpintería del carro al ser empujada de lado a lado, porque de hecho *nada* la empuja.

—Qué raro. En todas las fases que llevo peregrinando por el sendero de los Daes, nunca había visto el aire tan quieto —dice Noeve con voz ronca, dando una larga calada mientras sostiene las riendas relajadamente con una mano—. Clode lleva eones puliendo los márgenes de Bulder por aquí. La mayoría no tiene edad suficiente para recordarlo, pero este sendero era el doble de ancho. —Otra profunda y chisporroteante calada—. Se me llegó a ocurrir

que iba a seguir soplando hasta abrirse paso por completo.

Frunciendo el ceño, miro por encima del hombro y levanto la loneta que nos separa a Noeve y a mí de quienes van en el compartimento de carga, protegidos por una bóveda de cuero tensado.

Pyrok ocupa la mayor parte del espacio, roncando boca arriba, tumbado sobre los sacos rellenos de plumas que Noeve transporta a Gore. Lleva la petaca abierta en la mano, sobre el esternón, a punto de derramar su contenido.

Miro a Ahvi, con la cabeza sobre un saco, acurrucado con su cría pegada al pecho, la cual forma un ovillo de púas. Ambos están medio tapados con una manta mullida y duermen junto a Raeve, que va en el extremo apoyada en un lateral. Lleva una pierna colgando del carro y está alerta, como un dragón protegiendo su nido, con la espalda recta y la barbilla alta, oteando el camino que dejamos atrás. Hace girar una daga de escamas de dragón entre sus dedos y, de vez en cuando, mueve los labios…, articulando en silencio palabras que la he visto decir antes.

—No creo que a Clode le quede otra opción —murmuro como respuesta a las cavilaciones de Noeve. Estoy a punto de bajar la loneta cuando Pyrok empieza a mover la cabeza de un lado a otro.

—Lo sien-siento. Lo siento mucho —balbuce medio dormido con el rostro contraído—. ¿Por qué no me has dicho lo *triste* que estabas, joder?

Raeve lo observa menear la cabeza unas cuantas veces más y, luego, se vuelve hacia mí, con preocupación reflejada en sus grandes ojos azules.

Rápida como un parpadeo, le arrebata la petaca de la mano a Pyrok y la lanza por la parte trasera.

—Tiene más de una, ¿verdad?

—Al menos otras dos. —Nunca lo había visto beber tanto, aunque no recuerdo la última vez que estuvo tan cerca de Gore. Considerándolo todo, supongo que tiene sentido—. Pero te va a odiar por ello —añado.

Raeve parece sopesarlo, murmura un seco «que le den» y, luego, rebusca en los profundos bolsillos de la capa de Pyrok, donde

encuentra tres petacas más, las cuales sentencia a una tumba neblinosa. Soltando un suspiro, se desliza de nuevo a la parte posterior y sigue haciendo danzar a su daga.

—Parece interesante.

Al oír la voz de Noeve, me vuelvo hacia delante, clavando la mirada en el sinuoso camino que atraviesa un mar blanco.

—¿Raeve? —pregunto poniéndome la capucha para protegerme del frío intenso y hundiéndome más en el mullido asiento, un lujo inesperado pero bienvenido.

Noeve asiente y da otra calada a su palo de fumar.

—Un nombre interesante también.

Se me para el corazón.

Ella me mira de soslayo, arqueando una de sus cejas grises en su arrugada frente, y sus siguientes palabras son mucho más tranquilas de lo que estoy acostumbrado a oírla pronunciar.

—Se parece a cierta persona a la que *también* acompañé por este camino hace unos cincuenta ciclos. Pero tenía una larga melena blanca, muy parecida a la de su difunta abuh. —Ladeando la cabeza, añade—: Tal vez sea coincidencia.

Me la quedo mirando un buen rato y, después, vuelvo a centrar mi atención en lo que tengo delante, me cruzo de brazos y me aclaro la garganta.

—Una coincidencia, sí.

Noeve murmura y da otra calada.

Aprieto los labios.

—Ves mucho.

—Cuando llevas tanto tiempo viva, *ver* es lo que mejor se te da.

—Hablando de eso… —Vuelvo la vista atrás para comprobar si Pyrok sigue durmiendo—. ¿Alguna noticia de Dothea? Le envié una alondra hace más de treinta ciclos, pero no me ha llegado respuesta, aunque sé que las Nieblas están causando problemas.

Noeve parece dudar, pero niega con la cabeza y dice en voz baja:

—Yo estaba sacando gente de la ciudad a petición de la reina, pero nuestra línea de comunicación se vio interrumpida.

—Vaya.

Vuelve a ladear la cabeza y, luego, respira hondo y me dedica una sonrisa.

—Pasando a temas más alegres, ¿qué os parecen mis nuevos cojines? —Me guiña un ojo y da una palmada en el cojín que hay entre nosotros—. Están hechos con fibras de raffi traídas desde el norte. Me han costado una fortuna.

—Bien gastada. Nunca pensé que vería el ciclo en el que este carro gozaría de tales lujos.

Vuelve a levantar una ceja mirándome por el rabillo del ojo.

—Fue sugerencia de Veya, comprados con las ganancias de la última vez que cruzó.

El corazón se me acelera al oírla mencionar a mi hermana.

—¿La has visto desde la última vez que crucé?

—Hace poco más de treinta ciclos.

«Debió de haber pasado por Gore de camino a Arithia».

—¿Dijo adónde iba?

—A ver a la trogg peluda.

Me quedo paralizado. Estoy bastante seguro de que oigo a Raeve contener la respiración, probablemente escuchándonos.

—¿Ha… vuelto?

Nunca un simple asentimiento me había impactado tanto.

—Parecía bastante contenta. Y presumía de un brazalete de plata que antes no llevaba.

La desconfianza va creciendo en mi interior como lava en erupción.

—¿Tenía joyas incrustadas?

A Noeve le brillan los ojos.

—Así es, y un aura bastante inquietante.

—Esa pequeña embust… —Me interrumpo sacudiendo la cabeza al tiempo que atrapo una alondra que se dirige hacia mí.

La abro, buscando la caligrafía de Veya, pero comprobar que no es suya me enfurece aún más.

Me dijo que se había deshecho de ese maldito brazalete y, luego, me confesó que había mentido. Sin duda, no quiso mencionar que lo había tirado por el conducto de la basura en Gore, consciente de que le habría prohibido ir a recogerlo.

Por una buena razón.

Muchas personas han acabado devoradas en esa guarida. El hecho de que ella haya sobrevivido es un puto milagro.

—Aquí arriba hace mucho más calor, así que será mejor que vayáis en la parte trasera —rezonga Noeve a través de su palo de fumar abriéndose el cuello de la túnica.

Encauzo la furia de la llama de Rygun a la que me he abierto sin querer, sofocando el calor, mientras me guardo la alondra en el bolsillo y me reprendo a mí mismo mentalmente.

Tiene órdenes estrictas de vigilar la guarida en la que se han refugiado Líri y Maell, al este del sendero, pues hay demasiados exploradores cerca de Gore. Demasiados espías apostados en las llanuras al sur del muro como para que se arriesguen a volar cerca de nuestro destino.

Si no mantengo a Rygun bajo control, si no mantengo la calma que fluye por nuestro vínculo, él podría bajar la guardia con ellas y venir a buscarme solo para comprobar por sí mismo que estoy bien.

—Lo siento. No volverá a pasar.

—Humm.

Noeve sigue echando bocanadas de humo a través de la nieve mientras yo me remuevo, deseando que Borg tuviera algo para mí sobre el paradero de Veya o su bienestar.

*Cualquier cosa.*

Es probable que no haya dado con el diario y que ahora mismo esté ahogando sus penas en algún callejón, desplumando a borrachos en una partida de escripe. O tal vez haya encontrado la oportunidad de recabar información importante sobre la situación militar de nuestros hermanos. Pero esta opresión en el pecho por la falta de información…

«Hace que me cueste respirar».



# CAPÍTULO 68

Raeve

Entonces… ¿qué? ¿Las has *tirado*? —Otra ráfaga de plumas cae sobre mi regazo mientras Pyrok rebusca en su segundo saco de plumaje de ave goggin, empeñado en encontrar sus petacas—. ¿Ya no están?

—No están —repito escrutando el estrecho camino que recorremos, como un arroyo de barro espolvoreado de nieve—. No soporto ver cómo te asfixias con tu propio vómito de borracho, Pyrok. Tal y como yo lo veía, era una cuestión de vida o muerte. Tenían que desaparecer.

Se queda quieto, como si estuviera cavilando algo, y luego reanuda su búsqueda con un gruñido, escarbando entre las plumas con determinación.

—Me estás mintiendo. Están por aquí en alguna parte.

—¿Crees que te he preparado una búsqueda del tesoro o qué? ¿En serio?

Pyrok gimotea, saca la cabeza y me mira con odio. Con su salvaje cabello rojo cubierto de plumas, no resulta fácil tomárselo en serio.

—Sé que no estás de humor desde que nos fuimos de las zonas

de anidación —dice—, pero eso no significa que tengas que agriarme el mío.

Razón no le falta, aunque, después de dos ciclos de duro viaje, me he dado cuenta de que las cosas no están tan mal como pensaba.

Incluso aunque Kaan descubriera dónde reside Arkyn, no es que vaya a ir con Rygun a La Sombra para darle caza. Hace demasiado frío para un siegasable tan grande. Tendría que llevarse a un fundefauces y, dadas las inminentes caídas lunares, dudo que haya ninguno disponible.

Me da tiempo a disuadirlo de su deseo de vengarme, de convencerlo de que se centre en cosas más importantes.

Y hay *muchas*.

Veo el sinfín de alondras que recibe. Y vi la gran preocupación reflejada en su rostro cuando dejó a Roan en Beluhn con la interminable lista de instrucciones de Ahvi sobre cómo replicar las runas de los arcos de Bothaim. También me he fijado en que se le ha quebrado la voz cuando Noeve ha mencionado a su hermana antes.

Mi pasado es un pozo sin fondo que acabará por tragarse a Kaan si no encuentro la manera de impedir que se acerque a él. Así pues, supongo que tendré que… hacer justo eso.

Encontrar una manera.

Una campana repica a lo lejos, a la que Noeve se apresura a responder con la suya, agitándola con suficiente fuerza como para que se oiga a través de la niebla.

Abro la boca para preguntar qué significa.

—Es una señal de que el camino está ocupado —murmura Pyrok volviendo a atar el saco con un trozo de cuerda. Lo deposita a un lado y gimotea otra vez al tiempo que se deja caer sobre la mullida pila—. La próxima vez no te preocupes tanto. Estaría genial.

—Lo he intentado y no acaba bien —susurro viendo el sendero comenzar a ensancharse; solo un poco, pero es una señal clara de que estamos llegando al final.

Le susurro a Clode que se quede quieta, halagándola por lo bien que está controlando sus impulsos, aunque me confunde que no

responda de inmediato, pues rara vez se distrae tanto como para hacerme esperar.

—¡Carros delante! —grita Noeve.

«Mierda».

Bajo la loneta trasera a toda prisa para quedar a resguardo. Por si acaso, tiro de la gruesa manta para tapar mejor a Ahvi, que sigue dormido, agotado por el largo viaje, respirando lenta y entrecortadamente.

La preocupación me carcome por dentro.

Por mucho que Kaan lo haya llevado a través del bosque de Harthor y haya hecho todo lo posible para facilitarle el vuelo, montar en dragón es duro para cualquiera, grande o pequeño, y más aún para alguien con problemas para respirar.

Le aparto el pelo de la frente para poder ver mejor su palidez.

Por suerte, ha recuperado un poco el color de los labios y las mejillas desde que se desplomó sobre los sacos.

Aparto un poco la loneta para poder echar un vistazo mientras esquivamos un carro que comienza a circular por el sendero. Hay otro atascado detrás…, y otro…, todos tratando de avanzar, tirados por colks inquietos que van cubiertos de nieve y sueltan resoplidos que se convierten en vapor.

Desde mi privilegiada posición, tengo una vista perfecta de sus compartimentos de carga y de lo que llevan. En su mayoría, gente apretujada, como nosotros, encajada entre baúles abiertos de par en par, con sus pertenencias personales esparcidas. Los viajeros se esfuerzan por colocar sus cosas, algunos llorando, otros impasibles mientras lanzan miradas furtivas en la dirección a la que nos dirigimos.

Mi desasosiego es cada vez mayor cuando pasamos junto al último carro de la fila, donde hay una feérica colocándose la blusa temblorosamente. Esboza una sonrisa falsa y, luego, se da la vuelta para coger en brazos a su pequeño, que llora. Lo consuela con palabras cariñosas y gestos tiernos, a pesar de la oscuridad que reflejan sus ojos.

Cuando respiro de nuevo, el aire me abrasa los pulmones.

Ahvi ahoga un grito y abre los ojos de par en par. Me busca con

ellos, y me golpean como una bofetada en la cara.

No lleva barreras en el breve instante en que cruzamos la mirada y sé que está oyendo cosas que no debería, vistiéndose con traumas que no le pertenecen.

—Estoy aquí —digo articulando las palabras sin emitir sonido mientras le aparto el pelo de la frente—. No pasa nada.

Es mentira, claro. Ambos lo sabemos, aunque lo acepta y se relaja contra el saco.

Cierra con fuerza los ojos y susurra:

—Hay un puesto de control de soldados de La Bruma más adelante. Están quitándole todas las gemas de rocadragón a la gente que quiere aguardar a que caigan las lunas lejos de la capital. No creo que nos pongan las cosas fáciles para cruzar las verjas, y menos si me ven o encuentran el libro en tu bolsa. —Lanza una mirada a Pyrok—. O…

—Entendido —dice Pyrok mirándome a los ojos.

Maldecimos al unísono.

—*Luiere, Clode* —susurro soltándola ligeramente.

El viento aúlla y nos azota de tal modo que me doy cuenta de que Clode ha estado observando cómo se torcían las cosas en esas supuestas *verjas* mientras reprimía un montón de gritos en su pecho.

El carro se sacude de un lado a otro mientras guardo mi daga. Paso junto a Pyrok por encima de una pila de sacos llenos y, justo cuando estoy abriendo la loneta de separación, Kaan pronuncia tres palabras.

—Esto es nuevo.

A lo lejos, borrosa en la penumbra, se intuye la silueta de un carro militar de La Bruma y un obstáculo alto y macizo: una verja de hierro entre dos gruesos postes cubiertos de runas, custodiada por numerosos soldados de La Bruma, imponentes con esa armadura rojo sangre que resalta en el desolado escenario de fondo.

La mitad del contingente parece estar a este lado de la puerta y la otra mitad al otro. Y, aunque no veo sus abalorios desde aquí, no tengo ninguna duda de que algunos llevan uno.

—No estaba así cuando pasé por aquí hace tres ciclos —masculla

Noeve. Sin apartar la vista del camino, sus siguientes palabras van dirigidas a mí—. Hay un compartimento oculto bajo las tablas del suelo, marcado con un nudo en la madera que parece un ojo. Al presionar el nudo se abrirá. Os sugiero que os metáis ahí. Cuantas menos preguntas, mejor.

Tras bajar la loneta de cuero, veo que Pyrok ya está apartando sacos de plumas. En cuanto da con el nudo, coge la tapa y la levanta, dejando al descubierto un hueco metálico: es largo y ancho, con miles de runas grabadas, apenas visibles a la tenue luz.

Pyrok se asoma al interior como si estuviera mirando la garganta de un siegasable.

—¿Quieres que nos metamos en un ataúd metálico, Noeve? ¿En serio?

—Mejor eso a que se me manchen las plumas de sangre —dice ella con un carraspeo—. Tiene un orificio de ventilación, así que no vais a morir. Pero no he sido capaz de dar con la secuencia adecuada de runas para insonorizarlo, así que tendréis que mantener la boca cerrada.

Pyrok se rasca la nuca, murmura algo incomprensible y, con los dientes apretados, se mete en el hueco. Después, alcanza al polluelo, todavía dormido hecho una bola de plumas tiesas que le acaban de salir como si de hierba bien cuidada se tratase.

Ahvi se acerca gateando y me mira con sus grandes ojos.

—¿Sabes? Yo podría arreglar eso…, insonorizarlo.

Me sale una sonrisa automáticamente.

—Ya lo creo que podrías —susurro echando su manta al hueco y, luego, nuestros zurrones. Ayudo a Ahvi a meterse y, antes de cerrarlo, le digo—: Ahora, quiero que actives ese escudo tuyo.

Él asiente velozmente y empieza a mover la lengua dentro de la boca. Aprieta los dientes y el brillo plateado de su escudo se extiende a su alrededor mientras coloco la tapa.

El alivio afloja algunos de los muchos nudos que tengo en el pecho.

Estoy volviendo a colocar los sacos en su sitio cuando oigo la voz de Kaan, firme y grave.

—Raeve, métete debajo de las tablas.

Me río resoplando por la nariz.

—Métete *tú* debajo de las tablas.

Como sé que no hay la más mínima probabilidad de que lo haga, no me molesto en esperar y gateo hasta la loneta. Me cuelo por ella y me siento entre Kaan y Noeve poniéndome la capucha. Cuando tomo aire de nuevo, aspiro un dulce humo con aroma a hierbas.

—Vaya. La vista es mucho mejor desde aquí arriba —digo quitándome una pluma del pelo.

Noeve arquea una ceja.

Un gruñido grave brota del pecho de Kaan.

—Si alguien nos reconoce…

—A cualquiera de los dos. ¿O es que te has olvidado de lo de Bothaim? ¿De la emboscada? Además —digo pensando en los ojos vidriosos de la feérica mientras consolaba a su hijo, en la forma en que intentaba volver a colocarse bien el cuello de la blusa—, este es mi terreno de caza.

—No vamos a cazar —dice Kaan entre dientes.

—No si los soldados se comportan. —Hago crujir mi cuello y siento un cosquilleo en las yemas de los dedos—. Lo cual espero que no pase.

—Tienes un *vínculo de sangre*.

—Aún no me ha matado.

—Un saco de plumas. Métete. Ya.

Frunzo el ceño.

—¿Es que *quieres* que muera? Apostaría toda mi colección de dagas a que eso es lo primero que van a rajar. No, gracias. Me divertiré mucho más rajándolos yo a *ellos*.

—Si cualquiera de los dos mancha de sangre mi carro os convierto en cojines —murmura Noeve con el palo de fumar colgándole de la comisura de la boca—. Acabo de descubrir la comodidad que proporcionan a mi llaga…, perdón, mi trasero.

Probablemente no sea un buen momento para decirle que no se me da muy bien matar de forma pulcra y ordenada…

Kaan me cala la capucha con más entusiasmo del necesario.

—¿Dónde tienes el velo?

—Si alguien ve mi cara o la tuya, le saco los ojos.

Refunfuña algo sobre rogar paciencia a los Creadores.

Eso lo he intentado varias veces. Otra cosa que no funciona.

La colk se detiene bruscamente ante la verja soltando un resoplido de impaciencia y sacude su gran cabeza cuadrada, desprendiéndose de la capa de nieve que se le había acumulado en el pelaje.

Obviamente, está tan crispada como nosotros por esta molesta intromisión.

Un soldado se acerca a Noeve. Su casco tan solo deja a la vista su fina boca, su nariz y el abalorio rojo que le cuelga de la oreja.

Nos clava sus penetrantes ojos verdes.

—¿A qué debemos el placer? —Noeve retira su palo y, mirando directamente al soldado, le suelta una bocanada de humo encima.

Es difícil no sonreír.

Él aparta el humo con la mano y nos dirige una mirada indiferente a Kaan y a mí.

—¿Se dirigen a Gore?

—Alrededores —responde Noeve—. Llevo unas plumas de la bandada que he sacrificado para vender.

—La ciudad ya está al límite de su capacidad. Nos van a hacer falta tres bolsas de gemas de rocadragón para que puedan entrar. Precauciones, por supuesto, por si no se marchan antes de la caída.

«¿Tres bolsas? ¿Precauciones?».

Menuda sarta de mierda de guara.

Noeve se lo queda mirando durante unos largos y tensos momentos, pero chasquea la lengua y levanta la tapa del compartimento que tiene a sus pies. Saca tres abultadas bolsas marrones de gemas de rocadragón y se las entrega.

Aunque se apresura a volver a colocar la tapa, los diminutos ojos brillantes del soldado son más rápidos.

—Nos llevamos todo lo que hay ahí dentro.

Me dispongo a desenfundar mi daga, pero Kaan me agarra con fuerza la muñeca.

«Maleducado».

Con los dientes apretados, aflojo los dedos, esperando que note mi desagrado.

—Adelante —dice Noeve con un tono que *casi* podría pasar por fiel servidumbre—. No hay nada que me guste más que llenarle los bolsillos a nuestro rey.

El soldado le clava una mirada feroz mientras va recibiendo las bolsas de gemas de rocadragón.

—Ahora se registrarán sus pertenencias en busca de polizones —espeta, como si no acabáramos de pagar el pasaje de trece personas, como mínimo.

Él y otros tres soldados rodean el carro sin permiso ni aprobación.

—Cómo está la gente —murmura Noeve sacudiendo su palo de fumar y lanzando la ceniza al viento, que ahora sopla con fuerza—. En mi opinión, son todos unos maleducados de mierda.

Nos llegan unos golpes acolchados y punzantes, lo que indica que los soldados están esforzándose por destripar los sacos llenos de plumas de Noeve.

Levanto una ceja y miro a Kaan de reojo.

Él se aclara la garganta.

Se oye una tela rasgándose y, al instante, una ráfaga de plumas azota el aire como un remolino de nieve.

Noeve suspira, saca otro palo de fumar de un saquito que lleva en la cadera y lo enciende con un vial.

—Cabrones comemierdas —dice dando una calada profunda mientras lanza una mirada asesina a los soldados del otro lado de la verja.

Clode da vueltas agitando las plumas, danzando al son de su melodía, mientras los soldados terminan su registro. Al fin, se acercan y uno de ellos nos señala con la barbilla.

—Levántense para que podamos revisar debajo del asiento.

«Esto ya se está haciendo pesado».

A pesar de los modales de mierda de los soldados, Kaan es el primero en bajar, fingiendo una cojera, lo que no ayuda en nada a disimular su inmensa estatura, pero agradezco el esfuerzo. Rodea el carro y ayuda a bajar a Noeve, que va encorvada y sale refunfuñando.

Yo la sigo y me sitúo donde puedo ver a todos los soldados. El

punto de vista perfecto para verlos arrojar los cojines de Noeve al suelo.

Pongo una mueca de dolor.

Clode se lanza a un baile más estrepitoso, agitando las plumas como si fuera una celebración. La expectación que siento indica que las cosas están a punto de ponerse mucho más interesantes para ella.

Kaan se sitúa a mi lado mientras retiran la tabla y registran el compartimento que hay debajo, aunque Noeve no parece llevar muchas pertenencias, salvo un poco de cecina, unos palos de fumar de repuesto y otras tres bolsas de gemas de rocadragón, que los guardias se apresuran a guardar en la parte trasera de su propio carro.

—¡Están limpios! —grita un soldado, y todos se alejan del carro como si abandonaran un cadáver al que acaban de destrozar, sin intención alguna de limpiar el desastre.

Kaan y yo nos disponemos a recoger los cojines cuando se oye un leve graznido procedente del carro.

Con el corazón en un puño, clavo la vista en el contingente. Los soldados se miran con los ojos entornados y, luego, a nosotros.

Un nuevo chillido de hambre sentencia su destino.

—¡Debajo de las tablas del suelo! —grita uno de ellos—. ¡Hay algo escondido!

Clode me arranca la capucha, como si me lanzara a un escenario mientras ella se regodea entre bastidores, riéndose como la reina del caos que es.

Un soldado abre mucho los ojos y me señala.

—¡Es esa zorra de los Ath! ¡Pero si vi cómo se la comían!

Suspiro.

«Esa porquería me va a perseguir a todas partes».

*—Hail ui, Clode, gail arr enuin. ¡Shuie!*

Las plumas se agrupan, adoptando la etérea y ligera forma de Clode, que salta arriba y abajo mientras aplaude y chilla de júbilo.

Se acerca danzando hacia el soldado y, con una sacudida de su vaporosa melena, le da tal bofetada que lo lanza disparado fuera del sendero como si fuese una piedra. Su denso grito apenas dura un

instante, ya que cae en picado a través de la niebla. Mientras, yo ya estoy en marcha, hundiéndole una daga en el ojo a un soldado cercano antes de que tenga tiempo siquiera de asimilar lo que acaba de presenciar.

La sangre salpica a la colk, que sigue rumiando impasible.

Kaan consigue poner a Noeve a cubierto detrás del carro y, justo cuando vuelve a lanzarse a la refriega, me llegan unas palabras sibilantes. Al volverme, veo que el soldado de ojos verdes tiene un vial abierto del que salen llamas.

Se dirigen hacia mí cual látigo.

Kaan salta por encima de una lanza de piedra que se eleva del suelo mientras murmura una frase que desvía la flamígera amenaza antes de que tenga oportunidad de alcanzarme, envolviendo en su lugar al hombre que la ha invocado.

Este se prende fuego. Se convierte en un imponente infierno de alaridos espeluznantes.

Aparto la mirada cuando la soga de llamas se tensa tanto que lo parte en dos.

Como si Ignos lo hubiera cogido con sus puños en llamas y lo hubiera desgarrado.

Salpica más sangre.

El olor a carne quemada me invade las fosas nasales, pero reprimo el miedo, convirtiéndolo en un arma recién forjada. Saco otra daga y abro mi barrera mental lo suficiente como para dar la bienvenida a la canción de Bulder.

*—¡RUTHIN UT AHN, ATAH!*

Las palabras dejan un regusto desagradable, como si acabara de vomitar esquirlas de piedra. Probablemente porque he olvidado tensar primero los músculos del cuello.

Salen disparadas del suelo cuatro lanzas chapuceras, que atraviesan a los soldados apostados al otro lado de la verja, horadando su cuerpo al son de gritos gorgoteantes y resuellos. En ese mismo instante, un hombre se abalanza sobre mí espada en ristre, pero Kaan arremete contra él y le corta la garganta.

Un único tajo contundente que no parece suponerle esfuerzo

alguno, pero que basta para dejar la cabeza del hombre balanceándose.

*Y cae.*

Apenas toca el suelo, Kaan le da una patada con tal fuerza que rueda hasta el precipicio y cae al vacío. El cuerpo del soldado se desploma entre nosotros, con un estruendo de armadura.

Me giro y escudriño el caos de cuerpos empalados y despedazados esparcidos por el sendero, desangrándose en la nieve embarrada, algunos aún convulsionando.

«Hemos acabado con todos».

Respirando con dificultad a través de mi garganta irritada, veo que a Kaan se le ha caído la capucha y tiene la cara salpicada de sangre, que le gotea por la barba. Dirige la vista hacia mí y la ferocidad de su ardiente mirada casi me deja sin aliento.

Me guardo las dagas.

—Esto ha sido mucho más divertido que morir apuñalada en un saco de plumas.

Él gruñe, se acerca a otro cadáver sin vida y le clava la espada en el cuello, manchándose aún más de sangre.

—Has moldeado lanzas —dice señalando con la barbilla mi obra al otro lado de la verja.

Las miro con el ceño fruncido mientras Kaan continúa con sus decapitaciones rituales. No hay dos lanzas del mismo tamaño o grosor. Una se ha desviado mucho de su trayectoria y ha acabado atravesando a un soldado por la base del cráneo.

«Supongo que todavía tengo que mejorar mi puntería».

—Mi intención era metérsela por el culo hasta que le reventara el cerebro —señalo—. Intentaré hacerlo mejor la próxima vez. —Me doy la vuelta antes de que Kaan tenga oportunidad de responder y arrugo el entrecejo al ver la verja, completamente *cerrada* y cubierta de runas—. Espero que Ahvi consiga que pasemos.

—¡Sin problema! —responde con la voz amortiguada desde el interior del carro.

«Estupendo».

Tras recuperar las gemas de rocadragón y volver a montar el asiento, Noeve sube al carro y se acomoda sobre el único cojín que

no ha acabado cubierto de barro. Kaan y yo damos un paso hacia delante, pero ella se vuelve y nos clava una mirada tempestuosa.

—No.

Nos detenemos.

Un odre de agua cae al suelo y, luego otro, seguidos de dos trapos marrones que revolotean a nuestros pies.

—Primero lavaos.

Estoy a punto de rebatir cuando Kaan niega con la cabeza en señal de advertencia y se agacha sobre una rodilla para recoger los útiles.

—Es más probable que te expulse del sendero a que te deje entrar así.

«Vale».

Cojo un trapo y un odre.

—Toca un baño frío.

Noeve saca el palo de fumar a medias que debió de haberse colocado en la oreja en algún momento, se lo lleva a los labios y lo prende.

—¡Y me vais a comprar unos cojines nuevos! —exclama soltando una bocanada de humo.



# CAPÍTULO 69

## Raeve

El Foso está desolado: un escenario vacío por el que Clode se mueve velozmente dando vueltas y sacudiéndose mientras arranca unos carteles amarillentos de las paredes. Sus aullidos son el único sonido, aparte de nuestros pasos sobre la nieve, tan espesa que dudo que la hayan limpiado desde que se supo la noticia de la inminente caída lunar, pues solo hay unas pocas huellas.

—Al menos Clode se lo está pasando bien —murmuro justo cuando una alondra pasa revoloteando junto a mi cabeza en dirección a un velo de niebla que empaña la vista, por lo general despejada, entre ambos lados del muro, haciendo que el lugar resulte inquietante, hechizado.

Un cadáver desollado.

—Supongo que cundió el pánico —dice Kaan observando a la alondra desaparecer en la espesa niebla, con Ahvi a sus espaldas, envuelto en su sucia túnica blanca, que se funde con el entorno.

La niebla se abre, dejando entrever la luna de fundefauces, situada en el lugar más oportuno para aplastar Gore, y luego se vuelve a cerrar, ocultándola.

—Ahvi, ¿sigues llevando el escudo?

Kaan arquea una ceja y me dirige una mirada afectuosa que no sé muy bien cómo interpretar, así que la ignoro.

Ahvi asiente. Miro al interior de su capucha y me encuentro con sus ojos, que brillan como lunas de plata.

—No olvides avisarme si percibes la presencia de alguien.

—Solo feéricos o… —Levanta la mirada.

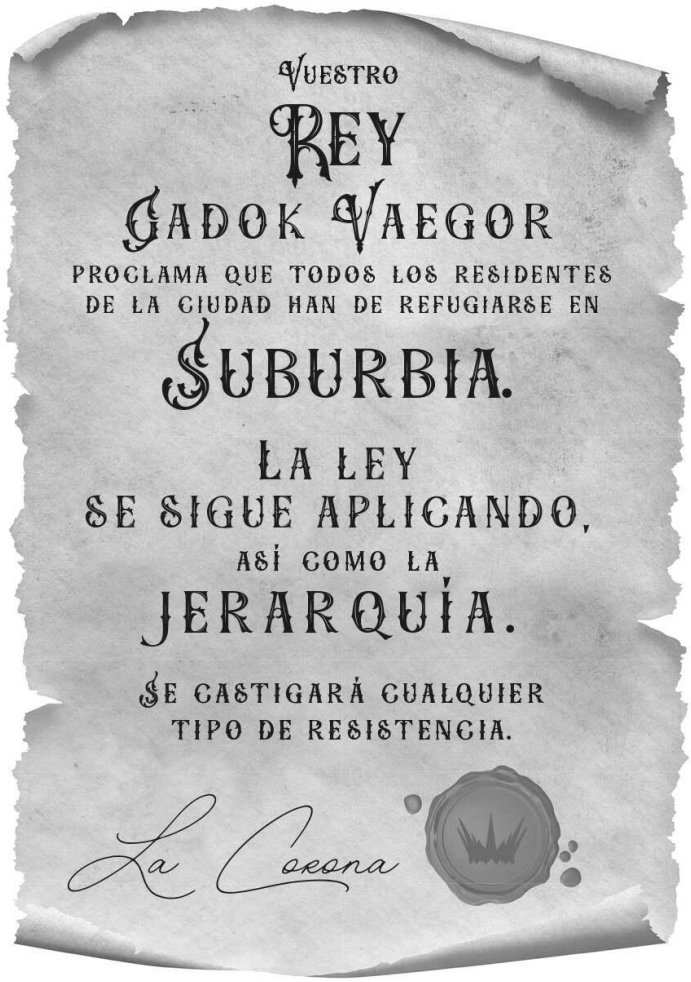
Dirijo la vista hacia donde mira, llevándome la mano a la empuñadura de la daga, cuando advierto que unos inmensos ojos amarillos nos observan desde uno de los puentes celestes que quedan delante; el suave pelaje blanco de la enorme criatura se confunde con la niebla. Parpadea y se escabulle a toda prisa con un movimiento de su larga cola.

—Cualquier cosa que piense en hacernos daño.

Ahvi asiente de nuevo.

—Me ha parecido oír decir a uno de los soldados que la ciudad está al límite de su capacidad —murmura Pyrok con la capucha puesta mirando la puerta que cuelga de las bisagras de una licorería saqueada. Lleva a Gruffin sujeto con vendas a su pecho como si formase parte de él y, por mucho que se quejara al principio, no lo ha soltado. Hinca una rodilla y coge algo de entre los escombros con una forma sospechosamente parecida a una petaca—. Supongo que se refería a Suburbia.

Cuando nos alcanza otra brisita juguetona, atrapo al vuelo un trozo de pergamino amarillento y embarrado y leo el mensaje:




—Efectivamente —digo—. Está todo el mundo debajo.

Tiene sentido. Suburbia es más extensa que la ciudad misma; podría tragarse a toda la población de Gore de un bocado y aún se quedaría con hambre. Sin embargo, solo se explotan minas en una pequeña parte de ella; el resto está abandonado y pertenece a los depredadores que se cuelan desde el sur y a aquellos lo bastante embrutecidos o descarriados como para vivir entre ellos.

—Lo de ahí abajo va a ser una carnicería. —Le devuelvo la nota a Clode, que enseguida se pone a zarandearla de nuevo—. Cuando esto acabe, muchos no saldrán con vida y los que lo hagan nunca volverán a ser los mismos.

Mis palabras parecen resonar entre las paredes como un eco.

—Es inofensivo —susurra Ahvi, y me giro de golpe hacia él.

Luego, sigo su mirada por encima de su hombro hacia una tienda destrozada, con el escaparate hecho añicos y cristales amarillos esparcidos por la nieve como virutas de oro.

A pesar de las palabras de Ahvi, me pongo delante de Kaan al ver salir a toda prisa por un agujero abierto en una de las ventanas a un nulo de tez pálida y ojos como platos con un atuendo rojo hecho jirones y lleno de suciedad y el pelo naranja enmarañado.

Se detiene en seco sobre los cristales rotos y se nos queda mirando mientras jadea. Tiene la cara esquelética y los ojos hundidos. Durante un instante, parece sopesar sus opciones, pero aprieta con sus delgados brazos los frascos de conservas que lleva contra el pecho.

Luego, echa a correr hacia la pálida oscuridad que hay más adelante, dejando un rastro de huellas manchadas de sangre en la nieve.

La niebla se abre, como una cortina que alguien abriera de par en par, y dirijo la vista a unas sombras que cuelgan del puente celeste más bajo como ropa tendida.

—Por todos los Creadores… —masculla Kaan mientras yo me acerco por detrás a Ahvi y le calo bien la capucha, impidiéndole ver los cuerpos que cuelgan del cuello. Unos enormes roedores negros que han logrado bajar por las cuerdas se los están comiendo.

Los observo uno por uno, con el corazón latiendo con fuerza, como un tambor de guerra.

Aunque algunos están demasiado desfigurados, los que aún conservan las orejas lucen la misma muesca que yo, sin rastro de abalorios elementales. De hecho, la mayoría de ellos llevan la misma ropa rota y sucia que yo suelo atribuir a la gente a la que ofrecía gemas de rocadragón.

«Los de abajo».

—Parece que los soldados han hecho limpieza antes de abrir Suburbia. —La voz de Kaan es un rugido sombrío que alimenta la gélida ira que me carcome por dentro.

Hago crujir mi cuello. Cierro los ojos.

Apretándolos con todas mis malditas fuerzas.

De haber aprobado Sereme mi cruzada para matar a Cadok, esto

no habría sucedido. De haber confiado en mi instinto y haberme encargado del asunto, esto no habría sucedido.

Echo un vistazo a Kaan, que examina los cadáveres con una ardiente mirada que es un torbellino de cólera. Desprende la misma energía que cuando irrumpió en el cráter para luchar por mí, aunque más tranquilo.

Hirviendo por dentro.

Una colorida alondra revolotea sin rumbo fijo en la penumbra, haciéndome contener la respiración.

«Conozco esa alondra…».

—Quedaos justo detrás de mí. —Avanzo entre los cadáveres, sin atreverme a levantar la vista por miedo a que la ira que siento se vuelva incontrolable. Cuando veo La Pluma Rizada a lo lejos, aminoro la marcha, me guardo el anillo en el bolsillo y saco una daga.

«Llegamos un ciclo antes de la entrega, pero…».

—No hay nadie ahí dentro —dice Ahvi, cuyas palabras llegan apagadas por su capucha.

Junto al gran alivio que siento en el estómago, también se me forma un nudo.

Me detengo y echo la vista atrás.

—¿Qué pasa con…?

—Uno no está ahí —contesta con una delicadeza que contrasta con su juventud—. Ni Ruse.

Digiero la información como si de cristales rotos se tratara y, tras cruzar el colorido mosaico que forma la ventana destrozada de Ruse, registro el interior de la tienda.

«Por todos los Creadores…».

Adentrándome en la fría y húmeda atmósfera, paso junto a estanterías casi vacías, pisando más pedazos de alondras coloridas, las entrañables mascotas de Ruse, ahora destrozadas, como su querida tienda.

Eso me revienta más que lo de las estanterías.

Cuando llego a la parte trasera, tiro de la tela de camuflaje y, al ver que solo se han llevado parte del arsenal, aprieto el puño.

«Ha sucedido todo demasiado deprisa como para que Ath

pudiera verlo venir…».

Sé que Sereme ha sobrevivido; de lo contrario, esa víbora no me habría hendido la columna vertebral cuando bajábamos del carro de Noeve. Pero ¿qué les ha pasado a Ruse y Uno? ¿Y a los demás miembros del Ath, que no me han mostrado más que amabilidad? La mayoría de ellos vivían aquí desde mucho antes de que La Bruma dejase de ser el lugar alegre que era, y les iba bien. Recordaban la época anterior a que llegase Sereme con su esplendor morado y hablaban de rebelión y reforma, de resurgir de entre las cenizas de un mundo devastado.

«¿Qué les ha pasado?».

Pyrok suelta un silbido bajo al pasar junto a mí hacia la armería.

—Espero que no te importe que me sirva… —Me mira de reojo—. Estoy bastante seguro de que me faltan algunas cosas.

—Yo solo te quité las petacas. Todo lo demás lo has perdido tú mismo.

Me doy la vuelta y comienzo a revolver debajo del mostrador de Ruse en busca de su libro de contabilidad. Se me encoge el corazón al ver la cama de pieles de Uno bajo la caja fuerte, también vacía.

Como no doy con el valioso libro, ni huelo sangre ni veo ningún signo de lucha, me inclino por mi versión preferida de los hechos: Ruse cogió a Uno y el libro de contabilidad, y huyó.

«Tengo que creerlo».

Ahvi se deja caer por la espalda de Kaan y aterriza tambaleándose. Se quita la capucha y lo observa todo con los ojos muy abiertos.

—Aquí hay un género *realmente* bueno.

Con el entrecejo arrugado, escudriño la tienda: parece como si una de las runas explosivas de Roan hubiera estallado en medio, provocando un tremendo desastre botánico y dejando solo algún que otro frasco en pie.

«Hay gente que se conforma con poco».

—Tengo que subir a comprobar una cosa. —Miro a Kaan, que está masajeándome el muslo entumecido, vestigio de la última dosis de «que te jodan, Raeve» de Sereme—. ¿Puedes…?

—Yo me encargo de él, Rayo de Luna.

Dejo mi zurrón en el mostrador para que Ahvi lo llene y enfilo hacia la espantosa puerta morada, que abro de una patada. Subo corriendo las escaleras y atravieso la entrada, destrozada, de la guarida de la víbora de Sereme, mirando a mi alrededor toda su mierda morada esparcida.

*También* saqueada.

El interior no está iluminado por una luz cálida, como el dae en que estuve aquí por última vez. En su lugar, se cuela una fina capa de niebla a través de la ventana rota que da al norte, que cubre el suelo con un velo vaporoso.

Mis instintos me punzan como alfileres clavándose por todo mi cuerpo.

Al oír un aleteo apergaminado, dirijo la mirada hacia el escritorio morado de Sereme. Sobre él, perfectamente alineada con el mueble, hay una pequeña jaula plateada, el hogar de una sola alondra de papel que intenta abrirse paso hacia la libertad por entre unos barrotes demasiado juntos.

Me adentro en la estancia y no me sorprende nada ver que la alondra intenta seguirme mientras rodeo el escritorio. Con un suspiro, abro la puerta de la jaula de par en par y atrapo a la alondra cuando se lanza hacia mí.

Al desplegarla, leo la nota de Sereme:

*R:*

*Los planes han cambiado.*

*Estaremos en contacto.*

Me río, tiro la nota y barro la jaula de la mesa con el dorso de la mano. Esta cae al suelo con gran estrépito mientras yo hiervo.

Mensaje recibido alto y claro:

La miskunn del Elding ha tenido otra visión: yo rebanándoles la garganta a Sereme y a él.

Rajo con una daga la tapicería morada de la silla a la que

Sereme tenía tanto aprecio.

—Supongo que este lugar pertenecía a alguien a quien querías.

Al levantar la vista, veo a Pyrok recorriendo la habitación con el ceño fruncido. Mientras examina el espacio, va desprendiéndole con dos dedos plumas del penacho a Gruffin sin mirar, dejando un rastro azul.

—Sí, claro… —murmuro sacudiendo los cajones, ambos cerrados con llave—. ¡Sereme es una auténtica joya!

Agarro el escritorio por debajo y lo vuelco. Se estrella contra el suelo levantando una nube de polvo y rompiendo el silencio. Para empeorar las cosas, estampo la bota en la frágil zona inferior, abriendo un boquete en la madera.

Me pongo en cuclillas y arranco los fragmentos astillados, sacando a la luz un alijo de alondras desplegadas. Las reviso rápidamente en busca de una con la torpe firma de cierto hombre con el que estoy decidida a encontrarme cara a cara.

Justo antes de convertir sus intestinos en un adorno que le daré de comer a Líri.

Todavía humeantes.

—Este sitio resulta inquietante —dice Pyrok frunciendo la frente ante un vidrio; enmarcado en él está expuesto lo que parece una gran garrapata alada de color morado clavada en el tablero del fondo—. Me dan ganas de no estar sobrio.

—Siempre salía de aquí con ganas de cargarme a alguien. —Al dar con la firma que busco, cojo el trozo cuadrado de pergamino marrón pálido y vuelvo a doblar las líneas marcadas. La alondra cobra vida y, al instante, trata de zafarse de mí mientras la giro para examinar su cola… No se ha usado el pliegue de retorno—. Este dae no va a ser diferente —añado recreándome en la idea de tener la sangre del Elding en mis manos.

Ese cabronazo.

Desdoblo la alondra y me la guardo en el bolsillo para después, pero me detengo al ver otra nota en el fondo del cajón con la misma firma, ese garabato que deja sus entrañas al descubierto.

La saco y la leo:

SEREME:

SI ELLA QUIERE SALVAR A UNOS CUANTOS NULOS HERIDOS, ASÍ SE HARÁ. NO ES DE GRAN CALADO POLÍTICO, POR LO QUE NO AFECTARÁ A MIS PLANES. HAN DE PONERSE A SU DISPOSICIÓN LOS RECURSOS REQUERIDOS.
ME HE DADO CUENTA DE QUE ESTÁS USANDO...

—Raeve.

Al alzar la vista, me encuentro a Kaan en el umbral de la puerta con Ahvi junto a él agarrado de su mano. Advierto al instante los labios de Ahvi: están azules, y oigo su pesada respiración, como si le costara mucho tomar aire.

—Tenemos que irnos —continúa Kaan—. Abajo se ha derramado algo y sus pulmones no pueden soportarlo.

Me levanto y golpeo con el codo la ventana que da a los cuerpos colgados antes incluso de que termine la frase, rompiendo el cristal morado.

—*Sheil athin, Clode. Soich.*

Ella entra en un suspiro, inundando la habitación de una brisa fresca mientras yo me guardo la alondra en el bolsillo y me acerco a ellos. Le cojo el zurrón del hombro a Kaan y rebusco entre los trastos repiqueteantes de su interior hasta dar con el *Libro de Voyd*, que va envuelto en dos velos; precauciones, dada la tendencia del libro a ir destrozando poco a poco a la gente hasta matarla.

Suelto el primer velo y, arrodillándome, le cubro con él la mitad inferior de la cara a Ahvi.

—Creía que llevabas tu escudo.

—Deben de hacerle falta algunos ret-toques. Nunca lo había probado contra… polvo. —Se sonroja, clavando la vista en el suelo—. Jo.

«Por todos los Creadores».

—La mina derrumbada —murmuro alzando la vista hacia Kaan mientras le hago un gran nudo al velo en la nuca de Ahvi—. Se encuentra a más de un ciclo de distancia, dos si seguimos la ruta larga para evitar las zonas que creo que están más aglomeradas con

gente de la ciudad. Dos ciclos… a través de galerías polvorientas con un aire que obstruye los pulmones.

Espero que vea la intensa determinación en mi mirada, las palabras que estoy gritando en silencio.

«Tenemos que trabajar en equipo y encontrar la manera de convencer a Ahvi de que aborte la maldita misión».

—Lo…, lo conseguiré —dice Ahvi con voz áspera, jadeando a través del fino tejido—. Pero Gruffin no…, no puede venir. Hay demasiados… depredadores ahí abajo. Y él es muy… esc-escandaloso.

Le pongo las manos a ambos lados de la cara y miro fijamente sus ojos plateados, con tal intensidad que apenas me reconozco en el reflejo.

—No tienes por qué hacer esto. Ni siquiera quiero que lo hagas.

«Solo quiero que estés bien».

—Por favor, Ah…

Niega con la cabeza.

—No puedes… hacerme cambiar de opinión. La can-canción que tengo dentro… me dice que es lo co-correcto y que todo va a salir… bien.

Se me hiela la sangre.

Miro a Kaan, igual de confuso que yo y con los ojos ensombrecidos por su ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir con eso, Ahvi? ¿Qué canción?

—Algún dae tendrá sen-sentido. Te lo prometo.

Busco sus ojos, a la espera de que continúe. Como no dice nada más, suspiro y me levanto, pasándome las manos por el pelo mientras le aguanto la mirada a Kaan.

—No me gusta esto.

«Para nada».

—Ni a mí —dice en voz baja para que solo yo lo oiga, y me aparta un mechón de pelo de la cara con la mano libre—. Pero creo que es importante que confiemos en él.

De repente, como si me hubieran dado una puñalada en el corazón, caigo en la cuenta de que Kaan habría sido un pah maravilloso. El tipo de pah del que me habría sentido muy orgullosa,

con el que habría formado una familia… si las cosas hubieran sido diferentes.

«Si yo no fuese un puto caos».

—Yo me encargo de Gruffin —dice Pyrok arrellanado en la silla de Sereme, hojeando un polvoriento libro morado con las botas apoyadas en el escritorio volcado—. De todos modos, tengo cosas que hacer aquí.

—De acuerdo.

Arqueo una ceja mirando a Ahvi, que parece demasiado seguro de su súbita decisión.

—¿Y si se emborracha y se olvida de darle de comer?

Pyrok lanza el libro por encima del hombro.

—Eso es ofensivo. De hecho, cuando mejor estoy es cuando voy borracho y felizmente atontado. —Me señala—. Acuérdate de eso.

«Siento disentir».

—Este cabroncete va a salir adelante —continúa—. No es el primer fundefauces que crío. Ahvi tiene razón, dentro de poco no solo va a empezar a hacer mucho ruido, sino que ya no va a dormir tanto y va a tener mucha hambre. Además… —Baja la mirada y comienza a frotar otra de las plumas de Gruffin para soltarla—. Conozco esta ciudad. Conozco los sitios buenos para cazar. Lo tendré bien alimentado.

Un momento… ¿Qué?

Me dispongo a preguntarle cómo es que conoce tan bien Gore cuando Kaan dice:

—Esta tienda corre peligro. No puedes esperarnos aquí.

—Raeve conoce un lugar *del todo* seguro —tercia una vocecita.

Se me hiela la sangre.

Miro a Ahvi, que ahora respira con mucha más calma. Eso me dificulta reprenderlo con la mirada.

—Ahvi, ya hemos hablado de…

—¡Puede usar la otra entrada! —Se arranca el velo de la cara, abofeteándome con su desesperado entusiasmo y sus ojos como platos—. Ni siquiera tiene que subir…, puede quedarse abajo todo el tiempo y yo estaré feliz de saber que Gruffin está a salvo.

«Este crío».

Me doy la vuelta y me acerco a la ventana rota. Miro más allá de los cuerpos colgados mientras reprimo el impulso de morderme las yemas de los dedos.

—Por todos los Creadores —murmuro, consciente de que tiene razón: es la opción más segura. Essi se pasó fases grabando ese lugar, asegurándose de que fuera seguro. Si puedo confiar en alguien es en ella. Saber que Ahvi siente lo mismo me golpea como una patada en el pecho, dificultándome respirar.

Aprieto los ojos, tratando de aliviar el escozor que siento. Como no sucede, me dirijo a la puerta con la vista fija en el suelo.

—Seguidme.



El túnel de viento abandonado, al que solo he bajado una vez, tiene un aspecto diferente con esta deprimente luz. La última vez que entré en él fue cuando estaba arreglando el sitio donde me alojaba para que Essi lo considerase un *hogar* seguro. Nunca imaginé que tendría que usar esta entrada trasera de emergencia.

Nunca imaginé que la perdería a ella.

«Que le fallaría».

Suelto el aire despacio, temblorosamente, y me detengo junto a un conducto de basura. Meto la cabeza y miro hacia arriba en la penumbra, guardándome mi anillo en el bolsillo al tiempo que me abro a Bulder… Aprieto los dientes con su tediosa canción, suave y demasiado estable.

«Nada es estable, Bulder. Todo se ha ido al garete».

—*Guit atah eh* —mascullo, y retrocedo justo antes de que me caiga un bloque de piedra que se desprende de lo alto, liberando un ligero aroma a pan de mentaquilla, como una burla cruel sacada directamente del oscuro pozo de mi sádica imaginación.

Señalo el agujero y miro a los ojos a Pyrok, que está sorprendido, a juzgar por sus cejas levantadas.

—Si te metes ahí y giras, vas a ver unos surcos tallados en el

conducto. Sigue subiendo hasta que no puedas avanzar más. Dobla la esquina y hay un hueco por el que creo que cabes. —Lo miro de arriba abajo—. Justo.

—Nunca he estado menos seguro. —Frunce el ceño—. ¿A dónde conduce exactamente?

—A mi alojamiento. —Me miro las manos y me las limpio en la capa. No es que estén sucias, pero así hago algo con ellas.

Algo que mirar que no sea a él, ni a Kaan, que está al otro extremo del túnel con los brazos cruzados, mirándome como a veces hace. De ese modo que me indica que está moviendo las piezas del rompecabezas, encajándolas.

Descifrándome en silencio.

—Es una entrada secreta. Cuando la cruces, vas a vomitar, pero no es permanente. Lo siento.

El silencio se prolonga.

Alzo los ojos y veo a Pyrok mirándome fijamente, impasible.

—Vale… ¿Y si me caigo?

—No lo hagas. Está runado para impedir quedar bloqueado y la trogg peluda estará hurgándose los dientes con tus huesos antes de que acabe el ciclo. —Miro a su espalda, a Ahvi, que está meciendo a su cría mientras se despide entre susurros—. Y el niño no te lo perdonará.

Pyrok maldice y se acerca para asomarse al agujero, por lo que sus siguientes palabras reverberan.

—Está jodida la cosa, Raeve.

Tampoco es que sea ideal para mí.

—Tengo un auténtico arsenal ahí dentro, agua corriente, retrete y sitio para dormir, pero te tocará salir a escondidas mientras Gruffin duerme para buscar comida.

Pyrok se aparta, con el pelo notablemente más revuelto.

—¿Hay algo más que deba saber antes de lanzarme a esta fatídica escalada?

«Sí».

Miro hacia el sur, sumergido en la niebla, justo cuando el cielo se abre, dejándome vislumbrar esa lunita torcida plateada que tanto me gusta, entrelazada con las cintas aurorales de medio dae.

Sin embargo, no se me escapa una sonrisa como suele ocurrirme al ver la columna de Hae.

Lo único que siento es un dolor helado que me oprime el corazón de tal manera que parece que vaya a estallar, agobiada por el recuerdo que toqué en la guarida de mi Otra. Un momento que viví a través de ella, el cual deseché nada más regresar a la superficie de mi yo consciente, pues no estaba dispuesta a mirarlo a los ojos, a entenderlo.

Ahora, en cambio, lo entiendo demasiado bien.

Mi Otra intentaba mostrarme que ella *también* había amado, y *también* había perdido. Que nos parecemos más de lo que me gustaría reconocer… Aparto la mirada, reprimiéndolo.

Borrado.

—Hay una regla —digo con voz ronca, mirando los ojos verde esmeralda de Pyrok, luminosos en la penumbra—. Bajo ninguna circunstancia subas por la trampilla del techo.

Las palabras me salen frías, duras. En absoluto tan rotas, dolorosas y abrasadoras como sonaban en mi cabeza.

Junta las cejas.

—¿Se puede saber por qué no?

—Porque lo digo yo.

Paso corriendo junto a todos ellos tratando de no mirar a Ahvi ni a Kaan a los ojos mientras me adentro en el peligroso camino que hay más adelante.



Pyrok

# CAPÍTULO 70

Un golpetazo me despierta de súbito.

Suelto un gemido, aunque enseguida se convierte en una arcada por el regusto a vómito que aún tengo en la lengua.

Maldita sea Raeve y sus runas de vómito.

Busco a tientas la petaca que robé, le quito el corcho y la inclino sobre mi boca…, pero entonces recuerdo que está tan vacía como mis reservas de ganas de vivir.

—Creadores, acabad conmigo. —Me giro hacia un lado para apoyarme sobre el codo, con todos los músculos del cuerpo doloridos por lo que, sin duda, ha sido el peor descanso de mi existencia.

Raeve invirtió en runas de vómito, pero pareció olvidarse de las necesidades básicas.

Como un jergón cómodo, con una maldita pluma aunque fuera, o una manta, o una almohada. O *cualquier cosa* aparte de suficientes espadas para librar una guerra, unos cuantos vestidos elegantes y unas lunas dibujadas en el techo con huellas dactilares.

Me froto los párpados para aliviar el dolor y, luego, alcanzo la

taza de agua, que me bebo de un trago, quitándome así el mal sabor de boca. Entornando los ojos, miro hacia el sur por la ventana grabada con runas heladas. Las Nieblas se han disipado un poco, lo que me permite contemplar las llanuras, que están cubiertas de nieve, y las coloridas lunas que hay sobre ellas, preparadas para acabar con todos nosotros.

—Al menos, la vista es buena —murmuro dejando la taza sobre la mesa. Ignoro el dolor en mi pecho que me dice que *no* es una buena vista, sino el paisaje de uno de mis recuerdos más dolorosos. Un dolor que desearía poder quemar con un líquido lo bastante ardiente como para hacerme pensar menos.

Suspiro, oteando el horizonte. No consigo ver ni un solo destello de las cintas aurorales.

«Todavía estamos en plena duermevela, entonces».

Al mirar a la cría acurrucada a mi lado, que por suerte aún respira, deduzco que no he dormido mucho. Si lo hubiera hecho, este cabroncete me habría despertado chillando para que le diera de comer. Ni siquiera se ha cagado, lo cual es genial, ya que tiene mi capa y camisa como nido.

«Por lo menos, alguien está pasando una buena duermevela».

Levanto la tapa de la pequeña caja de madera que encontré junto a la lamentable cama de Raeve, asegurándome de que las larvinillas que recogí de la pared de El Foso siguen retorciéndose y comiendo el musgo con el que forré la base. Se están poniendo bien gorditas para que se las zampe Gruffin.

Tin. Tin. Tin.

Me sobresalto por el ruido agudo que proviene de *arriba*, de algún lugar al otro lado de esa maldita trampilla en el techo por la que me dijeron que no pasara.

Me levanto, demasiado rápido para lo aturdido que estoy, rebusco en el bolsillo de mis pantalones ajustados y avanzo sigilosamente vial en mano por los escalones tallados en la pared.

Me detengo justo bajo la trampilla y espero.

Escucho.

Tin… Tin-tin-tin… TIN. TIN. TIN.

«Joder», pienso pasándome la mano por el pelo mientras bajo la vista a Gruffin.

La única condición que puso Raeve para que me quedara aquí fue que no subiera por esta trampilla. Bajo ninguna circunstancia. Pero ¿y si corremos peligro por lo que sea que haya ahí arriba? ¿Podría vivir conmigo mismo si no lo investigo y, cuando baje la guardia, acaban devorando a Gruffin?

«No. Estaría lanzándome por propia voluntad sobre la hoja de Raeve».

Tin… Tin-tin-tin… TIN. Tin-tin-tin…

—A la mierda.

Apoyo la mano contra la trampilla y empujo, estremeciéndome al oír el chirrido de las bisagras.

Los sonidos cesan: toda la confirmación que necesito.

Levanto la trampilla y entro precipitadamente. Doy vueltas, recorriendo con la mirada el espacio abierto.

Toscamente tallado, pintado de negro y con una gran ventana abierta que no deja pasar el frío.

El delicioso aroma a mentaquilla horneada y una sugerente mezcla de especias hacen que respirar sea un placer. La cocina negra que tengo a la izquierda está llena de platos sucios y…

*Panes.*

Montones y montones de ricos panes marrones.

«¿Qué está pasando?».

Rodeo la mesa de piedra que preside la estancia, la cual sale del suelo como si de un hongo torcido se tratase y está cubierta de herramientas y tinturas propias de los runis. El tipo de cachivaches que volverían loco a Roan.

Me llama la atención un trozo de piedra negra brillante partido en dos, cuyo núcleo es un mármol plateado que gira. Parece líquido, pero *no* lo es.

Aparto la mirada y vuelvo a vomitar.

Echo un vistazo al gran banco de piedra cubierto con una manta mullida, suavizada con un grueso acolchado que sí que parece que va a ser amable con mis músculos doloridos. Eso me hace considerar

la posibilidad muy real de que Raeve me estuviera tomando el pelo, confinándome al espacio donde ella dormía, más parecido a una celda que a otra cosa, cuando aquí arriba hay una auténtica casa, equipada con todo lo necesario para preparar una buena comida y dormir algo más que un parpadeo.

O tal vez sea porque quienquiera que viva aquí arriba tiene el mismo gusto por apuñalar que Raeve y estoy a punto de acabar destripado…

«Por todos los Creadores, eso sería una pena».

—¿Hola?

Entre el desorden de la mesa, me llama la atención una pluma de color rojo brillante con la punta rizada, casi del tamaño de mi antebrazo.

Arrugando el ceño, voy a cogerla…

Atisbo un movimiento y oigo el repiqueteo de unos pies descalzos sobre la piedra justo cuando alguien aparece por detrás del banco tan deprisa que apenas tengo tiempo de coger aire antes de que choquemos.

O antes de que choque conmigo.

Salgo disparado y aterrizo en el suelo, golpeándome la cabeza con tanta fuerza que se me escapa el vial.

Todo se vuelve borroso y siento que el cráneo me va a estallar al tiempo que noto algo frío presionándome la garganta.

El mundo cobra nitidez.

Advierto que quienquiera que haya chocado conmigo ahora está encima de mí.

Parpadeo, tratando de desprenderme del velo rojo, y recupero la visión. Todo el aire sale de mis pulmones con una sola palabra de asombro.

—Joder.

La feérica que tengo encima… es el ser más exquisito que he visto nunca.

Piel blanca como la nieve, pecas en la nariz y mejillas, facciones tan delicadas que parecen haber sido esculpidas por los propios Creadores. Y su melena… está por todas partes; unos tirabuzones que enmarcan su pequeño cuerpo de un tono rojo tan profundo e

inusual que combina con las motas de sus ardientes ojos cobrizos, encendidos por…

La *ira*.

«Oh».

Vuelvo a sentir la hoja en mi garganta. Me doy cuenta de que está gruñendo y mirándome como si un movimiento en falso fuera a costarme la cabeza. Y tal vez eso me molestara más si no estuviera tan cautivado por sus ojos, por su exótico y picante aroma y por la semejanza de su rostro a una luna de plumaluna posada entre un manto de nubes rojas.

—¿Cómo has entrado aquí?

Su tono es tan firme y acusador que lo percibo como una bofetada en la cara.

—Por la entrada trasera —respondo entre dientes—. Me hizo vomitar. Mucho.

«Mierda, soy un idiota. ¿Por qué he dicho eso? Ahora me imaginará vomitando».

Entorna los ojos.

Hace tal presión con la hoja que me da miedo tragar por si me corto.

—No puede ser que lo supieras. Solo lo sabíamos yo y otra persona. Y ella está… —La ferocidad de su mirada se desvanece—. Está *muerta*. Y estoy segura como una mierda de guara de que no se lo contó a nadie.

Se queda quieta cual estatua y abre mucho los ojos.

Cayendo en la cuenta.

Inspira larga y profundamente, lo que me hace desear haberme tomado el tiempo de frotar cada rincón de mi cuerpo después de regurgitar todo lo que tenía en el estómago.

—Esto, eeh…, esto es muy extra… —Hunde su cara en mi cuello.

—Extraño —termino por ella mientras se desvanecen todos los demás pensamientos de mi cabeza.

Se me eriza el vello de los brazos cuando vuelve a olfatearme, esta vez más abajo, y noto el calor de sus muslos contra mi abdomen.

Su suavidad.

Se me acelera la respiración y dejo las manos quietas a los lados, esforzándome al máximo por no moverme, con la hoja aún sobre mi garganta. Sigue presionando con tanta fuerza que cada palpitación de mi carótida parece una amenaza de muerte.

Inhala de nuevo, esta vez sobre mi esternón, y me empuja la cabeza hacia un lado usando toda la mano para olerme la mandíbula, sube hasta mi sien y baja por detrás de mi oreja.

—Creadores… —mascullo—. Por favor, deja de hacer eso.

Se aparta de mí.

—Hueles como… —Sus palabras se quiebran, sus ojos muy abiertos se nublan con un brillo de lágrimas que se acumulan—. Hueles como Raeve.

Me enseña los dientes y vuelve a ponerme la daga en la garganta.

Con *más* fuerza.

Tanto que apenas dudo de que me está cortando. Sus siguientes palabras vienen cargadas de ira:

—¡Dime por qué hueles como Raeve!

—Porque acabo de estar con ella —respondo mucho más despacio de lo que probablemente debería, dada su ferocidad, pero algo me dice que mantenga la calma—. Me he dormido un rato después de atravesar el agujero con runas de vómito. Las arcadas me dejaron exhausto.

—*Mientes*. —Una lágrima le resbala por la mejilla, dejando un rastro. Casi alzo la mano para secársela con el pulgar—. Está *muerta*. Se la comieron los dragones. ¡Está muerta, joder!

Caer en la cuenta es como si me golpeasen con un bastón en las costillas.

«Es amiga de Raeve. Y no sabe que Raeve sobrevivió a su ejecución».

«Mierda».

Acerco la mano a la suya y le toco con suavidad los dedos con que sujeta la hoja.

—El siegasable del rey… nunca tuvo intención de *comerse* a Raeve.

Ella retira la mano bruscamente. Se incorpora y retrocede a

trompicones tan deprisa que me recuerda a un pájaro revoloteando. Se detiene ante la mesa, con las piernas desnudas y el resto del cuerpo casi oculto bajo una gran camisa negra, aunque se le ven las puntas de los dedos. Está temblando.

Espero que no sea por miedo.

Me incorporo apoyándome sobre los codos y siento algo húmedo deslizándose por el corte de mi garganta. Eso capta su atención; frunce el ceño y vuelve a mirarme a los ojos.

Poco a poco, me pongo en cuclillas, consciente de que soy mucho más alto que ella. Si me levanto, quizá vuelva a hacerme sangrar.

—Rygun la llevó al norte, a Dhomm.

Separa los labios y suelta un suave murmullo.

Un gemido.

—Raeve está muy *viva*.

Se le quedan los ojos en blanco. Es la única advertencia que recibo antes de que se desplome.

Doy un salto y pongo la mano ahuecada debajo de su cabeza justo a tiempo de evitar que se golpee contra la piedra.



Raeve

# CAPÍTULO 71

*La densa niebla se agita con un viento huracanado que cala hasta los huesos, dejando el mundo envuelto en tonos siniestros, mientras avanzo a duras penas por la nieve, que me llega hasta las rodillas, protegiéndome los ojos con el brazo. Cada una de mis huellas está manchada de sangre de mis pies y el estómago me ruge con tal fuerza que estoy segura de que las bestias que parlotean a lo lejos van a oírlo. Van a perseguirme.*

*Al igual que todo lo demás que probablemente me persigue.*

*Intento no pensar en eso. Aprieto temblorosamente la llave por la que he matado, con la sangre del guardia aún en la túnica hecha jirones que llevo e incrustada bajo lo que me queda de uñas. Todavía cubre mi cabello…, rígido como la paja de mi jergón y el de Fallon.*

*Un nudo me cierra la garganta, dificultándome respirar. Consigo tragármelo y, al llegar a una semipendiente, miro hacia arriba.*

*—Este debe de ser el camino…*

*Las afiladas rocas se me clavan profundamente en las*

*plantas de los pies mientras asciendo, con los muslos ardiendo y los pulmones doloridos.*

*Y el corazón…* frío*.*

*El terreno se allana, resguardado por una pared de roca gris que da cobijo a un denso manto de nieve: un refugio perfecto si excavo, si hago un agujero que me proteja del viento y de cualquier otra cosa que esté por ahí merodeando, acechando.*

*—Creo que aquí arriba estamos a salvo.*

*Espero la respuesta de Fallon. Como no dice nada, me doy la vuelta y escudriño la niebla.*

*El acantilado rocoso por el que acabo de subir.*

*—¡FALLON! —Mi voz resuena, pero no es nada en comparación con los latidos de mi corazón, tan fuertes que creo que va a estallar.*

*—Estoy aquí, tonta.*

*En la pálida penumbra, emerge una sombra, subiendo por la pendiente con movimientos lentos pero firmes.*

*Se me doblan las piernas.*

*Caigo de rodillas, resollando, mientras Fallon me alcanza. Cuando por fin llega a la cima, se quita la capucha, dejando a la vista su preciosa melena dorada, que cae como un manto sobre sus hombros.*

*Sus ojos verdes brillan bajo la tenue luz a pesar del evidente agotamiento que refleja su ya demacrado rostro, sus ojeras y sus piernas huesudas, que asoman bajo la pesada capa negra que le he puesto, robada al guardia cuya sangre me cubre casi por completo.*

*—¿Estás bien? —me pregunta moviendo los labios pálidos y agrietados. Me acaricia la mejilla y estoy a punto de venirme abajo al sentir su tacto, mucho más frío de lo que recuerdo.*

*—Pensaba que te había perdido.*

*Se agacha a mi altura y, con la otra mano, me seca una lágrima en la mejilla.*

*—Nunca.*

*Aprieto los labios. Es lo único que puedo hacer para detener el temblor que se apodera de mi mandíbula mientras contemplo sus facciones, suaves y delicadas. Sus ojos, grandes y bonitos, como las joyas del tesoro de Arkyn.*

*Otro botín oculto en la voraz oscuridad.*

*Acerco a Fallon a mi pecho y la abrazo con fuerza, tanto que el dolor que siento bajo las costillas se alivia en parte. Frunzo el ceño al advertir que está temblando, como si se estuviera rompiendo por dentro.*

*—Ven. —Me aparto y le pongo la capucha, protegiéndola de una ráfaga feroz que atraviesa mis harapos—. Tengo una idea para resguardarnos del viento.*

*El viento amaina un poco, como si Clode me estuviera escuchando. Me resulta extraño, ya que no hace mucho me estaba gritando.*

*Al darme la vuelta, encuentro un trozo de hielo azul brillante que debe de haberse caído de la montaña, un arma perfecta para cavar en la nieve.*

*—Voy a hacer un… —Me callo—. ¿Cómo se dice?*

*Fallon se sitúa en mi campo de visión y se pone en cuclillas, sonriendo. Su sonrisa podría arreglar el mundo si la viera suficiente gente.*

*—Conoces la palabra.*

*«¿La conozco?».*

*Aprieto los ojos, pensando…*

*—Un iglú —digo.*

*Ella asiente y se le ensancha la sonrisa cuando me quita el trozo de hielo de las manos. Al hacerlo, veo que me lo he clavado en las palmas, dejando unas profundas heridas que gotean sobre la nieve.*

*—¿Descansamos un poco primero? Estás agotada y sangrando.*

*—Mis manos no están tan mal…*

*—No lo digo por tus manos.*

*Me señala y, al ver la mancha de sangre fresca justo debajo de mi pecho izquierdo, frunzo el ceño.*

*«Oh…».*

*—Me ha alcanzado una flecha —murmuro dejando que me tumbe.*

*—Lo sé. Hay que vendarlo bien.*

*«Buena idea».*

*Sujeto la llave entre mis rodillas y, luego, cojo el andrajoso dobladillo de mi vestido y arranco una tira larga, que utilizo para vendar mi herida bajo la atenta mirada de Fallon. En cuanto acabo, se acuesta a mi lado en la nieve, sus brazos y piernas entrelazados con los míos. Juntas, observamos la niebla moverse como si estuviéramos mirando las lunas que Fallon dibujó por todo el techo de nuestra celda.*

*—Estas no son las nubes de las que hablabas, ¿verdad? Las coloridas.*

*—No —susurra abrazándome con más fuerza—. Hay que caminar mucho para verlas, pero son magníficas, Raeve. El viaje merece la pena, te lo prometo. —Estoy a punto de responder cuando ella levanta mi puño—. ¿Qué llevas ahí?*

*Abro los dedos y le muestro la llave: metálica, opaca, compleja y dentada. Una herramienta que se ha utilizado muchas veces para sacarme de nuestra celda y llevarme a la guarida de Arkyn para que me entrenara con su fuego. Y a las arenas de combate para destrozar a otros seres vivos y ganar las gemas de rocadragón que mantenían a Fallon sana.*

*Viva.*

*—Es la llave que nos… —Las siguientes palabras se me atascan—. Que nos ha dado la libertad. —Vuelvo a apretar los dedos—. Cuando no la tengo pegada a mi piel, oigo ruido. —Mucho ruido.*

*—Nunca me advertiste…*

*—No le pasa a todo el mundo.*

*Se inclina y toca la sangre que me ha salido antes de los*

*oídos, cuando se me ha caído la llave y me ha gritado el viento.*

*La nieve.*

*Incluso la tierra tenía algo que decir, aunque yo no entendía nada.*

*Frunzo el ceño y paso el pulgar por el lazo que la unía a la cadena de llaves de donde la cogí.*

*—Podrías convertirla en un anillo —sugiere Fallon, y arrugo más el entrecejo considerándolo.*

*«Me gusta la idea».*

*—Mira, Raeve.*

*Al advertir la emoción en la voz de Fallon, la luz plateada que ahora ilumina su hermoso rostro, dirijo mi atención hacia donde señala. Las nubes se han abierto, como si fueran una delicada tela que acaba de rasgarse, revelando la oscuridad que hay al otro lado y dejando entrever a un pequeño dragón plateado en lo alto del cielo. Se protege el rostro y el pecho con un ala que parece pequeña para su tamaño, tal y como lo dibujó Fallon.*

*Me arden los ojos al contemplarlo y se me escapa una sonrisa tan grande que duele.*

*—Es tan bello como decías.*

*—Sí.*

*—Siento que no sean las de colores. —Le aprieto la mano con fuerza—. Sé que son tus preferidas.*

*—No te preocupes. Ese es… especial. —Siento el calor de su mejilla pegada a la mía, sus palabras dichas con una sonrisa, suaves pero profundas, como si tuviese un nudo en la garganta—. Deberías pedir un deseo, Raeve.*

*Se me tensa el rostro al cerrar los ojos con fuerza, soltando unas lágrimas que se me congelan en la mejilla.*

*—Solo quiero una cosa.*

*Las palabras tiemblan. Están rotas, no son más que pedazos que intentan mantenerse unidos.*

*Me giro a un lado y le acaricio la mejilla a Fallon, inclinando su cabeza para que me mire.*

*—Pensaba que te había perdido.*

*Ella arruga el entrecejo, buscando mis ojos mientras el frío nos envuelve. Le paso mis dedos, quemados y llenos de ampollas, por el cabello, colocándoselo detrás de la oreja donde lleva la muesca. Un pequeño tajo semicircular que voy a hacerme en la mía en cuanto encuentre algo bien afilado.*

*—Fallon…*

*—Dime, Raeve.*

*Mi cara amenaza con desencajarse de nuevo, el agotamiento me corroe los huesos.*

*Todavía más.*

*Lo que me hace ser… yo.*

*—No sé si voy a poder seguir haciendo esto.*

*Solo quiero cerrar los ojos y no volver a abrirlos. Dejar que el frío se apodere de mí hasta que ya no sienta nada.*

*—Estoy tan cansada…*

*Fallon me atrae hacia ella y me da un beso entre las cejas, y sus siguientes palabras son meros soplos helados contra mi piel.*

*—¿Recuerdas lo que te enseñé sobre las cosas que duelen?*

*A reprimirlas.*

*A hacer lo que sea para sobrevivir, para seguir adelante.*

*—Sí.*

*—El mundo es vasto y bello. —Se aparta ligeramente buscando mi mirada, más intensa que nunca—. Pero también es horrible, cruel e injusto. Y el corazón tiene un límite. Si cargas con todo, al final acabarás hundida.*

*«Diría que ya lo estoy».*

*Suaviza el gesto, lo que me hace preguntarme si he dicho esas palabras en voz alta.*

*—Está bien apartar el dolor por un dae. Si eso es lo que hace falta para seguir adelante, déjalo a un lado hasta que estés lista para soportarlo.*

*No soy capaz de decirle que no creo que vaya a estar*

*nunca lista, que mi corazón es tan duro y frío que me sorprende que siga latiendo.*

*—Quiero que me prometas una cosa. —Las palabras de Fallon suenan mucho más feroces de lo que ella aparenta, tan frágil entre los fríos pliegues de su gruesa capa negra, con la piel pálida como la nieve que lleva adherida a las puntas de sus oscuras pestañas.*

*—Lo que sea, Fallon.*

*«Lo que sea por ti».*

*—Debes hacer lo que sea necesario para cruzar las llanuras sana y salva. ¿Te queda claro? Lo que sea necesario.*

*Siento una opresión en el pecho y me cuesta volver a respirar.*

*—¿Por qué dices eso?*

*—Porque hay mucho esperándote: cosas que aprender, comprender y esperar con ilusión.*

*Algo plateado brilla en su ojo derecho, una luz lejana que en lo más profundo de mí quiero alcanzar.*

*Perderme en ella.*

*—Prométeme que vas a vivir, Raeve, que seguirás respirando. Que no vas a dejar de luchar por encontrar la felicidad de la que hemos hablado, el color, el amor.*

*«¿Por qué parece una despedida?».*

*Descarto ese pensamiento, tal y como me ha sugerido Fallon. Lo envuelvo y lo llevo al lago helado que hay dentro de mí. Allí, lo ato a una piedra y lo lanzo bajo la superficie, que ya está resquebrajada.*

*Y me esfuerzo por sonreír mientras la estrecho entre mis brazos. Respiro a través de sus bucles, pegados a mi mejilla, aspirando su olor, dulce y fresco a pesar de la mugre entre la que llevamos viviendo desde que tengo memoria. Huele como lo mejor de mi existencia.*

*«Lo es todo para mí».*

*Sin embargo, me cuesta horrores luchar contra el impulso de decirle que nunca le pediré un deseo a la luna, que ya*

*no queda esa magia de la que habla en el mundo.*
*Que no estoy segura de poder volver a amar.*
*—Te lo prometo, Fallon. —Parpadeo para eliminar el último vestigio de dolor de mis ojos y noto cómo se cristaliza la humedad en mis mejillas mientras me trago el nudo que tengo en la garganta.*
*«Desaparece».*
*—Seguiré viviendo.*
*Aunque me lleve toda la eternidad descubrir cómo…*

Salgo del sueño como si saliera de un estanque: lentamente. Algo reacia y sintiendo los suaves movimientos del pulgar de Kaan limpiándome la mejilla. El ardor de mis ojos me dice qué.

Lágrimas.

Me incorporo respirando temblorosamente mientras me seco las mejillas con las manos y me aclaro la garganta. Echo un vistazo a la cabaña de piedra que Kaan construyó para nosotros después de que Ahvi se durmiera sobre su espalda. Está escondida, justo al lado de un pozo minero abandonado, con paredes lo bastante gruesas como para que podamos hablar libremente sin temor a que nos oigan.

Un lugar para descansar y comer antes de continuar el agotador viaje a través de las oscuras y peligrosas profundidades de las ramificaciones periféricas de Suburbia.

El *Libro de Voyd* sigue abierto junto a la pared del fondo, irradiando su clara luz, que hace las veces de hoguera, y la grieta que hay en el techo deja pasar algunos copos de nieve. Ahvi está justo donde lo dejamos, sobre mi capa doblada y arropado por la de Kaan como una sombra, forrada con runas que lo mantienen caliente. Protección contra el frío, pues ha ido aumentando con cada paso que hemos dado hacia el sur por esta laberíntica mina. Estoy bastante segura de que la capa de Ahvi también está forrada con ellas…, pero queríamos ser precavidos.

Nos preocupamos por él e intentamos que esté cómodo.

—Lo siento —murmuro mirando por encima del hombro a Kaan, que sigue en su lado, con su largo zurrón a modo de almohada, hundido en el lugar donde hasta hace un momento estaba apoyada

mi cabeza.

El ceño fruncido le oscurece los ojos.

—No te preocupes. Tú…

—Ahvi… ¿Está…?

—Sigue respirando bien desde que te has dormido. Está perfecto.

Me siento aliviada.

Vuelvo a mirar al niño, a los pocos mechones de pelo plateado que asoman por la capucha de la capa de Kaan, más que agradecida de que su escudo funcione contra el polvo de las minas.

Si no fuera así, no sé qué…

—Raeve, los dos tenéis que dormir un poco más para que me sienta cómodo continuando.

Asiento con la cabeza y me paso las manos por el pelo. Después, me recuesto a su lado, con la cabeza sobre su pecho, escuchando los latidos de su corazón: potentes y pesados.

Vigorosos.

El silencio que hay entre nosotros es voraz. En lugar de esperar a que Kaan lo alimente, lo hago yo, con una pregunta que me lleva rondando desde que vi por primera vez los llamativos ojos plateados de Ahvi.

—¿Crees que los padres de Ahvi siguen vivos?

Las palabras salen en un leve susurro, tan suaves como el aleteo de una polinilla.

Hay un breve silencio y, luego, Kaan respira hondo, como si se estuviera preparando.

—Creo… que habría hablado de ellos si fuera así.

Odio cuánta razón tiene. Odio la gran probabilidad de que Ahvi haya sufrido una pérdida así, y a tan tierna edad.

— ¿Ha sido una pesadilla, Raeve?

Froto con el pulgar la superficie de mi anillo de hierro de repuesto.

—Algo así.

Kaan me aparta algunos mechones sueltos y me los coloca detrás de la oreja que yo misma me corté.

—¿Quieres hablar de ello?

Reflexiono sobre su pregunta mientras observo los copos de nieve que se cuelan por el agujero del techo. Imagino la solemne canción que debe de estar cantando Rayne ahora mismo, un suave llanto que, no sé por qué, me cala más hondo que si de un diluvio se tratase.

«Ella ve mucho».

«Quizá llore porque no sabe qué hacer con tanto dolor».

—En otro momento. Tan solo… —Cierro los ojos con fuerza y mascullo—: Abrázame fuerte. Convénceme de que es real.

Se queda en silencio un momento y me envuelve en sus brazos, usando su poderosa fuerza para darme lo que necesito en este momento; tan cerca de donde emergí de un solitario viaje a través de las llanuras, del lugar donde rompí por primera vez mi promesa a Fallon y estuve a punto de rendirme, rogándole a la muerte que me llevara.

Un amor tan arrollador que casi puedo convencerme de que no va a desaparecer en el instante en que me duerma.



Pyrok

# CAPÍTULO 72

Dejo una taza de agua sobre la mesa baja y echo un vistazo a la desconocida, que está sobre el banco, cubierta casi por completo con una gruesa manta negra. Aún inconsciente tras desmayarse, respira con los labios entreabiertos, tan rosados como las nubes del exterior. Dirijo la vista a la peca que tiene encima del arco, ligeramente a la derecha.

Quizá sea lo más bonito que he visto nunca. En cualquier persona.

Al apartar su densa melena, me doy cuenta de que su oreja es más oblicua que las que suelen tener los feéricos.

—Hum.

De nuevo, observo su piel pálida y su melena pelirroja como el fuego. Esas facciones tan finas que parecen… de otro mundo.

—No puede ser —murmuro al ver que tiene un parecido asombroso con el retrato que colgaba de la pared de la biblioteca de mi familia antes de que todo se fuera al traste. Probablemente siga allí, pero no estoy seguro.

«Una coincidencia. Eso tiene que ser».

Me rasco la nuca y me esfuerzo por apartar la vista.

Me acerco a la mesa del comedor, abarrotada, y frunzo el ceño al ver la piedra redonda sujeta por una abrazadera metálica. Sobre ella, una lente amplía miles de runas en miniatura que debieron de requerir ciclos para ser grabadas.

Y un pulso firme de cojones.

Silbando, observo las docenas de piedras partidas, destrozadas o carbonizadas que hay esparcidas por el suelo; cada una de ellas parece haber sufrido un final diferente, aunque igual de horrible. Luego, echo un vistazo por encima del hombro a la desconocida, que sigue durmiendo.

«¿Qué estará tramando?».

Desvío la mirada hacia una escalera incrustada torpemente en la pared, la cual conduce a otra trampilla por la que probablemente no debería pasar sin permiso.

Una cosa es estar en la lista negra de Raeve y otra mucho peor es molestar a una runi que está experimentando. Podría acabar con un hueso nuevo en alguna parte.

O perdiendo uno.

En la zona de cocina, cojo uno de los numerosos panecillos y aspiro su aroma; percibo notas de mentaquilla, especias sorrin, gonueces, algo cremoso…

«Guau».

Dejo un drab de oro sobre la mesa y me corto un pedazo del panecillo con la daga de Grihm. Luego, levanto la tapa de un recipiente con mentaquilla dorada, de esa que solo se produce con la leche grasa de las suaves colks del sur. Y mi comida *favorita* en el mundo. La última vez que la probé fue…, bueno…

«Antes de que todo se fuera a la mierda».

Pongo otro drab sobre la mesa, cubro el panecillo con una buena capa y luego le doy un mordisco a la suave masa. Algo que se parece mucho a que te den un puñetazo en la boca con una delicia cremosa con un toque a nueces.

La mentaquilla salada parece caramelizarse con cada bocado, templando los sabores intensos y convirtiéndolos en algo inigualable. Por nada. Jamás.

Gimo con los ojos en blanco…

«Jo…

der».

Pongo otros tres drabs sobre la mesa y doy otro bocado. Me detengo a contar los panes: más de treinta.

«Espero que no les haya echado nada para matar en masa a la jerarquía. Parece algo propio de una amiga de Raeve…».

Encogiéndome de hombros, me sirvo en un plato otras tres rebanadas más con mentaquilla y dejo a cambio una pequeña fortuna, resolviendo que no sería una forma tan mala de morir. De todos modos, ya estamos condenados.

Me acerco al gran boquete en la pared que da al sur y veo las cintas aurorales acariciando el horizonte, señalando así el inicio del dae. Me lleno la boca y dejo el plato sobre una mesa de piedra; es inestable, como si la hubiera moldeado alguien dando unas cuantas órdenes a toda prisa esperando que saliese bien.

Aún masticando, me inclino hacia delante con la intención de asomar la cabeza por la abertura…

—Yo no haría eso.

Hace falta toda mi fuerza de voluntad para no despojarme de mi piel y saltar por la ventana, precipitándome hacia la muerte.

Miro a la desconocida, que ahora está sentada abrazando sus piernas y empuña la daga que he dejado en la mesa junto a ella. No porque quiera morir, sino porque me pareció lo correcto.

Sostener su insólita mirada es como fijar la vista en el sol. Resulta difícil de soportar.

No sé por qué.

Tragando saliva, examino de nuevo el boquete en la pared. Observo las runas grabadas alrededor del borde dentado, algunas pintadas con sangre; la mayoría de ellas, en realidad.

«Ah».

—¿Más vómitos?

—La muerte.

Siento que el calor se escapa de mi rostro. Doy un paso atrás con cuidado y gran precisión.

—Y tampoco será agradable, si mis grabados son acertados. Y

suelen serlo. —Dirige la vista a las piedras rotas, quemadas y destrozadas que hay sobre la mesa y, luego, a mí otra vez—. Bueno, al menos cuando llegue a la versión final.

«Claro».

—Te llevarías bien con mi hermano.

Y con «bien» me refiero a que encontrarían formas creativas de hacer explotar cosas, fundir mesas y, probablemente, también de arreglar cosas.

Mierdas de cerebritos.

Ella ladea la cabeza y se me queda mirando tanto tiempo que me pregunto si estará pensando en cómo decirme de forma educada que me largue de una puta vez de su casa. Probablemente.

Como necesito hacer algo con las manos, voy a buscar mi plato de pan, cojo un trozo y brindo al aire.

Como un idiota.

Me lleno la boca para silenciar el momento, gimiendo de gusto mientras mastico, y le hago gestos de agradecimiento con las manos.

Ella observa mi plato a rebosar y la pila de oro que le he dejado a cambio y, después, vuelve a mirarme. Se le dibuja una leve sonrisa.

—Eres diferente.

Una patada en los huevos me habría sorprendido menos.

Levanto una ceja, esperando que desarrolle la idea sin que yo tenga que hablar con la boca llena.

—Es que…, eh…, viví en Suburbia una temporada. —Se encoge de hombros y baja la mirada hacia la daga que sostiene—. Si te desmayas entre desconocidos allí abajo, no te despiertas igual. Desde luego, no *más rica*.

Después de oírla decir eso, me cuesta tragar lo que tengo en la boca.

Miro alrededor y dejo el trozo de pan que me queda en el plato.

—No deberías decir esas cosas delante de mí —murmuro limpiándome las migas de la barbilla con el dorso del brazo.

Ella frunce el ceño.

—¿Por qué no?

«Me dan ganas de ir allí y arrancarles el corazón a algunos».

—Porque no deberías. —Me encojo de hombros.

Se hace el silencio durante tanto rato que me palpo los bolsillos en busca de una petaca que no tengo. Recurro a cruzarme de brazos, tratando de parecer indiferente ante la abrumadora claridad que estoy experimentando en este momento.

—Bueno… —dice ella pasándose un mechón de pelo detrás de la oreja, aunque no se queda ahí mucho tiempo—. ¿Raeve está viva? —La inflexión de su voz me hace sentir una punzada en el pecho, y me pregunto si no revela un sentimiento herido.

Algo que probablemente prefiero no saber.

—Sí. Es un poco como uno de esos escarabajos azules de la basura que siguen correteando por mucho que todo el mundo los pise.

—¿La estás comparando con un cocalero? —resopla.

—Me hizo vomitar tanto que casi muero. Hasta que deje de oler la bilis, es un cocalero.

La desconocida sonríe tanto que le veo los caninos y se sonroja. Menudo contraste con la forma en que se le han llenado los ojos de lágrimas antes.

—En realidad, eso es culpa mía…

«Ah».

—Bueno, tú no lo eres.

Otro momento de silencio expectante me hace rascarme la nuca, deseando ser la mitad de inteligente que ella. Entonces quizá supiese qué decir. No «He estado vomitando» e insinuando que ella es un insecto repugnante.

—Entonces, eh… —Se pasa el mismo mechón de pelo por detrás de la oreja, que tampoco esta vez se queda en su sitio—. ¿Raeve va a volver aquí o…?

—Si todo va según lo previsto, volverá dentro de unos ciclos. Y sin el vínculo de sangre, del que supongo que no sabes nada.

Junta las cejas y se le borra cualquier atisbo de dulzura.

—Por supuesto que lo sé. También sé que es imposible romperlo sin…

—Está con el protegido de Bothaim.

Palidece.

—¿Te refieres al joven que el rey Tyroth intercambió por el favor del Triconsejo?

Asiento con la cabeza.

—El chico ha tenido acceso total al *Libro de Voyd*. —Sus ojos se agrandan tanto que creo vislumbrar algo que me devuelve la mirada desde dentro, y me pregunto si está bien que haya revelado tanta información confidencial a esta… *desconocida*.

«Demasiado tarde».

—Parece que cree que puede romper el vínculo, aunque no sé cómo. Hablaba sin parar sobre que el tiempo es elástico o algo así.

Articula en silencio la palabra «guau» y desvía la mirada hacia la ventana. Y la deja ahí. Aunque tiene los ojos abiertos y observa el paisaje, parece como si estuviera en otro lugar. Un poco como Roan cuando está absorto en sus pensamientos tratando de resolver algo.

—Me gustaría mucho conocerlo.

—Es un buen chico. —Le tiendo la mano—. Por cierto, soy Pyrok.

Parpadea varias veces, volviendo a enfocar la vista, deja la daga y me estrecha la mano al estilo de la gente de La Bruma; la suya es pequeña y suave.

Un buen contraste con la mía.

—Essi —dice esbozando una media sonrisa que ilumina la habitación como un relámpago.

Eléctrica.

Le suelto la mano, preocupado por si rompo sus delicados huesos en caso de apretar demasiado.

—¿Es el diminutivo de algo?

Ella asiente, pero no da más detalles. No insisto, ya que sé lo que supone ocultar tu verdadero nombre.

Mordiendo el interior del pendiente que llevo en el labio, miro por la ventana y echo un vistazo a todas las pesadas lunas que hay agrupadas sobre Gore, recuerdo de batallas lejanas, listas para aniquilarnos a todos. No me importa mucho mi destino y saber que Roan está a salvo es un gran alivio, pero mi hermana…

«Por mucho que me pese el pasado, tengo que encontrarla».

—Una preguntita: ¿la única salida pasa por echar las tripas que

me quedan mientras bajo por un conducto de basura?

Otra sonrisa se va abriendo paso por el rostro de Essi. Pícara.

Cálida.

Una sensación que me embarga como un trago de algo demasiado bueno para ser verdad.

—Lo siento. Era más joven y, en aquel momento, me pareció divertido.

Miro por la ventana, esperando a que esa extraña sensación se desvanezca, pero no lo hace.

—¿Va todo bien?

—Claro. —Le dedico una sonrisa, una de esas que suelen hacer que me den por perdido. O bien quitándose la ropa interior, resolviendo que no les importaría echar un polvo conmigo sin tener que invertir emoción alguna, o bien etiquetándome como el amigo poco serio.

En cambio, ella frunce el ceño.

Me aclaro la garganta.

—¿Algún consejo sobre cómo capear el temporal? De verdad que las runas me han dejado fuera de combate a la primera. Necesito encontrar a mi hermana, pero me va a resultar complicado desde las entrañas de la trogg peluda que vive en Go…

Un chillido conocido me interrumpe, estridente y autoritario.

*Hambriento*.

Essi se queda inmóvil, mirando con los ojos entornados hacia la trampilla que conduce al cuarto de Raeve.

—Disculpa. —Corro hacia los escalones—. Eh…, enseguida vuelvo.

Bajo, consciente de la presencia de Essi detrás de mí a pesar de sus pasos extrañamente silenciosos. Al llegar al mísero jergón de Raeve, me agacho junto a la criaturita, que está despierta y moviendo las alas.

Gruffin gorjea con el pico bien abierto mirando al techo. La mitad de sus plumas nuevas lucen ahora un penacho azul en la punta: va a ser una bestia preciosa. Pero, si sigue chillando así, vamos a acabar rodeados por una bandada de fundefauces salvajes, y eso será el fin.

Levanto la tapa de la pequeña caja de madera, cojo una larvinilla retorcida y se la meto en la boca a Gruffin, pero él lo escupe con un movimiento rápido de su lengua bífida.

—Chiquitín, ahora no es momento de ponerse exigente.

Pruebo con una más pequeña, que le resulta más fácil expulsar. Al tercer intento, Gruffin ataca antes de que yo suelte la larvinilla y por poco me alcanza el dedo.

—Maldita sea. Maell se alimentó de esto hasta que le salieron todas las plumas. —Recojo todas las larvinillas caídas y las guardo en la caja mientras Gruffin me observa, con la cabeza levantada pero tambaleante. Parece que está preparándose para soltar otro estridente gorjeo—. Probablemente quiera algo más parecido a lo que sus padres le habrían proporcionado en la naturaleza, algo sangriento.

—Puedo ayudarte con eso.

Miro a Essi, sentada en las escaleras con la camisa sobre las rodillas. Su larga melena pelirroja hace que parezca envuelta en llamas.

—¿De verdad?

Asiente.

—Quédate aquí.

Se da la vuelta y sube los escalones como si estuviera hecha de aire. Apenas percibo sus pasos una vez que está en la sala de estar, aunque oigo cerrarse la trampilla.

Dos veces.

Cuando vuelve a aparecer, bajando los escalones a toda prisa, lo último que espero ver es una buena pata de colk blanca en su puño ensangrentado, con tiras de carne desgarradas colgando del hueso. Parece que acabe de partirla y desprenderla de la cadera de una bestia recién sacrificada, sin necesidad de utilizar ninguna hoja. En absoluto.

Se me va el calor de la cara.

—¿Lo tenías ahí tirado?

«La última vez que dije algo con voz tan chillona estaba en la pubertad».

Las mejillas se le ponen tan rojas como su pelo.

Baja la barbilla y se rasca la frente con la mano que no tiene llena de sangre, mirándome solo un instante, como si fuera tímida.

—Nunca se sabe cuándo puede hacer falta carne fresca…

«Claro.

«Para nada es raro».

Acepto la pata y, con la daga de Grihm, corto unos trozos de carne alrededor de la rótula y los dejo caer en la boca abierta de la diminuta bestia.

Gruffin los devora y no tarda en abrir la boca para pedir más.

—Vaya, esto sirve. —Corto más tiras y apenas me da tiempo de balancearlas antes de que me las arrebate, cava vez con más entusiasmo. Arrugo el ceño—. De hecho, va demasiado bien la cosa.

Sigo cortando…, deprisa. Cada vez me preocupo menos por la forma y el tamaño de las tiras, pues no parece importar. Este cabroncete se las va a tragar de todos modos.

Aunque los fundefauces no son conocidos por comer mucho, empiezo a dudarlo cuando veo a Gruffin salir del nido. Da pasos vacilantes, pero está concentrado, y se acerca a la pata moviendo la cola como un látigo flácido.

—Hostia. Espera, tú no deberías andar aún. —Me apresuro a rajar la espinilla para que pueda acceder a las tiras de músculo al ver que empieza a temblar, algo que los fundefauces suelen hacer cuando están a punto de azotarte con la punta de la cola—. Joder.

Tiro la daga a un lado y desgarro la carne con mis propias manos, lo que me resulta un poco más rápido; probablemente, la diferencia entre conservar mis dedos o no.

Al llegar al hueso, el sudor se me acumula en la frente, y raspo los restos que quedan con las uñas. Al agitar el último bocado sobre su cabeza…

Se le cierran los párpados.

Emite un suave gorjeo y vuelve a trepar al nido improvisado, da una vuelta titubeante, arrastrando su larga cola al interior, mete la cabeza bajo su ala azul y se queda quieto, salvo por sus profundas respiraciones.

Suelto el mayor suspiro de mi vida y tiro al suelo el último trozo de carne.

—Gracias a Dios —digo dejándome caer sobre el trasero y mirando lo que queda de la pata. Luego, levanto la vista hacia Essi, que está agachada observándome con los ojos muy abiertos.

—Gracias por la carne. Estoy bastante seguro de que me acabas de salvar la vida.

—De nada. Eh… —La timidez endulza sus facciones—. Me gusta mucho cómo lo tratas. Como si fuera tuyo.

—Gracias, aunque estoy bastante seguro de que quiere comerme.

Otra cálida sonrisa.

Otra cálida sensación en mi pecho.

Aparto la vista y dejo el muslo desollado en el suelo para limpiarme la sangre de las manos en los pantalones.

—Con eso debería tener suficiente por un tiempo. —«Sin duda»—. Quizá aproveche la oportunidad para buscar a mi hermana.

«Y algo más que echarle a la boca al pequeñín».

Echo un vistazo al agujero fatal, temiendo el momento en que tenga que pasar por esas runas que dan náuseas…

—Si me das un poco de sangre, puedo grabarte un pasaje seguro para entrar y salir por la entrada principal —me propone Essi con entusiasmo.

—¿La entrada principal? —Frunzo el ceño—. ¿Estás segura? Apenas me cono…

—Segura —me interrumpe. Asiento tan rápido que siento como si hubiera ganado algún premio mítico por desprender carne de un hueso.

—De acuerdo, bueno, te lo agradezco. Muchas gracias. —Le dedico una media sonrisa—. Vomitar ese delicioso panecillo me rompería el corazón.

Se ruboriza.

Abre la boca, la cierra y sale corriendo hacia el lavabo de Raeve, de donde regresa con una taza y un trozo de tela. Se agacha ante mí, agarra mi daga y limpia la sangre con el dobladillo de su camisa. Luego, me coge la mano y me separa los dedos, con firmeza pero delicadamente. Sus movimientos son *hipnóticos*, tanto que casi olvido hacerle las preguntas importantes.

—No irás a vincularme a un objeto ni nada así, ¿no? ¿A hacer que me hierva la sangre cada vez que pases un vial llameante por encima?

Ella frunce el ceño y me mira con tal inocencia que me deja sin aliento.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—Eh… Lo siento.

Es lo único que me sale en lugar de «puedes hacerme lo que quieras», porque no quiero eso. He pasado unos pocos suspiros con Essi y ya sé que no es alguien con quien te lances a las llamas tratando de no quemarte, sino alguien por quien te prendes fuego.

Por desgracia, eso no me va.

—No te preocupes. Eres prudente: admiro eso. —Baja la mirada y apoya la punta de la daga de Grihm contra un pliegue de mi palma —. Mis padres no lo fueron y ahora están muertos.

Lo suelta como si nada, como si las palabras fuesen envueltas en tanta lana que apenas hacen ruido, y hace fuerza con la hoja. El pinchazo palidece en comparación con esta intensa sensación de que Essi lo ha pasado mal, que ha vivido cosas que no estoy seguro de querer saber.

O tal vez sí.

Tal vez quiera dar caza a todos esos cabrones que le han hecho daño…

—¿Quieres encontrar a tu hermana? —pregunta.

Al levantar la vista del charquito rojo que tengo en la palma, veo que Essi se ha quedado quieta como una piedra, con los ojos muy abiertos clavados en el tajo.

—Así es. —Vierto mi sangre en la taza, me vendo la palma y uso los dientes para rasgar la tela y hacer un nudo—. Al menos, ese es el plan.

—No vas a encontrarla.

Su tono siniestro me hiela hasta los huesos.

—¿Qué quieres de…?

Ella alza la mirada.

Al ver sus pupilas dilatadas, me quedo paralizado. De repente, siento como si estuviera en presencia de algo *más grande* que esta

habitación, como si me empujaran contra la pared y tuviera que esforzarme por respirar.

—He olido esta sangre antes —dice con tono áspero, juntando las cejas sobre sus ojos suplicantes—. Cuando grabé runas de sangre para la reina Dothea Vaegor.

Oír el nombre de mi hermana es como un puñetazo en el estómago.

«Eeeh… Mierda».

Me rasco la nuca mirándola mientras trato de entender qué coño acaba de pasar. Cómo ha descubierto quién soy solo por el olor de mi sangre. Eso no es normal, ni siquiera para una sanguiria autodidacta, que supongo que lo es.

—Para dar con ella, tendrías que atravesar mis runas, lo cual es imposible.

Me da un vuelco el corazón.

—¿Sabes dónde está mi hermana?

Essi asiente.

—Está bien, y a salvo.

El alivio me libera de un peso en el pecho, como si el propio Bulder llevara sentado encima de mí demasiado tiempo y acabara de levantarse.

—Pero las caídas lunares…

—Está bajo tierra, en una ciudad de cuevas diseñada para soportar el impacto de cualquier caída.

«Joder».

Por un momento me quedo sin saber qué hacer, cómo sentarme o incluso qué mirar.

Oí que Dothea había desaparecido. Aunque esperaba que fuera lo mejor, en lo más profundo de mí creía que se trataba de una misión de rescate. Que Cadok había acabado haciendo lo que temía desde el momento en que vi cómo se miraban a los ojos en la colorida pista de baile hace tantas fases, mucho antes de que me viera obligado a renunciar a cualquier derecho sobre el trono de piedra.

Que había destrozado a mi bella, ingenua y demasiado confiada hermana sin posibilidad de remedio.

—Espero volver allí pronto —dice Essi en voz baja—. Puedes acompañarme si quieres.

Su amable oferta me revuelve las tripas tanto que es como si acabara de atravesar esas runas regurgitantes.

Reprimo ese sentimiento y me esfuerzo por adoptar una expresión indiferente.

—¿Cuándo?

—No estoy segura. —Me da la daga de Grihm mientras se enrolla un rizo en el dedo meñique—. He estado trabajando en algo que tengo que perfeccionar. Es más seguro para mí hacerlo arriba, donde hay menos gente.

Llevo soportando las ocurrencias de Roan el tiempo suficiente como para saber lo que eso significa:

Lo que sea en lo que esté trabajando es peligroso. Menos gente alrededor equivale a menos víctimas posibles si las cosas salen mal.

—De acuerdo. —Bajo la mirada hacia el hueso desollado y suspiro—. Vamos a necesitar más carne.



# CAPÍTULO 73

Raeve

Nuestro viaje a través de túneles oscuros y polvorientos y cuevas sinuosas está dominado por un silencio excesivo, solo atenuado por nuestros pasos amortiguados.

Un silencio tan desafortunado y necesario que no hay mucho más que hacer que caminar, parpadear, respirar y… *pensar*.

Demasiadas veces, me viene a la cabeza Essi y su prodigiosa mente, cómo hablaba de estos túneles con la desconcertante familiaridad de alguien que había hecho las paces con la oscuridad.

Demasiadas veces, aparto esos pensamientos incómodos. Me concentro de nuevo en dónde pongo los pies y en mi respiración mientras me enfrento en silencio a cada golpe que me asesta Sereme, esa zorra incansable.

Pasamos por una caverna elevada llena de huesos fosilizados de dragón que sobresalen de las paredes; probablemente estuviese repleta de gemas de rocadragón en su tiempo. El lugar de descanso de una bestia que no logró llegar al cielo, que no tuvo la oportunidad siquiera de acurrucarse y solidificarse, cuyos restos fueron tan explotados que el espacio parece una pieza dental cariada, plagada de recovecos y grietas. Miles de escondites para

depredadores que anidan. Y, aunque no veo más que destellos ocasionales de unos ojos en la oscuridad, siento su atención como si me arañase la piel.

No se acercan. Ninguna criatura sale de las sombras ni muestra signos de querer atacarnos. Me resultaría extraño de no ser por la energía volcánica que desprende el formidable hombre que va siempre tres pasos detrás de mí con Ahvi a la espalda.

Estas criaturas son supervivientes. No me cabe duda de que la mayoría de ellas están hambrientas, pero los supervivientes saben en qué invertir su energía, saben distinguir entre una comida posible y una muerte segura. Siendo alguien que se ha enfrentado cara a cara con muchas de las bestias que habitan a este lado del muro, he visto sopesar esa decisión más veces de las que tengo fuerzas para contar.

Avanzamos por la boca de un túnel estrecho por el que sopla una brisa fresca del sur que me irrita la piel y nos vuelve el aliento lechoso.

El túnel empieza a iluminarse.

Aminoro el paso, llevándome la mano a una daga al doblar una esquina, por donde llegamos a una gruta bañada por la luz de la luna que se cuela por lo que queda de techo. La nieve cae a través de las grietas sobre nuestra cabeza, azotada por el viento, que juega con mi cabello y levanta el mugriento bajo de mi capa.

El corazón me late con fuerza y rapidez mientras examino el gélido entorno, que me resulta familiar.

El camino termina aquí. Quizá se tratara de un puente celeste que se extendía de un lado a otro y se vio engullido por el derrumbe.

Miro hasta el fondo de la cavidad el derrumbe de rocas cubiertas de nieve y huesos de dragón hechos añicos, un hoyo oscuro encajado entre las piedras, con una forma parecida a una encrucijada a la que le falta un camino. Es la entrada a un pozo que se extiende por debajo como las raíces de un árbol.

Aunque el agujero angular parece pequeño desde aquí arriba, sé por experiencia que es lo bastante grande como para atravesarlo sin necesidad de darle ninguna orden a Bulder.

—Este es el lugar. —Clode toma mi voz y la hace rebotar en las numerosas aristas de la gruta—. Ese hueco entre las piedras de ahí —digo señalándolo— es donde tenemos que ponernos.

Justo detrás de mí, Kaan murmura una serie de palabras familiares y desconocidas en el lenguaje de Bulder, formando una combinación que jamás habría imaginado. Las rocas se mueven, aplanándose hasta formar una escalera digna de un palacio, entretejida entre los antiguos restos del dragón como un templo, con todos los escalones de la misma altura.

«Parece que todavía me queda mucho por aprender».

—¿Qué hacías aquí, Rayo de Luna?

La profunda voz de Kaan vuelve a romper el silencio. Todo mi cuerpo responde a sus palabras, como si yo fuera un Creador y su voz, una nota grave en mi cavidad torácica.

En mi corazón.

Trago saliva. Abro los puños y me paso los mechones de pelo sueltos por detrás de las orejas.

—Estaba escapando de un lugar —murmuro bajando las escaleras mientras ahogo el recuerdo de un iglú que construí con un trozo de hielo y las manos ensangrentadas, de despertar y encontrarme a Fallon fría y rígida a mi lado.

«Sin vida».

—Después de cruzar las llanuras de Ergor, bajé por ese agujero de ahí —digo señalando por encima de nuestra cabeza—. Había una tormenta tan fuerte que me vi obligada a refugiarme en el pozo inferior.

—¿Un peregrino te dejó aquí? ¿En medio de una tormenta?

La indignación de su tono es palpable. Parece prepararse para asesinar a algún pobre desgraciado que ni siquiera existe.

—Claro que no. Eso habría sido malo para el negocio —digo buscando cualquier indicio de la presencia de depredadores. El derrumbe es lo bastante grande como para que un dragón adolescente pueda atravesarlo ayudándose de las garras. Podríamos sobrevivir al ataque de un castañeteador, pero un plumaluna salvaje buscando refugio…, pues bueno.

Estaríamos muertos antes de tener oportunidad de reaccionar.

—Entonces *¿no* ibas con un peregrino?

—No.

—¿Y cómo cruzaste las llanuras?

—Caminando.

Detiene sus pasos.

— Rayo de Luna, eso te habría llevado…

—Un tiempo —termino por él. Tanto que, cuando llegué al fondo de la cueva, apenas podía moverme.

Pero no se lo digo.

Tampoco le cuento que la primera vez que vi mi reflejo fue en uno de los escaparates de Gore daes después de que Sereme me salvara la vida.

Recuerdo el sobresalto que me causó. No estaba segura de qué esperaba ver, pero me imaginaba a mí misma como una persona fuerte y capaz. Ruda.

Lo que vi fue todo lo contrario.

Me acerco a la grieta entre las rocas, agacho la cabeza y me cuelo por ella. Salto al túnel y, con el corazón en un puño, espero a que Kaan y Ahvi me sigan mientras examino los alrededores: veo sangre seca salpicada por las burdas paredes.

«Aquí es».

«El sitio donde pensaba que iba a morir».

Miro a la izquierda, hacia la rendija en la que me refugié y, luego, me acurruqué como un dragón moribundo. Estaba hambrienta, con cortes en los pies y llena de heridas que habían comenzado a supurar.

«Y heridas en mi corazón que habían hecho lo mismo».

Pienso en todos los cadáveres que he esparcido por la orilla de mi lago helado interior, ya sea bajo las rocas o en rincones oscuros que rara vez miro. Saco uno de ellos que está encajado entre dos rocas y lo examino: los huesos están tan desprovistos de emoción que parecen de yeso.

*Unos guardias enmascarados llegaron durante la duermevela. Intentaron capturarme con la intención de llevarme de vuelta a la guarida de Arkyn.*

*En parte, casi me arrodillo y suplico por que así fuese, por volver a aquel diminuto espacio donde vivía con mi bella Fallon, por estar a solas con su recuerdo, en lugar de fuera con su ausencia.*

*Me había rendido, lo recuerdo a la perfección. La sensación de no querer hacer nada más que caer en el vacío. Sabía que estaba mal, pero estaba débil, agotada. Y, por encima de todo, me sentía muy sola.*

*Entonces, no entendía a los Creadores por mucho que gritaran, pero la tenía a ella.*

*Mi Otra.*

*Ella había tomado el control. Había hecho cosas atroces de las que apenas fui consciente mientras yo me quedaba en segundo plano. Por el camino, me dieron una puñalada en el estómago, algo que noté cuando ella se sumergió de nuevo bajo mi lago helado, dejando mi cuerpo mucho más frío de lo que estaba antes de que ella emergiera.*

*Al salir a la superficie, me encontré a Sereme en medio del túnel, como una mancha de color en medio de la penumbra, golpeando con la uña un frasco que llevaba colgado al cuello, mucho más rápido de lo que latía mi maltrecho corazón.*

*Tuve la repentina idea de que a Fallon le habría encantado su abrigo, su elegante diseño con esponjosas plumas moradas asomando por el ribete, como un fundefauces.*

*Estaba pensando en eso cuando Sereme me dijo que ella podía evitar que mi corazón dejara de latir, pero que primero tenía que verter mi sangre en el frasco.*

*Le dije que se fuera a la mierda y me dejara morir en paz, pero entonces ella habló de venganza. Me lo pintó todo muy bonito, pero no tardó en escurrirse por entre mis dedos, como un trozo de pergamino mojado…*

—¿Ha cambiado mucho esta cueva desde la última vez que estuviste?

Al oír la voz de Kaan, regreso al presente y me doy la vuelta.

Tanto él como Ahvi han logrado pasar.

—No. ¿Por qué?

Ahvi me coge el zurrón del hombro mientras Kaan escudriña nuestros alrededores con severidad. Olfatea con el entrecejo fruncido.

—Estoy tratando de averiguar cómo es que alguien con el poder y el conocimiento para crear un vínculo de sangre te encontró aquí, donde ni siquiera habitan seres de las profundidades.

Me dispongo a hablar, pero sus palabras me calan hondo.

«En realidad, lo que dice tiene sentido».

Frunciendo el ceño, miro hacia el oscuro túnel e imagino a Sereme con su impecable abrigo morado, sin una sola mancha. Iba bien peinada, con el cabello suave y limpio. Nada que ver con los habitantes de Suburbia, ni siquiera con alguien que la frecuenta. Ahora lo sé, pero entonces… no le di importancia, ya que todo era nuevo para mí.

—Nunca lo había pensado —reconozco de mala gana mientras rebusco en el bolsillo la alondra desplegada que casi había olvidado. La de color marrón pálido que encontré en el escritorio de Sereme y no terminé de leer.

La aplano sobre mi palma y ojeo el texto bajo la luz nítida que llega por el agujero por el que nos hemos colado.

SEREME:

SI ELLA QUIERE SALVAR A UNOS CUANTOS NULOS HERIDOS, ASÍ SE HARÁ. NO ES DE GRAN CALADO POLÍTICO, POR LO QUE NO AFECTARÁ A MIS PLANES. HAN DE PONERSE A SU DISPOSICIÓN LOS RECURSOS REQUERIDOS.
ME HE DADO CUENTA DE QUE ESTÁS USANDO EL VÍNCULO PARA CASTIGARLA CON MÁS FRECUENCIA DE LO QUE HABÍAMOS ACORDADO. YA LLEGARÁ EL MOMENTO DE PROVOCAR A LA BESTIA, PERO AÚN NO ESTAMOS EN ESE PUNTO.
OLVIDAS QUE TIENES UNA SOLA TAREA: MANTENERLA BAJO CONTROL Y ARRANCAR LAS MALAS HIERBAS QUE SUPONEN UNA

AMENAZA PARA MI ASCENSO POLÍTICO HASTA QUE ESTÉ LISTO PARA TRAERLA A CASA. SI ME FALLAS EN ESTO, ME DISGUSTARÁS MUCHO.

ELDING.

Mi sangre se convierte en un torrente.

«Esta nota… Hablaban sobre mí».

Siento un nudo en el estómago mientras repaso líneas concretas hasta que siento que el túnel se tambalea.

Kaan me quita el papel de las manos y lo lee, frunciendo cada vez más el ceño.

—¿Has encontrado esto en el despacho de Sereme?

Asiento con la cabeza.

—Hay algo que no cuadra.

—Estoy de acuerdo —murmura doblándolo en un cuadrado que se guarda en el bolsillo, y mira a ambos lados del túnel soplándose aire caliente en las manos—. Acabemos con esto. —Se vuelve hacia Ahvi, que está sentado con las piernas cruzadas en el suelo, envuelto en su capa, rebuscando en mi zurrón, rodeado de tarros de tinturas, una taza vacía, un cuenco de madera y el *Libro de Voyd* abierto por una página al azar—. Ahvi, ¿podemos ayudar de alguna manera?

Me lleva un tiempo darme cuenta de que se ha situado justo donde yo vertí mi sangre en aquel maldito frasco.

—En realidad, no. Son cosas que solo puedo hacer yo. —Se retira la capucha lo suficiente como para que vislumbre sus ojos detrás de sus rebeldes mechones plateados, que me recuerdan a las cintas de la aurora boreal bajo esta luz tenue—. Pero necesito a Raeve aquí para poder empezar a trazar los bucles de vinculación.

«Claro».

Hago lo que me dice y me sitúo exactamente donde ocurrió. En el lugar perfecto para verlo echar cosas en su cuenco, pareciendo medir solo con el sentido del tacto. Eso me hace reflexionar sobre cada decisión que me ha llevado hasta este momento.

La mezcla empieza a humear por los lados, aunque una pizca de

tierra recogida del suelo lo apaga de inmediato.

Cruzo un brazo sobre el abdomen y uso el otro puño para apoyar la barbilla.

—Esto no parece nada preciso…

—La precisión es una jaula en la que nos encerramos. —Ahvi se encoge de hombros y se arranca un mechón de pelo—. No hace falta instrucciones para todo. A veces, lo único que se necesita es un poco de corazón. —Deja caer el mechón plateado. En cuanto toca la superficie, la mezcla explota en millones de partículas brillantes.

Como una estrella al estallar.

Me lo quedo mirando fijamente sin pestañear, con la sensación de que estoy presenciando algo… mágico. Algo que tanto Fallon como Essi habrían apreciado; sin duda, más que yo.

Ahvi se echa hacia delante, mete los dedos en mi bota y saca una daga. Levanto las cejas y, al verlo utilizarla para pincharse la punta del dedo, las frunzo.

—Oye, oye, oye —digo mientras Kaan agarra el objeto arrugando el entrecejo profundamente. En ese mismo instante, Ahvi deja caer su sangre en la brillante mezcla—. No habías dicho que usarías tu sangre.

—Solo una gota. —Me mira fugazmente, se limpia el dedo en su holgada camisa y comienza a remover la mezcla con un trozo de carbón que nunca había visto antes—. No es que vaya a echarla de menos.

«He visto barbaridades suficientes como para suponer lo contrario».

Miro a Kaan con ira y articulo con los labios un «NO ME GUSTA ESTO».

—No hace falta gritar —dice Ahvi utilizando una pluma marrón que tampoco había visto antes para dibujar un círculo alrededor del *Libro de Voyd*. De este, sale una línea que se dirige hacia mí y también me rodea—. Necesito un poco de sangre. Mucha, en realidad.

—Ni hablar.

—Tuya —aclara con cara de fastidio alzando la taza—. No mía.

«Ah».

Saco una daga y me corto la palma de la mano. Kaan suelta un improperio, como si eso lo hubiera ofendido.

Me pongo en cuclillas y dejo caer el líquido rojo en la taza.

—¿Cuánto es mucha?

Ahvi levanta la vista de las runas brillantes que está pintando alrededor del libro con la pluma, justo dentro del círculo que lo rodea.

—Como media taza.

Por todos los Creadores, al parecer va a pintar un puto mural.

El odre de Kaan cae al suelo junto a mi pie y yo arqueo una ceja, mirándolo mientras agarro el corcho con los dientes.

Bebo hasta que se vacía mientras sigo vertiendo sangre en la taza. Una vez que está medio llena con mi viscosa ofrenda, se la paso a Ahvi y dejo que Kaan me vende la mano con una tira de su camisa. Mientras él se esfuerza por detener mi sangrado, el niño utiliza mi sangre para pintar con los dedos una ristra de runas irregulares dentro del círculo brillante que me rodea.

—Entonces… —murmura Kaan atando mi vendaje al tiempo que contempla cómo toman forma las runas, cual ejército invasor—, ¿qué es lo que estás haciendo en realidad?

Una pregunta importante que yo había evitado hacer a propósito. Dicen que la ignorancia es felicidad.

Ahvi me mira de reojo; una mirada que semeja el tajo de una hoja de plata.

Levanto una mano.

—Quizá mejor… que sea una incógnita.

—Estoy deshaciendo el vínculo, pero es como quitarle la columna vertebral a un cuerpo: sin ella, todo se desmorona.

Dirijo la mirada a Kaan, cuyo rostro ha perdido todo su color.

«Parece que no les estamos dando la suficiente importancia a las preguntas».

—¿Sabes qué, Ahvi? —Desvío la mirada hacia él—. Le tengo apego a mi columna vertebral.

Aunque se le hinchan las mejillas con una sonrisa, no levanta la vista, sigue concentrado en su tarea.

—No te voy a quitar la columna vertebral real, sino una temporal. Es como tirar de un hilo entre este momento y aquel en el que le diste tu sangre a Sereme.

Parpadeo y advierto la mirada de perplejidad de Kaan.

—Nunca me he sentido más estúpido.

Ahvi suelta una risita que semeja un cascabel.

—No lo eres. Es muy complicado. Solo lo entiendo gracias a la canción que hay dentro de mí. Me ayuda a que las runas tengan sentido en mi cabeza.

Kaan y yo cruzamos la mirada de nuevo.

—Vaaaale —digo observando a Ahvi esparcir mi sangre por el suelo como si estuviera encantando un lenguaje—. Entonces, tiras de este hilo del tiempo, ¿y luego qué?

Pinta tres runas más y se detiene, dejando espacio suficiente solo para una más; ha llegado a la mitad de una forma de aspecto furioso. Me mira mordiéndose el labio inferior.

Algo que se asemeja demasiado a un tic nervioso.

El corazón está a punto de salírseme del pecho cuando parece encontrar el valor para hablar.

—Estas runas crean una jaula que manipula momentáneamente el tiempo. Como tú estás dentro de la jaula…, pues bueno…

—¿Yo qué, Ahvi?

Se pone colorado.

—Vas a volver a ser como eras justo antes de crear el vínculo.

Me quedo boquiabierta, segura de que estoy entendiéndolo mal.

—No querrás decir…

—Físicamente, sí.

Se me hiela la sangre y, de repente, me veo embargada por tal pánico que se me acumula saliva bajo la lengua.

—No. —Hinco una rodilla en el suelo y, pestañeando, le agarro la muñeca a Ahvi para que no pueda pintar la última runa—. Eso no va a pasar.

—¡Pero es la única manera! —grita—. No te avisé porque sabía que dirías que no, pero tienes que hacerlo, Raeve. Tienes que hacerlo.

«No lo entiende».

Estaba en las últimas cuando dejé caer mi sangre en ese frasco. Eso le dio a Sereme la oportunidad de lanzarme una cuerda para salvarme la vida en el mismo horrible instante en que me encadenaba a su voluntad.

Sin ese vínculo, mi esqueleto habría adornado este túnel toda la eternidad.

Si mi cuerpo vuelve al estado en el que se encontraba antes de aquello, estaré perdida.

Sin un vínculo de sangre que me impida caer al abismo mientras me recupero, esta cueva será mi lugar de descanso eterno.

Ahvi junta las cejas.

—¡Yo también!

—¿Tú también qué? —Frunzo el ceño.

—¡Lo entiendo! —Utiliza su mano libre para señalar el *Libro de Voyd* y, al darme cuenta de lo que pretende, me sobresalto tanto que dejo caer mi otra rodilla al suelo.

«Me está vinculando al *Libro de Voyd*. A ese objeto mítico que, al parecer, lleva fases destrozando gente».

«Por todos los Creadores, sin duda tengo que empezar a hacer más preguntas».

—Vale, vamos a tomarnos un momento —«o toda una vida»— para pensar en esto.

—Va a salir bien —dice Ahvi con demasiado entusiasmo, como si intentara convencer a un niño de que se tome la medicina a pesar de ser muy consciente de que sabe a mierda de guara—. Te lo prometo.

—¿Alguien puede hacerme el favor de explicarme qué está pasando? —pregunta Kaan con voz temblorosa, como si solo una piedrecita suelta le separara de un desprendimiento completo de una pared montañosa.

Y yo estoy igual, la verdad.

Siento inquietud en el pecho, una sensación que no hace otra cosa que intensificarse cuando levanto la vista y advierto que a Kaan le tiemblan los brazos. Probablemente, por eso los tiene cruzados, para intentar ocultarlo.

—Es… un poco difícil de explicar.

—Prueba.

«¿Decirle que estoy a punto de crear un vínculo de sangre con un libro malvado que se alimenta de feéricos, pero que antes va a ver mi versión más débil y vulnerable?».

«No se me ocurre nada que me apetezca menos».

—Raeve teme que la veas tan vulnera…

Le tapo la boca a Ahvi con la mano libre.

—Serás traidor.

Siento un dolor agudo por todo mi pecho, como si Sereme me hubiera clavado un puñal en las costillas y lo hubiera arrastrado hacia un lado, directo hacia mi puto corazón.

Esa zorra.

Mi cuerpo se convierte en un gran nervio expuesto y me retuerzo agónicamente como una sierpe apuñalada.

Mi pulso es un tambor que retumba en mis oídos, tan fuerte y rápido que apenas oigo nada aparte del violento PUM-PUM, PUM-PUM, PUM-PUM. Pero veo moverse la boca de Kaan cuando caigo al suelo sobre el hombro. Leo las palabras que salen de sus labios mientras se agacha detrás de Ahvi y ayuda a soltar mi mano espasmódica de la muñeca del pobre chico.

—¡HAZLO! ¡YA!

Sigo retorciéndome de dolor mientras Ahvi me mira con los ojos desorbitados, articula las palabras «lo siento mucho» y moja el dedo en mi sangre para trazar una línea rojiza en la piedra.

Completando la última runa.



Kaan

# CAPÍTULO 74

Las runas arden.

Me paso las manos por el pelo, con el corazón encogido al ver a Raeve envuelta en la luz plateada que emana de las runas arañándose el pecho como si intentara arrancarse la piel y pedazos de sí misma.

Ahvi retrocede y se abraza las rodillas, con los ojos muy abiertos y vidriosos.

—Lo siento mucho —repite meciéndose mientras mira a Raeve, que se retuerce en el suelo.

—No es… culpa tuya —farfulla entre convulsiones, recibiendo las sacudidas con los dientes apretados. Cada una de ellas es para mí como una tormenta descargando rayos justo sobre mi esternón.

Por fin se relaja.

Con el pecho agitado, comienza a estirar sus miembros.

—Tienes tus daes… contados, víbora de… mierda —murmura, y

apoya las manos en el suelo para tomar impulso; la delicadeza de su rostro se ha visto reemplazada por una gélida máscara de ira letal.

Se aclara la garganta y, enderezándose, se sacude la capa. Cuadra los hombros y observa estrechando los ojos el anillo de runas, que ilumina su cara con un resplandor plateado.

—No funciona. —Hace crujir su cuello doblándolo hacia un lado y hacia el otro—. No siento nada.

—Ya lo harás.

Las palabras de Ahvi reverberan por el túnel.

Nos envuelve un silencio tenso mientras esperamos.

Estoy atento a cada gesto, cada parpadeo, cada movimiento de sus labios, cada respiración, sin advertir nada fuera de lo normal. Ella cruza los brazos y empieza a dar golpecitos con el pie en el suelo.

Frunzo el ceño y, sin dejar de mirar a Raeve, giro la cabeza hacia Ahvi.

—¿Estás seguro de que…?

A Raeve se le entrecorta la respiración. Aprieta los ojos y baja la barbilla hacia el pecho, dejando que su cabello suelto le cubra la mayor parte del rostro.

Con un gruñido, se pone la capucha y se vuelve, dándome la espalda. Y, aunque lo hace a toda velocidad, sus manos me inquietan.

No parecen suyas, sino unas ramas finas arañando la niebla.

«Esqueléticas».

Ahvi me mira. Es solo un vistazo, pero es la confirmación que necesito para saber que no estoy loco.

Con la mandíbula tensa, me acerco a ella a toda prisa y la rodeo, intentando mirarla a los ojos. Sin embargo, cada vez que doy un paso, ella se gira un poco más, ocultándome su rostro.

—Raeve.

—Majestad.

—Por qué te escondes.

—No cuenta como pregunta si no hay una inflexión de la voz al final —dice con más aspereza de la habitual—. Eso quiere decir que no tengo por qué responder.

Aprieto las muelas, sin dejar de perseguirla mientras ella continúa girando, manteniendo su rostro fuera de mi vista, algo que me parece morbosamente poético.

—¿Por qué te *escondes*? —pruebo de nuevo, dispuesto a decírselo en otros tres idiomas si me lo pide.

Pierde el equilibrio y se desploma al tiempo que a mí se me cae el alma a los pies. Todo el aire sale de mis pulmones cuando veo su rodilla golpear el suelo y una mano demacrada apoyarse. Parece un montón de huesos tirados sobre la piedra.

Inclino todo el cuerpo hacia delante, una reacción instintiva que no puedo reprimir por más que lo intente, pero noto la mano de Ahvi agarrando la mía, impidiéndome cruzar el círculo de runas y estrecharla contra mí. Ni siquiera lo había visto moverse.

—No —se apresura a decir—. No puedes. Las runas podrían enfadarse y alterar cosas.

«Por todos los Creadores».

La observo impotente, temblando por la necesidad de abrazarla con fuerza, de protegerla. Un deseo que solo se exacerba al ver que ella también se echa a temblar.

Veo gotear sangre desde su capucha al suelo, y me tenso.

—Raeve, háblame —digo con voz ronca—. Dime algo.

La angustia que refleja mi voz rebota en las paredes del túnel.

—Estoy… —tose— bien. No dudes en… —jadea— dar un paseo y disfrutar de las vistas.

Una ráfaga de viento helado entra por la parte superior, trayendo consigo un remolino de nieve que se congela en forma de rostro femenino con una larga melena ondulada.

La aparición junta los labios y ataca a Raeve con una ráfaga de viento que le retira la capucha.

Mi corazón bombea con tal fuerza que es como si tuviese alfileres profundamente clavados en la piel mientras contemplo sus mejillas hundidas y su cuello tan delgado como una ramita; está tan demacrada que ni siquiera un depredador de La Sombra sería capaz de encontrar algo de que alimentarse. Tiene los labios agrietados y manchados de sangre, su piel es tan translúcida que cada vena es un camino azul que puedo observar demasiado bien y sus ojos

hundidos no tienen ese color que tanto impacto causa. Parece que un espectro la haya sorbido sin parar hasta dejarla en los huesos.

Me observa por entre sus mechones negros, con tal desesperación y vulnerabilidad en la mirada que me deja en carne viva, joder.

Engancha la pálida capucha con los dedos y tira de ella. Un débil intento de echarla hacia delante que me ofrece una chocante visión de sus manos, ahora cubiertas de ampollas supurantes. Como si fuesen de congelación o…

«Quemaduras».

Vuelve a tirar de la capucha, tratando de cubrirse.

—No tiene sentido —le digo de todo corazón—. Rayo de Luna, por favor, invierte tu energía en *respirar*.

Abre la boca para hablar, pero entonces se le desorbitan los ojos y se estremece, doblándose sobre sí misma, como si le hubieran dado una patada en el estómago. Le brota más sangre de los labios, que le gotea por la barbilla.

«Eso me parte el corazón».

Se abraza el torso.

—Eso será la… —tose— puñalada.

Me fallan las rodillas y caigo sobre la piedra, con la mirada fija en su mano, que agarra los pliegues de su capa como si intentara cerrar los pétalos de una flor roja.

La sangre se le cuela por entre los dedos, tiñendo de rojo su capa blanca, empapándola cada vez más…

«Es demasiado».

«Está perdiendo demasiada sangre».

Mis temores se confirman cuando miro su garganta y veo esa gruesa vena que tiene justo debajo de la oreja palpitar lenta e irregularmente; cada latido supone una patada en mi pecho.

Conteniendo la respiración, observo el siguiente…, el siguiente…, el siguiente…, sintiéndome más impotente que nunca, incapaz de arreglar esto. Estoy atrapado en una de esas pesadillas destruyealmas que tengo durante la duermevela de las que soy incapaz de liberarme.

Y, aun así…, sigue manando sangre.

Me domina el pánico.

Miro a Ahvi, ahora arrodillado junto al *Libro de Voyd* con una pluma en la mano untada con la misma sustancia brillante que ha utilizado para pintar las runas que rodean el ejemplar.

—¡Hazlo!

—¡No puedo! —grita con los ojos como platos desplazando la vista de Raeve a mí una y otra vez—. Aún le queda un largo camino por recorrer.

—¡Está casi *muerta*!

Se estremece.

Raeve gimotea.

Yo gruño. Me doy cuenta de que esperó hasta el último momento para verter su sangre en el frasco de Sereme, joder. Probablemente hasta estar al borde de expirar.

—Qué *terca* eres.

—No es el… momento —jadea y se echa hacia atrás hasta que las piernas quedan dobladas debajo de ella. Entonces, su cabeza comienza a sacudirse y los ojos se le ponen en blanco. Parpadea con fuerza y, luego, abre los ojos de par en par, luchando por mantenerse despierta.

Mientras, yo me contengo para no apretar los puños, clavarlos en el suelo y destrozar el puto mundo.

Las runas chisporrotean como una estrella agonizante, perdiendo todo su brillo. No espero permiso para abalanzarme sobre ella y atraerla hacia mí, gimiendo al tenerla contra mi cuerpo. No es más que un montón de huesos y respira gorgoteando.

Un sádico tormento. El arma perfecta para rajarme el pecho y despellejarme.

Un movimiento de la pluma de Ahvi completa el anillo de runas que rodea el libro, haciendo que se vuelvan tan luminosas como las perdidas. Cuando Ahvi alza la vista, noto que no le queda color en las mejillas, ni en los labios, ni en ninguna parte.

«Su sangre. Dijo que no iba a echarla de menos».

«Mentía».

—Ahviiii…

—Tienes que poner tu sangre en el libro por voluntad propia —le

dice a Raeve, ignorando mi acalorado bramido, que aún me quema la garganta—. Tienes que querer vivir.

El mundo entero parece detenerse mientras ella clava los ojos en mí, sosteniéndome la mirada con sorprendente precisión. Respira hondo, levanta su mano ensangrentada y dice con voz ronca:

—Quiero.

Nunca una palabra había tenido tanto poder. Nunca había parecido tan increíblemente revolucionaria.

Raeve golpea el libro.

Una explosión de luz glacial brota de las runas con furia, cegándome. Atraviesa mi piel y mis huesos, se entrelaza con mi médula y hace que mis pulmones parezcan sólidos.

Entonces, se detiene.

Con Raeve aún aferrada a mí, parpadeo tratando de enfocar la vista y distinguir la forma de las cosas.

A Raeve se le ha caído la cabeza a un lado…, tiene los ojos cerrados…, la boca abierta…

Se me encoge el corazón.

—No…

Ahvi cae desplomado a un lado.

Alargo la mano a tiempo para sostener su cabeza antes de que golpee la piedra, buscando frenéticamente el pulso de ambos. Encuentro el de Ahvi.

El de Raeve no.

—Rayo de Luna… —La sacudo y le aparto el pelo de la cara—. Despierta.

*Nada.*

—¿Raeve? —La zarandeo.

No mueve ni un pelo.

El pánico se apodera de mi pecho.

Acerco su cara a la mía, beso los hoyuelos de su mejilla, pego la oreja a su pecho.

La sacudo… fuertemente.

No se mueve. No respira. No abre los ojos para mirarme ni esboza una sonrisa ni me dirige unas palabras mordaces. No hace nada más que yacer inerte contra mí, igual que mah cuando hice

que rodease con los brazos a su hija recién nacida, fingiendo que no nos había abandonado a los dos.

—¡DESPIERTA!

El mundo se estrecha y el tiempo se detiene mientras algo dentro de mí se va desgarrando, con tal lentitud que siento cómo cede cada puta fibra de mi ser…

Cómo se rinde.

Una muerte lenta que comienza en lo más hondo de mí y, poco a poco, se va abriendo camino, extendiéndose como una plaga.

Me doy cuenta de que estoy gritando mientras la aprieto contra mí, como si pudiera recuperarla…

Un latido en su pecho. Débil…, apenas perceptible…, pero para mí es como un puñetazo, tan contundente que tengo claro que esto está pasando.

«Por favor, que esté pasando».

Contengo la respiración con la cara hundida en su cuello, esperando oír otro, deseándolo, mientras ruego a los Creadores que… esto… esté pasando en realidad.

«Haré cualquier cosa».

«Por favor…».

Pum-pum. Pum-pum. Pum-pum. Pum-pum. Pum-pum. Pum-pum…

Contraigo el rostro.

Me inclino hacia atrás lo justo para poder acariciarle la mejilla a Raeve, recorriéndosela con el pulgar. Ya no está tan demacrada. Poco a poco, va recuperando su aspecto, le va volviendo el color a la cara.

—Estás aquí. —Beso la fría punta de su nariz, la suave piel entre sus cejas—. Estás bien.

Noto un pinchazo en el hombro.

La canción de Bulder desaparece tan rápido que al instante sé que me han disparado.

Al levantar la cabeza, veo a numerosas personas quitándose de los hombros telas runadas, volviéndose visibles. Llevan capa negra y una máscara con pico de bronce y nos rodean desde todos los

ángulos, algunos con un arco con la cuerda tensada.

«Una emboscada…».

«Mierda».

Tras levantar un muro entre Rygun y yo, salto por encima de Ahvi y Raeve, protegiéndolos mientras se sueltan una serie de cuerdas.

Zas-zas-zas-zas-zas-zas-zas…

Las estacas alcanzan el suelo, me alcanzan a mí, perforando mis partes desprotegidas mientras un volcán de ira va despertando bajo mis costillas.

Pasa un rato hasta que dejan de llover estacas.

Levanto la cabeza y entrecierro los ojos observando a cada persona mientras afianzo el muro que mantiene a Rygun a raya con otra escama endurecida. Cualquier cosa para impedir que venga al sur, al frío. A la vez, invoco la llama que me regaló cuando nos convertimos en Daga-Mórrk, alimentándola. Siento su poder creciendo, desgarrando mi piel, quemándome por dentro…

—Yo no haría eso si fuese vos.

Giro la cabeza de golpe y, por encima del hombro, veo a dos de los enmascarados apartarse como si fuesen cortinas, revelando a una feérica de cabello claro echado hacia atrás con un abrigo largo morado que le marca las curvas.

Del lóbulo de la oreja, le cuelga un abalorio blanco, que se balancea con cada paso que da hacia mí.

Se detiene a tres pasos, fuera de mi alcance, esbozando una sonrisa mientras me dirige una mirada por debajo de sus densas pestañas teñidas de negro.

—No si os importa el bienestar de vuestra sobrina, claro.

La mención de Kyzari me hace estremecer, robándome el aire de los pulmones.

Mis siguientes palabras saben a fuego de dragón. Son tan hirvientes que me queman la lengua al salir.

—¿Quién eres?

Se le ensancha la sonrisa.

—La que acaba de librarse de esa zorra rencorosa a la que protegéis. Os aseguro que mantener a una bestia así bajo control ha

sido agotador.

«Sereme».

Gruño, con los músculos tensos y la piel agrietada por la violenta amenaza. Los enmascarados se sacan una lanza afilada del costado y la dirigen hacia nosotros. Nos apuntan con más de treinta.

—Cuidado, *majestad*. —Sereme ladea la cabeza y entorna sus ojos grises—. No tengo miedo de usar la fuerza.

—Yo tampoco.

La mentira es tan amarga que casi se me atraganta.

Aunque me gustaría mucho saltar sobre su elegante contingente y acuchillarlos a todos, partirles el cráneo hasta decorar el túnel con cerebros, me niego a exponer a Raeve o Ahvi a cualquiera de los capullos que nos rodean.

Raeve no quería venir aquí. No quería arriesgarse a romper el vínculo por miedo a poner al niño en peligro. Si les pasa algo a cualquiera de los dos, no podría vivir conmigo mismo.

Tendrían que cortarme en pedazos.

—Mi sobrina —gruño entre respiraciones siseantes que sacuden todo mi cuerpo mientras unas palabras muy diferentes resuenan en mi mente:

«La hija de Raeve».

«La hija de Raeve».

«La hija de Raeve».

Sereme alza el mentón.

—¿Qué sucede con ella?

—¿Qué sabes?

Ella levanta una de sus pálidas cejas y, luego, se saca una alondra del bolsillo y la extiende entre dos dedos al tiempo que da una orden a su izquierda.

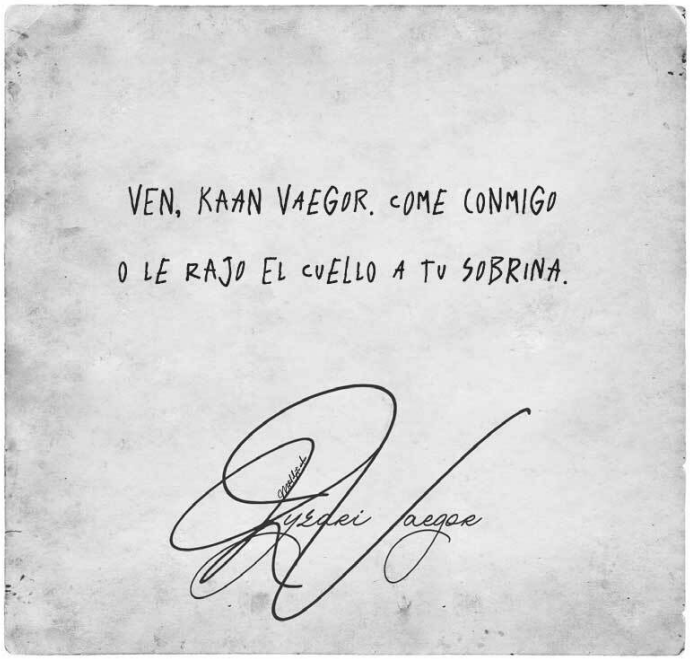
—Llévasela. Y coge el libro.

Un guardia baja la lanza y obedece.

Le arrebato la alondra y advierto el ligero temblor del hombre cuando se dispone a coger el *Libro de Voyd* con su capa. Luego, regresa a la formación.

Manteniendo mi postura defensiva, despliego la alondra y, tras echar un vistazo alrededor, hojeo el texto. Con cada palabra que

digiero, el corazón me late más fuerte y rápido:




Sereme se saca un frasco del bolsillo y lo agita.

—La princesa Kyzari morirá si vos no os tomáis esta poción y si los tres no venís con nosotros —dice Sereme, aunque sus palabras me llegan distantes, difíciles de entender por el rugido de mis oídos, por el pánico que me carcome las costillas—. La decisión es vuestra.

—Eres una puta zumbada. Kyzari porta la Piedra Éter —me oigo decir, aunque apenas siento mis labios moverse, fijándome en su firma.

En cuatro pequeñas palabras ocultas entre los trazos que me hacen hervir la sangre.




—Aun así, no es que nadie sepa en realidad para qué sirve, ¿no? Se rumorea que protege el mundo, pero aquí estamos, esperando una caída lunar de un momento a otro como nunca antes se ha visto. —Sereme se encoge de hombros—. Venid o quedaos. En vuestra conciencia pesará.

Gruño, arrugando la nota con el puño mientras aprieto con más fuerza a Raeve.

No pienso poner en peligro la vida de su hija.

—Si me das tu palabra de que Ahvi y Raeve no sufrirán ningún daño, yo iré sin oponer resistencia.

Sereme pone cara de fastidio y se ríe mientras dice:

—No pensábamos hacerle *daño* al niño; solo pretendíamos que protegiese La Floresta. Ordenar a Raeve que hiciese lo que mejor sabe hacer, *matar*, era el único escenario en el que la miskunn predecía este resultado concreto. —Esboza una sonrisa brillante—. Si no hubiera hecho todo lo posible por torturarla durante los últimos siete ciclos, no los habríais acompañado hasta este lugar.

Sus palabras son como garras clavándose en mi piel.

«Yo soy el botín que esperaban de Raeve».

«Por alguna razón, los Ath me quieren a mí».

—¿Por qué?

Vuelve a chascar la lengua.

—Ya lo veréis. —Me tiende el frasco con un turbulento líquido morado mirándome con la cabeza inclinada hacia abajo mientras espera, sin dejar de sonreír.

La sonrisa de alguien que ha *ganado*.

—Llévaselo —le ordena a uno de los guardias.

Hiervo de rabia cuando me traen el frasco y me lo ponen en la mano. Sin apartar los ojos de la altiva mirada de Sereme, quito el corcho y me bebo el repugnante contenido ahumado de un trago.

Comienzo a sentir frío recorriendo mi cuerpo, embotando todos mis sentidos, despojándome de ellos…, entumeciéndome. Dejo de percibir la llama de Rygun y me quedo arañando mi oscuridad interior, ciego e insensible, mientras la busco desesperadamente presa del pánico.

Aunque siento que sigue ahí, en *alguna parte*, no sé dónde. No puedo alcanzarla.

No puedo *convocarla*.

Gruñendo, lanzo el frasco con tanta fuerza que se rompe contra el suelo.

—Contenedlo —dice Sereme sonriendo de medio lado, con un centelleo en sus ojos grises—. Lo vais a encontrar muy amigable, estoy segura.

Refunfuño cuando se acercan seis personas, me agarran los brazos y los llevan a mi espalda para ponerme unos grilletes runados. Me levantan, separándome de Raeve y Ahvi, que están acurrucados juntos como crías expuestas de repente. Se los ve demasiado débiles.

«Demasiado vulnerables».

El rostro dormido de Raeve, relajado, sin rastro de tensión, es lo último que veo antes de que me cubran la cabeza con un saco. Algo duro me golpea la sien y…

Nada.



Grihm

# CAPÍTULO 75

Con los dedos tensos en una grieta de la roca, meto la cabeza bajo mi brazo estirado, buscando en el acantilado de piedra roja un saliente donde encajar mi zapatilla de escalada. He dejado las suelas con clavos con el resto de mi equipaje abajo, ya que hacen demasiado ruido para el ascenso final, aunque no es que tengan un oído muy fino las bestias que habitan en este maldito lugar.

Este
maldito
lugar.

Donde el aire es tan denso y dulzón que me cuesta respirar a pesar de mi velo purificador y de los ejercicios de respiración que hice cuando me preparaba para esto. El sol irrumpe a través del humo tóxico que hay por todas partes, haciéndome sentir como si estuviera en un horno, como si fuera una pieza de cerámica blanda secándose.

No está lejos de la realidad.

Hace mucho que ya no queda ni una gota en mi odre. Desde entonces, no me he topado ni con un charco de barro siquiera, lo que ha plagado mi ascenso de momentos en los que estoy seguro de que todo se vuelve negro a pesar de tener los ojos bien abiertos.

Si no encuentro agua pronto, todo esto habrá sido en vano. Pero estoy seguro de que he oído a la gran siegasable plateada salir de su guarida mientras preparaba un refugio discreto al pie del acantilado.

Quizá esta sea mi única oportunidad.

Maldigo para mis adentros, incapaz de encontrar nada más resistente que un estrecho saliente en la roca sin pedir ayuda a Bulder, pues llamaría demasiado la atención. Mi capa, del mismo tono que el escarpado terreno, puede difuminar mi silueta y el humo tóxico me protege del agudo sentido de la vista de los siegasables, pero su olfato no tiene parangón. Si perciben mis vibraciones y empiezan a olfatear en mi dirección, estoy acabado.

Aprieto los dientes y apoyo los dedos de los pies en el saliente, tensando el brazo y comenzando a desplazar mi peso…

La roca se desmorona.

Se me acelera el pulso al caer, pero de inmediato clavo la piqueta en el acantilado, hincándola en una grieta y frenando así mi descenso hasta que me detengo por completo. El chirrido del metal contra la piedra atraviesa el humo tóxico mientras cuelgo de mi puño como un cebo de un anzuelo.

Con el corazón en la garganta, respiro hondo, ignorando la tensión de mi brazo mientras trato de recobrar la calma. Espero, prestando atención por si oigo el batir de unas alas…, un rugido…, cualquier señal de que me han descubierto.

*Nada.*

Solo un gran estruendo, chisporroteos y silbidos a lo lejos, en la enfervorecida zona de anidación.

Busco alrededor hasta que veo una hendidura que parece sólida en la que apoyarme y, lentamente, voy aliviando el peso de mi brazo…, siendo uno con la roca, dirigiendo el pie hacia la abertura.

«Por poco».

Tras unas cuantas respiraciones profundas para tranquilizarme y

haber recuperado el equilibrio, continúo ascendiendo poco a poco hacia el deslumbrante remolino rojo y gris. Cuando alcanzo la boca de la guarida, me tiemblan todos los músculos.

Me deslizo hacia un lado y me apoyo contra la pared, llena de marcas de cuando Ahra frotó el cuerpo y la cara contra ella para ampliar el espacio. Es una de las pocas siegasables salvajes famosas por quedarse en la misma guarida en lugar de cambiar conforme va creciendo.

Hay quien cree que estaba esperando algo. Ojalá sea cierto y yo forme parte de ese plan.

Me pongo en cuclillas y engancho la piqueta en mi cinturón. Uso el extremo suelto de mi velo para secarme el sudor de la frente y trato de recuperar el aliento mientras examino la gigantesca entrada de la guarida.

Siento una oleada de náuseas que me encogen el estómago.

Nunca he visto a Ahra, pero esta guarida es casi del mismo tamaño que las que prefiere Rygun.

«Es más grande de lo que esperaba…».

A lo lejos, estalla el volcán, provocando un seísmo que sacude el aire y me golpea la piel. Me arrebujo en la capa y entrecierro los ojos dirigiendo la mirada hacia la oscura garganta de la cueva. A pesar de haber oído a Ahra marcharse antes, aguzo el oído en busca de cualquier ruido, cualquier señal de que está acurrucada al fondo incubando sus huevos… La montaña tiembla y se desprenden piedras del techo que caen al suelo, haciéndose añicos.

«Joder».

Me abro a Bulder y susurro una nana relajante:

*—Kurth do arn, Bulder. Kurth do arth atin nahl goril arn…*

Aunque la guarida deja de temblar, no puedo garantizar que vaya a estar seguro cuando salga del túnel. Tampoco pude hacerlo al poner un pie en Gondragh. Bulder está demasiado concentrado en su guerra con Ignos, golpeando sin descanso, sin ganar ni perder, y apenas tiene tiempo para prestar atención.

Si la guarida se derrumba, se acabó. Estoy muerto.

Pero no voy a dar marcha atrás.

Una vez que me convenzo de que la montaña no está a punto de

contagiarse y entrar en erupción como el pico cercano, empuño mi espada de escamas de dragón plateadas y me adentro en la oscuridad, guiándome únicamente por mis sentidos. Me concentro tanto en la canción de Bulder que mi mente bosqueja la forma del túnel curvado y las piedras caídas sobre las que camino, evitando así golpearme los dedos de los pies o romper el silencio, lo que podría significar mi fin. Y es que hay demasiadas rocas por el suelo a causa de la última salida de Ahra.

Así como un surco en medio que da a entender que iba arrastrando la cola.

Aprovecho el hueco para que mi camino sea más fácil.

La oscuridad deja paso a un cálido resplandor que se derrama desde delante, haciendo que las numerosas escamas plateadas esparcidas por el suelo lancen destellos como las estrellas en el cielo del sur.

El túnel se abre, invitándome a entrar en una gigantesca gruta abovedada que queda iluminada por un lento goteo de magma que se filtra por una brecha en el lateral. De todos modos, eso no es lo que me llama la atención, ni tampoco las decenas de miles de escamas que cubren el suelo como si de un tesoro se tratase.

Es el *nido* de Ahra.

Un cráter lo bastante grande como para albergar a la dragona hecha un ovillo. Justo en el centro, sobresale como un castillo rodeado por un foso un montículo que debería contener tres huevos escamosos…, pero no es así.

Me quito el velo y la peste a putrefacción me dificulta respirar mientras escudriño los trozos de cáscara y los restos en descomposición de lo que había dentro…, la gran roca que ha dejado un rastro desde el montículo hasta la abertura del nido…, aún con trocitos de cáscara adheridos a sus bordes, como prueba de su culpa…

Me quedo sin fuerzas.

Me voy hacia delante y caigo de bruces en el nido mientras el estruendo de mi cabeza me impide oír, sentir o pensar.

Recupero el equilibrio y trepo para salir subiendo por el montículo mientras me ahogo con el ardiente hedor de unas

criaturas desmembradas que no quiero ver, pero miro de todos modos.

Bellas a pesar de estar reventadas. En su mayoría son plateadas, como su mah, aunque dos tienen escamas de color granate.

Caigo de rodillas sobre el afilado suelo.

Suelto la daga y alargo la mano temblorosamente para tocar un fragmento de cáscara plateada, cuya textura no difiere mucho del de las diminutas escamas de las crías que envolvía, las cuales yacen aplastadas junto a los restos.

Una profunda tristeza amenaza con hundirme bajo su monstruoso peso mientras mi mente retrocede. Va a parar al dae en que el Cambiasinos me hizo acercarme a un comerciante que estaba puliendo una escama de dragón plateada.

Pensaba que conseguir uno de los huevos de Ahra era el destino, que perder a Inkah, pasar por todo ese sufrimiento y agonía, había sido por algo, joder. Esa idea me mantuvo a flote en los momentos más oscuros, cuando enfrentarme al mundo no lograba llenar el enorme vacío de mi pecho.

Cuando supe que Ahra había anidado, esa chispa volvió. La promesa de una nueva vida, una esperanza.

«Aplastada».

Un lejano FLAP-FLAP preludia una ráfaga de viento humeante que azota la guarida y se arremolina dentro de la gruta, pero no me levanto.

No huyo.

El suelo vibra con el aterrizaje de Ahra mientras yo cojo un trozo grande de caparazón de la tumba. Lo coloco con cuidado sobre el rostro de una de las criaturas y busco más trozos adecuados para hacer lo mismo con las otras dos.

Los dragones no entierran a sus muertos que no logran ascender al cielo, pero si hay algo que sé sobre las lunas es que la mayoría de ellas tienen la cabeza escondida y los ojos cerrados.

No me imagino nada más doloroso que seguir viviendo tras semejante pérdida, pero sé bien lo que es mirar unos ojos que ya no te ven.

Tras cubrirle el rostro a la última criatura, recojo la daga y me deslizo por el montículo en dirección a la abertura del nido. Me quedo inmóvil sosteniendo el arma, esperando que me llegue la muerte.

La respiración fatigosa y profunda de Ahra llena el vacío de fuera mientras el vacío de mi pecho palpita; un agujero que, egoístamente, pensé que podría llenar.

Ahora, me siento como una garrapata en una tumba, un parásito que ha venido a llevarse algo sagrado.

Me merezco el final que me espera. Ahora me doy cuenta de que esto es lo que el Cambiasinos tenía pensado para mí.

Supongo que sabe que debería haber muerto con Inkah hace ya muchas fases, cuando nos expulsaron de Arithia por no doblegarnos ante el nuevo régimen. Nos dispararon estacas de hierro y nos persiguieron fundefauces militares que escupían fuego, dirigiéndonos al otro lado del muro, hacia el sol.

Hasta que Inkah se desplomó.

Cierro los ojos, rememorándolo: nos dejaron allí, achicharrándonos bajo el sol, que se cebó con mi preciosa Inkah dándole unos mordiscos abrasadores. Ojalá hubieran acabado con su sufrimiento. Sin embargo, agonizó mientras me mantenía a la sombra de sus alas hechas jirones y su lamento es una desgarradora melodía que jamás podré borrar de mi alma.

Cuando ella rompió nuestro vínculo, empleando las pocas fuerzas que le quedaban en salvarme, mi honor me impidió quedarme, menospreciar su sacrificio y cavar mi propia tumba junto a ella. Dejarla sola en las llanuras fue lo más difícil que he hecho nunca y lo que más me pesa. El destino ha de tener eso en cuenta.

«Al fin se pone todo en su sitio».

Mantengo la cabeza gacha; mi cabello es un velo pálido que me impide ver nada más que la daga que sostengo con mis manos callosas. Ignoro la gigantesca presencia que se adentra en la gruta con pasos que hacen temblar la tierra mientras caigo en el agujero que se ha abierto en mi pecho.

Noto un golpe en el costado y, al salir disparado por el suelo, se me escapa la daga. Solo me detengo cuando una enorme pata se

cierra sobre mí, clavando las garras a ambos lados de mi cabeza.

Luchando por respirar entre las sofocantes exhalaciones que me azotan la cara, levanto la vista y veo los acerados ojos entornados de la gran siegasable plateada, cuyo rostro es un poco más pequeño que el de Rygun, menos anguloso y con menos colmillos y cuernos.

Y sus escamas son…

*Espectaculares.*

Parece que vaya vestida con miles de placas de armadura ornamentadas, todas ellas relucientes bajo la luz rojiza del magma. Incluso los cuernos y colmillos que le salen del rostro y la columna son del mismo tono argentado. Todo ello le da una apariencia metálica, como si la hubieran fundido y moldeado artesanos de otro mundo.

Su majestuoso porte no la vuelve menos imponente. No cuando dilata las fosas nasales para olerme y sus rugidos rivalizan con los del volcán activo en el que nos encontramos.

Aun así, me resulta difícil verla como una bestia temible después de colocar trozos de caparazón roto sobre los ojos abiertos de sus crías fallecidas.

No.

Lo único que veo es un profundo dolor reflejado en sus ojos, apenas velado por la comprensible furia de encontrar a un intruso husmeando en la tumba de sus crías.

«Kilíth se equivocaba. No está rabiosa».

«Solo es una hembra afligida que se rebela contra el mundo, intentando distraerse de la inconmensurable pérdida que ha sufrido».

Hace presión, cerrando sus garras alrededor de mi espalda y atravesando mi atuendo de cuero, y me levanta ante su rostro. Fija sus ojos plateados en mí y me veo reflejado en ellos, tan débil entre sus garras, esperando a que me devore.

El aire parece revolotear a nuestro alrededor, vivo, observando. Quizá esperando sádicamente a que me tense por la expectación, a que grite.

Quizá Clode no se da cuenta de que ya estoy muerto por dentro.

Con un gruñido, Ahra me da una sacudida, un simple movimiento

que me lanza volando por los aires.

Me estrello contra la pared y caigo al suelo. Gimiendo, me doy la vuelta justo a tiempo de verla meter su enorme aunque demacrado cuerpo en el nido, arrastrando sus alas como si fuesen un manto plateado con el bajo deshilachado.

Emitiendo un rugido ronco, se acurruca alrededor de los restos de sus tres huevos.

Una rabia salvaje me devora por dentro.

—¿QUÉ ESTÁS HACIENDO?

Mis palabras reverberan por los vastos confines de la gruta. Aun así, Ahra deja la cabeza junto a sus huevos y cierra los párpados, como si no me hubiera oído.

O como si no le importara.

«Inaceptable».

He invadido su luto. No hay nada más despreciable.

Mi fin es un castigo que cumpliré con gusto.

Gruñendo, consigo ponerme en pie a duras penas. Me acerco a ella tambaleándome con los brazos extendidos, dejando al descubierto mi pecho.

—¡TERMÍNALO!

Ella abre un ojo y me mira durante un desgarrador suspiro. Luego, saca la cola y me barre los pies.

Caigo de espaldas con tanta fuerza que todo el aire sale de mis pulmones.

Cuando por fin vuelvo a respirar, lo hago con los dientes apretados.

Me deshago de la capa y a punto estoy de asfixiarme al quitarme el velo que me cubre la cara sin antes soltarlo de mi cuello. Y me abalanzo hacia ella.

*Salto.*

Aterrizo sobre su lomo dando una voltereta de rabia desatada.

Su energía cambia y suelta un rugido en voz baja, el mismo sonido que hace un volcán antes de entrar en erupción.

Se levanta y se sacude, tratando de librarse de mí.

Me subo entre dos hileras de púas paralelas que recorren sendos

lados de su columna, en una zona que *sé* que alcanza. Puede volverse y morderme, como si fuera un picor.

Y lo hará. Solo tengo que enfadarla lo suficiente.

Se retuerce, zarandea el cuerpo, pero estoy firmemente agarrado, como si fuese argamasa. Sacude la cabeza soltando otro rugido y, luego, mira hacia atrás por encima del arco que forma su ala extendida, dejándome abrumado con sus ojos plateados, y se queda quieta como una piedra. Se parece a mi hermosa Inkah justo después de que fuese arrancada de mi pecho.

Ahra me azota con dos respiraciones y entorna los ojos con… *algo*. Algo que ya había vislumbrado en mi propio reflejo desde que me encontré con ese comerciante con la escama de dragón plateada.

Y, luego, ya no estamos en la gruta del nido, sino descendiendo a saltos por la guarida a toda velocidad, hacia la oscuridad que se nos echa encima. Nos lanzamos al cielo humeante y caemos en picado con tal fuerza que se me comprimen los órganos.

Ahra extiende sus alas. Surca el aire.

Atraviesa las cenizas y el humo arremolinados impulsada cual catapulta. Suelta un rugido que rivaliza con los estruendos de las cumbres cercanas.

Una brusca inclinación me obliga a agarrarme con fuerza mientras ascendemos en vertical, librándonos del humo tóxico que llevo viendo desde que llegué a este lugar dejado de la mano de los Creadores. Vamos directos hacia el sol ardiente, como si pretendiera atravesarlo y clavarlo al cielo.

Me veo obligado a apartar la vista de sus brutales rayos, así que agacho la cabeza y busco apoyo para mis pies en sus púas a fin de poder pegarme a sus escamas, desesperado por evitar la misma muerte que sufrió Inkah.

Ella dio demasiado como para que yo acabe devorado por el puto sol que la devoró a ella.

Ahra se inclina, vira, haciéndome sufrir bajo los abrasadores rayos. Me obliga a subir más, arriba, arriba, arriba, usando sus púas a modo de escalera hasta que llego al nacimiento de sus alas.

Se estabiliza y sus alas laten al ritmo de mis agitadas

palpitaciones mientras algo me… *araña*.

Por dentro.

Una larga garra ganchuda me atraviesa el corazón, haciendo temblar todo mi pecho. La única advertencia que recibo antes de sentir que me atraviesa las costillas, agarra el órgano que me mantiene con vida y lo aprieta con tal fuerza que me aplasta, hundiéndome como la cáscara de un huevo vacío.

Todavía estoy jadeando por la impresión cuando me invade una esencia plateada. Es tan poderosa y vasta que me paraliza.

Con los ojos muy abiertos, contemplo la aurora plateada ondulando por el cielo, sintiéndome como si estuviera cayendo por una oscuridad sin fin, un vacío tan solitario y tranquilo que me dan ganas de gritar.

Entonces, caemos.

Nos inclinamos hacia delante, con las alas plegadas, y caemos en picado hacia un volcán activo, como si nos zambulléramos en el ojo ardiente del mundo, y nuestro descenso cada vez es más rápido…

*Más rápido.*

Debería estar asustado, pero solo la siento a ella. El contorno insondable de la mente de Ahra, su corazón sin fondo y el abismo infinito de su dolor, tan voraz que amenaza con devorarme. Probablemente lo haría si no fuera por la canción que susurra su alma, una extraña melodía reverberante que me envuelve de la misma manera que esas cintas plateadas se entrelazan con las lunas sobre nosotros.

Una canción a la que me sintonizo, robando secretos eternos como un ladrón.

Me doy cuenta de que, a diferencia de mí, que busco un significado y un propósito en mi dolor, como si estuviera hurgando en una herida, este ser ancestral conoce su destino. Sabe que no puede dejarse llevar por su pérdida, porque hay cosas que ha de hacer. Sola…

«A menos que alguien decida acompañarla».

Aunque siento que una fuerte sacudida la separaría de mi pecho, dándome la muerte que anhelo, tal vez lanzándome al volcán, donde todo terminaría en un abrir y cerrar de ojos, no estoy en absoluto

dispuesto a dejar que emprenda este viaje sola.

Sé lo que se siente al estar solo.

Así, lo que hago es inclinarme ante semejante honor y me endurezco a su alrededor como una luna solidificándose, aceptando el latido simbiótico de nuestro corazón mientras nos sumergimos en el cráter del volcán, atravesamos la lava burbujeante y volvemos a elevarnos hacia el cielo juntos.

*Como uno solo.*



# CAPÍTULO 76

Raeve

Me esfuerzo por levantar los párpados y veo una constelación de…

Lunas.

Entre lentos pestañeos y un dolor punzante que me atraviesa la sien izquierda, analizo cada esfera pintada con huellas dactilares en el techo gris oscuro, la mayoría de ellas dibujadas por alguien a quien quiero.

*Quería.*

Aprieto los ojos y los vuelvo a abrir. Casi puedo oír las palabras de Fallon mientras señala cada una de sus lunas favoritas, tratando de explicar sus colores delicados o intensos. Aquellas con las que soñaba cuando estaba fuera de esta pequeña celda.

Me escuecen los ojos, con unas lágrimas demasiado cálidas, demasiado reales.

«Esto es un sueño».

«Siempre, siempre un sueño».

El peso que siento en el cráneo hace que se me incline la cabeza. Entrecierro los ojos y, a través de la penumbra, distingo la silueta encogida de… alguien.

Creo. Quizá esté viendo cosas.

Un parpadeo largo me agudiza un poco más la vista, revelando a una pequeña feérica acurrucada en un jergón ajado de espaldas a mí, temblando en su sueño agitado. Tiene el cabello claro, sucio y enmarañado, esparcido por el suelo, como si fuera un charco.

«Fallon».

Se me hincha tanto la garganta que me duele tragar y se me escapa un gemido.

«Está aquí, en mi sueño».

«Viva».

Hago acopio de energía para girarme hacia un lado y pasar el brazo por encima de su cuerpo, y la atraigo hacia mí. Ahogo un grito al advertir lo delgada que está.

Lo pequeña y fría.

Se relaja en mi abrazo mientras aspiro su aroma, familiar y a la vez desconocido, y cuando respira de nuevo lo hace con un temblor de alivio. O tal vez sea yo la aliviada.

—Estoy… aquí —balbuceo, pestañeando con tanta dificultad que parece que tengo piedras sobre los párpados. Otro dolor agudo me atraviesa el cerebro, dejándolo hecho papilla. A pesar de todo, reúno las fuerzas para mover su cuerpo y el mío hasta que mi espalda da hacia los barrotes, de tal modo que Fallon quede contra la pared, lo más lejos posible de la puerta.

«A salvo».

Ella sigue resollando, esforzándose por respirar, y lo hace de modo lento, como suele hacer cuando sueño que hemos vuelto… aquí. Rara vez se encuentra bien. Rara vez canta, sonríe o inventa los juegos tontos con que nos entreteníamos. Esas cosas que le encantaba hacer al principio, cuando aún albergaba esperanzas. Antes de…

«No».

La estrecho con todas mis fuerzas, negándome a pensar en lo que no tengo ahora mismo.

Lo que hago es aceptar este sueño como el presente que es, acurrucada contra el cabello de Fallon mientras tarareo mi canción tranquilizadora. Aprecio cada latido de su corazón y su aroma floral y

mantecoso, que no es como lo guardo en la memoria, pero que calma la rabia que hace que me piquen las yemas de los dedos y convierte cada respiración en un recuerdo, aliviando lentamente la tensión de mis músculos.

La inquietud de mi alma.

Ella está aquí, y yo también. Y, por el motivo que sea, siento… paz.

Una paz bella y completa.

«Ojalá se extendiese más allá de este sueño».

Otra fuerte palpitación en la sien hace que se me queden los ojos en blanco, arrastrándome.

«Lejos».

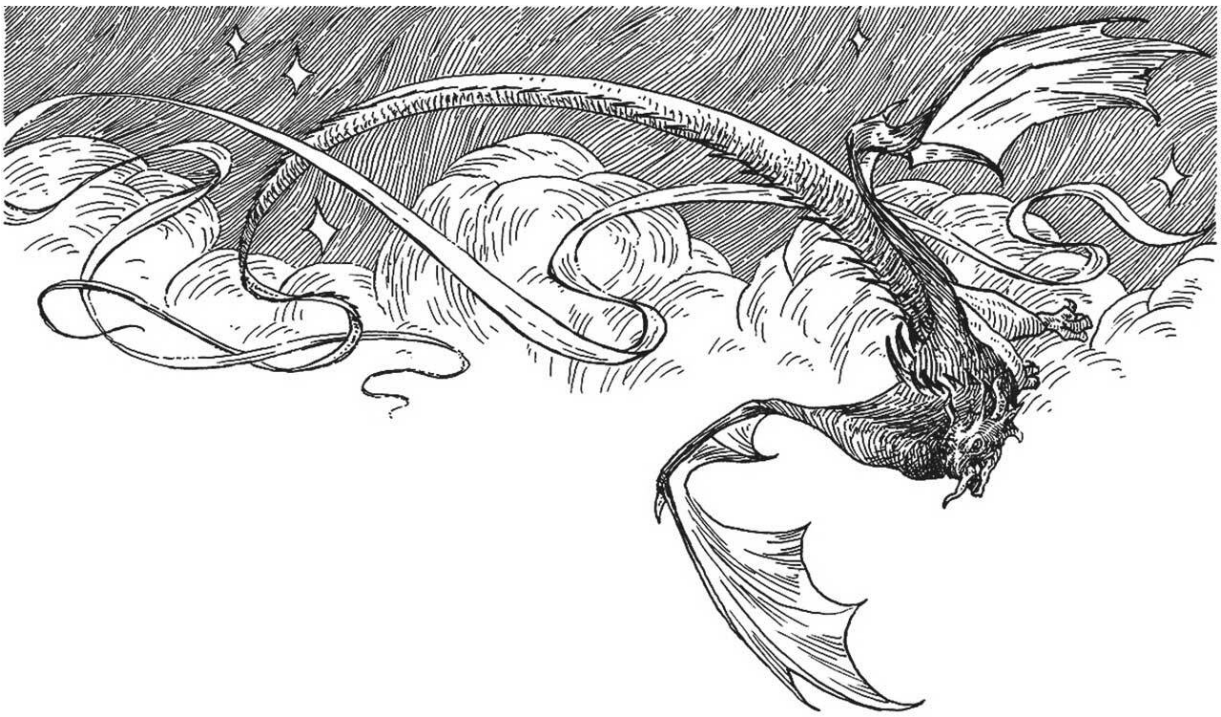
Allá donde una insistente alondra de papel me acaricia, buscando consuelo. Sin embargo, en cuanto trato de cogerla, se parte por la mitad.

El sueño cambia y ahora me encuentro en un lugar negro, azul y blanco, con recuerdos tanto cálidos como muy muy fríos. Sueño con un dolor punzante en el pecho que no desaparece, pero que palidece en comparación con la rabia desesperada que bulle en ese mismo lugar.

El sueño se va desvaneciendo… hasta que no queda nada.

Un vacío mortal que es azotado por un amor feroz. Una fuerza salvaje de luz plateada que me acaricia tan profundamente el alma que transforma mi propia esencia, convirtiéndome en algo… *diferente*. Algo cuyos únicos obstáculos son los límites de mi mente, marcado por un frío distinto. Algo…

*Completo*.



Cinta plateada

# CAPÍTULO 77

La ancestral siegasable plateada se eleva sobre El Loff mientras sus escamas destellan como miles de estrellas. A su paso, se agita la cinta también plateada, seguida por los demás filamentos, que se enredan mientras danzan.

Todos ellos en el sitio equivocado.

Se inclina *casi* tanto como para besar la punta de un mirador en la cumbre de una montaña redondeada de color rojizo…, rozándole los talones al magnífico dragón que se adentra en el abrazo cobrizo de la efímera capital de La Llama. Empujándola más al sur con delicados movimientos.

La siegasable no se sobresalta ante su presencia, ni siquiera mueve la cola, pues ya le resulta innatamente familiar. Pues fue a *ella* a quien la cinta le dio parte de sí misma hace tantas fases.

No es que a la siegasable pareciera importarle. Tomó el regalo por lo que era.

Una petición de ayuda.

Por muy bella que sea la cinta —orbitando siempre alrededor de un mundo que no gira, ayudando así a la gente a llevar la cuenta del paso del tiempo—, no está ahí por elección propia. Se halla encadenada al cielo. Y es que las cintas formaban parte de algo más grande.

Algo *completo*.

Y volver a juntar los numerosos fragmentos perdidos de Caelis no podría hacerse sin entes sólidos que se encarguen de unirlos. Las cintas lo saben y han cumplido con su parte para arreglar las cosas.

Por lento que sea el proceso.

Otra zambullida, otra indicación mientras la gran siegasable plateada atraviesa la Fortaleza Imperial por primera vez en eones.

La gente se agolpa en las calles para presenciar el espectáculo, único en la vida. Muchos se quedan sin aliento cuando se dan cuenta de que, montada entre sus enormes alas que cortan el aire como hachas, hay un feérico de cabello blanco con la mandíbula tensa mirando hacia el sur con ojos como témpanos.

La cinta plateada espera que Grihm comprenda, si no ahora, al menos con el tiempo, que todo tiene un lugar, un propósito. Y algunas cosas…

Siempre estuvieron destinadas a suceder.



Pyrok

# CAPÍTULO 78

Paso el pesado saco por el agujero de entrada y lo suelto, respirando aliviado cuando golpea contra el suelo del interior. Aún agarrado al saliente, me seco el sudor de la frente con el dorso de mi brazo libre.

Una ráfaga de viento me azota con tanta fuerza que está a punto de tirarme de la pared.

Me sujeto a la roca fuertemente también con la otra mano mientras el corazón me late desbocado. Me pregunto si Clode ha visto la oportunidad de hacer que me cagase encima y ha pensado: «¡Venga! ¿Por qué no?».

Con la respiración entrecortada, miro hacia abajo, más allá de mi capa arrugada, al suelo que se encuentra muy lejos al fondo, a las piedras afiladas que sobresalen de la nieve, perfectas para atravesar un cuerpo si cae. Un final espantoso del que sin duda sería consciente antes de soltar mi último aliento.

No es la primera vez que maldigo la cuestionable elección de vivienda de Raeve.

Si pretendo seguir el ritmo del apetito de Gruffin, cada vez

mayor, tendré que construir un sistema de poleas, o acabaré muriendo al intentar subir un saco de alimañas aquí arriba cada dae, dos veces al dae.

Suspiro y paso una pierna por el hechizo que oculta el agujero, notando ya el calor.

Veo a Essi por el rabillo del ojo: encorvada sobre su mesa de trabajo, igual que cuando me he ido.

Igual que lleva desde que la aurora salió y se puso y, luego, volvió a salir y a ponerse.

Paso la otra pierna y me siento, tratando de recuperar el aliento mientras me desato las botas.

—Si me has oído gritar ahí fuera, no lo has oído.

Al ver que Essi no responde con una de sus bromas, que ni siquiera responde, me quito la segunda bota y atravieso la habitación, despojándome del arco, el carcaj y el zurrón con las provisiones que he conseguido. En cuanto la tengo en mi campo de visión, me detengo.

Se me dibuja una sonrisa.

La contemplo: está con los ojos cerrados, su cabello rojo sangre le enmarca el rostro. Tiene la mejilla sobre una pila de libros de cuero que estaba hojeando antes de que yo haya salido y respira suave y lentamente con la boca abierta.

«Ya era hora».

Busco en mi bolsillo, saco dos piedras redondas que he encontrado en El Foso y las dejo cerca de los libros. Aparto los frascos destapados por si se mueve mientras duerme y le quito el palo de grabado de la mano, que tiene floja; estoy a punto de soltarlo cuando me fijo en la punta, de color rojo brillante…

Sangre.

Frunzo el ceño al ver que lleva una venda en la mano izquierda.

—Joder, Essi.

Con los dientes apretados, me inclino hacia delante y miro por su lupa. Al ver las minúsculas runas empapadas de sangre que ha grabado en la piedra, sacudo la cabeza.

«Sea lo que sea lo que está tramando, no me gusta».

—¡Brrrrr!

Doy un paso atrás y me agacho. Gruffin está acurrucado a los pies de Essi envuelto en una manta, con uno de sus ojos rojos entreabierto.

Mirándome.

Le rasco la cresta de plumas gruesas que tiene sobre los ojos.

—Debí imaginar que te traía aquí a escondidas mientras yo estaba fuera.

Ladea la cabeza, pidiendo que le rasque el cuello. Se acicala mientras yo obedezco y advierto que sus plumas son más oscuras en la base de lo que esperaba. Es todo un contraste con las puntas, iridiscentes bajo cierta luz.

A decir verdad, me recuerda a una trogg peluda: azul y con un hambre de la hostia.

Le hundo más los dedos, haciendo que se estremezca entero. Ahueca las alas y luego las extiende, mostrando su enorme envergadura: ya ocupa casi la mitad de mis brazos estirados.

Impresionante para un macho tan joven.

Mientras está distraído, aprovecho para arrancarle los restos de plumón que aún le quedan debajo del pico.

—Recuerda, si te la comes, te largas cagando leches. —Le quito un trozo de raquis calcificado—. Tu primer vuelo será a través del agujero de los vómitos.

Emite el mismo sonido estridente que Maell cuando ve algo que quiere cazar. Solo que yo le he dado de comer a este cabroncete antes de irme.

Y, a juzgar por la pila de cadáveres desollados junto a su nido improvisado, Essi también lo ha alimentado desde entonces.

Pliega las alas, arquea la cabeza hacia atrás por encima de su cuerpo y se pone a picotear los huesos, apartándolos a un lado cuando quedan limpios. Estamos a un lanzamiento de cadáver más de despertar a Essi de su primera siesta en daes.

Con un profundo suspiro, tiro del pesado saco, me siento en un taburete y me pongo a despellejar roedores, arrancándoles la carne y soltándola directamente en el buche siempre listo de Gruffin. Aparto los órganos para que los picotee más tarde.

Encontramos el ritmo que hemos perfeccionado durante los

últimos daes, uno en el que yo no pierdo el tiempo y él evita amputarme los dedos por poco.

Una vez que tiene el esternón tan abultado que me preocupa que vaya a reventar, se acurruca contra el pie de Essi, esconde la cabeza bajo un ala y vuelve a dormirse.

Otro suspiro mientras me limpio la sangre de las manos y miro los apenas tres roedores que quedan en el saco, que me ha costado medio dae atrapar.

—Mierda.

«Tal vez duren más si, en vez de sacar la carne, los corto en trozos».

Me rasco la nuca y miro a Gruffin, y llego a la conclusión de que su garganta es demasiado pequeña como para meterle el brazo si se le atasca un hueso. Eso me deja una única opción.

Cazar en las llanuras algo más grande y carnoso que roedores.

—Había olvidado lo cansado que resulta esto —murmuro, deseando que los demás ya hubieran vuelto. No es la primera vez que me pregunto por qué tardan tanto y el nudo constante que tengo en el estómago ha hecho que mi apetito disminuya tan rápido como ha crecido el de Gruffin.

Echo mano de la petaca que robé, pero entonces recuerdo que no he encontrado nada con que llenarla. Porque el mundo se va a acabar, todo se ha ido a la mierda y Raeve y Kaan probablemente están tirados en alguna zanja llena de nieve.

Y yo fui el estúpido que se ofreció a quedarse, pero no preguntó en qué dirección se dirigían.

«Idiota».

Me froto la cara con ambas manos y miro a Essi. Considero la posibilidad de trasladarla al banco antes de irme para que duerma más cómoda. Claro que podría malinterpretarlo.

«Probablemente no debería hacerlo».

Vacío el saco y lo lleno con los restos, que servirán como cebo. Lo ato y miro hacia la salida, tratando de reunir la energía para moverme. Lo que termino haciendo es apartar el taburete en el que estoy sentado y dejarme caer al suelo, pues tengo las articulaciones doloridas y me pesan los párpados de tanto mirar fijamente la hilera

de flechas listas para dar caza a los roedores que han encontrado un nuevo propósito en la vida: devorar a los muertos colgados en El Foso.

Es difícil ver a los roedores y no a los feéricos a quienes se están comiendo. Más difícil aún es desprenderme de la sensación de que debería hacer algo al respecto en lugar de sentarme de brazos cruzados y fingir que no es mi problema.

De repente, se me cierran los ojos, agotado.

Solo es una siestecita. Luego, recojo las cosas y salgo a cazar algo sustancioso.

Odio ir al sur del muro, joder. Todo quiere comerte, incluso el suelo tiene apetito por tragarse aquello que se mueve. Y pah está ahí fuera, en alguna parte, en una tumba nevada con la que nunca he dado.

Busco a tientas y cojo una almohada del banco, me la pongo debajo de la cabeza y fijo un temporizador mental.

«Cuento cien y me levanto».

Solo llego a veintidós antes de que el agotamiento me venza.



# CAPÍTULO 79

Raeve

*El carcelero me empuja.*

*Con dureza.*

*Golpeo los barrotes con tanta fuerza que la dolorida piel de mis manos se desgarra, y se me revientan las quemaduras recién curadas. Otro carcelero me inmoviliza contra el frío metal apretándome con los nudillos y poniéndome una daga entre los hombros, mientras espero a que abran la puerta, furiosa, mirando a Fallon, acurrucada en la esquina más alejada. Sigue de espaldas en el mismo lugar en el que estaba cuando me sacaron a rastras de esta celda, pataleando y gritando.*

*La impaciencia me carcome mientras un tercer carcelero busca a tientas la llave de la cerradura. Por fin, la puerta se abre.*

*Me empujan al interior, vuelven a ponerme el grillete en el tobillo y me quitan los de las muñecas. La misma mierda de siempre, pero estoy que me subo por las paredes, deseando que acaben de una vez.*

*—Gemas de rocadragón —pido cuando la puerta se cierra de golpe, pues sé que él está ahí fuera, en el túnel.*

*Observando, como suele hacer.*

*—He peleado —insisto mirando hacia la oscuridad por entre los mechones de mi cabello, mojado y enredado, al otro lado de los barrotes, donde no llega la luz de la antorcha—. Me he ganado las gemas de rocadragón. Dámelas.*

*—Lo siento, Alondra de Fuego. —Arkyn sale a la luz y se quita la capucha, mostrando su rostro medio desfigurado, mirándome por encima de su nariz aguileña—. Pero parece que las gemas de rocadragón ya no son necesarias.*

*Por supuesto que lo son. Siempre lo son.*

*Fallon ha enfermado por la falta de sol. Al no tener la luz solar a la que está acostumbrada, necesita las gemas de rocadragón para seguir viva.*

*Arkyn se da la vuelta sacudiendo su andrajosa capa y se adentra a toda prisa por el largo túnel.*

*—Espera —grito agarrada a los barrotes, asomando la cara por entre ellos. El corazón me late con fuerza al verlo desaparecer en la oscuridad—. ¡Espera! ¡ARKYN!*

*Agarro mi cazo y golpeo los barrotes una y otra vez. Grito para que vuelva, para que me dé lo que me he ganado.*

*Me duele la garganta y hace mucho que sus pasos se han desvanecido cuando me doy la vuelta, gateo hasta Fallon y la acerco a mí, creyendo que Arkyn volverá con las gemas de rocadragón.*

*«Tiene que hacerlo».*

*No pienso volver a pelear por él hasta que lo haga. Lo amenazaré con quedarme en la arena y dejar que las bestias me devoren, lo que no hará más que cabrear a los espectadores.*

*Tardo demasiado en calmar los latidos de mi corazón y mi respiración, en darme cuenta de que el pecho de Fallon no se mueve.*

*—¿Fallon?*

*Silencio.*

*Frunzo el ceño. La agarro del hombro y la sacudo con suavidad.*

*—Oye, Fallon. Ya he vuelto. Despierta.*

*Nada.*

*—Fallon. —Otra suave sacudida—. Por favor, esto no tiene gracia.*

*No responde. No respira. No sonríe, ni canta, ni me habla de todas las cosas maravillosas que haremos cuando seamos libres. Cuando por fin tengamos la oportunidad de vivir.*

*Me aparto y aguanto la respiración mientras reúno el valor para girarla lenta y delicadamente hasta dejarla boca arriba…*

*Se me parte el corazón al ver sus ojos sin vida, abiertos y rebosantes de miedo. Sus últimos momentos han quedado plasmados en su mirada aterrorizada y en los restos secos de vómito que manchan sus labios, grises y agrietados.*

*Me quedo tan quieta que estoy segura de que el más mínimo golpe podría acabar conmigo, incapaz de creerme que mi bella amiga…, mi todo…, haya muerto sola en esta fría y pútrida oscuridad. Ha muerto con miedo, lo veo reflejado en su expresión. Con miedo y sin que yo estuviese aquí para consolarla. Para abrazarla y cantarle y ayudarla a distraerse. A hacer que su mente volase a algún lugar cálido y luminoso, con los colores que tanto le gustaban…*

*Noto un golpe en el pecho, como si un puño de fuego acabara de atravesarme las costillas y me hubiera aporreado el corazón. Un sonido denso me sube por la garganta mientras siento que el órgano se prende. Lo siento chisporrotear y arder hasta que queda reducido a un trozo de carbón.*

*El pánico en la mirada perdida de Fallon, el hedor a vómito que pasé por alto, su rostro contraído y la palidez enfermiza de su piel… Me lo guardo todo tan dentro de mí*

*que estoy segura de que nunca volveré a encontrarlo.*
*La envuelvo con la manta y, estrechándola contra mí,*
*comienzo a tararear mi canción tranquilizadora.*
*—Todo va a salir bien. Voy a conseguir que salgamos de*
*aquí —le susurro entre las estrofas apartándole el pelo de*
*la cara. Entrelazo las piernas con las suyas, envolviéndola*
*con mi calor—. Volverás a ver el cielo. Te lo prometo.*
*«Haré que suceda. Aunque sea lo último que haga».*

Recobro la conciencia del mismo modo que imagino que lo hace una luna al golpear el suelo: con tanta fuerza y rapidez que me quiebro por dentro. Me deshago así del violento eco de la pesadilla que estaba teniendo en la duermevela. Una que me estaba resultando muy real y nítida a pesar de ser una

puta

mentira.

Fallon no murió en nuestra celda. Yo la liberé. Ella volvió a ver el cielo y, luego, murió en un iglú que construí para refugiarnos, abrazada a mi pecho mientras dormía.

*No* sola.

Me apresuro a recoger las esquirlas del terror, las amontono y las meto de nuevo bajo mi lago helado con movimientos rápidos y firmes.

«Fuera».

Exhalo un suspiro de alivio, aunque no me dura mucho, puesto que, al abrir los ojos, me encuentro en un entorno que me resulta demasiado familiar y soy brutalmente consciente de que llevo un grillete de hierro en el tobillo, del burdo techo decorado con lunas pintadas.

—Joder.

«He vuelto».

«No me extraña que tenga pesadillas delirantes sobre este lugar».

Mis pulmones se ponen en marcha, llenándose de este aire viciado tan rápido que se alivia el martilleo de mi cabeza. El miedo me abrasa por dentro mientras intento entender qué significa todo

esto, qué he olvidado o pasado por alto esta vez.

«¿Qué ha sucedido después de que perdiese el conocimiento?».

«¿Cuánto tiempo ha sido? Por el hambre que tengo… diría que bastante».

«¿Han caído ya las lunas?».

«¿Está Kaan aquí? Ahvi…».

Se me parte el corazón al pensarlo y me invade un pánico gélido. Es una herida letal que cubro con vendas, afilando mis emociones rebeldes hasta convertirlas en una espada relativamente punzante. Y es que me niego a aceptar cualquier realidad en la que ellos estén aquí. En este lugar.

Me

niego

rotundamente.

Logro ahuyentar el pánico que me embarga lo justo como para darme cuenta de que tengo a una mujer frágil contra mi pecho. No es Fallon; su cabello es demasiado blanco y largo y su olor es diferente.

Aun así…

Hundo la nariz en sus tirabuzones enredados, cubiertos de sangre seca: huele a lluvia sobre piedras calientes mezclada con el dulzor especiado de los vurillos, esas flores que crecen en el gran atrio de… *alguna parte*; un sitio en el que debo de haber estado, ya que su aroma me resulta familiar y me causa el mismo dolor en el pecho que si me hubieran tocado una fibra sensible.

La desconocida se sacude, respirando entrecortadamente. No dista demasiado del sonido que hace la gente cuando se aproxima a la muerte.

Con el corazón en la garganta, me aparto lo suficiente para poder echarla hacia atrás y sacar mi brazo de debajo de su cabeza, que coloco sobre un montón de paja sucia. Empiezo a quitarle el pelo enmarañado de la cara, pero me detengo al ver una delicada diadema de plata sobre su frente… No, clavada en ella, como si formase parte de su cuerpo.

Al caer en la cuenta, abro la boca.

«La princesa de La Sombra. Kyzari, creo que se llama».

«La sobrina de Kaan».

«Aquí mismo».

«En mi puta celda».

—Por todos los Creadores…

Desvío la mirada hacia la piedra negra que va engastada en la ornamentada diadema, justo en el centro de su frente contraída.

La Piedra Éter.

Acerco la mano, pero vacilo al notar que algo se sacude dentro de mí, como si dos mundos acabasen de colisionar en mi pecho.

Noto un frío entumecimiento, esa sensación que suele preceder a que mi Otra me arrastre de vuelta, me lance a su gélido nido y tome el control, encontrando alguna forma de joderme la vida.

Solo que no lo hace.

Lo que sucede es que me viene a la mente la imagen de alguien con una larga melena clara en medio de un remolino de nieve llorando mientras intenta arrancarse esa misma diadema de la frente. Se hace un ovillo tan pequeño que tengo miedo de que desaparezca… El recuerdo se disipa, dejándome con un grito ahogado y un dolor en el pecho que semeja el de una herida abierta.

«¿La conozco?».

«¿Es eso lo que mi Otra intenta decirme?».

Me apresuro a apartar más cabello de la cara de Kyzari, sucia y magullada, esperando ver las facciones de la misma feérica desconocida…

«No es ella; no hay duda».

Pero recorro las curvas de su nariz fina, de sus pómulos marcados, de su mentón delicado, de sus cejas pálidas bien formadas…

Es preciosa. La feérica más guapa que he visto nunca.

Solo mirarla duele. Es como si me estuviesen aplastando el esternón con el tacón de una bota y cada vez ejerciesen más presión. Algo que no tiene ningún sentido.

Acaricio sus largas pestañas blancas con el pulgar, sin entender por qué anhelo tanto que abra los ojos y me mire, ver su sonrisa.

Oír su risa.

«¿Qué me pasa?».

Frunciendo el ceño, apoyo la mano contra su frente, que está calenturienta, y mis siguientes palabras no son más que un susurro ronco.

—¿Te conozco?

Se oye un grito ahogado, seguido de unos movimientos apresurados.

Dirijo la vista a la esquina de la celda que está junto a la nuestra y atisbo a una feérica escondida en las sombras. Está hecha un ovillo y se balancea lentamente, con su larga cabellera enredada por delante de la cara y sobre los hombros.

El corazón me da un vuelco y, luego, comienza a latir tan fuerte y rápido que es como si me hundiera las costillas.

«Una densa melena rizada…».

«Pecas manchadas de sangre…».

«Ojos centelleantes como brasas: vacíos. El vacío que se apodera de la gente después de haber estado aquí demasiado tiempo».

—¿Veya?

Parpadea dejando que le resbalen las lágrimas, que arrastran la suciedad de sus mejillas, mientras asiente.

Se me forma un nudo en el estómago.

—¿Qué haces tú aquí?

—Yo… —dice entrecortadamente, como si este lugar ya le hubiera llenado la boca de piedras. Le resbalan más lágrimas por las mejillas mientras yo maldigo entre dientes.

Veya abre mucho los ojos al oír unos pasos resonando en el pasillo. Muchos.

Pesados.

El pánico me atenaza la garganta, apretándomela.

—Lo…, lo siento —dice Veya con voz ronca y de repente me siento intranquila al oír la desesperación de su voz.

—¿Por qué? —Arrugo el entrecejo—. ¿Qué ha pasado? ¿Tiene a Kaan?

Se le desencaja la cara al oír mencionar a su hermano.

«Por favor, no…».

«Por favor…».

—Ojalá lo supiera. Pero… —Echa una mirada al túnel y veo los restos de una runa grabada en su sien, atravesada—. Lo sabe todo, Raeve. Él… —Dirige la vista a Kyzari y le brotan más lágrimas mientras solloza, llevándose las manos a la mandíbula y la boca, como si intentara arrancarse las palabras para entregármelas.

—¿Esto lo ha hecho él? —Señalo a la princesa con la barbilla—. ¿Arkyn le ha pegado?

Veya asiente, abrazándose las rodillas. Baja la cabeza y comienza a mecerse de nuevo, encogida hasta tal punto que podría confundirse con una niña torturada. Ya no queda nada de la ferocidad que mostraba en Dhomm, nada de su arrogancia.

Una flor despojada de todo salvo del tallo.

Paso los ojos de ella a Kyzari y de nuevo a ella, y hiervo por dentro. Un frío feroz que arde y va extendiéndose por las venas de mis brazos hasta llegar a las puntas de mis dedos. Vivo.

Esperando.

Siguen oyéndose pasos, cada vez más fuerte, por lo que sé que están a solo unas pocas vueltas. Miro hacia abajo, con un extraño deseo de abrazar a Kyzari, de solidificarme a su alrededor como un dragón moribundo y protegerla con todo mi ser.

Sabiendo lo que sé, hago lo contrario, porque en este lugar de avaricia y dolor Arkyn se alimenta de todo menos de huesos y almas llenas de ampollas. Toma seres felices y les calcina la maldita vida de los ojos, convirtiéndolos en alguien tan destrozado y solitario como él.

Y a quienes muestro afecto…

«Acaban muertos, por mucho que me esfuerce».

Llevo a Kyzari a un rincón, casi segura de que se derrumbará en cuanto la suelte, igual que una luna resquebrajada que no es capaz de mantener su forma. Como nunca se me ha dado muy bien conservar las cosas unidas, me quito el málmr de Kaan del cuello y se lo pongo a ella por la cabeza, dejando el grabado en la palma de su húmeda mano.

—El málmr de tu tío, para que estés a salvo y seas fuerte —murmuro cubriéndole el hombro afilado con la manta raída que hay —. Cuídalo por mí.

Se le mueven los dedos mientras se intensifica el estruendo de pasos.

Me desabrocho la capa y se la pongo encima, y luego me alejo. Me tomo un momento para comprobar si llevo mis dagas en los bolsillos ocultos mientras me dirijo al frente de la celda, pero los encuentro todos vacíos.

No es que sea inesperado, pero aun así me resulta decepcionante.

Hago crujir mi cuello doblándolo a un lado y a otro, preparándome para cualquier ataque que se avecine. Me concentro en reprimir mi miedo, ralentizar mi respiración y calmar los latidos de mi corazón. El pálpito que está entrenado para anticipar el dolor, pero solo cuando *él* llega.

Antes, este era un lugar muy concurrido. Lo más probable es que solo sean unos cuantos guardias que vienen a meter a otra pobre alma en una de estas celdas. Alguien que, con el tiempo, tendrá la oportunidad de darse de golpes hasta morir abrasado en las arenas de Khindard o acabar devorado por un razah. O sobrevivir, pero solo para que lo curen y lo arrojen allí de nuevo una y otra vez hasta que la muerte le ofrezca un respiro.

Espero junto a los barrotes aguantando la respiración, con los puños apretados para evitar arrancarme las cutículas. Mis pies quieren retroceder por instinto, alejarse. Por mucho que me gustaría escabullirme por una esquina donde *él* no pueda alcanzarme, me obligo a mantenerme firme, haciendo todo lo posible por ocultar a Kyzari sin que se note demasiado.

Resisto la tentación de mirar por encima del hombro, de ver cómo está, de asegurarme de que la princesa sigue respirando.

Tengo muy claro que esto es lo más difícil que he hecho nunca.

Por fin irrumpen los guardias en mi campo de visión, todos con capa negra y máscara de bronce con forma de pico. Son suficientes soldados como para derribar a un dragón.

«Sin duda, vienen a por mí».

Observo al contingente, cada vez más numeroso, detenerse ante los barrotes de mi celda, aunque no veo a Arkyn, y su ausencia me quita un gran peso de los hombros.

—¿Bailamos? —pregunto con un deje burlón.

Una mentira en la que me meto de lleno.

Dos guardias se adelantan: uno lleva más grilletes y cadenas y el otro, una llave que se parece mucho a la que robé la última vez que honré este puto sitio con mi presencia.

La miro y arqueo una ceja.

—Al último guardia que me apuntó con una de esas le arranqué el corazón y se lo metí en la boca. Luego, utilicé el pico de su máscara para desollarlo como a un eahl, le saqué los intestinos, se los puse al cuello y lo colgué de esta misma barra. —Golpeo la barra con la uña—. Es una advertencia.

Una pausa tensa.

Alguien en la parte de atrás se aclara la garganta mientras el fornido guardia con la llave se acerca y la introduce en la cerradura.

—Tu pira —murmuro buscando cualquier atisbo de armas, aunque no me sorprende no encontrar ninguna.

La fuerza está en la cantidad. Lo que sea necesario para llevarme del punto A al B ilesa, al parecer.

«Me pregunto cómo se sienten estos cabrones sabiendo que los han enviado como sacrificio».

La cerradura se abre con un ruido metálico al tiempo que alguien levanta la tapa de un vial y suelta una frase incendiaria que me hiere por dentro.

Unas lenguas de fuego salen del instrumento y me envuelven con tal velocidad que apenas me da tiempo a parpadear antes de quedar abrazada por unas llamas que casi me lamen la piel. Siento esa misma fuerza retorciéndose dentro de mí en forma de pánico salvaje.

Quieta como una estatua, gruño, vagamente consciente de los gritos de Veya, de que está de pie junto a los barrotes de su celda, golpeándolos con su cazo de comida.

CLANC.

CLANC.

CLANC.

Me ponen más grilletes en muñecas y tobillos y sueltan los que

me sujetan al suelo. De todos modos, se necesita un extraordinario abalorio rojo para hacer que una cuerda de llamas se desplace en una determinada dirección sin perder su forma, o al menos es lo que he aprendido observando. Eso quiere decir que existe la posibilidad de que esto no dure todo mi traslado.

Me contento con ese destello de esperanza, esperando. Con el cuerpo tenso, me esfuerzo por calmarme.

Calmo mi mente para crear un escudo y que este maldito calor rebote.

Hay unos momentos de tensión…

El fuego se disipa, convirtiéndose en una columna de humo.

Me suelto: doy codazos en pechos y máscaras, que caen al suelo con estrépito al tiempo que algunos dientes salen disparados junto con una lluvia de sangre.

Hundo la cara de alguien de un cabezazo.

Clavo los dientes en el cuello del portador del abalorio rojo; saboreo su sangre al arrancarle un trozo de carne que escupo a un lado.

Irrumpo por la puerta abierta y enrollo mis cadenas alrededor del cuello de alguien, cuyos jadeos de asfixia son música para mis oídos, aunque el colofón es el satisfactorio crujido de su cuello al partirse.

Me hace dar saltos de alegría a pesar de estar retenida.

Hundo otra cara, esta vez de un codazo. Un fémur se rompe bajo mi bota al tiempo que uso mi grillete a modo de martillo, abriéndole la cabeza a alguien, y luego me doy la vuelta y repito el truco con otro que se me acerca por detrás.

Clavo la vista en el hombre rechoncho que porta las llaves, tintineando cada vez que se sitúa detrás de uno de sus compañeros, a los que usa como escudo.

«Ya eres mío, pedazo de mierda».

Rompo otro cuello y le quito la máscara al portador, dejando al descubierto su mejilla salpicada de rojo, en la que clavo las uñas. Estoy a punto de arrancarle la cara cuando algo duro choca contra mi sien.

El dolor es cegador pero temporal, aliviado por una fría oscuridad que se cierra desde todos los ángulos.

Caigo redonda.



# CAPÍTULO 80

## Raeve

Me despierto con un rugido congelado al fondo de la lengua y, luchando por controlarlo, miro alrededor. Contemplo la robusta mesa de piedra que tengo delante —es larga y se extiende hacia la izquierda—, sobre la que hay jarras oxidadas, platos ornamentados rebosantes de comida y docenas de candelabros torcidos, rotos o deslustrados, todos ellos con cirios con llamas ondulantes. En conjunto, proyectan sobre la mesa un amenazante resplandor naranja, que se rebela contra la fría y opresiva oscuridad de la gruta de banquetes que me es tan familiar.

Haciendo caso omiso del rabioso miedo que siento, me esfuerzo por despejarme, observando con los ojos entornados el bosque de llamas que tan bien conocen el sabor de mi piel. Me concentro en la presencia que percibo al otro lado de la mesa y veo unos ojos volcánicos bajo una frente arrugada perlada de sudor…

La vela que tengo delante titila con el aliento frío que suelto al gimotear.

«Kaan».

«Por todos los Creadores, no…».

Escudriño las cadenas que lo envuelven y la silla de piedra a la

que está atado. Son unas cadenas más gruesas que sus bíceps —como las que se usan para sujetar a los dragones mientras se desangran en el suelo—, grabadas con runas brillantes que parecen parpadear con cada contracción de sus músculos.

Lo miro con desesperación y clavo los ojos en las perforaciones de sus brazos; parece que, tras haber hurgado en ellas, las hayan cosido sin mucho cuidado. Después, los paso al profundo corte que tiene en la cabeza, a la sangre seca que cubre su rostro, todo magullado, y a la mordaza que lleva, una banda negra que le cruza el rostro.

Cuando alzo la vista, el corazón se me hace jirones al ver la dulzura de sus ojos, el miedo desesperado que siente por mí.

Gruño, forcejeando contra los grilletes que tengo en las muñecas, sujetos al respaldo de la silla de piedra en que estoy, tan fríos y apretados que me levantan la piel. Intento dar patadas, pero también tengo los pies encadenados al suelo.

«Joder».

Me dispongo a decirle a Kaan que encontraremos una salida, que ya me he liberado antes, así que es *posible*, cuando siento un escalofrío por la espalda y se me eriza el vello de la nuca.

Todo mi ser se repliega, volviéndose una maraña de músculos tensos. La mirada de Kaan ya no es tierna y vulnerable, sino que sus ojos desprenden una ira abrasadora, dirigida al hombre que noto a mi espalda.

«El Rey Carroñero».

«El protagonista de mis pesadillas».

Su amenazadora presencia me pone los nervios de punta, como Clode al sentir la gravedad de una llama voraz. Conozco demasiado bien sus sádicas ansias por hacer encogerse a su presa.

Quiero gritar, decirle a Kaan que se muestre tranquilo y sereno para no darle *nada* que cazar. Pero no consigo llamar su atención, ni siquiera puedo moverme, tan tensa como estoy en la atmósfera cargada de hostilidad de este hombre que conoce cada grieta en la costura de mi alma.

El mismo que soltó los hilos para que así fuera.

Arkyn se acerca a mí desde atrás y posa un plato viejo sobre la

mesa, dejándome ver su mano huesuda. Mordisqueada.

«Capaz de cosas horribles».

Se me acelera el corazón al verla; gira el plato hasta que queda justo donde lo quiere.

—Ah, aquí estás. —Su voz me crispa tanto que me cuesta no estremecerme y la bilis me sube a la garganta cuando me acaricia la mandíbula con el dorso de la mano, lo que hace que se intensifiquen los gemidos ahogados de Kaan—. Qué detalle que te hayas despertado para mí.

El flap, flap de unas alas golpea el aire y, acto seguido, lo atraviesa un chillido agudo.

Trago saliva, consciente de que *ella* está ahí arriba. Una bestia que nunca he visto, pero cuya mirada vigilante he sentido tantas veces, cuya intrigante posesividad me araña ahora la cara como una garra.

—Tranquila, Cliár.

La orden de Arkyn resuena en la gruta mientras lo veo de reojo avanzar hacia la cabecera de la mesa. Se da la vuelta con un movimiento de su andrajosa capa, que golpea contra el asiento con intrincados grabados que, según he oído, sacó de la tumba de algún pobre desgraciado.

—Mis disculpas, *majestad*. —Le hace un gesto con la mano a Kaan y, luego, rebusca en su bolsillo y saca algo que hace girar entre los dedos: un vial de bronce—. Te ofrecería un plato de comida, pero ya tienes la boca llena.

Kaan abre los ojos como platos al ver el objeto y se queda lívido, pero al momento empieza a gesticular y soltar palabras entrecortadas que no consigo entender. Mientras tanto, el corazón me late con fuerza, como si Bulder estuviera dándome puñetazos en el pecho.

«Deja de luchar, Kaan. Por favor».

«¡Eso es justo lo que él quiere!».

—Sí, lo sé. Dije que compartiríamos la comida. —Percibo la sonrisa en el rostro de Arkyn mientras cierra los dedos sobre el vial y apoya la barbilla en el puño. Levanta la otra mano como si fuera una garra y, con la uña del pulgar, se araña la piel de las yemas, que

tiene en carne viva—. Pero, desde que me he dado cuenta de lo mucho que te pareces a pah, he decidido que no me interesa oír nada de lo que tengas que decir. Tendrás que quedarte ahí sentado escuchando. ¿Crees que podrás hacerlo…, *hermano*?

Se me corta la respiración.

Kaan frunce el ceño al tiempo que escudriña la oscuridad que hay bajo la capucha de Arkyn, como si el comentario lo hubiese sorprendido tanto como a mí.

Yo creía que Kaan solo tiene dos hermanos: Cadok y Tyroth.

Dos hermanos.

Una hermana.

Un pah que no servía para nada.

Desplazo la vista entre ambos, advirtiendo tanto la confusión de Kaan como la indiferencia de Arkyn.

¿Es Arkyn hermanastro suyo?

De ser así, ¿por qué Kaan se entera de esto ahora…, encadenado a una silla en una gruta que conoce el hedor a chamuscado de la tortura?

Me concentro en Arkyn, en busca de alguna pista, cuando me vienen a la mente unas palabras que me dijo Kaan como un eco premonitorio y me embarga una opresión…

«La venganza es la deidad más solitaria de todas, Rayo de Luna».

Por todos los Creadores, ¿de eso se trata? ¿Qué mueve al Rey Carroñero? ¿Un deseo salvaje de venganza?

—Esta, sin embargo… —Arkyn gira la cabeza en mi dirección y me encuentro con sus ojos rojizos centelleando en la sombra de su capucha—. Vaya, nada me gusta más que oírla, pero rara vez se dirige a mí; solo cuando *quiere* algo. ¿No es cierto, Alondra de Fuego?

Ese nombre se burla de mi carne prometiendo dolor.

Por el rabillo del ojo, veo que a Kaan se le salen los ojos de las órbitas y se pone rígido, como si la habitación se hubiera llenado de mortero.

Arkyn chasquea la lengua y deja el vial de cobre sobre la mesa con un golpe, junto a mi plato, con tanta fuerza que me estremezco.

Tengo que reprimir un escalofrío al verlo apartar la mano del objeto, presumiendo de él. Una amenaza silenciosa que brilla a la luz del fuego.

Como si me hiciese falta un recordatorio de lo que es capaz de hacer.

Da unos golpecitos con el dedo sobre el vial…, y otra vez…, y otra. Luego, coge la cuchara de servir, la mete en un montón de verduras al vapor y me echa un poco en el plato, aliviando el torbellino de expectación que tengo en el alma.

Exhalo por la nariz poco a poco, aprovechando el pequeño respiro para escudriñar la mesa. Busco algo, *lo que sea*, que pueda ayudarnos a salir de aquí, a sacar a Kaan de esta retorcida situación de mierda.

Me sobresalto al ver el pergamino marrón pálido que cogí del escritorio de Sereme escondido entre unos candelabros torcidos. Aún conserva las marcas de los pliegues de cuando Kaan le dio forma cuadrada.

«Arkyn debe de habérselo sacado del bolsillo».

—Buen ojo —murmura, y se inclina para cogerlo, dejando al descubierto el uhloo que le regalé a Kaan enrollado tras él.

*Cortado.*

Se me hiela la sangre, haciendo que mi pulso vaya cada vez más despacio hasta detenerse, lo suficiente como para que se me nuble la vista.

«Arkyn lo ha cortado… porque sabe que es mío, que viene de mí».

«Y es muy posible que sepa lo que significa».

«Lo que quiere decir que…».

Reprimo un gemido al ver a Arkyn darle forma de nuevo a la alondra. Esta se retuerce en su mano, revoloteando frenéticamente, lo que me provoca un escalofrío.

Dobla el pliegue de retorno y la suelta.

La alondra traza un círculo cerrado y, cuando se orienta, se lanza directa hacia Arkyn, posándose en su palma abierta e inclinándose a un lado.

La miro confundida.

Esa alondra era para Sereme de parte del Elding.

Dirijo la mirada a Arkyn, cuya sonrisa brilla en la oscuridad que le proporciona su capucha, como una burla.

Una burla
dolorosamente
punzante.

Se me cae el alma a los pies.

«Arkyn es el Elding…».

Me cuesta digerir la idea, aunque las piezas empiezan a encajar en su sitio tan rápido que no me da tiempo a inspeccionarlas debidamente:

«El vínculo de sangre…».

«El afecto de Sereme por el Elding y su odio en el mismo grado por mí».

«El trato especial que nunca pedí».

El entendimiento se abre paso en mí como una daga. Se me va la sangre del rostro y estoy tan mareada que la habitación parece tambalearse, amenazando con volcar mi silla sobre el suelo cubierto de ceniza.

Si Arkyn es el Elding, eso significa que…

«Esto es La Floresta».

Aquí es donde he estado dirigiendo a la gente con la promesa de una vida mejor, lejos de la corrupción y el dolor. El mismo lugar que me ha doblegado cual ramita más veces de las que puedo contar.

«Este
puto
lugar».

Respiro rápida y trabajosamente por las fosas nasales mientras observo a Arkyn guardarse la alondra en el bolsillo. Luego, coge el uhloo y lo alza como si fuera una sierpe muerta.

—¿De verdad pensabas que podrías alejarte de mí? —pregunta con tono burlón, lo que me hace sentir aún más estúpida, ingenua y…

«Tan, pero tan ciega…».

—Deberías haberlo sabido, Alondra de Fuego. En serio. —Se percibe su gran sonrisa al hablar mientras balancea el uhloo sobre

una vela encendida, bajándolo lentamente.

En cuanto la punta de mi trenza roza la llamita, el fuego empieza a *devorar*, creciendo en fuerza y tamaño mientras desprende humo. Se me cierra tanto la garganta que es como si me estuviese estrangulando, arrebatándome la vida.

Arkyn lanza hacia arriba la trenza aún en llamas, que traza un arco en el aire y cae sobre la mesa, desintegrándose.

—Nunca te dejaré marchar. —Coge mi tenedor y, a toda velocidad, lo clava en un montón de carne sanguinolenta que hay en la mesa delante de Kaan.

Doy un respingo, imaginando ese mismo tenedor clavándose en su pecho.

—¡Eres MÍA! —grita Arkyn, y sus palabras resuenan por el cavernoso espacio, desgarrándome como una manada de bestias hambrientas de carne.

Me quedo inmóvil, sin atreverme a moverme, ni a parpadear, ni siquiera a respirar. Solo cuando Arkyn dirige su atención al tenedor, levanta el trozo de carne y lo coloca en mi plato, lleno los pulmones, ahogándome con el olor de mi pelo quemado.

Arkyn continúa llenándome el plato, con gran meticulosidad en las cantidades, murmurando lo rico que huele todo y lo mucho que echaba de menos comer conmigo.

De mi uhloo no quedan más que cenizas humeantes cuando me atrevo a mirar a Kaan, abatida por la ferocidad primitiva de sus ojos, que gritan todas las palabras que no puede decir porque tiene la boca tapada.

Meneo discretamente la cabeza, rogándole en silencio que no caiga, que no entre en el enfermizo y sádico juego de Arkyn. Kaan todavía no es consciente de que estamos pendiendo de un hilo sobre una cuchilla muy afilada, de que su supuesto *hermano* está trastornado y es impredecible y está demasiado dispuesto a aplastarme el corazón con la esperanza de darle la forma que ansía. Y, lo que es peor, de que conoce mi debilidad: cualquiera que haya logrado atravesar la coraza ígnea del maltrecho órgano en el interior de mi pecho.

Todo el mundo a quien *quiero*.

Para Arkyn, esto es mucho más que un banquete. Es una tortura cuidadosamente preparada que nos obligará a soportar hasta que se acabe su maldita comida. Lo único que podemos hacer es minimizar las consecuencias.

Al oír pasos detrás de nosotros, Kaan aparta los ojos de mí, abriéndolos mucho. Suelta un suspiro de alivio y vuelve a forcejear con las cadenas, que lo aprietan como un puño de hierro.

Se me cae el alma a los pies.

—Perdonadme, majestad —dice una voz grave—. El chico ya ha terminado con el salón del trono. ¿Dónde queréis que grabe runas ahora?

«Chico…».

«Runas…».

Arkyn me abrasa el costado de la cara, observándome con gran interés. A pesar de los latidos desbocados de mi corazón, resisto el impulso de mirar, de volverme y comprobar quién habla y quién se encuentra tal vez a su lado.

De mostrar cualquier señal de que me preocupa Ahvi.

Probablemente sea demasiado tarde para ocultar mi amor por Kaan, pero puedo salvar a Ahvi. Fingir que no me muero de ganas de echar un vistazo por encima del respaldo y escudriñarlo de pies a cabeza, de decirle que todo va a salir bien.

Que yo lo arreglaré.

El tiempo se vuelve etéreo mientras cuento las runas de las pesadas cadenas de Kaan. Las observo centellear con cada sacudida. Su piel, bañada en sudor, se tensa cada vez que una de ellas se ilumina y se le hinchan las venas, furiosas.

Como si las runas le estuvieran haciendo daño.

—¿Majestad?

—Que empiece en las arenas de combate —anuncia Arkyn—. Si no están protegidas antes de la salida auroral, habrá consecuencias.

Me sube la bilis por la garganta, tan caliente y amarga que me cuesta tragar mientras mantengo mi rostro inexpresivo.

Indiferente.

Una máscara tensa y sofocante que Arkyn perfora con su mirada

asesina, prolongando el silencio hasta mucho después de que los pasos se hayan desvanecido.

Tanto que empieza a picar.

—Pensabas que estaba muerto.

La cruda observación de Arkyn parece quitarme un nudo de la garganta y dejar brotar todas mis lágrimas contenidas.

Utiliza la yema del pulgar, en carne viva, para aplastar una de ellas contra mi mejilla, la mira con el ceño fruncido y suelta un suspiro frotándola entre sus huesudos dedos.

—¿Me consideras un monstruo, Raeve?

«Sí».

Niego con la cabeza; despacio, para no sobresaltarlo.

«Una mentira descarada».

Aspira entre dientes, como si entendiese mi gesto por lo que es.

Un intento de apaciguarlo.

La tensión aumenta como una presa a punto de desbordarse. Se me acelera el corazón y parece estallar cuando lo veo moverse de nuevo: coge otro pedazo de carne y lo deja en mi plato.

Casi vomito de alivio.

—Bueno —murmura—, tienes que saber que nunca fue mi intención que el niño muriera. La miskunn predijo ciertos resultados basándose en la información que te proporcionamos y en las acciones de tu vínculo. Solo era un jueguecito, Alondra de Fuego, otra canción para que bailaras.

Aprieto los labios. Sus palabras me atraviesan las costillas, destrozando todo lo que hay en mi cavidad torácica.

Tira otro pedazo de carne en mi plato, con tanto ímpetu que la sangre me salpica cuello y mejilla.

—Aunque he de decir que *odio* verme obligado a recurrir a tales medidas tan solo para LLAMAR TU ATENCIÓN.

Escupe sus palabras con tal fuerza que me echo hacia atrás, una reacción instintiva que hace que me arda la cara. Como consecuencia, rehúyo la insistente mirada de Kaan mientras él sigue forcejeando y rechinando los dientes, pero sus palabras quedan ahogadas, sin llegar a tomar forma.

Haría cualquier cosa para que desviase la mirada. Odio que vea este lado mío, domada como una colk entrenada que responde a un tirón de las riendas…, prestándole a Arkyn toda mi atención.

Un intento desesperado por mitigar su ira, que va en aumento.

—Lo siento, Arkyn. —Otro grito ahogado me golpea desde el otro lado de la mesa—. No quería molestaros. Es que es mucho que asimilar.

Arkyn muestra una sonrisa brillante y sus siguientes palabras son amables.

—Qué buenos modales has aprendido. Acepto tus disculpas.

Una cucharada de verduras húmedas cae sobre mi plato al tiempo que pierdo toda la dignidad.

—Siempre has sido muy fuerte, Raeve. —Se lame el jugo de carne de todos los dedos ruidosamente—. Desde que te encontré vagando hacia el sur con aquella fractura en el cráneo. Tus ojos eran tan oscuros y decididos —dice señalándome con el dedo— que habrías llegado a dondequiera que te propusieras, aunque solo fuese para morir en la puerta. —Se encoge de hombros y toma un pellizco de algo escamoso que esparce sobre mi comida—. Si no te hubiera salvado…

«Dudo que mi Otra lo viera así en aquel momento, pero bueno».

Coge una jarra y vierte una salsa humeante sobre mi comida.

—Me dijeron que el golpe había borrado tus recuerdos y que era irreparable, pero, sabiendo lo que sé ahora…, bueno, creo que siguen ahí, en alguna parte.

Deja la jarra sobre la mesa con un golpe delante de Kaan, salpicándolo con la salsa. Debe de quemar, pero no se inmuta y mantiene la mirada fija en Arkyn, que me coge un mechón de pelo y se lo enrolla en el dedo de una forma que me pone los pelos de punta. Hace que su mascota gorjee desde la oscuridad que se ve sobre nosotros, como si quisiera saltar y sacarme los putos sesos.

—Esa valiente, preciosa rabia no sale de la nada…

Me pongo rígida, embargada por la inquietud.

«Sabe algo. No le da vueltas a un tema a no ser que sea lo bastante mordaz como para herirte».

—No es que me queje —se apresura a decir echándose hacia

atrás para sacar una daga con escamas de dragón que conozco bien de entre los pliegues de su capa, de un rojo tan oscuro que casi parece negra.

«La de Rygun».

«Una de las que llevaba enfundadas en mi cuerpo».

Se encorva sobre la mesa y corta un trozo de pan con ella.

—Tus numerosas victorias han llenado mis arcas y nos garantizan seguridad cuando tengan lugar las caídas. Y, de no ser por tus esfuerzos en La Bruma, acabando con ciertas amenazas que de otro modo nos habrían impedido progresar…, bueno —dice, y sus siguientes palabras se me clavan en lo más profundo del alma—, no habría un ejército de hombres con abalorios preparados para derrotar las fuerzas de mi hermano en cuanto ataque Dhomm.

Kaan emite un sonido grave mientras mis pensamientos se arremolinan en mi cabeza como una tormenta de cuchillas, abriendo paso a un recuerdo: algo que dijo Arkyn sobre la corona de bronce.

La corona de Kaan.

«Pronto, me pondré mi corona de bronce y tú ya no tendrás que sufrir más. Estaré sentado en mi legítimo trono, contigo a mi lado, disfrutando del fruto de tus batallas».

El miedo me patea el estómago con tanta fuerza que me quedo sin aliento mientras veo a Arkyn cortar trozos de pan como si fuera piel.

La corona ha sido el objetivo de Arkyn todo este tiempo. Desde que caí en sus garras, me ha estado utilizando, acaparando recursos, todo con el objetivo de usurpar al rey de buen corazón que devolvió la vida a La Llama tras el despiadado gobierno de su pah.

Y ahora Kaan está aquí, encadenado. Con su vida en peligro.

«Y todo es culpa mía».

Me muero de vergüenza al caer en la cuenta y no soy capaz de mirar a los ardientes ojos de Kaan mientras Arkyn corta otra rebanada de pan y la deja caer junto a mi plato.

—Como el gran profeta Geisé Líarth-atan dejó escrito en un pergamino que saqué de su tumba sellada: «Antes de que podamos cosechar nuestras recompensas, el mundo ha de arder». —Tira la daga de escamas de dragón sobre la mesa, coge el vial y, tras abrir

la tapa, susurra una palabra abrasadora—. *Vaghth.*

Me quedo inmóvil.

Mi Otra se remueve y asciende hasta quedar bajo la superficie de mi piel en cuanto emerge la llama del vial y se posa en la mano engarfiada de Arkyn.

—Solo entonces podrá surgir nueva vida de las cenizas. —Se asoma por encima del fuego, prácticamente quemando a Kaan con la mirada, y acerca tanto la llama a mi mejilla que noto su voracidad en la piel, su intento de saborearme—. Con Raeve a mi lado, dándome herederos fuertes con los que pah solo podía soñar.

Kaan se rebela y ruge con una brutalidad que le deforma el rostro mientras yo me pongo tiesa y noto la bilis subiéndome por la garganta, tan sorprendida como asqueada por lo que Arkyn tiene en mente, todo ello mientras intento prepararme para el primer golpe abrasador.

Para que él me inflija el mismo dolor que él sintió.

Arkyn cierra la tapa del vial, la abre, la vuelve a cerrar…, acelerando mi pulso, que ya rugía. Cuando golpea el instrumento contra la mesa, me supone un gran esfuerzo no estremecerme.

Acercando un poco más el fuego, Arkyn traga saliva, probablemente emocionado ante la idea de mutilarme al son de los gritos de desesperación ahogados de Kaan. Me confunde cuando chasquea la lengua y, después, murmura una orden furiosa y aplasta con la mano la llama.

Siento cierto alivio. Me pasa el pelo por detrás de la oreja, aún con la mano humeante.

—Todavía no —murmura *jodidamente cerca*, azotándome con su aliento un lado de la cara.

Se aparta, coge mis cubiertos y comienza a cortar mi comida en trozos del tamaño de un bocado, dejándome el espacio justo para respirar. Paso la vista del vial a sus manos mientras él pincha carne con salsa y la lleva a mis labios.

Se me revuelve tanto el estómago que a punto estoy de decorar el bocado con vómito.

—Abre la boca. —Su orden retumba, impregnada de un tono desmoralizador—. Estoy seguro de que han pasado daes desde la

última vez que comiste y vas a necesitar fuerzas.

«Bien podría pedirme que me arrodillase».

Alzo la mirada por instinto y encuentro la de Kaan. Caigo en el deseo demasiado vulnerable de buscar refugio en los ojos del hombre al que amo.

Aunque se le crispa la cara, como si hubiese una bestia justo debajo de su piel amenazando con salir, posa suavemente su mirada en mí desde el otro lado de la mesa y hace que levante la barbilla. Cuánta ternura a pesar de su evidente dolor, preocupación y rabia.

Arkyn me agarra la mandíbula y gira mi cara hacia él. Pega su nariz a la mía y ruge una sola palabra con contundencia:

—¡COME!

—¡No tengo hambre!

Se queda quieto. También el aire, como si Clode estuviera dispuesta a escuchar. Mientras tanto, me reprendo en silencio por ser tan estúpida, por *picar*.

Las repercusiones no se hacen esperar.

Con una ferocidad trémula y salvaje, Arkyn me abre la mandíbula y me introduce el tenedor, llenándome la boca con la carne caliente y la salsa espesa, que me gotea por la barbilla.

Tira el cubierto y me estampa la cabeza contra el respaldo, cerrándome la boca y pellizcándome la nariz, dejando claro su mensaje.

Traga o te asfixiarás.

Kaan sacude sus cadenas al tiempo que ruge mientras yo mastico, trago, me sube todo a la boca con una arcada y me veo obligada a tragar de nuevo.

No soporto la grotesca sonrisa de Arkyn.

—Tus palabras se han vuelto más claras desde que te fuiste —murmura mucho después de que por fin haya tragado, mucho después de que me haya quedado sin aliento y mi pecho jadee en busca de aire—. Me lo habían dicho, pero oírlo es bien distinto.

Me suelta y me limpia la salsa de la barbilla con una servilleta mientras yo resuello, respirando tan deprisa que la cabeza se me vuelve ligera. Los tizones que tiene Kaan por ojos me acunan desde

el otro lado de la mesa, haciéndome sentir cerca de él a pesar del abismo que nos separa.

Arkyn se levanta y, tras lanzarle la servilleta a Kaan a la cara, se dirige con paso firme al extremo más alejado de la mesa, donde queda cubierto por las sombras. Las ondulaciones de su capa hacen que las llamas de las velas titilen, más de cien pequeños fuegos que danzan para él.

—Me pregunto —dice desde la oscuridad— qué tal se te da leer.

Su tono es mordaz.

—Gracias a Veya —continúa, cogiendo algo de la mesa—, tengo el *tesoro* perfecto para poner a prueba tus habilidades.

Kaan se retuerce y gruñe cada vez con más ferocidad, quizá al darse cuenta de que *también* tiene a Veya apresada.

Enjaulada.

Arkyn suelta una risita, retrocede, barre la mesa con el brazo y tira mi plato al suelo. Este sigue repiqueteando cuando lanza un libro sobre la mesa.

No, no es un libro…

Es…

Kaan se queda quieto. Se hace un silencio sepulcral mientras se me hiela la sangre y me fijo en el diseño en espiral que hay pintado en la cubierta. Una hermosa representación, casi perfecta, del málmr de Kaan: los dos dragones entrelazados como una luna.

Me tiemblan los dedos por las ganas de acariciar el cuero, de sentir el movimiento de las páginas, de acercarme el diario y aspirar su aroma antiguo. Porque eso es lo que es, lo sé.

Antiguo. El diario de alguien que ya no está en el mundo.

Exhalo temblorosamente.

Poco a poco, alzo la vista y me encuentro con la mirada devastada de Kaan, con palabras no dichas librando una batalla entre nosotros. Es la confirmación que necesitaba de que este diario pertenecía a Elluin, a la versión de mí misma de la que se enamoró hace tantas fases.

«La que perdió».



# CAPÍTULO 81

Raeve

Este es el diario de Elluin Neván. —Arkyn se inclina sobre mi hombro, con un aliento que apesta a fruta podrida—. Antigua princesa de La Sombra.

«Antigua princesa…».

«La Sombra».

La frase se desordena en mi cabeza como un pergamino arrugado, dificultando su comprensión. Una frase despojada de su forma, palabras que se lleva el viento olvidadas.

—Bueno, hasta que se convirtió en *reina* —murmura levantando la portada, revelando una anotación escrita con una letra bella y delicada, una letra cuyo eco… resuena en mi *interior*. Pequeñas piezas de un rompecabezas que quiero arrancar de la página y acunar cerca de mi corazón.

*Mías.*

Esas palabras son *mías*.

Se me forma un nudo en la garganta y me duele tragar.

—No es que ella haya firmado nunca de otro modo que como una Neván —murmura Arkyn pasando otra página con un golpe descuidado por el que quiero estrangularlo—. ¡Cuánta *intriga*!

El mundo que nos rodea se difumina cuando cruzo la mirada con Kaan a través de las llamas, y el pesar que veo en sus ojos me dice todo lo que necesito saber.

Él tampoco tiene ni idea de lo que se esconde entre sus páginas.

«Seguro que es algo horrible, para que Arkyn esté tan emocionado».

—¿Sabes qué? Divaga mucho, así que voy a resumir.

A Kaan se le encienden los ojos y sus músculos se tensan contra las cadenas que restringen su descomunal fuerza mientras Arkyn sigue pasando las páginas.

—La verdad es que al principio es un poco aburrido. Elluin quería a su hermano, blablablá, se sentía responsable por la lesión que lo dejó incapacitado.

Esas palabras me desgarran, como si un grupo de dragones se hubieran abalanzado sobre mí.

—Doma a una plumaluna madura cuando tenía nueve fases, incluso antes de oír las canciones de los Creadores. He de decir que *eso* es impresionante —continúa Arkyn pasando otra página—. Luego, se pone la Piedra Éter y se ve sometida a un matrimonio concertado, la llevan a La Llama después de que envenenen a toda su familia mientras duermen y las cosas se ponen *realmente* interesantes.

—*Para.*

Lo grito. Lo chillo con todas mis fuerzas.

Rebota en paredes lejanas.

Arkyn se agacha hacia mí y me agarra la barbilla con tanta fuerza que siento que me va a salir un moretón, girándome la cara para que lo mire. Su respuesta es un suave susurro contra mi piel.

—No.

En contra de todo sentido común, sostengo su despiadada mirada como en un cruce de espadas.

Él chasquea la lengua y me suelta.

Me quedo jadeando, con el pecho agitado, mientras él vuelve a centrarse en el diario, pasa unas cuantas páginas y señala con la punta de su dedo en carne viva una línea del texto.

—Ah, sí, entonces ella lo conoce —escupe, y recita directamente

del pergamino—: «Kaan Vaegor, el hijo mayor del rey, que hace nada ha regresado de las llanuras Boltánicas para encargarse de Dhomm mientras su pah ayuda a Tyroth a afianzar su posición en Arithia». —Arkyn levanta la cabeza y fija la atención en Kaan, que sacude sus cadenas con más fuerza si cabe mientras gotea sangre de las zonas donde se ha desgarrado la piel—. Ahí se equivoca: no eres el hijo mayor.

Kaan se queda quieto.

Arkyn murmura, mira hacia abajo y aparta la página.

—¿Sabes? Si pah no me hubiera repudiado y ordenado a su dragón que me persiguiera por las llanuras por ser una gran *decepción*, Elluin se habría enamorado de mí, no de ti.

Kaan se sacude con tanta fuerza que hace chirriar su pesada silla de piedra y sus cadenas parecen *estrujarle*. Arkyn ni siquiera levanta la vista; está centrado en la página a la que acaba de llegar.

—Ah, sí, aquí le diste una prueba de tu amor y, luego, ella folló contigo. —Chasquea la lengua tres veces y niega con la cabeza—. Vergonzoso, teniendo en cuenta que estaba prometida con nuestro hermano.

Las palabras resuenan en mis oídos.

Con una violencia silenciosa, las cosas empiezan a encajar, dando forma a algo demasiado doloroso de ver.

Demasiado *devastador*.

—Y pensar que se unió a ella creyendo que nadie la había tocado.

Me sobresalto al recordar a un hombre moviéndose dentro de mí. No era Kaan.

Era otro.

En un lugar frío, familiar, con una decoración majestuosa y el cielo que se veía por la ventana lleno de lunas luminosas…

Se me escapa un gemido.

—Lo sé —dice Arkyn despacio sacudiendo la cabeza—. Menudos valores familiares. —De nuevo, vuelve la página—. Lo creáis o no, la cosa se pone aún más interesante. Aquí nuestro querido pah descubre vuestra aventura. —Clava la vista en Kaan, ahora pálido como un pergamino, mirando fijamente las sombras de la capucha

de su hermano.

Es toda la confirmación que necesito para saber que esto es nuevo para él, que no estaba al tanto.

Arkyn se encoge de hombros y vuelve a bajar la mirada.

—Parece que no tuviste mucho cuidado, hermano.

Kaan se queda quieto como una piedra, con una mirada atormentada que no cruza con la mía.

Nunca antes había deseado tanto que me mirase, abalanzarme sobre él, rodearlo con mis brazos y estrecharlo contra mí. Decirle que estamos juntos en esto. Que lo superaremos juntos, porque no nos queda otra.

Porque…

*Noto algo pequeño, suave y húmedo acurrucado contra mi pecho, retorciéndose y buscando mi seno con la carita. Bajo la cabeza y beso un mechón empapado de cabello blanco. Blanco como…*

*El de alguien.*

*Alguien a quien quería. Solo que este amor es distinto, es un amor que eclipsa cualquier otro, ardiendo en mi pecho como una llama salvaje…*

—Blablablá, «me ha dicho que Kaan no está hecho para gobernar un reino y que no es merecedor de una corona» —continúa Arkyn con voz monótona, arrancándome del recuerdo como si desgarrara un hueso de su articulación—. A lo que Elluin le escupió en la cara y le dijo algo sobre elegir a su propio rey o nada. Las cosas se complicaron, él la torturó, amenazó a nuestra hermana. Te amenazó a *ti*, tal y cual. «Sentí un miedo como nunca antes había sentido…». Ah, sí, aquí está. —Arkyn se aclara la garganta, como si fuese a dar un discurso.

En el fondo, ya sé lo que va a decir. Es como si las palabras estuvieran grabadas en mi corazón y en mi alma, entretejidas en mi médula.

Llevan ahí mucho tiempo, desde que desperté en mi celda bajo esta montaña hace tantas fases, esperando a que el polvo se

disipara.

Ya se me está desencajando la cara y rompiéndoseme el corazón cuando Arkyn comienza a leer la página:

—«Me ha dicho que, si me marcho con la siguiente aurora a fin de prepararme para la ceremonia de unión, le concederá a Slátra un pasaje seguro de vuelta a Arithia. De lo contrario, quitará la protección de su guarida y me arrastrarán por las llanuras para obligarme a ver cómo mi dragona se mata al intentar seguirme hasta casa. Luego, se me ha acercado muchísimo y me ha mirado como si pudiera ver directamente el interior de mi cráneo. Me ha dicho que le han informado de que se me ha retrasado el sangrado, algo en lo que yo no había pensado hasta ese preciso instante».

Kaan emite un sonido ahogado, como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—«Me ha dicho que es la única manera de que mi descendencia tenga una posibilidad de vivir. Que, si Tyroth cree que es él quien ha plantado la semilla que por lo visto ya está creciendo en mi vientre, todo irá bien. De lo contrario, no habrá ningún lugar donde Kaan y yo podamos ocultarnos sin que él nos encuentre. Nos perseguirá para hacernos pagar el sucio deshonor que hemos causado a nuestras respectivas familias».

Kaan por fin me mira a los ojos mientras dos lágrimas le resbalan por las mejillas. A mí también se me saltan.

Sus ojos reflejan un dolor abrumador y la opresión que ya sentía en el pecho se vuelve demasiado pesada para respirar. Porque ya sé cuál va a ser el desenlace, ya sé cómo va a acabar esto.

Sin que Kaan sepa que tenía una hija que ahora está encerrada en la misma celda en la que yo estuve un tiempo. Una *preciosa* hija criada por su hermano menor en la elegante capital de La Sombra, a la que he abrazado y acunado hace poco sin saber que era mía.

*Nuestra.*

Una hija… nacida de nuestro amor imperecedero en un mundo que la ha dejado maltrecha, destrozada, con un hilo de vida. En un mundo que le ha fallado.

Igual que he hecho yo, al no escuchar a Kaan, al no dejar que me contara *las verdades importantes* que yo quería evitar a toda

costa.

«Al acobardarme ante mi pasado…».

—En la siguiente entrada, Elluin deja una nota en el lugar donde duerme su amante diciéndole que Tyroth tiene más dones y es el más adecuado para engendrar una descendencia fuerte. —Arkyn se echa a reír mirando a Kaan—. No puedo discutir eso.

Siento la frialdad de mi Otra despertando.

Alzándose.

*Escuchando.*

—Tengo a Kyzari en la antigua celda de Raeve —continúa, levantando la mano y cerrando los dedos—. Y se quebró como una *ramita* bajo mi puño, sin duda porque tu sangre débil ha diluido la de mi Alondra de Fuego. No me sorprendería que estuviera exhalando su último suspiro mientras hablamos.

El rugido ahogado de Kaan agita el aire. Rechina como una bestia enjaulada, forcejeando con sus cadenas mientras la sangre le tiñe la piel con lentos trazos.

Yo no rujo. No pronuncio ni una sola palabra.

Lo que hago es guardar un silencio sepulcral: un río que acaba de abrirse paso en La Sombra y se ha solidificado. Una ferocidad silenciosa se extiende por mis venas… o tal vez siempre haya estado ahí. Esperando.

Sabiendo.

Mi propia esencia la envuelve, endureciéndose. Me convierte en algo que debería asustarme, dados los impulsos que tiran de las fibras de mi corazón, estirándolas lo suficiente como para anclar el órgano punzante.

No estoy asustada. Solo siento una rabia fría como el hielo.

—Entonces, Elluin parte hacia Arithia, destinada a perecer en su lecho al poco de parir a Kyzari, pronunciando palabras sobre su amor inmortal por ti. —Arkyn levanta la vista de la página y mira directamente a Kaan, que sigue librando una sangrienta batalla contra sus cadenas, tan apretadas que le han creado unos profundos surcos en la carne, haciendo que sus venas parezcan a punto de estallar—. No te preocupes, hermano, también intentó huir de mí. —Chasquea la lengua—. Yo aquí veo un patrón.

Aunque las palabras son contundentes, no me afectan. Inocuas ante las placas de armadura que se cierran sobre mi corazón, convirtiendo mi propio dolor en algo pequeño y silencioso en comparación con la agonía de Kaan y el saber que nuestra hija está sufriendo en mi celda, quizá pasando por sus últimos momentos sin que estemos allí para abrazarla con fuerza.

Para *consolarla*.

—Última anotación, y esta es buena. —Arkyn levanta el libro, lo agita y baja la mirada para leer—. «Uno de sus leales edecanes me ha contado que en esta salida auroral ha llegado una sanguiria a lomos de un dragón. Si ha venido a poner a prueba la sangre de mi bebé cuando haya nacido, la línea paternal no apuntará en dirección a Tyroth. Apuntará hacia el norte…, hacia Kaan».

Otro rugido ahogado.

Otro chirrido de la silla de Kaan arrastrándose por el suelo.

—Interesante —musita Arkyn—. Me hace pensar que Tyroth no estaba tan ciego como creíais. Callaos, que llega la última parte. Muy buena también. —Otro carraspeo melodramático antes de continuar—: «Quiero hacerme un ovillo con Slátra, estar con ella cuando dé a luz, pero me cuesta moverme. No hago más que languidecer en esta cama, donde murieron mi mah y mi pah, donde he fingido concebir un heredero que ya estaba creciendo en mi interior…».

Los ruidos de Kaan se vuelven tan atronadores que casi ahogan la voz de Arkyn.

Arkyn suspira y ladea la cabeza mirando a Kaan con los ojos encendidos como mil llamas.

—¿Por qué tienes que estropearlo *todo*?

La pregunta va seguida de un montón de palabras voraces que arrancan una llamarada de la selva de candelabros y se adhieren a la mano de Arkyn. Entonces, zas, zas, azota a Kaan en los brazos, el pecho y los hombros cada vez con más ferocidad, lacerándolo con una furia salvaje.

La hermosa piel de Kaan se va desgarrando con cada latigazo, llenando la gruta con un hedor a carne quemada, y sus rugidos se transforman en un grito desgarrador. Hay algo en sus ojos y en su

expresión que me hace imaginarlo mucho más joven, un niño destrozado por las llamas de un pah que no tenía amor para dar, solo dolor.

El gemido que suelto es más bestial que feérico, un poderoso alarido que brota de lo más profundo de mi dolorido pecho, acompañado de destellos de algo que semeja las llamas de una antigua bestia helada.

Arkyn se queda quieto, con la respiración agitada, mirándome desde el interior de su capucha, con las pupilas tan dilatadas que apenas se ve el rojo de sus ojos.

—Nunca has hecho esos ruidos por mí.

—Vas a parar —gruño con un tono áspero desconocido para mis oídos.

Él suelta un bufido y echa el brazo atrás…

—VAS A PARAR.

La montaña tiembla a nuestro alrededor. Incluso el látigo de fuego que tiene Arkyn en la mano parece retorcerse cuando él se queda quieto, mirándome con una intensidad abrasadora.

—Vas a dejar de hacerle daño y yo te daré lo que quieras.

Kaan solloza de un modo más agonizante que cuando el látigo azotaba su carne.

No dejo que me afecte.

Él siempre me antepondrá a todo lo demás. Aunque respeto eso con todo mi corazón, ha llegado el momento de que yo sea fuerte por él.

Arkyn traga saliva y se le hace la boca agua por el profundo interés que siente.

—Sabes que solo hay una cosa que deseo, Alondra de Fuego.

Que luche por él.

Que *arda* por él.

—Lo sé.

—¿Vas a entregarte a mí voluntariamente? ¿A darme un espectáculo que rivalice con cualquier otro?

De nuevo, la silla de Kaan chirría contra el suelo y no para de llegarme mi nombre ahogado. Por el rabillo del ojo, veo que intenta

llamar mi atención, que lo mire.

No lo hago.

Solo hay una manera de ganar tiempo para hacer lo que hay que hacer sin que Arkyn acabe con el hombre al que amo, saciando su sed de sangre con él hasta que no quede nada, y es mantenerlo entretenido. Que tenga algo que hacer con las manos y la mente ocupada con su otra obsesión.

Yo.

Suavizo el gesto. Me recompongo antes de atreverme a hablar de nuevo.

—Sí, Arkyn, soy tuya. —Las palabras me saben a hiel, pero tienen el efecto deseado: Arkyn abre los ojos con un regocijo lascivo —. Toma lo que necesites y luego danzaré en las arenas para ti. Les daré un espectáculo nunca visto.

Kaan ruge.

Con la cabeza ladeada, Arkyn inhala profundamente por su nariz aguileña medio derretida, que sobresale de su capucha, y se lleva la barbilla al pecho. Cuando vuelve a mirarme, todo el rojo ha desaparecido de sus ojos.

—¡Despejad la mesa!

Calmo los latidos de mi corazón mientras unas personas con túnica y máscara salen a toda velocidad de la oscuridad que nos envuelve y comienzan a limpiar la gigantesca mesa de los restos de Arkyn y lo que queda del banquete sin tocar. Me sacan de la silla con todas las precauciones que se requieren con alguien que acaba de destrozar a medio contingente de carceleros, atada a un montón de cadenas, me colocan sobre la mesa, me inclinan hacia atrás y me dejan ahí tumbada.

Los ojos de Kaan me abrasan y sus ruidos ahogados me duelen mucho más de lo que jamás le confesaré. Se me ocurre que quizá piense que está a punto de ver cómo su hermano me hace suya. Pero, hasta este dae, Arkyn no se ha tomado ninguna libertad sexual conmigo, aunque se haya tomado casi todas las demás.

No, para el Rey Carroñero, el sexo no es intimidad.

*No es eso lo que él ansía.*

Cuando los guardias terminan de inmovilizarme en la mesa,

vuelven a las sombras mientras Arkyn abre la tapa de su vial de cobre, liberando una bola de fuego que recoge en su mano engarfiada al tiempo que escupe unas pocas palabras abrasadoras. Otro clic y se guarda el objeto en el bolsillo, meciendo la voraz llama, que se agita en su mano como si fuese de piedra fundida, iluminando su rostro, que de otro modo permanecería oculto por su capucha.

Encendiendo la sonrisa salvaje que tensa su mejilla quemada.

Gira la cabeza y respira larga y profundamente, con más fuego avivándose en sus ojos. Una abrasadora promesa de lo que está por venir.

Endurezco mi corazón y, por fin, giro la cabeza hacia Kaan y me encuentro con su volcánica mirada. Intento no sucumbir a ella.

—Cierra los ojos —digo con el corazón encogido. Luego, más alto, con más insistencia, desesperada por hacerme oír a pesar de su rugido—: Kaan, por favor.

Se queda quieto y emite un sonido muy parecido al de un dragón moribundo, pero cierra los ojos mientras las lágrimas le resbalan por las mejillas, algo que me parte el corazón.

Miro hacia las sombras de arriba, donde sé que acecha la bestia de Arkyn, preparándose para disfrutar del espectáculo. La oscuridad en la que solía esconderme.

Esta vez no.

Esta vez, cierro los ojos y me sumerjo en mi *interior*.

Hago un boquete gigante en la capa de hielo de mi lago, lo bastante como para tragarse el montón de miedo que me niego a asumir, pero no antes de que la primera llama recorra mi brazo, quemándome la piel de una forma que se supone que me prepara para las ardientes arenas a las que voy a regresar.

Batalla mediante.

Me pongo rígida, vagamente consciente del rugido ahogado de Kaan mientras me sacudo y me retuerzo tras el reguero de carne quemada, cuyo hedor se vuelve más intenso.

Más repugnante.

Mientras tanto, sigo sumergiendo, sumergiendo, sumergiendo mi miedo…

«Fuera».

Lo sigo a cierta distancia. Nado en silencio hacia mis oscuras profundidades, pasando junto a un ente plateado que no me atrevo a mirar, y rescato un recuerdo helado en el que esconderme. El recuerdo de un pequeño iglú que construí para Fallon y para mí poco después de escapar de este lugar.

Solo que Fallon no está allí.

Solo estoy yo, sola, con las heridas de mi huida. Solo estoy yo, acurrucada de lado, tratando de envolverme con los brazos para dormir, tarareando mi canción tranquilizadora una y otra vez. Y, aunque imagino que hablo con alguien a quien prometí salvar, liberar, en realidad hablo conmigo misma, prometiéndome que viviré.

Porque eso es lo que Fallon hubiera querido, lo que me habría pedido en este momento, aquí, en este iglú que construí lo bastante grande para las dos…, de haber estado aquí. Si no me hubiera visto obligada a dejarla muerta bajo un mural de lunas pintadas con los dedos envuelta en la capa del guardia al que tuve que matar para conseguir la llave con que escapé.

Eso es lo que ella hubiera querido de no haber muerto sola en aquella celda mientras yo me destrozaba a golpes en una arena de combate por los intereses de Arkyn.

Sin embargo, ya no puedo seguir escondiéndome de mi pasado, reprimiendo el dolor y fingiendo que las cosas fueron de otra manera, que dejé atrás una celda vacía y que Fallon pudo ver una de las lunas que tanto quería por última vez antes de morir.

No lo hizo.

Suelto el recuerdo de la piedra a la que lo até, estaba tan apretado que habría permanecido hundido para siempre si no me hubiera zambullido para afrontarlo. Lo libero, dejando que sustituya al más amable que inventé. Siento que el dolor se me clava hondo.

La pérdida.

Luego, nado hasta el lugar donde vi por última vez la piedra que parecía un trozo de carbón, consciente de lo que es, lo que contiene si le doy sustancia para alimentarse. Es algo de lo que creo que mi Otra me estaba protegiendo, esperando hasta que estuviese lista para enfrentarme al Creador que ha pasado tanto tiempo

haciéndome daño a instancias de Arkyn. Algo que bien podría haberme ahorrado toda mi vida.

De no ser porque Kaan está quemado y magullado, encadenado a una silla, presa de la sed de sangre de su hermano.

De no ser porque nuestra hija yace medio muerta en la misma celda que se llevó a mi Fallon.

Ellos son míos, como yo soy suya, y volverán a ver el cielo. O juro por los Creadores que destruiré el mundo con mis propias manos.



El Rey Carroñero

# CAPÍTULO 82

Arkyn se dirige a sus aposentos, cuyas paredes están abarrotadas de tesoros que ha ido acumulando a lo largo de las fases. En su mayoría, se trata de objetos que casi nadie miraría siquiera si se topara con ellos, pero Arkyn sabe bien que algunas de las cosas más preciadas del mundo son aquellas que se han perdido o tirado a la basura.

Olvidado.

Se guarda en el bolsillo el vial de cobre y se detiene ante una jaula, agachándose para golpear una barra de metal. La miskunn que hay enroscada en la parte trasera se estremece, replegándose más sobre sí misma mientras gira la cabeza con los ojos plateados muy abiertos.

A pesar de las barras que la protegen del hombre sediento de sangre, tiembla.

Arkyn suelta una risita.

Se frota las manos, cuyas palmas todavía le hormiguean de satisfacción por haber armado a su Alondra de Fuego por primera vez en fases, mientras cruza la puerta de su abigarrado despacho,

iluminado por un fuego.

Se detiene al ver a Sereme sentada en un taburete de madera clara frente a su escritorio, con la espalda recta como una flecha, su cabello repeinado y el abrigo ceñido al cuerpo como una segunda piel.

Al oír sus pasos, Sereme se levanta, da la vuelta y hace una reverencia profunda.

—Elding.

Durante unos instantes, Arkyn escruta el espacio y advierte que hay menos polvo en el aire, que su escritorio está ordenado y que uno de sus jarrones rapiñados está pulido y luce un ramillete de laciflores secas de color morado, lo cual no encaja en absoluto en un entorno tan sobrio.

Ante su ornamentado asiento, hay lo que él supone que es un plato de comida cubierto con una brillante campana de plata, y otro sobre la mesa ante Sereme.

*Muy presuntuoso.*

Arkyn se aproxima y rodea el escritorio como una mancha de tinta.

—Estas no crecen tan al sur —murmura tocando una de las laciflores, algunos de cuyos pétalos se desprenden, esparciéndose por la mesa.

—No, las cogí cerca de la muralla y se han secado durante el viaje hasta aquí —dice Sereme sentándose con un tono meloso impregnado de devoción—. Un regalo de mi tierra.

Reclinado en su silla, Arkyn se echa hacia delante y comienza a tamborilear con los dedos sobre las puntas afiladas de su corona, que se encuentra sobre el escritorio, y que es lo que ha venido a buscar de camino a las arenas de combate. Ahora, se siente incómodo con la presencia no deseada de la mujer que tiene sentada enfrente.

—Teniendo en cuenta que este es *mi* despacho, parece que te has puesto muy cómoda.

Sereme abre la boca y la cierra. Se aclara la garganta y se echa hacia delante, levantando la campana del plato de Arkyn.

—Pensé que podríamos disfrutar de un…

—Ya he comido.

Sereme se sonroja.

Despacio, vuelve a dejar la campana en su sitio y se lleva las manos al regazo entrelazadas, tratando de no ponerse nerviosa bajo la sombría mirada de Arkyn.

—Perdonadme, Elding. Suponía que…

—Te equivocaste.

El resto de la frase de Sereme queda atrapado entre sus labios apretados al tiempo que algo bulle en sus agudos ojos grises. Arkyn lo reconoce: es una emoción que suele sentir en su propio pecho a pesar de sus esfuerzos por ocultarla.

*Inseguridad.*

Sereme levanta la barbilla y adopta una postura increíblemente rígida.

—Entiendo que estéis molesto por…

—¿Por no haberme informado debidamente sobre el juicio de mi Alondra de Fuego? ¿De su supuesta ejecución?

—Incorrecto —se apresura Sereme a responder con los labios apretados y tono amargo—. Taché su nombre del libro de cuentas. La culpa es de otros por no transmitir el mensaje.

—Ah, ¿sí?

—Sí —responde Sereme secamente—. Además, sabía que encontraría la manera de salir adelante. Siempre lo hace.

—Interesante. —Arkyn entrecierra los ojos y se fija en el agitado latido de la carótida de Sereme, que por lo demás permanece quieta como una estatua—. Mi escudero de Elding me envió una alondra que acabo de recibir. Me informa de que parecías *sorprendida* cuando te entregó en mano mis últimas órdenes, aunque tal vez se equivocase —dice lanzándole a Sereme un hueso que ella acepta con entusiasmo, suavizando su expresión.

Relajando la postura.

«Aunque solo sea un poco».

—Así es —suspira exasperada, y se retoca el cabello, perfectamente peinado—. A pesar del… carácter complicado de Raeve, ha sido retador trabajar sin nuestra espada de Elding más afilada mientras ella disfrutaba de su año sabático, dadas las

numerosas tareas con las que nos habéis mantenido ocupados. —Alza ligeramente la barbilla—. ¿Cuándo seguiremos adelante con la invasión?

«¿Seguiremos?».

Arkyn arquea una ceja, rebusca en su bolsillo y saca el pequeño frasco lleno de humo que encontró entre las pertenencias de Kaan, que deja sobre su escritorio para inspeccionarlo más tarde.

—Tras las caídas lunares —murmura sacudiendo los abalorios que lleva colgados el frasco, un gesto que atrae la mirada aguda de Sereme—. En cuanto se calme todo.

Se espera que caigan cualquier dae de estos. Quizá incluso hoy.

Ansioso por terminar con esto antes del gran evento, Arkyn señala la salida.

—Ahora busca otro sitio donde quedarte. Yo estoy a punto de organizar una batalla de la que el mundo hablará durante *eones*.

Sereme vacila y dirige la atención hacia la otra puerta, la que conduce al dormitorio de Arkyn. Una puerta hacia la que, sin duda, esperaba que él la condujera tras acabar la comida.

Algo que no debería haber esperado.

Como Arkyn bien sabe, las expectativas suelen ser causa de gran dolor y decepción. Una lección que él aprendió cuando su pah pisoteó un huevo muy preciado.

—¿Y qué pasa con Raeve?

Arkyn ladea la cabeza mientras el fuego del hogar parece inclinarse hacia la conversación.

—Ella será la protagonista, por supuesto.

Sereme endurece la mirada.

—¿Y después? ¿Qué vais a hacer con ella?

Arkyn levanta una ceja y se acomoda más en su asiento, resolviendo que la pelea puede esperar, dado que de repente la conversación ha despertado su interés, por lo demás agotado.

Deja que el silencio hable por él, esperando a que Sereme se sienta lo bastante incómoda como para explicarse con detalle.

No tarda mucho.

—Habéis conseguido lo que queríais —espeta con los labios fruncidos—. Creo que es hora de liberarla, antes de que se vuelva

contra *nosotros*.

Una vez más, Arkyn pasa los dedos por las puntas de su corona.

—Tu actitud ha cambiado desde que perdiste el control sobre ella.

Sereme resopla por la nariz.

—Yo iría con cautela al usar la palabra *control*. Sí, ha sido un activo valioso, pero todo tiene una vida útil. Se ha vuelto temeraria por la libertad que le habéis dado. Es poderosa, impredecible; me atrevería a decir que a veces incluso rabiosa.

Sereme no sabe que eso es precisamente lo que tanto le gusta de su Alondra de Fuego. Los momentos en los que se le nubla la vista y da rienda suelta a su salvaje sed de sangre, algo que siempre lo hace sentir un poco menos solo en su perversión.

Hay una razón por la que obliga a sus discípulos a llevar máscara: para no ver las emociones reflejadas en sus ojos ni cómo se estremecen cuando abre la boca para hablar. Las opiniones de los demás le escuecen casi tanto como la causa de sus cicatrices, algo que a menudo todavía lo atormenta durante la duermevela.

—Sé lo que tenéis planeado, Arkyn, pero me temo que solo servirá para enfurecer a la bestia. —Sereme se inclina sobre la mesa y apoya la mano sobre ella con el entrecejo arrugado—. Mientras Raeve permanezca aquí, *ambos* estaremos en peligro.

Arkyn ladea la cabeza.

—¿Qué quieres que haga?

—Acabar con ella —gruñe Sereme, como si tuviese las palabras enroscadas en la punta de la lengua, listas para saltar—. Una vez que entre en la arena, no la dejéis salir. Sacad a un razah tras otro hasta que no quede *nada* de ella.

Arkyn observa el ornamentado frasquito que lleva Sereme colgado de su fino cuello, preguntándose si lamenta la pérdida del vínculo. Como responsable de Raeve, era indispensable, pero ¿ahora?

No es más que un blanco fácil al que su Alondra de Fuego está ansiosa por hincarle las garras. Y, al parecer, ella se ha dado cuenta de eso.

—Este es el momento, Arkyn. Todo por lo que hemos trabajado

durante tantas fases. Tenéis al rey de La Llama, un poderoso ejército preparado para tomar la capital, que ahora se encuentra sin corona, y cofres *llenos* de gemas de rocadragón y oro. —Se lleva la otra mano al frasco—. Tenéis a vuestra *reina* lista para ocupar el trono a vuestro lado.

Arkyn deja de tamborilear con los dedos.

Sereme no parece advertir cómo se le oscurecen los ojos a Arkyn. De hacerlo, haría lo que este acaba de sugerirle y se marcharía.

*Enseguida.*

—¿Mi reina, dices?

Ella asiente con firmeza.

—Pero no hay sitio para tres en ese trono. No voy a compartir el reposabrazos con Raeve. Es hora de tomar lo que es vuestro por derecho de nacimiento y mantener a los monstruos encerrados en la oscuridad, donde tienen que estar.

El tono autoritario de Sereme no consigue suavizar en absoluto la mirada de Arkyn. Al contrario, hace cada vez más grande el agujero en el que ella misma se está metiendo.

«Si desprecia tanto a los monstruos, no debería haberse metido en la cama con uno».

—Tienes razón. —Las palabras son lentas, reflexivas—. Solo hay sitio para dos. —Arkyn se levanta de golpe—. Quítate el collar y ven conmigo.

Sereme abre mucho los ojos y, luego, junta las cejas.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo —le espeta él dirigiéndose a su dormitorio con aire indiferente.

Sereme vacila, pero al momento sigue la estela de la andrajosa capa del Rey Carroñero, aunque se detiene un momento para acicalarse en el reflejo deslustrado de una antigua coraza de bronce, como si creyera que la conduce a su lecho cubierto de pieles. Aminora el paso al ver que lo pasa de largo y cruza una puerta al fondo de la estancia, entrando en un túnel en penumbra.

Le cuesta demasiado tiempo formular la pregunta que Arkyn puede sentir retorciéndose tras sus labios.

—Arkyn…, ¿adónde vamos?

—Ya lo verás.

La respuesta son sobras arrojadas a un vagabundo mientras sus pasos resuenan en las paredes. Los de él, pesados y fuertes; los de ella, el repiqueteo de unos tacones sobre la piedra.

El túnel por fin se abre al mundo exterior: una solitaria extensión de espesa nieve iluminada por las lunas de plumalunas que cuelgan sobre su cabeza, con ciertas zonas cubiertas por una neblina que va desplazando la suave brisa.

Una duermevela tranquila salvo por una manada de parloteadores que pelean a lo lejos. Aun así, Sereme tiembla y se frota los brazos por el frío.

—¿Qué hacemos aquí fuera?

La pregunta sale de sus labios azulados acompañada de una bocanada de vaho, haciéndola parecer vulnerable.

Débil.

Cosas que Arkyn encuentra ofensivas. Esta mujer se creía digna de ser su reina, pero aquí está, acobardada por el frío.

«El mundo se la comerá».

—Estamos aquí porque ya no me sirves para nada —asegura con un suspiro mientras se quita la sangre seca de debajo de las uñas—. Tu boca es cálida, pero tus conjeturas me escuecen más que los putos dedos, y ya me he cansado de tu presencia.

Cada profética palabra le va quitando color al rostro de Sereme, hasta que queda tan pálida como las lunas de plumaluna, con los ojos redondos a juego con su forma.

Lo agarra del brazo; del derecho, el que fue devorado casi por completo por las llamas de un dragón hace mucho tiempo.

—Arkyn, por favor…

—Quítame la mano de encima.

Ella retrocede ante el fuego que ve avivarse en los ojos de Arkyn y se echa a temblar, aunque no se debe al viento frío y cortante que sopla, sino a que se ha dado cuenta de que van a deshacerse de ella, de que el hombre famoso por recoger carroña, por atesorar la basura de otros, la está desechando.

Arkyn levanta la barbilla y la mira con los párpados

entrecerrados, preguntándose cómo le irá ahí fuera, en el frío y oscuro mundo, si fracasará o triunfará.

Si se arrodillará ante otro e intentará volver así a la cima.

—Hace mucho tiempo —dice Arkyn tirando más sangre seca sobre la nieve—, el hombre que me engendró me arrojó a las llanuras y me dijo que corriera. Él también me veía como una mera herramienta que debía afilar para sus propósitos.

Sereme coge aire para hablar, pero se ve silenciada por un ademán de Arkyn.

—Veo que solo te importa lo que puedo ofrecerte —afirma con frialdad, y las palabras quedan suspendidas entre ellos como lunas… sacudiéndose, amenazando con caer.

Con causar *destrucción*.

—Dado que ya no tienes nada que yo desee a cambio, es hora de que corras.

Sereme da un paso atrás vacilante, dejando una huella con su bota morada sobre la nieve inmaculada que tiene a su espalda.

—Arkyn, mi amor…

Cliár emerge de su guarida en la montaña como una explosión de llamas soltando chillidos mientras surca el cielo. Su cuerpo extendido eclipsa la luna como una mancha ardiente, dejando una estela rojiza de polvo de estrellas.

Sereme se tambalea al ver a la antigua bestia y se lleva la mano al pecho mientras sus vaharadas de pánico le nublan el rostro.

El ave Elding vira a un lado y se inclina, despertando al mundo de la duermevela con su pesado aleteo.

Recoge las alas y se precipita hacia la falda de la montaña.

Arkyn advierte la mirada atónita de Sereme mientras se le dibuja una sonrisa burlona.

—Te dije que corrieras.



Pyrok

# CAPÍTULO 83

Me despierta un cadáver húmedo abofeteándome la mejilla.

Gimiendo, lo aparto, pero el sonido errático de unas alas batiendo y el clic-clac de unas garras arañando la piedra me hace abrir los ojos de golpe.

Me incorporo tan rápido que me da vueltas la cabeza. Aparto una manta que no recuerdo haberme echado encima, me froto los ojos y escudriño el espacio con la vista borrosa en busca de la bestia azul. Lo encuentro sobre el saco con los restos de las presas, que ahora tiene un agujero en un lado, un agujero en el que Gruffin ha metido la cabeza, el cuello y las garras delanteras, y el cabroncete rebusca entre el sangriento contenido, con las alas extendidas para mantener el equilibrio y la cola por encima de la cabeza, como si se preparara para clavarla.

—Joder, eres un auténtico peligro, ¿lo sabes?

Saca un cadáver agarrándolo de la columna vertebral y golpea el cráneo contra el suelo, como si sintiera el cerebro que hay dentro y tratase de soltarlo, igual que si estuviese quitándole la cáscara a una gonuez.

—Creadores… —murmuro pasándome la mano por la cara.

«Está a un paso de comernos mientras dormimos».

Al no ver rastro de Essi, me vuelvo para comprobar si se encuentra donde a veces se tumba, pero tampoco está ahí.

—¿Essi?

La única respuesta es un graznido voraz que me pone los pelos de punta en el momento menos oportuno.

Me dirijo a las escaleras que conducen a lo que creo que es el dormitorio de Essi, señalando al chiquitín al pasar.

—Como te la hayas comido, verás.

—¡Graaaaarrr!

He subido tres escalones cuando veo algo pálido revoloteando por el rabillo del ojo. Una alondra de papel está dándose de golpes contra el marco de la ventana, tratando de fundirse con una de las runas que Essi cubrió con mi sangre para concederme acceso a la vivienda.

Con el ceño fruncido, me apresuro a cruzar la habitación y cojo la alondra, que se retuerce en mi mano como si estuviera tan confundida como yo sobre su aparente atracción por la runa empapada con mi sangre, lo que me dificulta abrirla.

Cuando por fin he aplanado el pergamino, ojeo el texto y, al reconocer la caligrafía, mi pulso se calma.

Pero entonces leo las *palabras*.

*Gruffin estaba inquieto y no quería despertarte,*

*así que he ido a buscarle comida.*

*¡Enseguida vuelvo!*

*E.*

El corazón me da un vuelco.

Solo ha salido una vez desde que nos conocimos, y fue conmigo para buscar más piedras redondas después de que la última se incendiara espontáneamente y se convirtiera en una nube de polvo negro. Por lo general, evita salir de la vivienda a toda costa, ¿y se ha ido de caza?

«Esto no tiene sentido».

Un aullido lejano me hace mirar hacia la ventana, donde las Nieblas dejan entrever a una feérica de larga melena pelirroja cojeando por la llanura en dirección a la muralla. Arrastra a un vermis de las nieves muerto en un hatillo improvisado.

Cuando vuelvo a tomar aire, es como si me diesen una puñalada.

«Essi…».

Las Nieblas se desplazan de nuevo y, al entornar los ojos, vislumbro a un esbelto corvo blanco acechándola como una pesadilla. Lleva el hocico pegado al suelo y su pelaje se confunde con la nieve. A su lado, va otra bestia más grande, la cual se detiene un instante y echa la cabeza atrás con sus enormes fauces abiertas, lanzando tal aullido que me estremezco.

Antes de que la realidad hunda sus garras demasiado hondo, cojo mis armas, me pongo las botas y salgo por la maldita ventana.

Los corvos no cazan en parejas. Cazan en manadas lo bastante grandes como para derribar a un dragón herido y se esconden en las franjas de niebla porque ni siquiera a los espectros les gusta el sabor de su alma podrida.

Pero su comida *favorita* son los feéricos solitarios errantes.



Pyrok

# CAPÍTULO 84

Corro a toda velocidad por la llanura, con las mejillas y los dedos entumecidos por el frío, hasta que estoy lo bastante cerca como para cruzar la mirada con Essi, en cuyos ojos veo destellos de vergüenza, de *fracaso*.

Nada de eso tiene sentido.

Una oleada de pánico me impulsa a seguir adelante al ver cómo se sujeta el brazo pegado al abdomen y las salpicaduras rojas en su pálida mejilla.

«Está sangrando».

«Mierda».

Sopla una ráfaga de viento, lo que hace que las Nieblas se acerquen, amenazando con envolvernos. Los ladridos y las carcajadas me crispan los nervios; sin duda, los corvos están conversando sobre nuestra muerte inminente, algo que desde luego se hará realidad si no nos largamos de aquí.

Corro más rápido, más fuerte; machaco la nieve con las botas, haciendo unos agujeros que casi me engullen las espinillas.

Essi suelta el pesado hatillo. A duras penas, logra dar tres pasos

más y se hunde de rodillas, con la capa extendida como un charco de tinta. Aparta la mano de la cintura y observa la sangre que gotea de sus dedos, un gran contraste con el entorno; es del mismo color que su cabello, que se agita cual llama de siegasable.

Esa imagen me afecta. Me atraviesa el pecho, me agarra el corazón y lo hunde en la nieve.

Alza la vista hacia mí y veo resignación en su mirada mientras una figura emerge tras ella: un gran corvo al galope por entre las Nieblas. Sus potentes andares contrastan con sus extremidades nudosas y sus huesos protuberantes.

Gruñe enseñando los dientes, con sus ojos blancos fijos en Essi.

La rabia estalla en mi pecho.

Desenvaino mi espada y salto. La bestia también salta, con las garras hacia fuera y las fauces abiertas, ansiosa por la sangre de Essi.

—¡APARTA!

Ella se tira al suelo.

Colisiono contra el corvo —garras contra acero—, derribándolo, aunque aterrizo con tanta fuerza que noto una sacudida en la columna. Corto en dos a la escuálida bestia de un fuerte tajo, haciendo volar sus tripas.

Apenas he recuperado el equilibrio cuando otra bestia nos ataca por un lado.

Con Essi todavía tirada en el suelo a mi espalda, giro la espada justo a tiempo de cortarle el cuello a la bestia.

La nieve se tiñe con más sangre.

Otra ráfaga de viento agita la niebla, convirtiéndola en un vórtice cegador, lo que nos dificulta la vista del muro.

De la *salida*.

—Maldito sitio —mascullo volviéndome, y veo a otra bestia acechando. Olfatea el aire y echa la cabeza hacia atrás, aullando al cielo.

Gruño, adoptando una postura más firme mientras las Nieblas cobran vida con una sinfonía de aullidos voraces.

Sin apartar la vista de los inquietantes ojos de la bestia, ayudo a

Essi a ponerse en pie. La protejo con el brazo izquierdo mientras oteo los alrededores, donde veo a numerosas criaturas salir de las Nieblas arremolinadas: cinco.

Siete.

*Nueve.*

Van encogidas y muestran sus fauces babeantes mientras se turnan para dar dentelladas al aire, buscando nuestro punto débil.

—En cuanto se disipen las Nieblas —murmuro pasando la vista de una criatura a otra, tratando de anticipar cuál de ellas atacará primero—, quiero que corras.

—No quiero alarmarte, pero, teniendo en cuenta lo que sangro, no es que tenga mucho sentido…

Uno de los corvos más pequeños se abalanza hacia nosotros, tratando de atacar a Essi por un costado.

Me vuelvo rápidamente.

Essi jadea pegada a mi oído y tiene los dedos clavados en mi brazo mientras yo suelto un gruñido y alzo mi espada a modo de pica, empalando a la bestia, que chilla mientras su carne, órganos y huesos ceden por la afilada hoja.

Cae al suelo con un fuerte zas.

—Demasiado tarde —farfullo usando mi bota como palanca para liberar mi espada del cadáver—. Considérame *alarmado*.

Se oyen murmullos, gritos y gruñidos en las Nieblas, pintando una sombría imagen del enorme tamaño de la jauría, dejándonos casi sin opciones.

Excepto *una*.

Clavo la espada en el suelo y me meto la mano en el bolsillo de los pantalones sin dejar de escudriñar el apretado círculo de depredadores enfurecidos.

—Espero que no tengas nada en contra del fuego —murmuro sacando mi vial—. Y perdona, porque se va a poner fea la cosa.

Essi suelta un suspiro mientras yo levanto la tapa y me abro a Ignos, impactado por su lenguaje sibilante y crepitante, tan voraz como siempre. Siempre está dispuesto a reducir algo a cenizas.

—¡*Geish athhh vill-vah sheith vakath, Ignos! ¡Eeth atash éno-vui!*

El dios del Fuego ruge con deleite y sale disparado de mi vial sin

vacilar, convirtiéndose en un torbellino que nos envuelve, un remolino de llamas hambrientas.

Cunde el pánico: gritos, ladridos y aullidos atraviesan el abrasador estruendo y la ávida melodía de un dios insaciable.

El aire se vuelve sofocante, impregnado del hedor a carne y pelo quemados. Es tan potente que me dan náuseas.

A mi espalda, Essi se tambalea y se sujeta en mí, haciéndome sentir más importante de lo que nunca me he sentido en toda mi triste existencia.

Me enderezo un poco, busco su mano y se la aprieto mientras el mundo arde a nuestro alrededor. Odio que se vea obligada a presenciar esto. Desearía poder protegerla de los gemidos agónicos y del maldito tufo. Ella me da un apretón en silencio a modo de agradecimiento, pero luego me suelta y da un paso adelante.

*Lejos* de mí.

Le escupo otra orden a Ignos echando un vistazo por encima del hombro y noto un movimiento en el aire que me pone de punta el vello del brazo derecho. Al darme la vuelta, veo un corvo en llamas, cargando a ciegas, tratando de escapar del fuego que le devora la piel.

Arranco mi espada del suelo y, zas, decapito a la bestia, poniendo fin a su sufrimiento.

Un rugido agudo cruza el cielo y siento un escalofrío al oír un aleteo rítmico, el temible sonido de un dragón hambriento.

«Creadores, ahora no…».

Con el corazón en la garganta, levanto la vista y veo a un sanguinario fundefauces atravesando el humo. Pliega las alas y aterriza con las garras extendidas entre las llamas, agarrando a un corvo.

—Joder.

«Podría haber sido Essi».

«Tengo que sacarla de aquí».

Me vuelvo con la intención de echármela al hombro y correr hacia el muro, pero la veo dirigiéndose con paso vacilante hacia la barricada de fuego. Apenas me da tiempo a procesar lo que veo cuando se mete en medio de las llamas.

Y desaparece.



Pyrok

# CAPÍTULO 85

¡ESSI!

Caigo de rodillas y me arrastro por la nieve. Me siento como si tuviera doce fases otra vez y estuviese viendo a mah cruzar ese puente celeste, dando un paso certero por encima de la barandilla mientras yo gritaba su nombre y la veía chocar contra el suelo en la maldita zanja de abajo, de donde ya no volvió a moverse.

—ESSI… No.

«Esto no está pasando».

«¡ESTO NO ESTÁ PASANDO, JODER!».

Ignos comienza a debilitarse, pero aparto la vista del lugar donde he visto desaparecer a Essi, demasiado asustado por lo que pueda ver. Su cuerpo en el barro destripado.

Sin vida.

Acuden más fundefauces en masa, como una tormenta atronadora. Sin duda, atraídos por el hedor de la carne chamuscada, chillan y se lanzan en picado para atrapar a las bestias asadas. Algunos se acercan tanto que están a punto de azotarme con la púa de la cola mientras me dejo caer sobre los talones llevándome las

manos al pelo.

«Ella acaba de…».

«ELLA…».

Un chillido ensordecedor cruza el aire lleno de humo.

Se me eriza el vello de la nuca y, al levantar la vista…, me topo con los ojos rojo brillante de un fundefauces color morado que se abalanza sobre mí con las garras extendidas, listas para atraparme. Es un macho, a juzgar por su descomunal tamaño.

Su rítmico aleteo azota el aire contra mi piel, removiendo cenizas y brasas al tiempo que aviva las ascuas.

Ya está. El horrible final que llevo esperando desde el dae en que no me di cuenta de lo que mah estaba a punto de hacer. Desde que la seguí por el castillo como una sombra quejándome de una discusión que había tenido con Dothea sin darme cuenta de la mirada perdida que a veces tenía…, cuando se dejaba llevar por pensamientos sobre nuestra hermana menor, que murió demasiado pronto.

Hasta que fue demasiado tarde.

Hasta que me miró de soslayo mientras el viento enredaba su cabello rojo como la sangre y adelantaba el pie.

Hasta que cayó mientras yo le gritaba que volviera conmigo.

No me acobardo. Echo la cabeza atrás y miro al fundefauces directamente a sus malditos ojos rojizos. Dejo expuesta la garganta y aprieto los puños al tiempo que tenso todos los músculos de mi cuerpo y grito cuatro palabras incendiarias:

—¡VETE A LA MIERDA!

Algo choca contra mi muro interno con tal fuerza que me sacude. Me invade una oleada de pánico antes de que me llegue un alarido por la espalda.

Una ráfaga de aire. Un embate atronador. Un destello de plumaje amarillo y dorado que desciende casi lo suficiente como para tocarlo.

El corazón me martillea y se me para de golpe al ver chocar a Maell contra la bestia, que la dobla en tamaño, pero no antes de que el dragón desconocido dé un latigazo con la cola, intentando clavarme su púa venenosa, que brilla a la luz del fuego.

«Por poco».

Arañazos, picotazos, llamas naranjas mientras ambos dragones luchan por imponerse. Maell grita su cólera al mundo y yo me siento abrumado porque temo por su seguridad.

Por su *vida*.

«Es demasiado pequeña para esto. Demasiado dulce y tierna…».

—¡Maell, retírate!

Levanto mi muro interno y grito a través de nuestro vínculo. No obtengo respuesta, pues su atención está puesta en sobrevivir a cada llamarada.

Cada latigazo de una púa y cada dentellada.

—¡RETÍRATE!

El rugido viene acompañado de sangre.

Otro fundefauces, mucho más pequeño y con el mismo plumaje morado, se une al choque de llamas y picotazos, como montañas en guerra.

Con el corazón acelerado, me pongo en pie como puedo.

—¡MAELL, RETÍRATE!

Sus movimientos se vuelven tan frenéticos que no se ve más que un torbellino de alas mientras se despedazan con garras y fauces, salpicando de rojo la nieve.

El miedo me oprime la garganta como una puta soga.

Maell nunca ha mostrado interés en atacar a otro dragón. Nunca ha acabado con nada que no fuera a comerse.

No deja de caer sangre acompañada de un torrente de plumas amarillas. Una visión que me destroza mientras la adrenalina de Maell comienza a perder su efecto y sus movimientos se vuelven más lentos…, más débiles… Las bestias más grandes dominan el combate con sus ataques sincronizados.

—¡MAELL! —Se me desencaja la cara y enseño los dientes—. ¡RETÍRATE!

Una punzada de dolor en el vientre me hace bajar la vista.

Al apartar la capa, veo que tengo la camisa rasgada. Hago más grande el agujero, algo de lo que me arrepiento al instante, pues me doy cuenta de que el fundefauces morado no ha estado a punto de

alcanzarme con la cola…

Me ha dado de lleno. Me ha atravesado el abdomen, seccionándome los abdominales, un corte sangriento que deja al descubierto mis entrañas, que ya apenas caben dentro de mi cuerpo.

—Joder.

«Un paso en falso y se esparcirán».

Maell chilla.

Levanto la vista y la busco entre el humo, con el corazón en un puño que no deja de aplastarlo.

Me tambaleo, seguro de que el mundo se está sacudiendo. Mis rodillas se hunden en la nieve mientras tomo densas bocanadas de aire, como si estuviera respirando a través de un paño lleno de mugre.

Es probable que eso quiera decir…

Al echar otro vistazo a la nauseabunda herida, advierto que el veneno rojo del fundefauces se ramifica desde el corte, entretejiéndose con mi piel.

Gimo al pensar en lo que les estará haciendo a mis órganos. Sé que no me queda mucho tiempo hasta que ya no pueda moverme, hasta que mi cuerpo se rinda, dejándome paralizado pero consciente. La comida perfecta para arrojar a las crías cuando gorjean, incapaz de resistirme mientras me van despedazando poco a poco.

Probablemente, la peor forma de morir.

«Que le den a ese dragón. Si me va a comer alguien, que sea Gruffin».

El viento sopla con fuerza, despejando las Nieblas. Observo la pared que tengo delante, aunque me falla la vista y veo doble, mientras me sujeto las entrañas y hago acopio de fuerzas para ponerme en pie.

Me abro paso como puedo por entre un cementerio humeante perseguido por los chillidos de Maell, que me perforan hasta los huesos…

«¡Retirada! —grito mentalmente—. ¡Por favor, Maell! Por favor, escucha».

Me sale un sonido gutural, no nacido de mis entrañas reventadas, sino de los chillidos de ella, de los agonizantes gritos que dirige al cielo.

A *mí*.

«Vive…, por favor».

Solo silencio como respuesta.

Me fallan las piernas.

Mantengo mis entrañas sujetas con el brazo cuando me desplomo y caigo sobre un barro que apesta a muerte, cegado por un dolor agudo. Es como si me hubieran clavado unas garras en el vientre y me hubiesen partido por la mitad, abriendo una herida enorme.

Se me aclara la vista y agudizo la mirada. Exhalo un aliento húmedo entre dientes y toso, expulsando sangre.

Apretando los dientes, extiendo el brazo libre y me arrastro por el barro con la mirada fija en la pared. Soy demasiado consciente del inquietante entumecimiento que se está apoderando de mis músculos, engulléndome poco a poco.

*Inmovilizándome.*

La cálida esperanza se escapa de mis venas y se ve sustituida por una amarga resignación.

«No voy a conseguirlo».

Cada vez me cuesta más respirar. Apenas tomo aire suficiente para evitar que se me empiece a nublar la vista.

«Mah murió con la cara contra el suelo».

«No quiero morir así».

Me sostengo y empleo las pocas fuerzas que me quedan para echarme hacia un lado y, luego, me tumbo boca arriba, aspirando entre dientes a toda velocidad.

Después, más despacio.

El tiempo se detiene, se distorsiona y se vuelve pesado mientras contemplo las lunas de fundefauces a través de unas densas nubes de humo y cintas plateadas luminosas…

Incluso en la muerte, los dragones son magníficos; a diferencia de mí, que estoy pudriéndome en el barro. Es lo que me corresponde, teniendo en cuenta lo fácil que me resultó renunciar a

Dothea. A un territorio que probablemente me necesitaba, aunque no tuviera mucho que ofrecer.

«Aun así».

Al notar un leve movimiento a mi izquierda, ladeo la cabeza. El mundo entero se sacude al hacerlo, y convulsiono con una arcada. Me las arreglo para controlar mis entrañas mientras escudriño el infierno que he creado, justo el lugar por donde ha desaparecido Essi.

Se oye un golpe sordo, una ondulación en el aire que hace que se me pare el corazón.

Siento un escalofrío por la espalda.

El fuego comienza a retorcerse, a silbar y a crecer, latiendo con vida. Parece una cría recién salida de las llamas que extiende sus alas, ladea la cabeza.

Emite un grito agudo.

Durante un instante, me pregunto si Ignos está jugando a transformarse en bestias aladas. Me doy cuenta de que es mucho más simple que eso: las llamas se retiran, dejando a la vista una mítica ave Elding batiendo sus alas, con un plumaje del color del fuego y un afilado pico dorado. Una imagen sacada directamente de mi imaginación, no cabe duda, que es tal y como mah la describía cada duermevela antes de acostarnos a Dothea y a mí y desearnos que durmiésemos bien. Tal y como se la describí yo a Roan después de que naciera bastardo en mi familia y tuviera que esconderse en las sombras en cuanto lo separaron del cuerpo sin vida de su mah.

«Supongo que el veneno ya me ha afectado al cerebro».

La increíblemente detallada aparición despliega las alas y da un salto batiéndolas, saliendo de las llamas como si se lanzara desde un nido al tiempo que despide un aire caliente contra mi piel que parece real. Se va elevando con movimientos rítmicos mientras de sus alas y cola se desprenden ascuas, que caen como gotas de lava, chisporroteando antes de tocar el suelo. Luego, atraviesa una densa nube de humo que se revuelve a su paso.

Y desaparece…, como si nunca hubiera estado aquí.

«Y no lo estaba, para ser sinceros».

Sin nada más que hacer que esperar a que la vida se me escurra,

me quedo mirando el humo arremolinado durante lo que me parece una eternidad, abrumado por el doloroso estruendo de los dragones luchando.

Y espero. El qué no lo sé.

Quizá a que se alivie este maldito dolor en el pecho.

Sin embargo, no sucede; al contrario, la situación empeora cuando veo salir corriendo una pequeña figura esbelta de la penumbra envuelta en humo, y me oprime desde todos los ángulos. Está cubierta de barro y ceniza, pero eso no consigue ocultar su llamativa melena pelirroja.

Nada podría hacerlo.

«Essi…».

Incluso en mi fantasía, su belleza es incomparable. Viene corriendo hacia mí con gracilidad, como si estuviera hecha de aire. No puedo evitar desear que hubiéramos pasado más tiempo juntos, que no le hubiera fallado cuando caí rendido en el suelo, a sus pies, durmiendo mientras ella cazaba en estas putas llanuras que ya se han tragado demasiadas cosas.

Se deja caer de rodillas a mi lado y veo el pánico reflejado en su rostro mientras me observa con los ojos muy abiertos.

La cercanía de esta presencia me pone la piel de gallina. Puedo sentirla. Eso significa que también lo sentiré cuando me devoren si no me desangro antes.

Genial.

Con las manos temblorosas, intenta pasarse el pelo detrás de las orejas.

—Mierda, mierda, mierda —murmura, y levanta lo que me queda de camisa, tocando mi piel con la suya, que me resulta demasiado tibia y real.

«Es más de lo que merezco».

Examina mi herida y me rasga aún más la camisa para comprobar el resto de mi cuerpo, trazando las venas rojas de la muerte con esos ojos condenadamente bellos que tiene.

—Lo…, lo siento.

—Ahorra aliento —gruñe con la vista clavada en mi torso.

Si tuviera más control sobre la alucinación, haría que me mirara

a los ojos hasta el final. Utilizo las últimas fuerzas que me quedan para levantar la mano y acariciarle el rostro. Ella ahoga una exclamación y por fin me mira a los ojos, en los que veo algo que creo haber buscado toda mi vida.

—No me mires así —me espeta, y baja la vista a mi herida—. No vas a morir.

Se me cae la mano. La energía se ha agotado.

«Ahí te equivocas, cariño…».

Quizá lo haya dicho en voz alta, porque gruñe y se me sienta encima. Todo el aire sale de mis pulmones mientras miro sus fieros ojos, deseando que todos mis sueños se hubieran hecho realidad cuando mi corazón no estaba fallando.

Cuando el suyo *aún latía*.

—¡No estoy muerta! —Me agarra la mano y se la lleva a su pecho, justo encima del corazón, cuyas palpitaciones son fuertes y rápidas.

«Todo esto demuestra que mi imaginación está siendo muy benevolente conmigo».

—Por todos los Creadores… —murmura, y clava los dedos en mi herida, haciéndome sentir un dolor *muy real*, como si acabara de tomar una cucharada de mis entrañas—. ¡QUE NO ESTOY MUERTA, MALDITA SEA!

Creo que suelto un rugido, aunque en realidad no me queda aliento para ello, y me la quedo mirando tanto rato que me empiezan a doler los ojos. Trazo un mapa de las pecas de sus mejillas, todas justo donde han de estar, de sus grandes ojos, endurecidos por una determinación desgarradora. Tiene la misma mirada que cuando trabaja con esas malditas piedras, pero más intensa.

Por último, miro la peca que tiene sobre los labios, demasiado real, demasiado perfecta para que la esté soñando.

«Eso significa…».

Un gemido me sube por la garganta.

—Pero no tardarás en acabar muerto si no te curo. Tienes las tripas fuera.

—Tú… Lla-llamas.

Me pone la mano en la boca, haciéndome callar.

—Ahorra fuerzas —gruñe con una urgencia que me oprime tanto que me cuesta respirar—. Voy a curarte, pero necesito que confíes en mí.

No creo que se dé cuenta del poder que tiene sobre mí en este momento. Si me pidiese el alma, se la entregaría con un lazo.

Consigo asentir con la cabeza.

Se le empañan los ojos con lo que parece ser vergüenza mientras se lleva la muñeca a la boca y se la muerde profundamente. Al retirarla, brota un carmesí del tajo en forma de media luna. Vacila, murmurando algunas blasfemias, y presiona la herida contra mis labios, haciendo que su sangre gotee sobre mi lengua. Se me llena la boca de un sabor metálico caliente con un tono ahumado, como si su ser estuviera… *quemado*.

Frunzo el ceño e intento murmurar algo contra su carne.

—¡Cállate y traga!

Se le quiebra la voz al darme la orden.

Busco sus ojos y obedezco, dejando que mis músculos se contraigan. Su sangre baja por mi garganta como si de aceite se tratara, captando la luz al hacerlo y volviéndose caliente…

No.

*Ardiente*. Como si acabara de tomarme un cubo de lava.

El fuego crece con furia, sacudiéndose contra los estrechos confines de mi estómago, con la intención de derretirme por dentro.

Abro la boca para preguntar qué está pasando, qué me ha hecho, pero solo me sale un rugido.

Essi me coge la mano y se la lleva a la mejilla. Me acaricia la palma con la nariz mientras se le llenan los ojos de lágrimas, que dejan un rastro limpio en sus mejillas cubiertas de ceniza.

Es lo último que veo antes de que el fuego me consuma.

Y caigo, retorciéndome en la oscuridad.



Kaan

# CAPÍTULO 86

Otro chillido agudo resuena en mi celda, una de las muchas que rodean la arena.

Levanto la barbilla del pecho y miro a través de mis mechones empapados en sudor. Un hilo de sangre se me cuela en el ojo, distorsionando mi ya deteriorada visión de la sangrienta arena de combate que tengo delante.

Poso la vista en un razah, encorvado y retorcido como un feérico quemado lleno de costras, sin orejas, nariz ni pelo, como si se le hubieran chamuscado. Tiene la boca abierta, en la que se ven unos dientes más afilados que los de un dragón, y sus pequeños ojos brillantes clavados en su objetivo, que huye.

Una feérica con ampollas en las piernas y el miedo reflejado en sus ojos. Su largo cabello no es más que una franja pálida mientras corre por la arena, haciéndome evocar la imagen de Kyzari. No de mi sobrina, como me han hecho creer, sino de mi propia sangre.

De mi *hija*.

La maravillosa prueba de que el amor entre su mah y yo era real, vaya si lo era.

Aún no lo he asimilado; para mí todavía es un regalo que no me atrevo a aceptar por miedo a que se escurra entre mis dedos. Porque eso es justo lo que podría pasar.

«Lo que podría pasar con ella».

La feérica tropieza en su huida, y siento cómo se me revuelven las tripas.

—Levántate —grito, ahogado por la mordaza.

«¡LEVÁNTATE!».

El razah se abalanza sobre ella, derribándola, agacha rápidamente la cabeza y le arranca un trozo de carne de la pierna.

Incapacitada, la joven aúlla, algo que me desgarra y me hace soltar un gemido mientras la veo arañar el suelo humeante. Se ve arrastrada hacia atrás por la tierra en dirección a un hervidero volcánico que los engulle a ambos al son de mis gritos ahogados.

«No es Kyzari», me digo una y otra vez.

«No es Kyzari».

Pero es la hija de alguien, tal vez la amante de alguien o el sentido de su existencia.

«Lo es todo para alguien y ya no está».

Tiro de los gruesos grilletes de hierro que me mantienen suspendido del techo, activando sus runas. Casi *agradezco* la punzada que surge como respuesta, pues los fríos grilletes de metal parecen mandíbulas clavándose en mi carne y huesos.

Una crueldad, supongo, aunque palidece en comparación con el dolor lacerante que siento en el pecho. Es como si esos mismos grilletes estuvieran alrededor de mi corazón y lo mordiesen cada vez que late.

Hago todo lo posible por ignorar la incontenible agonía, por recomponerme mientras destrozan a otras víctimas, a las que les arrancan las tripas, que caen sobre el ardiente suelo. Sus alaridos quedan ahogados por el rugido de una multitud insaciable que no veo desde aquí abajo; gritos y aullidos que perduran mucho después

de que la mayoría de las bestias hayan regresado a las entrañas de fuego cargadas con comida fresca.

Siento un escalofrío a pesar del calor, aún atormentado por el frío que me entumece por dentro, por ese líquido que Sereme me obligó a ingerir, así como otras dosis que me han dado contra mi voluntad.

Es muy posible que esté teniendo el mismo efecto en Rygun, que él no sea consciente de mi sufrimiento, pero no pienso correr el riesgo. Así, me concentro y añado otra escama de mi esencia al muro interno que lo separa de mí. Un muro que he estado reforzando y ahora es tan grueso que se mantiene en pie incluso aunque yo pierda el conocimiento.

Por poderoso que sea Rygun, tan al sur el frío acabaría con él. Sería una muerte lenta pero inevitable.

Si percibe la más mínima señal de que estoy en peligro, acudirá y esto se convertirá en una tragedia aún mayor.

Añado otra escama más a mi muro justo cuando pasa Arkyn con una corona acabada en puntas colgando de su mano. Se detiene ante la puerta con rejas mientras su ajada capa ondea al viento sulfuroso que emana de la arena. Se le cae la capucha, dejando al descubierto la parte posterior de su cabeza, muy parecida a la de pah cuando se la corté: tiene zonas con algunos mechones lacios de pelo oscuro, aunque el resto es un amasijo de carne desfigurada por las llamas.

Una prueba irrefutable de que la siegasable de pah lo persiguió por las llanuras y lo chamuscó.

Reina el silencio entre nosotros mientras Arkyn observa al último feérico enfrentarse a un pequeño razah que patea el suelo…

—Mah me contaba historias sobre estas bestias cuando era joven —murmura tan bajo que imagino que lo dice más para sí mismo que para mí—. Decía que son los espíritus rabiosos de los feéricos perecidos, mentes cegadas por su sed de sangre, cuerpos arrojados al fuego y vueltos a forjar por Ignos de una manera que nadie comprende del todo. Nunca se cansan de la batalla. Si los masacran, las brasas los engullen, pero los escupen enteros de nuevo. O se alimentan y crecen.

El razah arremete contra el joven feérico, derribándolo, y le

arranca la tráquea con un movimiento rápido, todo ello al son de los aullidos de la multitud sedienta de sangre. Gritos y abucheos que resuenan mucho después de que la última bestia haya vuelto a sumergirse en el hervidero de lava que la engendró.

—Esta horda ha crecido y se ha vuelto mucho más fuerte desde que mi Alondra de Fuego me abandonó.

Quiero arrancarle el nombre de la boca, tallarlo en un arma y desollarlo con ella. Despedazarlo miembro a miembro por lo que le ha hecho a mi familia.

Tiro de mis grilletes, pero me quedo quieto cuando comienza a levantarse con sacudidas una reja al otro lado de la arena. Poco a poco, va revelando la figura esbelta de una persona envuelta en la oscuridad.

El corazón me da un vuelco, dejándome sin respiración.

La reja sigue levantándose hasta que parece una mandíbula abierta de par en par.

La mujer atraviesa las nubes de humo y vapor, que solo me permiten vislumbrar imágenes fugaces de ella. Primero, sus pies, con unas botas de cuero que facilitan el movimiento. Sin duda, no la protegen contra el abrasador terreno de roca casi fundida.

Otra nube de humo revela casi todo del cuello para abajo, donde lleva placas de armadura plateada ya ajadas que le cubren algunas partes de su cuerpo: los hombros, los pechos y la curva de las caderas. Debajo, se aprecia un tejido blanco deshilachado, como una falda corta rasgada, y empuña una daga en cada mano. Todo ello distorsionado por las ondas del calor y la bruma de la arena volcánica.

—Maravillosa, ¿verdad?

Ignoro a Arkyn, pues tengo la suerte de poder ver el rostro de ella, oculto en su mayor parte por las vetas y filigranas de un ornamentado yelmo de plata que cubre todo excepto sus ojos, mandíbula y labios. Su pálida piel está impecable, sin ninguna de las quemaduras que la devoraron hasta los huesos en algunas zonas, sin duda sanadas desde que se la llevaron de aquella mesa con una mirada tan vacía que estoy seguro de que se había escondido en algún lugar profundo. Pero sé que es Raeve. Aunque sus

movimientos son más animalescos que feéricos, con una agilidad propia de una elegante bestia.

Aunque sus ojos sean negros.

Aprieto los dientes contra la mordaza, desesperado por gritar su nombre y sentir su mirada sobre mí. Que sepa que estoy aquí.

Que estoy *con ella*.

Mientras se dirige hacia el centro de la arena, la piedra volcánica se despierta, palpitando con un calor luminoso bajo sus pies, entre los gritos y exclamaciones de la multitud. Se me acelera el pulso cuando las llamas se elevan, acumulándose entre sus omóplatos mientras pasan del rojo al amarillo y al blanco intenso, como las alas desgarradas de un plumaluna desplegadas.

Sube por unos montículos de piedra roja y gris cubiertos de humo con el porte de un depredador alfa mientras la muchedumbre comienza un cántico. Por ella.

¡Alondra de Fuego!

¡Alondra de Fuego!

¡Alondra de Fuego!

—Siempre me pregunté por qué cuenta con el favor de Ignos aquí —dice Arkyn con adulación mirándola con una curiosidad que roza la obsesión, al parecer embelesado de una forma que me repugna—. Supongo que ahora puedo empezar a entenderlo, ahora que conozco su herencia.

Quiero rugir. Estamparlo contra el suelo y decirle que no entiende nada.

*Nunca* lo entenderá.

—Veo cuánto la quieres. Yo también sé lo que se siente cuando te quitan algo que quieres. Pero mírala —dice con arrogancia observando a Raeve detenerse en un montículo de roca humeante, con la barbilla apoyada en el pecho y esas alas llameantes envolviéndola como un capullo vaporoso—. Es demasiado para un tonto de buen corazón como tú.

Sus palabras me hieren. Mucho más de lo que jamás le haré saber.

¡Alondra de Fuego!

¡Alondra de Fuego!

¡Alondra de Fuego!

Arkyn se pone la afilada corona y da media vuelta.

Al ver su rostro desfigurado, se me queda el aire atascado en la garganta. Parece una versión delgada y encorvada de pah.

—Aprenderá a tolerarme en tu ausencia. —Se le crispa el rostro mientras lo observo, como si estuviera juzgando cada movimiento de mis ojos—. Pero primero ha de ser domada debidamente, como cualquier bestia leal.

Gruño. Me sacudo.

No veo la navaja que lleva en la mano hasta que me la clava en el pecho, haciéndome una herida superficial que se abre con cada movimiento brusco.

Por la alegría que se refleja en sus ojos mientras observa el tajo, por el temblor en su respiración al darme otra puñalada, cree que estoy sufriendo a causa de su navaja, ajeno a lo entumecido que estoy.

Físicamente.

Qué puta pérdida de tiempo para él pensar que el dolor va a distraerme de la herida abierta de mi corazón; de saber que Raeve está en una arena de combate presa de un monstruo que acaba de tirarle a la cara su pasado y se lo ha hecho tragar por puro sadismo; de saber que mi hija está ahora mismo en una celda cercana magullada, quizá luchando por sobrevivir.

Kyzari debería estar en mis brazos. Debería abrazarla tan fuerte que se olvidara del dolor y la hiciera sentir segura.

*Querida.*

—Me habría gustado acabar contigo, hermano…, pero me he encariñado con el cosquilleo que siento en las yemas de los dedos. —Arkyn alza la hoja y da un paso atrás para examinar su obra. Luego, me la pone contra el esternón y comienza a darme otro tajo cruelmente—. Renunciar a mi sed de sangre por la mera satisfacción de arrebatarte el aliento me parece un desperdicio. Además, prefiero ver cómo lo hace ella.

Levanto la mirada, con el pulso acelerado.

¡Alondra de Fuego!

¡Alondra de Fuego!

¡Alondra de Fuego!

—Teniendo en cuenta que te creíste su notita hace tantas fases y la dejaste marchar con tu descendencia en su vientre, se merece acabar ella misma con el hombre que le falló cuando más lo necesitaba. —Logra esbozar una sonrisa sádica a pesar de tener la boca mutilada, aunque desaparece en un abrir y cerrar de ojos—. Pero, primero, un pequeño regalo de despedida, para que pienses en mí cada vez que respires hasta tu último aliento.

Me clava la pequeña hoja entre las costillas y la dirige al lóbulo inferior del pulmón derecho. A pesar del dolor, mi rugido ahogado se debe solo a *ella*…, porque Arkyn tiene razón.

Le fallé a Elluin. Le fallé a Kyzari.

«Igual que le estoy fallando a Raeve».

Ella se verá obligada a matarme y sé que nunca se recuperará de haberlo hecho. Esto será el fin para ambos, de una forma u otra.

Gira la delgada hoja, como si tuviera un dedo entre mis costillas, separándolas aún más.

—Con tu muerte, demuestro que soy más fuerte que tú, aunque pah estuviese demasiado ciego para verlo. Lo celebraré durante el resto de mis daes.

Saca la hoja de golpe.

Jadeo, respirando superficialmente. No consigo aire suficiente para evitar que me dé vueltas la cabeza y mi siguiente respiración es brusca, acompañada de una tos dolorosa que sabe a metal y de sangre manando por la herida.

Una señal clara de que me ha perforado el pulmón.

Al mirar más allá del monstruo que intenta destruir a mi familia, veo doble. Me centro en Raeve, apenas visible por el remolino de humo.

Atisbo sus ojos: abiertos.

Me mira a través de los barrotes: ojos negros y brillantes, con destellos apenas visibles desde esta distancia. La confirmación de que se ha entregado a Slátra.

O tal vez Slátra la haya tomado por la fuerza. Quizá ella sea consciente de lo que se le ha ordenado a Raeve y haya asumido la tarea de acabar conmigo. Protegiendo a Raeve, como siempre ha

hecho.

«Como espero que siempre haga».

¡Alondra de Fuego!

¡Alondra de Fuego!

Arkyn se interpone en mi campo de visión al retroceder y les hace un gesto a sus guardias. Estos se acercan, me vendan las heridas con una tela negra y me colocan una armadura de cuero marrón que me cubre hombros, pecho y muslos, ocultando parcialmente mis pantalones, quemados y hechos jirones.

Alguien se acerca con una máscara de bronce, pero Arkyn levanta una mano.

—Sin máscara.

La tranquila orden provoca una oleada de inquietud en la celda, como el amenazante balanceo de un hacha. Todos se quedan quietos, incluso los que me están atando el parche de cuero al brazo derecho, cubriendo un gran moretón.

—Tienen que verle el rostro. Su muerte en la arena será el pago por sus crímenes de guerra contra la Ciudadela.

Resoplo a través de mi mordaza, furioso.

Sin duda, es un trato. A cambio de que el Triconsejo apoye su ascenso al poder en el norte.

Ingenioso.

Solo espero haber hecho lo suficiente por mi pueblo durante el tiempo que he ocupado el trono. Haberles infundido suficiente libertad en las venas como para que no vuelvan a dejar que les pongan unos grilletes.

Que luchen por el *bien* que hemos trabajado tan duro por cultivar.

Cuando los guardias terminan de atarme, dan un paso atrás al tiempo que Arkyn se acerca *casi* tanto que podría reventarlo de un cabezazo.

—Ahora, voy a decirte lo mismo que le dije a Raeve. —Ladea la cabeza—. Si quieres que tu hija y nuestra hermana sobrevivan, vas a montar un espectáculo para mi público que los distraiga de las caídas que se avecinan. Algo de lo que hablarán durante eones; un acto de venganza ofrecido por *mí* en estos tiempos tan oscuros y

difíciles. Solo cuando esté satisfecho, cuando asienta con la cabeza desde mi palco, mi Alondra de Fuego te ofrecerá la clemencia de la ejecución.

Me quedo sin fuerzas, cada uno de mis músculos se vuelve blando, como mi pulmón dañado.

«Quiere que luche contra la mah de mi hija, el amor de mi existencia».

«Quiere que la golpee, que le haga daño por el bien de mi hermana y mi hija».

«Puto
sádico
enfermizo».

—¿Lo entiendes, *hermano*?

No asiento de inmediato; no se lo doy tan fácilmente. Pero llega, porque eso es lo que ella querría, lo que Raeve me exigiría.

«Hacer lo que sea necesario para garantizar que Kyzari y Veya sobrevivan».

Arkyn desliza su hoja ensangrentada entre la mordaza y mi mejilla para quitármela.

—¡DILO! —ruge con los caninos brillantes, los ojos como platos inyectados en sangre y las venas de las sienes abultadas.

—Lo… entiendo.

Nunca he pronunciado palabras tan repugnantes mientras me tragaba otro millón de ellas que quiero meterle a la fuerza hasta que se ahogue. Pero me falta el aliento, me faltan latidos como para gastarlos en él.

Lo único que quiero es que se aparte de mi maldito camino para ver a Raeve de nuevo. Para amarla aunque sea desde lejos el poco tiempo que me queda.

—Bien. —Se da la vuelta para marcharse, pero se detiene y me mira por encima del hombro—. Dime, ¿qué sentiste?

Quizá vea mi confusión.

—Al acabar con pah, al cortarle la cabeza. —Hace una pausa y añade—: Dime qué sentiste, con detalle.

Es difícil pasar por alto la febril desesperación de sus ojos, el

ansia codiciosa de que le ceda parte del placer que cree que le he robado. Solo que la venganza no te aporta ninguna sensación de paz. Deshacerte de ese picor solo levanta un velo, revelando lo vacío y solo que te quedas cuando pasa el desmán.

Sin Rygun, un reino destrozado que levantar, los pedazos de Slátra por localizar y la promesa de hacer de este mundo un lugar mejor para Kyzari mientras la cabeza de pah aún colgaba de mi puño… Podría haber ido al sur, cerca del lugar donde Elluin expiró, y haber cavado una tumba para mí y meterme en ella.

Me aclaro la garganta, donde se me acumula la sangre, y le digo a Arkyn la verdad, aunque no se la merece.

—No tan… bien como… esperaba.

La decepción se refleja en sus ojos.

Gira la cabeza y mira hacia Raeve, que sigue de pie en ese montículo rocoso, envuelta en unas alas blancas deshilachadas. Toma aire entre dientes y se marcha, dejándome solo con un grupo de guardias listos para acompañarme a la arena.

Para acabar degollado a manos de quien amo.



# CAPÍTULO 87

## Veya

¡Se está *muriendo*! —Golpeo con tanta fuerza el cazo de la comida contra los barrotes que el impacto me sacude hasta los huesos. Resuena como una pandereta mientras miro con ira al guardia enmascarado que está junto a la pared del fondo de brazos cruzados, esperando a que la diadema de Kyzari se desprenda para entregársela a Arkyn.

A Raeve.

—¿Es que no tienes *corazón*, joder?

La única respuesta que obtengo es el eco de mi desesperación, que me golpea en la cara.

Ni un solo movimiento. Ni siquiera parece respirar.

La ira me consume.

Cojo impulso con el brazo y golpeo los barrotes una y otra vez mientras grito y gruño. Y otra puta vez.

—¡SE —golpe— ESTÁ —golpe— MURIENDO —golpe—, JODER!

Se me desencaja la cara y golpeo por última vez con un estruendo. Con los ojos apretados, pego la cabeza a los barrotes y dejo que se me hunda el pecho. Comienzo a sollozar entrecortadamente mientras me dejo caer.

«Le he fallado. Le di a Kyzari el diario para que tuviese esperanza y le ha quitado la vida…».

Al oír un suave aleteo por el túnel, miro hacia arriba. Una pequeña alondra de papel emerge de la oscuridad y se inclina suavemente hacia mi celda y la de Kyzari. Aumenta la velocidad, batiendo las alas con más fuerza cuanto más se acerca.

Por primera vez desde el cambio de turno, el guardia da señales de vida y echa a correr tras la alondra.

—No creo que eso sea para ti, imbécil.

Sigue avanzando en silencio.

Suelto el cazo y me levanto. Gruño dirigiéndome a la esquina de mi celda y me agarro a los barrotes con las manos temblorosas.

El guardia intenta atrapar a la alondra, pero ella va danzando de lado por entre los barrotes de la celda tres puertas más allá, al son de los improperios de este. El corazón me late con fuerza en la base de la garganta mientras ella vuela de celda en celda hasta que por fin se mete en la mía… y pasa de largo junto a mí.

La cojo de todos modos. La pobre está tan maltrecha que me pregunto si no la habrán sorprendido unas cuantas tormentas.

—No se te permite recibir mensajes —dice el guardia, cuya voz queda amortiguada por la máscara—. Entrégamela. Ya.

Se acerca.

Yo me echo atrás, lo suficiente para que no pueda alcanzarme.

—No te oigo —murmuro, y él gruñe dando una patada a los barrotes mientras yo aliso los pliegues, revelando el mensaje que contiene:

*Kyzari:*

*Siento cómo terminó nuestra conversación.*
*Acudiste a mí en busca de ayuda y te fallé.*
*Por favor, perdóname.*
*¿Dónde estás? Iré, sea donde sea. Entiendo que quizá no quieras verme y, aunque lo respeto, hay algo de lo que he de hablar contigo. Por favor, al menos respóndeme para saber que estás bien.*

*Kaan*

Me seco las lágrimas de las mejillas y vuelvo a doblar el pergamino, preguntándome si ya le han dicho que Kyzari es su hija. Si Arkyn lo ha torturado con esa información, dándoselo todo para arrebatárselo después. Antes de alardear de que casi la mata a golpes, y todo por mi culpa.

«Le quité a mah a Kaan y ahora también le estoy quitando a su hija…».

Una breve y temblorosa inhalación paraliza mi afligido corazón.

Me vuelvo y dirijo la vista a Kyzari, que está envuelta en la capa blanca de Raeve, pegada a los barrotes que nos separan… Se me corta la respiración y me tiran tanto los tendones que parecen a punto de romperse.

«Por favor, no. Por favor, que no sea lo que creo que es».

Su espalda se sacude con otro gorgoteo que me hiela las venas. Los estertores de una muerte inminente.

Me trago el nudo que me atenaza la garganta y me muerdo el labio inferior para detener su temblor, consciente de que solo hay una cosa que puedo hacer por ella ahora.

Abrazarla. Acompañarla hasta el final con una ternura que nunca tuvo en este mundo.

Ignoro la mirada maliciosa del guardia, que se ha vuelto a apoyar contra la pared, y me acomodo en el montón de paja sucia junto a los barrotes, meto los brazos entre los suyos y tiro de Kyzari, lo cual resulta más difícil de lo que imaginaba, ya que su cuerpo es un peso muerto difícil de manejar. Intentando no pensar demasiado en eso, meto la alondra de Kaan en la húmeda mano de su hija, justo encima de su málmr, y la estrecho contra mí tanto como me permiten los barrotes.

Empiezo a contarle historias de la estancia de Elluin en Dhomm.

Riendo, le hablo del dae en que nos invadió un enjambre de escarabajos muri, de que incluso Clode se negó a ayudarnos a barrerlos. Aunque tal vez fue porque Elluin se reía demasiado como para pronunciar las palabras debidamente.

Le cuento que, a pesar de llevar la Piedra Éter, Elluin podía

moldear las llamas para formar unas flores tan calientes que se volvían blancas, como los vurillos que crecen en La Sombra, que aún hay en el atrio de su difunta abuela.

Se me hace un nudo en la garganta al contarle que una vez vislumbré a Elluin en plena noche acurrucada en un rincón oscuro de la Fortaleza Imperial rodeada de flores. Llorando.

La única vez que la vi mostrarse vulnerable.

Continúo con historias de Kaan. De cuando yo era joven y estaba perdida y él me dio todo lo que tenía… Al darme cuenta de que yo tenía mucho más de él de lo que ella jamás tendría, me siento abrumada por una culpa que me desgarra el alma.

Su respiración se vuelve superficial y menos frecuente.

La abrazo con más fuerza y aprieto sus manos entre las mías. Ruego por que cada latido de mi corazón le dé fuerzas al suyo, aun sabiendo que es inútil.

—Te queremos mucho, Kyzari. —Las palabras se me atascan—. Estoy aquí. Estoy contigo.

«No estás sola».

Un fuerte golpe seco me hace volver la vista al guardia, que ahora yace de lado en el suelo, inmóvil. Parece que se haya caído y se haya quedado dormido. Creería que ese es el caso de no ser por el charco de sangre que se está formando debajo de él.

Frunzo el ceño al oír el tintineo del metal, que me pone los pelos de punta.

Entorno los ojos al divisar dos manitas de color rosa pálido, parecidas a garras, que dirigen un llavero hacia la cerradura de mi puerta, unas manos que no están unidas a un cuerpo, sino que flotan por sí solas.

«Supongo que el mentalista me jodió la cabeza a base de bien».

El aire se agita como si fuese una tela arrugada que cae para revelar a una miskunn erguida con sus grandes ojos rosados entrecerrados, concentrada en introducir una de las numerosas llaves en mi cerradura, ajena al hecho de que su velo de invisibilidad acaba de caer al suelo.

—¿Quién eres tú?

La miskunn se queda quieta. Mueve los ojos lentamente en mi

dirección y parpadea. Menea la cola una vez, con el característico penacho de una hembra, y lleva una túnica de lana con muchos bolsillos de colores, los cuales parecen perfectos para esconder cosas.

—Uno.

—Bueno, y… ¿qué estás haciendo?

Ladea la cabeza y me mira con el ceño fruncido moviendo la cola.

—Rescatando, por supuestos.

El corazón me da un vuelco.

«Rescatando».

—¿Estoy alucinando? —pregunto con la voz temblorosa, delatando la esperanza en mi pulso.

«Por favor, que no sea una alucinación».

—No, pero tenemos que darnos prisa o la princesa no llegará a tiempo para no morir.

Paralizada, lo único que puedo hacer es observar a Uno abrir la cerradura.

Debería sentirme más aliviada, pero, mirando a Kyzari, con los labios azulados y la respiración cada vez más débil, tengo la certeza de que no hay vuelta atrás.

Se va a morir, ya sea aquí o…

«En cualquier lugar menos aquí, en esta celda que parece una tumba».

Me pongo en marcha, separándome delicadamente de Kyzari mientras Uno abre la cerradura de mi celda, empuja la puerta y entra a gatas con el llavero en la boca. Mientras se afana en soltarme los grilletes, advierto la suciedad de sus pies y abro unos ojos como platos al ver salpicaduras de sangre en su pelaje.

Desplazo la vista al guardia y al charco carmesí que se extiende por mi celda…

«Por todos los Creadores. Será mejor que no la haga enfadar».

El grillete cae, dejando al descubierto una herida por la fricción.

—Gracias —susurro poniéndome en pie de un salto.

—De nadas, Veya. —Uno sale corriendo por la puerta, salta por encima del charco de sangre y se ocupa de la puerta de la celda de

Kyzari, probando las llaves con habilidad.

Una vez en el túnel, recojo el velo de Uno y me lo echo al hombro, manteniéndome alerta a pesar del inquietante silencio.

Me pone la piel de gallina.

—Hay tanto silencio…

—Sí, viene la caída lunar. *Muchas*.

La frase es suave, pero impacta de tal manera que la siento desde el pecho hasta la mandíbula, que se me queda floja.

—¿Cuándo?

—Pronto.

El tono de voz de Uno, que denota que sabe algo, me hace sentir un escalofrío.

—¿Estaremos a salvo fuera?

—No más opción.

Abro la boca, aunque la cierro de golpe en cuanto la cerradura cede con un ruido metálico, me apresuro a entrar y me arrodillo junto a Kyzari. Uno se pone manos a la obra, pero frunzo el ceño al darme cuenta de que no está tratando de abrir el grillete. Más bien, se está centrando en la cerradura que une el grillete del tobillo de Kyzari a la cadena que está sujeta al suelo.

Señalo la zona donde la gruesa brida le ha levantado la piel.

—Si te parece bien, preferiría que no llevara eso puesto cuando…

—Tengo que dejar grilletes. Si Veya quiere vivir, claro.

Estoy a punto de preguntarle qué quiere decir cuando el candado se abre con un clic.

Uno se queda inmóvil, salvo por su cola, que mueve hacia delante y posa en la cara de Kyzari. Se le agrandan los ojos y el rosa pálido se transforma en un remolino iridiscente que me pone la piel de gallina al tiempo que su tez, ya pálida de por sí, se aclara tanto que prácticamente se vuelve transparente. Tras un largo y angustioso instante, parpadea y vuelve a la normalidad. Relaja la cola, aunque suena tan tensa al hablar que parece a punto de romperse.

—Hemos de darnos prisa. O moriremos.

—Creadores…

—Tú llevas. —Arranca un botón rosa brillante de su túnica y lo

tira al suelo—. Uno es muy pequeña.

Decidiendo no preguntar por el botón, me guardo la alondra de Kaan en el bolsillo y paso los brazos por debajo de Kyzari. La levanto y me la pego al pecho, flácida y húmeda, dedicándole a Uno una sonrisa forzada.

—Pequeña pero muy valiente.

Su sonrisa de respuesta es una hilera de dientes brillantes que le ilumina el rostro. Quizá la sonrisa más aterradora que he visto nunca.

—¿Por dónde?

Uno se pone en cabeza y mira a izquierda y derecha por el lúgubre pasillo con la cola alzada.

—Creo que por aquís. —Se lanza hacia la izquierda y se detiene, llevándose su delicada mano a la boca—. Creo.

—Vale la pena intentarlo.

Avanzamos a toda velocidad por el túnel, húmedo y sinuoso, que parece no tener fin y solo está iluminado por algún que otro candil o antorcha. En cuanto pasamos junto a un manantial que brota a un lado y cae en una pila toscamente tallada, Uno se anima.

—Sí. Es aquís.

Se adelanta.

Siguiendo el balanceo del penacho de su cola, que parece un pincel en la oscuridad, me acerco a Kyzari, atenta a su respiración.

«Si se vuelve muy débil o fuerte, me detengo, me apoyo contra la pared y la dejo morir prestándole toda mi atención. No corriendo».

Cuando llegamos a una bifurcación, Uno mira hacia los tres pasadizos y los olfatea, moviendo la cola mientras la tensión se apodera de nosotras.

—¿Alguna pista?

—Uno no sabe. —Se da la vuelta, doblando el lomo en posición defensiva, lo que hace que se me erice el vello de la nuca.

Me doy la vuelta a tiempo de ver a una enorme criatura plateada salir del lúgubre túnel por el que acabamos de pasar, moviéndose con la misma flexibilidad de un siegasable adolescente. De sus enormes fauces, cuelgan dos colmillos que reflejan la luz de los

candelabros en llamas y su pelaje es un conjunto de cintas que juguetean con el aire viciado.

El corazón se me para de golpe.

«El Cambiasinos».

Uno bufa como si se dispusiera a ir a la guerra, quizá olvidando que es tan pequeña como para que la gigantesca y majestuosa bestia la use de trapo, o de calcetín.

Sus ojos rasgados se dirigen a Kyzari, haciendo que se me paralicen todas las células del cuerpo.

La aprieto más contra mi pecho, a punto de unirme a Uno y gruñirle yo también, pero entonces la bestia comienza a *gemir* y se agacha hasta quedar casi a ras del suelo, justo por debajo de mi campo de visión.

El bufido de Uno pierde todo su poder.

La bestia se acerca poco a poco, gimoteando de tal manera que me escuecen los ojos. Eso da a entender que está sufriendo.

A pesar de ello, retrocedo. Me muevo al compás de sus pasos hasta que choco contra una pared con los hombros.

Me doy la vuelta, protegiendo a Kyzari con mi cuerpo. Gruño cuando la bestia me olfatea y me tantea dándome un empujoncito al tiempo que me lame el costado del brazo…, justo al lado de la cara de Kyzari.

Atisbo un movimiento en la Piedra Éter, como si algo dentro de ella…

*Brillase.*

Frunzo el ceño y echo un vistazo por encima del hombro, encontrándome de nuevo con los grandes ojos del Cambiasinos, cuyas pupilas rasgadas se vuelven redondas, como dos lunas gemelas. Echa su pelaje a base de cintas hacia delante para amortiguar a Kyzari como una almohada…

«¿Qué coño está pasando?».

Suelta otro gemido y yo murmuro una maldición al tiempo que me inclino de modo que no alcance la mejilla de Kyzari.

El Cambiasinos me empuja lejos de la pared para poder darle unos cuantos lametones en toda la cara, como una mascota cariñosa.

Miro detrás de la bestia, a los grandes ojos observadores de Uno.

Ella se encoge de hombros.

Otra respiración entrecortada provoca a la sierpe de ansiedad que tengo enroscada en el pecho.

El Cambiasinos retrocede de un salto y comienza a gruñir agazapado mientras avanza trazando arcos lentos pero constantes, conduciéndonos hacia el túnel de la derecha, ya sin delicadeza alguna.

Tan solo dándonos la feroz orden para que *obedezcamos*.



Kaan

# CAPÍTULO 88

Me obligan a arrodillarme ante los barrotes mientras se eleva la reja, con la punta de una espada sobre mi nuca. Me quitan los grilletes de hierro, lo que me da un destello de esperanza, pero se apaga enseguida en cuanto noto la presión en mis tímpanos, igual que la que se siente bajo los arcos de Bothaim.

No me molesto en buscar en las paredes las runas neutralizadoras con las que sin duda están cubiertas, impidiendo la comunicación con los Creadores.

Abrumado por el humo y el hedor a sangre quemada, me empujan hasta dejarme a cuatro patas. Las brasas me queman las palmas de las manos mientras la reja se cierra a mi espalda.

Respiro entrecortadamente unas cuantas veces mientras hago acopio de fuerzas para levantarme y sentarme sobre los talones de mis botas.

La multitud ahoga un grito y del graderío comienzan a llegarme

murmullos y burlas, provenientes de los cientos de personas que hay apiñadas. Dado el tipo de gente que atraen estas arenas de combate —los leales a los valores de mi difunto pah—, no me sorprende ver a la mayoría de los espectadores inclinados hacia delante con los ojos rebosantes de odio y regocijo sádico.

¡ES EL REY SALVAJE!

¡EL PARRICIDA!

¡TRAIDOR! ¡MATADLO!

En el espacio que queda entre Raeve y yo, hay un remolino de humo, aunque se disipa lo suficiente como para que pueda verla con claridad. Cruzamos la mirada durante un instante que parece una eternidad; sus centelleantes ojos negros están llenos de preocupación, pero me instan a mantenerme firme.

Inclino ligeramente la cabeza, asintiendo, y ella dirige la vista a un palco.

Sin duda, donde está sentado Arkyn.

Observando.

Fuera de nuestro campo de visión, redoblan unos tambores, con tanta fuerza que el suelo tiembla, como si el corazón de Bulder latiera bajo nuestros pies. La multitud ruge al tiempo que aporrea las balaustradas mientras ciertas zonas de la arena comienzan a abombarse.

Esas alas llameantes se despliegan, extendiéndose hacia los gritos ahogados de una multitud embriagada; más de mil personas preparadas para deleitarse con mi muerte. Sedientas incluso después de ver a tantos nulos gastar su último aliento en un grito de ayuda.

De *clemencia*.

Raeve gira la cabeza para hacer crujir su cuello en lugar de doblarla de lado a lado. Otro breve recordatorio de que no estoy a punto de luchar contra el amor de mi existencia, sino contra un ser ancestral que durante mucho tiempo creí que lo había dado todo para que Elluin pudiera regresar a este mundo. En cierto modo.

¡MATADLO!

¡CORTADLE EL CUELLO!

¡DESTRIPADLO!

Las protuberancias llenas de magma estallan, perforadas por las garras que las golpean desde el interior.

Noto otro gorgoteo en la garganta al tiempo que atisbo algo brillante por el rabillo del ojo: la punta de un mango metálico que sobresale entre las piedras. Agarro la empuñadura y saco la hoja chamuscada. La espada es mucho más pesada de lo que me resultaría si no estuviera sangrando como estoy, usando la mayor parte de las pocas fuerzas que me quedan para sostener el muro que mantiene a raya a Rygun.

Más de una docena de razah salen de su útero líquido y echan la cabeza atrás soltando chillidos y gruñidos. Con los dientes apretados, giran sus ojitos brillantes en busca de su presa. Sobre todo, la miran a *ella*, vulnerable en lo alto del montículo en que se encuentra, muy bien situada para que la rodeen y acabe devorada.

«Sin duda, esa es su intención».

Al ver que la mayoría de ellos, agitados y salivando, comienzan a dirigirse en su dirección, retraigo el labio superior.

Doy un paso adelante…

Ella gruñe al tiempo que levanta una daga y clava la mirada en un enemigo que se aproxima. Una orden silenciosa para que mantenga la espalda contra la pared, me concentre en mis rivales y no le dé a ella más preocupaciones de las que tiene.

Con un gruñido, me sitúo en posición defensiva. Ella hace lo mismo, girando mientras observa a las bestias que la tienen rodeada.

De repente, los razah arremeten contra ella, levantando piedras y ascuas en su carrera. Desplazo rápidamente la vista entre un enemigo que se me acerca y la horda que se aproxima a Slátra. Se me sube el corazón a la garganta al ver que las bestias alcanzan primero a Slátra.

La multitud ruge con malévola alegría mientras ella se lanza a la batalla con un gruñido y un brillo salvaje en los ojos, moviéndose con la rapidez y la violencia sigilosa de una bestia sacada de la cima de la cadena alimentaria.

El tiempo se detiene. Cada movimiento de su cuerpo es suave, ensombrecido por las alas blancas en llamas que se mueven a su compás.

No lanza sus dagas, como yo esperaba, sino que las utiliza como garras, acercándose a esas monstruosas criaturas achicharradas, que chillan sedientas de sangre. Parece disfrutar al sentir su último aliento en la piel.

Estoy a punto de ceder al miedo, convencido de que es solo cuestión de segundos que la golpeen o corten con una garra en alguna parte que no quede protegida por la armadura.

Sin embargo, las fieras bestias que dominaban la arena en los combates anteriores ahora parecen casi insignificantes: aúllan cuando les rajan la garganta o se les salen las entrañas, convulsionan mientras rueda su cabeza.

Tras cada rápido y sangriento asesinato, Slátra se aleja del cuerpo solo con algunas quemaduras superficiales que parecen avivar su ira.

Los razah restantes no tienen ninguna oportunidad.

Concentro mi atención en las dos bestias que se me echan encima mientras la multitud desvía su clamoroso odio de mí. Dirige su voraz afecto hacia ella.

¡ALONDRA DE FUEGO!

¡ALONDRA DE FUEGO!

¡ALONDRA DE FUEGO!

Su veneración por el apodo me llena de rabia y suelto un bramido al cortarle el abdomen a un razah que no para de retorcerse, salpicándome con una sangre que me quema. Al mismo tiempo, la otra bestia se abalanza sobre mí, así que la agarro del cuello con la mano libre. *Apretando.*

Da dentelladas hacia mi cara, con un aliento que es como el hedor de un géiser lleno de carne podrida, sacando la lengua por entre sus dientes grises. Por fin, su garganta cede y la bestia se queda flácida como una muñeca.

La tiro a un lado y alzo la vista. Veo a Slátra corriendo hacia una bestia que se aleja mientras otra le pisa los talones a una velocidad

preocupante.

Lanzo mi espada.

Corta el aire y la multitud contiene el aliento al verla clavarse en la nuca del monstruo que la persigue. Al oír el chillido de agonía, Slátra se da la vuelta y la salpica un chorro hirviendo de sangre que sale de la garganta de su presa.

Ella ni se inmuta. Pasa la vista de la bestia caída a la espada que se balancea en la nuca de esta y luego a mí, que también me balanceo. Gruñe, empujando a un lado a su presa sin vida, y otea la arena. Yo hago lo mismo, dándome cuenta de que…

«Solo quedamos nosotros dos».

Nosotros y un puñado de cuerpos desangrándose que la tierra se está tragando.

Incluso los espectadores se han callado, expectantes. Sin duda, preguntándose qué va a pasar; si están a punto de ver caer al rey quemado o a su querida campeona.

Conozco la respuesta. Y ella también, por la forma en que me mira, con una profundidad nada propia de una feérica. Una compasión visceral que proviene de algo que sabe mucho más de lo que nosotros, la gente sencilla, podemos comprender.

Dando bocanadas cortas y ruidosas, atravieso el terreno y me encuentro con la última bestia que he matado. Saco mi espada de su cráneo justo antes de que el arma sea absorbida por la humeante burbuja que se lleva al razah.

Slátra comienza a dar vueltas en círculo y, por el rabillo del ojo, capto su ligero asentimiento.

Pero ese es el amor de mi existencia. Ni siquiera esos brillantes ojos negros que me instan a *hacer lo que sea necesario* pueden hacerme verla como otra persona que no sea Raeve. Como otra que no sea la princesa rota a la que di de comer en un salón y para quien toqué las canciones que hacían sonreír a mah con la esperanza de ver algo de luz en sus ojos, de darle un poco de fuerza para seguir adelante, para seguir luchando por vivir.

La idea de blandir esta espada contra ella, de pasar mis últimos momentos fingiendo intentar hacerle daño… va en contra de mi naturaleza.

Pero la vida de nuestra hija está en juego, también la de Veya.

Slátra se acerca sigilosamente.

Sintiendo la aplastante mirada de Arkyn, trazo un amplio arco con mi espada. Aunque la multitud ahoga un grito, el movimiento carece del brío necesario para infligir daño alguno.

Slátra la esquiva de un salto y se me acerca por la espalda mascullando:

—¡Tenemos que hacerlo creíble!

Inclino la cabeza, torciendo el gesto. Reprimo el impulso de deshacerme del nudo que tengo en la garganta soltando un grito de angustia.

Otra vez, la mirada escrutadora de Arkyn me pone la piel de gallina.

Al sentir que Slátra se acerca, dejo caer la cabeza hacia delante y respiro entre gorgoteos. Luego, me vuelvo a toda velocidad y arremeto contra ella. De alguna manera la pillo desprevenida, y, tras tirarla a un trozo de suelo frío, me siento sobre sus caderas, apuntando con la hoja a su garganta.

Sus alas chisporrotean y sus ojos centellean con sorpresa y respeto. Entonces, pego mi frente contra la suya, ignorando los gritos de la multitud, los cadáveres que se está tragando el suelo, la sangre ardiente en nuestro cuerpo.

—Te quiero, Rayo de Luna. —Se me quiebra la voz al pronunciar esas palabras y se me llenan los ojos de lágrimas, distorsionando su imagen—. ¿Me oyes? Te quiero. Y lo siento.

«Joder, cuánto lo siento».

Se le encienden los ojos.

Me empuja con una fuerza sobrenatural, y me deslizo por la piedra ante los gritos de la multitud sedienta de sangre, pero consigo aferrarme a mi espada.

Slátra salta. Sigue caminando en círculos a mi alrededor mientras ruedo de lado, apoyándome en manos y rodillas.

Luchando por ponerme en pie.

—Enfréntate a mí, Kaan Vaegor. —Su voz apenas es audible, pues habla con los labios apretados, pero sus palabras me golpean como si fuesen piedras—. Tienes que enfrentarte a mí.

Me vuelvo, siguiendo sus sigilosos movimientos. Estoy más desinflado que mi pulmón, que se comprime con respiraciones cortas y sibilantes.

—No puedo hacerle daño.

Se quita la máscara y la tira a un lado mientras su melena negra ondea con el humo.

—¡Será peor si no lo haces!

Sollozo. El tipo de cosa por la que pah me habría golpeado y quemado.

Mira al suelo con el ceño arrugado, examinando la humeante arena, y se arrodilla para coger la empuñadura de otra arma, una espada más pequeña, lo que me quita un peso de encima.

«Espada contra espada… Puedo mantenerla a distancia».

«Ataco el arma, no a ella».

Levanto la mía, toda la confirmación que ella necesita para arremeter con salvaje compostura.

Nos enfrascamos en una batalla fragorosa de la misma manera que Raeve y yo nos enfrascamos en nuestro baile en El Gran Flurrt: cada movimiento de nuestro cuerpo es un íntimo toma y daca. Solo que estamos bailando con espadas, cortándonos mutuamente con todo el entusiasmo de dos personas que se enfrentan a la muerte.

La multitud se difumina.

El clamor de sus vítores se disipa.

Todo parece un poco menos agobiante.

Una vez más, Ignos se reúne entre sus omóplatos y esas alas llameantes, una extensión de su cuerpo, parpadean y danzan durante nuestro explosivo duelo, en el que enseñamos los dientes, gritamos y gruñimos desatados.

Sin embargo, por más que lo intento, me cuesta olvidar que cada chasquido me lleva a separarme más de ella. Esa certeza me hace sentir como si estuviera a punto de que me empujaran a uno de los oscuros hoyos con los que pah me atormentaba. Solo que esta vez no hay escapatoria, por mucho que tartamudee y chille.

Esta vez, Raeve estará en el hoyo conmigo tarde o temprano. Juró que su pena se haría oír si yo abandonaba este mundo primero, y la creo.

La sola idea me hace tambalearme y, al ver que la multitud ahoga un grito, me doy cuenta de que estoy sin aliento, con el pecho ardiendo y tanta humedad goteando de mis ataduras que me sorprende que me quede sangre para que mi corazón bombee.

Mi espada golpea el suelo con estrépito.

Caigo de rodillas, hundiendo las manos en unas brasas que apenas siento, mientras intento recuperar el aliento, con los pulmones comprimiéndose bruscamente.

Una alondra quemada revolotea cerca de mí, llamando mi atención. Va directa hacia Slátra y se le estampa contra el brazo, haciéndola estremecer.

Ella gruñe, mirando hacia la multitud.

Sigo su mirada hasta el palco coronado por pebeteros y veo a Arkyn tras la barandilla retorcida con su macabra corona.

Inclina la cabeza, una orden silenciosa que me hiela las venas.

«Es el momento».

Bajo la barbilla y contengo la respiración al oír a Slátra recoger mi espada del suelo. Cuando vuelvo a levantar la vista, la tengo ante mí empuñando dos armas mientras una tormenta de brasas se le enreda en el cabello, alborotándoselo.

De rodillas ante ella, apoyo las manos en mi regazo mientras mi pecho se sacude con cada gorgoteo.

Ella levanta ambas espadas y pone una a cada lado de mi garganta. Me estremezco y el corazón me late con tal fuerza que estoy seguro de que todo el mundo lo oye.

Por última vez, saboreo la plenitud de esos labios rojos, deseando ver su sonrisa, los hoyuelos que se le forman.

Qué no daría yo por una despedida como es debido, por hundir la nariz en el pliegue de su cuello y besarla detrás de la oreja…

Dejo de torturarme y cierro los ojos para que ella no tenga que soportar mi mirada vacía una vez que haya hecho lo que tiene que hacer.

—Hazlo —gruño presionando contra las frías hojas.

No me molesto en suplicarle que quiera a Raeve, que la cuide y la proteja. El hecho de que haya asumido esta carga me dice que hará todo lo que esté en su mano para evitar que Raeve se venga

abajo.

—Mírame, pareja de mi Preciosa.

Se me escapa un doloroso lamento, pero hago lo que me dice. Y veo esas alas llameantes extendidas con tanto orgullo que casi la imagino como *ella misma*.

—Cuando veas a Raeve, dile que mi corazón sigue latiendo con el suyo. —Sus mejillas se hinchan con una melancólica sonrisa—. Y que estoy esperando a que venga a mí.

—¿Qué?

Slátra cierra los ojos y sus alas llameantes chisporrotean justo antes de que un brillo plateado le envuelva ambas manos. Algo que he visto antes…, cuando estábamos en Bothaim.

Da un respingo y comienza a jadear, la respiración entrecortada de alguien hambriento. Cuando vuelve a abrir los ojos, son de un sorprendente azul intenso y se enfocan en mí, analizándome con frenesí, recorriendo la arena, la multitud.

A mí otra vez.

El alivio suaviza su mirada, ilumina su rostro. Y duele; es tal puñetazo en las costillas que está a punto de hundírmelas. Porque, aunque esto lo es todo para mí —ver a Raeve lo es todo—, esperaba que no fuera ella quien tuviera que acabar conmigo.

Deja caer las espadas ante los abucheos de la multitud y se desata el pánico.

—Raeve…

Se acerca, me coge la cara y me besa… con fuerza.

Y despacio.

Y todos los matices entremedias.

Sus labios y lengua saben a brasas, algo que no cuestiono mientras me desmorono bajo su hechizo, como si me cantaran una serenata en medio de una guerra.

En silencio, rezo para que lo haga ahora, que me clave una daga en el corazón mientras estoy pegado a ella, en el único lugar en el que moriría feliz.

Se aparta, inclina mi cabeza hasta que su frente toca la mía y me mira con una dolorosa abundancia de…

—Yo también te quiero —dice con tal aplomo y seguridad que es

como si clavara una estaca en el suelo e izase una bandera sobre ella—. Y no tienes nada por lo que disculparte.

Me cuesta coger aire tras su declaración y cuando abro la boca para hablar…

Todo tiembla, retumbando al son de los gritos de pánico de la multitud, como si algo enorme acabara de impactar contra la cumbre de la montaña.

Como una luna.

Raeve abre mucho los ojos y yo miro por encima de su hombro, más allá del palco de Arkyn.

Incluso él escudriña el techo, grabado con runas brillantes que se supone que protegen contra las caídas lunares.

Otra sacudida que hace temblar la montaña entera provoca una oleada de chillidos y gritos.

A duras penas, consigo ponerme en pie. Frunzo el ceño cuando siento un titileo dentro de mí, justo donde se encuentra la llama de Rygun. Un único destello que se filtra por mis venas como un soplo caliente.

«El tónico está perdiendo su efecto…».

Raeve se da la vuelta, dándome la espalda.

—Rodéame con tus brazos.

Hago lo que me dice y me agarro de su abdomen, sufriendo por la cercanía mientras le pregunto al oído:

—¿Qué estás haciendo, Rayo de Luna?

—Acabar con esto —dice con determinación.

*Resuelta*.

—Pero Kyzari y Veya…

—No van a salir vivas de esa celda a menos que las liberemos nosotros mismos. Me apostaría el puto mundo.

No hay tristeza en su tono, ni incertidumbre. Solo una profunda aversión hacia el hombre del palco, que nos observa con desdén, atravesado por la mirada acerada de Raeve.

Arkyn se inclina hacia un lado y le dice algo a uno de sus secuaces enmascarados, pero se queda quieto cuando Raeve empieza a levantar las manos, ambas envueltas en esos hilos plateados luminosos.

Aprieta los puños, les da la vuelta y luego alza los meñiques. Un «que te jodan» universal que provoca un grito ahogado colectivo.

—Raeve…

—*¡Guthh in thaissah vaugh, Ignos!* —grita, una frase crepitante que me acelera el pulso, pronunciando cada palabra a la perfección con la sibilante acritud propia de la lengua voraz de Ignos—. *¡Geist shooth baghh, shekin tah!*

Sus palabras reverberan y van seguidas de un silencio expectante, interrumpido por alguna que otra risa burlona. Pero ella ha conseguido la atención que buscaba.

Así pues, todos ven el momento exacto en que cada brasa y piedra humeante se enciende y comienza a palpitar con júbilo. La carcajada hambrienta de un Creador desenfrenado que se prepara para hincarle los dientes a su comida…, respondiendo a la llamada a las armas de Raeve.

Eso quiere decir que todos se dan cuenta, en el mismo instante, de que están atrapados en una jaula con una bestia desatada.



Raeve

# CAPÍTULO 89

Con los hilos plateados que recogí en la guarida de mi Otra envolviéndome las manos, sostengo la abrasadora mirada de Arkyn. Le lanzo una sonrisa afilada que espero que sienta hasta lo más profundo de los putos huesos.

Con Ignos a la espera de que le indique la dirección de la comida prometida, abro mi trampa mental, dejando espacio para la canción de Bulder, que me golpea de lleno como un desprendimiento de rocas.

—*¡Buth du dunth, Bulder! ¡Hoth-ot túe!*

Él refunfuña, como si supiera lo que tengo pensado; no muestra interés alguno, pero acepta de mala gana.

El suelo se sacude y, luego, comienza a temblar.

Un intenso crujido rasga el aire.

La muchedumbre estalla en gritos y huye despavorida mientras la arena se parte ante nosotros, como si unas garras invisibles la hubieran rasgado de un tirón. Agarrándonos con fuerza el uno al otro, Kaan y yo conseguimos mantener el equilibrio justo en el borde de la enorme herida candente, que expulsa aire caliente y humo a la

gruta.

«Parece que he de mejorar la coordinación espacial».

Kaan me insta a retroceder, alejándome de la amenaza de una caída interminable y abrasadora, mientras oigo a Bulder parloteando sobre que Ignos se alimenta de él como un parásito, todavía temblando. Lo compadezco y le dedico unas palabras de consuelo. Le prometo que curaré sus heridas con una canción calmante una vez que hayamos destrozado este maldito lugar y salvado a mi familia.

Él suelta un suspiro estruendoso, pero se tranquiliza y abre la boca aún más.

Sonrío, ofreciéndole a Ignos una deliciosa comida a base de rocas en las entrañas del precipicio derruido, en lo más profundo de la montaña. Le pido que se dé un festín con una ferocidad nunca vista, aunque no parece necesitar estímulos.

Todas las brasas de la arena se apagan como una ola tragada por el precipicio, sumiéndonos en una oscuridad casi completa, lo que provoca una tormenta de inquietud entre quienes aún no han escapado del graderío, todavía abarrotado.

Los labios de Kaan rozan mi oreja y su voz crepita cuando dice:

—Sé lo que estás haciendo, Rayo de Luna.

«Debería».

«Fue él quien me enseñó muchas de las palabras que acabo de pronunciar».

—Soy consciente de que soy malísima con las indicaciones, pero no hay tiempo para la exactitud —digo con una voz que no es mía, sino más ronca, un tributo al temblor que siento por dentro, como una adicta a la venganza buscando su dosis de sangre—. Todo el público pedía tu muerte a gritos. Lo oía desde… —«El fondo de mi lago»—. Da igual. Si algunos mueren por las chispas, se lo tienen merecido.

—No son ellos quienes me preocupan.

«Ah».

«Ahora se pone sentimental, teniendo en cuenta todo lo que ha pasado».

Bulder retumba por el dolor de estómago, desesperado por

deshacerse del magma que ahora se revuelve en sus entrañas. Es un buen comienzo, pero necesito que se sienta realmente *desdichado*.

Le susurro con voz melosa, obligándolo a aguantarse las ganas de vomitar por todas partes, y entonces me encuentro con la mirada de Arkyn a través de las ondas de calor. Agarra la barandilla con tal fuerza que tiene los nudillos blancos. Parece que quiere huir, pero no se atreve a apartar su mirada febril.

—Siento decirlo, pero tengo pensado joderlo a base de bien.

—Eso no es…

Otro fuerte estruendo sacude la montaña desde arriba. Un trozo de piedra se desprende y cae entre los gritos de la aterrada multitud, agolpada en las salidas.

Miro la constelación de runas brillantes que hay grabadas por todo el techo y se me dibuja una sonrisa al advertir un patrón en torno al agujero, que ahora actúa como un túnel de viento y nieve para la tormenta que se está desatando fuera. Un patrón que indica que Ahvi *diseñó* la fortificación con un punto débil.

La sonrisa me dura poco, ya que una garra negra atraviesa la abertura y comienza a raspar los lados, como si intentara utilizar el defecto para quitarle la cima a la montaña.

Una garra negra que reconozco.

Detrás de mí, Kaan deja de moverse; tiene los brazos rígidos como piedras alrededor de mi abdomen.

«Parece que, al final, no es una caída lunar. Es Rygun intentando alcanzar a Kaan».

—Mierda —murmuro, y la garra se retira, pero entonces se asoma un ojo ardiente al agujero, con la pupila fija en Kaan, mirándolo con una devoción apabullante.

El rugido de Rygun azota el aire y se cuela gruta abajo, sacudiéndola entera.

Kaan se tambalea, así que se apoya más en mí mientras grita unas extrañas órdenes que se pierden entre el clamor, lo que hace que se le quiebre la voz, traicionándolo. Dada su urgencia, suelta cuatro palabras en un idioma que sí entiendo:

—¡DEMASIADO FRÍO PARA TI!

Ahí fuera sí, pero aquí dentro… no tanto. Y, aunque las runas parecen muy eficaces manteniendo las cosas fuera, dudo que sean tan buenas para mantenerlas dentro.

Kaan grita otra serie de órdenes desesperadas, pero se calla cuando le pongo la mano en la mejilla, aferrado al hervidero de ira, dolor y rabia despiadada que es mi corazón ahora mismo.

Tenso el cuello y la lengua, y mascullo unas palabras feroces en angustiosa sincronía. Órdenes a Ignos y Bulder que rechinan, chisporrotean y se funden al salir de mis labios.

Ambos Creadores permanecen en silencio durante un instante, como si estuvieran atónitos. Me los imagino mirándose de reojo pensativos y acabar encogiéndose de hombros y dándose la mano en lugar de pegarse un puñetazo en el estómago, para variar.

El suelo retumba.

La montaña tiembla.

Clode suelta una risita, como si estuviera observando el desarrollo de los acontecimientos, emocionada al ver las almas de sus enemigos capturadas.

Sostengo la mirada encendida de Arkyn y, levantando la barbilla, doy una orden arrolladora.

—*Luvth at uin shiith, Bulder ahn Ignos. ¡Nailen!*

Del precipicio, comienza a brotar magma con una fuerza volcánica, adquiriendo la forma de dos dioses esculturales, uno de espaldas al otro.

Bulder, robusto y de hombros anchos. Ignos, ágil pero de complexión atlética, con una melena llameante.

Pierdo a Arkyn de vista mientras escupo una última orden con furia, ocho poderosas palabras para que se asfixie de una puta vez.

—*¡Lahvuu de ahn balcoon aht nah… shúneruin rath!*

Bulder e Ignos se vuelven al unísono, levantan sus puños candentes y los dirigen al palco de Arkyn, propinándole a la plataforma una y otra vez unos golpes demoledores que la agrietan, la resquebrajan y la derriten. La destruyen con unos vengativos ataques abrasadores mientras yo bullo por dentro, imaginando cada

golpe como un tajo en su alma podrida.

Imaginando cada golpe como un ataque no propinado por unas marionetas forjadas en fuego, sino por Kaan…, Kyzari…, Veya…

*Fallon.*

Por todas las personas a las que él consideraba inferiores y a las que arrojaba a estas arenas para el disfrute de los más afortunados y poderosos, a quienes tan desesperadamente quería demostrar su valía.

Hasta que el palco se asemeja a un quiste reventado. Una herida sangrante a la que no hay manera de que Arkyn sobreviva.

Siento un triunfo febril llenándome por dentro, pero a la vez me deja hambrienta.

Rygun ruge tan fuerte que sacude el aire.

Alzo la vista.

—*Duith ashh uin luvth. ¡Busta!*

Mi enérgica orden hace que un puño gigantesco golpee el techo, agrietándolo como una cáscara de huevo y haciendo que lluevan piedras desde la abertura hacia la tormenta del otro lado.

Invitándola a pasar.

Un viento ciclónico cargado de nieve entra formando un remolino; un gran contraste con la piedra caliente que tenemos bajo los pies.

Rygun se embute por el agujero y comienza a abrirse paso a la fuerza, saturando la gruta entera con su inmensa figura, sin dejar de resoplar, ante los gritos de angustia de la gente, una multitud despiadada que ha venido a deleitarse con el sufrimiento ajeno, con el de *Kaan*.

Mi sed de sangre me hace salivar.

Tenso los músculos del cuello, afilo la lengua y escupo otra serie de palabras entre dientes. Mis apariciones ígneas se agitan y alcanzan las gradas, llevándose por delante a la muchedumbre, que grita como si de insectos en un alféizar se tratase.

Uno a uno, los gritos se van apagando, pero la rabia que siento sigue rugiendo en mi interior.

Por fin, Rygun irrumpe del todo. Va cubierto de hielo y parece que lleva una armadura; las escamas que quedan a la vista son tan

mates que parecen absorber la luz. De todos modos, solo tengo un instante para observarlo antes de que los Creadores atiendan mi súplica de empaparlo con chorros de magma.

Lanza un rugido atronador.

Ahora, chorreando lava, clava sus garras en las paredes, calientes y pastosas, y trepa por ellas con las alas extendidas, arrastrando su vientre. A modo de maza, va triturando lentamente los bordes de lo que parece un mortero profundo, masacrando a quienes aún quedan en pie por no haber podido escapar por las salidas, que se encuentran obstruidas.

No se da un festín. Se limita a morderlos como si estuviera metiendo la cara en un plato de carne y, luego, sacude la cabeza, expulsando lo que queda. Les ofrece un final similar al que tuvieron aquellos a quienes vinieron a ver luchar por el derecho a vivir en esta puta arena despiadada.

Mientras tanto, les canto a Bulder e Ignos. Kaan me aprieta con más fuerza; creo que me está hablando, incluso gritándome, pero no soy capaz de oír nada más que el pulso en mis oídos.

El resto del mundo se vuelve insignificante mientras insto a los Creadores con órdenes que comienzan a quemarme por dentro, rebosantes de una necesidad voraz de raspar hasta el último vestigio de la asquerosa esencia de Arkyn de las entrañas de esta montaña. Es como arrancar un corazón corrosivo con las arterias colgando del órgano carbonizado que se consume entre mis garras.

Eso es lo que tengo en mente mientras canto.

Canto.

CANTO…



Veya

# CAPÍTULO 90

Nos conduce a una salida escarpada por la que entra un viento helado cargado de copos, una tormenta de nieve como nunca he visto antes. Por desgracia, Uno no vacila y se lanza a la ventisca, desapareciendo de inmediato.

«Mierda».

Me vuelvo, dirigiendo una mirada desdeñosa al Cambiasinos.

—¡Esto no está nada bien!

Se deja caer sobre las cuatro patas y ruge, encogiendo los hombros como si fuese a abalanzarse.

Meneo la cabeza, con los labios apretados, mientras me apresuro a envolver bien a Kyzari con la capa de Raeve, poniéndole la capucha. Otro gruñido de advertencia me hace imitar el sonido y salgo a la oscuridad, donde me veo embestida por el aullido de la tormenta mientras me abro paso por entre la espesa nieve.

Avanzo a ciegas.

Completamente desorientada.

Y con un frío de cojones.

Aunque no puedo oír ni a Rayne ni a Clode, me da la sensación de que algo no va bien, lo siento en las impetuosas rachas que me atraviesan la ropa, en la irritación de mis pulmones cada vez que

inhalo.

No vamos a sobrevivir mucho tiempo aquí fuera. Los dedos de las manos y los pies ya me arden de frío y tiemblo tanto que cada paso que doy a través de la ventisca me parece una batalla ganada. Y eso que llevo botas, una camisa de manga larga y pantalones con runas para combatir el frío más intenso. Sin embargo, la pequeña miskunn…

—¡UNO! ¿DÓNDE ESTÁS?

Una llamada desesperada que se pierde con el aullido del viento, aunque me llega el rugido de un dragón a lo lejos.

Una llamarada naranja capta mi atención delante de mí, como si la tapa de un vial del tamaño de una bota acabara de levantarse. Aunque algo me dice que solo parece de ese tamaño por la lejanía.

«¿La arena de batalla?».

Otra racha de nieve me tapa la vista y el Cambiasinos clava su pesada cabeza entre mis omóplatos, con fuerza. Me empuja hacia delante de tal manera que está a punto de catapultarme a la nieve.

Me faltan fuerzas para quejarme, pues estoy centrada en mantener a Kyzari pegada a mí y en no perder el equilibrio. Solo espero que ese maldito alborotador no me tire por un precipicio.

—¡UNOOO!

Noto un tirón en los pantalones.

Al bajar la vista, veo a la pequeña miskunn mirándome. Sostiene un frasquito con luz de luna cautiva que debía de llevar en uno de sus bolsillos. Sus grandes ojos rosados brillan en el entorno y tiene las pestañas, el pelaje y la túnica cubiertos de nieve y hielo.

—¡Uno ha encontrado el lugar! —exclama—. ¡Seguid!

—Pero… —Vuelvo la vista atrás, y me doy cuenta de que el Cambiasinos ya no está. Parece que, después de empujarme con la cabeza, se ha cansado del frío y nos ha abandonado.

«Cabrón».

—¡Rápidos! —Uno señala con la mano.

Entrecierro los ojos y atisbo una mancha oscura a lo lejos, probablemente un afloramiento rocoso que protege el hueco que hay debajo del viento y de la nieve que se va acumulando.

Un *refugio*.

De nuevo, Uno me tira de los pantalones.

Me guía con paso firme mientras yo no pierdo de vista la baliza luminosa que sostiene. Cuando por fin llegamos al escueto refugio que proporciona el saliente rocoso, tengo las rodillas entumecidas y noto el crujido de piedras y huesos bajo mis botas, la prueba que necesito para suponer que estamos en la guarida de algún carnívoro.

No hay runi. No hay tinturas ni tónicos curativos.

Solo piedras, huesos y un breve respiro de la tormenta.

Cualquier atisbo de esperanza que tenía sobre la promesa de Uno de salvar a Kyzari se apaga como una llama extinguida.

«Si hay algo peor que morir en una celda es hacerlo sobre capas de huesos que pertenecen a seres que han tenido la misma mala fortuna».

Me aclaro la garganta para tragarme el nudo que siento y aparto algunos restos con el lateral de mi bota, creando un hueco similar a un nido en el que dejo suavemente a Kyzari, usando el velo de Uno doblado como almohada.

Con los dientes castañeteando, aparto la capucha para verle el rostro, aunque me arrepiento al instante. Al ver sus labios azulados y sus facciones cerosas, soy incapaz de aguantarme el llanto.

Creería que ya ha fallecido de no ser por el movimiento de sus ojos bajo los párpados, como si estuviera buscando algo en la oscuridad.

Respira entrecortadamente de nuevo mientras le aparto el pelo helado de la mejilla llena de cortes, haciendo lo que puedo para ocultar el moretón de la sien, pues parece que una mancha de tinta haya invadido un tercio de su bello rostro.

—Todo va bien —le susurro, una mentira descarada.

*Nada* de esto va bien.

No debería ser yo quien estuviera aquí ahora mismo, consolando a Kyzari en sus últimos momentos. Deberían ser Raeve y Kaan, en una cama tan cálida como un abrazo.

Deberían ser *ellos*.

Un tintineo metálico hace que mire a Uno, encorvada sobre

Kyzari probando las llaves en su grillete, buscando la buena. Le cojo la mano a Kyzari entre las mías, agradecida por los esfuerzos de la miskunn por hacerla sentir más cómoda.

La cerradura se abre.

La tormenta pierde fuelle; los últimos copos de nieve caen sobre la ladera de la montaña y, luego…, *nada*. Solo un silencio tan denso que cada vez que me muevo retumba.

Se me eriza la piel con la sensación de que nos observan, por lo que dirijo la vista a la meseta que hay al otro lado de la cresta que hace las veces de refugio, aunque no veo a ningún depredador acechando. Me abro a Bulder, pero él también se encuentra en silencio. El mismo silencio que ha manifestado antes…

«Antes de que Slátra cayera».

Tengo un presentimiento al levantar la vista y ver cómo se abren las densas nubes, disipándose tan deprisa que casi no me parece real.

La luz de la luna cae por la escarpada ladera de la montaña, bañando el cementerio de plumalunas, entrelazadas con la aurora de mediodae.

Uno me tira de la manga.

Observo sus enormes ojos, que reflejan la luz de las lunas.

—Veya debería irse. Busca una roca para esconderte.

«¿Quiere que abandone aquí a Kyzari? ¿Que la deje morir sola?».

«¿En serio?».

Me recuesto en el suelo junto a mi sobrina y le cojo la mejilla de tal manera que con un dedo puedo controlar su pulso, cada vez más débil.

—No hay honor en eso —digo con determinación—. No voy a ir a ninguna parte.

—Veya no entiende…

—No. Ni siquiera una caída lunar podría separarme de ella.

—Te he advertido —sisea Uno.

Le quita el grillete.

Se me encoge el corazón cuando Kyzari abre los ojos y me mira sin verme. No cabe duda de que se trata de ese momento de lucidez que tienen algunos antes de sucumbir a la muerte.

Ambas tenemos los ojos vidriosos y su rostro se crispa de una manera que me hace sentir como si tuviera una montaña sobre el pecho.

—Estoy aquí —susurro pasándole el pulgar por la mejilla—. Estoy contigo, cariño.

«No estás sola».

Con las manos trémulas, agarra los bordes de su diadema y tira, como si intentara arrancársela. Al ver que no se mueve, se le desencaja aún más la cara y clava los dedos tan profundamente que se arranca la piel al tiempo que se le saltan las lágrimas.

Le cojo las manos y envuelvo con sus dedos el málmr de Kaan, que todavía lleva al cuello, apretándoselos con suavidad.

—No pasa nada —le susurro, ahogándome con cada palabra que digo—. No tienes que preocuparte. Yo la llevaré a donde tiene que ir.

Suelta un gemido que la hace sacudirse y veo un brillo en sus ojos antes de que respire hondo temblorosamente, hinchando su pecho por completo.

Entonces, comienza a mover los labios, murmurando una serie de palabras melódicas que nunca había oído antes.

—*Hov ahka nuieljuak. Hov-at haquil. Nuieljuki taf maruli.*

La atmósfera se sacude y noto sus reverberaciones en mi carne y huesos, provocándome náuseas.

—*Gov tuu, gelunith vat kin jist, hov-at haquil, Caelis.* —Su canto se vuelve más desesperado, tenso—. *Guithin-dahl mai. Quialhn. Tuu tahn atharuilé…*

Frunzo el ceño, buscando su mirada perdida, frenética.

«Algo va mal».

—Uno, ¿viste esto en tu premonición?

Mi única respuesta es un silencio voraz, como el que se siente en presencia de un plumaluna, pero más intenso.

Avanzando con cautela, busco a la miskunn, pero solo veo un camino de huellas. Unos hoyitos en la llanura nevada que conducen hasta una roca semejante a un canino gris. En lo que a protección contra una caída lunar respecta…, bastante inútil.

—U…

Una fuerza helada me hace salir volando por los aires. Es como si

me hubiese golpeado el estallido que brota de un volcán en erupción, solo que aquí no hay ningún puto volcán.

Caigo en picado y me doy de bruces contra la densa nieve mientras el aire sale disparado de mis pulmones.

Me duele todo, pero nada comparable al martilleo de mis oídos. Es el sonido más fuerte que he oído nunca, que ahoga cualquier otro, pero a la vez es un *silencio fantasmal*.

A mi alrededor, la nieve se desprende en capas a causa del impacto. Me veo empujada por ella y mi melena me azota los ojos y la boca, tirándome de las raíces. Tardo demasiado en darme cuenta de que estoy deslizándome hacia atrás, algo que me recuerda a cuando las olas me zarandeaban al jugar en El Loff de pequeña.

Al echar un vistazo por encima del hombro, veo el suelo alejándose.

«Un precipicio».

«Joder».

Con una mueca en los labios, consigo clavar los dedos en la piedra y busco huecos donde encajar los dedos de los pies para mantener el equilibrio.

Me atrevo a mirar hacia arriba. Trato de ver algo en medio de la extraña y caótica tormenta con los ojos entornados.

«Nada parece igual».

El saliente rocoso ha desaparecido, como si la cima de la montaña se hubiera resquebrajado y derrumbado. Kyzari está en el epicentro de la explosión, que se propaga por la atmósfera en ondas de calor, todavía tumbada en el mismo sitio donde la dejé, todavía cantando, todavía con el málmr de Kaan agarrado.

Pero ya no me está mirando a mí.

Mira hacia arriba, hacia unos haces de luz plateada que surgen de la Piedra Éter como si fuese aceite mezclado con agua. Hay miles de ellos formando cintas a su alrededor y se entrelazan hasta dar forma a un ser de hombros anchos arrodillado a su lado.

Un imponente hombre de *otro mundo* con una capa plateada con el bajo deshilachado que se agita con las ondas de calor.

Luce una melena azabache, piel de ébano y unos deslumbrantes ojos plateados que parecen soles lejanos, iluminados con una mezcla

de furia y devoción. Observa el cuerpo de Kyzari, inspeccionando cada moretón, cada corte y cada mancha.

Las cintas plateadas siguen dibujando su silueta mientras este, con la suavidad de una aurora naciente, toma a Kyzari en brazos al tiempo que mueve la boca. Palabras que no oigo, pero que siento grabadas en mi piel, como runas.

Curva los brazos, apretando el cuerpo inerte de ella contra su ancho pecho, del mismo modo que me imagino a Bulder abrazando a Rayne, tratando de mantenerla en una sola pieza…, aunque sea inútil.

Un chorro de luz plateada emerge del ser hacia las numerosas heridas de Kyzari. Ahogo un grito al verlo y toparme con esos ojos plateados indomables.

Solo dura un instante. Enseguida, me veo expulsada como cuando se escupe un bocado de carne.

Bajo la barbilla, mostrando la nuca en señal de sumisión, y clavo la mirada en el suelo. Me siento hecha polvo, desgarrada por completo.

Otra onda me golpea con tal fuerza que la piel casi se me desprende de los huesos y su enorme poder me impide respirar.

Tira de mis dedos hacia arriba…, arriba.

Salgo disparada agitando los brazos, pero consigo agarrarme a una grieta y detenerme antes de seguir deslizándome más allá de las llanuras, probablemente hasta Ovlaeve.

La onda pierde la suficiente fuerza como para que pueda respirar. Tomo bocanadas de aire mientras busco un lugar firme donde apoyar la bota y miro hacia arriba por entre mi cabello agitado por el viento. Me quedo petrificada ante lo que veo.

Sollozo, al darme cuenta de que todo es en vano. Porque, en medio de la espesa penumbra, los dos han cambiado.

Kyzari ya no está flácida e inerte contra el pecho del hombre.

No.

Está de pie con las manos en el pecho y su cabello blanco ondeando al viento. Y su piel…, impecable y con un brillo saludable.

El hombre sonríe con alivio acariciando el rostro de Kyzari; parece estar memorizando su forma y tacto. Ella le coge una mano

y, luego, se acerca más a él. La atmósfera vibra mientras este la estrecha con fuerza, con una mano extendida entre sus omóplatos mientras con la otra la coge de la nuca y se la lleva debajo de su barbilla con tal devoción que me escuecen los ojos.

Sin dejar de cantar, Kyzari se funde en su abrazo, más tranquila que nunca.

Más en *casa*.

Y me doy cuenta de lo estúpida que he sido al dudar de ella cuando me dijo que su corazón ya le pertenecía a un Creador. Ahora todo tiene sentido.

Es él.

«El dios del Éter».

Unas alas inmensas comienzan a elevarse entre los pliegues de lo que yo creía que era solo una capa. Son plateadas y de gran envergadura, casi con la misma forma que las de Rygun, pero raídas y lánguidas, como si algunos trozos se hubieran desprendido.

Una vez extendidas, vislumbro la parte inferior, oscura y con unas membranas correosas que semejan ventanas a cielos desconocidos. Unos vacíos sombríos rebosantes de estrellas y lunas de aspecto extraño y…

Se mueven hacia delante, envolviendo a Kyzari en un abrazo íntimo, encajando de una manera que me hace pensar en el málmr de Kaan.

Dos partes perfectas de un todo.

Estoy tan embelesada, sin aliento por la fuerza bruta de su amor catastrófico, que no me doy cuenta de que algunas de las lunas se mueven en lo alto y caen en picado hacia las llanuras cubiertas de nieve.

Hasta que impacta la primera.



Kaan

# CAPÍTULO 91

Raeve sigue dando órdenes con la furia de un Creador chamuscado. Sus paladines candentes se retuercen, ahuecando aún más la arena, que empieza a parecerse a una erupción volcánica.

Todo rastro de dolor se desvanece con el alivio que siento al apretar los brazos de Raeve contra su pecho y hundir la cara en su terso cuello.

—Lo tienes —le digo abrazándola con fuerza, intentando que exhale sin soltar más palabras—. Ya no queda nada. Se *acabó*.

Ella canta más alto.

Más fuerte.

La montaña sigue derrumbándose a nuestro alrededor, deslizándose precipicio abajo, alimentando las apariciones.

Expandiéndolas.

Aunque Rygun está encantado, frotándose contra las paredes viscosas como si intentara aliviar una picazón, la piel de Raeve cada vez está más caliente, casi ardiendo de fiebre.

—¡Rayo de Luna, ya basta!

Los paladines se derriten, perdiendo su forma, y regresan al

abismo del que surgieron, aunque Raeve sigue cantando.

Gruñendo, se zafa de mí y avanza, gritando hacia el abismo con toda la furia de un dragón rabioso.

—*¡Luvth at uin shiith, Bulder ahn Ignos! ¡NAILEN! ¡NAILEN! ¡NAILEN! LUVTH AT UIN…*

Me acerco a ella y la hago girar, apartándola del precipicio. Su pecho se agita mientras le cojo la cara, que tiene salpicada de sangre, y la miro a los ojos, negros como el azabache, sin un solo reflejo de luz.

No es Slátra, solo una señal clara de que está cediendo demasiado a su sed de sangre.

Junta las cejas y respira el aire cargado de humo mientras intenta soltarse de mí.

—*Ya está* —repito, suplicándole quedamente que lo deje estar, que vuelva a mí—. Ya está, Rayo de Luna. Lo has conseguido. Estamos a salvo, estamos *vivos*.

Suaviza el gesto.

Se tambalea y recorre la arena fundida con la vista.

No hay más palabras, no hay más canciones a los Creadores. Solo un ligero movimiento de barbilla mientras respira entrecortadamente por la nariz, como si intentara calmarse.

—Estamos vivos —repito con más compostura de la que tengo en este momento—. *Estamos. Vivos.*

Parte del azul vuelve a sus ojos.

Pone las manos sobre las mías.

—Estás bien —susurra mientras la luz de la luna baña la arena, iluminando su rostro—. Dime que estás bien.

—Estoy…

Un chillido feroz me hace levantar la vista: una inmensa bestia de plumas doradas y rojas sale de un enorme agujero en la cuenca derretida. Salta con las alas extendidas hacia el cielo, lanzando una lluvia de piedras candentes y removiendo las brasas.

Una bestia que parece un…

—Un ave Elding —dice Raeve con voz ronca dirigiéndose hacia la brecha que Rygun y ella han abierto. Una salida hacia el cielo

despejado.

La bestia se revuelve, mostrándonos su lomo.

Se me hiela la sangre al ver una figura que conozco posada entre sus alas con una corona de puntas afiladas y una capa andrajosa ondeando al viento.

*Arkyn*.

Ha logrado *sobrevivir*.

Raeve se queda rígida, aún sostenida por mí. Su conmoción y rabia son palpables por la tensión que flota entre nosotros, que me alcanza como una llamarada. Al mismo tiempo, Rygun se encrespa, adoptando una postura desafiante, y suelta un rugido retumbante con los dientes fuera.

Los está retando a que se enfrenten a él en esta arena de combate cuyo dominio ha reclamado.

Arkyn nos mira a todos y, luego, da una serie de órdenes a toda prisa ante las que el ave Elding sacude la cabeza en señal de protesta.

En lugar de permitirle que se lance en picado y se enfrente a nosotros con honor, espolea a la criatura hacia el cielo, revelando la poca sangre que tiene.

Lo *cobarde* que es.

Noto un picor en las yemas de los dedos que conozco bien.

El ave Elding sale disparada de la arena en dirección al norte, hacia La Bruma, desapareciendo de nuestra vista. Raeve se sacude en mis brazos gruñendo, como si estuviera ansiosa por desplegar también sus alas y darles caza.

*Por ir en busca de venganza.*

La sujeto por los hombros…

El suelo se sacude con tal fuerza que estamos a punto de perder el equilibrio y, luego, hay temblores, como cuando un cuerpo se estremece entero. Es algo que solo he sentido tres veces antes.

Se me encoge el corazón como si tuviese una piedra en el pecho.

—¡No! ¡Todavía no! —gruño mirando las lunas de plumaluna que hay agrupadas sobre nosotros. Observo con horror que una pequeña tiembla…, tiembla… y cae en picado, desapareciendo de la vista y dejando una estela llameante en el cielo. Una herida similar se abre

en mi pecho y el corazón me late tan fuerte y rápido que parece que entre mis costillas haya una bestia rabiosa.

«No estamos preparados».

«Todavía tenemos que encontrar a Kyzari. Todavía tenemos que salvar a nuestra hija».

—Creadores, protegednos a todos —digo con voz ronca, y cierro los ojos, apretándolos mientras la montaña se sacude por la fuerza de la caída cercana, a lo que se suma un lamento desgarrador de Bulder, como si acabaran de clavarle una flecha en el estómago.

Trago saliva y, esforzándome por mantener la compostura, le inclino la cabeza a Raeve para que se vea obligada a mirarme. Tiene la cara demacrada, los dientes apretados y los ojos muy abiertos, sin parpadear: en su rostro se está librando una batalla.

La misma que dentro de mí.

Si Arkyn escapa, la historia se repetirá. Hibernará, recuperará el poder y resurgirá. Vendrá a por nuestra familia, de eso estoy seguro. Ninguno de nosotros estará a salvo mientras él siga vivo.

Pero nuestra hija nos necesita a uno de nosotros.

*Ahora mismo.*

Le cojo la mejilla a Raeve y noto su mandíbula tensarse en mi mano ensangrentada.

—Rygun estará encantado de llevarte al norte para que le des caza. —El mundo vuelve a sacudirse y estamos a punto de caer de rodillas. O tal vez sea el peso de este momento, esta decisión tan difícil que está a punto de separarnos—. Si quieres ser tú quien acabe con él, Raeve…, tuyo es.

El tiempo se detiene mientras ella me mira a los ojos, de un lado a otro cual péndulo, con las pupilas tan dilatadas que parecen espejos oscuros del cielo que se desmorona, del mundo que se rompe al otro lado.

Hasta que advierto un destello de vulnerabilidad azul que me causa dolor en el pecho junto con un ligero temblor de su barbilla.

—No quiero eso. —Se le quiebra la voz, pero luego se vuelve más sólida, más firme—: Solo la quiero a ella.

Su afirmación me llena de un alivio cada vez mayor y de un profundo orgullo primigenio.

Esta vez… no está eligiendo perseguir la muerte, sino la *vida*.

«Está eligiendo a nuestra hija».

«Está eligiendo el amor».

La abrazo con fuerza, pegando los labios a su frente con los ojos apretados.

—Vete con ella, Rayo de Luna.

Las palabras no dichas siguen flotando entre mis brazos y el ferviente temblor que me invade. Una promesa silenciosa que brota de lo más profundo de mi ser, gritada cada vez que exhalo temblorosamente pegado a ella.

«Acabaré con el hombre que te utilizó, que te torturó, que intentó aniquilar toda la dulzura de tu alma. Por ti, por nuestra hija y por todos aquellos a quienes ha perjudicado».

«Yo
acabaré
con esto».

—Pero tus heridas…

—Son un inconveniente, pero no son letales —respondo con voz ronca apartándome lo justo para verle los ojos, iluminados por el reflejo de otra luna que se desprende—. He sobrevivido a heridas similares sin atención inmediata.

Parece dudar, pues le tiembla el labio superior, como si quisiese decir algo.

De nuevo, el mundo se sacude. El aire ya no es limpio, sino tan polvoriento como para hacerme toser de no ser porque lo reprimo.

Raeve asiente con frialdad.

—Te quiero —dice, y yo aspiro sus palabras.

Dejando que me infundan fuerzas.

Las repito y le doy un último beso en los labios.

—Ve a buscarla. Y dile a Kyzari que…

—Ya se lo dirás tú —asegura con una ferocidad regia que me hace querer arrodillarme, y da un paso hacia atrás de una forma que me hace imaginar un músculo desgarrándose del hueso.

A regañadientes.

—Sea lo que sea, Kaan Vaegor, se lo dirás tú mismo. —Traga saliva, parpadeando para contener unas lágrimas que me destrozan

—. Lo arreglaré, te lo juro. —Dicho esto, se da la vuelta y echa a correr, saltando entre charcos de magma en dirección a un arco que está goteando y lo cruza.

Desaparece en un suspiro.

En cuanto la pierdo de vista, se me contraen los pulmones, provocándome una tos húmeda que me desgarra. Cuando el ataque remite, estoy sin aliento con la cabeza gacha, tratando de no perder el equilibrio mientras el mundo sigue temblando y gritando. Intentando no caer sin tener aquí a Raeve para sostenerme.

Su ausencia solo deja dolor; cada corte, quemadura, latigazo y la puñalada en mi pulmón ahora se vuelven insoportables.

Me tambaleo…

Pero Rygun me engancha con la cola, evitando una caída mortal por el precipicio humeante. Ni siquiera me había dado cuenta de que se había acercado.

Me acaricia con el hocico y olfatea mis vendajes ensangrentados.

Tomo aire a duras penas y miro sus ojos, oscurísimos, brasas hambrientas de aire.

—*Ew shathta mal… hein ák* —logro decir.

«No deberías haber venido».

Él resopla en señal de rebeldía.

Sacudiendo la cabeza, me agarro a uno de sus colmillos para mantener el equilibrio mientras me adentro en mí mismo, ya sin el entumecimiento que me provocaba el tónico. Sus últimos efectos se han desvanecido en cuanto Rygun se ha colado por el agujero creado por Raeve.

Atravieso los restos del muro que construí con la esperanza de mantener a Rygun ajeno a mi dolor, el cual derribé al darme cuenta de que había venido.

Que había volado hacia el frío por mí.

Pongo la mano contra el muro que he encontrado detrás del que he derribado.

Una barricada de escamas que nunca había visto; del mismo tono de sangre quemada que Rygun.

Su muro.

—*Luk uhn mei bárk úin. Ruif.*

«Déjame entrar. Por favor».

Me empuja con la parte lisa de su mandíbula, instándome a que me acerque a su costado con una urgencia firme pero delicada. Una orden clara para que me dé prisa y monte.

Con un suspiro, lo rodeo y me detengo para sacar una espada y una daga de entre los escombros. Meto la primera en la funda vacía que llevo a la espalda y la pequeña hoja me la guardo en mi ropa de cuero.

Al llegar a las cuerdas de la silla de montar que no se han quemado, paso la mano por unas escamas de Rygun que aún no han perdido su brillo y, al descubrir que están heladas a pesar de los baños de magma, me quedo paralizado.

—Rygun…

Da una dentellada a mi espalda, tan cerca que siento retorcerse el aire ante el chasquido.

Gruño por encima del hombro y, apretando los dientes, comienzo a trepar por las cuerdas. Cada doloroso paso está impulsado por mi determinación a acabar con esto. A cortarle la cabeza a Arkyn y llevar a Rygun a algún lugar cálido.

A *sobrevivir*, a volver con nuestra familia. A decirle a Kyzari que no ha pasado un solo dae en el que no haya deseado que fuera mía…, desde el mismo dae en que llegó a este mundo.

Ni
un
solo
dae.

Me aclaro la garganta, paso la pierna por encima de Rygun y me acomodo en la manta de la silla, que está destrozada; no quedan riendas ni correas a las que agarrarme. Así pues, lo hago a la antigua usanza, inclinándome hacia delante para agarrarme a dos de las muchas púas que tiene a lo largo de la columna.

Rygun se remueve debajo de mí y levanta la cabeza, dirigiendo la mirada al cielo, rojo y contaminado, iluminado por las explosiones de un mundo herido. Despliega las alas y las impulsa con profundas batidas, tensando el cuerpo mientras se lanza al aire.

—*Lukith… kai hik atuín… da zun* —logro decir entre respiraciones

entrecortadas.

«Vamos tras él en dirección al sol».



# CAPÍTULO 92

Raeve

El mundo sigue temblando, como si un gigante se lo estuviera pasando de mano en mano. Con cada sacudida, se abren grietas por los interminables túneles, como si se rompiese un cristal, y llueven piedras. El aire húmedo se llena de polvo, obstruyéndome los pulmones y haciéndome toser y jadear.

Sin vacilar ni un momento, echo a correr hacia el norte por el laberinto de mazmorras hediondas por las que he pasado tantas veces que tengo el camino grabado en el alma.

A diferencia de otras ocasiones, las celdas están abarrotadas de gente que chilla pidiendo ayuda, muchos de ellos golpeando las rejas con su cazo de comida, asomando los brazos y agitando las manos.

Por suerte, no tardo mucho en encontrarme con un par de guardias enmascarados de Arkyn corriendo por el túnel, con una antorcha en la mano, gritando a los prisioneros que cierren la puta boca. Están tan ocupados dando órdenes y aplastando dedos con un bastón que no me oyen acercarme. Probablemente ni siquiera advierten mi presencia hasta que caen al suelo con el cuello roto.

Todos los que están en las celdas cercanas guardan un silencio

expectante mientras registro la capa de los guardias.

—Liberad a todos los que podáis —digo lanzando uno de los dos llaveros a la celda más cercana.

Una joven nula lo coge al vuelo, mirándome con sus enormes ojos verdes en medio de la oscuridad.

—¿Sabes lo que está pasando ahí arriba? —pregunta una mujer mayor tras ella.

—Están cayendo las lunas.

No me quedo a esperar a que asimilen mis palabras.



Kaan

# CAPÍTULO 93

Nada más salir disparados del cráter, Rygun se agita.

Vamos tras el rastro de brasas que ha dejado el ave Elding; un rastro que va hacia el norte, hacia La Llama, gira al oeste y, luego, continúa rumbo al sur como una flecha ardiendo.

«No…».

Se me encoge el corazón mientras permanecemos en el sitio. Rygun gira la cabeza más a la izquierda y se retuerce hasta que apuntamos hacia Netheryn. El lejano lugar donde la bestia de Arkyn se abre camino a través de los estallidos como un destello rojizo en la penumbra.

—*¡NEI, RYGUN! ¡NEI! ¡HUK ATÁH TUÍL ÁHN-UH!* —grito al tiempo que lanzo las palabras contra su muro interno. Órdenes para que se mantenga donde está; ya encontraremos otra manera—. *¡HUK ATÁH TUÍL ÁHN-UH!*

Él ruge desafiante, sacude la cabeza y bate las alas con tal

fuerza que se me va la cabeza hacia atrás, poniendo rumbo al sur mientras yo grito hasta quedarme sin aliento. Ignora las atronadoras órdenes que le doy y se dedica a seguir el rastro chisporroteante que dejan las alas y las plumas de la cola del ave Elding.

El miedo me atraviesa entero, llegándome mucho más hondo de lo que jamás podría llegar una espada real.

Dejo de gritar, dándome cuenta con tristeza de que no tiene sentido.

Rygun está cazando y nada de lo que diga o haga le impedirá cumplir con su deber de vengarnos a mi familia y a mí.

Eso es algo que entiendo más que ninguna otra cosa.



# CAPÍTULO 94

## Raeve

Cuanto más me alejo de la arena, menos mazmorras hay. Es como si Arkyn los hubiera acercado a todos, preparándose para una fase de batallas ilimitadas. Quizá sea entretenimiento para mantener a sus clientes enganchados tras el otoño, mientras hurga en sus bolsillos políticos.

Un pensamiento que hace que me piquen los dedos por las ganas de partirle la puta cara. Lo que espero que esté haciendo Kaan en este preciso instante.

Estoy recorriendo los últimos túneles, sin dejar de toser a causa del polvo y saltando sobre grietas cada vez más anchas y rocas caídas, cuando se me ocurre una idea que me oprime el pecho hasta casi asfixiarme.

«¿Y si ha trasladado a Veya y Kyzari?».

No, no haría tal cosa.

De marchar las cosas según lo previsto, me habría llevado de vuelta a esa maldita celda que ya me ha quitado tanto. Me habría metido allí, todavía manchada con la sangre de Kaan, y me habría dejado ver cómo se pudría nuestra hija como otra manera de doblegarme. Estoy tan segura de ello que, cuando veo mi celda

vacía y también la de Veya, me tambaleo y tengo que agarrarme a los barrotes.

Las llaves se me caen al suelo con estrépito.

El mundo se sacude con tal fuerza que caigo de rodillas y golpeo los barrotes con la mano mientras grito enseñando los dientes:

—¡JODEEEEER! ¡JODER, JODER, JODEEEEER! —Suspiro temblorosamente con los dientes apretados mientras se me desencaja la cara—. Joder —digo mucho más bajo esta vez, carcomida por la patética derrota.

Hasta que veo un charco de sangre debajo de mí y el guardia muerto en el suelo detrás de una gran roca caída.

Observo la escena sintiendo la esperanza corriendo por mis venas.

«¿Ha alcanzado Veya al guardia y lo ha matado? ¿Ha cogido las llaves? ¿Ha sacado a Kyzari?».

Al posar la vista en un botón rosa que hay escondido entre la paja esparcida del jergón de Kyzari, se me corta la respiración.

«Uno, menuda maravilla».

Me levanto, cruzo la puerta y agarro el botón de Uno. Aparto el polvo del aire con la mano mientras busco más pistas, algo que me indique la dirección que han seguido.

Me llama la atención un trozo de pergamino color crema y me da otro soplo de esperanza lo que parece una alita. Al remover la paja, veo los restos de un pico que en su dae estuvo arrugado, el cortecito en el ala, el desgarro largo justo en el medio…

Me fallan las piernas.

El mundo se encoge.

Todo desaparece, excepto el escozor de mis ojos y la opresión del pecho.

Haciendo un esfuerzo por moverme, consigo alcanzar la mitad delantera de mi preciosa Ne, que ya no aletea rebosante de vida.

Ya no está… *aquí*.

Toco su pico: me resulta tan familiar, lo he apretado tantas veces con los dedos.

Casi temblando, demasiado como para confiar en mí misma,

levanto su cuerpecito y lo dejo sobre mi palma mientras remuevo la paja hasta que doy con su otra mitad.

Veo esas dos delicadas letras por primera vez desde que doblé su pliegue de retorno y la abandoné.

*ne*

Aprieto los ojos con fuerza, dejando que las lágrimas me resbalen por las mejillas.

Pienso en Dhomm… «Yo tenía razón».

Ne iba destinada a mí. Era mía. Un mensaje de mi hija, que me necesitaba. Y yo la envié de vuelta con una respuesta fría e indiferente que seguramente recibió estando en esta celda.

Esta
puta
celda.

Gimiendo, me doy la vuelta. Ahora lo veo todo de otro modo.

Podría haber evitado esto. Podría haber aprovechado la oportunidad cuando Ne llegó a mí por primera vez hace cinco fases, dejar que me condujese a Kyzari, pero no lo hice.

Descarté de inmediato la idea de que alguien *me necesitara*.

«Podría haber evitado esto».

Otro temblor sacude el mundo.

A pesar del estruendo que amenaza con tirarme al suelo, apenas me doy cuenta de que el túnel se derrumba a mis espaldas. Hasta que me alcanza una fuerte ráfaga de viento como una bofetada a mano abierta. Parece que Clode haya soplado hasta aquí desde el exterior solo para golpearme.

Me abro a su canción, a punto de gritarle que haga lo peor que se le ocurra, pero, antes de que tenga oportunidad, su estridente melodía aterrada me corta los tímpanos con la fuerza de una cuchilla de afeitar.

*—¡Geil shoole! ¡Marlúe!*

«¡Ven rápido! ¡Por favor!».

Mirando por encima del hombro, arrugo el ceño al ver que el

camino por el que he venido se ha derrumbado. En la otra dirección, sin embargo, apenas hay una piedra fuera de sitio, como si Bulder y Clode hubiesen tenido la misma iniciativa.

—*Sheith liu tail uin* KYZARI —respondo, a punto de pronunciar las mismas palabras en el idioma de Bulder. Hago que ambos se den cuenta de que solo hay un lugar al que me interesa ir, así que o me llevan allí, o pueden buscarse a otra persona que arregle sus problemas.

—*¡Yeil!* —grita Clode, y sus siguientes palabras son como un rayo que me atraviesa el corazón—. *Savei luin uil. ¡Marlúe!*

«Sí».

«Ella te necesita».

«Por favor».

Me levanto y salgo por la puerta antes de volver a respirar, guardándome a mi preciosa Ne en el bolsillo mientras persigo el inquietante aullido de Clode.



Kaan

# CAPÍTULO 95

Con cada batida de sus alas, mucho mayores, Rygun se acerca más al ave Elding.

Y más frío hace.

A nuestro alrededor, las lunas siguen cayendo, a toda velocidad y en llamas. Sus hermanos vivos se abren paso entre el caos rugiendo y chillando por sus antepasados caídos. Cada colisión con el suelo provoca explosiones y las llanuras de Ergor se hallan ahora envueltas en una espesa humareda. No obstante, ni todo el fuego existente podría calentar este lado del mundo que nunca ha sido tocado por el sol.

Para cuando nos acercamos lo suficiente como para distinguir la mancha negra de la capa raída de Arkyn azotada por el viento, tengo las manos agarrotadas alrededor de las púas heladas de Rygun y el sudor y mis vendajes ensangrentados se han cristalizado. La victoria parece tan cercana que casi puedo tocarla, pero una sacudida de

Rygun me hace sentir un pinchazo en las entrañas.

El pánico se apodera de mí.

Me inclino con fuerza hacia la izquierda mientras él intenta enderezarse, pero siento un nudo en el pecho al darme cuenta de que está peor de lo que aparenta.

—*Nei. Huk atáh TUÍL.*

Él echa la cabeza hacia atrás y ruge, un obstinado grito de guerra acompañado de una serie de aleteos feroces que nos impulsan con una voluntad férrea.

—*HUK ATÁH TUÍL. DAHN NAH.*

Rygun no responde, como si yo no estuviera aquí, y atraviesa las Nieblas Errantes, que se hunden formando hoyuelos al tragarse luna tras luna, eructando tumores de fuego y pedruscos.

Delante, el ave Elding avanza zigzagueando, mostrando una preocupante destreza y rapidez, esquivando algunos impactos violentos.

Rygun sigue esa trayectoria errática, acercándonos con cada poderosa batida de sus alas más… y más… hasta que por fin nos aproximamos lo suficiente como para que alcance al ave Elding con sus llamaradas.

—*¡Varoughin ail, Rygun!*

Se llena el pecho con una bocanada de aire, luego se lanza hacia delante y suelta una lluvia de brasas, seguida de un alarido que me hiela hasta los huesos.

«No puede generar una llama».

«Se ha enfriado demasiado».

Echa la cabeza hacia atrás, gruñendo frustrado, al tiempo que yo bramo órdenes desesperadas a un impacto lunar cercano, intentando que las llamas de la explosión se dirijan hacia nosotros. Le suplico que derrame sobre Rygun el calor suficiente como para derretir el hielo que le coagula la sangre.

Solo obtengo silencio; Ignos parece demasiado distraído para escuchar.

—*Sheish tah, Ignos. Vush. ¡Vush hiss tha!*

«Haz algo, por favor».

«Por favor, ayúdalo».

—*VUSH.*

No hay respuesta.

Con una impetuosa ráfaga de las alas, Rygun se acerca más y, estirando el cuello, lanza un mordisco a las finas plumas de la cola del ave Elding con un sonido que recuerda al de un hueso partiéndose.

Pero se le escapan al instante, como si danzaran.

La bestia gira la cabeza hacia nosotros, contrayendo las pupilas de tal manera que me siento amenazado, aunque seamos nosotros los perseguidores. Arkyn hace lo mismo, tensando el cuerpo y hundiéndose más en el plumaje de la criatura. Es la única advertencia que recibimos antes de que el ave Elding se vuelva y clave sus garras en el delicado vientre de Rygun.

El muro que hay en nuestro espacio cardiaco compartido tiembla con tal fuerza que se desprende una escama. Eso me permite sentir cómo las garras le rajan la carne y le seccionan los músculos del abdomen.

Rygun echa la cabeza hacia atrás y ruge como nunca antes. Y lo mismo hago yo, echando un vistazo por encima del hombro justo en el momento en que el ave Elding da la vuelta y se lanza en picado hacia las Nieblas, con Arkyn todavía sobre su lomo.

«No…».

—*Duin kai. Atáh marus thun atka-ain.*

«No los persigas. Espera a que aparezcan de nuevo».

Grito la misma petición a través de nuestro vínculo, que reverbera en la oscuridad al otro lado del agujerito. No obtengo respuesta, solo siento el hormigueo de su feroz necesidad de protegernos a mi familia y a mí.

Chasqueando los dientes por la rabia y el dolor, Rygun se inclina hacia delante, en dirección a las Nieblas que estuvieron a punto de quitarle la vida hace mucho tiempo. Hacia el ave Elding, que nos baña con las brasas que caen de su plumaje.

—*Atáh duin. ¡ATÁH DUIN!*

Con cada palpitación en mi pecho, Rygun gana terreno a la

bestia, por más ligera y ágil que sea, con las fauces bien abiertas.

*Preparado.*

Arremete contra ella, pero tampoco esta vez alcanza su cola, al tiempo que el ave Elding abre un cráter en las Nieblas y desaparece. Una boca neblinosa por la que caemos, como una de las lunas. Estamos encerrados, en una avalancha de alondras que revolotean sin rumbo, algunas de las cuales no consiguen desviarse a tiempo para evitar golpearme la cara, los brazos o las manos, dejándome cortes de papel.

Me invade un miedo atroz al imaginar a Rygun bajo las *Miel et Muíem* hace tantas fases, removiéndose mientras cae hacia una tumba aún más profunda.

—*Hals, Rygun.* HALS.

«ALTO».

Extiende las alas.

Me pego a él, con el corazón desbocado, mientras reduce la marcha y surca con suavidad la inquietante penumbra. Luego, me incorporo y giro a los lados, buscando señales del ave Elding. Un rastro de brasas.

*Algo.*

Pero todo lo que veo es blanco salpicado por llamaradas lejanas. Cada explosión va seguida por los gemidos agonizantes de Bulder.

«Tenemos que salir de aquí».

—*Gash utun ath, Rygun. Ruif.*

«Vuela hacia el cielo. Por favor».

A través del diminuto orificio de su muro, le muestro visiones de nosotros alcanzados por una luna antes de que tengamos la oportunidad de terminar esto. Él sacude la cabeza, contrariado, pero me doy cuenta de que está decidido a ello al notar que relaja el cuerpo.

Se eleva, impulsándose hacia el cielo, al tiempo que veo una única brasa flotando ante mí…

Unas garras extendidas nos alcanzan desde arriba.

Se clavan al cuello de Rygun al son de un graznido agudo y el ave Elding ahora lo usa como percha, dándome la espalda. Una

maniobra que le garantiza acceso libre al rostro de Rygun, indefenso.

Siento el primer picotazo, que le perfora el ojo derecho. Lo siento triturarse por la fuerza de ese pico ganchudo de color dorado. El chillido que emite Rygun es agudo y entrecortado, tan desgarrador y fuerte como para partir un corazón.

El mundo se vuelve borroso. Todo excepto el penacho de plumas que revolotea de un lado a otro mientras el ave Elding sigue dando picotazos.

*Picotazo.*

*Picotazo.*

Eso y la mancha negra de la capa raída de Arkyn agitada violentamente por el viento.

Me levanto, con paso firme a pesar de los movimientos frenéticos de Rygun. Es como si Clode suavizara mi recorrido a lo largo de su pescuezo helado lleno de púas.

Gruñendo entre jadeos cortos y agudos, esquivo las plumas de la cola, esperando el momento oportuno. Cuando la bestia se agacha hacia el cuello de Rygun, salto y me agarro a su plumaje rojizo. Algo que espero que el ave Elding no note, ocupada como está tratando de atravesarle el cerebro a Rygun, arrancándole carne con cada picotazo.

Rygun sigue batiendo sus alas entre chillidos. Una súplica que me impulsa a avanzar. A pesar de que me arden los músculos, me esfuerzo por mover mi cuerpo hacia arriba…, hacia arriba… hasta que estoy lo bastante cerca como para percibir el olor de Arkyn y oír sus furiosas órdenes de matar.

*Matar.*

*MATAR.*

Desenvaino la espada que llevo a la espalda, por mucho que odie haber llegado a esto, y se la clavo profundamente en el plumaje al ave Elding; lo hago rápido, atravesando la dura capa exterior hasta llegar a la parte blanda. Al instante, agarro la capa de Arkyn y tiro de él hacia mi pecho al tiempo que echo mano de la daga…

El ave Elding gira la cabeza tan deprisa que el movimiento se vuelve borroso.

Bajo la vista a las fauces de la bestia, que está ensangrentada y llena de capas de colmillos afilados que apuntan hacia su garganta. Su lengua roja es una espada que se alza al tiempo que la bestia emite un silbido húmedo, como una sierpe preparándose para atacar.

Arkyn se retuerce, pero no puede soltarse de mi férreo agarre mientras clavo las botas sobre la espada hundida en el lomo del ave y, agarrando un puñado de plumas, grito:

—*SHATHUN, RYGUN.*

«AGÍTATE».

Su rugido es un asentimiento atronador justo antes de comenzar a removerse, como un látigo.

Con solo dos puntos de apoyo, el ave Elding se lleva la peor parte y se ve azotada con tanta fuerza que no le queda más remedio que soltar a Rygun, saliendo despedida entre la niebla y el humo. Se sacude, agitando las alas con frenesí y amenazando con soltarnos.

A Arkyn se le cae la corona.

Me aprieto contra el ave, hincándole las rodillas.

Ya no sé lo que está arriba y lo que está abajo.

Las palabras de pah resuenan en mi cabeza mientras mis manos empiezan a ceder, diciéndome lo *débil* que soy. Me enfurezco y agarro con fuerza a mi hermano, que se retuerce, y a su bestia chillona, a la que le clavo las botas en la empuñadura que le sobresale del lomo.

Empezamos a estabilizarnos, pero no veo a Rygun por ninguna parte y Arkyn sigue escupiendo órdenes que parecen no ser escuchadas. Me suelto, le rodeo el cuello con el brazo y aprieto.

Su voz se convierte en un gorgoteo mientras se retuerce y trata de zafarse, pero entonces se sacude.

Siento un golpe en el estómago, como si hubiera echado la mano hacia atrás y me hubiera dado un puñetazo a ciegas. Por un instante, pienso que solo ha sido eso.

Un puñetazo.

Entonces, noto ese dolor cálido y punzante que conozco tan bien y advierto que tengo un objeto extraño clavado en el abdomen.

Rujo y estoy a punto de soltar a su bestia y arriesgarme a caer en el infierno que hay debajo de nosotros para romperle el maldito cuello a Arkyn justo cuando Rygun ataca por un flanco.

Todo sucede tan deprisa que lo único que veo es una garganta cavernosa y una hilera de dientes brillantes que muerden al ave Elding mientras se oye un crujido de huesos y un alarido desgarrador.

Arkyn convulsiona y se atraganta al soltar un rugido mientras yo me esfuerzo por mantenerlo sujeto, pero su voz está tan rebosante de dolor que traspasa mi coraza de venganza, tocándome la fibra.

El aliento lleno de plumas de Rygun me golpea la pierna cuando gruñe con la boca llena y, al momento, pliega las alas y se precipita hacia el suelo velado a tal velocidad que me doy cuenta de que no tiene intención de aterrizar de forma segura.

El corazón me late fuerte y deprisa al ver el mundo convertirse en una mancha rojiza.

«Va a estrellar al ave Elding contra el implacable suelo. Piensa estampar a la bestia».

«Se va a estampar él mismo debido a su desesperación por acabar con esto».

Me vuelvo y miro fijamente a su ojo, cubierto de ceniza, mientras él por fin levanta el muro que nos separa, como si envolviera con sus costillas la parte más tierna de mi alma y me revelase su lado de nuestro corazón compartido. Por lo general, es una cavidad repleta de llamas turbulentas, pero ahora solo tiene una brasa que brilla en la penumbra.

Se me cierra tanto la garganta que no logro tomar aire al respirar.

«Ha llegado al límite».

«Solo le queda este último acto».

Rygun suaviza la mirada y, a través de nuestro vínculo, me insta a soltarme, a saltar, a salvarme. Como no respondo, lo grita, como si me golpease el alma con las garras.

Le dedico una sonrisa triste.

—*Aburr… ath tuíl, Rygun.*

«Estamos juntos en esto».

Él gruñe a pesar de tener la boca llena y da una poderosa sacudida que hace que me suelte del plumaje del ave Elding. Con un alarido, me alejo de Rygun con Arkyn todavía pegado a mi pecho gritando por su bestia.

Las Nieblas pasan demasiado rápido entre nosotros y yo concentro mi ira en no soltar al responsable.

Caemos durante un instante. Una eternidad.

Rygun es el primero en golpear el suelo. Aunque no lo veo, lo oigo rugir al unísono con el estruendo de la colisión y el clamor de Bulder.

Mi impacto parece una bofetada en comparación con el dolor que emana de nuestro vínculo y me quedo sin aliento mientras rodamos por la nieve y el hielo. Para cuando nos detenemos, me bulle tanto la sangre que me siento aturdido y no veo nada más que al hombre que llora entre mis manos.

Aterrizo sobre Arkyn, con las rodillas a ambos lados de sus costillas, inmovilizando uno de sus brazos, mientras que con el otro me araña al tiempo que el suelo se sacude con una caída que tiñe las Nieblas de rojo.

La onda sísmica despide un resplandor naranja que ilumina las deformidades del rostro de Arkyn.

Se le desorbitan los ojos mientras trata de tomar aire y ya no me araña, sino que levanta la mano entre nosotros a modo de escudo.

—Soy de tu sangre. Soy…

Le sujeto la muñeca y le doy un tortazo en la mandíbula con tal fuerza que casi le separo la cabeza de la columna.

Su mirada refleja el miedo que siente mientras se retuerce con desesperación, gimoteando con angustia al tiempo que intenta quitarme de encima.

Me pregunto si también está viendo a pah, pues soy muy consciente de que, de todos nosotros, soy el que más se le parece. Quizá incluso piense que estoy a punto de recurrir a nuestro vínculo Daga-Mórrk y arrojarlo a la llama de Rygun.

Pero yo no soy pah.

Ni aunque a Rygun le quedase alguna llama haría tal cosa. Tampoco voy a gruñirles a los Creadores hasta que Ignos por fin me

escuche y ofrecerle la carne de este hombre como él ofreció tan gustosamente la de Raeve. Lo que sí haré será vengar a mi familia y acabar con Arkyn, la única solución para alguien con semejante sed de sangre.

Le aprieto la mandíbula con ambas manos.

Arkyn abre unos ojos como platos mientras sigue tratando de hablar entre dientes. Pero está silenciado, de la misma forma en que él me silenció mientras yo lo veía abrasar a Raeve hasta los huesos.

—Le hiciste daño a mi amada —le digo con voz ronca. Luego, le suelto el brazo, aprieto el puño y lo golpeo en la cara, hundiéndole el pómulo.

Hace un ruido agudo temblorosamente y agita la mano tratando de agarrarme. Pero yo soy una montaña con voluntad de hierro.

«Inamovible».

—Le has hecho daño a mi hija. —Las palabras retumban cual rugido de dragón y esta vez mi puño choca contra su mandíbula. El golpe es tan fuerte que se le deforma la cara y se le sacude la cabeza mientras vuelan dientes y sangre.

Trata de agarrarme de nuevo, ahora más débil.

—Has encarcelado a mi hermana.

*Puñetazo.*

—Has mutilado a Rygun.

*Puñetazo.*

Suelta una serie de gorgoteos, ahogándose, mientras patalea y se retuerce tratando de arañarme, pero no tiene uñas como para rasgarme la piel. Sus ojos están desorbitados, llenos de pánico, sin duda porque sabe que le queda poco tiempo.

Sus latidos son limitados.

Siento una punzada de compasión que me recuerda que no estoy muerto por dentro. Dejo que se disipe, que desaparezca cualquier rastro de ternura que quede en mi corazón antes de alzar de nuevo mi puño ensangrentado.

—Tú no eres de mi sangre —gruño, y le doy un puñetazo tan fuerte en la cara que le hago papilla el cerebro, salpicándome en la mejilla y el pecho a la vez que me azota el hedor a orina y mierda.

Sin perder tiempo, le rompo el cuello y le levanto la cabeza

agarrándolo del pelo. Le arrebato la daga con la que me ha apuñalado y la utilizo para rebanarle el cuello con movimientos rápidos.

Se desprende mucho más despacio que la de pah, al no tener la ayuda de un filo dentado, y, cuando al fin su torso cae hacia atrás, la nieve se tiñe de rojo, pues todavía sangra, como un grifo con una fuga.

Tiro su cabeza.

No necesito tomarme un momento para asimilar lo que ha ocurrido. Sus garras ya están bien clavadas en mí, sacándome las tripas por la garganta.

Las lunas siguen impactando en el suelo cuando me vuelvo hacia un lado y vomito.



Raeve

# CAPÍTULO 96

Mis pulmones sufren por el embate casi constante de un viento huracanado lleno de humo mientras recorro un laberinto de túneles que se sacuden, subiendo sin cesar hasta llegar a una salida en la ladera de la montaña.

Me detengo en seco con los ojos muy abiertos y, a través de las extrañas ondas del aire, contemplo el mundo derrumbarse al otro lado.

Las lunas atraviesan el cielo arrebolado, dejando estelas que semejan heridas abiertas. Cada vez que una golpea el suelo, brota una nube de fuego y piedra acompañada de los lamentos de Bulder. Son gemidos tan dolorosos que imagino sus huesos aplastándose y derritiéndose.

Alzo la vista. El cielo sigue plagado de lunas.

«¿Cuántos impactos más puede soportar el mundo antes de quedar inhabitable? ¿Antes de…?».

Un escalofrío me recorre el cuerpo cuando mi Otra se eleva. Algo me impulsa a mirar hacia el sur, donde se bambolea la casa de Hae, como si unas manos invisibles la sacudieran con la intención de tirarla y robar así uno de los huevos plateados más preciosos de su nido en la oscuridad.

—No…

«Por favor, no. Por favor, quédate donde estás».

La luna se sacude y… cae. Al principio, despacio, pero luego va más rápido, rozando el cielo al tiempo que mis rodillas están a punto de ceder.

Mi Otra está tan cerca de la superficie que un entumecimiento que conozco bien amenaza con tirar de mí hacia abajo. Se detiene justo en el borde, mirando a través de mis ojos como si se asomase a una ventana. Juntas, seguimos a esa pequeña luna torcida en su último viaje: atraviesa el arco del horizonte y su colisión sacude el mundo a lo lejos.

Me sale un gemido áspero, más bestial que feérico, pero que nos pertenece a ambas.

Clode me empuja por la espalda.

Me tambaleo al toparme con unas ráfagas que amenazan con elevarme y arrojarme montaña abajo. Me agacho para agarrarme a las grietas de la roca, perturbada por el estruendo, que parece una exhalación interminable.

«Pero hay algo más».

Un eco que me aturde hasta tal punto que quiero acurrucarme y llorar. En lugar de eso, gruño, tratando de averiguar si Clode me ha enviado por el túnel equivocado o si, en realidad, me detesta tanto como para torturarme, cuando un resquebrajamiento rompe el clamor.

El suelo bajo mis pies comienza a deslizarse.

Y yo caigo con él, gritando; no por miedo, sino por frustración.

«Clode me ha traído aquí a propósito para que Bulder me tirara montaña abajo».

«Cabrones».

Todo el aire sale de mis pulmones cuando choco contra algo duro y rugoso que está helado y… se mueve. Oscila debajo de mí como…

—Líri.

Abro mi pecho y dejo que su presencia me invada. Ella se lamenta, un sonido que va creciendo hasta tornarse un graznido vertiginoso mientras yo me sujeto a ella, apoyando los pies sobre el nacimiento de sus alas. Consigo agarrar sus riendas antes de que se

aleje de la avalancha de rocas y nieve que cae hacia la humareda, iluminada por el fuego que se acumula en las llanuras.

Ella se desplaza de un lado a otro y, luego, se eleva, como si se dispusiera a sacarnos fuera del alcance de la gravedad, ofreciéndome una panorámica sobrecogedora de las llanuras, cubiertas por centenares de colisiones hasta donde alcanza la vista. Las ondas de choque atraviesan la densa nube de gases que se desprende tras cada fiero impacto que soporta el suelo.

Se me encoge el corazón al verlo y me invade el pánico. Me cuesta creer que vaya a quedar algo cuando acabe todo esto.

Líri gira y se detiene echando el cuerpo hacia delante. Sin dejar de batir las alas, baja la cabeza y el cuello, permitiéndome ver sin obstáculos la cima de la montaña, arrasada, lo que parece ser el epicentro de las ondulaciones.

Entrecierro los ojos para tratar de ver el epicentro a través del vendaval y se me para el corazón al ver un vestido azul claro que reconozco, una melena pálida agitada: Kyzari…, atrapada en el musculoso abrazo de un ser alado que nunca había visto antes.

Una ira protectora hace que se me retraiga el labio superior, dejando al descubierto mis colmillos, pero entonces observo con más detenimiento.

Más atentamente.

Veo la ternura con la que él le sostiene la mejilla, el anhelo en las delicadas facciones de Kyzari; la gentil inclinación de su cabeza mientras lo mira, diciendo palabras que no alcanzo a oír, aunque veo la intención en su mirada, que es conmovedora.

*Amor.*

Fijándome más, me doy cuenta de que esas ondas no solo se propagan hacia las grietas de la montaña y por las llanuras, sino también hacia arriba, hacia las lunas que permanecen suspendidas en el cielo a duras penas, algunas amenazando con caer…

—Joder.

Las lunas… están cayendo por ellos. La curiosa energía que emana de los enamorados está sacudiendo la atmósfera con suficiente fuerza como para derribar las lunas y estamparlas contra el suelo con una fuerza devastadora.

Me da un vuelco el corazón al compás de otro desplome.

«Mi hija está destruyendo el mundo».

—Por todos los Creadores… —murmuro, como si algo se acercase a mí y me susurrara al oído que las lunas seguirán cayendo hasta que el cielo quede vacío si nada cambia, si ese estrépito no cesa.

Con la mandíbula tensa, me pego a Líri y la insto a avanzar. Ella pliega las alas contra los costados y se lanza en picado, dirigiendo su esbelto cuerpo hacia Kyzari, hacia la furiosa corriente que amenaza con arrancarme la piel de los huesos y convierte cada inhalación en una pelea agonizante. A pesar de ello, Líri se mantiene firme … hasta que la alcanza una ráfaga furiosa que le separa las alas del cuerpo, abriéndoselas lo suficiente como para que se hinchen como una vela y nos empujen a un lado.

Líri no chilla presa del pánico o del dolor, pero con cada sacudida lanza un graznido furioso, como si reprendiese al cielo diciéndole que la deje en paz.

Otra embestida y otra inclinación. A pesar de ello, vislumbro a Veya luchando por llegar hasta Kyzari. Va a gatas, con el cuerpo pegado a la llanura, en la que no hay nieve ni piedras sueltas.

Avanza con un esfuerzo enorme, con los dientes apretados y los músculos de la cara tensos. Su pelo no es más que una franja marrón a punto de desprenderse de su cuero cabelludo. Cuando logra recorrer un palmo, rugiendo en silencio contra la tormenta, otra ráfaga la hace resbalar. Mi corazón imita el movimiento y siento como si fuera a explotar en mi pecho, pero Veya recupera el equilibrio, aunque más atrás de donde había empezado.

Me llama la atención una mancha colorida: una piedra gris agrietada se desmorona lentamente, dejando al descubierto a una pequeña miskunn vestida con colores llamativos, acurrucada en el refugio que le proporcionaba.

«Uno».

Cruzamos la mirada, el tiempo suficiente para que me dé cuenta de que ella previó esto. Y, con un poco de suerte, también que sobrevivíamos todos.

«Si conseguimos acercarnos, quizá pueda pedirle directrices».

Un breve intervalo en las ondulaciones me hace instar a Líri a descender de nuevo. Ella pega sus alas tanto contra el cuerpo que se convierte en una flecha luminosa que va directa hacia el refugio en ruinas de Uno. Estamos llegando justo cuando otra onda la golpea.

Líri se desvía hacia un lado, pero clava sus garras tan hondas en el suelo que nos detenemos bruscamente. Solo la fuerza con que sujeto sus riendas me impide salir volando por los aires.

Ella se agacha mientras el viento azota su crin, cola y melena, y yo me deslizo por su costado al refugio que ha creado arqueando su cuerpo. Y puedo tomar grandes bocanadas de aire sin problemas.

Mirando alrededor, observo que Uno está tan lejos como Kyzari y su afectuoso acompañante.

No me va a servir de nada arrastrarme primero hasta ella y pedirle consejos, maldita sea.

«Supongo que voy a tener que ir a ciegas».

Estoy a punto de salir al espacio abierto cuando Veya se resbala hacia nosotros gritando. Le agarro la muñeca justo antes de que se precipite por el acantilado y tiro de ella hacia mí.

Se viene abajo, sollozando entrecortadamente de un modo que lo dice todo.

—¡No puedo alcanzarla! —Me mira con los ojos inyectados en sangre, el pelo alborotado por el viento y las mejillas enrojecidas por el frío—. Lo siento mucho, Raeve. Yo…

—Has sacado a mi hija de esa puta celda —le grito arrastrándola más al abrigo de Líri.

Se queda blanca, abre mucho los ojos y articula dos palabras en voz baja que no oigo por el estruendo:

—Lo sabes.

Asiento con la cabeza.

—Voy a arreglar esto —exclamo con más confianza de la que siento, insegura en este terreno desconocido y con miedo de que haya sido Kyzari quien partió a Ne en dos. De que no me necesite o incluso de que no me quiera.

Ya no.

Sea como sea, tenemos que detener la caída de las lunas antes

de que no quede nada que salvar.

—¡No te muevas de aquí!

Paso junto a Veya y, abriéndome a Clode, comienzo a entonar una melodía enérgica. La canción más perfecta que jamás haya salido de mis labios.

Ella obedece, forjando un escudo para atenuar la fuerza destructiva que irradia Kyzari. Responde con los dientes apretados, decidida pero ligeramente cabreada, enfrentándose a lo peor de la situación.

Salgo tras ella, alejándome del cobijo que me proporciona Líri, y entorno los ojos al verme azotada por una gélida ráfaga.

El escándalo semeja cien puños golpeándome una y otra vez que amenazan con arrancarme el pelo y, a pesar de la ayuda de Clode, estoy a punto de caer al suelo. No obstante, por algún milagro, consigo dar un paso victorioso.

Mover una montaña resultaría menos difícil.

Me detengo un momento, resollando, para planear mi próximo movimiento mientras recupero fuerzas. Adelanto el otro pie, rápido, para no correr el riesgo de caerme. Mientras tanto, le cuento a Clode historias sobre su belleza y habilidad, maravillándome ante su ferocidad y aplomo. Le ruego que aguante, que me lleve hasta allí.

Doy otro paso vacilante. Y otro más.

Cada paso supone un esfuerzo abrasador. Cuanto más me acerco a Kyzari, más se me tensa la piel de las mejillas y más parece que el pelo vaya a desprenderse de mi cuero cabelludo.

Aun así, no me detengo, no vacilo, incluso cuando otro violento embate me deja sin aliento.

El ser alado gira la cabeza para mirar por encima de su ancho hombro, más allá de la estela de su capa ondeante y el arco que forman sus alas plateadas, impactándome con sus ojos, audaces.

*Retadores.*

Mueve la boca, pero no lo oigo. Aunque creo que ella sí lo oye…, por la forma en que lo mira. Con ojos llenos de amor, esperanza y alivio…

«Está tranquilizando a mi hija, cantándole una canción que le proporciona consuelo».

«Está haciendo algo que no tengo claro que vaya a poder hacer yo misma nunca».

No lucho contra la envidia que me revuelve las entrañas, sino que dejo que me atraviese. Noto cómo se ve afectada mi respiración por su fuerza, porque, junto con la envidia, se despierta otra emoción que suavemente le da la mano.

*Gratitud.*

Él está aquí, abrazándola, con los ojos rebosantes de adoración protectora. La ama con tanta fuerza que el mundo se derrumba a su alrededor.

Y, de repente, me doy cuenta de que nuestra hija encontró su gran amor antes incluso de que nosotros la encontráramos a ella. De que, durante el tiempo que yo he estado ausente o sumida en la incertidumbre, durante el tiempo que Kaan ha pasado creyendo que Kyzari era hija de su hermano, ella ha dejado atrás la juventud.

Nos lo hemos perdido. Cada pequeño detalle.

Nos lo han arrebatado —a mí y a su bello y bondadoso pah— y nunca lo recuperaremos.

Con ese pensamiento me derrumbo. Se me parte el pecho mientras avanzo y mis labios apenas balbucean la canción de Clode, cuyo escudo se disipa tan deprisa que espero salir volando por los aires de inmediato.

Pero no es así.

Incluso en su momento de máximo esplendor, Clode no era rival para la ventolera que apenas se sostiene en su ausencia. Eso quiere decir que yo avanzaba impulsada por mi deseo de estar cerca de Kyzari.

Un paso más y casi estoy al lado de…

*Él.*

Tan cerca que, si alargo la mano, rozo con los dedos la membrana de sus magníficas alas plateadas, justo a la izquierda del lugar donde le nacen entre los omóplatos.

No le pregunto su nombre. No hace falta, ya que reverbera en mi interior.

*Caelis.*

De todos modos, encontrándome tan cerca, me doy cuenta de

que no está del todo completo, ya que, cuando enfoco bien la vista, veo a Kyzari a través de él: tiene los ojos cerrados y la mejilla apoyada en su pecho.

Esas cintas plateadas que brotan de la piedra que ella lleva en la frente están tejiendo a Caelis, dándole la vida…

Con el ceño fruncido, vuelvo a mirarlo a los ojos.

El mundo que nos rodea pierde su forma, olor y sonido, dejando solo dos sorprendentes esferas plateadas que recuerdan a las lunas de plumaluna. Me hace sentir como si estuviera suspendida entre las que aún quedan en el cielo, sola en medio de una silenciosa oscuridad que parece eterna.

Una parte de él que no puedo ver, que apenas siento, se acerca a mí, difuminando las líneas que nos separan, y examina mi alma, asomándose a los rincones más profundos y oscuros, a esas partes de mí que, sin duda, yo no me he tomado el tiempo de analizar o que he ignorado por completo.

A propósito.

Reflexiona sobre algunas áreas, como si hojease un tomo polvoriento que ha despertado su interés, y es delicado con otras más vulnerables, con cuidado de no causarme ningún dolor o malestar que me dé ganas de llorar.

Es como si me sacase de una caja: me levantara, me examinase, me envolviera en un paño suave y me dejara de nuevo en mi sitio. Y, aunque debería sentirme invadida —demasiado expuesta—, no es así.

Porque, mientras me lee, también me nutre con fragmentos de *sí mismo*.

De una soledad más infinita que el cielo, de un dolor aplastante, punzante y desgarrador como nada que hubiese imaginado antes, pero que palidece en comparación con la profunda sensación de traición que tiene clavada entre las costillas.

Al darse cuenta de mis intenciones, se detiene y me deja entrever su inconmensurable amor por mi hija, como si estuviera sopesando los sentimientos de ambos, y después se retira, con delicadeza y sin causar dolor, dejando una tranquila sensación de… *permiso*.

Respiro hondo mientras el mundo vuelve a cobrar su horrible e implosiva forma y las lágrimas me resbalan por las mejillas.

Con el corazón hecho trizas.

Inclino la cabeza en silencio a modo de agradecimiento, pero no dejo que el momento se prolongue por miedo a que cambie de opinión, decida que no soy digna y me arroje por la montaña.

Doy un paso adelante de inmediato, atravesándolo.

Directa a los brazos de Kyzari.

Ella ahoga un grito e inclina la cabeza para mirarme. Sus asombrosos ojos azules cautivan mi corazón y lo acunan, provocándome un gemido.

Deja de cantar. Deja de respirar.

Ni siquiera parpadea cuando Caelis regresa a la piedra, acallando el extraño clamor y dejándonos envueltas en un silencio gélido que me aterroriza hasta lo más profundo. A pesar de ello, la abrazo con todas mis fuerzas, poniendo una mano entre sus hombros y acariciando con la otra su rostro, ya curado.

Sano.

*Vivo.*

—Estás aquí —dice entrecortadamente al tiempo que busca mis ojos con tal frenesí que estoy segura de que trata de ver algo en ellos, ojalá supiera qué. Ojalá conociera sus gestos y manías, cualquier cosa sobre ella—. Has venido.

Abro la boca, pero la cierro. Trato de dar con las palabras adecuadas para hablarle a esta bella mujer adulta que me mira como si yo hubiera creado el mundo codo con codo junto a los Creadores.

No lo hice.

Lo único que ha tenido de mí es una alondra que le dijo que se las arreglara sola cuando sin duda más me necesitaba.

Miro el málmr de Kaan que lleva al cuello, trago saliva y vuelvo a levantar la vista. Como no se me ocurre nada más delicado que decir, decido optar por la fría y dolorosa verdad…, pues no es una niña a la que tenga que ocultarle cosas ni enmascarar la fea realidad con palabras bonitas. Es una adulta y nos lo hemos perdido.

«Nos lo hemos perdido todo».

—Ojalá hubiera llegado antes —susurro acariciándole la frente con el pulgar de una manera que estoy segura de haber hecho antes.

Abre los ojos de par en par, siguiendo el movimiento de mi mano. Aparte de eso, está tan quieta que me pregunto si se ha olvidado de respirar. Mi pensamiento se confirma cuando se le van los ojos hacia atrás y se desmaya.

Pero la sostengo.

Quizá por primera vez desde que la traje al mundo hace más de cien fases… *la sostengo.*



Kaan

# CAPÍTULO 97

Por fin he dejado de sentir las tripas revueltas.

Mientras escupo sangre y bilis sobre la nieve, me doy cuenta de que el mundo lleva un rato sin temblar…

«¿Han dejado de caer lunas?».

Levanto la cabeza y, con los ojos entornados, trato de ver a través de la bruma mientras tomo bocanadas de aire, pero solo consigo congestionarme los pulmones aún más. Una tos seca amenaza con partirme en dos, sacudiendo las dos cuchilladas que me dieron, a las que ya es imposible ignorar.

Carece de sentido examinarlas. Estoy seguro de que la ligereza que siento no se debe a lo poco que he comido desde que nos capturaron, sino a la sangre que ha estado manando de manera constante de mis vendajes empapados. Parece que las heridas hayan aguantado lo mejor que han podido hasta que he hecho lo que tenía que hacer.

Algo que agradezco.

Evitando la mueca que compone la boca mutilada de Arkyn y su mirada vacía, arranco una tira de su capa y me cubro con ella la mitad inferior de la cara para evitar que se me obstruyan los pulmones con el polvo. Durante todo este tiempo, casi toda mi conciencia está puesta en mi interior, cuidando de la brasa que queda de Rygun, soplando, rogándole que arda. Aun así, por más que lo intento, solo crepita.

Se dispara mi necesidad de estar con él, lo que me da las fuerzas que necesito para ponerme en pie y, mientras lo busco en la penumbra que nos envuelve, gritar con todas mis fuerzas:

—¡Rygun!

Su brasa se apaga un poco más…

El pánico se apodera de mí mientras doy vueltas a toda velocidad en busca de una señal que me indique en qué dirección buscar, cualquier cosa.

—¡Rygun!

Otra tos me desgarra el pecho, amenazando con acabar conmigo, pero ni todo el dolor del mundo es comparable a la constatación de que mi dragón se está muriendo. Se está muriendo y yo no estoy ahí para decirle que no pasa nada por elevarse al cielo.

Por dejarme.

Porque no lo hará, no sin mí alentándolo. Morirá solo en la fría oscuridad y quedará a merced de los depredadores. Su sangre se filtrará en el suelo, se fosilizará y acabará llevándosela gente codiciosa, que se disputará sus valiosas escamas y colmillos hasta que solo queden sus huesos…, perdidos para siempre en la nieve.

Elijo una dirección y avanzo a trompicones mientras mi pecho se sacude.

—¡Rygun!

Algo que emerge de la penumbra comienza a tomar forma delante de mí, haciéndome contener la respiración. Sin embargo, se desvanece toda esperanza cuando veo que es demasiado pequeño para ser Rygun. Va cojeando y usa su ala izquierda para sostenerse.

Me quedo paralizado.

Tengo delante el pico del ave Elding, todavía manchado con la sangre de Rygun. Espero que se abalance sobre mí y acabe conmigo, pero no mira en mi dirección, sino que fija sus ojos rojos como la sangre en el cuerpo que hay destrozado a mi espalda, rompiendo el silencio con sus gemidos.

Me echo a un lado tambaleándome para dejarlo pasar, lo que me ofrece una vista perfecta de su ala: la tiene aplastada y hecha jirones y va dejando un rastro de sangre en la nieve.

Con un gemido lastimero que se hace eco de mi propia agonía, la bestia se desploma junto a Arkyn, apoyando la punta del pico en su pecho.

Tiembla.

Unos chasquidos y crujidos rompen el silencio cuando comienza a encogerse: retrae las garras, que forman unos pies, y recoge las alas hasta que semejan unas delicadas manos entrelazadas. Se le tensan algunas partes del cuerpo, se le funden las plumas, dejando al descubierto una piel pálida, y su pico se contrae, dando forma a un rostro delicado.

No consigo encontrarle sentido a que haya una bella feérica acurrucada junto al cadáver de mi hermano en lugar del ave Elding, con la cabeza sobre su pecho sobre una melena pelirroja… Me pregunto si he perdido más sangre de la que pensaba, si estoy viendo cosas.

«Tiene que ser eso».

Respira soltando un gorgoteo y, luego, se queda inmóvil, con mi hoja aún clavada en su espalda…

Gimiendo, me doy la vuelta y avanzo a duras penas por el camino sangriento que ha dejado.

—*Ruif, Rygun.* —Empieza a nublárseme la vista y cada vez lo veo todo más oscuro—. *RUIF…*

Me llega una exhalación atronadora que casi me parte el pecho.

Aunque apenas siento las piernas, echo a correr por entre la nieve ensangrentada y el humo hasta que llego al borde de un cráter del que el ave Elding debe de haber salido trepando, a juzgar por las marcas llenas de sangre que hay en la ladera helada.

Cada paso hacia el fondo es una agonía y me veo obligado a deslizarme la mayor parte del tiempo, desgarrándome la piel de los brazos, hasta que el terreno vuelve a nivelarse. Me pongo en pie y avanzo con energía a través de la penumbra polvorienta. Suelto un sollozo al ver que comienza a perfilarse una colina de oscuridad que se alza sobre un revoltijo de brillantes fragmentos lunares.

Rodeo con paso vacilante el ala deformada de Rygun y me acerco a su pata derecha, extendida y con las escamas cubiertas de escarcha.

Como si estuviera hecho de hielo.

Gimo al llegar junto a su cara, llena de picotazos y sin un ojo. Lo único que queda es un hueco del que mana sangre sobre la nieve.

Dejándome caer de rodillas, apoyo las manos sobre su mandíbula y miro hacia arriba, a su único ojo, directamente a su alma agonizante. Él suelta un largo suspiro de alivio que me parte el alma.

Me abro a los Creadores y, tras tomar aire entre gorgoteos, lanzo una serie de peticiones desesperadas, pero solo obtengo silencio. Parecen estar demasiado abrumados por su mundo destrozado como para escucharme.

De nuevo, le susurro a Ignos:

—*Vaugh… aith ish-áth Ignos.* VISH AITH.

En el silencio que sigue, el frío se clava más hondo. Mil espadas de hielo apuntan hacia mi dragón y atraviesan sus escamas.

Mirando hacia dentro, me atrevo a mirar la brasa que queda de él, que ya apenas brilla. Mi lado solo está iluminado por la llama que él me regaló, la que nos unió y me mantuvo con vida en un momento en que mi corazón se había rendido.

Sin pensarlo dos veces, levanto la llama que nos une, tensando sus raíces de lava.

—*Ew tua zin-ath… ooshá.*

«Puedes sobrevivir».

Me acerco para devolvérsela y separarnos para siempre, para darle la energía suficiente para desplazarse a algún lugar cálido, quizá adonde haya caído una luna recientemente.

Él me proporciona un recuerdo, una visión de mí cubierto de sangre y aferrado al ave Elding mientras caíamos en picado a través de la humareda del combate. Cuando él me instaba a soltarme para salvarme y yo me negaba gritando:

—*Aburr… ath tuíl, Rygun.*

«Estamos juntos en esto».

Entonces, levanta una pared de escamas entre nosotros, cerrándome el paso.

Sentir su mandíbula cerrándose sobre mí me dolería menos.

—*¡Ruif!*

Mi súplica sale con sangre.

Pierdo el equilibrio.

Con un gemido atronador, Rygun me sujeta con su garra. Solo cuando me levanta del suelo me doy cuenta de que no me queda nada que me mantenga en pie.

Que mi cuerpo también está fallando.

Me relajo contra él, dejando que mis músculos se distiendan por primera vez desde la duermevela que pasé con Raeve durante nuestro viaje por Suburbia. Antes de que todo cambiara.

—*Lukith át… utun ath tah… tuíl, Rygun. Ruif.*

«Vámonos juntos al cielo. Por favor».

En lugar de desplegar las alas, me atrae contra su pecho, tanto que me quedo pegado a sus frías escamas y siento el lento latir de su corazón.

Emite un zumbido denso, grave que me lo dice todo. Que no hay nada que desee más que elevarnos juntos al cielo, pero le faltan las fuerzas para lograrlo.

Se me rompe el corazón cuando aprovecha lo poco que le queda para moverse con pequeños pero enérgicos movimientos hasta formar un ovillo que recuerda a una luna. Me envuelve con sus alas, dejando una rendija por la que apenas se ve el cielo a través del denso humo, pero ahí está. Algo en lo que concentrarme mientras tarareo la canción que tanto le gustaba a mah, la que le tocaba mientras ella traía a Veya al mundo, con la esperanza de que le proporcione a Rygun algo de paz.

Aunque también la tarareo por otra razón.

Para abstraerme de las respiraciones entrecortadas de Rygun, pues no quiero pasar estos momentos preguntándome si este será el último latido de su corazón, si esta será su última inspiración.

No quiero oír su cuerpo solidificándose a mi alrededor aquí abajo, en la nieve, tan lejos del cielo.

Lo que quiero es creer que nos iremos al mismo tiempo y sumirme en la ignorancia hasta el momento en que se rompa nuestro vínculo.

Pienso en Raeve. Pienso en nuestra hija.

Rezo a los Creadores para que por fin se hayan encontrado, para que estén *juntas*.

Un pensamiento que me reconforta conforme los párpados se me van volviendo cada vez más pesados como para mantenerlos abiertos.

Algo se mueve sobre nosotros. Una sombra puntiaguda tan grande que podría confundirla con el espíritu de Rygun elevándose hacia el cielo… de no ser por las escamas plateadas que brillan con la luz de los fragmentos de luna dispersos.

Un poderoso rugido rompe el silencio justo antes de que me envuelva una dulce oscuridad.



# CAPÍTULO 98

## Raeve

Giro la ruedecilla del candil que llevo en la mano, bañando el angosto dormitorio con una cálida luz, e ilumino a Ahvi, acurrucado en el centro de la gran cama que hay en el rincón de la habitación. Parece tranquilo, a salvo…, si no fuera por el enorme Cambiasinos, que está enroscado a su alrededor como si de un mullido nido plateado se tratase.

Con un suspiro, dejo el candil en una mesita y extiendo una manta. Inclinándome sobre la cola de la bestia, que no deja de mover, tapo a Ahvi, remetiendo la manta por encima de sus hombros. Mientras lo hago, el Cambiasinos espira aire soltando un leve gruñido. Se gana mi decimoséptima mirada de reojo desde que descubrí que se había colado en nuestra poco ortodoxa familia.

Justo cuando pensaba que me había librado de ese gilipollas revoltoso, Ahvi me informa de que es una especie de *mascota* suya. Supongo que no nos queda más remedio que aceptarlo.

Ahvi bosteza y, con la voz aún somnolienta, dice:

—Hola, Raeve.

—Hey, chaval. —Me siento y le aparto los mechones plateados de la cara, que sigo viendo demasiado pálida—. ¿Te encuentras

bien?

A su lado, el Cambiasinos abre los ojos y me mira aún medio dormido.

—Tú no —aclaro—. Tú estás en la cuerda floja. Si te lo comes, te convierto en una alfombra, o te diseco.

Ahvi sonríe.

—Ya te dije que no va a hacerme daño.

Por suerte para él. Yo, por otro lado, tal vez tenga que empezar a dormir con un ojo abierto, si nos basamos en nuestros últimos encuentros.

Ahvi hunde los dedos en las cintas que conforman el pelaje del Cambiasinos y la bestia cierra los ojos, ronroneando relajada.

—Es mi amigo. Te lo prometo.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo os hicisteis amigos?

Mira los hilos plateados que envuelven mis manos, brillantes en la penumbra. Hilos que anularon las runas neutralizadoras en la arena de combate de Arkyn, al igual que hicieron, supongo, en Bothaim.

Hilos que *nos salvaron*.

—Pronto lo entenderás —susurra, y su radiante sonrisa pasa de ser afectuosa a… otra cosa, tal vez melancólica.

Es algo en lo que no quiero pensar demasiado, no ahora que todo parece un poco más calmado.

—Vale. —Le pongo la mano en la mejilla—. Estoy al otro lado de la puerta. Duerme un poco más.

Él asiente y, tras bostezar de nuevo, cierra los ojos. Al instante, comienza a respirar profunda y lentamente, unas respiraciones saludables gracias a las runas purificadoras que hay grabadas en todas las paredes, que resplandecen en la escasa luz.

Atenúo el candil, sumiéndolos en una oscuridad casi total, y cruzo la puerta arqueada que separa los dos dormitorios, entrando en el más grande.

Dos candiles ofrecen luz suficiente para que Pidra pueda hacer su trabajo: la hilvacarne, con una túnica blanca, se mueve apresurada alrededor de Kaan, que sigue inconsciente en el lado

más próximo de la enorme cama. En el lado más alejado, yace Kyzari bajo las pieles, también inconsciente. Las heridas de él son visibles; las de ella no.

Pidra cambia el vendaje del pecho de Kaan, cubriendo una de las dos heridas que hay que curar por fases, cortesía de unas armas que penetraron más que músculo y piel.

Apoyada contra el marco de la puerta, observo cada uno de sus movimientos, de una precisión milimétrica, mientras me arranco las cutículas.

Ella me mira por encima del hombro con sus ojos verde claro, la piel tensada en las comisuras y unas ojeras oscuras. Testimonio del esfuerzo que lleva haciendo desde… que todo esto pasó.

—¿Cómo está Ahvi?

—Tiene un poco más de color. —Observo la palidez de su piel, ahora casi gris, a juego con la gruesa trenza que le llega hasta las caderas—. Las runas purificadoras han ayudado mucho, gracias. No estoy segura de que él hubiera tenido las fuerzas para hacerlo por sí mismo.

Asiente con la cabeza y vuelve a su tarea.

—Ya casi he terminado. Siéntate en la esquina y te curo las heridas.

—No urge. —Me cruzo de brazos, ocultando las vendas raídas con que me he cubierto las quemaduras de las manos—. Necesitas descansar. Estoy bien.

Es mentira, por supuesto. No estoy bien, pero mis mayores males…, ella no puede ayudarme con eso, lo tengo claro.

Pidra suspira y ata el vendaje.

—Como quieras.

Guarda sus tinturas en un zurrón manchado de ceniza y comienza a recoger las vendas ensangrentadas que hay amontonadas junto a la cama.

—Déjalas, Pidra. Yo las tiro.

Ella frunce el ceño, aunque enseguida suaviza la mirada. Esboza una breve sonrisa y asiente, quizá consciente del frasquito corrosivo de Sereme.

De la crueldad con que se ha utilizado.

Aunque Arkyn esté muerto, dudo que a *todos* sus seguidores los motivase el miedo o la coacción. Algunos creían en él, pensaban que iba a mejorar el mundo.

Cuando las opciones son limitadas, incluso la carne podrida resulta apetecible.

Y debajo de esta montaña vive un ejército de Fíur du Ath que aún no hemos empezado a investigar. Por no mencionar que aún tenemos que encontrar a Sereme. No pienso perder de vista ni una sola gota de la sangre de Kaan, no sea que esa víbora encuentre la manera de hincarle los colmillos.

—Volveré en cuanto haya comido y descansado un poco. Entonces estaré en condiciones de coserle las fibras musculares. —Se echa el zurrón al hombro—. Me pasaré a ver a Veya de camino a mi dormitorio.

—Eso estaría bien, gracias.

Inclina la cabeza cuando paso junto a ella en dirección a la salida de los túneles y le abro la puerta. En cuanto sale, echo el cerrojo y exhalo lentamente con un ligero temblor.

La más mínima grieta.

Me aclaro la garganta y, cuando recobro la compostura, rodeo la cama y me agacho junto a Kyzari. Inclinándome hacia ella, le susurro al oído:

—Yo también te necesito.

No responde, refugiada en algún lugar profundo. Quizá se esconda de cosas que no deberían haber sucedido, de heridas que no deberían haber existido.

Siento un cosquilleo en las yemas de los dedos mientras contemplo sus bellas facciones, segura de que haría cualquier cosa para aliviar su dolor.

Cualquier cosa.

Le aparto el pelo de la frente, palpando la diadema que tiene sujeta a ella como un maldito parásito, deseando arrancársela. Se supone que es un gran honor proteger la Piedra Éter, pero no puedo evitar sentir que no supone honor alguno.

Intento ignorar esa sensación, pero me carcome por dentro.

Con los labios fruncidos, meto la mano en el bolsillo y saco a la

pequeña Ne. Sigue tan inerte como cuando la encontré en la celda, pero vuelve a estar entera tras coserla con un hilo blanco que saqué de la capa que me regaló Kaan.

Al desplegarla, revelo las palabras que hay en su interior…




Vuelvo a darle forma y me detengo tras doblar el último pliegue, conteniendo la respiración para ver si esta vez alza el vuelo. Pero continúa inmóvil en mi mano.

Ya no está.

Me proporciona algo de consuelo el hecho de que, aunque ya no tenga a Ne, Kyzari y yo nos hayamos encontrado. Creo que eso es lo que Ne quería desde el momento en que le hicieron la primera doblez.

Lo que la volvía especial.

Era el hilo que nos unía en silencio, tirando suavemente de nosotras. Ojalá estuviera aquí para ver que su duro trabajo ha dado sus frutos, para formar parte de la familia.

Dejo a Ne en los brazos de Kyzari y la tapo con una piel hasta la barbilla. Rodeo los pies de la cama, me subo y me acurruco entre

ella y Kaan, apoyando la cabeza en el hombro de él.

Kaan se mueve y se me acelera el corazón al verlo levantar un brazo por encima de su abdomen para posarlo en mi cintura, apretándome con tal intensidad que me duele respirar. Echa la cabeza hacia un lado y abre los ojos; es la primera vez que los veo desde que nos despedimos en la arena de combate.

Comienza a temblarme la barbilla y cruzamos la mirada con tal ternura que atrapar una luna al vuelo parecería menos significativo.

Le tiemblan los labios y ahoga un gemido al desplazar la mirada más allá de mí, hacia Kyzari, hacia donde yace nuestra hija…, respirando.

*Viva.*

Aprieta los ojos y se le desencaja la cara. Aunque no hace sonido alguno, lo oigo todo.

Su alivio.

Su pesar.

—Rygun…

—No es el momento —murmuro cogiéndole la barbilla y sintiendo entre mis dedos su espesa barba, unos mechones desaliñados que peino con delicadeza.

Se le mueve la nuez y asiente con la cabeza, dejando que se instale el silencio. Cuando por fin vuelve a abrir los ojos, me mira lleno de dolor.

—Slátra quiere que sepas que su corazón sigue latiendo con el tuyo —dice con unas palabras tan densas como el sirope—. Y que te está esperando.

Intento responder. Trago saliva.

Lo intento de nuevo.

—Lo sé —digo con voz ronca subiendo los dedos por su rostro hasta llegar a sus magulladuras y a su pómulo roto, una de sus innumerables heridas—. Duerme otro rato, te hace falta.

Parece que se le vaya a desencajar la cara de nuevo y se le tensan todos los músculos del cuerpo, tan duros como esta montaña en la que estamos enterrados.

—Tengo miedo de abrir los ojos y que todo esto sea un sueño —dice con la voz quebrada—. Que vosotras estéis…

—Duerme —le imploro pasando mi dedo por su nariz y su mejilla otra vez, trazando sus rasgos—. Por favor, Kaan.

Me mira a los ojos con el entrecejo arrugado.

—Esas palabras tienen demasiado poder en tus labios, Rayo de Luna.

—¿De verdad? —Le dedico una sonrisa mucho más liviana de lo que me siento—. No me había dado cuenta.

—Mentira —murmura elevando ligeramente la comisura de los labios, una sonrisa fugaz.

Levanta la mano y me acaricia uno de los hoyuelos con su pulgar calloso al tiempo que relaja el cuerpo y suaviza el gesto.

Por fin, cierra los ojos.

Inclinándome sobre él, le beso ambos párpados mientras le sube por la garganta un rumor denso justo antes de que el sueño se lo lleve a algún lugar donde pueda esconderse un poco más.

Eso es todo lo que quiero para él ahora mismo: que su alma tenga la oportunidad de descansar antes de enfrentarse a la dura realidad.

Vuelvo a mirar a nuestra hija, cuyo pecho sube y baja despacio, pero con ritmo constante. De nuevo, me pregunto cómo he podido pasar tantas cosas por alto.

Todo.

Cómo es que escribió esas dos palabras en una alondra que envió a alguien que hacía tiempo que había fallecido. Qué dolor debió de sentir en ese momento. Qué horrores debió de pasar.

Me hormiguean las yemas de los dedos. Esa parte de mí que lleva sedienta de sangre desde el dae en que llegué a esta montaña se inclina hacia delante, ansiosa por obtener una respuesta.

En busca de su *ancla*.

Me acerco a Kyzari y, tras recorrer sus cejas con el dedo, le planto un beso entre ellas.

Sus pálidas pestañas se agitan como respuesta.

Cojo su mano y la de Kaan, sacando fuerzas de su presencia, y cierro los ojos, sumergiéndome dentro de mí misma mientras retiro suavemente los hilos que envuelven mi mano. Con enorme gratitud, los dejo sobre una roca y luego desmonto la pila de piedras que

coloqué sobre la astilla plateada en la orilla de mi lago interior.

Sacando a la luz su crudo brillo.

Acercándomela al pecho, me dirijo hacia el lago y, con la mano libre, hago un agujero en el hielo lo bastante grande como para pasar a través de él. No vacilo ni una vez mientras nado hacia mis profundidades hasta llegar a la luminosa guarida de mi Otra…, donde hay una enorme plumaluna acurrucada en su nido, la cual irradia un resplandor argentado que solo he visto en otra ocasión.

En la luna torcida que tanto quiero.

Está cubierta con su ala, por lo que desde este ángulo solo es visible su cola, que rodea el borde del nido.

No salgo corriendo ni intento esconderme, tampoco me apresuro a regresar a la superficie. Lo que hago es acercarme nadando hasta el borde del nido, donde reina una tranquila melancolía que amenaza con destrozarme. Porque aquí abajo hay un silencio que cuenta una historia mortal. No hay respiraciones profundas que reverberan.

No hay latidos.

Ella está aquí, pero… no está. Porque yo también la perdí.

«Yo también perdí a Slátra».

Con esa pesada piedra incrustada en mi pecho —un peso que me doy cuenta de que lleva ahí desde el momento en que desperté como Raeve—, me inclino hacia ella y, sin perder tiempo, le paso los dedos por la parte rugosa de la cola.

Su tacto me resulta tan familiar que es como volver… a *casa*.

Sonrío a pesar del escozor que siento en los ojos y se me ensancha la sonrisa al advertir que mi roce le provoca un escalofrío.

Rodeo el nido al tiempo que deslizo los dedos por su piel congelada, acariciando los surcos. Luego, su piel da paso a unos sedosos mechones que forman un copete en su cola. Pego más la astilla plateada a mi corazón, tragando saliva con dificultad. Y más aún cuando levanta ligeramente la cola y me envuelve con sus sedosas hebras a modo de abrazo suave con un movimiento lento y tierno que me parte en dos.

Pliega el ala de golpe y siento un nudo en el pecho cuando abre sus pálidas pestañas, descubriendo unos ojos tan profundos que me

parece estar cayendo.

No sé muy bien por qué, pero esperaba que fueran lechosos.

*Ciegos.*

Me siento muy aliviada de que no sea así.

Demasiadas emociones distintas luchan por tomar el control mientras la contemplo con avidez. Es dos tercios el tamaño de Rygun e irradia una energía antigua, como si su alma hubiera sido templada por el tiempo.

«O tal vez por demasiadas pérdidas».

Pongo mi mano libre entre sus fosas nasales, el mismo lugar donde creo que descansaba mi cabeza cuando estábamos juntas en el cielo. En el momento en que nuestros ojos se encuentran, agita los párpados y su mirada se suaviza debido a lo que parece ser alivio.

Yo siento una sensación similar, como si me hubiera quitado un peso de encima.

Slátra gira la cabeza, dejándome ver su perfil; creo que me está pidiendo que le rasque.

Me sale una sonrisa al instante y, enrollándome sus largos mechones en los dedos, se los hundo en los carrillos, donde le brotan, y froto. No sé cómo, pero sé justo dónde tocar, como si mi mano fuese dos pasos por delante de mí.

«O quizá dos pasos por detrás».

Cierra los ojos con satisfacción y emite un gorjeo que la calma. Es como si llevase varias fases con el pelaje erizado y al fin se le alisara.

Me sorprende lo fácil que me resultaría perderme aquí abajo, lo rápido que podría pasar el tiempo. Siento una abrumadora sensación de que es con Slátra donde he de estar en este extraño lugar aislado del mundo. Confirma algo que me dijo Kaan después de mostrarme esa enorme luna plateada tan bella que le está costando tanto recomponer.

Como si me leyera el pensamiento, Slátra abre los ojos y me sorprende la intensidad de su mirada sombría. El corazón me late con fuerza al verla estirarse, mostrando una piedra marmolada de dos tonos en el centro de su nido: plateada y negra.

«Nuestros recuerdos se fusionaron».

Lo observo desde lejos.

—¿Es eso…? —Miro a Slátra en silencio mientras intento tragarme el nudo que tengo en la garganta—. ¿Es esa la razón por la que lo perdimos todo? ¿La razón por la que…?

Las palabras se me quedan atascadas, ahogándome. Pero las siento en mi pecho. Las siento ahí como una luna helada entre mis costillas.

«… te perdí».

Slátra vuelve a acercar su cabeza y siento sus pensamientos invadiéndome como un susurro dicho a mi alma. Que nunca la perdí, que ahora está conmigo.

Juntas.

—¿Siempre? —Se me va a desencajar la cara.

Su respuesta es un eco que parece no tener fin.

Asiento con la cabeza, aunque quiero gritar.

Revolverme.

Llorar.

Escapar de este dolor y no volver a mirar atrás.

Pero juré que no volvería a hacerlo, que había dejado de esconderme, de huir de las cosas que duelen y de la gente a quien quiero.

Me adentro en la concavidad, me siento con las piernas cruzadas junto a la solitaria piedra y dejo la astilla a su lado…

«Un regalo por otro».

Slátra me envuelve de forma acogedora, pegándose tanto que, si me echo hacia delante, podría apoyar la cabeza en su hocico.

Le aguanto la mirada y, animada por ella, cojo la piedra y me la llevo al pecho, dejando que el pasado me inunde como un trago de agua helada y me lleve a un lugar frío y oscuro, a un cuerpo débil y dolorido.

De repente, me doy cuenta de que Slátra me está mostrando el momento en que conocí a mi hija.

El momento en que traje a Kyzari a este mundo.



Elluin

# Neván

*Pasado*

Eso es, majestad, un empujón más.

El profundo relincho de Slátra rasga el cielo, alentándome. A través de nuestro vínculo, la misma urgencia reverbera como un rugido furioso.

Reprimo un grito y lo utilizo como impulso para empujar, sintiendo cómo se va distendiendo mi cuerpo a medida que los hombros de mi bebé van saliendo. El resto se desliza con suavidad, aliviándome.

Todos mis músculos se relajan de golpe y se me va la cabeza contra el cabecero.

Tomo bocanadas de aire temblorosamente mientras la tensión se apodera de la estancia.

He estado empujando mucho tiempo. Demasiado, a juzgar por las miradas que cruzan las parteras, que se mueven en silencio alrededor de la cama como fantasmas.

Reina un silencio abrumador, solo roto por el sonido de unas palmaditas.

Se oyen murmullos de pánico procedentes de las dos parteras que miran a mi hija sobre la cama, entre mis piernas. Una cama que ya se ha cobrado la vida de demasiados seres queridos.

«No se va a cobrar otra más».

«No se va a cobrar la vida de mi hija».

Me apoyo en el cabecero de piedra y miro a la comadrona que intenta reanimar a mi pequeña, inerte.

—Dadme a la niña.

—Su majestad, estamos haciendo todo lo que podemos. —Levanta la vista, pálida, y veo la verdad en su mirada: cree que mi bebé ha fallecido.

Slátra ruge tan fuerte que hace vibrar los cristales de las ventanas.

La criada dirige una mirada nerviosa a las puertas del balcón.

—La niña… lleva demasiado tiempo sin…

—DÁDMELA.

Una llamarada azul se cuela por las puertas, bañando la habitación con un resplandor azulado.

La criada se estremece y se pone en marcha. Corta el cordón umbilical y envuelve a mi hija.

Me abro el camisón al compás del batir de alas, y los botones saltan desde la nuca hasta el ombligo, dejando al descubierto mis pechos. Algunas de las criadas bajan la barbilla, como si me ofreciesen intimidad.

Sé que no es así. Sé que ocultan las lágrimas de sus ojos, prueba de que ya han perdido la esperanza.

Creen que la mía es inútil, pero yo no acepto tal cosa.

Una luz plateada baña el dormitorio y Slátra se acerca tanto al palacio que me azota el frío batir de sus alas mientras dejan a mi hija sobre mi pecho.

No pierdo tiempo examinando sus facciones, contemplándola u oliéndola, sino que la desenvuelvo y pongo su cuerpo sobre mis pechos, sosteniendo su cabeza con el hueco del brazo.

Le froto la espalda con movimientos firmes pero suaves mientras canto la melodía que mah me cantaba en esta misma habitación. Una que siempre me hacía sentir feliz y segura.

Querida.

*Liu ath na, juu ta ne guile no…*
*Too la too. Too la too.*
*Liu ath na, juu ta ne guile no…*

Me dicen que empuje de nuevo.

Hago fuerza mientras me resbalan las lágrimas y sale mi placenta junto con un chorro templado que no se detiene, como si se quitase el tapón a un fregadero… o se liberara delicadamente un alma.

Trato de no pensar en ello, de no darle vueltas al hecho de que parece que mi cuerpo intente ir tras mi hija hacia su final.

Ella se queda aunque yo me vaya. Le daré mi último aliento y lo haré realidad.

*Eeah to ail. Eeah to ail.*
*Han dui garl, igath da se se marth…*

Me meten trapos entre las piernas, que sacan empapados de sangre, tiran a un cubo y se llevan fuera del dormitorio. Me obligan a tragar tinturas y me las frotan en el abdomen. Después, una criada me presiona el vientre y me lo masajea de una forma que me haría gritar de dolor si el silencio de mi hija no me estuviera matando ya. Lentamente.

Con precisión.

Aun así, sigo frotándole la espalda. Dándole palmadas.

Cantándole.

Aun así, me niego a perder la esperanza y me aferro a ella con las pocas fuerzas que me quedan, que cada vez son menos.

*Eeah to ail. Eeah to ail.*

*Han dui garl, igath dain to ne…*

Todo se sacude.

Se oyen arañazos en la piedra cuando Slátra clava sus garras en el alero en busca de un asidero en una parte del palacio que no se construyó para que se posaran dragones. Hay un remolino luminoso y una de las criadas no puede evitar soltar un grito al ver que Slátra mete su enorme cabeza por la puerta del balcón, por la que apenas cabe.

Invadiendo la estancia con la gelidez que desprende su piel.

Empuja hasta meter parte del cuello, llenando el espacio con su inmensa figura. Todas mis sirvientas, excepto dos, se pegan a la pared del fondo, acobardadas.

Me cuesta pronunciar el siguiente verso, pues se me está cerrando la garganta.

*Lio lo na, lo na…*

Miro a los ojos lechosos de Slátra, agradecida por su presencia.

Agradecida de no tener que hacer esto sola.

*Duali do, shooth ait nui la…*

Ella huele el aire; respira profundamente mientras yo froto.

Doy palmadas.

Canto.

A pesar de su ceguera, a través del fuerte latido de nuestro corazón compartido, percibo todo lo que huele.

Sensaciones.

Sentimientos.

Suelta un gemido agudo que se hace eco de mi agonía. Con mucha delicadeza, acaricia con el hocico la nuca de mi hija, sollozando. Una suave invitación para que respire.

Para que *viva*.

*Lio lo na, lo na…*

Tras resoplar, Slátra se retira. Frunzo el ceño y, al bajar la vista, veo que mi hija contrae el rostro a pesar de tenerlo azul.

Suelta un gemido tembloroso que resuena por todo el dormitorio y yo emito un sonido similar, a punto de derrumbarme por el peso del alivio que siento en el pecho.

Tiemblo, como si me liberase de una soga que no sabía que me ataba, vagamente consciente de que mis criadas ahogan gritos y alaban a los Creadores. Algunas se dejan caer de rodillas y lloran o besan el suelo.

Mi hija respira hondo y grita de nuevo con estridencia. Es como si se hubiera hundido hasta estar a punto de llegar a su final y se hubiera levantado asustada y tratase desesperadamente de escapar.

La aprieto más contra mí, consolándola mientras Slátra nos olisquea a ambas. No me sorprende oír murmullos de que mi sangrado ha comenzado a disminuir. No hay ningún otro lugar en el que prefiera estar que aquí, con ella.

El tiempo se difumina…

Slátra se queda a pesar de la calma que reina en el dormitorio, un centinela silencioso mientras canto acariciándole a mi hija la frente con el pulgar. Repito el movimiento hasta que todo rastro de tensión desaparece de su rostro.

Le beso la cabeza y busco a Kaan en sus delicadas facciones. Lo encuentro en el tono de su piel y en sus pómulos marcados. Desde luego, no en el mechón de pelo blanco tan parecido al de mah…

Se me cierra la garganta al pensarlo, sabiendo lo orgullosa que se sentiría de estar aquí.

Aunque yo no estoy tan orgullosa de mí misma.

Mah se unió por amor contra viento y marea, poniendo en peligro las alianzas políticas. Se las arregló para renunciar a todo menos al amor que sentía por pah, sin dejar de ser leal y justa para con su pueblo, para con sus responsabilidades como reina de La Sombra.

Yo he tomado el único camino que veía, uno que le ha costado a Kaan… *esto*.

Estar aquí mientras daba a luz, conocer a su hija, darle la bienvenida al mundo con su fuerza y su cálida presencia.

Slátra se lamenta mientras a mí me resbalan más lágrimas por las mejillas y prometo en silencio ser más fuerte.

Mejor.

Para aliviar las injusticias de este mundo. Para convertirlo en un lugar mejor, de una forma u otra. Por nuestra hija.

Por…

—Se llama Kyzari —anuncio a la sala con todas las fuerzas que soy capaz de reunir, pronunciando el segundo nombre de mah con un nudo en la garganta.

Una oda silenciosa tanto a ella como a Kaan.

Mi única esperanza es que un dae Kaan y Kyzari vean el vínculo entre generaciones. Que, más allá de las tremendas ganas de entregarle una parte de mi bella y encantadora mah, hay una razón más grande por la que le di a mi hija un nombre que empieza por K.

—Kyzari Neván Vaegor —susurro, porque que le jodan a Tyroth por obligarme a llevar su apellido, por no darme opción.

El mío seguirá vivo, y lo hará a través de mi hija.

Por el rabillo del ojo, veo a todas las criadas inclinar la cabeza y una de ellas se dirige al escritorio. Anota el nombre de Kyzari en el pergamino del anuncio oficial y lo entrega en la puerta, sin duda a uno de los muchos guardias que se agolpan en el pasillo. No tardará en darse a conocer a la multitud que abarrota las calles de Arithia, esperando saber el resultado de mi parto.

Una criada me echa un mantón sobre los hombros, ocultando mi desnudez, mientras Kyzari busca mi pecho con los labios para alimentarse. Una vez más, lamento no contar con los consejos de mah y dirijo con torpeza mi pezón hacia la boca de Kyzari.

Ella succiona, tirando suavemente. Mueve su manita y me agarra el dedo con ella.

Se me dibuja una sonrisa.

Nuestro cuerpo ya no lucha y encontramos un ritmo apacible, acurrucadas juntas como los dos dragones del málmr de Kaan.

Decido ignorar la sensación de que este momento es un regalo, que no durará.

Ahora mismo, no hay espacio para eso en mi corazón.

Cuando una criada se acerca a mí con una bandeja en la que hay

tres frascos, apenas consigo apartar la atención de Kyzari, tan hipnotizada como estoy por sus pálidas pestañas extendidas sobre su mejilla y por la forma en que su pequeño cuerpo encaja a la perfección con el mío mientras hace ruiditos al mamar.

—Esto es para ayudaros a expulsar los restos de placenta sin que haya más sangrado —dice la criada señalando un frasco morado.

Lo cojo y, sin apenas mirarlo, apuro el contenido de un trago.

—Esto es para estimular la producción de leche —dice señalando el frasco marrón que hay al lado—. Y esto es para…

Se oye un rugido ensordecedor y una llamarada naranja rasga el cielo, bañando la estancia en un resplandor furioso.

Los gritos ahogados de las criadas quedan sofocados por el feroz gruñido de Slátra.

Saca la cabeza por el marco de la puerta tan deprisa que se golpea contra los lados y el dolor se expande a través de nuestro vínculo, aunque eso es lo último que siento, pues levanta una sólida pared plateada entre nosotras. Tras bloquearme, se aleja del palacio, como si intentara protegerme del torrente de pensamientos y emociones.

No es que eso ayude.

El pánico se apodera de mi pecho cuando un trío de fundefauces atraviesa las ventanas tras Slátra. Quedan fuera de mi vista, pero los oigo chillar.

Rugir.

Me quito el anillo de hierro, abriéndome a Clode, a la que oigo aullar lejos del fuego de los dragones, pero el sonido se evapora igual que si se hubiese apagado una llama.

La cabeza comienza a darme vueltas, como si me arrastraran bajo un lago de aceite.

Tardo demasiado en darme cuenta de que me han drogado, de que hay una espantosa razón por la que ya no puedo oír a los Creadores.

Me embarga una salvaje oleada de terror.

—Que alguien cierre…

La puerta se abre con tal violencia que una criada grita.

Se me sube el corazón a la garganta al ver a Tyroth irrumpir en

el dormitorio con un brillo despiadado en sus ojos dispares.

Protejo a Kyzari entre mis brazos y uso el mantón para cubrirnos mientras se me revuelve el estómago por las náuseas. Una sensación que no hace más que intensificarse al ver a una runi entrar cojeando, con el botón dorado que lleva en la nuca manchado con una gota de sangre.

«Una sanguiria».

Tyroth se queda quieto a los pies de la cama, con los brazos cruzados y el pelo suelto. Aunque lleva una camisa negra holgada remangada hasta los codos, algo que indica que está relajado y a gusto, no lo parece en absoluto.

La dureza de su mirada es la misma que he visto momentos antes de que azotara a la gente con lenguas de fuego, les cortara la lengua o les arrancara la cabeza con sus propias manos.

—Dejadnos solos.

Su voz es un embate atronador que nunca deja de herir.

Las criadas salen a toda prisa del dormitorio mientras yo bajo la mirada hacia mi hija. Intento levantar la mano para acariciarle la frente con el pulgar…, pero siento los miembros pesados, debilitados por la tintura. Nos está robando nuestro momento, parte por parte.

«Nos lo está quitando todo».

En su lugar, cuento los dedos de Kyzari, una y otra vez, escuchándola mamar.

Aprieto los labios para contener el temblor que amenaza con apoderarse de mi barbilla.

La sanguiria deja caer su zurrón. Se oyen sonidos metálicos por toda la estancia mientras graba un círculo de runas en el suelo a mi lado, rápido pero con precisión. Durante ese tiempo, mi dragón combate a lo lejos, con llamas azules y naranjas colisionando en el cielo, y Tyroth intenta hacerme trizas con su mirada cortante.

Desearía enfurecerme, gritar. Sin embargo, no hago ninguna de las dos cosas, consciente de que es inútil. Solo serviría para arruinar lo que queda de estos breves instantes que tengo con Kyzari, convirtiéndolo en algo horrible y desgarrador.

No quiero que se quede con eso.

No pienso hacerlo.

—Si haces sangrar a mi hija, te mato.

La calma de mi voz en absoluto delata el feroz instinto de protección que me desgarra por dentro.

Al desviar la vista, me encuentro con la mirada despiadada de Tyroth.

—Puede que no sea en este dae o en esta vida, pero los Creadores me escuchan y me vengaré de tu cuerpo y de esa alma podrida que tienes.

—¿Una mujer? —Arquea una ceja.

Su forma de decirlo hace que me estremezca, como si hubiera afilado las palabras hasta convertirlas en alfileres y las clavase en la carne de la niña.

Desvía la mirada hacia Kyzari fríamente y vuelve a levantarla. Con una calma aterradora, dice:

—Qué decepción. Sin duda, cuando crezca será igual que tú: una zorra miserable.

Suelto un gruñido.

Él sonríe, algo tan raro que me dan ganas de arrancarle la cabeza, aunque su mueca se desvanece en un abrir y cerrar de ojos.

—Ahora, Zatia.

Despedazo a Tyroth con la mirada y no dejo de gruñir al ver que le clavan un alfiler en el talón a Kyzari. Aunque se retuerce, no se aparta de mi pecho y sigue mamando.

Tyroth permanece inmóvil, con el rostro imperturbable, ejerciendo todo su poder con los puños cerrados, mientras la runi mezcla la gota de sangre con una tintura y la vierte dentro del círculo de runas, las cuales veo brillar por el rabillo del ojo.

El líquido se extiende como las raíces de un árbol.

No me hace falta mirar para saber que las dos más gruesas apuntan hacia mí y hacia otro lugar, en dirección al norte, sin duda donde reside Kaan. Aunque no mire, advierto el momento en el que Tyroth se fija en la tintura.

El momento en el que se le tensa el rostro, confirmando sus sospechas.

Levanta la barbilla y baja los párpados, entrecerrando los ojos con ira.

—Puta.

Lo ignoro, decantándome por pasar mis últimos latidos con la persona que me importa, y bajo la mirada hacia Kyzari… Desearía poder inclinarme y besar sus pálidas pestañas, pero me conformo con cantarle, empezando la melodía de mah desde el principio y entonándola poco a poco.

Solo llevo dos estrofas cuando Tyroth murmura una frase punzante.

Bulder no responde de inmediato, como si sopesase la orden.

O al menos eso es lo que quiero creer, que espera que sea capaz de echarme a un lado.

No lo soy.

Me ahogo cuando una lanza de piedra se me clava en la espalda y me atraviesa las costillas con un dolor insoportable. Siento un frío intenso en el pecho cuando esta sale, salpicándole la cara a Kyzari con sangre.

Ella se estremece y abre los ojos, pero no lo suficiente como para que vea de qué color los tiene antes de que Tyroth me la arrebate.

La sangre me hierve en la garganta junto con un grito desgarrador que surge de unas profundidades desconocidas para mí. Aunque es el chillido de Kyzari lo que más daño me hace.

Lo que me mata.

Tyroth la envuelve en un paño y se la pone contra el pecho mientras la vida se escapa de mis venas. Mi cuerpo cede mucho antes que mi mente, aterrada, que intenta captar cada detalle frenéticamente.

La sanguiria se acerca cojeando y comienza a recoger sus pertenencias. Levanta la vista y me mira con los ojos muy abiertos y rebosantes de tristeza…

Otra frase cortante sale de los labios de Tyroth.

Una lanza de piedra atraviesa la mandíbula de la sanguiria y le sale por el cráneo mientras la sangre brota de sus ojos aún abiertos, ahora sin vida.

Tyroth la aparta de un empujón e, inclinándose, tira de la diadema que llevo en la frente. Al ver que no se suelta, aprieta los

labios y está a punto de gruñir.

Suspirando, acerca a Kyzari lo suficiente como para tentarme con su aroma, haciendo que desee tocarla, pegármela al pecho, donde debería estar, si pudiera levantar los brazos.

Las runas de la diadema palpitan con un cálido latido y uno de sus numerosos tentáculos se suelta, como si un alfiler saliera lentamente de mi cerebro…

Mi cráneo…

Bullo de rabia entre resuellos mientras él vuelve a meter los dedos bajo la diadema. Esta vez, tira con tanta fuerza que está a punto de sacarme de la lanza que me atraviesa.

La diadema se desprende, como una costra que aún no está lista para caer: una señal clara de que ya no le sirvo como huésped, que el parásito metálico considera un manjar mejor a mi bebé, más jugoso.

Porque yo me estoy *muriendo*.

Tyroth mira a mi hija, que se retuerce y llora entre sus brazos, y me veo obligada a observar con horror cómo le pone la diadema en su frentecita.

Al sentirla, los filamentos metálicos se curvan, adaptándose a su forma, y se enganchan a ella como una garra.

Su chillido de respuesta amenaza con arrancarme el corazón de cuajo, algo más doloroso que la herida que está acabando conmigo.

—Tranquila, que ella nunca sabrá lo zorra que eres —murmura lanzándome una última mirada furiosa. Después, niega con la cabeza y se dirige a la puerta, ocultándome a Kyzari.

Grito, pero no sale ningún sonido.

Me sacudo, pero no puedo mover ni un solo miembro.

Entonces, me doy cuenta de que no le he dicho a Kyzari que la quería, lo que hace que mi alma se haga añicos como una luna al caer y mi corazón se deshilache.

Se rompa.

El rugido de Slátra sacude el palacio. Se transforma en un lamento que resuena en mi maltrecho corazón al tiempo que late por última vez…

Y caigo en una oscuridad que no conoce fin.



La conciencia de Elluin se ve arrancada del corazón de Slátra como una arteria desgarrada, dejando un agujero palpitante del que mana sangre. Por su cavidad torácica, se extiende un dolor inimaginable, como si al desprenderse se hubiera llevado trozos de carne.

Fragmentos de hueso.

Hebras de venas.

Una agonía que solo había sentido dos veces, cuando perdió a su compañero y cuando su pequeña Allume se elevó al cielo para descansar.

Slátra ruge tan fuerte que sus antepasados se estremecen en la gran oscuridad mientras bate las alas contra el aullido del viento, consumida por una furia salvaje.

Se abalanza sobre el cuello del fundefauces, la última de las tres bestias que la han mantenido alejada de su preciosa Pequeña durante demasiado tiempo, y le desgarra la garganta, salpicando sangre al soltar su pesado cuerpo de entre sus garras. Un acto que por lo general le causaría una gran tristeza —abatir a un dragón empujado a la batalla por la sádica codicia de los feéricos—, pero el corazón de Slátra ya no está completo.

Lo que lo hacía latir ha desaparecido.

Slátra no necesita el sentido de la vista para percibir dónde se halla el palacio, pues cada mancha lechosa de sus ojos es la fulgurante conciencia de un pariente lejano que la ayuda a perfilar el mundo. Y, si no fuera por ellos, la desquiciada diosa del Aire emite suficientes sonidos como para trazar las cosas con todo detalle, pues azota los devastadores contornos de todo cuanto existe.

Los dragones caídos.

La discordia.

La muerte.

Slátra arremete contra el palacio con las garras extendidas, abriendo grietas en aleros y paredes que están construidos para resistir la fuerza de un dragón, los cuales se desmoronan por su rabia mientras sigue el rastro de la sangre de Elluin, agriada por la agonía de sus últimos momentos.

Al llegar a la entrada, arranca grandes trozos de la estructura, desgarrándola como si fuera una presa que acaba de cazar. Con una sacudida de la cabeza, otro trozo del tamaño de una casa cae en picado hacia la ciudad, aunque a Slátra no le importa dónde vaya a parar. Solo le importa llegar hasta donde se encuentra su preciosa Pequeña, cuyos últimos pensamientos resuenan con furia en su corazón. Una tragedia que jura remediar con cada fibra de su ser.

Introduce la garra, el hombro y la cabeza por el boquete, olfateando.

Huele todo lo sucedido desde que se ha visto expulsada del lecho de Elluin.

Alcanza su cuerpo…

Y los gemidos del bebé de Elluin se le clavan como astillas en el alma.

Gruñendo, gira la cabeza hacia el sonido y olfatea al hombre que sostiene a la pequeña de un modo desafiante.

Usándola como escudo.

Un bebé cuyo bienestar Slátra no arriesgaría, ni siquiera para atacarlo… a él.

Abre las fauces, dejando que Tyroth Vaegor vea la llama que se arremolina en su lengua y chisporrotea entre sus dientes. Se alimenta del latido aterrado del corazón del hombre, que reverbera como un rugido en su fino oído, preguntándose si le hará a ella lo mismo que le ha hecho a su preciosa Pequeña.

Si se atreverá.

Quizá intuya la masacre que provocaría si intentara impedirle a Slátra que se acerque al cuerpo de Elluin, pues mantiene los labios pegados.

Slátra desvía su atención a Elluin, acerca el morro a su costado y olfatea el afilado trozo de piedra que aún le sobresale del pecho.

Se le escapa un gemido.

Con delicadeza, Slátra desliza a Elluin hasta liberarla de la lanza de piedra. Destrozada y lánguida como está, no le cuesta cogerla con su gran garra.

Slátra dirige de nuevo la atención al hombre que sostiene a una niña que no es suya mientras se acerca a Elluin al pecho y vuelve a gruñir. Una promesa silenciosa de que a Tyroth le llegará su merecido.

Ella se encargará.

Se retira con más sutileza de la que ha hecho gala al llegar y alza la cabeza al cielo nada más salir de esa guarida que aún conserva el olor de su preciosa Pequeña, de su espíritu fiero, que rugió hasta su último aliento.

El mundo la necesita, pero aún no está lo bastante devastado como para ser consciente de ello. Slátra alza las alas y se impulsa en la torre derruida en dirección al cielo, con sus ojos lechosos fijos en su hermosa Allume, dormida y rodeada por los familiares fallecidos

de Elluin.

Y vuela. Se eleva hacia ellos de una forma que ha imaginado muchas veces desde que vio a Allume hacerse un ovillo y abandonar la vida. Sin embargo, nunca imaginó que sería así, que ascendería con tanto pesar en su corazón, sosteniendo a su preciosa Pequeña…, que ya no es tan pequeña.

Y tiene a una preciosa Pequeña propia.

Sigue ascendiendo hasta que la atmósfera se vuelve fría —demasiado lejos para Clode— y respira por última vez antes de que la gravedad deje de ejercer su atracción sobre ella. Se acerca lo suficiente a Allume como para pintar con su cola la alita de esta y, luego, se enrosca.

Envolviendo a Elluin como si de su huevo más preciado se tratara, encuentra un lugar apacible entre tantos antepasados queridos…

Solo que no se entrega a la muerte.

Lo que hace es soltar la cinta plateada que envuelve las fibras de su alma, desenredando cada hilo con cuidado hasta que se convierte en una bobina rebosante de la esencia misma de la existencia. Luego, la saca de entre sus costillas.

Y la introduce en el pecho de Elluin.

Aunque desaparece, engullida por el insondable abismo que hay dentro de su preciosa Pequeña, encuentra una paz serena en la esperanza de que eche raíces. Que crezca y lata con vida para que Elluin tenga la oportunidad de volver con su preciosa Pequeña.

Para que tenga la oportunidad de decirle que la quiere.

Con esa esperanza en su conciencia, Slátra exhala su último aliento helado sobre la frente de Elluin antes de que su cuerpo se convierta en piedra.



# Raeve

Al abrir los ojos, me encuentro entre la garra de Slátra, protegida por su ala y envuelta por su cuerpo como una luna. Un abrazo helado que trata de calmar la sed de sangre que me abrasa por dentro…

Tyroth Vaegor me asesinó y me arrancó a mi hija recién nacida del pecho, a la que le puso en la frente la diadema, una carga que era *mía*.

No hay fuerza en este mundo lo bastante grande como para que él se esconda detrás de ella. Me vengaré. Por Kaan.

Por Kyzari.

Por Slátra.

Y por mí misma, joder.



# EPÍLOGO

Sereme se abre paso a través de la niebla; un modelo de elegancia y compostura en medio de la sordidez que la rodea, con su abrigo de pelo morado ceñido. Pasa la vista de un pequeño artilugio metálico que sostiene en su mano enguantada al cielo cubierto de lunas, el cual apenas se ve por la bruma, calculando su ubicación con cada paso que da sobre la nieve.

Sus ojos grises resplandecen, algo en lo que sin duda Clode se fija, pues se acerca de golpe para ver mejor y sale disparada.

Curiosa.

Esa curiosidad no hace sino aumentar cuando Sereme cierra el artilugio y, tras guardárselo en el bolsillo, se arrodilla en la nieve, cubierta de cenizas, sobre una tumba sin señalar —el lugar exacto indicado por la miskunn— y *cava* con las manos.

No tarda mucho en formar un montón de nieve manchada de sangre, dejando dos cuerpos al descubierto.

Sereme se detiene para quitarse el pañuelo de la boca y respira en una atmósfera aún contaminada por el polvo y los escombros, aunque ya no tanto como para obstruirle los pulmones, tomando grandes bocanadas de un aire que le sabe a *victoria*.

Sonríe tanto que le brillan los caninos, visibles para la curiosa

Creadora que revolotea a su alrededor, la cual se acerca a toda prisa, demasiado intrigada como para centrarse en otras cosas.

Sereme sigue cavando, entregándose por completo a la tarea, lo que hace que se le vayan soltando mechones de su repeinado cabello. Por fin, deja al descubierto lo suficiente de Arkyn como para agarrar su brazo congelado y sacudirlo, sacudirlo y *sacudirlo* hasta quitarle cualquier rastro de nieve mientras murmura con los labios apretados:

—Maldito… saco inútil de… mierda de colk —dice entre dientes tirando de su cadáver hasta sacarlo de la tumba y alejarlo de la mujer pelirroja que también está congelada entre la nieve…, condenando así a la pobre criatura.

Asegurándose de que ella tampoco *renazca de sus cenizas*.

Suspirando, Sereme se seca el sudor de la frente al tiempo que se arrodilla junto al cadáver mutilado.

—Nunca he trabajado tan duro como lo he hecho por ti y así me lo pagas, manchando de sangre mis guantes favoritos. ¿Sabes lo que cuesta encontrar este tono morado? Y más ahora —masculla tratando de rascarla de las costuras, pero se rinde poniendo una mueca de fastidio—. Claro que no. Eres un puto caso perdido.

Sigue reprendiendo al cadáver mientras abre su zurrón y rebusca por entre el *Libro de Voyd*, envuelto en tela. Saca un frasco de vínculo de sangre, lo destapa y lo deja a un lado. Luego, le corta un trozo de carne congelada a Arkyn con una daga sin vacilar siquiera y lo mete por la boquilla.

—Más vale prevenir que curar —dice al tiempo que el pedazo chisporrotea y humea, soltando vapores rosáceos.

Tapa el frasco y se pone la cadena al cuello. Rebusca en su zurrón y saca una botella de licor fuerte que vierte sobre el cadáver del hombre en el que había depositado tantas esperanzas.

Él tenía su corazón, su dedicación.

*Todo.*

Y no hay furia como la de una mujer despreciada.

Se echa el zurrón al hombro y se pone de pie, sacando un vial plateado de su bolsillo de piel.

—Por desgracia para ti, has fallado. Ahora te arrodillarás ante mí

—dice con rabia, y abre la tapa, dejando al descubierto una llama que se refleja en su dura mirada.

Clode aúlla y sale corriendo.

«No lo bastante rápido».

Lanza el vial y el cuerpo de Arkyn estalla en una vorágine de fuego sibilante que chisporrotea. Sereme lo observa arder desde una distancia prudente, esperando a que el cadáver se convierta en cenizas y brasas. A que la maravilla que le devolvió la vida a Arkyn hace tantas fases lo agarre por el cuello y lo transforme en algo que nunca más se rebele contra ella.

Algo que la trate con una devoción extraordinaria, tal y como ella se merece.

Ignos ruge y Clode chilla mientras, a espaldas de Sereme, un hombre avanza tambaleándose en la penumbra, en dirección a las llamas y el olor a carne quemada. Un hombre imponente, aunque castigado por las inclemencias del tiempo, con barba desaliñada, pelo blanco y vivos ojos azules, así como el pellejo ensangrentado de un animal sobre sus anchos hombros, una protección contra la gelidez y contra un mundo que no se parece en nada al que vio por última vez a lomos de su plumaluna plateado mientras volaba entre las montañas junto con su hermana.

Sereme se vuelve y sonríe al toparse con su mirada.

—Ah, esperaba verte aquí.

El hombre se queda quieto y junta sus pálidas cejas; en parte por confusión, en parte por cautela.

«No lo bastante de lo segundo».

—¿Te conozco? —pregunta con voz grave y ronca, y se pasa la lengua por los labios, secos y agrietados, al tiempo que posa la mirada en el fuego, en el cuerpo en llamas de Arkyn, que no deja de chisporrotear y desprender humo.

Hambre, eso piensa Sereme, de esa tan desesperada que no discrimina.

Una señal clara de que ha estado vagando por las llanuras apocalípticas sobreviviendo como ha podido mientras intentaba orientarse.

—No, todavía no.

Las llamas comienzan a retorcerse, arremolinándose en forma de plumaje rojizo con las puntas doradas, lo que hace que el hombre abra unos ojos como platos al darse cuenta de que se ha topado con algo… inexplicable.

Muy parecido a él mismo.

—Una miskunn muy especial me dijo que podrías estar por estos lares —dice Sereme rebuscando en su zurrón, del que saca un trozo de cecina envuelto en un paño encerado. Se lo ofrece, una ofrenda que no hará que el príncipe resucitado se odie a sí mismo más tarde —. Haedeon Neván.

# AGRADECIMIENTOS

Esta novela no habría sido posible sin el apoyo de mi familia y mi increíble equipo, muchos de cuyos integrantes llevan conmigo desde que empecé a publicar. Se necesita una tribu para sacar adelante un libro, y eso nunca me ha parecido tan cierto como en los últimos dos años, los cuales he pasado hurgando en lo más profundo de mi alma para dar vida a esta historia.

Josh, mi amor, gracias por ser la combinación perfecta de Bulder e Ignos: fuerte y decidido, al tiempo que me amas con la ferocidad de una llama hambrienta. El apoyo físico y emocional que nos proporcionas a nuestros hijos y a mí es sumamente valioso. Eres el viento que impulsa mis alas.

Chinah (The Editor & The Quill), mi maravillosa amiga y editora de toda la vida. Gracias por leer la primera versión y la segunda y pulir esta colosal historia. No me imagino escribiendo un libro sin tenerte a mi lado. Sin tu apoyo, tu cariño, tu atención al detalle y tu férrea dedicación, no estoy segura de que hubiera terminado *La balada de los dragones*. Siempre estaré agradecida por que seas mi amiga.

Caitlin y Suzy, mis increíbles agentes de WME. Gracias a ambas por esforzaros tanto para hacer realidad mis sueños. Por vuestra ambición, talante y positividad. Este alucinante torbellino no habría sido posible si no hubieseis confiado en mí. Gracias por descubrirme y por vuestro esfuerzo para que mis historias lleguen a tantos lectores de todo el mundo.

Mamá, gracias por acudir en mi ayuda y haber dedicado gran parte de tu tiempo a leer *La balada de los dragones* con tanta atención. Siempre me animas a ser mejor y más fuerte, cosa que te agradezco muchísimo. ¡Te quiero!

Aubrey, la magnífica diseñadora de mi cubierta. Gracias por el año que has dedicado a ilustrar la cubierta de esta historia y por todo lo que haces por mí. Por tus valores y tu disposición, sobre todo cuando el mundo resultaba tan ensordecedor que parecía

imposible que volviéramos a ponernos creativas. Siempre con la cabeza bien alta y muy orgullosa a tu lado.

Alice Cao, gracias por tus impresionantes ilustraciones que encabezan los capítulos a lo largo del libro y por darme el gusto al hacerte peticiones en el último momento. ¡Eres extraordinaria y siempre admiraré tu enorme creatividad!

A Raven, Ann, Angelique, Talarah, Lauren y a mi padre, gracias por leer esta historia en una etapa tan descarnada y difícil. Por vuestros comentarios constructivos y alentadores. Por estar ahí durante los numerosos altibajos de los últimos dos años que me llevó construir esta historia ladrillo a ladrillo. Os quiero y os doy las gracias a todos.

A mis fantásticos equipos de Avon y Harper Voyager: gracias por darme el margen y el tiempo necesarios para lograr la mejor versión de esta historia. Habéis aceptado cada solicitud de prórroga con gran elegancia. Gracias por dar prioridad a la calidad y por apoyarme durante todo este proceso. Un agradecimiento especial a Julia Elliott, Brittani DiMare, Hope Ellis, Diahann Sturge-Campbell, Owen Corrigan, Andrew DiCecco, Isabella Ogbolumani, Jennifer Hart, May Chen, Tessa Woodward, Danielle Bartlett y DJ DeSmyter. ¡Todos y cada uno de vosotros sois héroes entre bastidores y os estoy muy agradecida por vuestro infinito cuidado y apoyo!

Y, por último, pero desde luego no por ello menos importante, a mis lectores, que han sido más que pacientes mientras esperaban a que yo estuviera lo bastante orgullosa y segura como para compartir esta historia. Gracias por no presionarme nunca para que me diera prisa y por el afecto y el apoyo que nos mostráis a mis historias y a mí cada día.

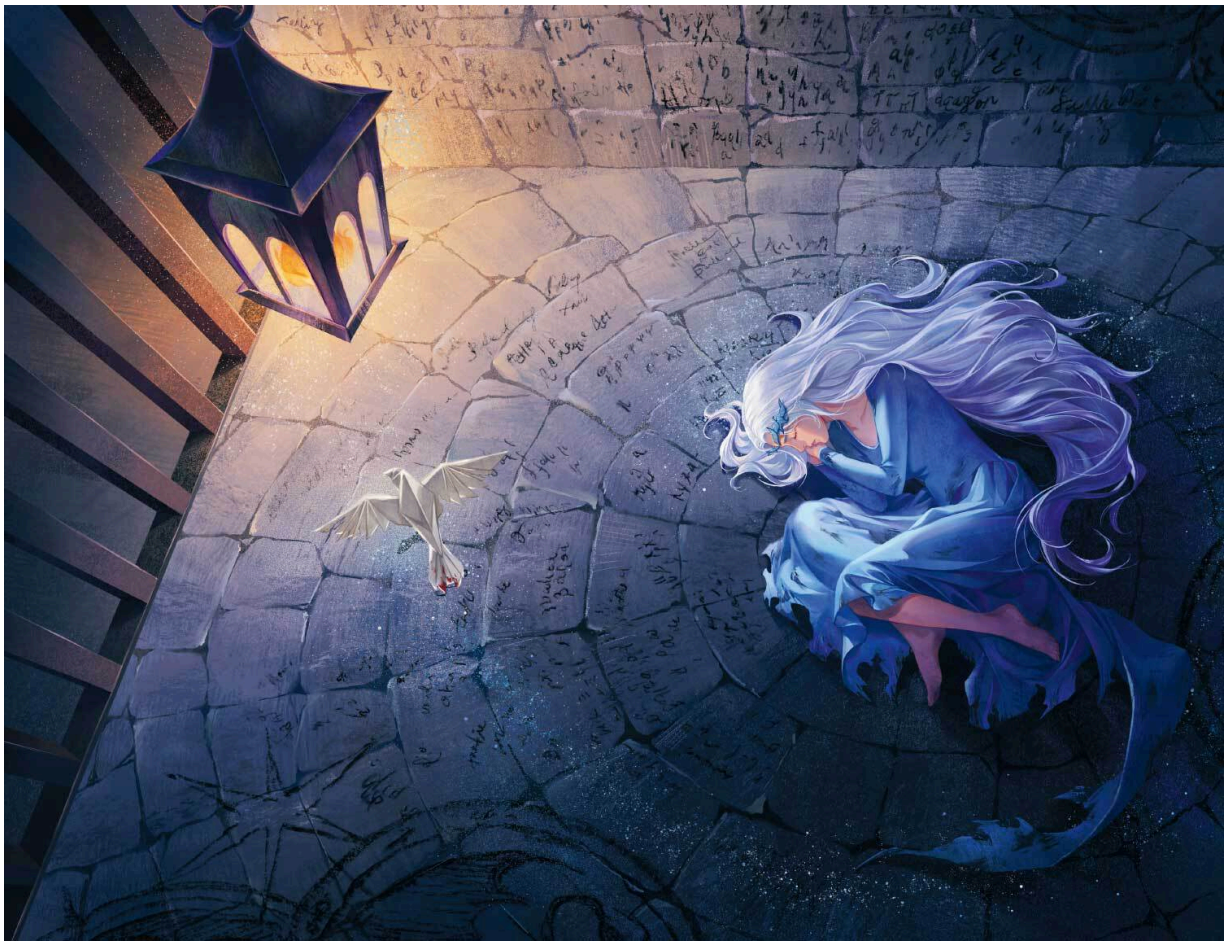
Espero que os haya encantado *La balada de los dragones* (aunque es muy posible que a mí me hayáis odiado a veces) y que os emocione tanto como a mí meteros de lleno en la tercera y última novela. Prometo hacer todo lo que esté en mi mano para hacer justicia a los personajes y la historia con cada palabra que escriba.

Con cariño,

SARAH

ADVERTENCIAS DE CONTENIDO

Sangre
Muerte y violencia
Escenas de sexo explícito
Tortura
Amenaza implícita de acoso sexual/depredador sexual
Lenguaje explícito
Crueldad hacia una criatura/abusos
Secuestro y tráfico de menores (insinuado)
Muerte al dar a luz (insinuado)
Parto traumático



**«Sabían que aquello era el principio del fin, en medio del eco de algo que había tenido lugar tantas fases atrás».**




La sed de venganza de Raeve aumenta, pero también lo hace su amor por Kaan Vaegor, una marca indeleble de un pasado del que ella sigue huyendo. Y, cuando la joven se entera de que el mundo está a punto de enfrentarse a la caída lunar más devastadora de la historia, se ve obligada a escoger un camino: perseguir la muerte o la vida.

Mientras, Kaan, desesperado por salvar a su reino de la desgracia, envía mensajes de ayuda a amigos y familia. Pero el tiempo se le está agotando. Conforme afloran tanto alianzas como enemigos con sangrientos propósitos, los secretos bullen hasta quemar, pero ninguno es tan poderoso como el que Raeve esconde en los gélidos recovecos de su mente.

Allí hay algo…, *otra cosa*…, que oculta una verdad que podría cambiarlo todo.

**Sarah A. Parker** es una autora superventas internacional. Se crio en una granja en Nueva Zelanda, donde pasaba los días deambulando por los pastos, construyendo fuertes en la maleza, trepando a los árboles y explorando el bosque mientras imaginaba historias llenas de detalles que jamás la han abandonado.

Ahora vive en Australia con su marido, su perro, sus tres hijos e incontables plantas, y se dedica a volcar sus historias en papel. Su género predilecto es la fantasía romántica épica y se esfuerza por crear personajes reales y complejos y mundos absorbentes en los que puedas perderte.



Título original: *The Ballad of Falling Dragons*

Primera edición: mayo de 2026

© 2026, Tree Sap Books Pty Ltd. ACN.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Ilustración del final del libro: Gukkhwa (Eunhye Cho)
Diseño del mapa: Virginia Allyn
Ilustraciones de inicio de capítulo: Alice Cao Illustration

Diseño de portada: adaptación de la cubierta original de © A.T. Cover Designs, LLC / Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © stock.adobe.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-03809-9

Compuesto en leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
Spotify: penguinlibros

YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

**«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».**

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

# Índice


La balada de los dragones
Acerca de este libro
Glosario
Guía de pronunciación
Mapa
Árbol Familiar
Capítulo 1. Kaan
Capítulo 2. Kyzari
Capítulo 3. Veya
Capítulo 4. Raeve
La otra (Pasado)
Capítulo 6. Raeve
Capítulo 7. Veya
Capítulo 8. Raeve
Capítulo 9. Veya
Capítulo 10. Kaan
Capítulo 11. Raeve
Capítulo 12. Raeve
Capítulo 13. Raeve
Capítulo 14. Raeve
Capítulo 15. Kaan
Capítulo 16. Raeve
Capítulo 17. Grihm
Capítulo 18. Raeve
Capítulo 19. Raeve

Capítulo 20. Kaan
Capítulo 21. Veya
Capítulo 22. Raeve
Capítulo 23. Raeve
Capítulo 24. Kaan
Capítulo 25. Kaan
Capítulo 26. Raeve
Capítulo 27. kaan
Capítulo 28. Kyzari
Capítulo 29. Raeve
Capítulo 30. Raeve
Capítulo 31. Kaan
Capítulo 32. El Rey Carroñero
Capítulo 33. Raeve
Capítulo 34. Raeve
Capítulo 35. Raeve
Capítulo 36. Kyzari
Capítulo 37. Kaan
Capítulo 38. Raeve
Capítulo 39. Kaan
Capítulo 40. Raeve
Capítulo 41. Raeve
Capítulo 42. Kaan
Capítulo 43. Raeve
Capítulo 44. Veya
Capítulo 45. Raeve
Capítulo 46. Raeve
Capítulo 47. Raeve
La Otra (Pasado)
Capítulo 49. Kaan
Capítulo 50. Raeve
Capítulo 51. Grihm
Capítulo 52. Veya

Capítulo 53. Raeve
Capítulo 54. Raeve
Capítulo 55. kaan
La otra
Capítulo 57. Veya
Capítulo 58. Raeve
Capítulo 59. Raeve
Capítulo 60. Raeve
Capítulo 61. Raeve
Capítulo 62. Raeve
Capítulo 63. Kaan
Capítulo 64. Kaan
Capítulo 65. Raeve
Capítulo 66. Raeve
Capítulo 67. Kaan
Capítulo 68. Raeve
Capítulo 69. Raeve
Capítulo 70. Pyrok
Capítulo 71. Raeve
Capítulo 72. Pyrok
Capítulo 73. Raeve
Capítulo 74. Kaan
Capítulo 75. Grihm
Capítulo 76. Raeve
Capítulo 77. Cinta plateada
Capítulo 78. Pyrok
Capítulo 79. Raeve
Capítulo 80. Raeve
Capítulo 81. Raeve
Capítulo 82. El rey Carroñero
Capítulo 83. Pyrok
Capítulo 84. Pyrok
Capítulo 85. Pyrok

Capítulo 86. Kaan
Capítulo 87. Veya
Capítulo 88. Kaan
Capítulo 89. Raeve
Capítulo 90. Veya
Capítulo 91. Kaan
Capítulo 92. Raeve
Capítulo 93. Kaan
Capítulo 84. Raeve
Capítulo 95. Kaan
Capítulo 96. Raeve
Capítulo 97. Kaan
Capítulo 98. Raeve
Elluin. Neván (Pasado)
Raeve
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Sarah A. Parker
Créditos